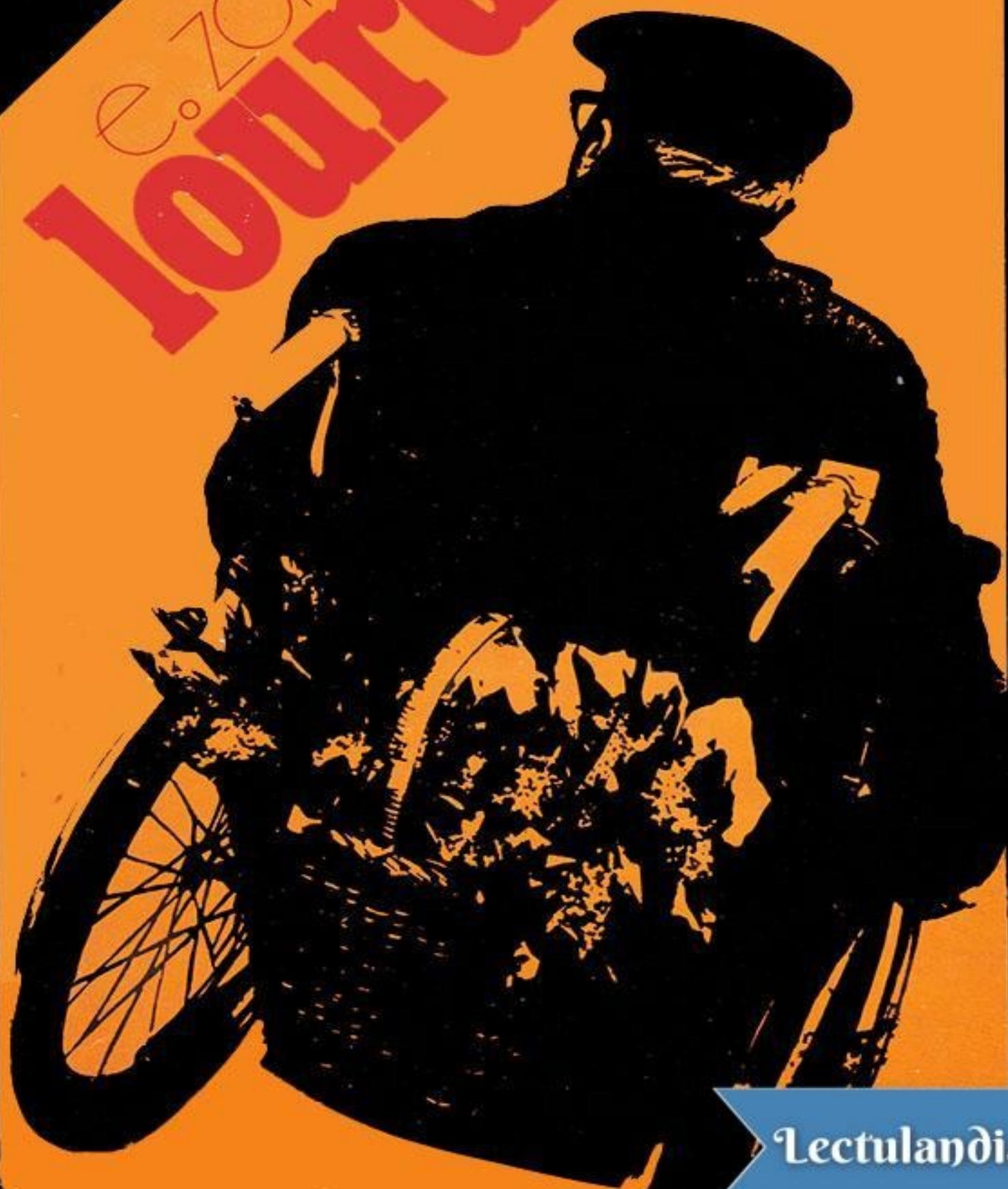


se

e. zola  
**Journal**



Lectulandia

Primera novela del ciclo Las tres ciudades, «*Lourdes*» apareció el 25 de julio de 1894, después de ser serializada en *Gil Blas*. La trama expone cinco días de una peregrinación con el padre Pierre Froment, personaje que es el hilo conductor del ciclo. La novela pinta al mismo tiempo el sufrimiento de los peregrinos en su fe y la «necesidad de lo sobrenatural que persiste en el hombre a pesar de las conquistas de la ciencia». También denuncia las estafas con curación, las rivalidades entre las diferentes corrientes del clero, los Padres de la cueva asimilados a los nuevos mercaderes del templo. Las reacciones a la publicación de *Lourdes* fueron inmediatas, el debate iniciado por Monseñor Ricard es recogido y alimentado por la derecha católica. Sin embargo, el libro fue un gran éxito, vendió unos ciento veinte mil ejemplares en un mes, siendo la tercera novela de Zola más vendida a primeros de marzo de 1898.

**Lectulandia**

Émile Zola

**Lourdes**

**Las tres ciudades - 1**

ePub r1.0

Titivillus 14-06-2019

Título original: *Lourdes*  
Émile Zola, 1894  
Traducción: Julio Gómez de la Serna  
Cubierta: Jesús Iniesta

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# **PREFACIO A MODO DE EXHUMACIÓN LITERARIA**

Emilio Zola nace el día 2 de abril de 1840, en París, y muere en la capital de Francia el 29 de septiembre de 1902, es decir, a los sesenta y dos años (me referiré en otro lugar a su muerte, ocurrida en circunstancias lamentables). Pasó su infancia en el Mediodía, en Aix-en-Provence. Su padre, que era ingeniero, tuvo que fijar su residencia en esa ciudad y falleció en 1847, cuando Zola era todavía un niño de siete años. Siguió éste sus estudios; le empezaron a interesar las Ciencias Naturales. Obtuvo siempre muy buenas notas. Como la familia carecía de los recursos necesarios, gracias a los amigos de su padre, consiguió una beca en un liceo de París. Ya en la capital, y aunque escribió algunos cuentos y hasta unas obras de teatro que no tuvieron éxito, padeció una agobiante penuria. Durante largos meses, Zola tuvo que alimentarse, en su mísera buhardilla, tan sólo de pan mojado en aceite. Y se vio obligado a veces incluso a empeñar, en pleno invierno, su chaqueta y a volver a aquel cuarto en mangas de camisa. Logró al fin ser admitido en una Editorial, la muy conocida de Hachette, donde trabajó primero como simple dependiente, ascendiendo después a jefe de publicidad. Allí permaneció hasta 1866. Leía mucho: Darwin, Claude Bernard, Taine. Y se hizo un apasionado entusiasta de Carlos Fourier y de su «Falansterio». Condiscípulo del pintor Manet, que le hizo un interesante retrato, conoció por entonces, entre otros, a los Goncourt y a Flaubert. Después de una etapa de periodismo, en la que escribe artículos de actualidad y de crítica de arte, decide consagrarse exclusivamente, con ardiente vocación, a la literatura, y en especial a la novelística. Su «Teresa Raquin» —novela larga— apareció en 1867, cuando él tenía veintisiete años, y su primer editor —y amigo— fue Georges Charpentier. Trabajando sin cesar, a partir de esa fecha va dando la serie de sus novelas de los Rougon-Macquart que subtítulo «Historia fisiológica (o natural) de una familia bajo el Segundo Imperio». Ingresa como miembro de la Société des Gens de Lettres parisiense, que poco tiempo después preside. Le nombran oficial de la Legión de Honor. Admira intensamente a Molière, a Montaigne, «Las Elegias» de Chénier. Escribe también algunos poemas. Y ya «con prisa y sin pausa», contrariamente al consejo de Goethe, se suceden sus novelas. El conocido editor parisiense

Fasquelle, fiel amigo y gran admirador de Zola, le firma un contrato por el cual abonará mensualmente al escritor 500 francos (¡de aquella época!) por entregarle tres obras al año. Y van apareciendo, entre otras, a partir de 1871 hasta fines de siglo, «La Curée», «Le Ventre de Paris», «La Faute de L'abbé Mouret», «L'Assommoir», «Une page d'Amour», «Nana» (la historia de una cortesana con sus altibajos de opulencia y de miseria, novela que removió París), «Germinal», «La Terre», «Le Rêve», «La Débâcle», a las que siguen «Las tres ciudades» «Lourdes» (1894), «Roma» (1896) y «París» (1898). Y por último los «Cuatro Evangelios: Fecundidad, Trabajo, Verdad y Justicia».

Zola figura ya entre las figuras más relevantes de la literatura mundial, que le elogian y rinden homenaje. Uno de éstos consistió en un banquete celebrado en el chalé de las islas del Bosque de Bolonia parisiense el 21 de junio de 1893, banquete que presidió Raymond Poincaré, ministro de Instrucción Pública por esa fecha y más adelante Presidente de la República, y después jefe del Gobierno varias veces. Banquete organizado para conmemorar la terminación del ciclo de los Rougon-Macquart. Pese a su triunfo, no pudo ver realizada una de sus grandes ilusiones: ingresar en la Academia, como tampoco lo consiguieron figuras de la altura de Balzac, Stendhal, Flaubert, Baudelaire, Mallarmé, Verlaine.

\* \* \*

Pero debo referirme ahora al momento más culminante en la vida de Zola, al que hizo resonar su nombre en el mundo entero. Y es curioso ver que ese momento no se debió a ningún motivo literario, sino a una cuestión que no tenía ninguna relación con sus obras. Se debió a su intervención en el asunto del oficial del Estado Mayor francés Alfred Dreyfus, judío de nacimiento. La cuestión comenzó cuando un Consejo de Guerra detuvo y procesó a otro oficial del Estado Mayor, que era el conde Walsin-Esterhazy, acusado de espionaje. Se trataba de un individuo mal afamado, de una vida muy turbia. Pese a las pruebas en contra suya, el fiscal retiró la acusación y Esterhazy fue absuelto. Se retiró a Londres. Porque de lo que se trataba era de combatir el semitismo, odioso para una gran parte de la burguesía francesa acaudalada, de las derechas cerriles y también del clero, que influía y atizaba aquel movimiento antisemita. Y los componentes del tribunal lo amañaron todo eligiendo como víctima a Dreyfus. Este fue detenido y procesado bajo la acusación de haber sustraído unos documentos secretos pertenecientes al Estado Mayor. El Tribunal utilizó como pieza de convicción un documento

aparentemente escrito y firmado por la propia mano de Dreyfus, que consideraban prueba irrefutable de su culpabilidad. A instancias del defensor fueron llamados los peritos calígrafos, que dictaminaron que la letra de dicho documento era, quizá (no podían asegurarlo), la de Dreyfus. Y éste fue condenado a cadena perpetua en diciembre de 1894, sentencia que cumpliría en un sombrío penal, el de la isla del Diablo, dentro de un recinto fortificado y cuyo régimen era muy severo, realmente inhumano. Pero en su saña antisemita aquellos magistrados dispusieron que el presunto «traidor» fuese degradado ante las tropas. Dreyfus, hombre tímido, acorralado por aquel ambiente de odio feroz, no supo más que decir una y otra vez que era inocente. Pero la verdad iba a abrirse paso. Así, el 10 de noviembre de 1896, un banquero apellidado Castro encontró en el gran diario «Le Matin» una reproducción fotográfica del famoso documento que demostraba la culpabilidad de Dreyfus. Castro reconoció con estupor la letra de Walsin-Esterhazy, de quien había recibido algunas cartas, que conservaba. Al enterarse Mateo Dreyfus, hermano de Alfredo, escribió al ministro de Guerra de entonces «para hacerle saber que el autor de tal documento era el conde Walsin-Esterhazy, comandante de Infantería». Aún hubo más. El coronel Picquart, director de la Sección de Información en el Ministerio de la Guerra, realizó diversas investigaciones, adquiriendo entonces casi la convicción de que aquel singular personaje era el autor del famoso documento. Los informes que fue recogiendo mostraron a Esterhazy como un jugador comido de deudas, un juerguista. Los jefes de Picquart, recelando que este coronel sería capaz de descubrir el «affaire», le mandan comisionado a los confines del Sahara. Hay que mantener a toda costa el silencio y el secreto sobre el asunto. Más adelante, en junio de 1899, Esterhazy, el espía, exiliado por entonces en Londres, como he indicado antes, adonde se apresuró a huir al enterarse del suicidio de su cómplice el coronel Henry, declaró al enviado especial de «Le Figaro» que «el documento lo había escrito él, que lo había hecho por instigación de su jefe, el coronel Sandherr. Y que los generales Billot, Boisdeffre y Gonse sabían que él era el autor de dicho documento». Cuando llevaba Dreyfus cuatro años terribles en el penal, es decir, en 1898, surge la intervención, de gran resonancia en toda Francia y hasta en Europa, de Zola, que no conocía a Dreyfus. Pero su intervención no fue inmediata en ese año. Zola no conocía apenas los detalles del proceso, tramitado con la injusticia máxima. Pero, al fin, movido por la insistencia del famoso abogado Labori, defensor ardiente del inculcado, y con la ayuda de Clemenceau, que por entonces ejercía también la profesión de abogado, Zola se decide a estudiar



minuciosamente aquel proceso. Y aun sabiendo todos los obstáculos que su intervención va a promover, acaba por escribir su célebre alegato «J'accuse» (título que según parece se debe al propio Clemenceau). Y en «L'Aurore», el diario que este último dirigía, lo publica en forma de carta abierta. De aquel número del diario que salió a la calle en la mañana del 7 de enero de 1897 se vendieron más de 300 000 ejemplares. Quiero traducir y seleccionar para los lectores españoles varios párrafos, pensando en el gran interés que, a mi juicio, presenta el impresionante documento. Zola comenzaba así:

Carta al Sr. Félix Faure  
Presidente de la República<sup>[1]</sup>

«Señor Presidente:

¿Me permite V. —con mi gratitud por la benévola acogida que me dispensó un día— decirle que su justa gloria, tan feliz hasta ahora, está amenazada por la más vergonzosa, por la más imborrable de las manchas?

Ha salido V. sano y salvo de las más viles calumnias y ha conquistado los corazones. Aparece V. radiante en la apoteosis de esta fiesta patriótica, que la Alianza con Rusia ha sido para Francia, y se dispone V. a presidir el solemne triunfo de nuestra Exposición Universal, que coronará nuestro gran siglo de trabajo, de verdad y de libertad. Pero ¡qué paletada de cieno sobre su nombre —iba a decir sobre su reinado— entraña este abominable asunto Dreyfus! Un Consejo de Guerra ha absuelto a un Esterhazy, bofetada suprema a toda verdad, a toda justicia... La Historia escribirá que bajo la presidencia de V. ha podido cometerse semejante crimen social... Mi deber es hablar, no quiero ser cómplice. Mis noches estarían atormentadas por el espectro del inocente que expía allá lejos, en la más atroz de las torturas, un delito que no ha cometido. ¿Y a quién he de revelar la turba malhechora de los verdaderos culpables, sino a V., el primer magistrado de la nación? Un hombre nefasto lo ha organizado y realizado todo: el coronel Paty de Clam, por entonces un simple comandante. Aparece como el espíritu más turbio, más complicado. Alucinado por unas intrigas novelescas, complaciéndose en recursos de folletín: documentos robados, citas en sitios solitarios, mujeres misteriosas que aportan de noche unas pruebas abrumadoras... Yo declaro simplemente que ese comandante encargado de la instrucción del asunto Dreyfus, como oficial acusador, es el primer culpable del tremendo error judicial que se ha cometido. Ese comandante detiene a Dreyfus, le deja incomunicado. Corre a casa de la señora Dreyfus, la aterroriza, diciéndole que si ella no habla su

marido está perdido. Entre tanto el desdichado martiriza su carne, grita su inocencia... Se ha demostrado que el asunto Dreyfus era cosa de las oficinas del ministerio de Guerra: un oficial del Estado Mayor, denunciado por sus propios compañeros, condenado bajo la presión de los jefes del Estado Mayor. Por lo cual esas oficinas, empleando todos los medios imaginables, recurriendo a campañas de prensa, a comunicados y a influencias, han absuelto a Esterhazy, para perder por segunda vez a Dreyfus, cobijándose tras un odioso antisemitismo. En su crimen explotan el patriotismo para realizar una obra de aborrecimiento; y es un crimen hacer del sable el dios moderno cuando toda la ciencia humana está laborando para la obra próxima de verdad y de justicia».

Prosigue Zola descubriendo la maquinación, y escribe:

«Pero esta carta se alarga demasiado, señor Presidente, y es hora ya de terminar». El gran escritor lanza uno tras otro sus yo acuso, consignando los nombres de los que han intervenido en el proceso. Y menciona con gran valentía desde los de los cuatro generales hasta los miembros del Tribunal, a quienes acusa respectivamente de falsedad, de premeditación, de ocultación de pruebas fehacientes de la inocencia de Dreyfus, sustraídas del sumario. Y con la misma valentía añade Zola: «La verdad está en marcha y nada la detendrá. Por otra parte, no desconfío en absoluto del triunfo. Cuando se sepulta la verdad bajo tierra, ésta se concentra allí y adquiere una fuerza explosiva tal que hace estallar todo con ella. Al formular esas acusaciones no ignoro que incurro por ello en los artículos 30 y 31 de la Ley de Prensa del 29 de julio de 1881, que castiga los delitos de difamación. Y me expongo a ello voluntariamente. En cuanto a esas gentes a quienes acuso no las conozco, no las he visto nunca, no siento contra ellas ni rencor ni odio. Yo no tengo más que una pasión: la de la luz, en nombre de la humanidad que ha sufrido tanto y que tiene derecho a la felicidad. Mi protesta ardorosa no es más que el grito de mi alma. Que se atrevan, pues, a hacerme comparecer ante la Audiencia y que la vista se celebre a la luz del día. Entre tanto, yo espero. —Emile Zola».

Sus «J'accuse» estallaron como un trueno. Gracias a Zola, el mundo entero conoció la verdad. Pero los falsarios intentan ahogar aquella voz que derriba las murallas. Acusado de difamación, Zola comparece ante el tribunal de la Audiencia. Los diarios le amenazan. Uno de ellos pide doce balazos en su cabeza; otro, que lo entreguen a la multitud para ser linchado. Los manifestantes sitian el Palacio de Justicia, esperan a Zola en la salida, le zarandean, le golpean, intentan arrojarle al Sena. El escritor, imperturbable, afronta a diario los ultrajes. La escritora «Severine» dice refiriéndose a la

admirable serenidad de Zola, viéndole bajar despaciosamente las escaleras del Palacio de Justicia, entre los gritos de odio que piden su muerte: «Es lo más grande que he visto en mi vida, ¡el triunfo de una conciencia, de una verdad, de una personalidad!». Y más recientemente, en un homenaje a la memoria de Zola, la escritora actual, admirada entre nosotros por su labor de hispanista, Marcelle Auclair, ha escrito: «Emilio Zola era ya un escritor ilustre cuando estalló el escándalo del asunto Dreyfus que le hizo publicar su célebre “J’accuse”. Hubiese podido, como tantos otros, contentarse con su fama y eludir el escándalo que se promovió en torno a su nombre por los antidreyfusistas. Pero él prefirió, a la tranquilidad, la lucha. Prefirió la apelación a la justicia, al conformismo. Por este acto, Zola es más que un gran novelista: es una gran conciencia». Aquel escándalo dividió a los intelectuales, a Francia entera, en dos campos. Y Zola fue condenado por los tribunales de París y de Versalles, en febrero de 1894, a un año de prisión y a 3000 francos de multa. Entonces su abogado defensor, sus familiares y amigos le aconsejaron que huyese. Zola se dio cuenta de que era peor para él y para su trabajo acatar aquella sentencia. El antisemitismo de ciertos personajes de las esferas superiores no consiguió, sin embargo, que triunfasen plenamente sus planes. El «J’accuse» de Zola tuvo como resultado cercano la revisión del proceso: Dreyfus recobró su libertad y sus bienes. Pero su rehabilitación no se efectuó hasta 1906, es decir, cuando hacía cuatro años que había muerto Zola. Este se trasladó a Londres y pasó un año en la capital británica. Allí siguió escribiendo. Al cabo de ese tiempo pudo regresar a París, acogándose a una amnistía decretada por entonces; pero no hubo revisión de su proceso y Zola perdió sus muebles, pues al no comparecer le fueron embargados, obteniendo el juzgado correspondiente una cantidad muy superior a la fijada por el juez para el pago de las costas. Pero Zola se había erigido en paladín de la justicia. Así, por ejemplo, con una clarividencia profética, al estallar la guerra de Cuba, él critica a los Estados Unidos y protesta contra su nueva política de expansión y de rapiña. Hubo otro detalle inicuo, provocado sin duda por los elementos antisemitas al ser condenado Zola: le despojaron y borrarón de la Legión de Honor, de la cual era, como ya he mencionado, oficial. Aquellos elementos fanáticos, ciegos, le tacharon también de antipatriota por haber defendido a Alfred Dreyfus. ¡Y muchas de tales gentes no conocían siquiera una obra de Zola!

\* \* \*

Refiriéndose a su obra, el académico René Bazin afirma que «es socialmente la más importante del siglo pasado. —El crítico René Violar escribe—: El hombre que bajo el término “naturalismo” ha instaurado el único modo literario válido, porque es el único útil. Por consiguiente, Zola ha abierto el camino a toda la novelística actual. —Marc Beigbeder apunta—: Zola es un doctor que establece un diagnóstico no por medio de fórmulas, sino auscultando». Bourget le denominó «el heredero de Balzac». Y Jean Fréville, en su libro «Zola, promotor de tormentas», señala que «es el escritor que, con Víctor Hugo, ha removido más su siglo». Aunque admirando sinceramente la obra de otro gran antecesor de él, Balzac, Zola seguía en sus creaciones novelísticas un camino distinto. Porque él va más lejos que aquél en la pintura de la miseria o de la degradación que ella provoca.

A Zola le colocaron la etiqueta del movimiento más importante de su tiempo; el «naturalismo», y muchos críticos le consideraban jefe de esa escuela. Prefiero emplear otro término, a mi juicio más claro y tal vez más exacto, el «realismo. —Pero Zola, en su absoluta independencia, rechazó toda etiqueta. Y escribió sobre él mismo—: Yo no soy ni pertenezco a ninguna escuela en la novela, ni en el drama; soy un enamorado de la pasión, de lo que actúa y conmueve». Y en otra ocasión: «El autor es sólo un anatómico que se contenta con decir lo que encuentra en el cadáver humano».

Lo paradójico de su manera literaria marcada por el realismo era su carácter de auténtico idealista. En todas sus obras él lucha con pasión por los grandes ideales que proclama: verdad, justicia, igualdad, trabajo, paz, convivencia... Por eso Anatole France, tan poco amigo de los elogios, retrató así a Zola: «Era un espíritu henchido de bondad. Tenía el candor, la sencillez de las grandes almas; era profundamente moral en sus novelas, que son estudios sociales. Persiguió con odio vigoroso a una sociedad ociosa, frívola, a una aristocracia baja y dañina. Combatió en todo momento contra el mal de la época, el poderío del dinero. Demócrata por convicción, no aduló nunca al pueblo».

\* \* \*

¿Cuál es hoy día el valor, la importancia de la obra del gran novelista? Zola ha pagado su contribución forzada y forzosa a ese fenómeno que afecta a los artistas en general, ya sean escritores, pintores, escultores, músicos, pensadores. Después de su muerte suelen caer, por desgracia, en un período más o menos largo de ostracismo, de olvido, de desconocimiento para el gran

público que sólo sabe de ellos de oídas. Zola fue también víctima de ese fenómeno. Durante unos años, él tan leído y popular en su patria y hasta fuera de ella, cayó en ese olvido. Pues bien, en una revisión de hace pocos años su obra resucitó con todos los honores. Tanto en Francia como en otros países, sus libros son reeditados (he podido ver últimamente en París obras de Zola, incluso en ediciones de lujo y numeradas). Y ante ese menosprecio injustificado e injusto con que ciertos lectores le consideraban en esa etapa de su «hibernación», movidos acaso por un fácil snobismo, me parece muy atinada la pregunta que formuló la escritora Claudina Chonez en el artículo escrito en uno de los recientes homenajes al gran novelista: «¿Es realmente necesario, con el pretexto de que se adora a Marcel Proust, desprestigiar a Zola?».

\* \* \*

La noche del 28 de septiembre de 1902, Zola advirtió a su mujer, a su hija y a la sirvienta que pensaba trabajar hasta la madrugada y que no entrasen ni le interrumpiesen. Había comenzado a escribir el que iba a ser el «4.º Evangelio», el de la Justicia. Su mujer, movida por el mejor deseo y como era aquella una noche de mucho frío, hizo que atestaran el gran chubesqui, la estufa tan empleada por aquel tiempo. ¿Había algún escape en el tubo o en el propio calefactor? Cuando la señora de Zola entró temprano en aquella habitación, extrañada de tan larga vela, notó aterrada el fuerte olor del anhídrido carbónico, abrió enseguida la ventana y la puerta. Zola estaba inmóvil con la cabeza apoyada sobre las cuartillas; al resbalar de su nariz, sus lentes de miope colgaban de su negra cinta junto a la mesa. Aunque la rigidez de sus miembros y la frialdad de su piel revelaban un cadáver, le trasladaron rápidamente a una clínica muy cercana a la casa. Pero los médicos no pudieron hacer más que certificar la defunción de Zola. Según el dictamen de ellos la muerte debió sobrevenir hacia las tres o las cuatro de aquella madrugada. La noticia del accidente que originó la muerte del gran novelista causó una gran impresión en París, en toda Francia y en el extranjero. Durante el paso del entierro por las calles, los cronistas de los diarios calcularon que más de 300 000 personas se congregaron para presenciarlo. La representación «oficial» fue escasa, pero en cambio asistieron mezclados en el cortejo las más altas figuras de la literatura. Zola fue sepultado en la cripta del panteón frente a la tumba de Víctor Hugo. Y cabe pensar si algunos de los enemigos

acérrimos de Zola, ante aquella muerte dramática, no la creerían ¡castigo de la providencia al réprobo!

Madrid, marzo de 1975.

JULIO GÓMEZ DE LA SERNA

**PROLOGO**  
**«LAS TRES CIUDADES»**

*Con la nueva serie de novelas que emprende bajo el título de «Las tres ciudades», Zola traza una incuestionable modificación en sus métodos, si no en su totalidad, por lo menos parcialmente. No renuncia desde luego a los procedimientos de la novela naturalista; conserva, siempre en el mismo grado, la preocupación por la exactitud de los fenómenos descritos, por la verdad de los personajes; por la precisión y la minuciosidad de los detalles. Pero en esta obra aporta más de sí mismo, más imaginación, más emoción; ahora no tiene reparos, no en ponerse él mismo en escena, pero por lo menos en hablar por la voz de sus personajes; así es cómo pone en boca del abate Pierre Froment una cantidad de sus propias reflexiones sobre los problemas de la fe, sobre el sentimiento religioso, sobre la posibilidad de sustituir las viejas creencias católicas por una nueva religión, sobre los lazos que ligan el problema religioso con el problema social. Dichos problemas dominan las tres novelas consagradas a las tres ciudades simbólicas: Lourdes, la ciudad de las apariciones y de los milagros; Roma, la ciudad eterna, desde donde el catolicismo tradicional se proyecta sobre el universo entero, y París, la capital de las revoluciones, la ciudad que derriba tronos e imperios.*

*Sin embargo, al comienzo Zola no tiene una visión de conjunto de esta trilogía. Contrariamente a lo que ha ocurrido con la elaboración de los Rougon-Macquart, serie de la cual trazó un plan total en 1868, en este caso llega progresivamente a la concepción de las tres ciudades, de una obra en tres partes, y en esta concepción la casualidad desempeña un papel importante.*

*Durante el verano de 1891, cuando acaba de terminar los laboriosos estudios preliminares de «El desastre», buscando el descanso, Zola emprende un viaje al Sudoeste. Mientras recorre la región pirenaica, pasa cerca de Lourdes y decide visitar la ciudad, que desde hace treinta años viene siendo el más famoso lugar de peregrinaciones y que cada año ve fluir hacia él a centenares de miles de católicos fervientes. La vista de Lourdes, las montañas en la lejanía, el Pico del Mediodía, el Pico de Viscos, masas brillantes y sombrías, según el color del tiempo; la gruta, llameante en su gloria, como un faro de esperanza e ilusión; la basílica, suntuosa y moderna, la frescura*



*del Gave y, dentro de este cuadro pintoresco, el confuso rumor de las multitudes, la fe que las anima, su fe de consuelo y esperanza: todo este espectáculo, tan profundamente emocionante, impresiona a Zola. ¿Cómo no iba a nacer así la idea de una novela donde estarían pintados la historia y la vida de Lourdes, el origen de las peregrinaciones, las ceremonias religiosas, las escenas del estanque, las súplicas desesperadas de los enfermos, y donde se analizaría también la cuestión del milagro? ¿Se producen milagros o no son éstos sino una leyenda mentirosa? Y si se producen, ¿existe una explicación racional de ellos?*

*La idea de una novela sobre Lourdes se fija en su espíritu, y Zola se decide a escribirla. Desde entonces trabaja fuerte: acumula notas, datos, descripciones; en una palabra: toda la documentación que precede a la preparación de cada uno de sus libros. Y luego el tema es tan vasto, tan amplio, los problemas que suscita tan numerosos, los materiales recogidos tan abundantes, que el volumen no bastará; entonces toma cuerpo la idea de una segunda obra, cuyo centro será Roma:*

«Tuve —escribe Zola en sus notas de trabajo— una idea repentina: hacer dos volúmenes, uno que se llamaría “Lourdes” y el otro “Roma”. En el primero incluiría el ingenuo sueño del viejo catolicismo, el de la leyenda dorada, la necesidad de fe y de ilusión; y en el segundo, el neocatolicismo, o más bien el neocatolicismo de este fin de siglo, de Vogu y los otros. El alto clero, el Papa, Roma, en fin, y Roma tratando de adaptarse a las ideas modernas. Esto, en efecto, sería difícil ponerlo en “Lourdes”; aparte que el material es importante y desbordaría de la obra, la verdad es que el alto clero no está por Lourdes. Por esto, mientras hago el plan de “Lourdes” tendré que decidir si haré luego “Roma” o no, para preparar esta última. Mi temor es no encontrar un tema que me convenga, un cuadro donde esté lo mío, multitudes, grandes masas en movimiento, efectos grandes, y que después de “Lourdes” el interés no crezca y el segundo libro no tenga el valor del primero».

*Así, poco a poco, Zola piensa en una segunda obra destinada a completar y continuar «Lourdes». Luego le viene la idea de una tercera, y en una de sus notas de trabajo, muy posterior a la ya mencionada y que se titula «Las tres ciudades: Lourdes, Roma, París», anuncia ahora el plan que persigue y lo define en estos términos:*

«En “Lourdes” mostraré la necesidad de ilusiones y de creencias que tiene la humanidad. La necesidad de felicidad y el amor a la vida, pues Lourdes no es otra cosa.

»En “Roma” podré pintar la quiebra del viejo catolicismo y el esfuerzo del neocatolicismo por volver a tomar la dirección del mundo: balance del siglo, la ciencia puesta en duda y reacciones espiritualistas; pero fracaso, sin duda.

»En “París”, finalmente, el socialismo triunfante, el himno a la aurora, la aparición de una religión humana, la realización de la felicidad, y esto en el marco del París actual. Pero no sujetarse demasiado a la realidad del sueño<sup>[2]</sup>».

*El primer paso de Zola por Lourdes le sugiere la idea del libro. Vuelve al año siguiente (agosto de 1892), esta vez no ya como un turista que visita una ciudad y admira el paisaje, sino como un observador atento que desea instruirse y documentarse en los lugares mismos. Acompañado de Mme. Zola, arrienda un departamento en casa del señor Delabat, escribano del juzgado de Paz.*

*Hace el viaje de París a Lourdes en un tren de peregrinos, tres días antes de la llegada del «Tren Blanco», pues quiere estar presente cuando desembarquen los mil enfermos para quien ese tren se reserva. La presencia de Zola es conocida inmediatamente por el público, y se murmura que está a punto de convertirse. Se presenta a las autoridades locales, civiles y religiosas, las que le dispensan la más cortés acogida. Hace muchas visitas a la Oficina Médica de Lourdes, y conversa muchas veces con el doctor Boissarie, director del servicio médico, que tiene por misión explicar, comentar y valorizar los milagros, y que aparece en la novela bajo el nombre de «doctor Bonamy». Igualmente conversa con Henri Lasserre, autor del libro «Nuestra Señora de Lourdes» del que se han vendido centenares de miles de ejemplares y que ha contribuido poderosamente a estimular las peregrinaciones. Estudia en los archivos municipales las diversas medidas administrativas que se han tomado, desde 1858, con ocasión de las apariciones contadas por Bernadette y con respecto de la organización de las peregrinaciones. Asiste a los oficios, sigue la procesión, está presente en el estanque. Un dibujo de Steinlen publicado en el «Gil Blas» ilustrado lo muestra caminando junto a la procesión. En él aparece vestido con un macfarlán a cuadros; lleva colgado del hombro un antejo de larga vista y tiene en la mano la libreta de la que no se separa jamás. Mezclado en la larga fila de los creyentes, no parece mirar a los más próximos que lo rodean; se destaca en primer plano de la multitud anónima, a la que vuelve la espalda. Observa, analiza, fija en su memoria el espectáculo en su conjunto y detalles al mismo tiempo<sup>[3]</sup>.*

*Se apasiona por la figura de Bernadette Souvirous, cuya infancia estudia en la pequeña comuna de Bartrès, donde ella nació. Se inclina sobre la vidente, a la que en el fondo ama, porque la sabe una niña cándida, verídica y desgraciada, cuyo caso quiere analizar y explicar. Por cierto que ella no ha mentado en absoluto; ella tuvo la visión; como Juana de Arco, ella ha escuchado voces. ¿Cuál es la fuerza que ha producido a Bernadette y su obra? ¿Cómo la visión ha podido crecer por encima de esa niña miserable y sacudir a todas las almas creyentes, hasta el punto de renovar los milagros de los tiempos primitivos y casi fundar un culto nuevo, en medio de una ciudad santa, construida a fuerza de millones, y hacia la cual convergen cada año multitudes tan exaltadas y tan numerosas como no se las vela desde las Cruzadas? Y toda la vida de Bernadette, desde sus primeros años en que llevaba a pastar los corderos, hasta su muerte, cuando es ya sor María Bernarda, del convento de las Hermanas de la Caridad de Nevers, es reconstruida con ternura por Zola.*

*Dos vastos cuadros, dos frescos llenan casi el volumen.*

*Primero es el «Tren Blanco» bramando entre los gritos de dolor y la fuga de los cánticos. Luego viene el movimiento, la marcha hacia la gruta de esas multitudes que esperan el milagro, que lo imploran, que lo ansían.*

*Y junto a estos enormes frescos, escenas y personajes episódicos. Al mismo tiempo que los aspectos grandiosos de la peregrinación, Zola muestra los lados pequeños y penosos: el acaparamiento y la explotación del culto de Bernadette por los Padres de la Gruta, el comercio de objetos piadosos y el mercantilismo triunfante en Lourdes, la venta de agua milagrosa y de las seudoreliquias, la simonía y el relajamiento de las costumbres.*

*Esta novela es una de las más poderosas salidas de la pluma de Zola; es una obra de su madurez plena, sólida, vigorosa, ardiente. El escritor comprueba en ella sus mejores dones, principalmente el arte de pintar y de animar a las masas. La crítica literaria le rinde homenaje.*

*Los medios católicos, por el contrario, se desencadenan contra él con una violencia que recuerda la que, treinta años antes, había acogido la «Vida de Jesús». Muchos folletos y libros se publican contra «Lourdes», como el del doctor Boissarie, el doctor Moncoq, el abate Joseph Crestey, el abate Domenech, el padre Ballerini, monseñor Richard y el abate Ch. Delfour. ¿Hubo en el mundo católico una decepción a la lectura de este libro? En el curso de sus investigaciones, Zola había conversado largamente con los sacerdotes, con los médicos encargados de las peregrinaciones, con Henri Lasserre. Había registrado cuidadosamente sus palabras, sus razonamientos;*

*y porque no había discutido con ellos —por cortesía o porque tenía conciencia de que sería tiempo perdido—, quizá sacaron la conclusión precipitada de que iba a escribir una novela impregnada de fe católica y favorable a la causa de los milagros. En todo caso, los espíritus más religiosos no podrían reprocharle el tono del libro, que no recurre ni a la ironía de Voltaire ni a las vulgaridades de Homais; no hace obra anticlerical o irreligiosa en absoluto; habla de la religión del modo más serio, grave y digno, y un sentimiento profundo de piedad humana parece desprenderse de las páginas del libro.*

*El Consejo Municipal de Bartrès demanda a Zola en una querrela asaz singular como imprevista, tan curiosa que vale la pena mencionarla. Los ediles del pequeño municipio envían al novelista esta carta, que hacen publicar en «Le Figaro»:*

«Señor:

En nombre de la verdad, audazmente desfigurada, nosotros, miembros del Consejo Municipal de Bartrès, venimos a protestar contra las falsedades contenidas en su nueva novela, «Lourdes», en lo que se refiere a la vida de Bernadette Soubirous en nuestro municipio.

Declaramos, primero, contra lo que usted afirma, que el bienhechor de Bernadette, Basile Lagües, jamás hizo en el seno de la familia las lecturas de que usted habla: este hecho ha sido comprobado por su propio hijo. Usted afirma luego que durante un invierno entero se hicieron vigiliias en nuestra iglesia, con autorización del señor abate Ader. Lo negamos en absoluto.

Y, sin embargo, habría sido ahí, según usted, donde Bernadette concibió sus ideas de apariciones.

Declara usted que nuestras familias acudían en aquel tiempo a la iglesia con el fin de economizar luz y de calentarse así todos juntos. Se trata de una afirmación grotesca, puesto que en nuestras casas había de sobra leña para la calefacción. Por otra parte, no había ninguna familia tan pobre que no pudiera tener luz de noche.

Usted presenta nuestra modesta iglesia como un lugar donde la imaginación de la piadosa niña se exaltaba a la vista de altares suntuosos, de ricos dorados, de vírgenes con ojos azules y labios rojos. ¡Es increíble que después de haber visto con sus propios ojos los lugares, hable usted así!

Ante esas fantásticas afirmaciones, en honor de la verdad y como prueba de nuestra fe en la realidad de las apariciones, hemos creído de nuestro deber, como representantes del municipio, establecer la exactitud de los hechos indignamente desfigurados.

Somos de usted, etc.

*Laurens, alcalde; Capdevielle, adjunto; Lagües, Dubarry, Pasquine, Dupas, Lamothe, Pontico, Hourtané, consejeros municipales. —Bartrès, 31 de julio de 1894».*

*Hay que conocer los consejos municipales de nuestros campos para apreciar todo lo inesperado que existe en esta carta, cuyo alumbramiento debe de haber sido muy laborioso. El Consejo de un pueblo de trescientos habitantes que se reúne para leer un folletín, para entregarse a ejercicios de crítica literaria, deliberar sobre un problema histórico y polemizar con un novelista, es algo muy divertido. Este Consejo que celebra una sesión para afirmar en bloque y solemnemente su fe en las apariciones de la Virgen, parece entender de un modo nuevo el ejercicio de sus funciones municipales. Que el cura de Bartrès hubiese protestado de ciertas afirmaciones del escritor que le parecieron inexactas, pase. Pero la protesta de la asamblea municipal es, cuando menos, sorprendente.*

*Esta protesta tiene una historia, que una breve investigación permitió reconstruir. La novela comenzó a aparecer en folletín, en el «Gil Blas», a comienzos de julio de 1894. Los Padres de la Gruta lo seguían muy atentamente. Las páginas sobre la infancia de Bernadette en Bartrès debieron de impresionarlos, pues hicieron venir al vicario de Bartrès para mostrarle los dos números del «Gil Blas» que contenían el episodio, encargándole que los llevara a su vez al señor Laurens, el alcalde, y que pidiera a éste lo desmintiera. Y durante una sesión consagrada a la discusión del presupuesto, aquél dio lectura ante los consejeros a los dos folletines y les propuso que se designara a un edil para preparar la respuesta. Todos rehusaron, pues apenas si sabían firmar su nombre. Se dirigieron entonces al preceptor, que se negó categóricamente. Finalmente, el vicario redactó la carta, que el señor Zéphirin Lagües, consejero municipal, copió con su mejor letra, y que su hija, Catalina Lagües, se encargó de llevar a la casa de cada consejero pidiendo su firma. Finalmente, la carta es enviada al Padre superior de la Gruta, de parte del alcalde, por intermedio del joven Pierre Barbet, escribiente del procurador de Lourdes y sobrino del señor Jean Barbet, antiguo preceptor en Bartrès.*

*¿Para qué alarmar al Consejo municipal y mezclarlo en esta inesperada gresca? Los Padres de la Gruta tenía un apremiante interés por discutir y negar los hechos revelados por Zola sobre la infancia de Bernadette en Bartrès, ya que estos hechos ponían en duda toda la historia de la vidente.*

*Conviene recordar que, tal como lo narra Zola, cuando Bernadette tiene su primera aparición, el 11 de febrero de 1858, hace apenas quince días que ha llegado a Lourdes. Hasta entonces ha vivido siempre en Bartrès. Así, cuando habla de una posible presión ejercida sobre ella, de una exaltación religiosa largamente preparada, el abate Peyramale exclama: «¡Pero si yo no la conocía en absoluto, nunca la he visto!». De hecho, Bernadette ha aprendido el catecismo en Bartrès. Y, por tanto, ¿no es acaso en su pueblo natal, en el que ella ha vivido hasta los catorce años, donde Zola ha de buscar sus orígenes, su estado de cuerpo y espíritu? Es ahí, donde ha crecido, de donde debe tomarla.*

*Pero hay algo que llama con más fuerza todavía la atención de Zola, y es en la página siguiente, sacada de una guía que Jean Barbet ha publicado con el título de «Guía de Lourdes y de la Gruta»:*

«En el último tiempo que Bernadette pasó en Bartrès, donde yo era preceptor, ella asistió a la iglesia, a las lecciones de catecismo.

Un día el vicario de la parroquia, el señor abate Ader, sacerdote muy piadoso, se sintió indispuesto y me rogó que lo reemplazara en la lección de catecismo. Después de la lección me pidió mi opinión sobre Bernadette. Yo le respondí:

“A Bernadette le cuesta retener el catecismo palabra por palabra, pero reemplaza su falta de memoria con el cuidado que pone en comprender el sentido íntimo de las explicaciones. Esta niña es muy piadosa y muy modesta”.

“Sí —dijo el abate—, su opinión coincide con la mía. Me parece que fuera una flor de los campos, embalsada con un perfume divino. Le aseguro que muchas veces, cuando la miro, pienso en los niños de La Salette. Si la Santa Virgen se ha aparecido a esos niños, seguramente debían ser sencillos, buenos y piadosos como Bernadette”.

Algunas semanas después nos paseábamos el abate Ader y yo por un camino fuera del pueblo. Bernadette pasó conduciendo su pequeño rebaño. El abate Ader se volvió varias veces para mirarla; luego, volviendo a la conversación, me dijo: “Ignoro lo que pasa en mí, pero cada vez que encuentro a esta niña me parece ver a los pastores de La Salette”<sup>[4]</sup>.

Poco después Bernadette venía a Lourdes y se ponía en contacto con la Reina del Cielo».

*¡Ah! Por lo visto, había en Bartrès un abate Ader, que fue el primer guía espiritual de Bernadette; pacientemente le enseñó el catecismo, y en esta tarea no ha cesado de evocar a Maximino y Melania, de La Salette; que*

*profetizó sus visiones, y este abate Ader no ha sido mencionado en ninguna de las historias de Bernadette. Ni aún es citado en el libro de Henri Lasserre, que, sin embargo, es tan completo, pero que tiene el defecto de haber sido escrito exclusivamente con la ayuda de documentos proporcionados por el Obispado de Tarbes y con absoluto desprecio de los archivos administrativos. El hecho es muy singular y existe en él una laguna, que autoriza toda clase de suposiciones:*

«No puedo, sin embargo —escribe Zola—, quedarme con el golpe del mentís violento de los buenos consejeros municipales de Bartrès. Por otra parte, creo que el hombre que me contó todo obró evidentemente con una simplicidad de alma tan grande, que no es difícil perdonarlo. Y me decido a nombrarlo: obtuve mis detalles sobre Bartrès del señor Jean Barbet, el antiguo preceptor, el autor de la “Guía”, en que cuenta tan ingenuamente la anécdota del abate Ader y de Bernadette. Me han dicho que los Padres de la Gruta costearon esa “Guía”, lo que demuestra que nadie ha creído que había malicia alguna en ella.

Cuando estuve en Lourdes, tuve el placer de recibir muchas veces la visita del señor Jean Barbet. Me acompañó incluso una tarde entera de paseo por la ciudad. Conversamos extensamente. Le interrogué de preferencia sobre Bartrès, cuyas costumbres, de la época en que era preceptor allí, me contó detalladamente. Las lecturas nocturnas en las casas, la Biblia leída al azar, en la página que un alfiler indicaba, las veladas en la iglesia durante el invierno. Todos esos detalles me los dio pensando seguramente que me ayudaba. Se comprenderá que yo no he inventado las cosas típicas y que si las he empleado ha sido principalmente para recrear el ambiente, para poner a Bernadette en ese medio de la credulidad y simplicidad en que se crió. Poco me importaban esos detalles u otros semejantes.

¿Es necesario que responda a los buenos consejeros municipales de Bartrès que nuestros campesinos del Norte tienen también leña y medios con que alumbrarse, lo que no les impide hacer las veladas en común, porque no hay economías chicas en los campos? ¿Y será necesario que afirme que la iglesia de Bartrès era como yo la he descrito, la antigua iglesia de la cual sólo queda el ábside, pintado de azul, con un altar adornado de columnas y dos retablos pintados y sobredorados? Se puede ir a verlo allá...

Pero insisto en esto: en Bartrès es donde hay que estudiar el caso de Bernadette. El abate Ader ha muerto; sin embargo, quedan aún testigos».

*Y Zola concluye: «Conozco a excelentes católicos que no creen en los milagros de Lourdes. Lourdes no es un dogma y, por tanto, se puede*

*perfectamente no creer en él sin arriesgar la salvación»<sup>[5]</sup>.*

*Esta respuesta es la única que da Zola a los diversos ataques católicos de que es objeto. Rehúsa discutir con monseñor Ricard, vicario general de Aix, o con Henri Lasserre, estimando que ellos proceden sólo por afirmaciones, así como todos los que comparten sus convicciones y que, si se respetan las creencias, vengan ellas de donde vinieren, cuando son sinceras, sería inútil discutir las<sup>[6]</sup>.*

*El lazo que une las tres ciudades, las tres novelas, es la presencia del abate Pierre Froment. Como sacerdote, éste observa una conducta irreprochable, pero progresivamente se aparta de la fe católica. En su juventud ha hecho a la piedad la ofrenda de su razón; pero la duda lo asalta y vive ahora en una constante angustia moral. Ha ido a Lourdes, y si es verdad que lo ha ganado la figura severa y dulce de la vidente, vuelve de la peregrinación con el alma desamparada, el corazón sangrante, indignado contra todo lo que ha podido atestiguar: una idolatría grosera, supersticiones pueriles, la simonía insolente y victoriosa. Sueña con un cristianismo depurado, remozado, regenerado, libre de sus escorias, de ese cuento azul, emocionante, pero infantil. Concibe una especie de socialismo católico y lo desarrolla en un libro que ha meditado largamente, y cuyo título vio iluminarse en medio de las tinieblas de una noche insomne: «La nueva Roma». ¿No es, en efecto, de Roma, eterna y santa, de donde debe partir el rescate de los pueblos? Pero la Congregación del Índice prohíbe este libro, y para defenderlo, el joven sacerdote va a Roma, lleno de esperanza y fervor, inflamado de deseos de hacer triunfar su fe, resuelto a defender por sí mismo su causa ante el Santo Padre, cuyas ideas cree, ingenuamente, que expresa en su obra.*

*De este modo Zola tiene que describir a Roma y el mundo religioso. Para conocer la histórica ciudad que nunca ha visitado y penetrar en el ambiente del Vaticano, tan hermético y que él desconoce, Zola emprende un viaje a Italia, acompañado de su esposa. Parte el 30 de octubre de 1894 y permanece allí hasta fines de diciembre. Se propone entrar en relaciones con la sociedad romana, conversar con distintas personalidades literarias, políticas y religiosas; pero desea al mismo tiempo disfrutar de algunos días de visita incógnita. Así se explica que se sienta sorprendido y casi contrariado cuando a su llegada a Roma, el 31 de octubre, a las seis y media de la mañana, es recibido en el andén de la estación por numerosas delegaciones, por el señor Luzzato y el conde Bertorelli, director y administrador de «La Tribuna», y por representantes de toda la prensa.*



*El 10 de noviembre se realiza en el Hotel de Roma el banquete organizado en honor del escritor francés por la Asociación de la Prensa italiana. Más de cien comensales están presentes, entre los cuales se cuentan los señores Ferraris, ministro de Correos y Telégrafos; Monteverde, senador; los diputados Bonghi, Antonelli Arbib, Barzilai Luzzato; el asesor de Angelis, que representa al alcalde de Roma; numerosos artistas, escritores y periodistas italianos y extranjeros. A los postres, el señor Bonghi, presidente de la Asociación, brinda «por el ilustre representante de la Francia intelectual y moral»; luego, aludiendo a la próxima novela sobre Roma, pide a Zola que observe a la Roma moderna, a la que ha enarbolado la bandera de la civilización y del progreso. Saludado con una prolongada ovación, Zola da las gracias en estos términos:*

«Primero, gracias, señores y queridos colegas; gracias por la fraternal acogida que me hacéis, y que me emociona infinitamente. Gracias al presidente de este banquete, señor Bonghi, al amplio espíritu del cual os enorgullecéis y cuya incesante actividad y maravillosa inteligencia enciclopédica se prodiga para todas las causas nobles. Gracias al señor Ferraris, el distinguido ministro, uno de los vuestros, uno de los buenos soldados de la pluma que no por estar en el poder ha desertado de vuestras filas y del honor y la potencia de la idea. Gracias a mis colegas, a los que comienzan y a los otros; gracias a los periodistas, a los escritores que me dan el gran placer de recibirme hoy día en esta mesa, en la comunión de la literatura universal.

Señores, en esta grandiosa Roma, la antigua y la papal; en esta Roma sagrada de donde brota toda la civilización latina; en esta Roma donde recomienza la Historia, yo no soy sino un peregrino del pensamiento y del arte, el último que ha llegado, un solitario, quiero decir un ignorado que no tiene otra ambición que buscar aquí la verdad de hoy y la de mañana. Yo no quiero pertenecer a ningún partido ni tener ninguna opinión. No traigo encargo alguno. Vengo por mi cuenta, por mi arte y por mi fe, con la sola esperanza de aclarar mi mente en lo que respecta a los grandes problemas de creencias y de paz que agitan al mundo moderno. Mi único deseo es conocerlo todo y no hablar de nada que no haya visto y comprendido. Y muy modestamente siento que habéis querido honrar en mí al buen obrero que soy, al escritor independiente que se encuentra entre vosotros para trabajar.

Al pasar la frontera, señores, me juré no hablar de política; pero no es hablar de política hablar de humanidad y formular entre vecinos, entre hermanos, el deseo de paz en el mundo, en nombre del género humano. Si

nosotros, los poetas, los profetas tal vez, somos soñadores que provocamos sonrisas cuando soñamos con la belleza universal, este sueño, en todo caso, consuela a los pueblos y mitiga sus sufrimientos. Es un buen sueño.

Hace un año, en Londres, tuve el honor de formar parte de un Congreso de periodistas, y allí expresé la idea de que la prensa todopoderosa debería ponerse de acuerdo, de pueblo a pueblo, formar la Liga internacional de pensamiento humano, para ayudar a suavizar las querellas en nombre de la justicia y de la verdad. Y puesto que me encuentro hoy en el otro extremo de Europa, entre la prensa italiana, permitidme, señores y queridos colegas, que brinde de nuevo por el triunfo de la inteligencia y de la fraternidad, por las artes y las letras».

*Las visitas oficiales, las recepciones y banquetes no impiden en absoluto a Zola aislarse para su búsqueda, explorar y recorrer en todo sentido Roma y sus alrededores. Visita las iglesias. El Campo-Verano, el Capitolio, el Coliseo, el Foro, el Palacio de Venecia, los viejos palacios romanos; las Termas de Caracalla le llenan de encanto; las proporciones gigantescas de las Termas le impresionan y —dice— casi rehabilitan en su espíritu al emperador siniestro. Por la Vía Sixtina llega a las alturas de Pincio y se emociona con la grandeza de un espectáculo que abarca el Vaticano y San Pedro en toda su majestad, el Janículo, el Monte Mario, los Montes Latinos. En Guyano, desde lo alto de la terraza del castillo Sforza Cesarini, contempla la puesta de sol. En el lago de Neni, tan melancólicamente poético, y donde Renán situó el cuadro de una de sus últimas meditaciones, Zola se siente sacudido por una emoción profunda al ver la noche, que cae lentamente sobre la inmensidad del campo romano. Por el contrario, los llamados embellecimientos de la capital, las construcciones recientes, que datan de un cuarto de siglo —cubos de albañilería amontonados, todavía gredosos y que no han sido dotados del color púrpura del sol y de la Historia—, le dejan completamente frío; sobre todo los techos del colosal Ministerio de Finanzas se le figuran desastrosas estepas, infinitas y descoloridas, de una fealdad cruel<sup>[7]</sup>.*

*François Coppée no pudo ocultar su admiración ante la riqueza de las descripciones de Roma:*

«Como todo el mundo —escribe—, acabo de leer “Roma”, de Emilio Zola, y como todos aquellos que la han leído o la leerán, me he quedado deslumbrado ante tanto talento, tanta abundancia y tanta fuerza. Pero este hermoso libro no sólo me ha dado el vivo regocijo que producen la literatura

y el arte, sino que le debo aún otra gratitud: por un momento me ha rejuvenecido, recordándome el tiempo que pasé en la Ciudad Eterna.

»Estuve alrededor de quince días, en la época de las fiestas de Pascua. Era poco, demasiado poco, y vi Roma rápidamente y mal. Emilio Zola me deja estupefacto, al asimilarse en pocas semanas todos los aspectos de la prodigiosa ciudad y al absorber y digerir tan fácilmente tantos paisajes, monumentos, ruinas y museos, para hacer un libro que, desde el punto de vista descriptivo, es tal vez su obra maestra»<sup>[8]</sup>.

*Pero la obra de Zola no es solamente el panorama de la capital italiana, sino que nos muestra Poma en los aspectos más diversos: político, religioso, económico, social, arqueológico, étnico.*

*Nos introduce en el Vaticano y en los círculos eclesiásticos, con los camareros, cardenales y monseñores; nos inicia en sus intrigas, en sus celos, en sus querellas, en el desarrollo y en la formación de las congregaciones que pululan en torno de la Santa Sede. Nos hace penetrar en los salones y en las antecámaras de la aristocracia romana.*

*En relación con la Roma moderna, Zola describe las nuevas horadaciones, los viejos barrios destruidos, los terrenos vendidos, las carreteras proyectadas, los altos edificios recargados de esculturas, las construcciones que se levantan por doquiera, formando un cinturón blanco en torno de los antiguos techos rojos, y al mismo tiempo las operaciones financieras que preceden a esta transformación: la especulación con los terrenos, la destreza y la locura de los jugadores, la celeridad con que obran los piratas de la Bolsa, algo que recuerda los despojos del Segundo Imperio.*

*Y, finalmente, hay que referirse a la idea central, la idea filosófica del libro. «Roma» presenta el problema del remozamiento de la Iglesia, de las relaciones de la religión y de la ciencia, de la religión y de la democracia. Prisionera de su pasado, ¿acaso la Iglesia no se ha transformado en una máquina administrativa demasiado pesada, incapaz de resolver los problemas sociales, impotente para salvar al mundo? ¿No corresponde este papel de liberar a nuestra pobre y gloriosa humanidad a la ciencia y al amor?*

*En «París», el lector vuelve a encontrar al abate Pierre Froment. Desilusionado por Lourdes, cruelmente desengañado de su viaje a Roma, el sacerdote ha perdido la fe, no cree ya en la divinidad de Cristo, y sólo encara la hipótesis de un catolicismo nuevo, la posibilidad de una vuelta al cristianismo primitivo, tan generoso y tan sincero. Comprueba la insuficiencia de la caridad y termina por evadirse de la Iglesia. Vuelve a la*

*vida y al amor: la sociedad contemporánea, que se debate entre la corrupción y el vicio, entre el dolor y la injusticia, sólo se regenerará por el amor, por el hijo, por la ciencia. Esta es la idea fundamental de la tercera novela, tan abundante, tan compacta, que excede las seiscientas páginas.*

*«París» es la vida de la capital entera: es el París de la política, el París de las finanzas y del periodismo, el París de la alegría y del libertinaje triunfantes, el París de la injusticia y del sufrimiento humillado; es la gran ciudad, con sus esplendores, sus terrores y sus taras, ya deslumbrante, ya tenebrosa, ya estallando junto al rumor del oro y el resplandor de la carne desnuda, ya llorando en los arrabales, rodando entre la miseria y el fango, o alzándose contra la injusticia del destino. Y, por encima de todo, es la Ciudad-Luz, la que proyecta sobre Francia y sobre el mundo la claridad de sus ideas emancipadoras y sus aspiraciones de bienestar material y moral para todos.*

*La mayor parte de los veinticuatro personajes que aparecen en «París» puede fácilmente ser reconocida. Bertheroy, el ilustre químico que ha consagrado su vida a la investigación científica y que ve en la ciencia el factor más decisivo para el progreso moral, no es otro que Berthelot. Mege, que es proclamado jefe del partido colectivista «por su ardiente fe, por la extraordinaria actividad de su temperamento de luchador», es Jules Guesde. El libelista Sagnier, redactor de «L'Ami du Peuple», que cada mañana denuncia un nuevo escándalo y publica las listas de los malversadores, es Edouard Dumont, director de «La Libre Parole. —Fonseque, director del periódico austero y grave—, Le Globe», es Adrien Hébrard, en la realidad director de «Le Temps». Monferrand, político, ministro asaltado por los apetitos más furiosos, es una mezcla de Rouvier y de Constans. Barroux, jacobino de majestad ligeramente teatral, romántico, estruendoso y un poco tonto, es Charles Floquet. El anarquista Salvat es Auguste Vaillant, el autor del atentado contra el Palais Bourbon, y el joven Víctor Mathis, que venga a Salvat, es Emile Henry. Finalmente, el cantante arrabalero Legras, autor de canciones en que el sufrimiento de los de abajo grita y se rompe en ritmos de fuego y sangre, es Aristide Bruant, autor de «En la calle».*

*Los nombres de estos personajes son testimonio de que muchas escenas de la novela han sido tomadas directamente de la realidad.*

*Termina por aquellos días el tremendo escándalo de Panamá, que prueba las relaciones turbias que existen entre la Cámara y la Bolsa, entre la política y el negocio. Y la novela evoca los compromisos parlamentarios, los*

*chantajes periodísticos, las repercusiones múltiples del escándalo, los debates que éste ha generado.*

*Las malversaciones y los cheques «panameños» traen gestos de revuelta y de violencia por parte de los soñadores irritados, de los exasperados por la miseria; la anarquía de los de arriba engendra la anarquía de los de abajo. El relato del atentado de Salvat, la información sobre su proceso, el cuadro de su ejecución, estremecen por su veracidad. Y, como observa un doctrinario del anarquismo, Juan Grave, Zola supo discernir entre los diversos elementos que se mezclaban en el seno de esa agitación libertaria, hirviente, pero a veces confusa y turbia. «Casi todo el mundo —escribe— estaba allí, desde los estafadores hasta los soplonos y ladrones, que hacen sus negocios de acuerdo con la Policía; también los snobs separados de los círculos cursis y de la aristocracia, que entran en el anarquismo por darse tono, porque es la moda, y que salen de él con la misma rapidez con que entraron».*

*El socialismo ha tomado en el mundo político una importancia cada vez más considerable. Por ello Zola da un lugar tan importante a Mege. Pero la interpretación que hace el escritor sobre el pensamiento y la acción socialista provocan reservas y objeciones de muchos socialistas, principalmente de Eugenio Fournière y de Jaurès (15). Dicen que Zola ha hecho del socialismo una obra insuficiente e incompleta: lo ve bajo la forma de un grupo parlamentario que se fuerza en derribar gabinetes, a la espera de que al cabo de dos o tres crisis será llamado al poder y podrá entonces realizar dictatorialmente la felicidad humana. No, si el socialismo recurre a la acción parlamentaria, como a la acción sindical y a la acción política, en general, no limita su actividad al Parlamento, como no cuenta tampoco con la caída sucesiva de ministerios, sino con la organización y la acción de la clase obrera para realizar su programa.*

*También hay otra objeción socialista a propósito de la concepción de Zola sobre la ciencia y su papel en la evolución social. El sabio Bertheroy, que expresa en el libro las ideas de Zola, declara: «¡Cuántas veces os lo he dicho! La ciencia, por sí sola, es revolucionaria. Si queréis cambiar el mundo y tratar de darle un poco de felicidad, todo lo que tenéis que hacer es permanecer en vuestro laboratorio, pues la felicidad humana sólo puede nacer en vuestros hornillos de sabio». Es verdad que la ciencia es una potencia formidable en las manos del hombre; la ciencia extiende su imperio sobre la Naturaleza; ella libera al hombre de muchos trabajos serviles y, acrecentando los medias de producción y de riqueza, permite universalizar*

*un tipo mejor. Pero no basta que la ciencia progrese para que la justicia se realice; sola, la ciencia sería vana e impotente, y es necesario agregar a su desarrollo la acción militante de los hombres, sus voluntades y sus esfuerzos coordinados.*

*Estas pequeñas reservas no impiden que «París» sea un libro fuerte y hermoso, y que la mayor parte de los episodios que contiene sean funcionalmente exactos.*

*Al día siguiente de su aparición, un escritor que no pertenece a la escuela naturalista y que políticamente está muy alejado de Zola, pero que es uno de los maestros de la novela de fines del siglo XIX, Paul Bourget, no vacila en rendir este elocuente homenaje al autor de los Rougon-Macquart y de «Las tres ciudades»:*

«Las novelas de Emilio Zola son producto de esta concepción que Taine definía maravillosamente cuando la llamaba “psicología viviente”. El autor de los Rougon-Macquart ha considerado la novela como una especie de experiencia hipotética abordada sobre antecedentes positivos y cuya primera condición es que los antecedentes sean verdaderos y la hipótesis lógica. Cuando la hora de la justicia suene para este infatigable obrero se podrá apreciar la labor asombrosa de documentos previos que supone cada uno de sus libros. Se discernirá también la intención constantes del escritor: hacer sobre la Francia contemporánea una pesquisa, llevada lo más adelante posible, destinada a plantear el problema de sus verdaderas condiciones.

»Entonces no se le discutirá ese derecho a tomar la realidad total, que es derecho de todo sociólogo y de todo historiador. Si el ardor de la convicción, el valor de sus propios principios, la intransigencia de la doctrina, la perseverancia en el trabajo son las más altas cualidades profesionales del artista literario, hay que decir que Emilio Zola es en la hora presente una de las figuras en las cuales estas grandes virtudes son más evidentes. Toda su obra tiene la huella de esta lealtad intelectual que constituye, por sí misma, la más eficaz y la más viril de las enseñanzas. He aquí por qué tenía razón el otro día para protestar contra el reproche de inmoralidad, tan ligeramente o tan pérfidamente prodigado al resultado de esta inmensa labor. La libertad de su colorido ha podido herir a ciertas sensibilidades. Pero yo desafío a que un lector de buena fe, que haya llegado al término de los Rougon-Macquart y de “Las tres ciudades”, no salude —en el autor de este vasto monumento— a un grande y honesto hombre de letras y al más recio talento de nuestra época».

ALEXANDRE ZÉVAÈS

# **JORNADA PRIMERA**

## I

**E**n el tren en marcha, los peregrinos y los enfermos, hacinados en los duros asientos del coche de tercera, terminaban el *Ave Maris Stella*, que empezaron a entonar al salir de la estación de Orleans, a tiempo que María, medio incorporada en su mísero lecho y presa de febril impaciencia, divisó las fortificaciones.

—¡Ah, las fortificaciones! —exclamó alegremente, a pesar de su sufrimiento—. Ya estamos fuera de París. ¡Por fin hemos salido!

Su padre, el señor de Guersaint, que estaba delante de ella, sonrió al verla contenta, en tanto que el abate Pedro Froment, que la contemplaba con ternura fraternal, dijo en voz alta, llevado de su inquieta piedad:

—Tenemos ahora hasta mañana muy temprano; llegaremos a Lourdes a las tres y cuarenta. ¡Más de veintidós horas de viaje!

Eran las cinco y media. El sol acababa de salir radiante en la pureza de un espléndido amanecer. Era un viernes, 19 de agosto. En el horizonte, pesadas nubecillas presagiaban un terrible día de calor tormentoso. Y los oblicuos rayos solares atravesaban los compartimientos del vagón, llenándolos de un agitado polvo dorado.

María, recayendo en su angustia, murmuró:

—Sí, veintidós horas. ¡Dios mío, cuánto falta todavía!

Su padre la ayudó a recostarse de nuevo en la estrecha caja de forma acanalada en que llevaba viviendo siete años. En la estación habían consentido en admitir excepcionalmente como equipaje los dos pares de ruedas desmontables que se adaptaban a la caja para pasearla. Metida entre las tablas de aquel ataúd ambulante, ocupaba tres asientos del banco.

Estuvo un instante con los párpados cerrados; su rostro demacrado y terroso y su aspecto de niña enfermiza, a pesar de sus veinte años, encantaban, sin embargo, por su maravillosa cabellera rubia, cabellera de reina que la enfermedad respetaba. Vestía un sencillo traje de lanilla negra, y llevaba colgada del cuello la tarjeta de la Hospitalidad con su nombre y número de orden. Ella misma la había exigido, pues no quería ser gravosa a los suyos, caídos poco a poco en una situación apurada. Por eso se encontraba allí, en la tercera clase del tren blanco, del tren de los enfermos graves, el más triste de los catorce trenes que aquel día iban a Lourdes, y en el que se amontonaban, además de quinientos peregrinos sanos, cerca de trescientos



desgraciados consumidos por la debilidad y flagelados por el sufrimiento, trasladados a toda marcha de un extremo a otro de Francia.

Disgustado por haberla entristecido, Pedro continuaba contemplándola con afectuosa mirada de hermano mayor. Acababa de cumplir treinta años, y era pálido, delgado, de ancha frente. Después de haber cuidado de los menores detalles del viaje, se empeñó en acompañarla y consiguió que le admitieran como miembro auxiliar de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud. Por eso llevaba en la sotana la cruz roja con ribete anaranjado de los camilleros. El señor de Guersaint, en cambio, no llevaba prendida de la solapa de su chaqueta gris más que la crucecita escarlata de los peregrinos. Parecía encantado del viaje, pues no apartaba los ojos del paisaje y movía continuamente su cabeza de pájaro amable y distraído. Tenía el aspecto de un hombre muy joven, aunque había cumplido los cincuenta.

En el departamento inmediato, a pesar de la violenta trepidación, que arrancaba suspiros a María, habíase puesto de pie sor Jacinta, que notó que el sol daba de lleno en la joven.

—Baje usted la cortina, señor abate. Es necesario que nos acomodemos y pongamos en orden las cosas.

Con su hábito negro de monja de la Asunción, en el que contrastaban la cofia, el griñón y el amplio delantal blancos, sor Jacinta sonreía, activa e infatigable. Su juventud estallaba en su boca, pequeña y fresca, y en el fondo de sus hermosos ojos azules, siempre tiernos.

—Este sol nos está asando. ¡Por favor, señora, baje usted también la cortinilla!

La señora de Jonquière, sentada en un rincón, junto a la monja, llevaba sobre la falda su maletín. Lentamente bajó la cortinilla. Morena y fuerte, era aún agradable, aunque tenía una hija de veinticuatro años, Raimunda, a quien, por respeto a las conveniencias, había acomodado con dos señoras hospitalarias, la señora Désagneaux y la señora Volmar, en un coche de primera clase. Directora de una sala del Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, de Lourdes, jamás abandonaba a sus enfermos. Por fuera, sobre la puerta del compartimiento se balanceaba el cartelito reglamentario, en el que se hallaban escritos, debajo de su nombre, los de las dos hermanas de la Asunción que la acompañaban. Viuda de un hombre arruinado, vivía modestamente con su hija de una renta de cuatro o cinco mil francos en el fondo de un patio de la calle de Vaneau. Era una mujer de inagotable caridad que dedicaba todo su tiempo a la obra de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud, cuya roja cruz llevaba también sobre su hábito carmelitano, y en

cuya obra era una de sus más activas colaboradoras. De temperamento algo altanero, gustaba de ser querida y adulada, y se sentía feliz en aquel viaje anual, que satisfacía su vanidad y su corazón.

—Tiene usted razón, hermana; vamos a instalarnos. No sé por qué llevo en la mano este maletín.

Y lo colocó junto a sí, sobre el banco.

—¡Cuidado! —advirtió sor Jacinta—. Tiene usted el jarro de agua entre las piernas, y le está molestando.

—No, no me molesta. Déjelo; en alguna parte ha de estar.

Se pusieron las dos, entonces, a arreglar sus cosas, a fin de pasar allí lo más cómodamente posible un día y una noche con sus enfermos. Lo lamentable era que no habían podido alojar a María en su compartimiento, pues ésta prefirió estar junto a Pedro y a su padre; pero por encima del tabique de separación podían charlar a sus anchas. Por lo demás, todo el vagón con sus compartimientos de diez asientos cada uno, no era más que una sola habitación, corrida y común, que podía abarcarse de un vistazo. Entre las desnudas y amarillentas maderas de los tabiques, y bajo el blanco techo artesonado, parecía aquello una verdadera sala de hospital, con el desorden y la confusión de una ambulancia improvisada. Medio ocultos bajo los asientos, veíanse vasijas, orinales, escobas y esponjas. Además, como el tren no llevaba furgón de equipajes, había bultos apilados o esparcidos por todas partes; eran maletas, cajas de madera, sombrereras, maletines, sacos formando desordenados montones de cosas viejas sujetas con cordeles. En el espacio, el mismo revoltijo: ropas, paquetes y canastos, colgados de perchas metálicas, se balanceaban sin reposo. En medio de aquella ropavejería, los enfermos graves, tendidos en sus exiguos colchones que ocupaban varios asientos, oscilaban a causa de las ruidosas sacudidas de la marcha, mientras que los que podían mantenerse sentados se pegaban a los tabiques, apoyándose en almohadas, lívido el semblante. Reglamentariamente debía haber en cada compartimiento una dama hospitalaria. En el otro extremo se encontraba otra monja de la Asunción, sor Clara de los Ángeles. Había peregrinos sanos que se levantaban, comían y bebían ya. En el fondo, un compartimiento estaba totalmente ocupado por diez mujeres peregrinas apretadas unas junto a otras; jóvenes y viejas, todas eran de la misma fealdad lastimosa y triste. Y como nadie se atrevía a bajar los cristales a causa de los tísicos que iban allí, empezó a hacerse sentir el calor, así como un olor insoportable que parecía desprenderse poco a poco de las sacudidas de la marcha a toda velocidad.

En Juvisy se rezó el rosario. A las seis pasaba el tren vertiginosamente por la estación de Brétigny, cuando sor Jacinta se levantó. Ella era la que dirigía los ejercicios piadosos, cuyo programa seguía la mayor parte de los peregrinos en un librito de tapas azules.

—¡El *Ángelus*, hijos míos! —dijo sonriendo y con aire maternal, que su misma juventud hacía más encantador y dulce.

Otra vez se sucedieron las avemarías. Al terminar, Pedro y María se interesaron por dos mujeres que ocupaban los otros dos rincones de su compartimiento. Una de ellas, la que se hallaba a los pies de María, era una rubia esbelta de aspecto burgués, de algo más de treinta años, prematuramente marchita. Casi desaparecía, sin ocupar apenas sitio, entre los pliegues de su oscuro vestido, con sus cabellos descoloridos y su cara larga y angustiada, que trasuntaba un abandono sin límites y una tristeza infinita. La otra, la que estaba frente a ella, en el banco del abate Pedro, era una obrera de la misma edad, con toca negra, de rostro consumido por la miseria y la preocupación, que llevaba en el regazo una niña de siete años, tan paliducha y menuda que apenas parecía tener cuatro. Aquella niña, de nariz respingona y párpados azulados, que se cerraban en una cara de cera, no podía hablar, y sólo exhalaba un leve y débil gemido, que desgarraba el corazón de su madre, inclinada sobre ella.

—¿Comería unas uvas? —preguntó tímidamente, señalando a la niña, una señora, muda hasta entonces—. Las llevo en el cesto.

—Gracias, señora —contestó la obrera—. No toma más que leche, y eso... He tenido buen cuidado de traer una botella.

Y cediendo a la necesidad de desahogarse que sienten los desdichados, contó su historia. Era viuda; su marido, llamado Vincent, dorador de oficio, había muerto tísico. Sin más compañía que su Rosita, que era su pasión, trabajaba día y noche de costurera para criar a la niña. Pero sobrevino la enfermedad. Hacía catorce meses que la tenía así, en sus brazos, cada vez más dolorida y aniquilada. Un día, ella, que nunca iba a misa, entró en una iglesia, empujada por la desesperación, para implorar la curación de su hija; y allí creyó oír una voz que le decía que la llevara a Lourdes, donde la Santa Virgen se apiadaría de ella. Sin conocer a nadie, sin saber siquiera cómo se participaba en una peregrinación, sólo tuvo una idea: trabajar, economizar el dinero del viaje, tomar un boleto y partir con el franco y medio sobrante, sin llevar más que una botella de leche para la criatura, sin pensar siquiera en comprarse para sí un trozo de pan.

—¿Y qué es lo que tiene la Pobrecita? —inquirió la señora.

—¡Ay, señora! Seguramente es tisis intestinal. No sé qué nombre le dan los médicos. Empezó por unos dolorcitos de vientre. Después éste se le hinchó, y sufría tanto que sólo el verla hacía llorar. Ahora la hinchazón del vientre ha desaparecido; no es más que piel y huesos. Ni parece que tuviera piernas, de tan flaca que está; se consume en sudores continuos...

Y como Rosita gimiera abriendo los párpados, la madre se inclinó sobre ella, pálida y turbada.

—¿Qué te pasa, cielito, tesorito mío? ¿Quieres beber?

Pero la niña, después de mostrar sus ojos vagos de un azul de cielo nublado, los cerró enseguida. Hundida en su postración, ni siquiera respondió. Llevaba un vestido blanco, suprema coquetería de la madre, que había hecho aquel gasto inútil en la esperanza de que la Virgen sería bondadosa con su enferma.

Después de un corto silencio, la señora de Vincent prosiguió:

—¿Y usted, señora, va a Lourdes por algo personal suyo? Se ve que está usted enferma.

La señora se asustó y, reacomodándose con gesto dolorido en un rincón, murmuró:

—¡No, no! No estoy enferma... ¡Quisiera Dios que lo estuviese; sufriría menos!

La señora de Maze, que tal era su nombre, llevaba en su corazón un incurable pesar. Habiéndose casado por amor con un mozo de buena posición, pero calavera, viose abandonada al cabo de un año de luna de miel. Su marido, que ganaba mucho dinero como viajante de joyería, y se hallaba por ello la mayor parte del año fuera de su casa, la engañaba de una frontera a la otra de Francia, y hasta se hacía acompañar por sus queridas. Y su esposa, que le adoraba, sufría tan horriblemente por ello que se echó en brazos de la religión. Así acabó decidiéndose a ir a Lourdes para suplicar a la Virgen que convirtiese a su marido y se lo devolviera.

La señora de Vincent, aunque sin comprenderla, adivinó, sin embargo, un gran dolor moral. Y ambas continuaron mirándose: la esposa abandonada, que agonizaba en su pasión, y la madre, que moría viendo morir a su hija.

Pedro, lo mismo que María, había escuchado la conversación. Por ello intervino, expresando su extrañeza de que la obrera no hubiera hecho hospitalizar a su enfermita. La Asociación de Nuestra Señora de la Salud había sido fundada por los padres agustinos de la Asunción, después de la guerra, con el fin de trabajar por la salvación de Francia y la defensa de la Iglesia mediante la oración común y el ejercicio de la caridad. Eran ellos,

precisamente, los que, provocando el movimiento de las grandes peregrinaciones, habían creado y acrecentado sin cesar, desde hacía veinte años, la romería nacional que anualmente, a fines de agosto, se dirigía a Lourdes. De esta manera y poco a poco había ido perfeccionándose una excelente organización, a base de limosnas que se recogían en todo el mundo, de enfermos alistados en todas las parroquias y de convenios concertados con las compañías de ferrocarril. Todo ello sin contar la tan activa ayuda de las hermanas de la Asunción y la creación de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud, vasta congregación de todas las abnegaciones, en que hombres y mujeres, en su mayoría pertenecientes a la alta sociedad, bajo las órdenes del director de las peregrinaciones, cuidaban de los enfermos, se encargaban de su traslado y velaban por la disciplina.

Los enfermos tenían que presentar una petición por escrito para obtener la hospitalización, lo cual les ahorraba los gastos menudos del viaje y la estancia; se les recogía y se les reintegraba a domicilio; por tanto, no tenían que llevar más que unos pocos alimentos para el camino. A decir verdad, en su mayoría eran recomendados por sacerdotes o personas caritativas que se ocupaban de los informes, de la formación del expediente, de los documentos de identidad necesarios y de los certificados médicos. Hecho lo cual, los enfermos no tenían que ocuparse ya de nada; eran sólo triste carne destinada a los sufrimientos y a los milagros entre las manos fraternales de los hospitalarios de uno y otro sexo.

—Usted, señora —explicaba Pedro—, no tenía más que haberse dirigido al cura de su parroquia. Esta pobre niña merece todas las simpatías. Habría sido inmediatamente admitida.

—No lo sabía, señor abate.

—Y entonces, ¿qué ha hecho usted?

—He comprado un pasaje, señor abate, en un sitio que me ha indicado una vecina que lee los periódicos.

Se refería a los pasajes de precio muy reducido que vendían a los peregrinos que los podían pagar.

María, al escucharla, sintió una gran compasión y un poco de vergüenza, ya que ella, que no era ni con mucho una indigente, había conseguido que la hospitalizaran gracias a Pedro, mientras que aquella madre y su pobre hija, después de haber invertido sus exiguas economías, se habían quedado sin un céntimo.

En esto, una violenta sacudida del coche le arrancó un quejido.

—¡Ay, papá! Levántame un poco, por favor. Ya no puedo estar más de espaldas.

Tan pronto como el señor de Guersaint la hubo sentado, María suspiró profundamente. No bien pasado Etampes, el cansancio comenzó a ser general, con el sol más fuerte, el polvo y el ruido. La señora de Jonquière púsose de pie para animar a la joven, por encima del tabique divisorio, con palabras alentadoras. También sor Jacinta se levantó y dio alegremente una palmada para hacerse oír y obedecer de uno a otro extremo del coche.

—¡Ea, no pensemos más en nuestras penas! Recemos y cantemos, que la Santísima Virgen nos ayudará —y comenzó el rosario con las palabras de Nuestra Señora de Lourdes.

Todos los enfermos y peregrinos la siguieron. Era la primera parte, compuesta de cinco misterios gozosos: la Anunciación, la Visitación, la Natividad, la Purificación y la Pérdida y hallazgo de Jesús. Luego, todos entonaron el cántico «Contemplemos al celestial arcángel».

Las voces se quebraban entre el fragor de las ruedas, y no se oía sino el sordo rumor de aquel rebaño que se asfixiaba en el fondo de un vagón cerrado que corría sin parar.

El señor de Guersaint, aunque creyente, nunca podía llegar hasta el final de un cántico. Se levantaba y volvía a sentarse. Acabó acodándose sobre el tabique divisorio y hablando en voz baja con un enfermo reclinado en el mismo tabique, en el compartimiento contiguo. El señor Sabathier era un hombre de unos cincuenta años, rechoncho, de cabeza grande y completamente calvo. Enfermo de ataxia desde hacía quince años, sólo sufría en los ataques, pero tenía las piernas completamente tullidas. Su mujer, que le acompañaba, se las cambiaba de sitio cuando acababan pesándole mucho, cual si fueran lingotes de plomo.

—Sí, señor. Aquí donde me ve, soy un antiguo profesor de quinto año del Liceo Carlomagno. Al principio creí que se trataba de una simple ciática. Luego tuve dolores como estocadas de fuego en los músculos. Durante diez años me vi invadido poco a poco por el mal; he consultado a todos los médicos y he tomado todas las aguas imaginables. Ahora sufro menos, pero no puedo moverse de mi sillón. Esto explica por qué yo, que había vivido sin religión, he vuelto a Dios, pensando que era muy desgraciado y que la Virgen de Lourdes no podría menos que apiadarse de mí.

Pedro, interesado por aquellas palabras, se había acercado y escuchaba a su vez.

—¿No es verdad, señor abate —díjole el señor Sabathier—, que el sufrimiento es lo que mejor despierta las almas? Este es el séptimo año que voy a Lourdes sin desesperar de mi curación. Estoy convencido de que ahora la Virgen milagrosa me curará. Sí, todavía pienso andar, y vivo con esa esperanza.

El señor. Sabathier se interrumpió, pues quería que su mujer le colocara las piernas más a la izquierda. Pedro le miraba sorprendido de hallar tal firmeza de fe en un intelectual, en uno de esos universitarios tan volterianos por lo general. ¿Cómo había podido germinar y echar raíces en aquella mente la creencia en el milagro? Sólo un gran dolor explicaba aquella necesidad de ilusión, aquel florecer de la eterna consoladora, como el mismo interesado decía.

—Como ustedes ven, mi mujer y yo vamos vestidos como los pobres; este año he querido ser un pobre más, y me he hecho hospitalizar por humildad, para que la Santa Virgen me confunda con los desgraciados, sus hijos... Sólo que, no queriendo ocupar el sitio de un verdadero pobre, he entregado cincuenta francos a la Hospitalidad, lo cual, como ustedes no ignoran, da derecho a llevar un enfermo en la peregrinación. Ya conozco al mío. Me lo presentaron hace un momento en la estación. Parece un tuberculoso, y me ha impresionado mucho...

Hubo un nuevo silencio.

—¡En fin, que la Virgen, que lo puede todo, lo salve también, y con ello se colmará mi dicha!

Los tres hombres, aislados de los demás viajeros, continuaron la conversación, tratando primeramente de medicina y pasando luego a una discusión sobre la arquitectura romana, a propósito de un campanario divisado sobre una colina, y al que todos los peregrinos saludaron con la señal de la cruz. El joven sacerdote y sus dos compañeros, abstraídos en medio de aquella pobre gente enferma, entre aquellos espíritus sencillos embrutecidos por la miseria, se entregaban a las inclinaciones de sus inteligencias cultivadas.

En la hora transcurrida se cantó dos veces. Habíase pasado por las estaciones de Toury y de Aubrais, cuando en Beaugency cortaron por fin su conversación al oír que sor Jacinta, después de haber dado unas palmadas, comenzaba con su voz fresca y sonora:

—*Parce, Domine, parce populo tuo...*

Y se reanudó el cántico, en el que todas las voces se unieron. Aquella oleada de preces que renacía sin cesar, ya aplacada por el dolor, ya exaltada

por la esperanza, invadía poco a poco a los seres agobiados por la preocupación de las bendiciones y de las curaciones, que iban a buscar tan lejos.

Al sentarse Pedro nuevamente, vio a María muy pálida y con los ojos cerrados. Sin embargo, por la dolorosa contracción de su rostro, comprendió que no dormía.

—¿Es que vuelve a sufrir usted?

—¡Oh, sí! Horriblemente. No llegaré al final. En este traqueteo continuo...

Gimiendo, volvió a abrir los ojos. Estaba sentada, desfallecida, mirando a los demás enfermos. Precisamente, en el compartimiento contiguo, frente al señor Sabathier, acababa de incorporarse una mujer, la Grivotte, que hasta ese momento había permanecido tendida, sin aliento, como una muerta. Era una mujer soltera, de más de treinta años, derrengada y de aspecto extravagante, de cara redonda y consumida, a la que sus cabellos crespos y sus ojos centelleantes la hacían casi hermosa. Estaba tísica en tercer grado.

—¿Verdad, señorita —dijo, dirigiéndose a María, con voz ronca y apenas inteligible—, que sería muy agradable descansar un poco? Pero no hay manera, porque esas ruedas le dan vuelta a una en la cabeza.

A pesar de la fatiga que sentía al hablar, siguió haciéndolo para dar detalles de sí misma. Era colchonera, y durante mucho tiempo había ido en Bercy de patio en patio haciendo colchones con una tía suya. Atribuía su dolencia a las apestosas lanas cardadas por ella en su juventud. Hacía cinco años que rodaba por los hospitales de París, por lo que hablaba familiarmente de los grandes médicos. Las hermanas del hospital Lariboisière, viéndola tan devota, procuraron convencerla, y finalmente la convencieron, de que la Virgen la esperaba en Lourdes para curarla.

—Buena falta que me hace. Dicen que tengo un pulmón perdido y que el otro no está mucho mejor. Cavernas, ¿sabe usted? Al principio sentía dolores sólo en la espalda y escupía saliva espumosa. Después adelgacé; inspiraba lástima. Ahora estoy siempre empapada en sudor, la tos parece que me arranca el corazón, y no puedo escupir de espesa que es la saliva... Como usted ve, no puedo tenerme en pie, y ya ni como.

El ahogo la detuvo, poniéndose lívida.

—De todos modos, prefiero estar en mi pellejo que no en el del hermano que ocupa el compartimiento que está detrás de usted. Tiene lo mismo que yo, pero más avanzado.



Se engañaba. Junto a María estaba, en efecto, un joven misionero, el hermano Isidoro, tendido en un colchón, y al que no veía porque no podía levantar ni un dedo. Pero no estaba tísico, sino que se moría de una inflamación al hígado, adquirida en el Senegal. Muy alto y muy flaco, tenía una cara amarillenta, seca y mortecina, como de pergamino. El absceso formado en el hígado había terminado por salir al exterior, y la supuración le agotaba, en un continuo tiritar de fiebre, vómitos y delirios. Sólo vivían aún sus ojos, unos ojos de inextinguible amor, cuya llama iluminaba su rostro agonizante de Cristo crucificado, un rostro vulgar de campesino que la fe y la pasión hacían por momentos sublime. Era bretón, último y enteco vástago de una familia muy numerosa, y había cedido a sus hermanos la poca tierra que le correspondió en herencia. Le acompañaba una de sus hermanas, Marta, dos años menor que él, que había ido a París a ganarse la vida en quehaceres domésticos, y tan abnegada en su insignificancia de sirvienta que había dejado su colocación para seguirle y estaba consumiendo sus escasos ahorros.

—Yo estaba en el suelo, en el andén, cuando lo metieron en el vagón — continuó diciendo la Grivotte—. Le sostenían cuatro hombres...

Pero no pudo hablar más. Un ataque de tos la sacudió, tumbándola sobre el asiento. Se ahogaba, y las roséolas de sus mejillas se pusieron cárdenas. Al instante, sor Jacinta le alzó la cabeza y le secó los labios con un pañuelo, que se manchó de sangre. Al mismo tiempo, la señora de Jonquière atendía a la enferma que tenía delante. Era ésta la señora de Vêtu, esposa de un modesto relojero del barrio de Mouffetard, que no había podido cerrar el negocio para acompañarla a Lourdes. Por eso se había acogido a la hospitalización, para tener la certeza de que la cuidarían. El miedo a la muerte la restituyó a la Iglesia, que no había vuelto a pisar desde su primera comunión. Se sabía condenada, roída por un cáncer en el estómago; tenía el semblante extraviado y anaranjado de los cancerosos, y estaba ya en el período de las deyecciones negras como el hollín. De repente se puso a vomitar y perdió el conocimiento. En cuanto abrió la boca, exhaló un olor espantoso, una pestilencia que revolvía las tripas.

—Esto no es posible —murmuró la señora de Jonquière, que se sentía desmayar—. Hay que hacer entrar un poco de aire para que esto se ventile.

Sor Jacinta acababa de acomodar a la Grivotte entre sus almohadas.

—Tiene usted razón —repuso—. Abramos unos minutos, pero no por este lado, pues temo un nuevo ataque de tos. Abra usted por ahí.

El calor apretaba cada vez más, y la asfixia era general en aquel ambiente pesado y nauseabundo. La ráfaga de aire puro que entró fue un alivio. Por

unos momentos hubo otros cuidados, y se procedió a una limpieza general: la monja acomodaba vasijas y orinales, cuyo contenido arrojaba por la ventanilla, mientras la enfermera de turno limpiaba con una esponja el piso, reciamente sacudido por la trepidación del convoy. Hubo que arreglarlo todo de nuevo. Enseguida fue preciso atender a la cuarta enferma, que aún no se había movido. Era una muchacha delgada, con la cara envuelta en una mantilla negra, que dijo que tenía hambre.

La señora de Jonquière se ofreció con abnegación serena.

—No se moleste usted, hermana. Yo le cortaré el pan en pedacitos.

María, en su necesidad de distraerse, se había interesado por aquella cara rígida, oculta bajo el negro velo. Sospechaba que tendría alguna llaga en el rostro. Le habían dicho que se trataba de una criada. La infeliz, oriunda de Picardía y llamada Elisa Rouquet, había tenido que dejar su colocación y vivía en París en casa de una hermana suya que la maltrataba, pues no habían querido admitirla en ningún hospital por no estar precisamente enferma. Fanática, sentía desde hacía meses el ardiente deseo de ir a Lourdes. María esperaba, no sin temor, que apartara el velo.

—¿Son bastante pequeños? —preguntaba la señora de Jonquière, maternalmente—. ¿Podría introducirlos en la boca?

Bajo la mantilla negra, una voz ronca gruñó:

—Sí, señora, sí.

Por fin cayó, y María se estremeció de horror. Era un lupus, que había invadido la nariz y la boca, y seguía creciendo poco a poco; la lenta ulceración se extendía sin cesar bajo las costras, destruyendo las mucosas. La cabeza, alargada en forma de hocico de perro, con sus cabellos lacios y sus hinchados ojos redondos, impresionaba horriblemente. Los cartílagos de la nariz se hallaban casi enteramente comidos, y la boca se había contraído hacia la izquierda debido a la hinchazón del labio superior, con lo que parecía una hendidura oblicua, inmunda y deforme. Un sudor de sangre mezclada con pus se desprendía de la enorme y lívida llaga.

—¡Oh, mire usted, Pedro! —murmuró María, trémula.

El sacerdote se estremeció a su vez, al ver cómo Elisa Rouquet deslizaba con precaución los trocitos de pan en el sanguinolento orificio que le servía de boca. Todos los ocupantes del vagón se habían demudado ante el horroroso espectáculo. Y en todos aquellos corazones, henchidos de esperanza, nació el mismo pensamiento. ¡Oh, Virgen santa, Virgen poderosa, qué milagro más estupendo si se curara aquel mal!

—Hijos míos, no pensemos en nosotros si queremos estar bien —repitió sor Jacinta.

Hizo rezar la segunda parte del rosario, con los cinco misterios dolorosos: Jesús en el huerto de los olivos, Jesús azotado, Jesús coronado de espinas, Jesús con la cruz a cuestas y Jesús moribundo en la cruz, y luego siguió con el salmo «Confío, ¡oh Virgen!, en tu auxilio».

Acababan de pasar por Blois; hacía ya más de tres horas que andaban. María, apartando la mirada de Elisa Rouquet, la fijó en un hombre que ocupaba un rincón del compartimiento de su derecha, donde yacía el hermano Isidoro. Varias veces lo había visto; iba pobremente vestido con una levita vieja negra, y era joven todavía, aunque con una barba rala y entrecana. Pequeño y magro, con la cara huesuda y sudorosa, parecía sufrir mucho. No obstante, permanecía inmóvil, hecho un ovillo en su rincón, sin hablar con nadie y mirando obstinadamente ante sí, con los ojos muy abiertos. De pronto, María notó que se le cerraban los párpados y se desvanecía.

Entonces llamó la atención de sor Jacinta.

—Parece que ese señor se siente mal, hermana.

—¿Cuál, hija mía?

—Aquel que tiene la cabeza doblada.

La emoción fue general. Todos los peregrinos sanos se pusieron en pie para ver. La señora de Jonquière gritó a Marta, la hermana del hermano Isidoro, para que golpeara con las suyas las manos de aquel hombre.

—Pregúntele qué le duele.

Marta lo sacudió y lo interrogó; pero el hombre siguió, con los ojos siempre cerrados, respirando anhelosamente.

Se oyó una voz asustada que decía:

—Creo que ese hombre se muere.

El miedo fue en aumento; todos hablaban consultándose de un extremo a otro del vagón. Nadie conocía a aquel hombre. No parecía un hospitalizado, pues no llevaba al cuello la tarjeta blanca, color del tren. Uno contó que, tres minutos antes de la partida, le había visto llegar arrastrándose, y que se había tirado con aire de inmensa fatiga en aquel rincón, donde se moría. Desde entonces no se había movido. Alguien dio con su pasaje, colocado en la cinta de su viejo sombrero de copa alta, colgado junto a él:

Sor Jacinta exclamó:

—¡Aún respira! Pregúntele cómo se llama.

Pero el hombre, interrogado nuevamente por Marta, sólo emitió un quejido, un grito apenas balbuceado:

—¡Oh, cómo sufro!

Era la única respuesta que daba. A todo lo que se le preguntaba —quién era, de dónde venía, qué enfermedad tenía, qué cuidados podían prestársele —, respondía invariablemente exhalando el mismo gemido:

—¡Oh, cómo sufro! ¡Oh, cómo sufro!

Sor Jacinta se revolvía de impaciencia. ¡Si al menos hubiera estado en el mismo compartimiento! Y se propuso cambiar de lugar. Pero el caso es que el tren no paraba hasta Poitiers. La situación volvía tanto más terrible cuanto que la cabeza de aquel hombre se había doblado otra vez.

—¡Se muere, se muere! —repitió la misma voz de antes.

¡Dios mío! ¿Qué hacer? La monja sabía que en el tren iba un padre de la Asunción, el padre Massias, con los santos óleos para administrarlo a los moribundos, pues todos los años morían algunos por el camino. Pero no se atrevía a dar la señal de alarma. Por otra parte, en el furgón de la cantina, atendido por la hermana San Francisco, iba un médico con un botiquín. Si el enfermo llegaba hasta Poitiers, donde el tren pararía media hora, se le prodigarían todos los cuidados posibles. Lo atroz sería que muriera antes de alcanzar a Poitiers. Sin embargo, el hombre parecía calmarse, pues respiraba de una manera más regular y, aparentemente, dormía.

—¡Morir antes de llegar! —murmuró María, estremeciéndose—. ¡Morir ante la tierra prometida!

Y como su padre intentase tranquilizarla, añadió:

—¡Es que yo también sufro tanto!...

—Tenga confianza en la Santísima Virgen —dijo Pedro—, que vela por usted.

Como ya no podía seguir sentada, fue necesario acostarla de nuevo en su estrecho ataúd. Su padre y el sacerdote hubieron de proceder para ello con infinitas precauciones, porque la menor sacudida le arrancaba un gemido. María quedó casi sin respirar, como muerta, con su rostro de agonizante orlado por su magnífica cabellera rubia.

Hacía aproximadamente cuatro horas que el convoy marchaba sin detenerse. El vagón se sacudía mucho, con insoportable movimiento, porque era el último; las cadenas de amarre chirriaban y las ruedas rechinaban furiosamente. Por las ventanillas, que al fin se pudo dejar entreabiertas, penetraba un polvo acre y ardiente. Pero lo más terrible era el calor, un sofocante calor de tempestad, bajo un cielo aleonado, invadido poco a poco por espesos nubarrones. Los compartimientos se habían recalentado y todo el tren parecía una casa ambulante en que se comía y se bebía, y donde los

enfermos satisfacían todas sus necesidades en un ambiente de aire viciado y entre la baraúnda de quejas, oraciones y cánticos.

María no era la única que había empeorado, pues los demás sufrían igualmente a causa del viaje. Sobre las rodillas de su madre desesperada, que la miraba con sus grandes ojos empañados en lágrimas, la pobre Rosita ya no se movía, y estaba tan pálida que por dos veces la señora de Maze se había inclinado para tocarle las manos, de miedo de encontrarlas yertas. A cada momento, la señora de Sabathier tenía que cambiar de sitio las piernas de su marido, porque, según decía él, le pesaban tanto que sentía como si le arrancaran las caderas. El hermano Isidoro había lanzado unos gritos en medio de su habitual sopor, y su hermana no pudo aliviarle más que incorporándolo y teniéndolo entre sus brazos. La Grivotte parecía dormir, pero estaba agitada por un hipo persistente, y un hilillo de sangre manaba de su boca. La señora de Vêtu expelió otro flujo negro y pestilente. Elisa Rouquet no pensaba ya en ocultar la horrible llaga abierta en su rostro. Y el hombre del rincón seguía respirando anhelosamente, como si fuera a expirar a cada momento. En vano la señora de Jonquièrre y sor Jacinta se multiplicaban para aliviar tantos males. Era un infierno aquel vagón de miseria y de dolor, que corría a todo vapor, sacudido por el traqueteo que balanceaba los equipajes, las ropas viejas colgadas y los cestos deshechos y ensartados con cordeles, mientras en el compartimiento del fondo las diez peregrinas, viejas y jóvenes, pero todas lastimosamente feas, cantaban sin interrupción con voz chillona, lamentable y falsa.

Entonces, Pedro pensó en los demás vagones del tren, de aquel tren blanco destinado especialmente al transporte de los enfermos graves: todos, los trescientos enfermos y los quinientos peregrinos, marchaban unidos por el mismo sufrimiento. Enseguida pensó en los otros trenes que salían de París esa misma mañana: en el tren gris y en el tren azul, que habían precedido al tren blanco, y en el tren verde, en el tren amarillo, en el tren rosa y en el tren anaranjado, que le seguían. De un extremo a otro de la línea, había trenes lanzados a todas horas. Pensó igualmente en otros más: en los que el mismo día partían de Orleans, de Mans, de Poitiers, de Burdeos, de Marsella, de Carcasona. El suelo de Francia era surcado en todas direcciones, a esa misma hora, por trenes parecidos que se dirigían hacia la gruta sagrada conduciendo treinta mil enfermos y peregrinos a los pies de la Virgen. Pensó también en las caravanas humanas que iban allí incesantemente durante los otros días del año, en que no pasaba semana sin que Lourdes viera llegar una peregrinación, pues no era sólo Francia la que se ponía en movimiento, sino toda Europa y

todo el mundo, de modo que en años de gran exaltación religiosa había trescientos mil y hasta medio millón de peregrinos y enfermos junto a la gruta.

Pedro creía oír aquellos trenes en marcha, procedentes de todas partes y convergentes hacia el mismo hueco de la roca donde ardían los cirios de la fe. Todos zumbaban entre gritos de dolor y ráfagas de cánticos. Eran los hospitales ambulantes de los enfermos desesperados, era la flecha del sufrimiento humano lanzada hacia la esperanza de la curación, era una furiosa necesidad de alivio a través de las crisis recrudescidas, bajo la amenaza de la muerte, súbita y horrorosa, entre el zarandeo de la multitud. Los convoyes rodaban, seguían rodando, rodaban sin término, transportando la miseria del mundo, camino de la divina ilusión, salud de los enfermos y consuelo de los afligidos. Y una inmensa piedad se desbordó del corazón de Pedro al pensar en la humana religión de tantos males y de tantas lágrimas, que así atormentaba al hombre débil y desamparado. Sentía una tristeza de muerte y un ardiente anhelo de hacer el bien, que era como la llama inextinguible de su solidaridad con todas las cosas y todos los seres.

A las diez y media, cuando salieron de la estación de Saint Pierre des Corps, sor Jacinta dio la señal conocida, y todos empezaron a salmodiar la tercera parte del rosario con los cinco misterios gloriosos: la Resurrección de Nuestro Señor, la Ascensión de Jesucristo, la venida del Espíritu Santo, la Asunción de la Santísima Virgen y la Coronación de Nuestra Señora. Luego entonaron el cántico de Bernadette, infinita lamentación de sesenta estrofas, interrumpida a trechos por el estribillo de la salutación angélica, arrullo prolongado, lenta obsesión que termina señoreándose de todo el ser y sumiéndolo en un sueño extático en la deliciosa espera del milagro.

## II

**D**esfilaban ahora las verdes campiñas del Poitou. El abate Pedro Froment, fijos los ojos en el campo, miraba cómo huían los árboles, que poco a poco dejaba de distinguir. Un campanario apareció y desapareció: todos los peregrinos se santiguaron.

Seguía avanzando el tren en medio de la creciente pesadez de aquel día tempestuoso; no llegaría a Poitiers hasta las doce y treinta y cinco. El joven sacerdote, sumido en profunda meditación, no oía ya el cántico sino como un lejano murmullo de olas.

Olvidado del presente, la emoción del pasado invadía todo su ser. Retrocedió cuanto pudo en alas del recuerdo. Se veía de nuevo en Neuilly, en la casa solariega donde había venido al mundo, la misma en que aún vivía, mansión de paz y de trabajo, con su jardín de pocas pero hermosas plantas, separado del jardín de la mansión vecina, muy parecida a la suya, por un seto reforzado con una empalizada. Tenía entonces tres años, quizá cuatro.

Volvía a ver, sentados en torno a una mesa y a la sombra del magnífico castaño, un día de verano, a su padre, a su madre y a su hermano mayor, que estaban almorzando. No recordaba bien el rostro de su padre, Miguel Froment; Pedro lo veía vago y borroso, pero con su fama de químico ilustre y su título de miembro del Instituto, refugiado en el laboratorio que había hecho instalar en el fondo de aquel barrio desierto. En cambio, veía claramente a su hermano Guillermo, que entonces tenía catorce años, y que esa mañana había salido del liceo para comenzar sus vacaciones. Y veía sobre todo a su madre, tan dulce y tan silenciosa, con los ojos llenos de infinita bondad. Más tarde conoció las angustias de aquella alma religiosa, de aquella creyente que por estimación y por gratitud se había resignado a casarse con un incrédulo que tenía quince años más que ella y de quien su familia había recibido grandes favores. Él, fruto tardío de aquella unión, llegado al mundo cuando su padre frisaba en los cincuenta, no había conocido a su madre sino respetuosa y sumisa ante su marido, a quien se dispuso a amar ardientemente, con el terrible tormento de saberlo en estado de perdición.

Súbitamente le asaltó otro recuerdo, el recuerdo terrible del día en que su padre falleció, muerto en su laboratorio por un accidente, la explosión de una retorta. Aunque entonces tenía cinco años, recordaba los menores detalles, el grito de su madre al ver el cuerpo destrozado entre los escombros, así como

su espanto, sus sollozos y sus oraciones al pensar en que Dios acababa de fulminar al impío, condenándolo por toda la eternidad. No atreviéndose a quemar los libros y los papeles, la viuda se contentó con cerrar el gabinete, donde no entraba nadie. Y desde aquel instante, obsesionada por la visión del infierno, no tuvo otra idea que apoderarse de su hijo menor, tan tierno todavía, para darle una severa educación religiosa y hacer de él una especie de rehén para obtener el perdón para el padre. Ya había dejado de pertenecerle Guillermo, el hijo mayor, formado en el colegio y ganado por el siglo; pero el pequeño no saldría de casa y tendría un sacerdote como preceptor. Su sueño secreto, su ardiente esperanza, era verle un día sacerdote, diciendo su primera misa, consagrado a la tarea de salvar las almas que sufrían eternamente.

Otra viva imagen se apoderó de su mente: entre ramajes verdes, acribillados por el sol, Pedro vio de pronto a María de Guersaint, tal como la había conocido una mañana por un hueco del seto que separaba las dos propiedades vecinas.

El señor de Guersaint, perteneciente a la pequeña nobleza normanda, era un arquitecto con humos de inventor que se ocupaba entonces en la fundación de ciudades obreras, con iglesia y escuela: empresa importante, pero mal estudiada, en la que aventuraba sus trescientos mil francos de fortuna con su habitual fogosidad y con su imprevisión de artista fracasado. La misma fe religiosa había aproximado a la señora de Guersaint y a la señora de Froment. Pero la primera, estricta y rígida, era en su casa una verdadera dueña que con mano de hierro impedía la bancarrota doméstica. Ella misma educaba a sus hijas, Blanca y María, en una estrecha devoción; la mayor era ya seria, como ella, y la pequeña, no obstante ser muy piadosa, se hacía notar por una intensa propensión a la alegría de vivir, entre juegos y risas sonoras.

Desde temprana edad, Pedro y María jugaban juntos, franqueando continuamente la cerca. Las dos familias se trataban con intimidad. En aquella mañana de claro sol, en que Pedro la volvió a ver separando las ramas, María tenía ya diez años. Él, que contaba dieciséis, debía ingresar en el seminario al martes siguiente. Jamás le pareció María tan bella. Sus cabellos de oro puro eran tan largos que cuando se desataban la cubrían por completo. Con extraordinaria precisión, Pedro volvía a evocar ahora su rostro de entonces, con sus mejillas redondas, sus ojos azules, su boca roja, y, sobre todo, con el esplendor de su cutis de nieve. Era alegre y brillante como el sol. Estaba deslumbradora. Sollozaba porque no ignoraba la partida del joven. Ambos se habían sentado a la sombra de la cerca, en el fondo del jardín. Sus dedos se entrelazaban; sus corazones estaban enternecidos, a pesar de que en sus



juegos jamás habían cambiado juramentos: tan absoluta era su inocencia. Pero, en vísperas de la separación, la emoción se les subía a los labios y hablaban desalentadamente, jurándose pensar continuamente el uno en el otro y encontrarse un día, como se encuentran las almas en el cielo, para ser felices. Luego, sin darse cuenta cómo, se habían abrazado fuertemente y se besaban en el rostro derramando ardientes lágrimas. Había en todo esto un recuerdo delicioso que Pedro llevaba siempre consigo, y que estaba aún vivo en su corazón después de tantos años y de tantos renunciamientos.

Una sacudida más violenta le arrancó de su ensueño. Mirando al interior del vagón, vislumbró confusamente a los seres que sufrían: a la señora de Maze, inmóvil y agobiada por la pena; a Rosita en las faldas de su madre, exhalando un débil gemido; a la Grivotte, sofocada por ronca tos. Por un instante lo dominó todo la alegre silueta de sor Jacinta.

Seguía el penoso viaje, bajo el rayo de divina esperanza que brillaba a lo lejos. Luego, poco a poco, todo quedó confundido nuevamente bajo otra oleada del pasado lejano. Sólo subsistió el cántico arrullador en medio de confusas voces de ensueño que salían de lo invisible.

Pedro evocó entonces su vida en el seminario. Las aulas y el patio con sus árboles surgían claramente en su memoria. De pronto sólo vio, como en un espejo, la imagen del joven que él era entonces. La contempló atentamente, examinándola en detalle, como si se tratara de un ser extraño. Alto y delgado, tenía una cara alargada, con la frente muy desarrollada, alta y recta como una torre, mientras las mandíbulas eran finas y terminaban en aguda barbilla. Parecía todo cerebro; sólo la boca, de notable relieve, denotaba ternura. Cuando el rostro perdía su seriedad, la boca y los ojos adquirían una ternura infinita, mostrando un ansia insaciable de amar, de darse y de vivir.

Pero todo eso era pasajero. Pronto renacía la pasión intelectual, aquella pasión que siempre le había devorado con la preocupación de comprender y de saber. Y recordaba con sorpresa aquellos años de seminario. ¿Cómo había podido aceptar por tanto tiempo aquella dura disciplina de la fe ciega, aquella obediencia para creerlo todo sin examen? Le habían pedido el total abandono de su razón, y, empeñándose, había conseguido ahogar la torturante preocupación de la verdad. Indudablemente, impresionado por las lágrimas de su madre, sólo tenía el deseo de proporcionarle la gran alegría soñada. Ahora, sin embargo, se acordaba de ciertos estremecimientos de rebelión y encontraba en el fondo de su memoria noches pasadas en llanto sin que supiera por qué, noches pobladas de imágenes inciertas, en medio de las cuales galopaba la vida libre y viril del exterior y entre las que la figura de

María reaparecía sin cesar, tal como la había visto una mañana, radiante y anegada en lágrimas, besándola con toda su alma. Esto era lo único que ahora permanecía en pie, pues los años de sus estudios religiosos, con sus lecciones tediosas, con sus ejercicios y sus ceremonias, se habían perdido entre la misma niebla, envueltos en una semiclaridad borrosa y llena de silencio mortal.

Luego, el estrépito fugaz que hacía el tren al pasar por una estación a toda marcha suscitó en Pedro una sucesión de cosas confusas. Se veía en un gran cercado desierto, a los veinte años. Sus pensamientos se extraviaban. Una grave enfermedad, que le había atrasado en los estudios, hizo que fuera enviado al campo. Había estado mucho tiempo sin ver a María, pues las dos veces que fue a Neuilly, con motivo de las vacaciones, no la pudo encontrar porque ella se hallaba continuamente de viaje. Sabía que padecía mucho a consecuencia de una caída de caballo que sufrió a los trece años, cuando iba a convertirse en mujer; y su madre, desesperada, en el desconcierto que le producían las opiniones contradictorias de los médicos, llevaba cada año a su hija a un establecimiento de baños diferente. Luego recibió Pedro el golpe de una noticia inesperada: la muerte brusca de aquella madre tan severa, pero tan útil a los suyos, producida en condiciones trágicas. Paseando una tarde por la Bourboule, al quitarse el abrigo para echarlo sobre los hombros de María, que se hallaba allí en tratamiento, contrajo una pulmonía que la llevó en una semana. El padre hubo de trasladarse a Bourboule para recoger a su hija medio loca y el cadáver de su mujer. Lo peor era que, desde la desaparición de la madre, los negocios de la familia andaban mal y se embrollaban cada vez más en manos del arquitecto, que arrojaba su fortuna insensatamente en el abismo de sus empresas. María no se movía ya del diván, y sólo quedaba Blanca para dirigir la casa, absorbida ella también por la preocupación de sus últimos exámenes, pues se empeñaba en hacerse de diplomas previendo que algún día tendría que ganarse el pan.

Súbitamente tuvo Pedro la sensación de una visión clara que se desprendía del montón de aquellos hechos confusos y semiolvidados. Fue durante unas vacaciones que hubo de tomar debido al mal estado de su salud. Acababa de cumplir veinticuatro años y estaba muy retrasado, pues hasta entonces no había recibido más que las cuatro órdenes menores; cuando regresara al claustro recibiría el subdiaconado, lo que le ligaría para siempre a su ministerio mediante un juramento inviolable.

La escena que sucedió en el jardincillo de los Guersaint en Neuilly, adonde antaño iba a jugar tan a menudo, volvía a su mente, reconstruida con

toda precisión. Habían llevado el diván de María bajo los grandes árboles del fondo, próximos a la cerca medianera. Estaban solos en medio de la paz triste de esa tarde otoñal. María, medio tendida, con las piernas inertes, llevaba luto riguroso por su madre; él, igualmente vestido de negro, pues usaba ya sotana, estaba sentado en una silla de hierro, junto a ella. Hacía cinco años que María se hallaba enferma. Tenía dieciocho y estaba pálida y delgada, sin dejar de ser adorable con su regia cabellera dorada, que la enfermedad respetaba. Por lo demás, Pedro la creía enferma para siempre, condenada a no ser nunca mujer, herida en su sexo mismo. Los médicos, que no acertaban con la enfermedad, la abandonaban.

Sin duda, aquella tarde melancólica en que una lluvia de hojas amarillentas caía sobre ambos, ella le hablaba de estas cosas. Pero él no recordaba las palabras; sólo tenía presentes su sonrisa descolorida y su rostro juvenil, tan encantador todavía y ya desesperado por el dolor de vivir. Luego comprendió que ella evocaba el día lejano de su separación en aquel mismo sitio, tras el cercado bañado de sol.

Y todo aquello había muerto: sus lágrimas, su abrazo, sus promesas de encontrarse algún día en la seguridad de una dicha perdurable. Ahora se encontraban de nuevo, pero ¿para qué? Ella estaba como muerta, y él iba a morir para la vida de este mundo. Desde el momento en que los médicos la condenaban, en que ella ya no sería mujer, ni esposa ni madre, bien podía él renunciar asimismo a ser hombre, anulándose ante Dios, a quien su madre le había consagrado. Sentía la dulce amargura de aquella última entrevista, en la que María sonreía dolorosamente pensando en sus pasadas niñerías y le hablaba de la felicidad que seguramente experimentaría sirviendo a Dios, con tan conmovido acento que le había hecho prometer que la invitaría a oír su primera misa.

En la estación de Saint Maure prodújose un bullicio que por un instante llevó la atención de Pedro hacia el vagón. Imaginó que sería alguna crisis, algún nuevo desmayo. Pero las doloridas caras que vio eran las mismas y conservaban la misma expresión contraída, en la anhelante espera del socorro divino, tan lento en llegar. El señor Sabathier intentaba acomodar sus piernas baldadas; el hermano Isidoro lanzaba continuamente un gemido de niño moribundo, mientras la señora de Vêtu, presa de un terrible acceso, con el estómago destrozado, ni siquiera respiraba, apretando los labios, con la faz descompuesta, negra y feroz.

Lo ocurrido era que a la señora de Jonquière se le había caído una vasija de cinc que estaba limpiando, lo cual había hecho reír a los enfermos, a pesar

de sus sufrimientos, como espíritus sencillos a quienes el dolor aniñaba. Inmediatamente, sor Jacinta, que no en balde les llamaba sus hijos —unos hijos a quienes dominaba con una palabra—, les hizo reanudar el rosario, mientras llegaba la hora del avemaría que tenían que rezar en Châtellerault, conforme al programa fijado. Así, pues, se sucedieron los rezos, y todo aquello no fue más que un murmullo, un confuso rumor perdido entre el rechinar de los hierros y el estrépito de las ruedas.

Pedro tenía veintiséis años y era sacerdote. Unos días antes de ordenarse le asaltaron escrúpulos tardíos. Comprendía oscuramente que se había comprometido, sin haberlo pensado bien. Evitaba hacer un franco examen de conciencia, y vivía en el aturdimiento de su decisión, creyendo que de un tajo había cercenado en sí toda raíz de humanidad. Su carne había muerto con la inocente novela de su infancia, la novela de aquella blanca niña de cabellos de oro, a la que no volvería a ver sino acostada en su lecho de enferma y con la carne muerta, como la suya propia. Había hecho luego el sacrificio de su razón, cosa que le pareció entonces sumamente fácil, en la ingenua suposición de que bastaba querer para no pensar. Por lo demás, era demasiado tarde, no se podía retroceder a última hora. Y si bien en el trance de pronunciar el último juramento solemne se había sentido agitado por secreto terror, por una pesadumbre tan indeterminada como inmensa, lo había olvidado todo, divinamente recompensado de su esfuerzo el día en que dio a su madre la gran alegría, tanto tiempo esperada, de oírle cantar su primera misa. Aún le parecía ver a su pobre madre en la iglesia de Neuilly, elegida por ella misma porque allí se habían celebrado los funerales de su esposo; allí estaba aquella fría mañana de noviembre, casi sola en la sombría capilla, arrodillada y con el rostro entre las manos, llorando sin cesar mientras él alzaba la hostia. Fue aquélla la última felicidad de la anciana, que vivía solitaria y triste, ya que no veía a su hijo mayor, el cual se había ido, ganado por otras ideas, tan pronto como supo que su hermano había resuelto dedicarse al sacerdocio. Se decía que Guillermo, químico de gran talento como su padre, pero poseído por ensueños revolucionarios, vivía en una casita de los suburbios, donde se dedicaba a peligrosos estudios sobre materias explosivas; y añadían, lo cual acabó de romper todo vínculo entre él y su madre —tan piadosa y tan correcta—, que vivía maritalmente con una mujer salida de no se sabía dónde. Hacía tres años que Pedro no había visto a Guillermo, a quien en su infancia había adorado como a un hermano mayor paternal, bondadoso y alegre.

De pronto, Pedro sintió que se le oprimía horriblemente el corazón: era que evocaba a su madre muerta. Fue también un rayo, una enfermedad que

apenas duró tres días, una brusca desaparición, como la de la señora de Guersaint. Una noche, después de correr locamente en busca de un médico, la encontró muerta durante su ausencia, inmóvil, completamente blanca. Sus labios guardaron para siempre la helada sensación del último beso. No recordaba nada más, ni del velorio, ni de los preparativos, ni del acompañamiento fúnebre. Todo eso se había perdido en la oscuridad de su atontamiento. Su dolor era tan atroz que creyó morir; al volver del cementerio sintió escalofríos y fue acometido por una fiebre que, durante tres semanas, le tuvo delirando entre la vida y la muerte. Su hermano había acudido para atenderle, y luego se había ocupado en las cuestiones de intereses, dividiendo la pequeña herencia de modo que le dejaba la casa y una modesta renta y él tomaba su parte en dinero. En cuanto lo había visto fuera de peligro, se alejó de nuevo, desapareciendo en el misterio.

¡Qué larga le pareció la convalecencia en el fondo de la casa desierta! Pedro no había hecho nada por retener a Guillermo, pues comprendía que había un abismo entre ambos. Había sufrido al principio a causa de la soledad. Luego, ésta le resultó muy grata en el profundo silencio de las habitaciones, adonde no llegaban los escasos ruidos de la calle, y bajo las sombras discretas del exiguo jardín donde solía pasar días enteros sin ver un alma. Su refugio era, sobre todo, el antiguo laboratorio, el gabinete de su padre, que su madre había tenido cuidadosamente cerrado durante veinte años, como para confirmar allí el pasado de incredulidad y condenación. Quizá, a pesar de su dulzura y su respetuosa sumisión al pasado, hubiera concluido aquella mujer por destruir un día todos los papeles y libros, a no haber venido a sorprenderla la muerte.

Pedro había hecho abrir nuevamente las ventanas y limpiar el polvo del escritorio y de la biblioteca. Arrellanado en el gran sillón de cuero, pasaba deliciosamente las horas, como regenerado por la enfermedad y devuelto a su juventud, gustando en la lectura de los libros que le caían en las manos un extraordinario placer intelectual.

No recordaba durante aquellos dos meses de lento restablecimiento haber recibido más que al doctor Chassaingne. Era un viejo amigo de su padre, médico de valía, pero que se limitaba modestamente a hacer recetas con la sola ambición de curar. Su asistencia fue inútil con la señora de Froment; pero, en cambio, se jactaba de haber salvado al joven sacerdote. Iba a verle de cuando en cuando; hablaba con él y le distraía recordándole a su padre, el gran químico, de quien le refería anécdotas curiosas con detalles inspirados en una ardiente amistad. De esa manera, poco a poco, en su lánguida debilidad

de convaleciente, había visto surgir una figura de adorable simplicidad, tierna y bondadosa.

Ahora veía a su padre tal como fue en la realidad, y no al hombre de severa ciencia que antes se imaginaba oyendo a su madre. Es cierto que nunca le había enseñado sino a respetar la querida memoria del difunto; pero lo presentaba siempre como un incrédulo, como un hombre que hacía llorar a los ángeles, como un artesano de impiedad dedicado a demoler la obra de Dios. El padre era, de ese modo, como una sombría visión, como un espectro de condenado que vagaba por la casa, en tanto que ahora se convertía en una luz clara y sonriente, en un trabajador apasionado por la verdad y que nunca había querido sino el amor y la felicidad de todos. El doctor Chassaingne, oriundo de un pueblo de los Pirineos, donde se creía en las brujas, inclinábase más bien hacia la religión, aunque durante los cuarenta años que vivía en París no había puesto sus pies en una iglesia. Pero su seguridad era absoluta: si había un cielo en alguna parte, allí se hallaba Miguel Froment, sentado en un trono a la diestra del buen Dios.

Pedro revivió en algunos minutos la espantosa crisis que por espacio de dos meses le había devastado. No era que hubiese encontrado en la biblioteca libros de polémica antirreligiosa, ni que su padre, cuyos papeles ordenaba, hubiera salido de sus investigaciones técnicas de sabio. Pero, poco a poco, y a su pesar, la luz de la verdad científica brotaba de un conjunto de fenómenos comprobados que echaban por tierra los dogmas y que no dejaban en pie ninguno de los hechos en que debía creer. Parecía que la enfermedad le hubiera trastornado y que comenzara de nuevo a vivir y a aprender en aquella dulzura física de la convalecencia, en aquella debilidad que daba a su cerebro una penetrante lucidez.

En el seminario, por consejo de sus maestros, siempre había refrenado el espíritu de examen, su anhelo de saber. Encontraba sorprendente lo que le enseñaban, pero conseguía hacer el sacrificio de su razón que exigían de su piedad. Y he aquí que ahora el laborioso andamiaje del dogma se derrumbaba a los golpes de la razón soberana, que, rebelada, reclamaba sus derechos y a la que no era posible imponer silencio. La verdad bullía y se desbordaba en un oleaje tan irresistible, que Pedro comprendió que ya no le sería posible jamás rehacer el error en su cerebro. Era la ruina de la fe, total e irreparable. Si bien había podido matar las tentaciones de su carne renunciando a la novela de su juventud, si bien se sentía dueño de su sensibilidad hasta el punto de no ser ya un hombre, consideraba, en cambio, imposible el sacrificio de su inteligencia. No se equivocaba, pues en el fondo de su ser renacía su padre, que acababa

triunfando en aquella dualidad hereditaria donde durante tanto tiempo había imperado su madre.

La parte superior de su cara, la frente erguida en forma de torre, parecía levantada todavía más, mientras la parte baja, la barbilla fina y la boca delicada, se hundían. Sin embargo, sufría y se sentía desolado, con la tristeza de no creer ya, con el deseo de creer todavía a ciertas horas del crepúsculo, cuando despertaban su bondad y su ansia de amar. Era necesario que se encendiera la lámpara, que viera claro a su alrededor y en sí mismo, para recobrar la energía y la calma de su razón, la fuerza del martirio, la voluntad de sacrificarlo todo a la paz de la conciencia.

Entonces estalló la crisis. Siendo sacerdote, ya no creía. Esta realidad se presentó bruscamente ante él como un abismo sin fondo. Era el fin de su vida, el naufragio de todo. ¿Qué hacer? ¿No le aconsejaba la honradez acaso quitarse la sotana y volver entre los hombres? Pero había visto sacerdotes renegados, y los había despreciado. Un sacerdote casado, a quien conocía, le llenaba de repugnancia. Sin duda, esto no era sino un resabio de su larga educación religiosa: conservaba la idea de lo indeleble del sacerdocio, es decir, que una vez entregado el hombre a Dios, no puede volver atrás. Quizá también se sentía con demasiada personalidad propia para no abrigar el temor de manifestarse torpe y fuera de sitio entre ellos. Puesto que no era ya un «hombre», quería permanecer aparte en su doloroso orgullo. Tras jornadas angustiosas, tras luchas que renacían sin cesar y en las que pugnaban su ansia de felicidad y las energías de su salud recuperada, tomó la heroica decisión de seguir siendo sacerdote, y sacerdote honesto. Se sentía con fuerzas para tal abnegación. Ya que había matado la carne, aunque no había podido matar el cerebro, jurose mantener su promesa de castidad. En su inquebrantable resolución, tenía la absoluta seguridad de vivir la vida recta y pura. ¿Qué importaba lo demás, si era sólo para sufrir, si nadie en el mundo sospechaba las cenizas de su corazón, la inexistencia de su fe, la atroz mentira en que agonizaría?

Su firme sostén sería su probidad. Cumpliría su misión de sacerdote como un hombre honrado, sin faltar a ninguno de los votos pronunciados y continuando, con arreglo a los ritos, aquel magisterio de ministro del Señor, cuyo nombre predicaría, a quien celebraría en el altar y a quien distribuiría en pan de vida a los fieles. Por tanto, ¿quién osaría imputarle como un crimen el hecho de haber perdido la fe en el caso de que esta gran desgracia fuera conocida algún día? ¿Qué más se le podía exigir, si había consagrado toda su vida a su juramento, al respeto de su ministerio y al ejercicio de todas las

virtudes, sin esperanza de una recompensa futura? Así fue como acabó por serenarse. Se hallaba en pie, alta la frente, en aquella desolada grandeza del sacerdote que ya no cree, y que, sin embargo, continúa velando por la fe de los demás. No era el único, seguramente, pues adivinaba que tenía hermanos, angustiados sacerdotes que también dudaban y que permanecían al pie del altar, como soldados sin patria, pero que, sin embargo, tenían el valor de hacer brillar la divina ilusión sobre las multitudes arrodilladas.

Así que sanó por completo, Pedro reanudó sus servicios en la iglesia de Neuilly. Decía su misa todas las mañanas, pero estaba resuelto a rehusar todo cargo, todo ascenso. Transcurrieron meses y años, y se obstinaba en no ser más que un simple sacerdote, el más desconocido y el más humilde de los que van a las parroquias y desaparecen una vez cumplidos sus deberes. Aceptar una dignidad cualquiera le hubiera parecido una agravación de su mentira, un robo hecho a otros más meritorios.

Tenía que defenderse contra frecuentes ofrecimientos, porque su mérito no podía pasar inadvertido. En el palacio arzobispal se sorprendían de aquella obstinada modestia y querían utilizar la fuerza que adivinaban en él. A veces, sin embargo, sentía el amargo pesar de no ser útil, de no trabajar en alguna obra magna, como la pacificación de la tierra y la salvación y la felicidad de los pueblos, pues le atormentaba una ferviente necesidad de ello.

Por fortuna tenía mucho tiempo libre y se consolaba en su afán de hacer algo devorando con frenesí todos los volúmenes de la biblioteca de su padre, y repasando y discutiendo después todos sus estudios, dominado por una ardiente preocupación hacia la historia de las naciones y por el deseo de llegar al fondo de la cuestión social y religiosa a fin de ver en lo posible si verdaderamente no tenía remedio.

Una mañana, registrando uno de los grandes cajones de la parte baja de la biblioteca, descubrió Pedro un legajo referente a las apariciones de Lourdes. Había allí una documentación muy completa: copias de los interrogatorios de Bernadette, actas administrativas, informes policiales, dictámenes de médicos, y, además, cartas particulares y confidenciales del más vivo interés. Sorprendido por el hallazgo, interrogó acerca del asunto al doctor Chassaing, quien recordó que su amigo Miguel Froment había estudiado en un tiempo, con apasionado entusiasmo, el caso de Bernadette. Él mismo, que había nacido en un pueblo cercano a Lourdes, hubo de intervenir para procurar al químico parte de la documentación que necesitaba.

A su vez, Pedro se apasionó durante un mes por aquel asunto, seducido por el carácter recto y puro de la vidente, pero indignado por todo lo que



surgió después: el fetichismo bárbaro, las supersticiones dolorosas, la simonía triunfante. Cierto es que, en su crisis de incredulidad, aquella cuestión parecía traída a propósito para acelerar la ruina de su alma. Pero al mismo tiempo satisfacía su curiosidad, hasta el punto de que hubiera querido llevar a cabo una encuesta para establecer la verdad científica indiscutible y hacer al cristianismo auténtico el favor de librarle de aquella escoria, de aquel cuento de hadas tan conmovedor y tan pueril. Después, sin embargo, abandonó su estudio, retrocediendo ante la necesidad de un viaje a la gruta y encontrando las mayores dificultades para conseguir los datos que le faltaban. Sólo quedó en él su cariño hacia Bernadette, en la que no podía pensar sin experimentar una emoción deliciosa y una infinita piedad.

Pasaban los días. Pedro vivía cada vez más solo. El doctor Chassaing acababa de partir hacia los Pirineos con mortal inquietud: abandonando su clientela, se llevaba a Cauterets a su mujer enferma, a la que él y su hija, una muchacha adorable, veían con angustia empeorar cada día. Desde entonces, la casita de Neuilly cayó en un silencio y en un vacío de tumba. Pedro no tenía más distracción que la de ir de vez en cuando a ver a la familia de Guersaint, que había dejado la casa contigua y a la que encontró en una estrecha habitación ubicada en una calle miserable del barrio. Tan vivo era aún el recuerdo de su primera visita, que sintió estremecerse el corazón al evocar su emoción ante la desdichada María.

Volviendo en sí, miró y vio a María tendida sobre el banco, tal como la había encontrado entonces, ya en su camilla rodante, clavada a aquel ataúd ambulante. Ella, tan desbordante de vida en otro tiempo, siempre pronta a moverse y reír, se moría allí de inacción y de inmovilidad. Sólo conservaba sus cabellos, que la vestían con un manto de oro; y estaba tan delgada, que parecía como que se hubiera encogido y vuelto al tamaño de una niña. Lo más penoso que había en aquel pálido rostro eran las miradas vacías y fijas, la ansiedad constante, una expresión de ausencia y anonadamiento en el fondo de su enfermedad. Sin embargo, al notar que él la observaba, quiso sonreírle. Pero se le escapaban los quejidos, y había una inmensa tristeza en su sonrisa de pobre criatura herida y convencida de que va a expirar antes del milagro. Esto trastornó a Pedro, que no oía ni veía más que a ella entre los demás dolores que llenaban el vagón, como si hubiera simbolizado a todos en la prolongada agonía de su belleza, de su alegría y de su juventud.

Poco a poco, sin quitar los ojos de María, Pedro retornó a los días pasados, saboreando las horas de amargo y triste encanto que había vivido junto a ella cuando subía a hacerle compañía en su pobre alojamiento. El

señor de Guersaint acababa de arruinarse soñando con renovar la estampería religiosa, cuya mediocridad le irritaba. Sus últimos centavos habían desaparecido en la quiebra de una casa dedicada a la impresión en colores. Y distraído, imprevisor, confiado en Dios, con la eterna ilusión de su alma de niño, no se daba cuenta de la atroz penuria que aumentaba, y se había empeñado en buscar la forma de dirigir a voluntad los globos, sin reparar siquiera en su hija Blanca, que tenía que hacer prodigios de actividad para ganar el pan de la reducida familia, de sus dos niños, como llamaba a su padre y a su hermana. Dando lecciones de piano y de francés, recorriendo París de la mañana a la noche, entre el polvo y el fango, era como Blanca conseguía reunir el dinero necesario para los continuos cuidados que reclamaba el estado de María. Esta solía desesperarse, deshaciéndose en lágrimas y acusándose de ser la causa principal de la bancarrota doméstica, pues hacía muchos años que por ella pagaban médicos y la llevaban a todos los balnearios imaginables: la Bourboule, Aix, Lamalou, Amélie les Bains. Ahora los médicos la habían abandonado, tras diez años de diagnósticos y tratamientos contradictorios: unos creían en la ruptura de algunos ligamentos; otros, en la presencia de un tumor, y había quienes creían en una parálisis de origen medular. Y como ella se negaba a todo examen, en una rebeldía de virgen púdica, a la que ni tan siquiera se atrevían a interrogar claramente, los médicos se atenían cada cual a su explicación, declarando que la enferma no podía curar. Por lo demás, ella, que desde que enfermó se hizo muy religiosa, no contaba más que con la ayuda de Dios. Su mayor disgusto era no poder ir a la iglesia, pero todas las mañanas leía la misa. Sus piernas inmóviles parecían muertas; una debilidad extrema la acometía, al punto de que, por algunos días, su hermana tenía que darle de comer.

En aquel momento, un recuerdo asaltó a Pedro. Era al anochecer. Estaba sentado junto a ella, en la penumbra. Súbitamente María le dijo que quería ir a Lourdes, pues estaba segura de volver curada. Él se disgustó, y, sin darse cuenta, gritó que era una locura creer en tales niñerías. Nunca hablaba con ella de religión, y se había negado no solamente a confesarla, sino también a dirigirla en sus pequeños escrúpulos de devota. Ello era, por parte de él, pudor y piedad, pues hubiera sufrido mintiéndole, y, además, se hubiera considerado un criminal, si llegaba a empañar con un soplo tan sólo aquella fe grande y pura, que la sostenía fuerte y valerosa en medio de su sufrimiento.

Así, contrariado por el grito que no había podido contener, quedó horriblemente turbado al sentir que la mano pequeña y fría de la enferma asía la suya. Y entonces ella, dulcemente, animada por la oscuridad, con voz

conmovida, se atrevió a hacerle comprender que conocía su secreto, que sabía su desgracia, la espantosa miseria de un sacerdote incrédulo. En sus conversaciones, Pedro se lo había dicho todo sin quererlo, y ella había penetrado hasta el fondo de aquella conciencia gracias a una delicada intuición de amiga enferma.

María se inquietaba horriblemente por él, al punto de compadecerle por su mortal dolencia moral más de lo que se compadecía a sí misma. Y como él, sorprendido, no acertara a contestar, aunque con su mutismo confesaba la verdad, ella siguió hablando de Lourdes y añadiendo, en voz baja, que también quería encomendarlo a él a la Santísima Virgen, suplicándole que le devolviera la fe. A partir de aquella tarde, no cesó de repetir que, si iba a Lourdes, volvería curada. Pero había la dificultad de la falta de dinero, de la que ni tan siquiera se atrevía a hablar a su hermana. Así pasaron dos meses, en los que ella se debilitaba cada vez más, consumida por la espera, con los ojos vueltos hacia el resplandor de la gruta milagrosa.

Pedro pasó entonces unos días enfadosos. Al principio se había negado categóricamente a acompañar a María. Luego su voluntad empezó a vacilar al pensar que, si se decidía al viaje, podría aprovecharlo para continuar su investigación sobre Bernadette, cuya encantadora imagen llevaba en el corazón. Finalmente, se sintió invadido por una dulzura y una inconfesada esperanza al pensar que tal vez tuviera razón María, y que la Virgen podría apiadarse de él devolviéndole la fe ciega, la fe del niño que ama y no discute. ¡Oh, creer con toda la fuerza del alma y sumirse en profunda credulidad! No había, sin duda, otra felicidad posible. Aspiraba a la fe con toda la alegría de su juventud, con todo el amor que había sentido por su madre, con todo el ardiente anhelo que experimentaba de escapar a la tortura de comprender y saber, de dormirse para siempre en el seno de la divina ignorancia. Deliciosa y cobarde era aquella esperanza de no ser más que una cosa entre las manos de Dios. Así llegó al deseo de intentar el supremo experimento.

Ocho días después quedó decidido el viaje a Lourdes. Pero Pedro había exigido una última consulta de médicos para saber si María se hallaba realmente en estado de hacer el viaje. Precisamente evocaba ahora aquella escena, recordando ciertos detalles con persistencia, mientras otros se borraban ya. Dos de los médicos que habían asistido a la enferma en época lejana, uno de los cuales creía en una ruptura de los ligamentos y el otro en una parálisis debida a una lesión de la medula, acabaron por ponerse de acuerdo sobre la existencia de dicha parálisis, quizá con accidentes en los ligamentos, pues todos los síntomas conducían a esa conclusión, y el caso les

parecía tan evidente que no habían vacilado en redactar dictámenes casi iguales con afirmaciones categóricas. Por lo demás, creían factible el viaje, aunque muy doloroso. Esto acabó de decidir a Pedro, que consideraba a aquellos señores muy prudentes y celosos de la verdad.

Sólo guardaba un vago recuerdo del tercer médico, Beauclair, primo suyo y joven de viva inteligencia, todavía poco conocido, pero ya con fama de extravagante. Este, después de haber observado detenidamente a María, mostrábase, al parecer, alarmado por los datos que le dieron sobre los ascendientes de la enferma, y se interesaba mucho por lo que le contaban del señor de Guersaint, el arquitecto con ribetes de inventor, de espíritu tan débil como exuberante. Enseguida quiso medir el campo visual de la enfermedad y se cercioró, palpándola discretamente, de que el dolor había acabado por localizarse en el ovario izquierdo, y de que, apretando allí, este dolor parecía subir hacia la garganta como una masa pesada que la ahogaba. Aquel médico no tenía para nada en cuenta la parálisis de las piernas. Últimamente, respondiendo a una pregunta directa, declaró que era necesario llevarla a Lourdes, donde seguramente sanaría si tenía la certeza de ser curada.

Hablaba de Lourdes seriamente, diciendo que la fe bastaba, pues dos clientes suyas, muy devotas, a quienes había enviado allí el año anterior, habían vuelto rebosantes de salud. Incluso anunciaba cómo se produciría el milagro, instantáneamente, en un despertar y una exaltación de todo el ser, mientras la enfermedad, ese maldito peso diabólico que asfixiaba a la joven, ascendería por última vez y escaparía como si saliera por la boca. Pero se negó a firmar ningún certificado. No se había entendido con sus dos colegas, que le trataron con frialdad, como a un espíritu demasiado atrevido.

Pedro recordaba confusamente frases de la discusión, reanudada en su presencia, y fragmentos de la opinión expuesta por Beauclair: una luxación del órgano, con ligeras desgarraduras de los ligamentos a consecuencia de la caída del caballo, seguida de una lenta reparación y un restablecimiento de las cosas en su lugar, y luego accidentes nerviosos consecutivos, de manera que la enferma sólo se hallaba bajo la obsesión del susto primitivo, con la atención localizada en el punto lesionado, inmovilizada por el dolor creciente e incapaz de adquirir nuevas nociones, a no ser bajo el latigazo de una violenta emoción. Por lo demás, admitía también accidentes de nutrición, aún mal estudiados y de los que no se atrevía a indicar la dirección y la importancia.

La idea de que María era una enferma imaginaria y de que los espantosos sufrimientos que la atormentaban procedían de una lesión cicatrizada hacía ya

mucho tiempo pareció tan paradójica a Pedro, viéndola casi agonizante y con las piernas yertas, que no se detuvo a considerar aquello, dichoso al ver que los tres facultativos estaban de acuerdo en autorizar el viaje a Lourdes. Con la perspectiva de curar, Pedro la acompañaría hasta el fin del mundo. ¡Qué agitados fueron los últimos días pasados en París! Próxima a partir la peregrinación nacional, tuvo la idea de hospitalizar a María con objeto de evitar los gastos mayores. Enseguida tuvo que dar los pasos necesarios para ingresar en la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud. El señor de Guersaint estaba encantado, porque amaba la naturaleza y ardía en deseos de conocer los Pirineos; no se preocupaba de nada y aceptaba perfectamente que el joven sacerdote le pagara el viaje y se encargara del alojamiento, como si se tratara de un niño; después de todo, como su hija Blanca le había dado algo de dinero a última hora, se creía rico. La pobre y heroica Blanca tenía unos ahorrillos; eran cincuenta francos, que Pedro hubo de aceptar, porque Blanca se habría enfadado de no ayudar así a la curación de su hermana, ya que no podía formar parte de la expedición, pues la retenían sus lecciones en París, cuyo duro pavimento continuaría pisando, mientras los suyos se arrodillaban allá lejos entre los encantamientos de la gruta. Partieron, pues, y rodaban, rodaban, camino de Lourdes.

En la estación de Châtellerault, un súbito vocerío sacudió a Pedro, arrancándolo al sopor de su ensueño. ¿Qué sucedía? ¿Es que llegaban a Poitiers?

Pero apenas era mediodía. Sor Jacinta recitaba el *Ángelus*, haciendo repetir tres veces las tres avemarías. Las voces se quebraban; ascendió un nuevo cántico, prolongándose en una lamentación. Todavía faltaban veinticinco minutos largos para llegar a Poitiers, donde parecía que la parada de media hora iba a aliviar todos los sufrimientos. ¡Viajaban tan incómodamente y eran tan rudamente sacudidos en aquel vagón sofocante y apestoso! ¡Cuánta miseria! Gruesas lágrimas surcaron las mejillas de la señora de Vincent. Un sordo juramento había escapado de la boca del señor Sabathier, tan resignado habitualmente, en tanto que el hermano Isidoro, la Grivotte y la señora de Vêtu parecían no existir ya, como si fueran despojos arrastrados por el oleaje. María no hablaba; tenía los ojos cerrados y no quería volver a abrirlos, perseguida por la horrible visión del rostro de Elisa Rouquet, aquella cabeza agujereada y deforma que era para ella la imagen de la muerte.

Y mientras el tren apresuraba su marcha, arrastrando aquella carga de desesperación humana, bajo el cielo pesado y a través de las llanuras

abrasadas, se produjo un nuevo estremecimiento de espanto: el hombre aquel no respiraba ya.

### III

**A** sí que el tren se detuvo en Poitiers, sor Jacinta se apresuró a apearse, abriéndose paso entre la muchedumbre de mozos de cordel que abrían las portezuelas y de peregrinos que bajaban atropellándose.

—¡Un momento, por favor, esperen! —repetía—. Déjenme pasar primero, que quiero ver si todo ha terminado.

Cuando hubo subido al otro compartimiento levantó la cabeza de aquel hombre, creyendo al principio que, en efecto, había expirado, pues le vio lívido y con los ojos extraviados. Pero notó, sin embargo, que aún respiraba.

—¡No está muerto, respira! ¡Pronto, hay que darse prisa!

Y dirigiéndose a la otra monja, a la que estaba en el extremo del vagón, exclamó:

—Por favor, sor Clara, corra usted a buscar al padre Massias, que debe de estar en el tercero o cuarto coche. Dígale que tenemos un enfermo en grave peligro y que traiga enseguida los santos óleos.

La monja, sin contestar, desapareció entre la multitud. Era menuda, fina y suave, de aire recatado y ojos misteriosos, pero muy activa.

Pedro, que de pie seguía la escena desde el otro compartimiento, se permitió observar:

—¿Y si se llamara también a un médico?

—Eso mismo estaba pensando —contestó sor Jacinta—. ¿Sería tan bondadoso, señor abate, que lo buscara usted mismo?

Precisamente Pedro se disponía a ir al furgón de la cantina con objeto de pedir caldo para María. Un tanto aliviada desde que no experimentaba sacudidas, la enferma había vuelto a abrir los ojos y hecho que su padre la sentara. En su ardiente anhelo de aire puro, hubiera querido que la bajaran un instante al andén. Pero comprendió que esto sería mucho pedir, pues habría resultado muy penoso subirla enseguida. El señor de Guersaint, que había almorzado en el tren como la mayoría de los peregrinos y de los enfermos, permaneció en la plataforma, junto a la portezuela abierta, fumando un cigarro, mientras Pedro corría al furgón de la cantina, donde se encontraba el médico de servicio con un botiquín.

En el vagón se quedaron también otros enfermos a los que no era posible mover. La Grivotte se ahogaba y deliraba, y obligó a permanecer a su lado a la señora de Jonquière, que había citado en el bar de la estación a su hija

Raimunda, a la señora de Volmar y a la señora de Désagneux para almorzar las cuatro juntas. ¿Cómo dejar sola, sobre el duro asiento, a aquella desgraciada que parecía agonizar? Tampoco Marta se había movido, pues continuaba junto a su hermano, el misionero, cuyos débiles gemidos no cesaban. Clavado en su asiento, el señor Sabathier esperaba a su esposa, que había ido a buscarle un racimo de uvas. Los demás, los que podían andar, se apeaban apresuradamente en su deseo de huir siquiera por algunos momentos de aquel vagón de pesadilla, donde sus miembros se entumecían durante las siete horas largas que llevaban ya de viaje.

La señora de Maze se apartó enseguida y se fue a uno de los extremos desiertos de la estación para ocultar allí su melancolía. La señora de Vêtu, anonadada por los sufrimientos, después de haber tenido fuerzas para dar unos pasos, se desplomó sobre un banco, a pleno sol, cuyos ardores no sentía. En cuanto a Elisa Rouquet, que se había ocultado nuevamente el rostro con su mantilla negra, buscaba por todas partes una fuente, devorada por el deseo de beber agua fresca. La señora de Vincent, a pasos medidos, paseaba en brazos a su hija, tratando de sonreírle y de distraerla con estampas de colores llamativos que la niña miraba gravemente sin ver.

Mientras tanto, Pedro tropezaba con grandes dificultades para abrirse camino entre el gentío que inundaba el andén. Era increíble la cantidad de lisiados y de personas válidas que el tren había vaciado allí; eran más de ochocientos individuos que corrían, se agitaban y se ahogaban. Cada coche había volcado su miseria, como una sala de hospital cuando es evacuada. Era aterradora la suma de miserias y males que transportaba aquel terrible tren blanco, que acababa por dejar a su paso una leyenda de espanto. Algunos enfermos se arrastraban, otros eran conducidos y muchos permanecían apilados en el andén. Había bruscos empujones, violentas llamadas, una prisa desenfrenada por llegar al restaurante y la cantina. Cada cual se apresuraba, no preocupándose sino de sí mismo. ¡Era tan corta aquella parada de media hora, única antes de llegar a Lourdes! Y la única alegría, en medio de las negras sotanas y de la ropa usada, sin color definido, de aquella pobre gente, era la sonriente blancura de las hermanitas de la Asunción, blancas y activas, con sus tocas y su delantal de nieve.

Cuando Pedro llegó, por fin, al furgón de la cantina, situado hacia la mitad del tren, lo encontró ya lleno. Había allí un hornillo de petróleo y una escasa batería de cocina. El caldo, hecho con jugos concentrados, se calentaba en ollas de hierro, y la leche condensada, conservada en latas de a litro, sólo era desleída y utilizada a medida de las necesidades. Algunas otras provisiones —



bizcochos, frutas, chocolate— ocupaban una especie de armario. Pero, ante las ávidas manos que se tendían hacia ella, la encargada del servicio, que era la hermana San Francisco, mujer de cuarenta y cinco años, baja y gruesa, de cara simpática y fresca, perdía la cabeza. Hubo de continuar su reparto oyendo a Pedro que llamaba al médico, instalado con su botiquín en otro compartimiento del furgón; y como el joven sacerdote diera explicaciones hablando del desgraciado que se moría, la monja hizo que la sustituyeran, pues también ella quería verle.

—Yo venía, hermana, a pedirle, además, caldo para una enferma.

—Bien, señor abate. Yo misma lo llevaré. Vaya usted delante.

Partieron los dos hombres, cambiando preguntas y respuestas rápidas, seguidos de la hermana San Francisco, que llevaba la taza de caldo con gran prudencia entre la marejada de la multitud. El médico era un joven moreno, de unos veintiocho años, robusto y con una hermosa cabeza de joven emperador romano, tal como suele encontrarse todavía en los ardorosos campos de Provenza. En cuanto sor Jacinta le vio, exclamó sorprendida:

—¡Cómo! ¿Es usted, señor Ferrand?

Ambos quedaron sorprendidos del encuentro. Las monjas de la Asunción tienen la abnegada misión de asistir a los enfermos, pero únicamente a los enfermos pobres, a los que no pueden pagar, a los que agonizan en las buhardillas. Y así pasan su vida con los indigentes, junto a los camastros, en exiguas habitaciones, prodigando los cuidados más íntimos, atendiendo la cocina y la limpieza, viviendo con ellos, como criadas y parientes, hasta la curación o hasta la muerte. Fue así como sor Jacinta, tan joven, con su rostro lácteo, iluminado por unos ojos azules siempre risueños, se instaló un día en casa de aquel muchacho, a la sazón estudiante, presa de fiebre tifoidea, y tan pobre que vivía en la calle del Horno, en una especie de granero, al término de una escalera, bajo el tejado. La monja no lo abandonó y le salvó con su pasión de vivir únicamente para los demás, como criatura encontrada en la puerta de una iglesia y sin más familia que la de los que sufrían, a quienes se consagraba con toda su ardiente necesidad de amar. Tras un mes adorable, ¡qué exquisita camaradería la que surgió en aquella pura fraternidad del dolor! Cuando él la llamaba «hermana», realmente era como una hermana con quien charlaba. Ella era también una madre, pues le levantaba y le acostaba como a su hijo, sin que entre ambos creciera más que una suprema comprensión, la divina ternura de la caridad. Se mostraba siempre alegre, sin sexo, y sin más instinto que el de socorrer y aliviar. Él la adoraba, la veneraba, y conservaba de ella el más casto y apasionado de los recuerdos.

—¡Oh, sor Jacinta, sor Jacinta! —murmuró encantado.

Solamente el azar los reunía, porque Ferrand no era creyente, y si se encontraba allí se debía a que a última hora había querido reemplazar a un amigo repentinamente imposibilitado de partir. Hacía cerca de un año que trabaja como interno en el hospital de la Piedad. Le interesaba aquel viaje a Lourdes, llevado a efecto en condiciones tan singulares.

La alegría de volverse a ver hizo que se olvidaran del enfermo. Pero la monja reaccionó:

—Le llamábamos, señor Ferrand, para que viera a este pobre hombre. Hubo un momento en que le creíamos muerto. Desde Amboise nos trae alarmados. He mandado a buscar ya los santos óleos. ¿Le encuentra usted muy mal? ¿No podría reanimarle un poco?

El joven médico le examinaba ya, y los enfermos que iban en el coche seguían sus movimientos con apasionado interés. María, a quien la hermana San Francisco había entregado la taza de caldo, la sostenía con mano tan vacilante que Pedro tuvo que tomarla y acercársela a los labios, pero ella no pudo tragar, pues tenía los ojos fijos en aquel hombre, esperando como si se hubiera tratado de su propia existencia.

—Dígame, ¿cómo lo encuentra? —inquirió de nuevo sor Jacinta—. ¿Qué enfermedad tiene?

—¿Qué enfermedad? —repuso Ferrand—. Las tiene todas.

Luego sacó un frasquito del bolsillo e intentó introducir algunas gotas a través de los apretados dientes del enfermo. Este lanzó un suspiro, levantó los párpados y los dejó caer; esto fue todo, pues no dio otra señal de vida.

Sor Jacinta, habitualmente tan calmada y que no desesperaba nunca, se impacientó:

—¡Pero esto es terrible! ¡Y sor Clara de los Ángeles que no vuelve, a pesar de que le indiqué bien el coche del padre Massias! ¿Qué va a pasar aquí, Dios mío?

Viendo que no podía ser útil, la hermana San Francisco se dispuso a volver al furgón. Antes de irse preguntó si acaso aquel hombre no se moriría sencillamente de hambre, como solía suceder a veces. Precisamente ella había acudido allí para ofrecer sus provisiones. Al marcharse prometió que si encontraba a sor Clara de los Ángeles le diría que se diera prisa. No bien había andado veinte metros cuando, volviéndose, mostró con un ademán a la hermana, que volvía sola, con pasos discretos y menudos.

Asomada a la portezuela, sor Jacinta multiplicaba las llamadas.

—¡Oiga, oiga! ¿Y el padre Massias?

—No está allí.

—¿Cómo no está allí?

—No. Hice cuanto me fue posible para abrirme paso rápidamente entre tanta gente. Cuando llegué al vagón, el padre Massias había bajado ya y salido de la estación, sin duda.

Luego explicó que el padre, según decían, debía de estar citado con el cura de Santa Radegunda. Otros años la peregrinación nacional se detenía veinticuatro horas; los enfermos eran llevados al hospital de la ciudad, y los peregrinos se dirigían a Santa Radegunda en procesión. Pero aquel año había surgido un obstáculo, y el tren iba directamente a Lourdes. El padre Massias estaría seguramente en Santa Radegunda hablando con el cura sobre algún asunto de interés común.

—Me han prometido darle el encargo y enviarle aquí con los santos óleos en cuanto lo encuentren.

Aquello era un verdadero desastre para sor Jacinta. Ya que la ciencia nada podía, quizá la extremaunción hubiera aliviado al enfermo. Había visto esto más de una vez.

Ferrand continuaba revisando a aquel hombre, afligido por no poder dar a sor Jacinta el gusto de reanimarle. Y como hiciera un ademán de impotencia, ella volvió a suplicarle:

—¡Por favor, quédese aquí, señor Ferrand, hasta que venga el padre Massias! Así estaré más tranquila.

Se quedó y le ayudó a acomodar al enfermo, que se resbalaba del banco. Luego la monja enjugó con un paño la cara del paciente, que se cubría continuamente de un espeso sudor. La espera se prolongó en medio del malestar de los enfermos que seguían en el vagón y la curiosidad de la gente de fuera, que comenzaba a agolparse:

Una joven se abrió paso vivamente entre el gentío y, subiendo al estribo, se dirigió a la señora de Jonquière:

—Pero, mamá... Esas señoras te esperan en el restaurante.

Era Raimunda de Jonquière, un poco madura para sus veinticinco años cumplidos y que se parecía asombrosamente a su madre, pues era muy morena, de nariz enérgica, boca grande y cara ancha y agradable.

—¿No ves, hija mía, que no puedo abandonar a esta pobre mujer? —y señalaba a la Grivotte, presa en aquel instante de un ataque de tos que la sacudía horriblemente.

—¡Qué lástima, mamá! La señora de Désagneaux y la señora de Volmar se prometían una fiesta con ese almuerzo de nosotras cuatro.

—¡Qué le vamos a hacer, hija mía! Empezad sin mí, y di a esas señoras que en cuanto pueda iré a reunirme con ellas.

Rápidamente, como asaltada por una idea, añadió:

—Espera... Aquí está el médico; voy a ver si le confío mi enferma. Vete, que te sigo.

Raimunda volvió prestamente al restaurante, mientras la señora de Jonquière rogaba a Ferrand que subiera a su compartimiento para ver si podía aliviar a la Grivotte. Con anterioridad, a petición de Marta, había examinado al hermano Isidoro, cuyas quejas no cesaban. Y otra vez, con un gesto desesperado, manifestó su impotencia. A pesar de ello, accedió al ruego; incorporó a la tísica, procurando sentarla con la esperanza de atajar la tos, que, en efecto, cesó poco a poco. Seguidamente ayudó a la señora hospitalaria a dar una bebida calmante a la enferma. En el vagón, la presencia del médico continuaba preocupando a los enfermos. El señor Sabathier, que se comía lentamente el racimo de uvas que le había traído su mujer, no le preguntó nada, pues de antemano sabía lo que le diría, cansado como estaba de consultar, como él decía, a todos los príncipes de la ciencia; pero no por eso dejaba de experimentar cierto bienestar al verle enderezar a aquella pobre joven, cuya vecindad resultábale molesta. Y la misma María le miraba proceder con creciente interés, pero sin atreverse a llamarle para sí misma, segura también de que él no podría hacer nada en su caso.

En el andén aumentaba el desorden. Sólo faltaba un cuarto de hora. La señora de Vêtu, como si fuera insensible, con los ojos abiertos y sin ver nada, adormecía su mal bajo los fuertes ardores del sol, mientras ante ella la señora de Vincent seguía paseando a su Rosita, de un peso tan leve de pájaro enfermo que no la sentía en los brazos. Muchas personas corrían a la fuente para llenar jarros, cantimploras y botellas. La señora de Maze, muy prolija y delicada, tuvo la idea de ir a lavarse las manos; pero cuando llegó a la fuente se encontró allí a Elisa Rouquet bebiendo, y retrocedió ante el monstruo, ante aquella cabeza perruna de hocico roído, que abría la abertura oblicua de su llaga, sacando y metiendo la lengua en el agua como hacen los perros al beber. Todos sintieron el mismo estremecimiento y la misma vacilación para llenar botellas, cantimploras y jarros en aquella fuente donde la enferma había bebido.

Gran número de peregrinos se había puesto a comer a lo largo del andén. Oíanse las acompasadas muletas de una mujer, que iba y venía sin cesar entre los grupos. Penosamente se arrastraba por el suelo un parapléjico en busca de no se sabía qué. Otros, sentados en montón, no se movían. Aquel cuadro de

equipajes desembalados apresuradamente, aquel hospital ambulante que se había vaciado allí media hora, ofrecía el aspecto, ante la pasmada agitación de las personas válidas, de una pobreza y de una tristeza horribles a la plena luz del mediodía.

Como el señor de Guersaint había desaparecido, atraído por el verde paisaje que se divisaba desde el extremo de la estación, Pedro no se separaba de María. El joven sacerdote, inquieto al ver que la enferma no había podido concluir la taza de caldo, se esforzaba con aire sonriente en provocar el apetito de María, prometiéndole ir a comprar un melocotón; pero ella lo rechazaba. Sufría intensamente y nada le daba gusto. Al mismo tiempo le miraba con ojos tristes, fastidiada, por una parte, a causa de aquella parada, que retrasaba la posible curación, y aterrada, por otra, al pensar en las nuevas sacudidas a lo largo de del duro camino interminable.

Un caballero grueso se acercó y tocó en el brazo a Pedro. Tenía los cabellos grises, la barba poblada y la cara ancha y paternal.

—Perdón, señor abate, ¿no es en este coche donde hay un enfermo en agonía?

Y como el sacerdote respondiera afirmativamente, el otro siguió diciendo, afable y familiarmente:

—Soy el señor Vignerón, subjefe del Ministerio de Hacienda, y acompaño a Lourdes, con mi mujer, a nuestro hijo Gustavo. El pobre niño tiene puesta toda su esperanza en la Santísima Virgen, a quien imploramos por él noche y día. Viajamos en el vagón que va delante de éste, donde ocupamos un compartimiento de segunda clase.

Luego diose vuelta para llamar a los suyos en un ademán.

—Acercaos, acercaos. Es aquí. El desgraciado enfermo está, en efecto, muy mal.

La señora de Vignerón era una buena burguesa, pequeña, de cara alargada y pálida, de una anemia de sangre que reapareció terriblemente en su hijo Gustavo. Este, de quince años de edad, apenas parecía tener diez. Encorvado, flaco como un esqueleto, tenía la pierna derecha anémica, lo cual le obligaba a valerse de una muleta. En su cara, pequeña y un poco ladeada, sólo tenía ojos, unos ojos claros, chispeantes de inteligencia, afinados por el dolor, y que veían seguramente con claridad hasta el fondo de las almas.

Le seguía una señora vieja, de rostro sombrío, que arrastraba difícilmente las piernas. El señor Vignerón volvióse hacia Pedro para acabar la presentación:

—La señora de Chaise, hermana mayor de mi mujer, que también ha querido acompañar a Gustavo, a quien quiere mucho.

E inclinándose, con aire confidencial, añadió con voz queda:

—Es la viuda de un comerciante en sedas inmensamente rico. Está enferma del corazón, y eso la tiene muy preocupada.

Entonces, toda la familia, agrupada, miró con viva curiosidad lo que pasaba en el vagón. Como iba congregándose mucha gente, el padre, para que el hijo pudiera ver, lo levantó entre sus brazos, mientras la tía tenía la muleta y la madre se ponía de puntillas.

En el coche proseguía el mismo espectáculo: aquel hombre seguía arrinconado, rígido y con la cabeza contra el duro respaldo de madera. Estaba lívido, con los párpados cerrados, la boca desencajada por la agonía y bañado por un sudor helado, que sor Jacinta enjugaba de vez en cuando con un paño. Esta ya no hablaba ni se impacientaba; había recobrado la serenidad y contaba con el cielo. Así es que se limitaba a dar a veces un vistazo al andén para ver si llegaba el padre Massias.

—Fíjate bien, Gustavo —dijo el señor Vignerón a su hijo—. Ese hombre debe ser un tísico.

El niño, escrofuloso declarado, con la cadera devorada por un absceso frío y con un comienzo de necrosis de las vértebras, parecía interesarse apasionadamente por aquella agonía. Sin miedo, sonreía con una sonrisa infinitamente triste.

—¡Oh, es terrible! —murmuró la viuda de Chaise, pálida por miedo a la muerte y constantemente aterrada ante el peligro de que un ataque repentino acabara con ella.

—¡Al fin y al cabo, a cada cual le llega su hora! —acotó filosóficamente el señor Vignerón—. Todos somos mortales.

La sonrisa de Gustavo se convirtió entonces en una burla dolorosa, como si hubiera percibido tras esas palabras de su padre un anhelo inconsciente, la esperanza de que su vieja tía muriese antes que él, de que él heredara quinientos mil francos prometidos y de que no molestara mucho tiempo a su familia.

—Déjalo en el suelo —dijo la señora de Vignerón a su marido—. Le fatigas sujetándole por las piernas.

Enseguida tomó medidas, lo mismo que la viuda de Chaise, para evitar toda sacudida al niño. ¡Necesitaba tantos cuidados aquella criatura! A cada momento temían perderlo. El padre opinó que lo mejor que podían hacer era

subirle inmediatamente al compartimiento. Y cuando las dos mujeres lo llevaban, dijo a Pedro:

—¡Ah, señor abate, si Dios nos lo arrebatara, nuestra vida se iría con él! Y no es que tenga en cuenta la fortuna de su tía, que pasaría a otros sobrinos... Pero ¿no sería acaso antinatural que el chico muriese antes que ella, sobre todo teniendo presente el estado de salud de mi cuñada? En fin, todos estamos en manos de la Providencia y esperamos que la Virgen hará lo más conveniente.

Por otro lado, la señora de Jonquière, tranquilizada por el doctor Ferrand, pudo dejar a la Grivotte, no sin antes decir a Pedro:

—Me muero de hambre; voy un momento al restaurante. Le ruego que si mi enferma vuelve a toser, haga el favor de avisarme.

Cuando, luego de cruzar el andén, llegó a la fonda, se encontró con otro tumulto. Los peregrinos pudientes habían tomado por asalto las mesas; había, sobre todo, muchos sacerdotes comiendo apresuradamente, entre el estrépito de los tenedores, los cuchillos y la vajilla. Los tres o cuatro camareros no bastaban para el servicio, tanto más cuanto que la aglomeración les estorbaba, al agolparse la gente ante el mostrador para comprar frutas, panecillos y fiambres. En el fondo de la sala almorzaba Raimunda, sentada a una mesita con la señora de Désagneux y la señora de Volmar.

—¡Por fin, mamá! —gritó—. Iba a volver en tu busca. Me parece que tú también tienes derecho a comer.

Todas reían, muy animadas y contentas por las aventuras del viaje, por aquella comida improvisada sobre la marcha.

—Mira, te he guardado tu ración de trucha en salsa verde. Aquí tienes una chuleta, que te espera. Nosotras ya estamos en las alcachofas.

Aquello fue realmente delicioso. Era un rincón alegre que daba gusto mirar.

Sobre todo, la joven señora de Désagneux era adorable. Rubia delicada, de cabellos dorados y alborotados, tenía una carita redonda, blanca como la leche, sembrada de hoyuelos, muy risueña y agraciada. Casada con un hombre riquísimo, hacía tres años que dejaba a su marido en Trouville, a mediados de agosto, para acompañar a la peregrinación nacional como dama hospitalaria. Su gran pasión la constituía una piedad frenética, una necesidad de entregarse por completo a los enfermos durante cinco días, un verdadero derroche de abnegación total, de la que volvía desecha y encantada a la vez. Su único pesar era no tener todavía hijos y a veces lamentaba, con

cómicos transportes, no haberse dado cuenta de su vocación de hermana de caridad.

—No compadezca a su madre, querida, porque la acaparen los enfermos —le dijo vivamente a Raimunda—. Al menos, eso la ocupa en algo serio.

Y, dirigiéndose a la señora de Jonquière, agregó:

—¡Si supiera usted qué largas se nos hacen las horas en nuestro cómodo camarote de primera! Ni tan siquiera se puede hacer labor, porque está prohibido. Yo había rogado que me metieran con los enfermos; pero como están distribuidos todos los puestos, esta noche me veré obligada a dormir en mi rincón.

Añadió luego, riendo:

—¿No es así, señora de Volmar?

Y enseguida:

—Dormiremos, ya que la conversación parece fatigarla.

La nombrada debía de haber pasado la treintena. Era muy morena, de cara alargada y rasgos finos, con dos ojos grandes y magníficos, dos ojos chispeantes sobre los cuales pasaba a veces una sombra, una nube, que parecía apagarlos. A primera vista no producía una impresión de belleza; pero, a medida que se la contempla, resultaba turbadora, hechizante, deseable hasta la pasión y la inquietud. Por lo demás, se esforzaba en pasar inadvertida, borrándose y apagándose modestamente, siempre de negro y sin una alhaja, a pesar de ser la esposa de un comerciante en diamantes y perlas.

—¡Oh! —murmuró—. Por mí, con tal de que no me incomoden mucho, estoy contenta.

En efecto, había ido ya dos veces a Lourdes como dama auxiliar, y, sin embargo, rara vez se la veía en el hospital de Nuestra Señora de los Dolores, debido a que, en cuanto llegaba, sentíase tan fatigada que, según decía, se veía obligada a quedarse en su habitación.

La señora de Jonquière, directora de la sala, usaba con ella, sin embargo, de una amable tolerancia.

—¡Ay, Dios mío! Ya tendrán ustedes tiempo de prodigarse. Ahora, duerman, si pueden, amigas mías, que ya les tocará el otro turno cuando yo no pueda tenerme en pie.

Y, dirigiéndose a su hija, añadió:

—Tú, tesoro, harás bien en no excitarte demasiado, si quieres conservar la serenidad.

Raimunda la miró sonriente, pero con aire de reproche.

—¿Por qué me dices eso, mamá? ¿No me conduzco acaso juiciosamente?



No debía de haber exageración en estas palabras, porque se descubría en sus ojos grises, en su aspecto de juventud despreocupada y simplemente satisfecha de vivir, una firme voluntad y una resolución de bastarse a sí misma.

—Es verdad —confesó la madre con cierta confusión—. Esta chiquilla tiene a veces más razón que yo. Mira, pásame la chuleta, que me vendrá muy bien. ¡Qué apetito tenía, Señor!

Prosiguió el almuerzo, alegrado por las continuas carcajadas de la señora de Désagneux y Raimunda. Esta se animaba, con lo que su rostro, que empezaba a ponerse pálido por la espera del matrimonio, rescobraba el sonrosado esplendor de los veinte años. Comían a dos carrillos, porque no disponían ya sino de diez minutos. En el comedor crecía la algarabía de los comensales, temerosos de no tener tiempo para tomar su café.

En aquel momento se presentó Pedro: otra vez la Grivotte era presa de ahogos.

La señora de Jonquière, después de dar buena cuenta de las alcachofas, volvió al vagón, no sin besar a su hija, que le daba las buenas noches de una manera humorística. Mientras tanto, el sacerdote reprimió un movimiento de sorpresa al ver a la señora de Volmar con la cruz roja de las damas hospitalarias sobre el corpiño negro. La conocía, y aún de tarde en tarde visitaba a la anciana señora de Volmar, madre del comerciante en diamantes, antigua relación de su madre y suya; mujer terrible, exageradamente religiosa, de una dureza y una severidad que llegaban al extremo de cerrar ella misma las persianas para que su nuera no mirase a la calle.

Conocía la historia. La joven quedó prisionera desde el día siguiente de la boda entre su suegra, que la aterrorizaba, y su marido, un monstruo de repelente fealdad, que llegaba a pegarle, loco de celos, aunque él tenía queridas fuera de casa. No la dejaban salir un instante sino para ir a misa. Cierta día, Pedro descubrió su secreto al verla detrás de la iglesia de la Trinidad en momentos en que cambiaba rápidamente unas palabras con un caballero correcto y de porte distinguido: era la caída inevitable y tan perdonable, el pecado cometido en brazos del amigo discreto, que se había presentado oportunamente; era la pasión oculta y devoradora que, al no ser satisfecha, ardía; la cita que ha costado tanto llevar a efecto, que ha habido que esperar durante semanas y de la que se goza glotonamente en una brusca llamarada de deseo.

La señora de Volmar, turbada, le tendió su mano pequeña, larga y tibia.

—¡Qué casualidad, señor abate! ¡Cuánto tiempo sin vernos!

Y le explicó que era el tercer año que iba a Lourdes, pues su suegra la había obligado a formar parte de la Asociación de Nuestra Señora de la Salud.

—Es extraño que no le haya visto a usted en la estación. Me deja en el tren y viene a esperarme al regreso.

Dijo esto sencillamente, pero con tal dejo de sorda ironía que Pedro creyó adivinar. Bien sabía él que la señora de Volmar carecía de devoción, que sólo practicaba para asegurarse una hora de libertad de vez en cuando. Así, tuvo la súbita intuición de que alguien la esperaba en Lourdes. Evidentemente, corría así a satisfacer su pasión con su aire retraído y ardiente a la vez, con sus ojos de fuego, disimulados bajo el velo de la indiferencia.

—Yo —dijo el sacerdote— acompaño a una amiga de la infancia, a una pobre muchacha enferma. Se la recomiendo a usted para que la cuide...

Como la señora de Volmar se sonrojó un poco, él ya no dudó. Por lo demás, Raimunda revisaba la suma, con la seguridad de una persona que entiende de números, y la señora de Désagneaux se llevó a la de Volmar. Los mozos iban de un lado para otro, las mesas se vaciaban, y todo el mundo se precipitó al oír un toque de campana.

El mismo Pedro se daba prisa en volver al vagón, cuando fue detenido de nuevo.

—¡Oh, señor cura! Le vi al salir el tren, pero no pude acercarme para estrecharle la mano.

Y tendía la suya al viejo sacerdote, que le miraba sonriendo con aire de hombre bueno. El abate Judaine era cura de Saligny, un pueblecillo del Oise. Alto, fuerte, de cara amplia y sonrosada, circundada por blancos rizos, adivinábase en él a un santo varón jamás atormentado por la carne ni por la inteligencia. De una tranquila inocencia, creía firme y absolutamente, sin lucha ninguna, con la apacible fe del niño que ignora las pasiones. Desde que la Virgen le curó en Lourdes de una afección de la vista mediante un milagro resonante del que se hablaba siempre, su creencia era todavía más ciega y más dulce, como templada en una divina gratitud.

—Me alegro de verle entre nosotros —dijo suavemente—, porque los sacerdotes jóvenes tienen mucho que ganar en estas peregrinaciones. Me han asegurado que suele manifestarse en ellos cierto espíritu de rebelión. Pues bien, que vayan todos a ver como reza esa pobre gente. Es un espectáculo que los hará llorar. ¡Y cómo no entregarse en manos de Dios ante tanto sufrimiento curado o aliviado!

También él acompañaba a una enferma. Señaló un departamento de primera clase, del que colgaba un cartel que decía: «Señor abate Judaine,

reservado». Y, bajando la voz, explicó:

—Es la señora de Dieulafay, la mujer del famoso banquero. Su castillo, que es una regia finca, se halla enclavado en mi parroquia. Cuando supieron que la Santísima Virgen me había concedido una señalada gracia, me suplicaron que intercediera por la pobre enferma. He dicho misas y hecho ardientes votos. Vea, ahí la tiene usted en el suelo. Se ha empeñado en que la bajaran un instante del coche, a pesar de lo que costará subirla.

Efectivamente, en el andén y a la sombra se encontraba, en una especie de amplio sofá, una mujer, de hermoso rostro de óvalo perfecto y ojos admirables, que no aparentaba más de veintiséis años.

Estaba atacada de una espantosa enfermedad: la osteomalacia, que produce el reblandecimiento del esqueleto y la lenta destrucción de los huesos por falta de calcio. Hacía dos años que, después de haber dado a luz un hijo muerto, había sentido vagos dolores en la columna vertebral. Después, poco a poco, los huesos habían ido deformándose, se aflojaron las vértebras, se aplastaron los huesos de la pelvis, se encogieron los de las piernas y brazos, y aquella mujer, achicada y como hundida, se había convertido en un guiñapo humano, en una cosa sin vida y sin nombre, que no podía tenerse en pie y a la que trasladaban con mil precauciones por miedo de verla deshacerse entre los dedos. El rostro conservaba su hermosura; era un rostro inmóvil, de apariencia estupefacta e imbécil. Lo que acababa de oprimir el corazón, ante aquellos lamentables restos de mujer, era el gran lujo que la rodeaba: el sillón tapizado de seda azul, los preciosos encajes que la cubrían.

—¡Oh, qué lástima! —murmuró el abate Judaine en voz baja—. ¡Tan joven, tan bonita y con tantos millones! ¡Si supiera usted cómo la quieren y cómo la adoran aún! Ese caballero alto que está a su lado es su esposo; y esa señora tan elegante, su hermana, casada con el señor Jousseur.

Pedro recordó haber leído a menudo en los periódicos el nombre de la señora de Jousseur, esposa de un diplomático y muy relacionada en la alta sociedad católica de París. Había circulado acerca de ella cierta historia de una gran pasión combatida y vencida. Era, por otra parte, muy hermosa, y vestía con maravillosa y artística sencillez, mostrándose muy solícita con su pobre hermana, en una actitud de perfecta abnegación.

En cuanto al marido, que a los treinta y cinco años acababa de heredar la colosal casa de su padre, era un hombre gallardo, de tez clara, muy atildado, vestido de levita negra; pero sus ojos se anegaban en lágrimas, pues adoraba a su mujer. Había querido acompañarla a Lourdes, abandonando sus negocios,

porque tenía puesta su última esperanza en aquella súplica a la misericordia divina.

Desde luego, muchos males espantosos veía Pedro desde el amanecer en aquel doloroso tren blanco, pero ninguno le había conmovido tanto el alma como aquel miserable esqueleto de mujer que se fundía en medio de sus encajes y sus millones.

—¡Desgraciada! —murmuró estremeciéndose.

Entonces el abate, haciendo un gesto de serena esperanza, exclamó:

—La Santísima Virgen la curará. ¡Le he rogado tanto!

Sonó otro toque de campana, que era efectivamente la señal de partida. Faltaban sólo dos minutos. Y se produjo el último tumulto de viajeros, que volvían con sus provisiones envueltas en papeles y con las botellas y vasijas que habían llevado a la fuente.

Muchos, completamente aturcidos, corrían atolondradamente, no encontrando su coche, mientras los enfermos se arrastraban en medio de un ruido precipitado de muletas, y otros, los que caminaban con dificultad, procuraban apresurar el paso, apoyados en el brazo de las señoras hospitalarias. Cuatro hombres hacían grandes esfuerzos para levantar y meter a la señora de Dieulafay en su compartimiento de primera clase. Los Vignerón, que se contentaban con viajar en segunda, habían vuelto a ocupar sus asientos, entre una balumba extraordinaria de cestas, cajas y maletas que apenas permitían al joven Gustavo estirar sus pobres miembros de insecto abortado. Después reaparecieron todas: la señora de Maze, deslizándose silenciosamente; la viuda de Vincent, llevando a su hija en brazos, con grandes precauciones por temor de oírla sufrir; la señora de Vêtu, a quien hubo de empujar, después de haberla sacado del embotamiento que le producía su tortura; Elisa Rouquet, toda empapada, por haberse obstinado en beber, y que se secaba todavía su cara de monstruo...

Y mientras cada cual tornaba a ocupar su lugar y se llenaba otra vez el vagón, María escuchaba a su padre, que volvía encantado de su paseo al otro extremo de la estación, hasta la caseta del guardagujas, desde donde se contemplaba un paisaje verdaderamente agradable.

—¿Quiere usted que la acostemos enseguida? —interrogó Pedro, desolado ante el angustioso rostro de la enferma.

—¡Oh, no! —dijo ella—. De sobra hay tiempo para oír el retumbar de esas ruedas en mi cabeza. Es como si me machacaran los huesos.

Sor Jacinta acababa de suplicar a Ferrand que volviese a examinar al hombre de los ataques, antes de retornar al furgón de la cantina. Aún esperaba

al padre Massias, sin explicarse aquel retraso incomprensible. No desesperaba del todo, pues sor Clara de los Ángeles no había regresado.

—Señor Ferrand, por favor, dígame usted si este desdichado está realmente en peligro inmediato.

De nuevo el joven médico miró, auscultó y palpó al enfermo. Hizo un gesto de desaliento, al mismo tiempo que contestaba en voz baja:

—Mi convicción es que no lo llevará usted vivo a Lourdes.

Todas las cabezas se alargaban con ansiedad. ¡Si al menos se supiera cómo se llamaba aquel hombre, de dónde venía, quién era! Pero aquel desgraciado desconocido, a quien no conseguían sacarle una palabra, iba a morir allí, en el vagón, sin que nadie pudiese poner su nombre sobre su cadáver.

A sor Jacinta se le ocurrió la idea de registrarlo. Dadas las circunstancias, verdaderamente no había ningún inconveniente en ello.

—Señor Ferrand, véale usted los bolsillos.

El médico registró al enfermo con precaución, y no encontró en sus bolsillos más que un rosario, un cuchillo y tres monedas de cinco céntimos. Nunca se supo nada más.

En aquel momento una voz anunció la llegada de sor Clara de los Ángeles y del padre Massias. Este último se había entretenido hablando con el cura de Santa Radegunda en la sala de espera. Una viva emoción se apoderó de todos, pareciendo por un instante que aún había salvación. Pero el tren iba a partir y los empleados cerraban ya las portezuelas. Era, pues, necesario aplicar la extremaunción a toda prisa si no se quería causar un retraso considerable.

—¡Por aquí, reverendo padre! —gritaba sor Jacinta—. ¡Sí, suba usted! Aquí está nuestro infeliz enfermo.

El padre Massias, cinco años mayor que Pedro, que lo había tenido, sin embargo, de condiscípulo en el seminario, era alto, delgado, con cara de asceta, barba clara y ojos brillantes. No era el cura consumido por la duda, ni el sacerdote de fe de niño, sino un apóstol apasionado y dispuesto siempre a luchar y a vencer por la pura gloria de la Virgen. Bajo su esclavina, con una gran capucha y su afelpado sombrero de anchas alas, resplandecía con el continuo ardor del combate.

Inmediatamente sacó del bolsillo la caja de plata de los santos óleos, empezando la ceremonia, en medio de los últimos golpes de las portezuelas y el correr de los peregrinos rezagados, mientras el jefe de la estación, muy inquieto, consultaba el reloj, comprendiendo que le sería forzoso conceder algunos minutos de gracia.

—*Credo in unum Deum...* —murmuró con energía el cura.

—*Amén* —contestaron sor Jacinta y todo el vagón.

Los que podían se arrodillaban en los bancos. Los demás unían las manos y multiplicaban los signos de la cruz. Y cuando, al balbuceo de las oraciones, sucedieron las letanías del ritual, se elevaron las voces y con los Kyrie eleison ascendió un ardiente deseo por la remisión de los pecados y por la curación física y espiritual de aquel hombre; para que toda su vida, ignorada por todos, le fuese perdonada y para que entrase triunfante en el reino de Dios.

—*Christi, exaudí nos.*

—*Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix.*

El padre Massias había sacado la aguja de plata en cuya punta temblaba una gota del santo óleo. No podía pensar de ningún modo, en medio de aquel tumulto y ante la expectativa de todo el tren detenido, en el que las gentes, sorprendidas, asomaban la cabeza por las portezuelas, en hacer las unciones de costumbre en los diversos órganos de los sentidos, puertas por donde penetra el mal. Como la regla le autorizaba, en caso de urgencia, contentose con una sola unción; y la hizo en la boca, en aquella boca lívida y entreabierta de la que se exhalaba apenas un imperceptible soplo de vida, mientras la cara, con los ojos cerrados, parecía ya borrosa y vuelta al polvo de la tierra.

—*Per istam sanctam unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per visum, auditum, odoratum, gustum, tactum, deliquisti.*

El resto de la ceremonia se perdió en medio de la confusión y el aturdimiento de la partida. El cura apenas si tuvo tiempo de secar la gotita con la muñequilla de algodón en rama que sor Jacinta tenía preparada, pues debió salir del vagón y volver precipitadamente al suyo, arreglando la caja de los santos óleos mientras los presentes terminaban la oración postrera.

—¡No podemos prolongar la demora! ¡No es posible! —exclamaba el jefe de estación, fuera de sí—. ¡Vamos, vamos, dense prisa!

Por fin iban a ponerse de nuevo en marcha. Todo el mundo volvió a sentarse, acomodándose lo mejor posible en su rincón. La señora de Jonquière, a quien seguía preocupando el estado de la Grivotte, había cambiado de sitio y aproximándose a ella, frente al señor Sabbathier, que esperaba resignado y silencioso. Sor Jacinta no había vuelto a su compartimiento, resuelta como estaba a permanecer junto a aquel hombre para velarle y asistirle; tanto más cuanto que allí tenía también a su alcance al hermano Isidoro, cuya crisis no sabía Marta cómo aliviar. María, palideciendo, sentía ya en todo su cuerpo las sacudidas del tren, aun antes de

que éste reanudase su carrera bajo el sol de plomo, remolcando su carga de enfermos, en la sofocación y el enrarecimiento de los vagones recalentados.

Sonó un enérgico silbato y la locomotora dio un resoplido. Sor Jacinta se levantó para decir:

—¡Hijos míos, el *Magnificat*!

## IV

**A**l ponerse el tren en marcha, volvió a abrirse la portezuela, y un empleado empujó a una muchacha de catorce años dentro del compartimiento en que iban Pedro y María.

—¡Oiga! ¡Allí hay un sitio! ¡Apresúrese!

Todos estiraban la cara e iban a protestar, cuando sor Jacinta exclamó:

—¡Cómo! ¿Es usted, Sofía? ¿Vuelve usted a ver a la Santísima Virgen, que la curó el año pasado?

Y al mismo tiempo la señora de Jonquière decía:

—¡Hola, Sofía! ¡Hace usted muy bien en mostrarse agradecida!

—Sí, hermana; sí, señora —contestó graciosamente la muchacha.

La portezuela se había vuelto a cerrar, y era forzoso admitir aquella nueva peregrina caída del cielo en el momento de partir el convoy, que casi la deja en tierra. Era flaca, y por tanto no ocuparía mucho sitio. Además, aquellas señoras la conocían. Todas las miradas de los enfermos se dirigieron hacia ella al oír que la Virgen la había curado. Pero habían salido de la estación, la máquina resoplaba en medio del ruido creciente de la marcha, y sor Jacinta repitió, dando algunas palmadas:

—¡A ver, a ver hijos míos, el *Magnificat*!

Mientras ascendía aquel canto de júbilo entre el bamboleo y el estrépito del vagón, Pedro miraba a Sofía. Su aspecto denunciaba a la legua que era hija de granjeros pobres de las inmediaciones de Poitiers; sus padres la mimaban y trataban como a una señorita, desde que había sido objeto de un milagro, como elegida a quien acudían a ver los curas de la región. Llevaba un sombrero de paja con cintas de color rosa y un vestido de lana gris adornado con un volante. Su cara redonda no era linda, pero sí agradable, muy fresca, iluminada por unos ojos claros y despiertos que le daban un aire risueño y humilde.

En cuanto se terminó el *Magnificat*, Pedro no pudo resistir al deseo de interrogar a Sofía. Una muchacha de aquella edad, de tan cándida apariencia y sin facha de mentirosa, le interesaba vivamente.

—¿De modo, hija mía, que casi pierde usted el tren?

—¡Oh, señor abate, qué contratiempo hubiera sido para mí! Y eso que desde las doce estaba yo en la estación. Pero vi al cura de Santa Radegunda, que me conoce bien, y me llamó para darme un abrazo, diciéndome que yo



daba prueba de ser una buena niña al volver a Lourdes. Mientras tanto, el tren se ponía en marcha. ¡Oh, cuánto he corrido!

Y reía, un poco sofocada todavía, como si estuviera arrepentida de haber estado a punto de cometer una falta por aturdimiento.

—¿Cómo se llama usted, hija mía?

—Sofía Couteau, señor abate.

—¿Es usted del mismo Poitiers?

—No, por cierto. Somos de Vivonne, a siete kilómetros. Mis padres poseen algunos bienes, y no lo pasaríamos del todo mal si no fuésemos ocho hijos en casa. Yo soy la quinta. Menos mal que los cuatro primeros empiezan a trabajar.

—¿Y qué hace usted, hija mía?

—¡Oh, yo, señor abate, no sirvo para gran cosa! Desde el año pasado, en que volví curada, no me han dejado un día tranquila, porque, como usted comprenderá, la gente venía a verme, y luego me han llevado al palacio del señor obispo, y después a los conventos y a todas partes. Antes de todo esto estuve mucho tiempo enferma; no podía andar más que con bastón, y a cada paso daba gritos, tanto me dolía el pie.

—¿Entonces fue ese mal del pie lo que le curó la Virgen?

Sofía no tuvo tiempo de contestar, porque sor Jacinta, que escuchaba, intervino diciendo:

—La curó de una caries de los huesos del talón izquierdo, que padecía desde hacía tres años. El pie lo tenía hinchado, deformado, con fístulas que supuraban continuamente.

Al momento, todos los enfermos que había en el vagón empezaron a interesarse. No apartaban los ojos de la muchacha del milagro, buscando en ella el prodigio. Los que podían ponerse en pie se levantaban para verla mejor, y los demás, los inválidos tendidos en sus colchones, trataban de incorporarse y volver la cabeza. En medio del sufrimiento que experimentaban de nuevo a la salida de Poitiers, atemorizados por las quince horas que aún tenían que rodar, la repentina aparición de aquella niña elegida del cielo era como un consuelo divino, rayo de esperanza que les daría fuerzas para llegar hasta el término del viaje. Ya las quejas disminuían un poco y todos los rostros se tendían ansiosamente en la ardiente necesidad de creer.

Sobre todo, María, reanimada e incorporada a medias, uniendo sus manos temblorosas, suplicaba dulcemente a Pedro:

—Por favor, pregúntele usted y ruéguele que nos lo cuente todo. ¡Curada, Dios mío, curada de un mal tan horrible!

La señora de Jonquière, emocionada, se inclinó para besar a la niña por encima del tabique.

—Naturalmente que va a decirnos todo nuestra amiguita. ¿Verdad, preciosa, que va a contarnos lo que por usted hizo la Virgen?

—¡Oh, sí, señora! Todo lo que ustedes quieran.

Sonreía humildemente, mientras sus ojos brillaban de inteligencia. Quiso empezar enseguida, levantando su mano derecha, en un ademán gracioso, como si reclamara la atención de los circunstantes. Evidentemente, había adquirido ya la costumbre de hablar en público.

Pero como no podían verla bien desde todos los asientos del vagón, sor Jacinta tuvo una idea:

—Suba usted al asiento, Sofía, y hable fuerte para dominar el ruido.

Esto le hizo gracia, y tuvo que esforzarse para recobrar la seriedad y empezar.

—Decía, pues, que mi pie estaba perdido; ni siquiera podía ir a la iglesia, y tenía que llevarlo siempre envuelto en trapos, porque constantemente supuraba cosas repugnantes. El doctor Rivoire, que me había dado un corte para verlo por dentro, decía que se vería obligado a sacar un pedazo de hueso, lo que seguramente me hubiera dejado coja. Entonces, después de haber rogado mucho a la Santísima Virgen, metí el pie en el agua de Lourdes, con tanto deseo de curar, que ni siquiera me preocupé de quitarme los trapos. Todo se quedó en el agua, pues cuando saqué el pie ya no tenía absolutamente nada.

Un murmullo de sorpresa, asombro y deseo se produjo en el vagón al oír aquel prodigioso cuento, tan grato para los desesperados. Pero la niña no había concluido. Luego de una pausa, prosiguió con un nuevo ademán, abriendo un poco los brazos:

—En Vivonne, cuando el doctor Rivoire volvió a ver mi pie, dijo: «Que la haya curado Dios o que la haya curado el diablo, me es igual; el hecho es que está curada».

Esta vez se echó a reír todo el mundo. Sofía declamaba demasiado, pues tantas veces había repetido su historia que se la sabía de memoria. La frase del médico era de efecto seguro, hasta el punto de que ella misma se reía de antemano, sabiendo que iban a reírse los demás. Y seguía mostrándose tan ingenua como conmovedora.

Sin embargo, debía de haber olvidado un detalle, porque sor Jacinta, que había anunciado la frase del doctor con una mirada al auditorio, le apuntó con voz queda:

—Sofía, ¿y lo que le dijo usted a la señora condesa, directora de su sala?

—¡Ah, sí! Como no había llevado muchos trapos para mi pie, le dije: «La Santísima Virgen me ha hecho un gran favor al curarme el primer día, porque al día siguiente mi provisión de trapos estaría agotada».

Nuevamente regocijaronse todos. ¡Encontraban tan divertido el hecho de haber sido curada de aquella manera! Respondiendo a una pregunta de la señora de Jonquière, tuvo que contar la historia de las botinas, unas botinas preciosas y nuevas que le regaló la condesa, y con las cuales, loca de alegría, había corrido, brincado y bailado después del milagro. Imagínense ustedes: ¡con botinas, ella, que hacía más de tres años que no podía ponerse ni una chinela!

Invadido por un sordo malestar, Pedro, muy grave y pálido, seguía interrogándola. Le dirigió otras preguntas. Seguramente no mentía la muchacha. Pero él sospechaba en ella una lenta deformación de la verdad, un embellecimiento muy explicable, dada su alegría de verse sana y convertida en una personita importante. ¿Quién sabía ahora si la pretendida cicatrización instantánea y completa, en pocos segundos, había tardado días en efectuarse? ¿Dónde estaban los testigos?

—Yo estaba allí —repuso precisamente la señora de Jonquière—. No era de mi sala, pero aquella misma mañana la había encontrado cojeando.

Pedro le interrumpió vivamente:

—¡Ah! ¿Usted vio su pie antes y después de la inmersión?

—¡No, no! No creo que nadie haya podido verlo, porque lo llevaba envuelto en compresas. Ella misma le ha dicho a usted que las vendas se le cayeron en la piscina.

Y volviéndose a la niña, añadió:

—Pero le va a mostrar usted el pie, ¿verdad, Sofía? Sáquese el zapato.

Ésta se descalzaba ya y se quitaba la media, con una prontitud y una desenvoltura que denotaban lo acostumbrada que estaba a hacerlo. Alargó su pie, muy limpio y muy blanco, hasta cuidado, con las uñas de color de rosa cortadas con gran esmero, y lo hizo girar con graciosa complacencia para que el sacerdote pudiese examinarlo cómodamente. Debajo del tobillo tenía una gran cicatriz, cuya sutura blanquecina, muy notable, atestiguaba la gravedad del mal.

—Agarre usted el talón, señor abate, y apriételo con todas sus fuerzas. Ya no siento ningún dolor.

Pedro gesticuló, como si le satisficiera el poder de la Santísima Virgen. Permanecía inquieto en la duda. ¿Qué fuerza ignorada había intervenido? O,

mejor, ¿qué falso diagnóstico del médico, qué concurso de errores y exageraciones había dado lugar a aquella hermosa fábula?

Todos los enfermos querían ver el milagroso pie, aquella prueba visible de la terapéutica divina, que todos iban a buscar. María fue la primera que lo tocó, incorporada en su lecho, sufriendo ya menos. Luego, la señora de Maze, despojada de su melancolía, lo pasó a la señora de Vincent, que lo hubiera besado, por la esperanza que hacía nacer en ella. El señor Sabbathier lo había escuchado todo, con evidente beatitud. La señora de Vêtu, la Grivotte y el mismo hermano Isidoro abrían los ojos, interesadísimos. La cara de Elisa Rouquet había cobrado una expresión extraordinaria, transfigurada por la fe, y estaba casi bella. Viendo la llaga desaparecida de ese modo, ya se veía, sin duda, con la suya cerrada, sin más que una ligera cicatriz en el rostro, vuelto a la normalidad. Sofía, siempre de pie, tenía que asirse a una de las perchas de hierro y poner su pie en el borde del respaldo, ya a la derecha, ya a la izquierda, sin descansar, contenta y orgullosa de las exclamaciones que oía, de la admiración vivísima y del respeto casi religioso con que miraban aquella pequeña extremidad de su persona, aquel piececito que parecía sagrado.

—Se necesita, sin duda, una gran fe —comentó María en voz alta—. Hay que tener un alma inmaculada.

Y, dirigiéndose al señor de Guersaint, añadió:

—Papá, tengo la seguridad de que me curaría si tuviera sólo diez años, es decir, si tuviese el alma de una niña.

—¡Pero si tienes diez años, hija mía! ¿No es verdad, Pedro, que las niñas de diez años no tienen un alma más pura que ella?

El señor de Guersaint, con su espíritu quimérico, adoraba las historias de milagros. El sacerdote, hondamente emocionado por la ardiente pureza de la muchacha, no trató de discutir y dejó que se entregase enteramente al soplo de la consoladora ilusión que pasaba.

Desde la salida de Poitiers, el tiempo se había vuelto aún más pesado; ascendía una tempestad por el cielo cobrizo y parecía que el tren rodara por entre una hoguera. Las aldeas desfilaban, tristes y desiertas, bajo aquel sol abrasador. En Couhé Verac se rezó de nuevo y se entonó un cántico. Pero los ejercicios piadosos no eran ya tan fervientes. Sor Jacinta, que no había podido almorzar, púsose a comer rápidamente un panecillo con frutas, sin dejar de cuidar a aquel hombre, cuya penosa respiración parecía haberse vuelto más regular desde hacía un instante. Hasta llegar a Ruffec, a las tres, no se recitaron las vísperas de la Santísima Virgen.

—*Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix.*

—*Ut digni efficiamur promissionibus Christi.*

Al finalizar, el señor Sabathier, que había estado mirando a Sofía mientras volvía a ponerse la media y el zapato, dijo al señor de Guersaint:

—El caso de esa niña es, sin duda, interesante. Pero no es nada, caballero, comparado con otros muchos más sorprendentes. ¿Conoce usted el caso de Pedro de Rudder, obrero belga?

Todo el mundo se dispuso a escuchar el relato.

—El hombre de mi historia se fracturó una pierna al caerse de un árbol. Ocho años después no se le habían soldado todavía los fragmentos del hueso y se veían las dos extremidades en el fondo de una llaga que supuraba continuamente, y la pierna colgaba, flácida, moviéndose en todos sentidos. Pues bien, le bastó beber un vaso del agua milagrosa para que su pierna quedase reconstituida al instante y pudiera marcharse sin muletas. El médico se lo dijo claro: «Su pierna es como la de un niño recién nacido». Exactamente: ¡era una pierna nueva!

Nadie habló; únicamente hubo un cambio de miradas extasiadas.

—Es —continuó el señor Sabathier— como el caso de Luis Bouriette, cantero en quien se dio uno de los primeros milagros de Lourdes. ¿Lo conoce usted? Había resultado herido por la explosión de un barreno. Tenía el ojo derecho completamente perdido y corría el riesgo de perder el izquierdo. Un día envió a su hija en busca de una botella del agua fangosa de la fuente, que brotaba apenas. Orando fervorosamente, lavó sus ojos con aquel líquido cenagoso. De pronto, dio un grito. Ya veía. Sí, señor, veía tan bien como usted y como yo. El médico que lo asistía escribió un detalle circunstanciado del caso, que no deja lugar a dudas.

—¡Es maravilloso! —murmuró el señor de Guersaint, entusiasmado.

—¿Quiere que le cite otro ejemplo, caballero? Es muy conocido: me refiero a Francisco Macary, el carpintero de Lavaur. Hacía dieciocho años que tenía en la parte interna de la pierna izquierda una profunda úlcera varicosa, con infarto considerable de los tejidos. No podía moverse ya y la ciencia lo había condenado a invalidez completa, cuando he aquí que se encerró una noche con una botella de agua de Lourdes. Se quitó el vendaje, se lavó las piernas y se bebió el resto de la botella. Luego se acostó y se durmió. Al despertar, se palpa, se mira...; asómbrese usted; las varices, las úlceras, todo había desaparecido. La piel de la rodilla, señor, volvía a estar tan lisa y tan fresca como cuando Macary tenía veinte años.

Esta vez hubo una explosión de sorpresa y admiración. Enfermos y peregrinos entraban de lleno en el encantado país del milagro, donde lo

imposible se realiza a la vuelta de cada esquina, donde se anda de prodigio en prodigio. Cada cual tenía su historia que contar, deseoso de aducir una nueva prueba, de apoyar su fe y su esperanza en un ejemplo.

La silenciosa señora de Maze, en un arranque de entusiasmo, fue la primera en hablar.

—Yo tengo una amiga que ha conocido a la viuda de Rizan —dijo—, aquella señora cuya curación hizo también tanto ruido. Hacía veinticuatro años que estaba parálitica del lado izquierdo. Devolvía cuanto comía, y era como una masa inerte que vivía en la cama, a tal punto que el roce de las sábanas le había escoriado la piel. Una noche, el médico anunció que moriría antes de amanecer. Dos horas después salió de su sopor, pidiendo con voz débil a su hija que fuese a buscarle un vaso de agua de Lourdes a casa de una vecina. Pero hasta la mañana siguiente no pudo conseguir aquel vaso de agua. Entonces exclamó: «¡Oh, hija mía! ¡Lo que bebo es la vida! ¡Lávame la cara, el brazo, la pierna, todo el cuerpo!». Y a medida que la niña le lavaba veía disminuir la enorme tumefacción, y los miembros paráliticos recobraban su agilidad y su aspecto natural. Pero esto no es todo: la señora de Rizan gritaba que estaba curada, que tenía apetito, que quería carne y pan, siendo así que hacía veinticuatro años que no los había comido. Se levantó y se vistió, además, mientras su hija contestaba a las vecinas, que la creían huérfana al verla tan agitada: «¡No, no, mamá no ha muerto, sino que ha resucitado!».

Los ojos de la señora de Vincent se llenaron de lágrimas. ¡Dios mío! ¡Si pudiese ver a Rosita levantarse de aquel modo, comer con apetito y correr! Le acudió a la memoria otro caso, que le habían contado en París y que había contribuido mucho a que tomase la decisión de llevar a su hija a Lourdes.

—Yo también conozco —dijo— la historia de una parálitica, Lucía Druon, pensionista de un orfanato, muy joven todavía, que ni siquiera podía arrodillarse. Sus miembros se habían arqueado y parecían arcos. Su pierna derecha, más corta, había concluido por arrollarse alrededor de la izquierda. Cuando alguna de sus compañeras la llevaba, veíanse sus pies balanceándose por el aire, como muertos... Fíjense ustedes que no fue a Lourdes. Hizo simplemente una novena; pero ayunó durante los nueve días, y su deseo de curar era tan grande que se pasaba las noches rezando. Por fin, al noveno día, al beber un poco de agua de Lourdes, sintió en las piernas una violenta sacudida. Se levantó, cayó, se volvió a levantar y anduvo. Todas sus condiscípulas, admiradas y casi asustadas, exclamaban: «¡Lucía anda! ¡Lucía anda!». Y era cierto, pues en pocos minutos sus piernas se habían vuelto derechas, sanas y fuertes. Atravesó el patio y pudo subir a la capilla, donde

toda la comunidad, enloquecida de gozo y agradecimiento, cantó el *Magnificat*. ¡Oh, qué alegría tan grande la que experimentarían aquella niña!

Nuevamente silenciosas lágrimas surcaron sus mejillas, hasta caer en el pálido rostro de su hija, al que cubrió de arrebatados besos.

El interés seguía aumentando, y el intenso placer que causaban aquellos hermosos cuentos, donde a cada paso el cielo triunfaba sobre las realidades humanas, exaltaba a esas almas infantiles de tal manera que los más enfermos se reanimaban y recobraban mayores esperanzas. Detrás del relato de cada uno había la inquietud de su mal, el ardiente deseo de curar, ya que una enfermedad análoga había desaparecido como una pesadilla al soplo divino.

—¡Ah! —balbuceó la señora de Vêtu, con la boca pastosa a causa de sus padecimientos—. Había una tal Antonia Thardivail que tenía el estómago a morir, como yo. Hubiérase dicho que los perros se lo comían, y a veces abultaba más que la cabeza de un niño. Crecían en él tumores del tamaño de huevos de gallina, y durante ocho meses estuvo vomitando sangre. Con la piel pegada a los huesos, se moría de hambre, cuando bebió el agua de Lourdes y se hizo con ella un lavado de estómago. Tres minutos después, su médico, que la víspera la había dejado en la agonía, sin aliento, la encontró levantada y sentada junto al fuego, comiendo con apetito un ala de pollo tierno. Los tumores habían desaparecido; reía como a los veinte años, y su rostro acababa de recobrar el brillo de la juventud. ¡Oh, comer lo que se quiere, volverse joven, dejar de sufrir!

—¿Y la curación de sor Juliana? —exclamó la Grivotte, que se incorporaba apoyándose sobre el codo, con los ojos encendidos de fiebre—. Su enfermedad empezó con un romadizo, como la mía; luego estuvo escupiendo sangre. Cada seis meses recaía, viéndose obligada a guardar cama nuevamente. La última vez se veía claramente que no volvería a levantarse. Fueron inútiles todos los remedios que se probaron: yodo, vejigatorios, botones de fuego. En fin, una tísica declarada, reconocida como tal por siete médicos. Pero vino a Lourdes. ¡Y únicamente Dios sabe los sufrimientos que le costó el viaje! En Tolosa creyeron que se moría. En la piscina, las damas hospitalarias no querían bañarla. Era un cadáver... No obstante, la desnudaron y la metieron en el agua, sin sentido y cubierta de sudor. La sacaron tan pálida que la tendieron en el suelo, pensando que se había muerto de veras. De pronto, sus mejillas se colorearon, sus ojos se abrieron y respiró fuertemente. ¡Estaba curada! Se vistió sola y comió perfectamente, después de haber ido a la gruta a dar las gracias a la Santísima Virgen. ¿Qué les

parece? Que no duden, porque ésa sí que estaba tísica y bien tísica. ¡Y, sin embargo, curó radicalmente!

Entonces el hermano Isidoro quiso hablar, pero no pudo. Contentose con decir penosamente a su hermana:

—Marta, cuenta la historia de sor Dorotea, que nos refirió el cura de Saint Sauveur.

—Sor Dorotea —comenzó diciendo torpemente la campesina— se levantó una mañana con una pierna adormecida, y a partir de aquel momento perdió la pierna, que se le puso fría y pesada como una piedra. Además, sentía un gran dolor en la espalda. Los médicos no entendían ni jota. Se hizo ver por una media docena de ellos que le metían agujas en la carne y le quemaban la piel con una serie de drogas. Pero ¡como si nada! Sor Dorotea comprendió que sólo en la Virgen encontraría remedio. Y partió a Lourdes, donde se hizo meter en la piscina. Al principio creyó que se moría, de tan fría que estaba el agua. Pero luego le pareció que el agua estaba tibia y deliciosa como la leche. Nunca había sentido nada tan agradable: sus venas se abrían y el agua penetraba en ellas. ¿Se dan cuenta ustedes? Era que la vida se le volvía a meter en el cuerpo desde el momento en que la Virgen había resuelto intervenir. Ya no sentía la menor molestia; se paseó, comió un pichón entero por la tarde y durmió toda la noche como una bienaventurada. ¡Alabada sea la Virgen Santísima! ¡Gratitud eterna a la Madre poderosa y a su Divino Hijo!

Elisa Rouquet hubiera querido contar también un milagro que sabía. Pero hablaba tan mal, con su boca deforme, que aún no había podido entrar en turno. Hubo un pequeño silencio, que aprovechó, apartando un poco el pañuelo que ocultaba el horror de su llaga.

—¡Ay, a mí —dijo— me contaron una cosa que no es de enfermedad grave, pero sí muy extraña! Se trata de una mujer, Celestina Dubois, que se había clavado una aguja en la mano enjabonando ropa. La tuvo metida durante siete años, sin que se la pudiese sacar ningún médico. No podía abrir la mano, pues se le había contraído. Fue a Lourdes, metió la mano en la piscina, pero la retiró inmediatamente dando gritos. La volvieron a meter a la fuerza en el agua, sujetándola, mientras sollozaba a gritos, con la cara bañada en sudor. Tres veces repitieron la operación, y cada vez se veía correr la aguja, que salió al fin por la punta del dedo pulgar. Naturalmente, ella gritaba porque la aguja le caminaba por la carne, como si alguien la empujase para sacarla... Jamás Celestina volvió a sufrir, y en su mano no ha quedado más que una pequeña cicatriz, con el único fin de mostrar la huella del prodigio obrado por la Santísima Virgen.



Esta anécdota produjo aún más efecto que los milagros de grandes curaciones. ¡Una aguja que corría como si alguien la empujase! Esto poblaba lo invisible, enseñaba a cada enfermo su ángel guardián detrás de sí, dispuesto a socorrerle por orden del cielo. Y luego, ¡qué hermosa y pueril era la historia de aquella aguja que salía al contacto del agua milagrosa, después de resistirse siete años! Todos prorrumpían, encantados, en exclamaciones de alegría, colmados de gozo al ver que para el cielo no había nada imposible, y que, a querer el cielo, todos estarían sanos, rejuvenecidos y fuertes. Bastaba creer y orar con fervor para que la naturaleza se viese confundida y se realizara lo increíble. Sin embargo, todo era cuestión de suerte, porque el cielo parece elegir.

—¡Oh, papá! ¡Qué hermoso es todo esto! —murmuró María, que había escuchado hasta entonces, reanimada por la pasión y muda de emoción—. ¿Te acuerdas de lo que me contaste tú mismo de aquella Joaquina Dehaut que, venida de Bélgica, había cruzado toda Francia con la pierna torcida, cubierta de úlceras, cuyo pestilente olor hacía retroceder a todo el mundo? Primero sanó de las úlceras, pues podían apretarle la rodilla sin que ella sintiera nada; sólo quedaba una pequeña mancha roja. Luego le llegó el turno a la luxación. En el agua, la enferma se quejó, pues decía que parecía que le rompían los huesos y le arrancaban la pierna; al mismo tiempo, ella y la mujer que la bañaba vieron que el pie deforme se enderezaba con la regularidad de una aguja girando sobre un cuadrante. La pierna se extendía, los músculos se alargaban, la rodilla volvía a ponerse en su sitio, en medio de un dolor tan intenso que Joaquina acabó por desmayarse. Pero, cuando volvió en sí, se irguió, derecha y ágil, y corrió a llevar sus muletas a la gruta.

El señor de Guersaint sonreía también de admiración, confirmando con la cabeza aquel relato, que le había contado un fraile de la Asunción. Hubiera podido narrar, según dijo, veinte casos parecidos, igualmente conmovedores y extraordinarios. Apelaba al testimonio de Pedro, quien, aunque no creía en esas cosas, se limitaba a menear la cabeza. Al principio, no queriendo afligir a María, procuró, desde luego, distraerse mirando por la ventanilla los campos, los árboles y las casas, que desfilaban vertiginosamente.

Acababan de pasar por Angulema. Las praderas se extendían y las hileras de álamos se alejaban, en el movimiento de abanico de la velocidad. Debían de llevar retraso, porque el tren, lanzado a todo vapor, rugía bajo la tormenta a través del aire abrasador, devorando los kilómetros. Pero Pedro, a pesar suyo, oía retazos de historia, concentrando de vez en cuando su atención en aquellas narraciones extravagantes, medidas por los recios barquinazos del vagón,

como si la locomotora, alocada y suelta, los condujese a todos al divino país de los sueños.

Y rodaban, rodaban sin cesar. Pedro dejó de mirar hacia afuera y fue abandonándose al ambiente pesado y soñoliento del vagón, donde crecía un éxtasis delicioso, lejos del mundo real que atravesaban en tan rápida carrera. El semblante reanimado de María le inundaba de gozo. Abandonole su mano, que la muchacha había tomado entre las suyas, para expresarle, con un apretón, toda la confianza que renacía en ella. ¿Para qué entristecerla con su duda, ya que tanto deseaba la curación? Conservaba, pues, con una ternura infinita aquella mano pequeña y húmeda de enferma, conmovido por un sentimiento de fraternidad tolerante y deseoso de creer en la piedad de las cosas, en una bondad superior que mitigaba el dolor de los desesperados.

—¡Oh, Pedro! —repetía ella—. ¡Qué hermoso es todo esto!

¡Y qué gloria si la Santísima Virgen quiere incomodarse por mí! ¿Cree usted que soy verdaderamente digna de ello?

—¿Y cómo dudarlo? —exclamó él—. Es usted la más buena y la más pura de las mujeres; un alma inmaculada, como dice su padre. No hay en el paraíso bastantes ángeles buenos para servirle de escolta.

Pero no habían concluido los relatos. Sor Jacinta y la señora de Jonquière contaban todos los milagros que sabían, toda la larga serie de los que durante treinta años habían florecido en Lourdes, como la florescencia ininterrumpida de las rosas en el rosal místico. Se contaban por millares, que cada año retoñaban con ímpetu de savia prodigiosa, cada vez más brillantes. Los enfermos que escuchaban aquellas maravillas con una fiebre creciente parecían niños que después de un bonito cuento de hadas piden otro, y otro, y otro. ¡Oh, más historias, más! Historias en que la maldad de la vida aparecía escarnecida, en que Dios interviene como el médico supremo, se mofa de la ciencia y distribuye la felicidad a su antojo...

Primeramente, fueron citados los sordos y los mudos que de pronto habían oído y hablado: Aurelia Bruneau, incurable, con el tímpano roto, que súbitamente se sintió transportada por los acordes celestiales de un armonio; Luisa Pourchet, muda desde hacía cuarenta y cinco años, que, rezando ante la gruta, exclamó de pronto: «¡Dios te salve, María!», y otras muchas que fueron radicalmente curadas con sólo haber vertido algunas gotas de agua en el oído o sobre la lengua. Después desfilaron los ciegos: el padre Hermann, que sintió la suave mano de la Santísima Virgen que le quitaba el velo que tenía sobre los ojos; la señorita de Pontbriand, amenazada de perder los dos ojos y que recuperó una vista mejor que la de antes, tras una sencilla oración; un

muchacho de doce años, cuyas córneas parecían bolitas de mármol y que en un instante adquirió unos ojos claros y profundos, en los que parecían sonreírse los ángeles.

Pero los que abundaban eran sobre todo los desgraciados con ambas piernas baldadas; los paralíticos que no podían moverse de su mísero lecho, y a quienes el Señor dijo: «Levántate y anda». Delaunoy, atáxico, cauterizado, quemado, colgado, con quince entradas en los hospitales de París, de donde traía los diagnósticos coincidentes de doce médicos, sintió una fuerza que le levantaba al paso del Santísimo Sacramento, al que se puso a seguir con las piernas sanas. María Luisa Delpon, de catorce años, con una parálisis que le había dejado las piernas rígidas, agarrotadas las manos y desviada la boca, vio desligarse sus miembros y desaparecer la desviación bucal, como si una mano invisible cortase las horribles ligaduras que la deformaban. María Vachiert, clavada durante dieciocho años en un sillón por una paraplejía, no solamente corrió y voló al salir de la piscina, sino que ni siquiera descubría el menor rastro de las llagas con que su larga inmovilidad le había cubierto el cuerpo. Jorge Hanquet, atacado de reblandecimiento de la medula, con una insensibilidad absoluta, había pasado casi sin transición de la agonía a la salud perfecta. Leonie Charton, otra reblandecida de la medula, con sus vértebras notablemente arqueadas, sintió fundirse su joroba como por encanto, al mismo tiempo que sus piernas se enderezaban flamantes y vigorosas.

Luego siguieron toda clase de males. En primer término, los accidentes de la escrófula, también con piernas tullidas y reanimadas al momento. Margarita Gehier, enferma de una coxalgia hacía veintisiete años, con la cadera inutilizada por el mal y con la rodilla derecha anquilosada, cayó repentinamente de hinojos para dar las gracias a la Virgen por su curación. Filomena Simonneau, joven de la Vendée, con la pierna izquierda agujereada por tres llagas horribles, en cuyo fondo los huesos cariados, al descubierto, soltaban esquiras, vio cómo se le reconstituían los huesos, la carne y la piel.

Vinieron después los hidróticos; la señora de Ancelin, cuyos pies, manos y cuerpo se deshidrataron sin que pudiera saberse dónde se había metido tanta agua; la señorita Montagnon, a quien en diversas ocasiones le habían sacado veintidós litros de agua, y que, de nuevo hinchada, se deshinchó con la simple aplicación de una compresa empapada en el agua de la fuente milagrosa, sin que encontraran nada ni en la cama ni en el piso.

De la misma forma, no había enfermedad del estómago que resistiese, pues todas desaparecían al primer vaso. María Souchet, que vomitaba sangre negra y era flaca como un esqueleto, se puso a comer y recobró en dos días su

aspecto normal. María Jarland, que se había quemado el estómago al beberse por equivocación un vaso de agua tóxica, notó cómo se le deshacía el tumor que se le produjo a consecuencia de ello. Y así, en la piscina, desaparecían los más grandes tumores sin dejar la menor huella.

Pero lo que más llamaba la atención eran las úlceras, los cánceres, todas las horribles llagas visibles, cicatrizadas por un soplo venido de lo alto. Un judío, actor cómico, con la mano roída por una úlcera, no tuvo más que mojarla para curarse. Un joven extranjero, inmensamente rico, que tenía en la muñeca derecha un lobanillo del tamaño de un huevo de gallina, lo vio disolverse. Rosa Duval, que a consecuencia de un tumor blanco tenía en el codo izquierdo un agujero donde cabía una nuez, pudo observar el rápido crecimiento de la carne que colmaba aquel hoyo. La viuda de Fromond, cuyo labio estaba medio destruido por un cáncer, no tuvo más que lavárselo, y no le quedó ni siquiera una cicatriz. María Moreau, que sufría horriblemente a causa de un cáncer en el pecho, durmiese luego de haberse aplicado un paño mojado en agua de Lourdes, y cuando dos horas después abrió los ojos, el dolor había cesado y tenía limpia la carne, fresca como una rosa.

Finalmente sor Jacinta tocó el tema de las curaciones inmediatas y radicales de la tisis, cosa verdaderamente estupenda, pues los incrédulos desafiaban a la Virgen para que curase aquella terrible dolencia, que causaba tantos estragos entre los humanos, y la Virgen la curaba, decíase, con sólo mover el dedo meñique. Podían citarse cien casos, a cual más notable por lo extraordinario y portentoso. Margarita Coupel, tísica hacía tres años, con el vértice de los pulmones enteramente comido, se levantó y echó a andar rebosante de salud. La señora de la Rivière, que expectoraba sangre, se hallaba continuamente cubierta de un sudor frío y tenía las uñas moradas como si fuera a exhalar el último suspiro, sólo necesitó sorber una cucharada de agua, vertida entre sus dientes, para que el estertor desapareciera, y ella, sentándose, respondiera a las letanías y pidiera caldo. Julia Jadot necesitó, en cambio, cuatro cucharadas; pero era porque no se le podía sostener la cabeza, pues tenía, además, una constitución tan delicada que la enfermedad parecía haberla liquidado, a pesar de lo cual en pocos días engordó después notablemente. Ana Catry, que se hallaba en el último grado, y con el pulmón izquierdo medio destruido por una enorme caverna, se metió cinco veces en el agua fría, desafiando toda prudencia, y recuperó la salud. Otra, una joven enferma del pecho condenada por quince médicos, se arrodilló sencillamente, sin intención de pedir nada, en la gruta, y quedó sorprendida al verse curada,

como quien dice por azar, seguramente a la hora en que la Santísima Virgen, compadecida, deja caer el milagro de sus manos invisibles.

¡Milagros, más milagros! Llovían como flores de ensueño en un cielo límpido y suave. Los había conmovedores; los había infantiles. Una anciana que no podía mover la mano hacía treinta años, por tenerla anquilosada, se lava, y hace enseguida la señal de la cruz. La hermana Sofía, que ladraba como una perra, se sumerge en la piscina y sale con la voz pura, entonando un cántico. A Mustafá, un turco, le bastó invocar a la blanca Señora para recobrar el ojo derecho aplicándose una compresa. Un oficial de zuavos fue protegido en Sedán, y un coracero de Reichshoffen habría muerto de un balazo en el corazón si la bala, que le había atravesado la cartera, no se hubiera detenido delante de una estampa de Nuestra Señora de Lourdes.

Los niños, los niños doloridos, también encontraban gracia. Un chiquillo de cinco años, parálítico, al que tuvieron desnudo durante cinco minutos bajo el chorro helado de la fuente, se levantó y echó a andar; otro, de quince años, que no hacía más que gruñir en la cama como un animal, se lanzó fuera de la piscina gritando que estaba curado; otro, pequeñuelo de dos años que no andaba aún, permaneció un cuarto de hora en el agua fría, y luego, erguido y sonriente, dio sus primeros pasos como un hombre hecho y derecho.

En todos, tanto en los pequeños como en los mayores, los dolores eran vivos mientras se operaba el milagro, porque la labor de reparación no podía hacerse sin un extraordinario sacudimiento de toda la máquina humana: los huesos se regeneraban, la carne volvía a vigorizarse y la enfermedad expulsada escapaba en una última convulsión. Pero ¡qué bienestar después! Los médicos no daban crédito a sus ojos, y su asombro estallaba a cada curación al ver que sus enfermos corrían, saltaban y comían con un apetito insaciable. Todos aquellos elegidos caminaban tres kilómetros, se despachaban un pollo y dormían doce horas a pierna suelta. No había convalecencia de ninguna clase, pues de la agonía se daba un salto brusco a la salud perfecta: los miembros se renovaban por completo, las llagas se cerraban, los órganos se restablecían en su integridad y retornaba la buena apariencia, todo ello en un santiamén. La ciencia era escarnecida, pues ni tan siquiera se tomaban las precauciones más elementales, ya que las mujeres se bañaban en todas las épocas del mes, los tísicos eran introducidos sudando en el agua fría y las llagas quedaban libradas a su putrefacción, sin ningún cuidado antiséptico. Luego, a cada milagro, ¡qué cántico de alegría, qué grito de gratitud y amor! El elegido se postraba de rodillas, todo el mundo lloraba, tenían lugar conversiones; protestantes y judíos abrazaban al catolicismo: eran

otros tantos milagros de la fe con que triunfa el cielo. Los habitantes del pueblo del elegido iban en masa a esperarle al camino, mientras las campanas eran echadas a vuelo; y cuando le veían saltar ágilmente del carruaje, sonaban gritos y sollozos de júbilo y se entonaba el *Magnificat*. ¡Gloria a la Santísima Virgen! ¡Gratitud y cariño eternos a la Madre de Dios!

Lo que se desprendía de todas estas esperanzas colmadas, de todas estas fervientes acciones de gracias, era el agradecimiento a la Madre purísima, a la Madre admirable. Era Ella la gran pasión de todas las almas, la Virgen poderosa, la Virgen clemente, Espejo de justicia, Trono de la sabiduría.

Todas las manos se tendían hacia ella, Rosa mística en la sombra de las capillas. Torre de marfil en el horizonte del ensueño, Puerta del cielo abierta sobre el infinito. Brillaba en la aurora de cada día, clara estrella de la mañana, alegría de la esperanza nueva. ¿Y no era también la salud de los enfermos, el refugio de los pecadores, el consuelo de los afligidos? Francia había sido siempre su país predilecto; en él se le rendía culto fervoroso, el culto de la mujer y el de la madre, en una exaltación de ternura divina. Y era en Francia, sobre todo, en donde se complacía en aparecerse a las pastorcillas. ¡Era tan buena para con los niños! Continuamente cuidaba de ellos. A ella se dirigían todos porque sabían que era la intermediaria entre la tierra y el cielo. Todas las noches lloraba lágrimas de oro, a los pies de su Divino Hijo, impetrando gracias para los niños y el poder de hacer milagros. Y así surgía aquel jardín florido de milagros, olorosos como rosas del paraíso, tan prodigioso en su esplendor y en su perfume.

El tren rodaba, rodaba siempre. Acababa de cruzar por Coutras. Eran las seis. Sor Jacinta se levantó, golpeó las manos y repitió una vez más:

—¡El *Ángelus Domini*, hijos míos!

Nunca se había elevado aquella oración con una fe más viva ni más animada por el ansia de ser oída por el cielo. Entonces Pedro comprendió lúcidamente el origen verdadero de todas aquellas peregrinaciones, de todos aquellos trenes que acudían del mundo entero, de aquellas muchedumbres que iban a Lourdes, resplandeciente allá lejos, como la salud de los cuerpos y de las almas. Desde la mañana veía a todos aquellos desgraciados gimiendo de dolor y arrastrando sus míseros huesos entre las molestias del viaje. Todos estaban condenados, abandonados por la ciencia, cansados de consultar médicos y de someterse a la tortura de remedios inútiles. ¡Cómo se comprendía que, ardiendo en deseos de vivir, y no pudiendo resignarse a los rigores de la injusta e indiferente naturaleza, soñasen en un poder sobrenatural, en una divinidad omnipotente que acaso suspendiera en su favor

las leyes establecidas, cambiara el curso de los astros y enmendara su creación! Si la tierra les faltaba, ¿no les quedaba acaso Dios? La realidad era para ellos demasiado abominable; de ahí la inmensa necesidad de ilusión y de mentira que sentían.

¡Sí, sí! Necesitaban creer que en alguna parte hay un poder supremo y todopoderoso que corrige los errores visibles de los seres y de las cosas; necesitaban creer que hay un redentor que es el amo, que puede hacer remontar las aguas de los torrentes, dispensar consuelos, rejuvenecer a los ancianos y resucitar a los muertos. El infeliz que tiene el cuerpo llagado, los miembros retorcidos, el vientre hinchado de tumores o los pulmones destruidos, necesita pensar que eso no importa, que todo puede desaparecer y renacer a una señal de la Santísima Virgen, y que basta orar y conmoverla para obtener de ella la gracia de ser elegido. ¡Y qué manantial celeste de esperanzas cuando corría el caudal prodigioso de aquellas hermosas historias de curaciones milagrosas, de aquellos cuentos de hadas, que arrullaban y embriagaban la imaginación febril de los enfermos y de los inválidos!

Desde que la niña Sofía Couteau, con su blanco pie curado, había subido al vagón, abriendo el cielo ilimitado de lo divino y de lo sobrenatural, ¡cómo se comprendía el soplo de resurrección que pasaba, levantando poco a poco a los más desesperados en su lecho de miseria y haciendo brillar los ojos de todos, puesto que la vida era aún posible para ellos, que tal vez iban a recomenzarla!

Sí, era eso efectivamente. Si aquel tren doloroso rodaba, rodaba siempre; si aquel vagón iba lleno; si los demás vagones se hallaban también repletos; si tanto Francia como el resto del mundo, desde los puntos más remotos de la tierra, eran surcados por convoyes semejantes; si multitudes de trescientos mil creyentes arrastraban con ellas millares de enfermos en el curso de un solo año, era porque, allá lejos, la gruta irradiaba como un faro de esperanza y de ilusión, como la rebelión y el triunfo de lo imposible sobre la materia inexorable.

Nunca se había escrito novela más apasionante para exaltar las almas por encima de las duras condiciones de la existencia. Soñar aquel sueño: de ahí la gran felicidad inefable. Si los padres de la Asunción veían de año en año aumentar el éxito de sus peregrinaciones, era porque vendían a los peregrinos que acudían el consuelo y la mentira, ese pan delicioso de la esperanza del que la humanidad sufriente siente un hambre que nunca saciará. No eran sólo las llagas físicas las que reclamaban curación, pues todo el ser moral e intelectual lloraba su miseria en un deseo insaciable de felicidad. Ser dichoso,

depositar la incertidumbre de la vida en la fe, apoyarse hasta la muerte en ese sólido báculo de viaje: tal era el anhelo que brotaba de todos los pechos y hacía que todos los dolores morales se abatieran, implorando la continuación de la gracia, la conversión de los seres queridos, la redención espiritual de sí mismo y de los seres amados. El inmenso grito se extendía, llenando el espacio: ¡ser para siempre bienaventurado, en la vida como en la muerte!

Pedro había visto perfectamente cómo todos aquellos enfermos que le rodeaban dejaban de percibir las sacudidas del tren y recobraban las fuerzas a medida que se acortaba la distancia que les separaba del milagro. La misma señora de Maze tornábase locuaz, en la seguridad de que la Santa Virgen le devolvería a su esposo. La señora de Vincent, sonriente, mecía con suavidad a Rosita, pareciéndole menos enferma que aquellos niños medio muertos que, al ser sumergidos en el agua helada de la fuente maravillosa, jugaban. El señor Sabathier bromeaba con el señor de Guersaint, explicándole que en octubre, cuando pudiese contar con sus piernas, haría un viaje a Roma, viaje que venía aplazando desde hacía quince años. La señora de Vêtu, calmada y atribuyendo al hambre sus dolores de estómago, suplicaba a la señora de Jonquière que le permitiera mojar pedacitos de bizcocho en un vaso de leche, mientras Elisa Rouquet, olvidándose de su llaga, se engullía un racimo de uvas con el rostro descubierto. La Grivotte, sentada en su banco, y el hermano Isidoro, que había cesado de quejarse, conservaban de todos aquellos hermosos cuentos tal fiebre de esperanza que preguntaban impacientemente la hora, deseosos de ser curados. Pero sobre todo el hombre que agonizaba resucitó un instante. Mientras sor Jacinta secaba de nuevo el frío sudor de su rostro, abrió los párpados y una sonrisa fugaz iluminó su semblante. Una vez más había esperado.

María sostenía en su mano pequeña y tibia la mano de Pedro. Eran las siete; hasta las siete y media no llegarían a Burdeos, y el tren, que iba retrasado, para recuperar los minutos perdidos aceleraba cada vez más su marcha con una velocidad vertiginosa. La tormenta había terminado por disiparse, y del inmenso cielo sin nubes descendía una dulzura de pureza infinita.

—¡Oh, Pedro, qué hermoso es esto! —exclamó María, estrechándole frenéticamente la mano.

E, inclinándose hacia él, añadió a media voz:

—Acabo de ver, Pedro, a la Virgen, y le he pedido y obtenido que le cure a usted.



El sacerdote, comprendiéndolo todo, quedó trastornado por aquellos ojos de divina luz que estaban clavados en los suyos. María, olvidándose de sí misma, había pedido la conversión de él.

Y aquel anhelo de fe, que brotaba cándido de una criatura dolorida, le sacudía el alma. ¿Por qué no había de creer algún día?

Él mismo sentíase impresionado por tantos relatos extraordinarios. El calor sofocante del vagón le había mareado; el espectáculo de las miserias amontonadas allí le desgarraba el alma.

Y el contagio comenzaba a producir su efecto; no sabía a punto fijo dónde llegaban lo real y lo posible, incapaz de tomar partido en medio de aquel cúmulo de hechos pasmosos, explicando los unos y rechazando los otros. En aquel momento elevose como un cántico nuevo que lo sacó de la corriente obstinada de su obsesión. Ya no se pertenecía; se imaginó que acababa de creer en el vértigo alucinado de aquel hospital que rodaba y rodaba a todo vapor.

## V

**E**l tren partió de Burdeos después de breves minutos de parada, durante la cual los que aún no habían comido se apresuraron a comprar provisiones, en tanto que los enfermos no cesaban de beber un poco de leche y de pedir algún bizcocho, como chiquillos. En cuanto se reanudó la marcha, sor Jacinta dio la consabida palmada y gritó:

—¡Vamos, démonos prisa! ¡La oración de la noche!

Entonces, durante cerca de un cuarto de hora hubo un zumbido confuso de padrenuestros y avemarías, un examen de conciencia, un acto de contrición, un abandono de cada uno en Dios, en la Virgen y en los santos, toda una acción de gracias por la jornada feliz, que terminó con una oración en favor de los vivos y en sufragio de los fieles difuntos.

—En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Eran las ocho y diez. El crepúsculo inundaba ya la campiña, una llanura inmensa, prolongada por las brumas de la tarde y donde parpadeaban a lo lejos, en las casas diseminadas, luces titilantes. Las lámparas del vagón vacilaban, alumbrando con una luz amarillenta el hacinamiento de peregrinos y equipajes sacudidos por un continuo vaivén.

—Ya saben, hijos míos —prosiguió sor Jacinta, puesta en pie—, que ordenaré el silencio en Lamothe, a una hora de aquí. Tienen, pues, una hora para divertirse; pero sean prudentes y no se exciten demasiado. Pasado Lamothe, óiganlo bien, ni una palabra, ni un suspiro; quiero que todo el mundo duerma.

Esto les hizo reír.

—Así que ya lo saben. Tal es la regla; y, como ustedes son razonables, obedecerán.

Durante el día, en efecto, desde la salida de París, todos habían cumplido al pie de la letra el programa de los ejercicios religiosos indicados hora por hora. Y ya que habían sido dichas todas las oraciones, rezados todos los rosarios y entonados todos los cánticos, había terminado la jornada y se podía conceder un breve recreo antes del descanso. Pero no sabían qué hacer.

—Hermana —propuso María—, ¿quiere usted autorizar al señor cura a que nos lea algo? Lee muy bien, y precisamente yo traigo una historia de Bernadette que es tan bonita...

No la dejaron terminar, pues todos empezaron a gritar, como niños cuya pasión se despierta ante la promesa de un lindo cuento:

—¡Sí, sí, hermana! ¡Sí, sí!

—¡Y cómo no he de permitirlo —respondió la monja— desde el momento que se trata de una buena lectura!

Pedro hubo de acceder; pero, queriendo colocarse debajo de la lámpara, tuvo que cambiar de sitio con el señor de Guersaint, a quien el anuncio de aquella historia había alegrado tanto como a los enfermos. Cuando el joven sacerdote, acomodado al fin, abrió el libro y dijo que veía bastante, corrió un estremecimiento de curiosidad de un extremo a otro del vagón y todos irguieron la cabeza, anhelantes, con el oído atento. Afortunadamente, como tenía la voz clara y potente, pudo dominar el chirrido de las ruedas y el traqueteo ensordecedor del tren a través de aquella inmensa llanura sin accidentes.

Pero, antes de empezar la lectura, Pedro examinó el libro. Era una de esas ediciones de bolsillo salidas de las imprentas católicas y esparcidas profusamente por toda la cristiandad. Mal impreso en papel ordinario, llevaba en su cubierta azul una imagen de Nuestra Señora de Lourdes, simple, atiesada y torpe. Sería suficiente, desde luego, media hora para leerlo sin prisa.

Pedro comenzó, con voz clara y rotunda, de suave y penetrante timbre:

—«Era en Lourdes, pueblecito de los Pirineos, el jueves 11 de febrero de 1858. Hacía frío y el cielo estaba ligeramente nublado. Faltaba leña para preparar la comida en casa del pobre pero honrado molinero Francisco Soubirous. Luisa, su mujer, dijo a María, su segunda hija: “Anda a recoger leña a las orillas del Gave o en las tierras comunales”. El Gave es el nombre de un torrente que atraviesa a Lourdes.

»María tenía una hermana mayor, Bernadette, recién llegada del campo, donde unos buenos labradores la habían empleado para guardar ganado. Era una niña feliz y delicada, inocente, sin más ciencia que la de saber rezar el rosario. Luisa Soubirous dudaba en enviarla al bosque con su hermana, a causa del frío; sin embargo, a instancias de María y de una vecinita llamada Juana Abadie, la dejó partir.

»Las tres compañeras, bajando a lo largo del torrente para juntar ramas y troncos, dieron de manos a boca con una gruta abierta en una enorme roca que los lugareños llamaban la Massabielle...».

Al llegar a este punto de la lectura, mientras volvía la página, Pedro hizo una pausa, dejando caer el libro. La puerilidad del relato, las frases hechas y

vacías de sentido, le impacientaban. Él, que poseía el legajo completo de aquella historia extraordinaria y había puesto empeño en estudiar sus menores detalles, guardaba en el fondo del corazón una ternura deliciosa y una infinita piedad por Bernadette. Acababa de pensar que la investigación que tiempo atrás tuvo la intención de llevar a efecto, una vez en Lourdes, podría empezarla a la mañana siguiente de su llegada. Era precisamente uno de los motivos que le habían decidido a hacer el viaje. Y despertaba en él toda la curiosidad que sentía por la vidente, que le encantaba por lo cándida, por lo verídica y por lo infeliz, pero cuyo caso hubiera querido analizar y explicar. Era indudable que Bernadette no mentía; había tenido una visión y oído voces, como Juana de Arco, y como Juana de Arco salvaba a Francia, al decir de los católicos. ¿Cuál era, pues, la fuerza que la había producido, junto con su obra? ¿Cómo había podido engrandecerse la visión en aquella mísera muchacha y trastornar todas las almas creyentes, hasta renovar los milagros de los tiempos primitivos y fundar casi una nueva religión, en medio de una ciudad santa edificada a golpes de millones e invadida por muchedumbres tan exaltadas y numerosas como no se habían visto desde la Cruzadas?

Interrumpiendo entonces la lectura, Pedro contó lo que sabía, lo que había adivinado en aquella historia de Bernadette, historia aún oscura a pesar de los raudales de tinta que ha hecho correr. Conocía el país, las costumbres y los trajes por las largas conversaciones sostenidas con su amigo el doctor Chassaigne. Se expresaba con encantadora facilidad de palabra, emoción exquisita y notables dotes de orador sagrado, conocidas en él desde el seminario, pero de las que no hacía uso jamás. En el vagón, cuando vieron que conocía la historia minuciosamente, y que la contaba de modo tan suave y vehemente, redoblaron su atención aquellas almas dolientes, sedientas de dicha, que se entregaban a él.

Empezó refiriendo la infancia de Bernadette en Bartrès. Allí crecía en casa de su nodriza, una mujer de nombre Lagûes, la que, habiendo perdido a un hijo recién nacido, hizo a los Soubirous, gente muy pobre, el favor de nutrir y guardar a la niña. Aquella aldea de 400 almas, a seis kilómetros aproximadamente de Lourdes, se hallaba como en un desierto, lejos de todo camino transitado, oculta entre bosques. El camino serpentea entre vericuetos; las contadas casas se hallan desparramadas entre praderas de bosques de nogales y castaños; los arroyos cristalinos, que no enmudecen jamás, siguen las pendientes a lo largo de los senderos. Lo único que se destaca es la pequeña iglesia románica, que domina un cerro, rodeada por las tumbas del cementerio. Por todas partes ondulan colinas cubiertas de bosques; aquello

parece un hoyo en medio de un prado de deliciosa frescura e intenso verdor, humedecido por las eternas corrientes subterráneas que bajan de las montañas.

Bernadette, que desde que era mayorcita se ganaba el pan apacentando rebaños, los guiaba durante temporadas enteras a través de aquellos frondosos parajes, perdida entre las florestas, por donde no encontraba un alma. A veces, desde lo alto de alguna eminencia, contemplaba a lo lejos las montañas: el pico del Mediodía, el de Viscos, masas deslumbrantes o sombrías, según el estado del tiempo, y que otros picos descoloridos prolongaban; en fin, apariciones confusas de visionaria, como se tienen en los sueños.

Luego describió Pedro la casa de los Lagûes, donde se conservaba aún la cuna en que fue mecida la niña; casa aislada y silenciosa, la última de la aldea. Extendíase ante ella un prado plantado de manzanos y perales, separado únicamente de la campiña por un arroyo que se podía cruzar de un salto. En la casa, muy baja, sólo había, a derecha e izquierda de la escalera de mano que conducía al granero, dos vastas habitaciones enlosadas que contenían cuatro o cinco camas cada una. Las niñas se acostaban juntas y se dormían contemplando por la noche bonitas estampas pegadas en la pared, mientras el gran reloj, en su caja de pino, marcaba gravemente la hora en medio del imponente silencio.

¡Oh, qué años de indescriptible dulzura fueron aquellos vividos en Bartrès! Crecía endeble, siempre enferma, padeciendo un asma nerviosa que la ahogaba al menor cambio de tiempo. A los doce años no sabía leer ni escribir; sólo hablaba el dialecto del país, y tanto en lo físico como en lo moral era una retardada. Muchacha cariñosa y discreta, hablaba poco; le gustaba más escuchar que hablar. A pesar de no ser muy inteligente, daba frecuentes testimonios de estar dotada de mucha razón natural, y a veces replicaba con ingenio y prontitud y hasta con franqueza ingenua que hacía reír.

Había costado infinito trabajo enseñarle el rosario. Y, cuando lo supo, parecía querer limitar a él sus conocimientos. Lo recitaba todo el día, al punto de que no se le encontraba nunca entre sus ovejas sin el rosario en la mano, musitando padrenuestros y avemarías. ¡Y cuán largas horas pasaba así en la falda de las colinas, sumergida y como absorta en el misterio del bosque, no viendo a veces del mundo más que las cimas de las montañas, envueltas en fugaces reflejos de luz!

Transcurrían los días, y Bernadette continuaba absorta en su estrecho pensamiento de fe, en la única oración que repetía, y que no le daba más

compañera y amiga que la Santísima Virgen, en medio de aquella soledad de su infancia, tan fresca y cándida. ¡Qué deliciosas veladas de invierno pasó en la sala de la izquierda, junto al fuego encendido! Su nodriza tenía un hermano sacerdote, que leía de vez en cuando cosas admirables, historias de santos, aventuras prodigiosas, que tan pronto hacían temblar de miedo como de gozo; apariciones del paraíso en la tierra, mientras el cielo entreabierto dejaba adivinar el resplandor de los ángeles.

Los libros que llevaba solían estar repletos de estampas: Dios en medio de su gloria; Jesús, delicado y hermoso, con su rostro de luz; la Santísima Virgen, sobre todo, repetida a cada momento, resplandeciente, vestida de blanco, de azul y de oro, tan seductora que la niña soñaba a veces con ella. Pero el libro que leía más a menudo era la Biblia, una vieja Biblia, amarillenta por el uso, que llevaba más de cien años en la familia. Cada velada, el marido de la nodriza, el único de la casa que sabía leer, clavaba al azar un alfiler entre las hojas y empezaba la lectura por la página de la derecha, en medio de la profunda atención de las mujeres y de los niños, que acababan por aprenderse aquello de memoria y de manera tal que hubieran podido continuar sin equivocarse en una palabra.

Bernadette prefería los libros piadosos, en los cuales se mostraba la Virgen con su bondadosa sonrisa. Sin embargo, hubo una lectura que la entretuvo también: la de la maravillosa historia de los cuatro hijos de Aymon. En la cubierta amarilla del librito, caído sin duda del paquete de algún vendedor ambulante, un grabado ingenuo representaba a los cuatro héroes, Renato y sus hermanos, montados en «Bayardo», su famoso caballo de batalla, que magnánimamente el hada Orlanda les había regalado. Eran sangrientos combates, destrucciones y sitios de fortalezas; estocadas terribles entre Roldán y Renato, que iban, por fin, a rescatar la Tierra Santa, sin olvidar al mago Maugis, el de los maravillosos encantamientos; ni a la princesa Clarisa, hermana del rey de Aquitania, más hermosa que la luz.

Con la imaginación exaltada, costábale a veces mucho trabajo a Bernadette conciliar el sueño, sobre todo las noches en que, dejando a un lado los libros, alguno de los de la rueda contaba una historia de brujas. Era muy supersticiosa, pues por nada del mundo la hubieran hecho pasar, después de la puesta del sol, cerca de una torre de la vecindad frecuentada por el diablo. Por lo demás, toda la comarca, habitada por gentes devotas y sencillas, parecía poblada de misterios, de árboles que cantaban, de piedras que sudaban sangre, de encrucijadas donde había que decir tres padrenuestros y tres avemarías si

no quería uno encontrarse con el animal de siete cuernos que arrastraba a las jóvenes a la perdición.

¡Y qué exuberancia de cuentos terroríficos! Los había a centenares, y cuando de noche empezaban a contarlos, era cosa de nunca acabar. Se referían las aventuras de los duendes, de aquellos míseros hombres obligados por el demonio a meterse en la piel de los grandes perros blancos de las montañas; si se disparaba sobre ellos y se les alcanzaba aunque sólo fuese con un tiro, el hombre quedaba libre; pero si no se daba más que a la sombra, el hombre moría inmediatamente.

Luego desfilaban los brujos y las brujas. Una de estas historias impresionaba particularmente a Bernadette: la de un escribano de Lourdes que quiso ver al diablo y fue conducido por una bruja a un campo desierto, un viernes santo, a medianoche. El diablo llegaba, magníficamente vestido de rojo, y enseguida proponía al notario que le vendiese el alma, a lo cual éste fingía aceptar. Precisamente el diablo llevaba debajo del brazo el registro en que habían firmado las gentes del pueblo que ya se habían vendido. Pero el notario, muy astuto, sacaba del bolsillo un supuesto frasco de tinta, que no era sino una botella de agua bendita, y rociaba al diablo, que profería espantosos gritos, mientras el escribano huía con el registro. Entonces empezaba una loca persecución, que podía durar toda la noche, por montes y valles, a través de selvas y torrentes.

*¡Devuélveme el registro!*

*¡No lo volverás a ver!*

Y vuelta a empezar:

*¡Devuélveme el registro!*

*¡No lo volverás a ver!*

Finalmente, el escribano, que tenía su plan, extenuado ya de fatiga, casi a punto de sucumbir, se metía en el cementerio y, una vez en aquel lugar sagrado, se burlaba del diablo agitando el registro y salvando así las almas de todos los infelices que habían firmado. Las noches en que Bernadette oía referir tales cuentos, antes de entregarse al sueño rezaba mentalmente el rosario, contenta de ver al infierno burlado, aunque temblando a la sola idea de que el diablo acudiera a rondar su cama tan pronto como hubiesen apagado la lámpara.

Todo un invierno las veladas tuvieron lugar en la iglesia. El cura Ader lo había autorizado, y muchas familias acudían allí para economizar luz, sin contar con que, reunidos, estarían también más abrigados que en casa. Se leía la Biblia y se rezaban las oraciones en común. Los niños acababan por dormirse. Bernadette era la única que resistía hasta el último momento, muy contenta de verse allí, en aquella nave estrecha, cuyas delgadas cornisas estaban pintadas de rojo y azul. En el fondo, el altar, igualmente pintado y dorado, con sus columnas salomónicas y sus retablos de la Virgen María en casa de Santa Ana y la Degollación de San Juan, se elevaba con una riqueza deslumbrante y un poco bárbara. La muchacha, en la somnolencia que la invadía, debía de ver surgir la visión mística de aquellas imágenes de vivos colores, brotar sangre de las llagas, flamear las aureolas, aparecerse la Virgen y mirarla con sus ojos de color de cielo, realmente vivos, al mismo tiempo que parecía a punto de abrir sus rojos labios para dirigirle la palabra.

Durante meses enteros transcurrieron esas veladas de la misma manera, frente al altar vago y suntuoso, donde comenzaba el sueño divino que llevaba dentro de sí para terminarlo en la cama, durmiendo apaciblemente, bajo la guardia de su ángel bueno.

Y fue en aquella misma iglesia, tan humilde y llena de ardiente fe, donde Bernadette empezó a aprender el catecismo. Iba a cumplir entonces catorce años, y era tiempo ya de que tomase su primera comunión. Su nodriza, que pasaba por avara, no la mandaba a la escuela, para que la ayudara en casa todo el día. Nunca el maestro, el señor Barbet, la había visto en la escuela. Pero un día que daba lección de catecismo, por indisposición del abate Ader, le llamó la atención por su piedad y su modestia. El sacerdote quería mucho a Bernadette, y con frecuencia le hablaba de ella al preceptor, diciéndole que no podía mirarla sin pensar en los niños de la Salette, porque aquellos niños debieron ser sencillos, buenos y devotos como ella, para que la Virgen se les apareciese.

Una mañana, paseando los dos hombres por las afueras de la aldea, la vieron perderse entre los grandes árboles con su reducido rebaño. El cura, volviendo hacia ella varias veces la cabeza, dijo nuevamente: «Ignoro lo que pasa en mí; pero, cada vez que encuentro a esa niña, me parece ver a Melania, la pastorcilla compañera del pequeño Maximino».

Efectivamente, estaba obsesionado por aquella idea singular, que resultó una profecía.

Y un día, después de la doctrina, y hasta una noche quizá, en la velada de la iglesia, ¿no contó el abate Ader la maravillosa historia, que ya tenía catorce



años, de la Dama de vestido deslumbrante que caminaba sobre la hierba sin hollarla, y que no era otra que la Virgen, que se apareció a Melania y a Maximino en la montaña, al borde de un arroyo, para confiarles un gran secreto y anunciarles la cólera de su Hijo? Desde aquel día, un manantial formado por las lágrimas de la Virgen curaba todos los males, mientras el secreto, confiado a un pergamino con tres sellos de cera, dormía en Roma.

Con toda seguridad, Bernadette escuchó religiosamente, con su aire silencioso de sonámbula despierta, aquella maravillosa historia y se la llevó al desierto de hojas en que pasaba los días, para revivirla andando detrás de sus ovejas, mientras las cuentas de su rosario se deslizaban una a una entre sus frágiles dedos.

Así transcurrió su infancia en Bartrès. Lo que encantaba en aquella criatura endeble y frágil eran sus ojos de éxtasis, unos hermosos ojos de visionaria por los cuales cruzaba, como aves por un cielo purísimo, el vuelo de los ensueños. Su boca, grande y fuerte, denotaba bondad; su cabeza, cuadrada, de frente recta y tupidos cabellos, negros, hubiera parecido vulgar sin su encanto de dulce obstinación. Pero el que no se fijaba en su mirada no se daba cuenta de ella: la consideraba como una niña cualquiera, como una pobre que mendiga en los caminos, criada penosamente y de una tímida humildad.

Seguramente fue en su mirada donde el padre Ader leyó asombrado todo lo que iba a florecer en ella, el mal que torturaba su triste carne de chiquilla desventurada, la soledad campestre en que había crecido, los dulces balidos de sus ovejas, la salutación angélica paseada bajo el cielo y repetida hasta la alucinación, las prodigiosas historias referidas en casa de su nodriza, las veladas pasadas ante los vivos retablos de la iglesia y todo el aire de primitiva e ingenua fe que había respirado en aquella lejana región erizada de montañas.

El 7 de enero, Bernadette acababa de cumplir los catorce años. Sus padres, los Soubirous, viendo que no progresaba nada en Bartrès, resolvieron llevársela de una vez por todas con ellos a Lourdes, para que aprendiese el catecismo con asiduidad, a fin de prepararse en serio para la primera comunión. Hacía ya una quincena que se hallaba en Lourdes, cuando, un día frío y de cielo algo encapotado, el 11 de febrero, un jueves...

Pedro viose obligado a interrumpir su relato, pues sor Jacinta, levantándose y dando fuertes palmadas, dijo:

—Hijos míos, son más de las nueve. ¡Silencio! ¡Silencio!

Acababan de pasar por Lamothe, y el tren rodaba con sordo ronquido en un mar de tinieblas, a través de las llanuras interminables de las Landas, sumergidas en la noche. Hacía diez minutos que todo el mundo debía estar callado, durmiendo o sufriendo, sin pronunciar una sola palabra. Hubo, sin embargo, un movimiento de rebelión.

—¡Oh, hermana! —exclamó María, cuyos ojos centelleaban—. ¡Un cuartito de hora, nada más! Estamos en el punto más interesante.

Se elevaron diez voces, veinte:

—¡Por favor, hermana! ¡Un cuartito de hora, nada más!

Todos querían oír la continuación, ardiendo de curiosidad, como si no conocieran la historia: de tal modo estaban subyugados por los detalles de tierna humanidad que daba el narrador.

Todas las miradas estaban clavadas en él y hacia él se volvían todas las cabezas, extrañamente iluminadas por las humeantes lámparas. No eran sólo los enfermos, pues las diez mujeres del compartimiento del fondo también escuchaban con avidez, volviendo hacia Pedro la fealdad de sus pobres rostros, embellecidos por la cándida fe y procurando no perder una sola palabra.

—¡No, no puedo! —declaró de pronto sor Jacinta—. El reglamento es muy riguroso. Hay que guardar ahora silencio.

Sin embargo, pareció reflexionar, ya que ella misma sentía gran curiosidad y se hallaba tan impresionada que el corazón le latía fuertemente bajo el griñón.

María, suplicante, insistió nuevamente, mientras su padre, el señor de Guersaint, que escuchaba con fruición, declaraba que era como para enfermarse si Pedro no continuaba. Y como la señora de Jonquière sonreía con aire de indulgencia, la monja acabó por ceder.

—¡Está bien, está bien! Tienen un cuarto de hora más, pero nada más que un cuarto de hora, ¿entienden? Si no, caería yo en falta.

Pedro, que había aguardado tranquilamente sin intervenir para nada, continuó con la misma voz penetrante, en la que la duda se mezclaba a la piedad por los que sufren y esperan.

La narración se reanudaba en Lourdes, en la calle de los Petits Fossés, una calleja sombría y tortuosa que desciende entre casas pobres y muros groseramente revocados. En la planta baja de una de aquellas miserables viviendas, al extremo de un pasillo oscuro, ocupaban los Soubirous una sola habitación, donde se hacinaban siete personas: el padre, la madre y los cinco hijos. Apenas se veía un claro en el cuarto, donde penetraba una luz verdosa

por un patio interior, pequeño y húmedo. Allí se dormía; y allí se comía, cuando había pan en la casa.

Hacía algún tiempo que el padre, molinero de oficio, encontraba con grandes dificultades trabajo fuera de su casa. De aquel lóbrego rincón, de aquella espantosa miseria, un frío jueves de febrero había salido Bernadette a recoger leña con María, su hermana menor, y con Juana, una amiguita de la vecindad.

Entonces llegó la historia a su punto culminante. Las tres niñas descendieron hasta la orilla del Gave, al otro lado del castillo, y se encaminaron luego a la isla del Chalet, frente a la roca de Massabielle, de la cual sólo las separaba el estrecho canal del molino de Sâvy. Era aquél un lugar agreste, adonde el pastor comunal conducía frecuentemente los cerdos de la comarca, que se resguardaban de los chubascos bajo la roca de Massabielle, la cual formaba en su base una especie de gruta poco profunda, obstruida por rosales silvestres y zarzales.

En vista de que la leña seca escaseaba, María y Juana atravesaron el canal, pues al otro lado vieron una porción de ramas que el torrente había arrastrado y dejado allí. Mientras tanto, Bernadette, más delicada, más señorita, permanecía afligida en la orilla, sin atreverse a cruzar la corriente. Como tenía muermo, su madre le había recomendado que se abrigase bien con su capuchón, una gran capucha blanca que contrastaba con su viejo vestido de lana negra. Cuando vio que sus compañeras se negaban a ayudarla, se resignó a quitarse los zapatos y las medias.

Serían las doce. Las campanadas de la salutación angélica debían de sonar en la parroquia, bajo aquel plácido cielo de invierno, sólo velado por un fino plumón de nubes. Y entonces se sintió Bernadette presa de una gran turbación, como si en sus oídos zumbaran vientos de tempestad y sintiera pasar un huracán, procedente de las montañas, bajo sus pies. Miró los árboles, y quedó estupefacta: no se movía ni una hoja.

Pensó que se había equivocado, y se dirigía a recoger sus zuecos, cuando sintió que idéntico fragor la azotaba de nuevo y con tal vigor que esta vez la turbación se extendió de los oídos a los ojos, pues ya no veía los árboles y estaba deslumbrada por una blancura, una especie de viva claridad que le pareció salir de la peña, encima de la gruta, de una grieta estrecha y alta semejante a una ojiva de catedral. Aterrorizada, cayó de rodillas. ¿Qué era aquello, Dios mío? A veces, cuando hacía mal tiempo, cuando su asma la martirizaba más que de ordinario, pasaba malas noches, teniendo

constantemente sueños penosos, de los cuales conservaba un recuerdo angustioso, aun cuando no se acordaba de nada.

Parecíale verse rodeada de llamas, y que el sol pasaba por delante de su rostro. ¿Había soñado aquello la noche anterior? ¿Era quizá la continuación de algún sueño ya olvidado?

Poco a poco se precisó una forma en la que creyó reconocer una figura que el vivo resplandor hacía aparecer completamente blanca. Temiendo que fuera el diablo, cosa que se le ocurrió al recordar las historias de brujas que había oído referir, se puso a rezar el rosario. Y cuando gradualmente se hubo extinguido la luz, fue a reunirse con María y Juana, quedando muy sorprendida de que ni una ni otra hubiesen visto nada mientras juntaban leña frente a la gruta.

Al regresar a Lourdes, las tres niñas conversaron de lo ocurrido. ¿Conque Bernadette había visto algo? Pero ésta no quería contestar, inquieta y un poco avergonzada. Por fin, confesó que había visto algo vestido de blanco.

Así surgió el rumor y fue creciendo. Los Soubirous, al enterarse, se incomodaron mucho ante aquellas niñerías y prohibieron a su hija que volviera a la gruta de Massabielle. Pero todos los niños del barrio referían ya aquel suceso, y los padres de Bernadette tuvieron que ceder y consentir que la niña fuese el domingo a la gruta con una botella de agua bendita, para saber definitivamente si no se trataba de un asunto del diablo. Ésta volvió, acompañada por otras personas. Y fue únicamente entonces cuando la Señora del vivo resplandor se encarnó, hasta el extremo de dirigirle la palabra: «Hazme la gracia de venir aquí durante quince días». Poco a poco la Señora había adquirido forma definitiva; aquella figura vestida de blanco se convertía en una dama más hermosa que una reina, como no se ve sino en las imágenes.

Al principio, ante las continuas preguntas con que la abrumaban todos los vecinos, Bernadette se manifestaba vacilante y atormentada por los escrúpulos. Luego pareció que, bajo la sugestión de aquellos mismos interrogatorios, la figura se hacía cada vez más precisa y tomaba una vida definitiva, con líneas y colores que la niña ya no había de olvidar jamás en sus descripciones de la visión. Los ojos eran azules y muy suaves; la boca, sonrosada y risueña; el óvalo tenía a la vez el encanto de la juventud y de la maternidad. Bajo el borde del velo que cubría la cabeza y le llegaba hasta los talones, se veía apenas la ondulación discreta de una admirable cabellera rubia. El vestido, completamente blanco y deslumbrante, debía de ser de una tela desconocida en la tierra, tejida con rayos de sol. El chal, ligeramente anudado, dejaba caer flotando sus dos extremos, leves como la brisa matinal.

El rosario, que le colgaba del brazo derecho, tenía unas cuentas blancas como la leche, en tanto que la cadena y la cruz eran de oro, y sobre sus pies desnudos, sobre sus divinos pies de nieve virginal, florecían dos rosas de oro, las rosas místicas de aquella carne inmaculada de madre divina.

¿Dónde había visto Bernadette aquella Virgen, tan tradicional en su sencillo atavío, sin una joya, de una gracia primitiva de pueblo niño? ¿En aquel libro ilustrado del hermano de la nodriza, de aquel buen cura que les leía cosas tan bonitas? ¿En alguna estatua, en algún cuadro, en alguna vidriera de aquella iglesia pintada y dorada, donde ella había crecido? Sobre todo, aquellas rosas de oro sobre los pies desnudos, aquella deliciosa imaginación de amor, aquella floración devota de la carne de la mujer, ¿de qué novela caballeresca procedía? ¿De cuál de las historias referidas en el catecismo por el abate Ader? ¿De qué sueño inconsciente paseado por las arboledas de Bartrès al repetir sin cesar las sugestivas decenas de la salutación angélica?

La voz de Pedro vibró más emocionadamente, porque, si bien no decía todas estas cosas a los pobres de espíritu que le escuchaban, en cambio la explicación humana que sin duda, en el fondo de su alma, trataba de dar a tales prodigios comunicaba a su relato la emoción de una simpática fraternidad. Amaba a Bernadette por el hechizo de su alucinación, por aquella Señora de una presencia tan graciosa, perfectamente amable, llena de cortesía para aparecer y desaparecer. El gran resplandor aparecía primero, luego se formaba la visión, que iba, venía, se inclinaba y se movía insensible y leve. Y cuando se desvanecía, la luz aún persistía un instante, y luego se apagaba como un astro que muere. Ninguna señora de este mundo podía tener un rostro tan blanco y sonrosado, ni tan hermoso, con la hermosura infantil de las imágenes de primera comunión. El rosal de la gruta no hería sus adorables pies desnudos, florecidos de oro.

Pedro contó enseguida las demás apariciones. La cuarta y la quinta acaecieron el viernes y el sábado; pero la Señora de vivo fulgor, que hasta entonces no había dicho su nombre, se limitó a sonreír y saludar, sin pronunciar palabra. El domingo lloró y dijo a Bernadette: «Rogad por los pecadores». El lunes le dio la gran contrariedad de no aparecersele, seguramente para ponerla a prueba. Pero el martes le confió un secreto personal que no debía jamás ser divulgado, y luego le indicó por fin la misión que le encargaba: «Id y decir a los sacerdotes que aquí hay que construir una capilla. —El miércoles murmuró varias veces la palabra—: ¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!», que repitió la niña besando la tierra. El jueves santo dijo: «Id a la fuente a beber y a lavaros, y comed de la hierba que crece

a su orilla», palabras que Bernadette comprendió al fin cuando brotó un manantial bajo sus dedos, en el fondo de la gruta: éste fue el milagro de la fuente encantada.

Transcurrió la segunda semana. No hubo aparición el viernes, pero sí los cinco días siguientes, en cada una de las cuales repetía sus órdenes y miraba sonriente a la humilde hija de su predilección, la cual, a cada aparición rezaba el rosario, besaba el suelo y subía de rodillas hasta la fuente para beber y lavarse. Finalmente, el 4 de marzo, último día de las místicas citas, pidió más insistentemente la construcción de una capilla para que los pueblos acudieran a ella, en procesión, desde todos los puntos de la tierra. Mientras tanto, a todas las preguntas se había negado a contestar quién era. Sólo el jueves 25 de marzo, tres semanas más tarde, la Señora, cruzando las manos y alzando los ojos al cielo, dijo: «Yo soy la Inmaculada Concepción». Aún apareció dos veces más, con tres meses de intervalo, el 7 de abril y el 16 de julio: la primera vez, para el milagro del cirio, aquel cirio sobre el cual la niña por descuido dejó un rato la mano sin quemarse, y la segunda vez, para la despedida, la última sonrisa y el último saludo de gentil cortesanía. Resultaban así dieciocho apariciones. Nunca más volvió a mostrarse.

Pedro sintió como un desdoblamiento de su alma. Mientras, por una parte, proseguía su cuento de color de rosa, tan grato a los desgraciados, evocaba para sí a la Bernadette lastimosa y amada, en quien tan amablemente había florecido la flor del sufrimiento. Según la expresión brutal de un médico, aquella niña de catorce años, atormentada en su tardía pubertad, minada ya por el asma, no era, en suma, sino una irregular de la histeria, una degenerada, una retardada. Si faltaban las crisis violentas y no había sufrido en aquellos excesos rígidos de los músculos, si conservaba el recuerdo preciso de sus ensueños, debíase ello sencillamente a que aportaba el curiosísimo documento de su caso especial. Y sólo lo inexplicado constituye el milagro, pues la ciencia sabe todavía muy poca cosa de la infinita variedad de fenómenos humanos, que cambian según los seres.

¿Cuántas pastoras no habían visto a la Virgen, antes que Bernadette, con idéntica ilusión pueril? ¿No era siempre la misma historia de la Señora vestida de luz, el secreto confiado, el manantial que brotaba, la misión que cumplir y los milagros cuyo encanto va a convertir a las multitudes? Y siempre era el sueño, de una niña pobre, el deslumbramiento del feligrés, el ideal hecho de belleza tradicional, de dulzura y de cortesía, la candidez de los medios y la identidad del fin: liberación de pueblos, construcción de iglesias, procesiones de fieles. Además, todas las palabras emanadas del cielo se

parecían, pues había apelaciones a la penitencia y promesas de auxilio divino. Sin embargo, había en este caso un elemento nuevo: aquella declaración extraordinaria: «Yo soy la Inmaculada Concepción», que se manifestaba allí como un oportuno y provechoso reconocimiento por la misma Virgen del dogma promulgado por la corte de Roma tres años antes.

La que aparecía no era la Virgen Inmaculada, sino la Inmaculada Concepción, la abstracción misma, la cosa, el dogma, de manera que cabría preguntarse si la Virgen había hablado así. Las demás palabras es posible que Bernadette las hubiese oído y conservado en un rincón inconsciente de su memoria. Pero ¿de dónde venía esta frase para suministrar al dogma, todavía discutido, el portentoso apoyo del testimonio de la Madre que concibió sin pecado?

En Lourdes la emoción era inmensa; acudían multitudes y comenzaban a darse milagros, mientras, por otra parte, se declaraban las inevitables persecuciones que aseguran el triunfo de las religiones nuevas. El abate Peyramale, cura de Lourdes, hombre muy honrado, de espíritu recto y vigoroso, podía decir, con razón, que él no conocía a la niña, que no la había visto aún en el catecismo. ¿Dónde estaba, pues, la presión, la lección enseñada?

No había otra cosa sino la infancia en Bartrès, las primeras enseñanzas del cura Ader, quizá las conversaciones, las ceremonias religiosas en honor del dogma reciente o simplemente el regalo de una de aquellas medallas que se habían distribuido profusamente. Nunca más había de aparecer el abate Ader, que había profetizado la misión de Bernadette. Iba a permanecer ausente de esta historia, no obstante haber sido el primero que sintió el despertar del alma de la niña entre sus manos piadosas. Y todas las fuerzas ignoradas de la aldea perdida en aquel limitado rincón verde y supersticioso continuaban, sin embargo, actuando, perturbando los cerebros y extendiendo el contagio del misterio.

Recordábase que un pastor de Argelès, hablando de la roca de Massabielle, había predicho que allí ocurrirían grandes cosas. Otros niños caían en éxtasis, con los ojos muy abiertos y los miembros en convulsión; pero lo que ellos veían era el diablo.

Parecía soplar por la comarca un viento de locura. Una vieja declaraba en la plaza de Porche, en Lourdes, que Bernadette no era más que una bruja, pues había visto en su ojo una pata de sapo. Para los demás, para los miles de peregrinos que allí acudían, era una santa, cuyos vestidos besaban. Y cuando ella caía de rodillas ante la gruta, con un cirio encendido en la mano derecha y

desgranando el rosario con la izquierda, estallaban sollozos y un frenesí exaltaba las almas. Bernadette se ponía muy pálida, muy bella, transfigurada. Sus rasgos se destacaban suavemente en una expresión de extraordinaria beatitud, mientras sus ojos se llenaban de claridad y su entreabierto boca se movía como si pronunciara palabras que nadie entendiera. Era evidente que no disponía de su voluntad, invadida por su sueño y poseída completamente por él en el estrecho y especial ambiente en que vivía, que lo continuaba aun estando despierta y lo aceptaba como la única realidad indiscutible, dispuesta a confesarlo a costa de su sangre, repitiéndolo incesantemente y obstinándose en él con detalles invariables. No mentía, porque no sabía ni podía querer otra cosa.

Pedro se entretuvo haciendo una descripción encantadora del antiguo Lourdes, de aquel pueblo piadoso dormido al pie de los Pirineos. Antaño, su castillo, construido sobre una roca en la encrucijada de los siete valles de Lavedán, era la llave de las montañas. Pero actualmente, ya desmantelado, no era sino un edificio ruinoso en el arranque de un camino que no conducía a ninguna parte. La vida moderna iba a estrellarse allí contra el formidable baluarte de los altos picos nevados; sólo el ferrocarril transpirenaico, de haberse construido, habría podido establecer una activa circulación de la vida social en aquel rincón perdido. Así olvidado, Lourdes dormitaba, feliz, en medio de su paz secular, con sus calles angostas y pavimentadas de guijarros, con sus casas negras adornadas de mármoles.

Las viejas techumbres se apiñaban al este del castillo; la calle de la Gruta, que se llamaba del Bosque, no era sino un camino desierto, intransitable; ninguna casa descendía hasta el Gave, que arrastraba entonces sus espumosas aguas a través de la absoluta soledad de los sauces y los altos matorrales. En la plaza del Marcadal, durante los días de trabajo, se veía algún que otro transeúnte: mujeres que iban de prisa, pequeños rentistas que paseaban sus ocios; y era necesario esperar el domingo o los días de feria para encontrar en la plaza pública la población endomingada, la multitud de vendedores que bajaban con sus ganados desde las apartadas mesetas.

Durante la temporada de baños, el tránsito de los bañistas de Cauterets y de Bagnères prestaba también alguna animación, pues las diligencias atravesaban el pueblo dos veces por día. Llegaban de Pau por un camino detestable y había que pasar vadeando el Lapaca, que se desbordaba con frecuencia; luego se subía la empinada cuesta de la calle Baja y se pasaba junto al arriate de la iglesia, sombreada por frondosos olmos. ¡Qué paz había alrededor de aquella antigua iglesia y en su interior, de estilo español, lleno de



esculturas antiguas, de columnas, de retablos, de estatuas, poblado de visiones de oro y de carne pintadas, con su pátina de tiempo, entrevistas al resplandor de luces místicas!

Toda la población iba allí para cumplir con sus deberes religiosos y llenarse los ojos con aquel sueño de misterio. No había incrédulos, pues se trataba de un pueblo de fe primitiva, en el que cada corporación marchaba tras el pendón de su santo y en el que cofradías de toda clase congregaban a la población entera en las mañanas de fiesta, como una sola familia cristiana. Por eso, como flor exquisita nacida en un vaso de privilegio, reinaba allí una gran pureza de costumbres. Ni siquiera los mozos encontraban para perderse un sitio de disipación; todas las doncellas crecían en perfume y en belleza de inocencia bajo las miradas de la Santísima Virgen, Torre de marfil y Trono de sabiduría.

Bien comprensible era que Bernadette, nacida en aquella tierra de santidad, hubiera florecido como rosa natural abierta en los rosales rústicos del camino. Era la floración misma de aquel antiguo país de fe y de honestidad. No habría brotado en otra parte; no podía producirse y desarrollarse sino allí, en aquella raza atrasada, entre la dormida paz de un pueblo niño, bajo la disciplina moral de la religión.

¡Cuánto amor había suscitado súbitamente en torno de sí! ¡Qué ciega fe en su misión, qué inmenso consuelo y cuánta esperanza, desde los primeros milagros! Una prolongada exclamación de alivio acogió las curaciones del viejo Bouriette, que recobró la vista, y del pequeño Justino Bouhohorts, que resucitó en la fría agua de la fuente. Por fin la Virgen intervenía en favor de los desesperados, obligando a la naturaleza, madrastra despiadada, a ser justa y caritativa. Era el nuevo reinado de la omnipotencia divina, que trastrocaba las leyes del mundo para felicidad de los que sufrían y de los pobres.

Multiplicábanse los milagros y eran cada día más extraordinarios, como demostraciones irrecusables de la veracidad de Bernadette. Esta era la rosa del divino vergel que perfuma y que ve nacer a su alrededor todas las demás flores de la gracia y de la salvación.

A esta altura de su narración, Pedro refería nuevamente los milagros, dispuesto a continuar con el prodigioso triunfo de la gruta, cuando sor Jacinta, despertándose sobresaltada de la fascinación en que el relato la tenía inmersa, se puso vivamente de pie.

—En verdad, parece que hubieran perdido el juicio. ¡Van a dar las once!

Así era. Habían pasado por Morcenx y llegaban a Mont de Marsan. La monja dio una palmada.

—¡Silencio, hijos míos, silencio!

Esta vez nadie se atrevió a rebelarse, porque tenía razón: ya no era prudente continuar. Pero ¡qué lástima no oír el final y quedarse a mitad de la historia!

Las diez mujeres que iban en el compartimiento del fondo dejaron escapar un murmullo de decepción, mientras los enfermos, alargando el rostro y con los ojos dilatados por la esperanza, parecían escuchar aún. Aquellos milagros interminables acabaron por llenarlos de un gozo enorme y sobrenatural.

—Y que no oiga respirar a nadie —añadió la religiosa en tono jovial—, porque lo pongo en penitencia.

La señora de Jonquière sonrió bondadosamente para decir:

—Obedezcan, hijos míos, y duerman, duerman bien para disponer mañana de fuerzas con que rogar de todo corazón en la gruta.

Entonces se hizo el silencio, y ya no habló nadie; sólo se oían el estrépito de las ruedas y el traqueteo del tren, que avanzaba a toda máquina entre las tinieblas de la noche.

Pedro no pudo dormir. Junto a él, el señor de Guersaint roncaba ligeramente, con aire de bienaventurado, no obstante lo duro del banco. El sacerdote había visto los ojos de María abiertos durante buen rato, llenos aún del esplendor de las maravillas que él acababa de contar. Los tenía ardientemente clavados en él, y luego los había cerrado, no sabiendo el sacerdote si dormitaba o si revivía en su mente el continuo milagro.

Mientras tanto, los enfermos soñaban en voz alta, con risas entrecortadas por inconscientes lamentos. Tal vez veían a los arcángeles abriéndoles la carne para arrancarles el mal. Otros, acosados por el insomnio, se revolvían, ahogando un sollozo, y miraban fijamente en la sombra.

Pedro, estremeciéndose por todos los misterios evocados, perdido y desconociéndose en aquel ambiente delirante de doliente fraternidad, acabó por abominar de su razón, en íntima comunión con aquellos seres humildes y resuelto a creer como ellos. ¿Para qué aquella investigación fisiológica sobre Bernadette, tan complicada y tan llena de lagunas? ¿Por qué no aceptarla como una mensajera del más allá, como una elegida del divino desconocido? Los médicos no eran sino unos ignorantes, de manos brutales; en cambio, ¡sería tan dulce dormirse con la fe de los niños en los encantados jardines de lo imposible!

Finalmente, tuvo un delicioso momento de renunciamiento, en que no procuraba explicarse nada, en que aceptaba a la vidente con su cortejo suntuoso de milagros y en que se entregaba por completo a Dios para pensar y

querer rectamente. Y miraba al exterior a través del cristal, que no se atrevía a bajar a causa de los tísicos, y veía la noche inmensa envolviendo el campo por donde escapaba el tren.

La tempestad debió de haber estallado allí, pues el cielo tenía una admirable pureza nocturna, como si lo hubieran lavado las aguas de lluvia. Grandes estrellas lucían sobre el terciopelo sombrío, iluminando con misterioso resplandor los campos frescos y mudos, que extendían hasta el infinito la negra soledad de su quietud. Por los arenales, por los valles, por las colinas, el tren de miseria y de sufrimiento rodaba, rodaba siempre, caldeado, apestoso, lamentable y quejumbroso, en medio de la serenidad de aquella noche augusta, tan hermosa y tan apacible.

Pasaron a la una de la madrugada por Riscle. A las dos, en Vic de Bigorre, hubo sordas lamentaciones, pues el mal estado de la vía sacudía a los enfermos con una trepidación insoportable. Hasta después de pasar Tarbes, a las dos y media, no rompieron el silencio para recitar las oraciones de la mañana, todavía en plena noche. Eran el padrenuestro, el avemaría, el credo y la invocación al Señor para pedirle la dicha de una jornada gloriosa. ¡Oh, Dios mío! ¡Dadme fuerza suficiente para evitar todo mal, para practicar todo bien, para sufrir todas las penas!

Ya no tenían que parar hasta Lourdes. Apenas tres cuartos de hora más, y Lourdes brillaría como una inmensa esperanza en el fondo de aquella noche tan cruel y tan larga. El penoso despertar era febril, y entre el malestar matutino y el horrible sufrimiento que comenzaba otra vez, se producía una postrera agitación.

Sor Jacinta, sobre todo, no cesaba de preocuparse por aquel hombre, al que no había dejado de enjugarle el rostro cubierto de sudor. Había vivido hasta entonces, y ella le había velado, sin cerrar los ojos un instante, escuchando su débil respiración con el obstinado deseo de llevarle cuando menos hasta la gruta.

De pronto la monja sintió miedo, y, dirigiéndose a la señora de Jonquière, le dijo:

—¿Quiere hacer el favor de pasarme enseguida la botella de vinagre? Ya no le oigo respirar.

En efecto, hacía un momento que aquel hombre no respiraba. Sus ojos continuaban cerrados, su boca entreabierta. Estaba frío. Su palidez no había podido aumentar, pero tenía un color de ceniza. Y el vagón rodaba con su ruido de hierros sacudidos, pareciendo cada vez mayor la velocidad del tren.

—Voy a frotarle las sienes —añadió sor Jacinta—. Ayúdeme.

Súbitamente, el hombre, por efecto de un fuerte vaivén, cayó de bruces.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ayúdeme a recogerlo!

Lo levantaron. Estaba muerto. Hubo que acomodarlo en su rincón, de espaldas contra el tabique. Se quedó enhiesto, con el torso rígido, sin más que un pequeño balanceo de la cabeza a cada sacudida del tren, que continuaba transportándolo con el mismo ruido atronador, mientras la locomotora, feliz de llegar, sin duda, lanzaba silbidos de júbilo, a través de la noche plácida.

La media hora que quedaba del viaje fue interminable con aquel muerto. Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de sor Jacinta; luego, cruzando las manos, se puso a rezar. Todo el vagón se estremecía horrorizado ante el compañero a quien llevaban demasiado tarde ante la Santísima Virgen. Pero la esperanza era más fuerte que el dolor, y aunque todos los males allí amontonados se despertaban, aumentaban y se exasperaban bajo la aplastante fatiga, no por ello dejaba de saludarse con un canto de alegría la entrada triunfal en la tierra del milagro.

Los enfermos acababan de entonar el *Ave Maris Stella*, en medio del llanto que el sufrimiento les arrancaba, en un clamor creciente en que los lamentos terminaban en exclamaciones de esperanza.

María volvió a tomar la mano de Pedro entre sus dedos pequeños y febriles.

—¡Oh, Dios mío! Ese hombre ha muerto. ¡Y yo, que temía también morir antes de llegar! ¡Pero ya llegamos, ya llegamos, por fin!

El sacerdote temblaba con infinita emoción.

—Es que usted sanará, María, y yo también, si usted ruega por mí.

La locomotora silbaba con más violencia en el seno de las tinieblas azules. Llegaban ya; las luces de Lourdes parpadeaban en el horizonte. Todo el tren entonaba otro cántico, la historia de Bernadette, la inacabable letanía de sesenta estrofas, en que la salutación angélica se reitera sin cesar, como estribillo, bajo la obsesión enloquecedora del éxtasis celestial.

# **JORNADA SEGUNDA**

## I

**E**l reloj de la estación, cuyo cuadrante iluminaba un reflector, marcaba las tres y veinte. Bajo la marquesina que cubría el andén, de unos cien metros de largo, iban y venían sombras resignadas a la espera. A lo lejos, en la oscuridad del campo, no se veía más que la luz roja de una señal.

Dos de los que paseaban se detuvieron. El más alto era el reverendo Fourcade, padre de la Asunción y director de la peregrinación nacional, y había llegado el día antes; hombre de sesenta años, arrogante bajo su esclavina negra de gran capuchón, su hermoso semblante, de ojos claros y dominadores y barba tupida y agrisada, era el de un general inflamado por la voluntad inteligente de la conquista. Sin embargo, arrastraba algo una pierna, por efecto de un súbito ataque de gota, y se apoyaba en el hombro de su compañero, el doctor Bonamy, médico adscrito a la oficina de comprobación de los milagros. Era éste bajo, de cara afeitada, ojos empañados y como enturbiados y facciones angulosas y tranquilas.

El padre Fourcade interpeló al jefe de la estación, que salía corriendo de su oficina:

—¿Viene muy retrasado el tren blanco, caballero?

—No, reverendo padre, diez minutos. Estará aquí a la media... Lo que me preocupa es el tren de Bayona, que ya debiera haber pasado.

El jefe reanudó su carrera para dar una orden. Luego volvió, nervioso, con aquella agitación febril que lo mantenía en pie de día y de noche, cuando llegaban las grandes peregrinaciones. Para aquella mañana esperaba, además del servicio habitual, dieciocho trenes, con más de quince mil viajeros. El tren gris y el tren azul, los primeros salidos de París, habían llegado ya a la hora reglamentaria. Pero el retraso del tren blanco lo complicaba todo, tanto más cuanto que el expreso de Bayona tampoco había sido anunciado. Por tanto, eran comprensibles la constante vigilancia y el estado de alerta forzoso en que vivía el personal.

—Diez minutos, ¿eh? —repitió el padre Fourcade.

—Sí, diez minutos, a menos que nos veamos obligados a cerrar la vía —farfulló el jefe de la estación al mismo tiempo que echaba a correr hacia el telégrafo.

El religioso y el médico reanudaron lentamente su paseo. Les sorprendía que nunca hubieran ocurrido accidentes graves en medio de semejante barullo. En tiempos pasados, sobre todo, reinaba un desorden increíble. El padre complacía en evocar la primera peregrinación que había organizado y conducido en 1875. En primer lugar, el terrible e interminable viaje sin almohadas ni colchones, con enfermos medio muertos, a quienes no se sabía cómo reanimar; por último, la llegada a Lourdes, el desconcierto general, sin ningún material preparado, sin camillas, sin carruajes. Hoy existía una poderosa organización y hospitales que esperaban a los enfermos, que no se veían ya obligados a acostarse bajo cobertizos y sobre paja. ¡Qué trastorno para aquellos desgraciados! ¡Qué fuerza de voluntad en el hombre que los llevaba hacia el milagro! El buen padre sonreía dulcemente pensando en la obra que había llevado a cabo.

Siempre apoyado en el hombro del doctor, le preguntaba ahora:

—¿Cuántos peregrinos hubo el año pasado?

—Cerca de doscientos mil. Se mantiene este término medio. El año de la coronación de la Virgen el número se elevó a quinientos mil. Pero se trataba de una ocasión excepcional, de un esfuerzo de publicidad considerable. Naturalmente, multitudes tan grandes no se reúnen todos los días.

Después de una pausa, el fraile murmuró:

—No hay duda. La bendita obra prospera, sin embargo, cada vez más. Hemos reunido alrededor de doscientos cincuenta mil francos para este viaje. Y Dios estará con nosotros. Estoy seguro de que mañana tendrá usted que registrar muchas curaciones.

Y añadió, después de una breve interrupción:

—Pero ¿no ha venido el padre Dargelès?

El doctor Bonamy replicó con un gesto vago, como indicando que lo ignoraba. Este padre Dargelès era el encargado de la redacción del «Diario de la Gruta». Pertenecía a la orden de los padres de la Inmaculada Concepción, instalados por el obispado en Lourdes, donde eran amos absolutos. Pero como los padres de la Asunción llevaban desde París la peregrinación nacional, a la que se unían los fieles de las ciudades de Cambrai, Arras, Chartres, Troyes, Reims, Lens, Orleans, Blois, Poitiers, ponían una especie de afectación en desaparecer completamente, pues no se les veía ni en la gruta ni en la basílica, como si entregaran todas las llaves con todas las responsabilidades. Su superior, el padre Capdebarthe, hombre de cuerpo enorme y nudoso, como tallado a hachazos, una especie de campesino cuya dura cara conservaba el reflejo rojizo y sombrío del terruño, no se dejaba tampoco ver. El padre

Dargelès, pequeño e insinuante, era el único a quien se encontraba por todas partes, en busca de notas para su periódico. Pero, si los padres de la Inmaculada desaparecían, se les adivinaba detrás de la vasta tramoya, como la fuerza oculta y soberana que se procuraba dinero y trabajaba sin descanso por la triunfal prosperidad de la casa. Utilizaban hasta su misma humildad.

—La verdad es —siguió diciendo el padre Fourcade— que ha habido necesidad de levantarse temprano, a las dos de la madrugada... Pero no quería faltar. ¿Qué hubieran dicho mis pobres hijos?

Así llamaba a los enfermos, carne de milagros. Nunca había dejado de encontrarse en la estación, cualquiera que fuese la hora de la llegada, para esperar el tren blanco, aquel tren lamentable, lleno de grandes sufrimientos.

—Las tres y veinticinco. Aún faltan cinco minutos —advirtió el doctor Bonamy, que ahogó un bostezo mientras miraba el reloj. En el fondo, a pesar de su aire obsequioso, estaba de mal humor, por haber abandonado la cama tan temprano.

Por el andén, parecido a un paseo cubierto, continuaron ambos su lenta marcha, entre la densa oscuridad de la noche, apenas aclarada por los manchones de luz amarilla de los mecheros de gas. Sombras imprecisas formando pequeños grupos —sacerdotes, caballeros de levita, un oficial de dragones—, iban y venían, cuchicheando. Otros, sentados en los bancos adosados a la fachada de la estación, hablaban también o esperaban simplemente, con la mirada hundida al frente, en el campo entenebrecido. Las oficinas y las salas de espera, intensamente iluminadas, recortaban sus puertas claras, y el bar resplandecía ya con sus mesas de mármol y el mostrador lleno de canastillas con pan y frutas, botellas y vasos.

Pero, principalmente a la derecha, en el extremo del andén, había un confuso hormigueo de gente. Por allí, por la puerta de la mensajería, era por donde se hacía salir a los enfermos. Una aglomeración de camillas y cochecitos, entre pilas de almohadas y colchones, obstruía la ancha acera. Había tres equipos de camilleros, integrados por hombres de todas las clases sociales, especialmente jóvenes de la mejor sociedad, que llevaban sobre la ropa la cruz roja ribeteada con trencilla de color anaranjado y el tirante de cuero amarillo. Muchos se tocaban con boina, cómoda prenda vernácula. Algunos, equipados como para una lejana expedición, llevaban magníficas polainas que les subían hasta las rodillas. Unos fumaban, mientras otros, instalados en sus cochecitos, dormían o leían un periódico a la luz de los faroles de gas cercanos. Había un grupo aparte, en que se discutía una cuestión de servicio.



De pronto, los camilleros saludaron a un hombre de aspecto paternal, todo vestido de blanco, de rostro lleno y bonachón, con grandes ojos azules de niño crédulo, que acababa de llegar. Era el barón Suire, presidente de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud y uno de los hombres más ricos de Tolosa.

—¿Dónde está Berthaud? —preguntó a todos con aire preocupado—. ¿Dónde está Berthaud? Necesito hablarle.

Respondieron de manera contradictoria. Berthaud era el director de los camilleros. Mientras unos acababan de ver al señor director con el reverendo padre Fourcade, otros afirmaban que debía de estar en el patio de la estación, revisando los coches y las ambulancias.

—Si el señor presidente desea que vayamos a buscar al señor director...

—¡No, no; gracias! Yo mismo lo buscaré.

Mientras tanto, Berthaud, que acababa de sentarse en un banco en el otro extremo de la estación, conversaba con su joven amigo Gerardo de Peyrelongue, esperando la llegada del tren. Era un hombre de unos cuarenta años de edad, de rostro hermoso y regular y cuidadas patillas de magistrado. Aunque pertenecía a una familia legitimista militante y profesaba personalmente opiniones muy reaccionarias, fue procurador de la República en una ciudad del Mediodía hasta el 24 de mayo, al día siguiente del cual, a raíz de los decretos contra las congregaciones, presentó espectacularmente la dimisión en una carta insultante dirigida al ministro de Justicia, ingresando después en la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud a guisa de protesta, y asistiendo todos los años a la romería de Lourdes, convencido de que las peregrinaciones eran desagradables y perjudiciales para la República y de que sólo la Santa Virgen podía restablecer la monarquía con uno de aquellos milagros que prodigaba en la gruta. Por lo demás, era un hombre de muy buen sentido y risa fácil y hacía gala de una caridad jovial para con los pobres enfermos, cuyo traslado tenía que asegurar durante los tres días de la peregrinación nacional.

—¿De modo, mi querido Gerardo —preguntaba al joven sentado junto a él—, que te casas este año?

—Desde luego, si encuentro la mujer que necesito —contestó éste—. Dame un buen consejo, primo.

Gerardo de Peyrelongue, bajito, delgado, pelirrojo, de nariz aguileña y pómulos huesudos, era natural de Tarbes, donde sus padres acababan de morir, dejándole unos siete u ocho mil francos de renta. Muy ambicioso, no había descubierto aún en su provincia la mujer que quería, bien emparentada

y capaz de llevarle muy lejos y muy alto. Por eso había ingresado en la Hospitalidad e iba todos los años a Lourdes, con la vaga esperanza de descubrir entre la muchedumbre de fieles, entre la multitud de señoras y señoritas de ideas sensatas, la mujer que le hacía falta para proseguir su camino en este bajo mundo. Permanecía perplejo, pues, aun cuando había ya puesto su atención en varias jóvenes, ninguna le satisfacía por completo.

—Tú, que eres hombre de experiencia —decía a su primo—, aconséjame. La señorita de Lemercier, que viene con su tía, es, sin duda, una candidata. Según dicen, es muy rica, pero no pertenece a nuestro mundo y me parece algo alocada.

Berthaud movió la cabeza.

—Ya te he dicho que yo me quedaría con Raimunda, la señorita de Jonquière.

—¡Pero si no tiene un céntimo!

—Es verdad. Apenas tienen para comer. Pero es una chica simpática, correctamente educada, y sobre todo, económica. Esto tiene mucha importancia, porque ¿de qué te servirá casarte con una chica rica si se te come todo lo que te lleva? Mira, conozco mucho a esas señoras, porque en invierno las encuentro en los salones más influyentes de París. Además, no olvides al tío, al diplomático que ha tenido el triste valor de permanecer al servicio de la República, y que hará de su sobrino lo que quiera.

Conmovido un instante, Gerardo volvió a su perplejidad.

—No... Sin un céntimo, ¡imposible! Lo pensaré, de todos modos; pero la verdad es que me da mucho miedo.

Berthaud se echó a reír francamente.

—Vaya; si eres ambicioso, has de arriesgar algo. Te digo que esto representa una secretaría de embajada. Madre e hija vienen en el tren blanco que estamos esperando. Decídete a hacerle la corte.

En aquel momento fueron interrumpidos. El barón Suire, que había pasado ya una vez por delante de ellos sin advertirlos, a causa de las sombras que los envolvían en aquel apartado rincón, acababa de reconocer la risa franca del exprocurador de la República. Inmediatamente, con la volubilidad del hombre cuyo cerebro reacciona fácilmente, le dio varias órdenes referentes a los coches y a los traslados, deplorando que no se pudiera llevar a los enfermos a la gruta en cuanto llegaran, por ser tan de madrugada. Los instalarían, pues, en el Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, lo que les permitiría descansar un poco después de tan duro viaje.

Mientras el barón y el jefe de los camilleros acordaban las medidas adecuadas al caso, Gerardo estrechaba la mano a un sacerdote que vino a sentarse junto a él en el banco. El abate Des Hermoises, de apenas treinta y ocho años de edad, tenía una hermosa cabeza de cura mundano, peinada con esmero. Olía bien y era adorado por las mujeres. Hombre muy amable, acudía a Lourdes, como muchos de sus colegas sin obligaciones determinadas, por puro gusto, y conservaba en el fondo de sus bellos ojos la chispa viva, la sonrisa de un escéptico, superior a toda idolatría. Creía, eso sí, y obedecía; pero como la Iglesia no se había pronunciado acerca de los milagros, parecía dispuesto a discutirlos. Conocía a Gerardo por haber vivido en Tarbes.

—¿Qué tal? —le dijo—. No deja de ser impresionante esto de esperar trenes de noche. Aquí me tiene usted por una señora, una de mis antiguas penitentes de París; pero no sé con certeza en qué tren llegará. Como usted ve, tanto me apasiona esto que me quedo.

Luego, otro sacerdote, un viejo cura de aldea, que también se había sentado allí, se puso a hablarle bonachonamente de la belleza de la comarca de Lourdes y del efecto teatral que poco después producirían las montañas al mostrarse cuando saliera el sol.

De nuevo hubo una brusca alarma. El jefe de la estación corría dando órdenes. El padre Fourcade, a pesar de su pierna gotosa, retiró la mano del hombro del doctor Bonamy para acercarse vivamente.

—Es ese dichoso expreso de Bayona, que puede estar en peligro —respondía el jefe de la estación a las preguntas—. Hasta que sepa bien lo que pasa no estaré tranquilo.

En aquel momento se oyó un timbre, y el empleado de la estación desapareció en las tinieblas, balanceando una linterna, mientras a lo lejos se veía brillar una señal luminosa. El jefe de la estación exclamó:

—¡Ah, es el tren blanco! Veremos si tenemos tiempo de bajar a los enfermos antes de que pase el expreso.

Y, reanudando su carrera, desapareció. Berthaud llamó a Gerardo, que era jefe de un equipo de camilleros, y ambos se apresuraron a reunirse con el resto del personal, al que ya animaba el barón Suire. Los camilleros acudían de todas partes, se agitaban y empezaban a arrastrar los cochecillos, a través de las vías, hasta el andén, descubierto y en plena oscuridad. Bien pronto se formó allí un enorme montón de almohadas, colchones y camillas, mientras el padre Fourcade, el doctor Bonamy, los sacerdotes, los caballeros y el oficial de dragones atravesaban también las vías para presenciar el descenso de los enfermos. Muy a lo lejos, en el fondo de los campos oscuros, sólo se veía el

farol de la locomotora, semejante a una estrella roja que fuera creciendo. Estridentes silbidos rasgaban la noche. Luego callaron, y sólo persistieron el jadeo del vapor y el sordo ruido de las ruedas, que iba disminuyendo poco a poco. Entonces se oyó distintamente el himno de Bernadette, entonado por todos los del tren, con los Ave obsesionantes del estribillo. Y aquel tren de sufrimientos y de fe, aquel tren de cánticos y gemidos, que hacía su entrada en Lourdes, se detuvo.

Se abrieron las portezuelas, y la multitud de peregrinos sanos y de enfermos que podían caminar descendió, llenando el andén. Los escasos faroles de gas iluminaban débilmente aquella triste muchedumbre de variada indumentaria y cargada con paquetes de toda clase, cestos, maletas y cajas de madera. Entre codazos, del seno de aquel rebaño azorado, que buscaba un sitio por donde salir, partían exclamaciones, gritos de familiares perdidos que se llamaban y saludos de personas esperadas allí por sus parientes o amigos. Una mujer declaraba con aire de fingida satisfacción: «He dormido muy bien. —Un cura se iba con su maleta diciendo a una señora lisiada—: ¡Buena suerte!». La mayoría tenía la expresión atónita, fatigada y gozosa de las gentes a quienes un tren de recreo deja en una estación desconocida. Tanto era el tumulto y de tal manera aumentaba la confusión entre las tinieblas, que los viajeros no entendían a los empleados, que se desgañitaban, gritando: «¡Por aquí! ¡Por aquí!», para apresurar el desalojo del andén.

Sor Jacinta se bajó prestamente del vagón, dejando el muerto bajo el cuidado de sor Clara de los Ángeles, y corrió al furgón de la cantina algo aturdidamente, pensando que Ferrand la ayudaría. Por suerte, topose delante del furgón con el padre Fourcade, a quien contó en voz baja el suceso. Éste reprimió un gesto de contrariedad, llamó al barón Suire, que pasaba por allí, y le habló al oído. Cuchichearon unos segundos. Luego, el barón Suire partió, atravesando la multitud con dos camilleros que llevaban unas angarillas cubiertas. El muerto fue llevado así, como un enfermo simplemente desvanecido, sin que la multitud de peregrinos se ocupara más de él en la emoción de la llegada. Los dos camilleros, precedidos del barón, fueron a depositar el cadáver, provisionalmente, en la sala de la mensajería, detrás de unos toneles. Uno de los camilleros, un jovencito rubio, hijo de un general, quedó junto al difunto.

Sor Jacinta, mientras tanto, había vuelto al vagón, luego de haber rogado a la hermana San Francisco que la esperase en el patio de la estación, junto al coche reservado que había de trasladarlas al Hospital de Nuestra Señora de

los Dolores. Pero como antes de marcharse hablara de ayudar a sus enfermos a bajar del vagón, María no quiso que la tocaran.

—No, no se ocupe de mí, hermana. Yo me quedaré la última. Mi padre y el abate Froment han ido a buscar las ruedas al furgón. Los espero. Saben cómo se arma esto, y me llevarán. ¡No tenga usted cuidado!

Igualmente el señor Sabbathier y el hermano Isidoro deseaban que no se les moviese mientras el gentío no se hubiera dispersado un poco. La señora de Jonquière, encargada de la Grivotte, prometía cuidar también de que la señora de Vêtu fuera conducida en una de las ambulancias.

Sor Jacinta decidió partir entonces inmediatamente para prepararlo todo en el hospital. Se llevó con ella a la pequeña Sofía Couteau y a Elisa Rouquet, cuyo rostro envolvió piadosamente. La señora de Maze las precedía, mientras la viuda de Vincent forcejeaba entre la multitud, llevando en brazos a su niña, sin sentido, sin más idea que la de correr para dejar a Rosita en la gruta, a los pies de la Santísima Virgen. Ahora la multitud se agolpaba en la puerta de salida. Fue preciso abrir las de la sala de equipajes para facilitar el paso de toda aquella gente. Los empleados, no sabiendo cómo recoger los boletos, tendían sus gorras, que se llenaban con una lluvia de cartoncitos.

En el patio, un gran patio cuadrado, cerrado en tres de sus costados por las edificaciones bajas de la estación, había también una confusión extraordinaria, una barahúnda de vehículos de todas clases. Los ómnibus de los hoteles, alineados junto al cordón de la acera, llevaban en sus cartelones los nombres más venerados: Jesús y María, San Miguel, el Rosario, el Sagrado Corazón. Además, se entremezclaban coches de ambulancia, landós, cabriolés, jardineras y carritos tirados por burros, cuyos conductores gritaban y juraban entre el tumulto, aumentado por la oscuridad, solamente atravesada por los vivos destellos de los faroles. Como la tormenta se había desencadenado por la noche, las patas de los caballos, al hundirse en los baches, despedían salpicaduras de lodo líquido. Los peatones chapoteaban en los charcos hasta el tobillo.

El señor Vignerón, a quien seguían, trastornadas, su esposa y la señora de Chaise, levantó a Gustavo para acomodarlo con su muleta en el ómnibus del hotel de las Apariciones, al que enseguida subieron todos. La señora de Maze, en un estremecimiento de gata melindrosa que teme ensuciarse la punta de las patas, hizo una señal al cochero de un viejo cupé, subió y desapareció discretamente, dando la dirección del convento de las Hermanas Azules. Finalmente, sor Jacinta pudo instalarse con Elisa Rouquet y Sofía Couteau en un carro grande de asientos transversales, que ya ocupaban Ferrand y las

hermanas San Francisco y Clara de los Ángeles. Los cocheros fustigaban a sus briosos caballos, y los coches partían con ruido infernal entre los gritos de las gentes y las salpicaduras de barro.

Ante el gentío que se arremolinaba, la viuda de Vincent vacilaba en seguir con su preciosa carga. A veces oía reír a su alrededor. ¡Qué lodazal! Todos se arremangaban y se iban. Por fin, más despejado ya el patio, se arriesgó a seguir. ¡Qué miedo le daba pensar que podía resbalar en la oscuridad y caer en el fango! Al llegar al camino, que seguía cuesta abajo, vio unos grupos de mujeres de la localidad que estaban al acecho para ofrecer habitaciones, cama y mesa, según los recursos de cada uno.

—¿Quiere hacer el favor de decirme por dónde se va a la gruta? —preguntó a una anciana.

Ésta no respondió, sino que le propuso una habitación barata.

—Todo está lleno. En los hoteles no hallará nada. Quizá encuentre usted dónde comer; pero, créame, no encontrará ni un agujero donde acostarse.

¡Comer! ¡Acostarse! ¡Dios mío! ¿Acaso pensaba en tales cosas la señora de Vincent, que había salido con franco y medio en la cartera, que era todo cuanto le quedaba, después de los gastos que había tenido que hacer?

—Señora, haga el favor de indicarme el camino para ir a la gruta.

—Mire —le contestó una joven compasiva—, baje por este camino, tuerza a la derecha y llegará a la gruta.

En el andén de descenso, en el interior de la estación, continuaba el barullo. Mientras los peregrinos sanos y los enfermos que podían caminar fueron desalojando poco a poco el lugar, los tullidos aguardaban allí, pues era difícil bajarlos y transportarlos. Sobre todo, los camilleros se multiplicaban y corrían locamente con sus camillas y sus cochecitos para atender aquella extraordinaria tarea, que no sabían por dónde empezar.

Berthaud, que pasaba gesticulando seguido por Gerardo, vio a dos señoras y a una joven que, de pie junto a un farol de gas, parecían esperar. Al reconocer a Raimunda, detuvo vivamente con un ademán a su compañero.

—¡Oh, señorita; cuánto placer en verla! ¿Su madre está bien? Han tenido un buen viaje, ¿verdad?

Y sin esperar, añadió:

—Mi primo, Gerardo de Peyrelongue.

Raimunda miraba fijamente al joven, con sus ojos claros y sonrientes.

—¡Oh, ya tuve el gusto de conocer un poco a este caballero! Ya nos hemos encontrado en Lourdes.

Gerardo, entonces, a quien le pareció que su primo Berthaud llevaba las cosas demasiado de prisa, y resuelto a no dejarse cazar sin más, se limitó a saludar con extremada cortesía.

—Estamos esperando a mamá —dijo la joven—. Se halla muy ocupada, porque tiene enfermos graves.

La señora de Désagneux, con su linda cabecita de alborotados cabellos, intervino diciendo que le estaba bien merecido a la señora de Jonquière por haber rehusado sus servicios. Y se enfadaba de impaciencia, ardiendo en deseos de ser útil en algo. Mientras tanto, la señora de Volmar, discreta y silenciosa, procuraba pasar inadvertida y hundirse entre las sombras, como si buscara a alguien con sus magníficos ojos, velados de ordinario, donde chisporroteaba una hoguera.

En aquel instante hubo un movimiento. Era que bajaban a la señora de Dieulafay de su compartimiento de primera. La señora de Désagneux no pudo contener una exclamación piadosa:

—¡Pobre señora!

Daba pena, en efecto, aquella mujer joven, rodeada de gran lujo, acostada entre encajes como en un ataúd, tan consumida que parecía un pingajo, y depositada en el andén mientras esperaba que se la llevaran. Su marido y su hermana estaban de pie junto a ella, ambos muy elegantes y muy apenados, mientras un criado corría con los bártulos e iba a cerciorarse si estaba en el patio la calesa encargada telegráficamente. El abate fudaine también cuidaba de la enferma, y cuando ésta fue levantada por dos hombres, él se inclinó para decirle adiós y pronunció unas frases amables, que ella no pareció entender. Luego, viéndola partir, añadió dirigiéndose a Berthaud, a quien conocía:

—¡Pobre gente! ¡Si pudieran comprar la curación! Les he dicho que, con la Santísima Virgen, el oro más precioso es la oración. Y creo que he rezado bastante para que el cielo se apiade. Pero no por eso dejan de traer una magnífica ofrenda: una lámpara de oro para la basílica, verdadera maravilla, engarzada de pedrería. ¡Que María Inmaculada se digne favorecerla!

Como ése, muchos otros regalos llegaban para la Virgen. Acababan de pasar enormes ramos de flores, especialmente uno, que era una especie de triple corona de rosas montada sobre un pedestal de madera. El anciano sacerdote explicó que, antes de salir de la estación, quería hacerse cargo de un estandarte, donativo de la bella señora de Jousseur, la hermana de la señora de Dieulafay.

En esto llegó la señora de Jonquière, que, notando la presencia de Berthaud y Gerardo, les dijo:

—Por favor, caballeros, vayan a aquel vagón. Hacen falta hombres, porque hay que bajar tres o cuatro enfermos. Yo estoy desesperada porque no puedo hacer nada.

Gerardo, después de saludar a Raimunda, se apresuró a acudir al llamamiento, mientras Berthaud aconsejaba a la señora de Jonquière que no se quedara en el andén, y le juraba que ya no la necesitaban, que él se encargaba de todo y que ella tendría los enfermos en el hospital antes de tres cuartos de hora.

La señora de Jonquière acabó finalmente por ceder y tomó un coche en compañía de Raimunda y de la señora de Désagneaux. A última hora, la señora de Volmar había desaparecido, como cediendo a una brusca impaciencia. Alguien creía haberla visto acercarse a un caballero desconocido, sin duda para pedirle algún informe. Por lo demás, ya la encontrarían en el hospital.

Berthaud se reunió con Gerardo delante del vagón en el momento en que éste, ayudado por otros dos camaradas, trataban de bajar al señor Sabathier. Era una ardua tarea, porque se trataba de un hombre grueso y pesado; parecía que jamás podría salir por la portezuela del compartimiento. Sin embargo, había entrado. Otros dos camilleros dieron la vuelta por la portezuela trasera, y se consiguió, por fin, colocar al enfermo en el andén.

Comenzaba el día con un cielo pálido y aquel andén ofrecía un aspecto lamentable con su descarga de ambulancia improvisada. La Grivotte, desvanecida, yacía sobre un colchón, en espera de ser conducida. A la señora de Vêtu, presa de una crisis y sufriendo de tal manera que se ponía a gritar no bien se la tocaba, habían tenido que sentarla junto a un farol. Enfermeros de enguantadas manos llevaban penosamente en sus carretillas a infelices mujeres sórdidamente vestidas, con viejas cestas a los pies. Otros no podían abrirse paso con sus camillas, en las que iban cuerpos rígidos, cuerpos tristes, cuerpos mudos, con ojos de angustia. Había lisiados que conseguían deslizarse, como un joven sacerdote cojo y un muchacho con muletas, jorobado y con una pierna amputada, que se escurrían arrastrándose como un gnomo entre los grupos. Y se agolpaba la gente ante un hombre doblado por la cintura, retorcido por una parálisis, hasta el punto de que había que transportarlo así en una silla vuelta al revés, con las piernas y la cabeza hacia abajo.

En momentos en que el barullo llegaba al colmo, el jefe de la estación apareció gritando:



—¡Anuncian el expreso de Bayona! ¡Aprisa, aprisa, que sólo faltan tres minutos!

El padre Fourcade, que permanecía entre el gentío asido del brazo del doctor Bonamy, alentando con alegre actitud a los enfermos, llamó con un ademán a Berthaud para decirle:

—Bajen a todos, que ya se los llevarán después.

El consejo era muy prudente. Dieron término a la tarea. En el vagón no quedaba más que María, que esperaba pacientemente. Por fin, aparecieron el señor de Guersaint y Pedro con los dos pares de ruedas. Pedro, ayudado solamente por Gerardo, bajó rápidamente a la joven. Como María era de una levedad de pájaro aterido, sólo les dio algo de trabajo la caja. Luego, los dos hombres la colocaron sobre las ruedas, que atornillaron convenientemente. Y hubieran podido llevarse a María empujando el carricoche de no haberlo impedido la muchedumbre.

—¡Aprisa! ¡Aprisa! —repetía el jefe de la estación.

Y él mismo ayudaba, pasando una mano o sosteniendo los pies de un enfermo para que lo sacasen cuanto antes de su compartimiento. Empujaba los cochecitos y despejaba el borde del andén. Pero, en un vagón de segunda clase, una mujer, la última en apearse, acababa de ser presa de una atroz crisis nerviosa. Aullaba y se crispaba. No era posible pensar ni en tocarla en aquel momento. ¡Y aquel expreso que llegaba, anunciado por el continuo tintineo de los timbres eléctricos! Hubo que decidirse a cerrar la portezuela y a llevar el tren a un desvío, donde permanecería formado durante tres días, hasta que volvía a recoger su carga de peregrinos y de enfermos. Mientras el tren se alejaba se oyeron nuevamente los gritos de la desgraciada, que había tenido que quedarse acompañada por una religiosa; eran unos gritos cada vez más débiles, como de niño sin fuerzas al que se acaba por aquietar.

—¡Gracias a Dios! —murmuró el jefe de la estación—. ¡Ya era tiempo!

El expreso de Bayona llegaba, en efecto, a todo vapor, y pasó como un relámpago a lo largo del lastimoso andén donde se arrastraba la dolorosa miseria de aquel montón de carne de hospital. Los cochecillos y las camillas temblaron, pero no hubo ningún accidente, porque los mozos de la estación vigilaban para apartar de las vías al despavorido rebaño que continuaba atropellándose para salir. Por lo demás, la circulación se restableció inmediatamente y los camilleros terminaron el traslado de los enfermos con cuidadosa lentitud.

Aumentaba la claridad; un alba clara blanqueaba el cielo, iluminando con su reflejo la tierra, todavía oscura. Podían ya distinguirse las personas y las

cosas.

—¡No, después! —repetía María a Pedro, que procuraba abrirse camino—. Esperemos a que salga la gente.

Y puso su atención en un hombre como de sesenta años, de aspecto militar, que se paseaba por entre los enfermos. De cabeza cuadrada, tenía los cabellos blancos y cortados en forma de cepillo, y se le hubiera tomado por hombre que estaba aún en la plenitud de sus energías, a no haber sido porque arrastraba el pie izquierdo, echándolo hacia adentro a cada paso que daba, a tiempo que se apoyaba en un grueso bastón que llevaba en la mano izquierda.

El señor Sabathier, que iba a Lourdes desde hacía siete años, le vio y le dijo regocijado:

—¡Hola, querido Comendador!

Quizá se llamaba así: señor Comendador. O tal vez le daban ese nombre, a pesar de que no era más que un simple caballero, porque lucía una condecoración en forma de una ancha cinta encamada.

Nadie hubiera podido decir a punto fijo su historia; debía de tener familia en alguna parte, acaso hijos; pero todo eso lo decían sin concretar. Hacía tres años que tenía a su cargo en la estación la vigilancia de las cargas, un puesto insignificante y de poco trabajo, que le habían dado de favor y que le producía un modesto sueldo, con el que vivía completamente dichoso. A los cincuenta y cinco años sufrió el primer ataque de apoplejía, y dos años después tuvo el segundo, de resultas del cual había quedado algo paralítico del lado izquierdo. Esperaba que le diese el tercer ataque el día menos pensado, y lo esperaba con absoluta tranquilidad. Solía decir que vivía pendiente de cualquier capricho de la muerte, esta noche, mañana, ahora mismo.

Todo Lourdes le conocía por su manía al llegar alguna peregrinación. Tenía, en efecto, la costumbre de ir, arrastrando el pie y apoyándose en su bastón, al encuentro de los enfermos, a la hora en que llegaba el tren, haciéndose el asombrado y echándoles en cara el ansia furiosa que sentían de verse sanos.

Como era ya aquél el tercer año que tropezaba con el señor Sabathier, descargó sobre él todo su enojo.

—¡Cómo! ¡Otra vez usted por aquí! ¿De manera que usted se aferra en vivir esta execrable vida? ¡Santo Dios! ¿Por qué no se queda usted a morir tranquilamente en su cama? ¿Puede haber acaso algo mejor que eso en este mundo?

El señor Sabathier se reía, sin enfadarse, aunque estaba quebrantado por la manera violenta en que había sido necesario descenderlo del vagón.

—Piense usted lo que quiera; yo prefiero curarme.

—¡Curarse, curarse! Todos piden lo mismo. Hacer centenares de kilómetros; llegar hecho pedazos, bramando de dolor, ¿y todo para qué? ¡Para sanar, para empezar de nuevo el calvario de dolores y sufrimientos! Vamos a ver, señor mío: supóngase que la Santa Virgen le devuelve el uso de las piernas. A su edad, con su cuerpo arruinado, ¿qué hace usted con ellas? ¡Lucido papel le espera! ¿Qué alegría encontraría usted en prolongar unos cuantos años más su abominable vejez? Escúcheme: ya que está con un pie en el estribo, ¿qué hace que no se muere de una vez por todas? ¡Ahí está la felicidad!

Y decía esto no como creyente que aspira a la recompensa de la otra vida, sino como hombre que calcula volver a la nada, a la inmensa paz eterna del no ser.

Mientras el señor Sabathier se encogía de hombros, como quien escucha las tonterías de un niño, el abate Judaine, que había dado al fin con su estandarte, se detenía al pasar para reconvenir suavemente al Comendador, a quien también él conocía.

—No diga usted blasfemias, querido señor. Rehusar la vida y despreciar la salud es ofender al cielo. Si usted me hubiera escuchado, ya habría pedido a la Virgen la curación de su pierna.

El Comendador se enfadó.

—¡Mi pierna! Bien sé que no hay Virgen que me la pueda curar. Y eso me tranquiliza. ¡Que venga, pues, la muerte de una vez, que acabe todo, y que acabe para siempre! Cuando se tiene que morir, se vuelve uno de cara a la pared, y listo. ¡Si es sencillísimo!

El anciano sacerdote le cortó la palabra y, señalando a María, que les escuchaba, tumbada en su caja, le dijo:

—¿Quiere usted que todos nuestros enfermos se queden a morir en sus casas, incluso esta señorita, que se encuentra en plena juventud y que desea vivir?

María abrió sus grandes ojos y miraba ardorosamente, en su intenso afán de vivir, de tomar su sitio al sol en este vasto mundo. El Comendador, que se había acercado a ella, la contemplaba, súbitamente dominado por una profunda emoción, que le hacía temblar la voz.

—Si esta señorita llega a sanarse, yo le deseo otro milagro: que sea feliz.

Y se marchó, prosiguiendo su paseo de filósofo enojado por entre los enfermos, arrastrando el pie y haciendo resonar las baldosas con el regatón de hierro de su bastón.

Poco a poco fue despejándose el andén. Se habían llevado a la señora de Vêtu y a la Grivotte; al señor Sabathier lo condujo Gerardo en un cochecito. Mientras tanto, el barón Suire y Berthaud daban órdenes para el arribo del tren siguiente, el tren verde, que ya se esperaba. No quedaba allí sino María, de quien Pedro se encargaba celosamente.

Tirando de la caja, la había conducido hasta el patio de la estación, cuando notaron que el señor de Guersaint había desaparecido desde hacía unos instantes. Pero le vieron casi enseguida, en animada conversación con el abate Des Hermoises, al que acababa de conocer. Les había aproximado la misma admiración por la naturaleza. Asomaba el día, y las montañas circundantes se mostraban en toda su majestuosidad. El señor de Guersaint estallaba en exclamaciones de asombro.

—¡Qué hermosura de país! Hace treinta años que estoy deseando visitar el valle de Gavarnie. Pero queda lejos y es tan caro el viaje que seguramente no podré hacer nunca tal excursión.

—Se equivoca usted, señor mío. Nada más factible. Yendo entre varios, el gasto resulta módico. Precisamente tengo la intención de volver este año, de manera que si usted quiere ser de los nuestros...

—¡Desde luego, señor! ¡Ya hablaremos de eso! ¡Infinitas gracias!

Su hija le llamaba, y el señor de Guersaint acudió junto a ella, después de cambiar cordiales saludos con su interlocutor. Pedro había resuelto llevar a María hasta el hospital para evitar que la traspardaran a otro carruaje. Los ómnibus, los landós, los camiones, estaban de regreso y llenaban el patio de la estación, a la espera del tren verde. Pedro tuvo bastante trabajo para llegar hasta la carretera con el carrito de María, cuyas pequeñas ruedas se hundían en el fango hasta los ejes. Los agentes de policía, encargados de guardar el orden, echaban pestes contra todo aquel abandono, porque el barro les salpicaba las botas. Únicamente las corredoras de casas de huéspedes, lo mismo las viejas que las jóvenes, ansiosas por alquilar sus habitaciones, se reían de los baches y se metían en ellos con sus zuecos, a la caza de peregrinos.

Al sentir que el carricoche rodaba más fácilmente por la carretera en declive, María alzó la cabeza para preguntar al señor de Guersaint, que caminaba a su lado:

—¿Qué día es hoy, papá?

—Sábado, hija mía.

—Es verdad; sábado, el día de la Santa Virgen. ¿Me curará hoy mismo?

A sus espaldas, furtivamente tendido en una parihuela cubierta, dos mozos de cordel bajaban el cadáver de un hombre, que habían ido a buscar en un rincón del depósito de cargas y equipajes, donde estaba oculto entre toneles, y se lo llevaban a un lugar secreto que acababa de indicarles el padre Fourcade.

## II

**E**l Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, edificado por un canónigo caritativo, aunque sin terminar todavía por falta de fondos, es una vasta Construcción de cuatro pisos, excesivamente alta, debido a lo cual resulta tarea difícil subir a los enfermos. Por lo común, está ocupado por un centenar de ancianos pobres y enclenques. Pero cuando tiene lugar la peregrinación nacional, los ancianos se alojan durante tres días en otro albergue. Los padres de la Asunción alquilan el hospital, y en ocasiones llegan a alojar en él quinientos y hasta seiscientos enfermos. Pero, por mucho que se les amontone, las salas resultan insuficientes. Los trescientos o cuatrocientos enfermos que todavía quedan son enviados al Hospital de la Salud, los varones, y al Hospicio Municipal, las mujeres.

En el patio enarenado, frente a la puerta guardada por dos sacerdotes, aquella mañana, iluminada por el sol naciente, era grande la confusión. Desde la víspera estaba instalado en las oficinas el personal de la dirección provisional con gran profusión de registros, tarjetas y formularios impresos. Se quería hacer las cosas mejor que el año anterior: las salas de la planta baja se habían reservado para los enfermos imposibilitados; además, se ejercería un control cuidadoso en la distribución de las tarjetas, que llevaban el nombre de la sala y el número de la cama, porque se habían cometido equivocaciones en la identificación de los pacientes. Pero, ante aquella oleada de enfermos graves que había transportado el tren blanco, todas las buenas intenciones quedaron en agua de borrajas; las nuevas formalidades complicaban de tal manera las cosas, que no hubo más remedio que resolverse a depositar a aquellos desgraciados en el patio, a medida que llegaban, a fin de irlos acomodando con un poco de orden. Se reproducía la escena de la descarga, lo mismo que en la estación; se formaba el lamentable campamento a la intemperie, en tanto que los camilleros y los empleados de secretaría, jóvenes seminaristas todos ellos, corrían de un lado para otro desorientados.

—¡Esto pasa por haber querido hacer las cosas demasiado bien! — exclamaba desesperado el barón Suire.

La frase era exacta. Nunca se habían tomado tantas precauciones inútiles; y se advirtió que, por efecto de una serie de errores inexplicables, habían sido destinados a los pisos superiores los enfermos de más difícil traslado. Como era imposible hacer una nueva distribución, no hubo más remedio que

improvisarlo todo con la mejor buena voluntad, dándose entonces principio a la distribución de las tarjetas, mientras un sacerdote joven escribía en un registro los nombres y las direcciones. Cada enfermo estaba obligado a exhibir su tarjeta de hospitalidad del mismo color del tren, con sus datos y su número de orden, para que se inscribiese en ella el nombre de la sala y el número de la cama. Este procedimiento eternizaba el trámite de las admisiones.

Entonces, de abajo arriba del vasto edificio, a través de sus cuatro pisos, empezó a oírse un pataleo incesante. El señor Sabathier fue uno de los primeros en ser alojado en una sala del entresuelo, llamada sala de los matrimonios, ya que los hombres enfermos tenían autorización para conservar a su lado a sus esposas. Porque en el Hospital de Nuestra Señora de los Dolores sólo se admitían mujeres. Y aunque el hermano Isidoro estaba con su hermana, se consintió en considerarlos como matrimonio, siendo colocado en la cama contigua a la del señor Sabathier.

La capilla, recién revocada y con las ventanas cerradas con tableros de madera, estaba al lado. Había asimismo salas sin acabar, sin más moblaje que los colchones, pero se llenaban rápidamente de enfermas. Las que podían andar solas asaltaron enseguida el refectorio, instalado en una larga galería cuyas ventanas daban a un patio interior. Las hermanas de Saint Frai, adscritas habitualmente al servicio del hospital, habían quedado allí para atender la cocina, y distribuían tazas de café con leche y de chocolate entre todas aquellas pobres mujeres, rendidas por el terrible viaje.

—Descansen ustedes, repongan sus energías —les decía el barón Suire, que se multiplicaba y se dejaba ver en todas partes—. Tienen todavía tres horas largas. No han dado aún las cinco, y los reverendos padres han ordenado que nadie vaya a la gruta antes de las ocho, para evitar un exceso de fatiga.

Arriba, en el segundo piso, la señora de Jonquière había sido de las primeras en tomar posesión de la sala de Santa Honorina, de la que era directora. Había tenido que dejar abajo a su hija Raimunda, que estaba agregada al servicio del refectorio, porque el reglamento prohibía que las jóvenes entrasen en las salas para que no presenciasen cosas impropias y demasiado horribles. Pero la menuda señora de Désagneaux, simple dama hospitalaria, no se había apartado de la directora y le pedía órdenes, encantada de que hubiese llegado la hora de poder dedicarse a su misión.

—¿Están bien así estas camas, señora? ¿Qué le parecería si sor Jacinta y yo las hiciésemos de nuevo?

En la sala, pintada de amarillo claro y en la que penetraba escasa luz por el patio interior, había quince camas, alineadas en dos filas a lo largo de las paredes.

—Ya lo veremos dentro de un momento —contestó la señora de Jonquière con aire abstraído.

Contaba las camas y examinaba la larga y estrecha sala. Luego musitó a media voz:

—Haga lo que haga, no tendré nunca espacio bastante. He anunciado la llegada de veintitrés enfermos, y no habrá más remedio que poner colchones en el suelo.

Sor Jacinta, que había seguido a aquellas dos señoras después de haber dejado a sor San Francisco y a sor Clara de los Ángeles instaladas en una pequeña habitación contigua, transformada en depósito de ropas de cama, levantaba las colchas y examinaba las sábanas. Procuraba tranquilizar a la señora de Désagneaux, diciéndole:

—Las camas están bien hechas y todo está limpio. Se ve que han pasado por aquí las hermanas de Saint Frai. El depósito de colchones está aquí al lado, y, si usted quiere darme una mano, podremos colocar ahora mismo una hilera aquí, entre las camas.

—¡Con el mayor placer! —exclamó la joven señora, exaltada ante el pensamiento de acarrear los colchones entre sus débiles brazos de linda rubia.

La señora de Jonquière tuvo que calmarla.

—Dentro de un momento; no corre prisa. Esperemos que lleguen los enfermos. No me gusta mucho esta sala, porque es difícil de ventilar. El año pasado tuve la sala de Santa Rosalía, en el primer piso. En fin, de cualquier modo nos arreglaremos.

Iban llegando otras damas hospitalarias, y parecía aquello una colmena desbordante de abejas laboriosas, impacientes por empezar su labor. Era un motivo más de confusión aquel excesivo número de enfermeras procedentes de la aristocracia y de la burguesía, y poseídas de un celo fervoroso, en el que andaba mezclado un poco de vanidad. Pasaban de doscientas. Como al ingresar en la Congregación de Nuestra Señora de la Salud debía hacerse un donativo, no se rechazaba a ninguna por temor de que se agotase la fuente de las limosnas, y así se explica que el número de afiliadas creciese de año en año. Felizmente, había entre ellas algunas que se contentaban con llevar en la solapa o en el corpiño la cruz de paño rojo, y que, no bien llegaban a Lourdes, se iban de excursión. Pero las que se contraían a sus deberes eran verdaderamente meritorias, porque pasaban cinco días de espantosa fatiga,



durmiendo apenas un par de horas y viviendo en medio de los espectáculos más terribles y repugnantes. Presenciaban agonías, vendaban llagas inmundas, vaciaban las aguas servidas y los orinales, mudaban de ropa interior a las impedidas, cambiaban de postura a las enfermas; desempeñaban, en fin, una labor horrible, abrumadora, a la que no estaban acostumbradas. Y se retiraban dobladas, agotadas, con mirada febril, abrasadas por la alegría de la caridad que les exaltaba.

—¿Y la señora de Volmar? —preguntó la señora de Désagneaux—. Creí que la encontraría aquí.

Pero la señora de Jonquière le salió al paso diciendo bondadosamente, como si estuviera al tanto de todo y quisiese acallar las habladurías con una indulgencia y una discreción de mujer sensible a las miserias humanas:

—Como es mujer de complexión delicada, se ha quedado en el hotel a descansar. Hay que dejarla dormir unas horas.

Seguidamente distribuyó entre aquellas señoras el trabajo, confiando a cada una la atención de dos camas. Todas ellas concluyeron de tomar posesión del local, yendo y viniendo, subiendo y bajando, para darse cuenta de dónde estaban la administración, la guardarropía y las cocinas.

—¿Dónde está la farmacia? —preguntó la señora de Désagneaux.

No había farmacia. Ni siquiera personal médico. ¿Para qué? Aquellos enfermos habían sido ya desahuciados por la ciencia; eran gentes desesperanzadas que habían venido a pedir a Dios la curación que los hombres impotentes no podían prometerles. Lógicamente, todo tratamiento quedaba interrumpido mientras duraba la peregrinación. Si una enferma entraba en agonía, se le administraban los Sacramentos. No había allí más que el joven médico que acompañaba de ordinario al tren blanco, con su pequeño botiquín de urgencia, y que se limitaba a procurar alivio al enfermo que reclamaba su asistencia durante alguna crisis.

Precisamente sor Jacinta llegaba acompañando a Ferrand, a quien sor San Francisco había retenido a su lado en un despacho contiguo a la ropería, donde se proponía estar de guardia permanente.

—Señora —dijo dirigiéndose a la señora de Jonquière—, estoy completamente a sus órdenes. En caso de necesidad, no tiene usted más que hacerme buscar.

Pero ella le escuchaba apenas, porque estaba discutiendo con un joven sacerdote del personal administrativo, a quien decía que sólo disponía de siete orinales para toda la sala.

—De acuerdo, señor; si llegáramos a necesitar algún calmante...

Pero no concluyó la frase, porque siguió en su disputa.

—Y bien, señor abate; trate usted de procurarse cuatro o cinco más, por favor. ¿Cómo quiere usted que nos arreglemos? ¡Ya sin eso la tarea es penosa!

Ferrand, mientras tanto, escuchaba y lo observaba todo, sin salir del asombro que le inspiraba aquel mundo extraordinario, donde se hallaba por azar desde el día anterior. Él no era creyente; estaba allí por pura abnegación, y se asombraba al ver aquella inaudita aglomeración de prójimos miserables y dolientes a los que empujaba la esperanza de la felicidad. Sobre todo se sentía atropellado en sus ideas de médico moderno por aquella despreocupación de las más elementales precauciones, por aquel desprecio de las más sencillas indicaciones de la ciencia, por aquella certidumbre de que, queriéndolo el cielo, la cura se realizaría con toda la fuerza de un mentís a las leyes de la naturaleza. Entonces, si tal era el caso, ¿qué objeto tenía aquella última concesión al respeto humano? ¿Para qué traer un médico, sin tan mal se empleaban sus servicios? Volvió a su gabinete, con una vaga sensación de vergüenza; se sentía inútil y se encontraba algo ridículo.

—Tenga usted preparadas, por si acaso, algunas píldoras de opio —le dijo sor Jacinta, que le había acompañado hasta la ropería—. Vendrán a pedirselas, porque traemos algunos enfermos que me tienen preocupada.

Al decir esto le miraba con sus ojazos azules, llenos de dulzura y de bondad y animados constantemente por una sonrisa divina. La actividad que desplegaba yendo y viniendo para atender a los enfermos había teñido sus mejillas, radiantes de juventud, de un rojo vivo de sangre. Luego agregó, como buena camarada que no tiene inconveniente en compartir las tareas más gustosas:

—Y si necesito levantar o acostar a algún enfermo, ¿sería usted tan bondadoso que me echara una mano?

Entonces se alegró de haber venido, se alegró de estar allí, pensando en que iba a poder serle útil a ella. Le pareció volver a verla a la cabecera de su cama, cuando estaba al borde de la muerte; veía cómo le cuidaba con sus manos fraternales, con su gracia alegre de ángel sin sexo, mezcla de camarada y de mujer.

—¡Lo que usted quiera, hermana! Ya sabe que le pertenezco, y que es para mí una gran felicidad el servirla. ¿Ha olvidado usted la deuda de gratitud que tengo contraída?

Sor Jacinta le puso con toda gentileza un dedo en los labios para hacerle callar. Nadie le debía nada a ella. No era más que la sirvienta de los que

sufrían y de todos los pobres.

En aquel mismo momento penetraba la primera de las enfermas en la sala de Santa Honorina. Era María, y la habían subido entre Pedro y Gerardo, acostada en el fondo de su caja de madera. Llegaba antes que todas las demás, a pesar de haber sido la última en dejar la estación, gracias a aquellas infinitas complicaciones que, después de hacer esperar a todas, las exponían ahora al azar de la distribución de tarjetas. El señor de Guersaint había tenido que separarse de su hija, a petición de ésta, en la puerta del hospital; sabiendo María que los hoteles no tardarían en llenarse, quiso que su padre se asegurase inmediatamente dos habitaciones, una para él y otra para Pedro. Y estaba tan rendida que, después de desesperarse porque no la conducían enseguida a la gruta, consintió en que la acostaran un rato.

—Tenga presente, hija mía —le decía la señora de Jonquière—, que aún hay tres horas por delante. Vamos a acomodarla a usted en su cama. Cuando ya no esté en esa caja, descansará.

La levantó por los hombros, mientras sor Jacinta la sostenía por los pies. La cama se hallaba en un sitio céntrico de la sala, cerca de una ventana. La enferma permaneció unos instantes con los ojos cerrados, como si aquel zamarreo la hubiese dejado extenuada. Luego fue necesario hacer entrar de nuevo a Pedro, porque María se sentía nerviosa y aseguraba que tenía que darle ciertas explicaciones.

—No se vaya usted, amigo mío; se lo ruego encarecidamente. Llévase esa caja al rellano de la escalera, pero no se aleje, porque quiero que me bajen en cuanto me den permiso para ello.

—¿Se siente usted mejor así acostada? —le preguntó el joven clérigo.

—Sí, sí, desde luego. Es decir, no lo sé... No sé lo que me pasa... ¡Pero tengo tanta prisa, Dios mío, tanta prisa de verme allá, a los pies de la Santísima Virgen!

Sin embargo, después que Pedro se llevó la caja, María se distrajo viendo llegar sucesivamente a las enfermas. La señora de Vêtu, a quien subieron dos camilleros sosteniéndola por debajo de los brazos, fue acostada por ellos mismos, con toda la ropa puesta, en el lecho contiguo, quedando allí inmóvil, sin respiración, con su cara amarilla y tumefacta de cancerosa. No desnudaban a ninguna enferma; limitábanse a tenderlas sobre las camas, aconsejándoles que durmieran si podían. Las que no tenían que guardar cama se sentaban en el borde de su correspondiente colchón, charlaban entre ellas y arreglaban sus petates. Elisa Rouquet, que estaba también cerca de María, al lado izquierdo, desató enseguida su bolso de mano y extrajo de él una

pañoleta limpia; mostrábase muy contrariada por no disponer de un espejo. En menos de diez minutos todas las camas estuvieron ocupadas, de suerte que cuando llegó la Grivotte, llevada medio en vilo por sor Jacinta y sor Clara de los Ángeles, se hizo necesario empezar a colocar colchones en el suelo.

—¡Miren! ¡Aquí traigo uno! —gritaba la señora de Désagneux—. Estará muy bien aquí, en este mismo sitio, al abrigo de las corrientes de aire de la puerta.

Pronto se agregaron siete colchones más a la fila, que ocupaba todo el pasadizo central. No había ya manera de circular; era preciso pasar con muchas precauciones por el angosto espacio libre que se había dejado entre enferma y enferma. Cada una conservaba su paquete, su caja de cartón, su maleta; y a los pies de aquellos lechos improvisados se veían sendos montones de pobres adminículos pertenecientes a las enfermas, que parecían pingajos confundidos entre las sábanas y las mantas. Se diría que aquello era una lamentable ambulancia organizada a toda prisa, después de alguna gran catástrofe, de un incendio, de un terremoto que hubiese dejado en medio de la calle a centenares de heridos y de desamparados.

La señora de Jonquière iba y venía por la sala, repitiendo constantemente:

—Vamos, vamos, hijas mías, no se exciten ustedes; traten de dormir un poco.

Pero no conseguía calmarlas, y ella misma, al par de las damas hospitalarias que tenía a sus órdenes, aumentaba el febril desasosiego con su azoramiento. Había que cambiar de ropa interior a muchas enfermas; otras querían satisfacer sus necesidades. Una enferma que tenía una úlcera en la pierna se quejaba de tal manera que la señora de Désagneux se puso a renovarle el vendaje; pero era poco diestra, y, a pesar de todo su valor de enfermera entusiasta, estuvo a punto de desmayarse, porque no podía con aquel olor inaguantable. Las enfermas en mejor estado pedían caldo, y circulaban de cama en cama los tazones, entre llamadas, contestaciones y órdenes contradictorias, que no había medio de ejecutar. La pequeña Sofía Couteau, que se hallaba con las monjas, se imaginaba estar en el recreo, y corría, bailaba, saltaba a la pata coja, encantada de verse entre aquella confusión; todas la llamaban, todas la festejaban y la mimaban, movidas por la esperanza en el milagro que infundía a cada una.

Mientras tanto, iban transcurriendo las horas en medio de aquella agitación. Acababan de dar las siete, cuando entró el abate Judaine. Era limosnero de la sala de Santa Honorina, y se había retrasado debido

exclusivamente a la dificultad de hallar un altar desocupado para decir la misa. Así que lo vieron, partió de todas las camas un grito de impaciencia:

—¡Señor cura, señor cura! ¡Vámonos, vámonos inmediatamente!

Todas se sentían agitadas por un ardiente deseo, que crecía y se exaltaba de minuto en minuto, como si estuviesen abrasadas por una sed cada vez más viva, que sólo podía calmarse en la fuente milagrosa. La Grivotte, sobre todo, sentada en su colchón, suplicaba con las manos juntas que la llevaran a la gruta. ¿No era ya un principio de milagro aquel despertar de su voluntad, aquella ansia febril de curación que le hacía enderezarse? Había llegado desvanecida, inerte, y ahora estaba erguida, volvía a todas direcciones sus negros ojos, espionando el instante feliz en que vendrían en su busca; su rostro, lívido, se coloreaba; creía que estaba ya resucitando.

—¡Por piedad, señor cura! ¡Mande usted que me lleven! Tengo la seguridad de que me voy a curar.

El abate Judaine las oía con expresión bondadosa, con sonrisa de padre cariñoso, y entretenía su impaciencia con palabras amables. Un momento más, y debían partir. Pero era necesario ser razonable y dar tiempo a que las cosas se organizaran; además, tampoco a la Santa Virgen le agradaba que la zarandeasen, y esperaba su hora distribuyendo sus favores divinos a los que sabían ser más juiciosos.

Al pasar por delante de la cama de María, la vio, con las manos juntas, balbuceando ruegos, y se detuvo de nuevo.

—¡También usted, hija mía, tiene mucha prisa! Tranquilícese; habrá mercedes para todas.

—Padre mío —murmuró ella—, yo me muero de amor. Mi corazón está lleno de plegarias, y me ahoga.

El abate Judaine sin sintió profundamente conmovido por la pasión que consumía a aquella pobre niña, tan duramente herida en su belleza y en su juventud. Quiso apaciguarla, y le señaló a su vecina, la señora de Vêtu, que permanecía inmóvil, pero con los ojos abiertos de par en par, fijos en las gentes que pasaban.

—¡Fíjese en lo tranquila que está la señora! Se refrena, y hace bien en abandonarse, como un niño, entre las manos de Dios.

Pero la señora de Vêtu balbuceaba con voz imperceptible, con un soplo apenas:

—¡Oh, cómo sufro, cómo sufro!

Por fin, a las ocho menos cuarto, la señora de Jonquière advirtió a las enfermas que harían bien en prepararse. Ella misma, ayudada por sor Jacinta

y por la señora de Désagneaux, les abrochó de nuevo las ropas y calzó otra vez los pies inútiles. Era un verdadero arreglo de tocador, pues todas deseaban presentarse ante la Santa Virgen de la mejor manera posible. Hubo muchas que tuvieron la delicadeza de lavarse las manos. Otras sacaban vestidos de sus maletas y se mudaban. Elisa Rouquet acabó por descubrir un espejo de bolsillo que tenía una de sus vecinas, mujer enorme, hidrópica, pero muy cuidadosa de su persona, logrando que se lo prestase; lo apoyó en la almohada y, absorta por completo en su tarea, con esmero infinito se anudó elegantemente la pañoleta alrededor de la cabeza, para ocultar la llaga sangrienta de su cara monstruosa. De pie delante de ella, la pequeña Sofía contemplaba su arreglo con expresión de profundo interés.

Fue el abate Judaine el que dio la señal de partida para la gruta. Quería ser él quien acompañase a sus queridas hijas de sufrimiento en Dios, como él decía; las damas hospitalarias y las monjas se quedarían allí, para poner un poco de orden en la sala. Esta se vació inmediatamente; las enfermas fueron bajadas en medio de una nueva batahola. Pedro, que había vuelto a colocar sobre sus ruedas la caja en que estaba María, se puso a la cabeza del cortejo, formado por una veintena de cochecitos y camillas. Las otras salas se desocupaban igualmente; el patio estaba lleno, y el desfile se organizó en medio de una gran confusión. Pronto se formó una cola interminable que descendía la pendiente bastante brusca de la avenida de la gruta, de modo que Pedro llegaba ya a la meseta de la Merlasse cuando las últimas angarillas acababan de salir del patio del hospital.

Eran la ocho; el sol estaba ya alto en el cielo, un sol espléndido de agosto, que resplandecía en un fondo de pureza admirable. Lavado por la tormenta de la noche, el azul del aire parecía enteramente nuevo, de una frescura de infancia. Envuelta en el esplendor de aquella mañana radiante, rodaba por la carretera en declive aquella larga caravana, aquella verdadera corte de los milagros del sufrimiento humano. La cola de horrores no terminaba nunca; se alargaba, desenrollándose siempre.

No había orden alguno; era una mezcolanza de todos los males imaginables, el desbordamiento de un infierno en el que se hubiesen amontonado todas las enfermedades monstruosas, los casos más raros y atroces, que daban escalofríos. Cabezas roídas por la eccema, frentes coronadas de roséolas, narices y bocas convertidas en hocicos de cerdo informes por la elefancia. Males extinguidos ya reaparecían en aquel desfile repulsivo: una vieja leprosa; otra cubierta de hongos como un árbol que se hubiese podrido en la sombra. Pasaron también mujeres hidrópicas,

semejantes a odres hinchados de agua, ocultando bajo mantas sus vientres inverosímilmente abombados; se veían colgar de las parihuelas manos retorcidas por el reumatismo, y pasaban los pies hinchados, desfigurados por el edema, tal como si fueran bolsas rellenas de trapos. Una hidrocefala, sentada en un carricoche, balanceaba su enorme y pesado cráneo a cada sacudida del vehículo. Otra joven muy alta, atacada del mal de San Vito, bailoteaba con todos sus miembros, sin detenerse un instante, haciendo continuas muecas con el lado izquierdo de la cara. Otra, más joven, que iba detrás de ella, lanzaba ladridos, una especie de grito lastimero de animal, cada vez que el tic doloroso que la torturaba le hacía retorcer la boca.

Venían luego las tísicas, tiritando de fiebre, extenuadas por la disentería, flacas como esqueletos, con la piel lívida, del color de la tierra en cuyo seno iban a dormir en breve; una de ellas tenía la cara blanquísima y los dos ojos llameantes, como calavera dentro de la cual se hubiese encendido una antorcha. Sucediáanse después todas las deformaciones posibles en la conformación del cuerpo: talles contrahechos, brazos del revés, cuellos torcidos; seres infelices, quebrados y tronchados, inmovilizados en posturas de peleles trágicos. Atraía la curiosidad, sobre todo, una mujer que tenía el puño derecho pegado a los riñones, y el cuello inclinado hacia la izquierda, con la mejilla adherida al hombro.

A continuación seguían pobres muchachas raquílicas que mostraban sus cutis de cera, sus nuca frágiles, carcomidas por fríos tumores. Algunas mujeres de tez amarillenta mostraban la expresión de doloroso estupor de las desdichadas a quienes el cáncer roe los senos; otras, tumbadas y con las miradas tristes clavadas en el cielo, parecían estar escuchando dentro de sí el golpear de los tumores, gruesos como cabezas de niño, que obstruían sus órganos. Las que venían detrás producían espanto y escalofríos, igual que las que les precedían.

A una muchacha de veinte años, de cabeza aplastada como la de un sapo, le colgaba un bocio, tan enorme que le llegaba hasta la cintura, como el peto de un delantal. Avanzaba una mujer ciega; su cara tenía la palidez del mármol, y en ella se veían las cuencas vacías de sus ojos, inflamadas y sanguinolentas, como dos llagas vivas que chorreaban pus. Una vieja loca, atacada de imbecilidad, con la nariz completamente comida por una úlcera, reía con una risa aterradora, mostrando la boca vacía y negra. De pronto, una epiléptica cayó en convulsiones, echando espumarajos sobre su camilla; pero no por eso detuvo su marcha el cortejo, que avanzaba como acicateado por el ímpetu de su propia carrera, por la pasión febril que lo arrastraba hacia la

gruta. Los camilleros, los sacerdotes y hasta los enfermos acababan de entonar un cántico, la elegía de Bernadette, y el Ave se repetía como una obsesión, envolviéndolo todo, mientras los cochecitos, las camillas, los peatones, descendían por la pendiente del camino, como arroyo crecido y salido de madre que arrastra sus ondas fragorosamente.

En la esquina de la calle de San José, cerca ya de la explanada de la Merlasse, se había detenido una familia de excursionistas, llegada probablemente de Caunterets o de Bagnères; estaban de pie en el borde de la acera, dominados por un profundo asombro. Debían de ser burgueses ricos: el padre y la madre, de una corrección impecable, y dos hijas mozas con vestidos claros y la expresión sonriente de personas que se divierten. Pero si la primera impresión del grupo fue de sorpresa, sucedióle un terror creciente, como si se hubiese abierto ante sus ojos una enfermería de los tiempos antiguos, uno de aquellos hospitales de leyenda que se estuviese desocupando después de una gran epidemia. Y en tanto que las dos jóvenes palidecían, sus padres quedaban helados ante aquel desfile ininterrumpido de tantos horrores, cuyo vaho pestífero recibían en pleno rostro. ¡Gran Dios! ¡Cuánta fealdad, cuánta inmundicia, cuánto sufrimiento! ¿Era posible aquello, bajo un sol tan hermoso y radiante, bajo tan inmenso cielo de luz y de alegría, en una atmósfera que tenía la frescura del Gave y estaba llena de la pura fragancia de las montañas traída por el viento de la mañana?

Cuando Pedro desembocó en la meseta de la Merlasse, al frente del cortejo, se sintió bañado por aquel sol tan límpido, por aquel aire tan vivo y tan embalsamado. Se volvió y sonrió a María dulcemente. Cuando llegaban al centro de la plaza del Rosario, ambos quedaron encantados por el admirable horizonte que, en el esplendor de aquella mañana, se desarrollaba a su alrededor.

Enfrente, hacia el este, veíase el viejo Lourdes recostado en un amplio repliegue del terreno, del otro lado de la roca. Asomaba él sol por detrás de las montañas lejanas, y sus oblicuos rayos destacaban del fondo color lila oscuro aquel peñasco solitario, coronado por la torre y los muros ruinosos del antiguo castillo, que fue en otros tiempos la llave temible de los siete valles. A través de aquella atmósfera de polvo de oro flotante no se veían sino las altivas aristas, algunos paredones de ciclópeas construcciones, y más allá, confusamente, unos tejados que no eran otra cosa que las techumbres descoloridas y esfumadas de la ciudad antigua. Del lado de acá del castillo, desbordándolo por la derecha y por la izquierda, se alzaba sonriente, entre la vegetación, la ciudad nueva, con las blancas fachadas de sus hoteles, sus casas



amuebladas, sus lujosas tiendas; en una palabra, toda una urbe rica y bulliciosa, que había surgido allí en pocos años, como por arte de magia. Al pie de la roca corría el Gave con el murmullo de sus aguas claras, verdes y azules, profundas bajo el puente viejo, retozonas al pasar por debajo del puente nuevo, que habían construido los padres para unir la gruta con la estación y con el bulevar, inaugurado hacía poco. Y como fondo de aquel cuadro deleitoso, de aquella frescura de las aguas, de aquella verde vegetación, de aquella ciudad rejuvenecida, extensa y alegre, se erguían el Pequeño Gers y el Gran Gers, dos penachos enormes de roca desnuda que, en la oscura extensión donde se hallaban sumergidos, tomaban tonos delicados de color verde pálido que se extinguían en rosa.

Hacia el norte, sobre la margen derecha del Gave, del otro lado de las colinas que sigue la línea del ferrocarril, se alzaban las alturas de Buala, pendientes boscosas inundadas de claridades matinales. En esta dirección se hallaba Bartrès. Más hacia la izquierda se elevaba la sierra de Julos, dominada por el pico de Miramont. Mucho más lejos surgían otras cimas que se esfumaban en el éter. En el primer plano, escalonados entre los collados herbosos, al otro lado del Gave, se alzaban, alegrando aquel trozo de paisaje, numerosos conventos edificadas últimamente. Parecía que hubieran crecido como vegetación natural y pronta en aquella tierra de prodigios. En primer término, un orfanato, fundado por das hermanas de Nevers, y cuyas vastas construcciones resplandecían a la luz del sol; después, los carmelitas, frente a la gruta, sobre la carretera de Pau; más arriba, los asuncionistas, junto al camino de Poueyferré; de los dominicos, perdidos en el valle, sólo se distinguía una esquina del tejado; finalmente, las hermanas de la Inmaculada Concepción, conocidas con el nombre de «hermanas azules», que habían fundado en el extremo del valle una casa de retiro en la que daban pensión a señoras solas, peregrinas ricas ansiosas de soledad.

Como era la hora de los oficios divinos, las campanas de todos aquellos conventos sonaban alegremente, echadas a vuelo en aquella atmósfera de cristal; y al otro confín del horizonte, hacia el mediodía, les hacían eco las campanas de otros conventos con el mismo bullicio de júbilo argentino. Cerca del puente viejo, sobre todo, la campana de las clarisas desgranaba una escala de notas tan límpidas que se hubiera dicho el gorjeo de un pájaro. Y de este lado de la ciudad se abrían hondonadas y los montes elevaban sus faldas desnudas; era una naturaleza accidentada y sonriente, una ondulación interminable de alcores, entre los que se destacaban las colinas de Visens, maravillosamente jaspeadas de carmín y de azul suave.

Al volver María y Pedro las miradas hacia el oeste, se quedaron deslumbrados. El sol daba de lleno en el Gran Bêout y en el Pequeño Bêout, con sus crestas de altura desigual. Era como un fondo de púrpura y oro, un monte deslumbrador, en el que no se distinguía más que el camino que serpentea y asciende, entre arboledas, hasta el Calvario. Allí, sobre aquel telón de fondo soleado, resplandeciente de gloria, se destacaban las tres iglesias superpuestas que la vocecita de Bernadette había hecho surgir de la roca en honor de la Santa Virgen. En primer lugar, abajo, estaba la iglesia del Rosario, achatada y redonda, tallada a medias en la roca en el fondo de la explanada, ceñida, como por brazos inmensos, por colosales rampas que llegaban en suave declive hasta la cripta.

Aquello había costado un enorme trabajo, toda una cantera de piedras removidas y talladas: veíanse arcos altos como naves y dos avenidas de amplitud gigantesca, para que se desplegara la pompa de las procesiones y para que pudiese llegar hasta Dios, sin trabajo alguno, el cochecito de cualquier niño enfermo. Venía luego la cripta, la iglesia subterránea, de la que no se veía más que la puerta baja, por encima de la iglesia del Rosario, cuyo techo embaldosado, con amplias galerías, servía de prolongación a las rampas. Y, por fin, la basílica, de construcción algo endeble y frágil, demasiado nueva, demasiado blanca, de estilo de joya fina, que surgía de las rocas de Massabielle como una plegaria, como blanca paloma que alza el vuelo. La flecha, afiladísima, emergiendo por encima de las rampas gigantescas, aparecía como la llamita recta de un cirio en medio del inmenso horizonte y entre la interminable ondulación de valles y de montañas. Comparada con la tupida vegetación de la colina del Calvario, tenía la fragilidad y el sencillo candor de la fe infantil; hacía pensar también en el bracito blanco, en la manecita blanca de la endeble criatura que señalaba al cielo, en medio de una de las crisis de la miseria humana. No se divisaba desde allí la gruta, debido a que la entrada de ésta se encontraba a la izquierda, al pie de la roca. Sólo se distinguía detrás de la basílica la morada de los padres, pesado edificio de forma cuadrada; y, ya mucho más lejos, el palacio episcopal, en el centro de una sombría cañada, que empezaba a ensancharse. Las tres iglesias parecían llamear bajo el sol de la mañana, y la lluvia de oro de sus rayos bañaba toda la campiña, mientras el enjambre sonoro de las campanas producía el efecto de ser la vibración misma de la claridad, el despertar musical de aquel magnífico día naciente.

Al atravesar la plaza del Rosario, Pedro y María lanzaron una mirada a la explanada, jardín de larga alfombra de césped en el centro, bordeado por dos

avenidas paralelas que llegan hasta el puente nuevo. Allí estaba, de cara hacia la basílica, la gran Virgen coronada. Todos los enfermos, al pasar por delante de ella, se santiguaban.

El aterrador cortejo proseguía siempre, impelido por sus propios cánticos, a través de la naturaleza en fiesta. Bajo el firmamento resplandeciente, entre los montes de púrpura y oro, en la atmósfera impregnada de la vitalidad de los árboles centenarios y del frescor eterno de los manantiales, desfilaba aquella procesión de desgraciados enfermos de la piel con las carnes roídas, de hidrópicos hinchados como pellejos, de gentes reumáticas, paralíticas, retorcidas por el dolor; pasaban las hidrocefalas, las convulsionarias, las tísicas, las raquílicas, las epilépticas, las cancerosas, las gotosas, las locas, las imbéciles. ¡*Ave, Ave, Ave María!* La obstinada plegaria crecía en amplitud, arrastrando hacia la gruta el oleaje hediondo de miserias y dolores humanos, entre el espanto y el horror de los transeúntes, que se quedaban como clavados en el suelo, helados ante aquella cabalgata de pesadilla.

Pedro y María fueron los primeros que pasaron bajo el alto arco de una de las rampas. Siguieron luego a lo largo del malecón del Gave, y de pronto surgió ante ellos la gruta. Y María, a quien Pedro procuraba conducir lo más cerca posible de la verja, no pudo menos que incorporarse en su carrito, murmurando:

—¡Oh, Virgen Santísima, Virgen Santísima!

No había visto nada, ni los pabellones de las piscinas, ni la fuente de los doce caños, ante la que acababa de pasar; y tampoco distinguía, a mano izquierda, la tienda de artículos litúrgicos, y a mano derecha, el púlpito de piedra, ocupado ya por un predicador. Sólo la deslumbraba el esplendor de la gruta. Le parecía que ardían allí, detrás de la reja, cien mil cirios, llenando de resplandores de horno la baja abertura y envolviendo con irradiaciones de astro la estatua de la Virgen, situada más arriba, en el borde de una excavación estrecha, en forma de ojiva. Y nada percibió, fuera de esta gloriosa aparición: ni las muletas que cubrían una parte de la bóveda; ni los ramos de flores arrojados allí a montones, marchitándose entre las hiedras y los escaramujos; ni el mismo altar, colocado en el centro, junto al pequeño órgano portátil, recubierto con una funda. Pero al levantar la vista descubrió en lo alto del peñasco, recortada sobre el cielo, la fina basílica blanca, que ahora se le presentaba de perfil, con la delgada aguja de su torre perdiéndose en el azul del infinito, como una plegaria.

—¡Oh, Virgen todopoderosa, Reina de las Vírgenes, Santa Virgen de Vírgenes!

Sin embargo, Pedro había conseguido empujar el cochecito de María hasta la primera fila, delante de los bancos de roble, alineados en gran número, al aire libre, como en la nave de una iglesia. Estos bancos estaban ya completamente ocupados por enfermos que podían sentarse. Los espacios vacíos se llenaban de camillas colocadas en el suelo, de cochecitos cuyas ruedas se trababan entre sí, de colchones y almohadas que formaban pilas, y en los que se mezclaban, en espantoso desorden, todas las enfermedades.

Al llegar, reconoció a los Vignerons, con su lastimoso hijo Gustavo tendido en un banco; también acababa de ver sobre el piso embaldosado la cama, guarnecida de encajes, de la señora de Dieulafay, y a su marido y a su hermana, que rezaban arrodillados, junto a su cabecera. En una palabra, todos los enfermos del vagón estaban congregados allí: el señor Sabathier y el hermano Isidoro, uno al lado del otro; la señora de Vêtu, tumbada en su cochecito; Elisa Rouquet, sentada; la Grivotte, que, excitada, se alzaba apoyándose con los puños. También vio a la señora de Maze, algo aislada por las demás, abstraída en sus rezos; mientras, hincada de rodillas, la señora de Vincent, que conservaba en sus brazos a su pequeña Rosa, la presentaba fervorosamente a la Virgen, con expresión de madre desolada, pidiendo a la Madre de la divina gracia que tuviese compasión.

La muchedumbre de peregrinos crecía por momentos alrededor de aquel recinto reservado; era un gentío que se apretujaba y desbordaba poco a poco hasta llegar al parapeto del Gave.

—¡Oh, Virgen clementísima! —continuaba diciendo María, a media voz—. ¡Oh, Virgen fiel, Virgen concebida sin pecado!

Desfalleciente, con los labios agitados aún por una oración mental, miraba desoladamente a Pedro. Este creyó que María quería expresarle algún deseo, y se inclinó hacia ella.

—¿Quiere usted que me quede aquí, a su disposición, para llevarla dentro de un momento a la piscina?

Cuando ella hubo comprendido la pregunta, contestó negativamente con un movimiento de cabeza. Luego dijo muy excitada:

—¡No, no! No quiero que me bañen esta mañana. Me parece que, antes de intentar el milagro, hay que ser más digna, más pura, más santa. Quiero pasarme toda la mañana pidiéndole con las manos plegadas; quiero rogar con toda mi alma, con toda la fuerza de que soy capaz.

Se sofocaba. Luego añadió:

—No vuelva usted en busca de mí antes de las once, para llevarme otra vez al hospital. No me moveré de aquí.

Sin embargo, Pedro no se alejó, sino que permaneció cerca de la joven. Se arrodilló un instante; también él hubiera querido rezar con aquella fe ardiente, pedir a Dios la curación de aquella niña enferma, a quien amaba con ternura tan fraternal. Pero desde que se hallaba delante de la gruta, se sentía invadido por un extraño malestar, por una sorda rebelión, que embarazaba la espontaneidad de sus plegarias. Quería creer; había estado esperando durante toda la noche que la fe florecería de nuevo en su alma, como una flor hermosa de ignorancia y candidez, así que se arrodillara en aquella tierra milagrosa. Pero sólo experimentaba ahora inquietud y disgusto al verse delante de aquella decoración, de aquella estatua rígida e inexpresiva, iluminada por la engañosa luz de los cirios, entre la tienda de rosarios, en la que los clientes se apretujaban, y el gran púlpito de piedra, desde el cual un padre asuncionista lanzaba avemarías a plena voz. ¿Era posible que su alma se hubiese secado hasta tal punto? ¿No habría un rocío divino capaz de infundirle inocencia, de volverla igual que las almas de aquellos niños que se dan por entero a la menor caricia de la leyenda?

Continuó distraído, y reconoció en el religioso que estaba en el púlpito al padre Massias. Lo había visto ya otras veces, y siempre se sentía turbado frente a su fervor, a su rostro descarnado, a sus ojos chispeantes y a su boca grande y elocuente, empeñada en forzar al cielo para obligarlo a bajar a la tierra. Estaba observándolo, cuando advirtió al pie del púlpito al padre Fourcade hablando animadamente con el barón Suire. Este último parecía estar perplejo; sin embargo, concluyó por aprobar con un movimiento complaciente de cabeza. Estaba también allí el cura Judaine, que retuvo un instante más al padre; su cara, alargada y paternal, mostraba también una especie de azoramiento; pero se inclinó a su vez.

Entonces emergió en el púlpito el padre Fourcade, que irguió completamente su enorme cuerpo, algo encorvado de ordinario por efecto de los ataques de gota; pero no quiso que el padre Massias, el amantísimo hermano, el preferido entre todos, acabase de bajar, pues hizo que se quedase en un escalón y se apoyó en su hombro. Habló con voz llena y grave, con una autoridad soberana que hizo que reinase el más profundo silencio.

—Amados hermanos míos; amadas hermanas mías: os pido perdón si interrumpo vuestras oraciones; pero tengo que anunciaros algo, y tengo también que pedir la ayuda de todas vuestras almas fidelísimas. Esta mañana hemos tenido que deplorar un tristísimo accidente: uno de nuestros hermanos ha muerto en el tren cuando llegaba ya a la tierra prometida.

Calló algunos segundos. Parecía que se agigantaba; su hermoso rostro resplandecía, realzado por la ola magnífica de sus largas barbas.

—Pues bien, queridos hermanos, queridas hermanas: se me ha ocurrido que, a pesar de todo, no debemos desesperar. ¿Quién sabe si Dios ha querido esta muerte para probar al mundo, precisamente, su omnipotencia? Oigo dentro de mí una voz que me ha impulsado a subir a este púlpito, para pedir vuestras oraciones en favor de ese hombre, en favor del que ha dejado de existir; pero cuya salvación se encuentra, a pesar de todo, entre las manos de la Virgen Santísima, que puede siempre implorar a su Divino Hijo. ¡Sí!, ese hombre está allí; he hecho traer su cuerpo, y sólo de vosotros depende tal vez el que tenga lugar un milagro resonante que deslumbré al mundo, a condición de que roguéis con un fervor tan intenso que conmueva al cielo. Sumergiremos el cuerpo en la piscina y suplicaremos al Señor, dueño del universo, que lo resucite, que nos dé esta prueba extraordinaria de su bondad soberana.

Un viento helado que brotaba de lo invisible pasó por entre la concurrencia. Todos se habían puesto pálidos; y, sin que nadie hubiese despegado los labios, pareció circular un murmullo escalofriante.

—Pero —prosiguió diciendo el padre Fourcade, arrastrado por un arrebató de sincera fe— ¡con qué fervor será necesario orar! Queridos hermanos; queridas hermanas: os pido que pongáis toda vuestra alma, os pido que pongáis todo vuestro corazón en la plegaria, toda vuestra sangre, toda vuestra fe, con todo lo que tiene de más noble y más querida. Rogad con todas vuestras fuerzas, rogad hasta que perdáis la conciencia de vosotros mismos, hasta olvidaros de donde estáis; rogad como cuando se ama, como cuando se muere, porque lo que vamos a pedir es una gracia tan preciosa, tan extraordinaria, tan sorprendente, que sólo la violencia de nuestra oración es capaz de obligar a Dios a que nos responda. Y para que nuestras plegarias sean eficaces, para que tengan tiempo de expandirse y de subir hasta los pies del Padre Eterno, no bajaremos el cuerpo a la piscina hasta esta tarde, a las tres. Amados hermanos míos; amadas hermanas mías: orad, orad a la Santísima Virgen, a la Reina de los Ángeles, la Consoladora de los Afligidos.

Y, embargado por la emoción, reanudó él mismo el rosario, en tanto que el padre Massias estallaba en sollozos. Rompióse aquel expectante silencio, y el contagio se apoderó de la multitud, arrebatándola en gritos, en lágrimas, en balbuceos desordenados, dando rienda suelta a sus súplicas. Era como un huracán de delirio que abatía las voluntades, que transformaba a todas

aquellas almas en una sola, exasperada por el amor, enajenada por el ansia loca del imposible prodigio.

Pedro creyó por un momento que la tierra se hundía bajo sus pies y que iba a desplomarse sin sentido. Pero se levantó penosamente y se alejó.

### III

**A**l alejarse, dominado por su disgusto, invadido por una repugnancia invencible a seguir allí, vio al señor de Guersaint arrodillado cerca de la gruta, absorto, rogando con toda su fe. No había vuelto a verlo desde la mañana, e ignoraba si había conseguido alquilar dos habitaciones; su primer movimiento fue acercarse a él. Pero vaciló, no queriendo turbarlo en su recogimiento y creyendo que oraba, sin duda, por su hija, a la que adoraba, a pesar de los constantes olvidos de su inquieto cerebro. Pasó de largo y se perdió bajo los árboles. Daban las nueve; podría disponer de dos horas.

El ribazo salvaje donde pacían en otro tiempo los cerdos había sido convertido, a fuerza de dinero, en una magnífica avenida que costaba el Gave. Había sido necesario hacer retroceder el cauce del río para ganar terreno y construir un malecón monumental, con una ancha acera bordeada por un pretil. La avenida iba a tropezar, a los doscientos o trescientos metros, con una colina; resultaba, así, una especie de paseo cerrado, provisto de bancos y sombreado por árboles magníficos. Nadie pasaba por allí, y sólo servía para que hubiese espacio donde desbordar la muchedumbre. Todavía quedaban algunos rincones solitarios entre el muro de verdor que lo aislaba por el sur y los vastos campos que se extendían al norte, al otro lado del Gave, con sus laderas cubiertas de árboles y alegradas por las fachadas blancas de los conventos. En los ardientes días de agosto podía disfrutarse allí de una deliciosa frescura, bajo la sombra, al borde del río.

Pedro experimentó enseguida una sensación de reposo, como cuando se sale de un sueño penoso. Se interrogó a sí mismo, preocupado por los sentimientos que le agitaban. ¿No había llegado a Lourdes aquella mañana ansioso de fe, con el convencimiento de que volvía a creer, igual que en los años dóciles de su infancia, cuando su madre le obligaba a juntar las manos, enseñándole el temor de Dios? Sin embargo, no bien se encontró delante de la gruta, entre aquel culto idólatra, aquella fe violenta, aquel asalto contra la razón, sintióse fastidiado hasta el desaliento. ¿Qué iba a ser de él? ¿Por qué no había de tratar de combatir sus dudas, aprovechando aquel viaje para ver y convencerse? Aquel comienzo desconsolador le había dejado el ánimo conturbado; le venían a punto los árboles frondosos, el torrente de agua límpida, la avenida tan tranquila y fresca, para reponerlo en su conmoción.



Al llegar Pedro a la extremidad de la avenida, tuvo un inesperado encuentro. Hacía algunos segundos que veía venir hacia él un anciano de elevada estatura, con la levita ceñida y completamente abotonada y un sombrero de ala plana, e intentaba recordar a quién pertenecía aquel rostro pálido de nariz aguileña, con ojos negríssimos de mirada penetrante. También el anciano se detuvo, con expresión de asombro:

—¿Cómo es eso, Pedro? ¿Usted en Lourdes?

Bruscamente, el joven sacerdote reconoció al doctor Chassaigne, el amigo de su padre, y también viejo amigo suyo, que le había curado primero y después reconfortado durante la terrible crisis, física y moral, en que cayó a la muerte de su madre.

—¡Mi querido doctor, cuánto me alegro de verle!

Se abrazaron, hondamente emocionados. Ante la nieve de aquellos cabellos y de aquella barba, al ver aquella manera de andar lenta y aquella fisonomía infinitamente triste, recordó Pedro la obstinada adversidad que había hecho envejecer a aquel hombre. Habían transcurrido apenas algunos años, y le volvía a ver como fulminado por el destino.

—Pero ¿no sabía usted que yo me había quedado en Lourdes? No me extraña; no escribo a nadie, ya no estoy entre los vivos, porque habito en el mundo de los muertos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y continuó con voz entrecortada:

—¡Ea, venga usted a sentarse conmigo en ese banco! Será un inmenso placer para mí revivir un instante en su compañía, como en otro tiempo.

—¡Si usted supiera, mi buen doctor, mi viejo amigo, cómo he compartido con usted sus desgracias con todo mi corazón, con toda mi alma!

Era aquello el desastre, el naufragio de una vida. El doctor Chassaigne y su hija Margarita, una adorable y fuerte joven de veinte años, habían venido a Cauterets para instalar allí a la señora de Chassaigne, cuya salud inspiraba muchos cuidados. Pasaron quince días, y ella mejoró muchísimo, hasta el punto de proyectar algunas excursiones; pero de pronto, brutalmente, una mañana la encontraron muerta en su cama. Abrumados bajo el peso de aquel terrible golpe, padre e hija quedaron como aturdidos por la traicionera fatalidad. Al doctor, que había nacido en Bartrès y tenía en el cementerio de Lourdes la sepultura de familia, se le había ocurrido hacer construir un panteón, y en él descansaban ya sus padres. Quiso, pues, que el cuerpo de su mujer fuese a descansar también allí, junto al nicho vacío en que pensaba ir pronto a reunirse con ella.

Llevaba ya una semana en Lourdes, en compañía de su hija, cuando ésta, presa repentinamente de fuertes escalofríos, guardó cama una tarde, muriendo al segundo día, sin que su padre, loco de pena, lograra saber exactamente cuál era su enfermedad. Y fue a la hija, en la flor de la juventud, radiante de belleza y de salud, a quien depositaron en el cementerio, en el nicho vacío, junto a su madre. Aquel hombre, feliz hasta la víspera; aquel hombre mimado, adorado, que tenía junto a sí a dos seres cariñosos para reconfortarle el corazón, quedó convertido en un anciano desgraciado, balbuciente y desorientado, que se helaba en su soledad. Toda la alegría de su vida se había desmoronado, y cuando veía que hasta a los picapedreros que golpeaban las piedras de las carreteras les llevaban la comida sus mujeres y sus hijitas descalzas, les tenía envidia. No quiso salir de Lourdes; lo abandonó todo: su trabajo, su clientela de París, para vivir allí, cerca de aquella tumba en donde su esposa y su hija dormían el último sueño.

—¡No sabe usted, mi viejo amigo, cuánto he penado pensando en su aflicción! —repetía Pedro—. ¡Qué dolor espantoso el suyo! Pero ¿por qué no se ha acordado usted de las personas que le aman? ¿Por qué se ha encerrado usted aquí con sus penas?

El doctor hizo un ademán que abarcó el horizonte:

—No puedo marcharme de aquí; las tengo cerca, me aguardan —dijo—. No hay nada que hacer; espero ir pronto a juntarme con ellas.

Volvió a reinar el silencio. A sus espaldas, entre los arbustos del malecón, revoloteaban los pájaros; de enfrente les llegaba el fragor de las aguas del Gave. Los rayos del sol tomaban en la serranía la densidad de una lenta polvareda de oro. Pero debajo de aquellos árboles, en aquel banco, apartado, reinaba una frescura deliciosa; y a doscientos pasos de la muchedumbre se encontraban como en un desierto, porque nadie se separaba de la gruta para aventurarse hasta donde ellos estaban.

Charlaron largamente. Refirióle Pedro en qué circunstancias había llegado aquella mañana a Lourdes con la peregrinación, acompañando al señor de Guersaint y a su hija. Al escuchar ciertas frases del doctor, hizo un movimiento de asombro.

—¿Cómo dice usted, doctor? ¿De manera que ahora le parece a usted posible el milagro? ¡A usted, gran Dios! ¡A usted, que antes era un incrédulo o, por lo menos, un hombre indiferente!

Y le miraba, estupefacto por lo que acababa de oírle decir de la gruta y de Bernadette. ¡Así hablaba aquel hombre, aquella cabeza tan sólida, aquel sabio de inteligencia tan precisa, cuyas poderosas facultades analíticas había

admirado él en otro tiempo! ¿Cómo era posible que un espíritu de semejante naturaleza, tan elevado y sagaz, desembarazado de todo prejuicio religioso, formado en el método y en la experiencia, llegase a admitir las curaciones milagrosas que se operaban en aquella fuente divina, que había hecho manar la Santa Virgen al contacto de los dedos de una niña?

—¡Increíble, mi querido doctor! Haga usted un poco de memoria. Fue usted mismo quien dio a mi padre ciertos apuntes relativos a Bernadette, su paisanita, como solía usted llamarla; y usted mismo fue quien habló extensamente, un tiempo después, acerca de toda esta historia que llegó a apasionarle intensamente. En su opinión, Bernadette, no era más que una alucinada, una enferma de infantilismo, una inconsciente privada de voluntad.

¡Acuérdese de nuestras charlas, de mis dudas, de sus esfuerzos para hacerme reconquistar la sólida razón!

Pedro estaba emocionado. ¿No era aquélla una aventura de lo más extraña? Él, sacerdote, resignado en otro tiempo con su fe, había concluido por perderla con el trato de aquel médico, a la sazón incrédulo; y ahora le volvía a ver convertido, conquistado por lo sobrenatural, ¡ahora, precisamente cuando él agonizaba sufriendo el tormento de no creer!

—¡Usted, que antes no creía sino en los hechos comprobados; usted, que lo basaba todo en la experimentación...! ¿Es que ha renunciado usted a la ciencia?

—¡La ciencia! ¿Sé yo acaso algo? ¿Tengo poder para hacer algo? ¿De qué me ha servido la ciencia? Hace unos instantes me preguntaba usted de qué había muerto mi pobre Margarita. ¡Pues lo ignoro en absoluto! Yo, tenido por sabio, y a quien todos creían bien armado contra la muerte, no he comprendido nada de lo que ha ocurrido, no he podido hacer nada, he sido incapaz de prolongar ni siquiera una hora la vida de mi hija. ¿Y qué me dice usted del caso de mi mujer, a la que encontré helada en su lecho, siendo así que se había acostado la víspera perfectamente bien y alegre? No fui siquiera capaz de prever lo que habría sido necesario hacer. ¡No, no! Para mí la ciencia ha fracasado. No quiero ya nada con ella; yo no soy más que un animal y un pobre hombre.

Decía esto rebelándose furioso contra todo su pasado de orgullo y de felicidad. Luego, cuando se hubo calmado, prosiguió:

—Mire usted: ya no me queda sino un espantoso remordimiento. Sí, es un remordimiento que me persigue, que me empuja sin cesar hacia estos lugares, a vagar en medio de estas gentes que rezan. Es el remordimiento de no haber venido antes a humillarme delante de esta gruta, trayendo conmigo a mis dos

seres queridos. Ellas se habrían arrodillado como todas esas mujeres que usted ve; yo también me habría arrodillado sencillamente junto a ellas, y tal vez hubiera hecho que la Santa Virgen me las hubiese curado y conservado. Y yo, como un imbécil, no he sabido hacer otra cosa que perderlas. La culpa es mía.

Las lágrimas saltaban ahora de sus ojos.

—Recuerdo que en Bartrès, cuando yo era niño, mi madre, una buena campesina, me hacía juntas las manos todas las mañanas para pedir a Dios su ayuda. Cuando me he encontrado solo, débil e incapaz como un niño, ha vuelto claramente a mi memoria aquella plegaria. ¿Y quiere usted que le diga la verdad, amigo mío? Mis manos volvieron a juntarse, como en aquel entonces, al verme tan desamparado, tan abandonado; sentía con demasiada violencia la necesidad de una ayuda sobrenatural, de un poder divino que pensase, que quisiese por mí, que me meciese y me arrebatase en su omnisciencia eterna. ¡Ah, qué confusión, qué extravío hubo en mi cerebro durante los primeros días, bajo el efecto del tremendo mazazo que acababa de recibir! He pasado veinte noches sin dormir, creyendo que me volvía loco. Mil ideas bullían revueltas en mi cerebro; había momentos en que me rebelaba y amenazaba al cielo con el puño; después caía en arrebatos de humildad y rogaba a Dios que me llevara a mí también. Por fin me calmé, con la certeza de que había una justicia, de que había un amor, y eso me devolvió la fe. Porque, dígame, usted que conoció a mi hija, tan fuerte, tan hermosa, tan rebotante de vida: ¿no sería la más monstruosa de las injusticias el que no existiese un más allá para ella que no ha vivido? Tengo la absoluta convicción de que revivirá, pues la oigo a veces hablar, y me dice que volveremos a encontrarnos, que hemos de volver a vernos. ¡Ahí tiene usted la única esperanza, el único consuelo de todos los sufrimientos en este mundo: volver a ver a los seres queridos que hemos perdido, a mi querida hija, a mi querida mujer, y volver a vivir con ellos! Y me he entregado a Dios, porque sólo Dios puede devolvérmelos.

Hablaba agitado por un leve temblequeo de anciano débil. Pedro comprendió al fin y reconstituyó el proceso de aquella conversión: era el caso del sabio, del intelectual envejecido que, bajo el imperio del sentimiento, retorna a la fe. Y lo que hasta entonces no había sospechado, lo descubrió en aquel hijo de los Pirineos, en aquel descendiente de campesinos montañeses, una especie de atavismo de la fe; había sido educado en la leyenda, y la leyenda lo reconquistaba, no obstante haber pasado por encima de ella cincuenta años de estudios positivistas. Luego obraba la laxitud humana; era

el caso de un hombre al que la ciencia no ha dado la felicidad y que se subleva contra la ciencia el día en que la encuentra limitada, impotente para evitar sus lágrimas. Por fin, actuaba allí el desencanto, la duda de todo, que iba a parar en un ansia de certidumbre en el caso de aquel anciano, ablandado por los años, feliz de poder adormecerse en la credulidad.

Pedro no protestaba, no se burlaba, porque aquel anciano tan duramente golpeado por la adversidad, con su dolorosa senilidad, le partía el alma. ¿No mueve a compasión, acaso, el ver a las almas mejor templadas, a las más fuertes y lúcidas, retornar a la niñez, bajo el peso de tales golpes?

—¡Ah! —suspiró con voz apenas perceptible—. ¡Ojalá que yo sufriese tanto y de tal modo que pudiese acallar también mi razón, para arrodillarme allí y creer en todas esas bellas historias!

En los labios del doctor Chassaing reapareció la pálida sonrisa que a veces asomaba en ellos.

—Se refiere usted a los milagros, ¿verdad? Usted es sacerdote, hijo mío, y conozco su desgracia. Los milagros le parecen a usted imposibles. ¿Y cómo sabe usted que eso es imposible? Confíese usted más bien que no sabe nada, y que a cada minuto le suceden cosas que son imposibles de acuerdo con nuestros sentidos. Pero ya hemos hablado mucho rato; van a dar las once, y es necesario que usted vuelva a la gruta. Le espero a usted a las tres y media; le llevaré a la oficina médica de control, donde espero mostrarle cosas que le sorprenderán. No se olvide: a las tres y media.

Se despidieron: el médico continuó sentado. El calor había ido acentuándose; los collados ardían a lo lejos, bajo el sol que resplandecía como una hoguera. Abstraído en su pensamiento, el anciano soñaba bajo la escasa claridad verdosa de la umbría, oyendo el continuo rumor del Gave, como si una voz del más allá, una voz querida, le hubiera hablado.

Pedro se apresuró a reunirse con María. Lo consiguió sin gran trabajo: la multitud se diseminaba y mucha gente se había retirado ya a almorzar. Vio cerca de la joven, tranquilamente sentado, al señor de Guersaint, que quiso darle enseguida explicaciones acerca de su larga ausencia. Durante más de dos horas había recorrido Lourdes, aquella mañana, en toda dirección, llamando a la puerta de más de veinte hoteles, sin poder hallar un camaranchón donde dormir; hasta las habitaciones de las criadas estaban alquiladas, y no se podía encontrar ni un colchón para tenderse en un corredor. Cuando ya desesperaba en su empeño, dio con dos habitaciones, muy estrechas, por cierto, pero en un buen hotel, el hotel de las Apariciones, uno de los más frecuentados de la ciudad. Las personas que las habían hecho

reservar acababan de telegrafiar diciendo que el enfermo que iban a llevar había fallecido. Esto le parecía al señor de Guersaint una suerte única, y sentíase por ello muy contento.

Daban las once, y el lamentable cortejo se puso de nuevo en marcha, a través de las plazas y de las calles soleadas. Cuando estuvieron de regreso en el Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, María suplicó a su padre y al joven clérigo que fuesen a almorzar tranquilamente al hotel, y luego a descansar un poco, antes de volver por ella a las dos, que era la hora en que los enfermos serían nuevamente llevados a la gruta. Ya en el hotel, y luego de almorzar, subieron a sus habitaciones, y el señor de Guersaint, rendido de cansancio, se durmió con sueño tan profundo, que Pedro no tuvo valor para despertarlo. ¿Para qué? No era indispensable su presencia. Volvió, pues, solo al hospital.

El cortejo descendió de nuevo por la avenida de la Gruta, siguió a lo largo de la meseta de la Merlasse y atravesó la plaza del Rosario, entre la muchedumbre cada vez más numerosa, que se estremecía y se persignaba, poseída de la alegría de aquella admirable tarde de agosto. Era la hora gloriosa de un magnífico día.

Instalada otra vez delante de la gruta, preguntó María:

—¿Vendrá papá a reunirse con nosotros?

—Sí, se quedó a descansar un rato.

Ella hizo un ademán, como queriendo decir que había hecho bien, y con voz llena de turbación añadió:

—Escuche, Pedro: no venga a buscarme hasta dentro de una hora para llevarme a la piscina. No me siento todavía en estado de gracia suficiente; quiero orar, quiero seguir orando.

Después de haber deseado tanto encontrarse allí, se sentía ahora agitada por una especie de terror; los escrúpulos la harían vacilar en el instante mismo de tentar el milagro. Y como comentase que no había podido comer nada, se le acercó una joven, que le dijo:

—Mi querida señorita, si acaso siente usted demasiada debilidad, sepa que aquí tenemos caldo.

María reconoció a Raimunda. Había en la gruta varias jóvenes encargadas de distribuir a los enfermos tazas de caldo y de leche. En vista de que en años anteriores algunas de ellas habían incurrido en la coquetería de llevar finos delantales de seda adornados con puntilla, se les había impuesto un uniforme hecho de una modesta tela de cuadros blancos y azules. Sin embargo,

Raimunda había conseguido hacerse encantadora, a pesar de aquella sencillez, por su juventud y por su aire solícito de mujercita hacendosa.

—Entendido, ¿verdad? Hágame una señal, y se lo serviré cuando guste.

María le dio las gracias y le dijo que seguramente no tomaría nada. Luego se volvió hacia el sacerdote.

—Déjeme una hora más; una hora, amigo mío.

Pedro quiso entonces quedarse a su lado. Pero todo el local estaba reservado para los enfermos, y ni siquiera se toleraba la permanencia de los camilleros. Arrastrado por la ola inquieta de la multitud, Pedro se vio llevado hacia las piscinas, donde dio con un extraordinario espectáculo que le hizo quedarse allí.

Delante de los tres pabellones en que estaban instalados los baños, distribuidos de tres en tres, seis para las mujeres y tres para los hombres, había un vasto espacio, a la sombra de los árboles, rodeado por una gruesa cuerda que lo cerrada y dejaba libre. Allí esperaban su turno algunos enfermos, en sus cochecitos o en sus camillas, mientras del lado de fuera de la cuerda se atropellaba una muchedumbre inmensa, exaltada. De pie, en mitad del espacio libre, un capuchino dirigía los rezos en aquel momento. Sucediáanse las avemarías, balbuceadas por la multitud entre un murmullo extenso y confuso.

De pronto, en el instante en que entraba, tras largo rato de espera, la señora de Vincent, pálida de angustia, teniendo en sus brazos a aquella hijita suya que parecía un Jesús de cera, el capuchino cayó al punto de rodillas, con los brazos en cruz, exclamando: «¡Señor, curad a nuestros enfermos!». Y repetía este grito diez, veinte veces, con una furia creciente, coreado por una muchedumbre exaltada que a cada grito sollozaba y besaba la tierra. Fue como un huracán de delirio que pasaba abatiendo todas las frentes. Pedro se sintió conmovido por los sollozos de angustia que partían de las entrañas de aquel pueblo, por aquella invocación cada vez más ferviente y alta, en medio de la cual estallaba luego una exigencia, una voz de impaciencia y de cólera, ensordecedora y vehemente, para mover la piedad del cielo: «¡Señor, curad a nuestros enfermos! ¡Señor, curad a nuestros enfermos!». Y el grito no tenía fin.

Ocurrió un incidente: la Grivotte lloraba a lágrima viva porque no querían bañarla.

—Me dicen que estoy tísica, y que está prohibido sumergir a los tísicos en agua fría. Sin embargo, esta misma mañana han sumergido a una, y yo lo he visto. ¿Y por qué a mí no? Hace media hora que me desespero diciéndoles

que con ello están disgustando a la Santa Virgen. Porque yo voy a ser curada, yo siento que voy a ser curada...

Como empezaba a escandalizar, se acercó a ella uno de los capellanes de la piscina y procuró tranquilizarla. Ya se vería dentro de un momento lo que se haría; habían ido a consultar con los reverendos padres. Tal vez la sumergirían, si se portaba bien.

Entre tanto, el grito continuaba: «¡Señor, curad a nuestros enfermos! ¡Señor, curad a nuestros enfermos!». Pedro, que acababa de ver a la señora de Vêtu esperando también frente a una de las piscinas, no podía apartar la vista de aquella faz iluminada por la esperanza; tenía la enferma los ojos clavados en aquella puerta por donde salían los bienaventurados, las elegidas, sanas ya. Redoblaban las oraciones, las súplicas se elevaban frenéticas, cuando volvió a aparecer la señora de Vincent, llevando en brazos a su infortunada y adorada hijita, a quien acababan de sumergir, sin sentido, en el agua helada, y cuya pobre carita, húmeda todavía, conservaba la misma palidez de antes, cerrados los ojos, más dolorida y más muerta. La madre, crucificada por aquella larga agonía, desesperada ante aquella negativa de la Santa Virgen, que se mostraba insensible a la dolencia de su hija, sollozaba. Y nuevamente, al llegarle el turno a la señora de Vêtu y sumergirse ésta con el arranque de una moribunda que fuese a beber la vida, estalló el grito obsesionante, infatigable y sostenido: «¡Señor, curad a nuestros enfermos! ¡Señor, curad a nuestros enfermos!». El capuchino había caído con el rostro pegado al pavimento, y la multitud, con los brazos en cruz, ululante, se comía la tierra a besos.

Pedro quiso acercarse a la señora de Vincent para decirle algunas palabras de consuelo, pero una oleada de peregrinos le impidió pasar en dirección a la fuente, rodeada por un enorme gentío. Se trataba de una obra baja, con un largo muro de piedra con tejadillo tallado; y a pesar de que eran doce los grifos que alimentaban la exigua pileta, hubo que formar varias colas. Muchos llenaban allí sus botellas, recipientes de hojalata y cántaros de barro. Para evitar que se perdiera mucha agua, los grifos no funcionaban sino apretando un botón. Muchas mujeres, de manos débiles, no sabían manejarlo, y se mojaban los pies. Las que no disponían de recipientes que llenar, bebían del caño y se lavaban la cara. Pedro vio a un joven que se bebió siete copitas y se lavó siete veces los ojos, sin enjuagárselos. Otros bebían en conchas, en cubiletes de estaño y en botas. Le interesó sobre todo lo que hacía Elisa Rouquet, que, juzgando inútil ir a las piscinas por la hedionda llaga que le roía la cara, se contentaba, desde la mañana, con lavarse a todas horas en la fuente. Se arrodillaba, apartaba la pañoleta, impregnaba en el agua un pañuelo



como si fuese una esponja y se lo aplicaba durante largo rato a la llaga; las gentes se apretujaban a su alrededor con fiebre tal, que, sin fijarse ya en su cara de monstruo, se lavaban y bebían en el mismo grifo en que ella mojaba su pañuelo.

En aquel instante, Gerardo, que pasaba conduciendo al señor de Sabathier a las piscinas, llamó a Pedro, viéndole ocioso, y le pidió que le siguiera para ayudarle, porque no iba a ser cosa sencilla levantar al atáxico y sumergirlo en el agua. Pedro pudo así permanecer en las piscinas de los hombres durante media hora, acompañando a su enfermo, mientras Gerardo volvía a la gruta en busca de otro. La piscina le pareció bien dispuesta. Consistían las instalaciones en tres casillas con sus correspondientes piletas, a las que se bajaba por unos escalones; estaban separadas por tabiques, y la entrada se hallaba cubierta por una cortina que se podía correr para ocultar al enfermo. Delante había un cuarto común, embaldosado, con un banco y dos sillas por todo mobiliario, que servía de sala de espera. Allí se desnudaban los enfermos y se vestían luego, con desmañada prisa y una preocupación inquieta y pudorosa. Un hombre estaba allí, desnudo todavía y oculto a medias por la cortina, procurando colocarse de nuevo el vendaje con sus manos temblorosas. Otro, tísico, de una delgadez espantable, tiritaba dejando escapar un ronquido; su piel gris estaba cubierta de manchas violáceas.

Pedro se estremeció al ver al hermano Isidoro, al que sacaban en aquel instante de una de las piletas; estaba exánime, al punto de que lo creyeron muerto, y luego empezó a lanzar gemidos; daba una horrible pena aquel corpachón agotado por el sufrimiento, semejante a un despojo humano arrojado sobre el mostrador de una carnicería, con una cadera agujereada por una profunda llaga. Los dos hospitalarios que acababan de bañarlo le ponían la camisa con el mayor cuidado del mundo, temiendo a cada momento que se les muriera entre las manos si le daban una sacudida demasiado brusca.

—¿Quiere ayudarme, señor abate? —preguntó el hospitalario que estaba desnudando al señor Sabathier.

Pedro acudió enseguida, y, al fijarse en aquel enfermero que desempeñaba funciones tan humildes, reconoció al marqués de Salmon-Roquebert; el señor de Guersaint se lo había mostrado cuando venían de la estación. Era un hombre como de cuarenta años, de cara alargada y nariz prominente de estirpe caballeresca. Último representante de una de las más antiguas e ilustres familias de Francia, poseía una fortuna considerable, consistente en un regio palacio en la calle Lille, de París, y extensas tierras en Normandía. Todos los años iba a Lourdes durante los tres días de la peregrinación nacional,

desempeñando aquellos menesteres por pura caridad, sin ningún fervor religioso, pues practicaba la religión solamente como hombre de buena sociedad. Y se obstinaba en no ser otra cosa que un simple hospitalario, encargándose de bañar aquel año a los enfermos hasta que sus brazos no daban más, ocupándose todo el día en remover ropas sucias y en quitar y poner vendajes.

—Tenga cuidado —recomendaba—; quítele despacio las medias. Con ese pobre hombre al que están vistiendo allí, ha ocurrido hace un momento que se le llevaran la carne también.

El marqués, apartándose un instante del señor Sabathier, se puso a calzar de nuevo al desgraciado aquel, y al introducir los dedos en el zapato del pie izquierdo sintió que estaba húmedo. Miró: el pus había corrido hasta llenar la extremidad del zapato; tuvo que salir a vaciarlo fuera, antes de colocarlo de nuevo en el pie del enfermo, cosa que hizo con infinitas precauciones, evitando el rozar la pierna, carcomida por la úlcera.

Después, volviendo al señor Sabathier, dijo a Pedro:

—Ahora tire usted del calzoncillo simultáneamente conmigo, a fin de que lo saquemos al mismo tiempo.

En la salita no había más que enfermos y hospitalarios encargados del servicio. También se hallaba un limosnero que recitaba padrenuestros y avemarías, porque las oraciones no debían interrumpirse ni un solo instante. Ocurría, además, que, debido a que la puerta que daba al ancho espacio acordonado no tenía más cierre que una cortina corrediza, las súplicas de la multitud se oían dentro como un clamor continuo, sobre el que se destacaba la voz penetrante del capuchino, que repetía sin descanso: «¡Señor, curad a nuestros enfermos! ¡Señor, curad a nuestros enfermos!». Por las altas ventanas bajaba una luz fría dentro del local, donde reinaba una humedad constante y un olor desagradable de sótano que rezuma agua.

El señor Sabathier quedó al fin desnudo, sin más que un pequeño mandil anudado sobre el vientre, por razones de decencia.

—Por favor —dijo el enfermo—, bájenme al agua poco a poco.

El agua fría le infundía pánico. Solía contar que la primera vez que se metió en aquella agua experimentó un miedo tan atroz que juró no volver jamás a hacerlo. Además, y esto también lo decía, aquella agua no era nada atrayente, porque los padres no consentían que se la cambiase más que dos veces al día, por temor a que la fuente no diera abasto. Ahora bien, como se sumergían en la misma agua cerca de un centenar de enfermos, es de imaginar el terrible caldo que allí se formaba. Se veía de todo allí: filamentos

sanguíneos, pingajos de piel, postillas, trozos de vendajes y de hilas; un repugnante potaje de todas las enfermedades, de todas las llagas, de todas las podredumbres. Se hubiera dicho que aquello era un verdadero cultivo de gérmenes venenosos, un extracto de los contagios más temibles, y el milagro verdadero consistía en salir con vida de aquel pantano humano.

—Despacio, despacio —repetía el señor Sabathier, dirigiéndose a Pedro y al marqués, que lo habían alzado, asiéndole por debajo de los muslos, para conducirlo a la pileta.

Fijaba los ojos con terror infantil en aquella agua espesa y de aspecto lívido sobre la que flotaban manchas relucientes y sospechosas. Hacia la izquierda se veía un coágulo rojo, como si hubiese reventado en aquel sitio un tumor. Aquí y allá nadaban pedazos de trapos con el aspecto de carne muerta. Pero era tal su terror al agua fría que prefería bañarse en aquellas aguas infectas por la tarde, porque a fuerza de sumergir cuerpos enfermos acababa por entibiarse un poco.

—Dejaremos que se deslice usted por los escalones —le dijo el marqués a media voz.

Enseguida recomendó a Pedro que lo sostuviera con firmeza por las axilas.

—No tema usted —dijo el sacerdote al enfermo—. Le sostendré bien.

Lentamente sumergieron al señor Sabathier. No se veía de él más que la espalda, pobre espalda dolorida que se movía, se hinchaba, se amorataba con un escalofrío. Cuando se encontró sumergido del todo, echó hacia atrás la cabeza con un espasmo; se oyó un crujido de huesos, y el atáxico se encogió como si se estuviese ahogando.

El limosnero, que permanecía de pie en la bañera, recomenzó su plegaria con nuevo fervor:

—¡Señor, curad a nuestros enfermos! ¡Señor, curad a nuestros enfermos!

El señor Salmon-Roquebert repitió el ruego, conforme a lo ordenado por el reglamento a los hospitalarios en cada inmersión. Imitole también Pedro, y era tan grande la compasión que experimentaba ante tanto sufrimiento, que volvió a sentir un poco de fe: hacía mucho tiempo ya que no había rezado de aquella manera, anhelando que hubiese un Dios en el cielo capaz de aliviar con su omnipotencia a la mísera humanidad. Pero cuando, al cabo de tres o cuatro minutos, retiraron, con mucho trabajo, de la bañera al señor Sabathier, lívido y tiritando, se sintió embargado por la tristeza más desesperada viendo a aquel desgraciado completamente abatido al darse cuenta de que no había experimentado ninguna mejoría. ¡Otra tentativa inútil! Era la séptima vez que

la Virgen no se había dignado escuchar sus súplicas. Cerró los ojos, y, mientras lo arropaban, las lágrimas brotaron de entre sus párpados cerrados.

Pedro reconoció después al pequeño Gustavo Vigneron, que llegaba con su muleta para tomar el primer baño. En la puerta acababa de arrodillarse la familia: el padre, la madre y la tía, señora de Chaise, todos bien ataviados y mostrando una devoción ejemplar. Entre la muchedumbre circuló la especie de que se trataba de un alto empleado del Ministerio de Hacienda. Pero cuando el niño estaba desnudándose se oyó un rumor general, al mismo tiempo que aparecían el padre Fourcade y el padre Massias dando orden de suspender las inmersiones. Iba a intentarse el gran milagro, la gracia extraordinaria tan ardientemente solicitada desde la mañana, la resurrección del hombre muerto en el tren.

Fuera continuaban las oraciones; era un furioso clamor de voces que se perdía en el aire de aquella cálida tarde de verano. Dos hombres entraron en la sala conduciendo una camilla cubierta y la depositaron en el centro. El barón Suire, presidente de los hospitalarios, y el señor Berthaud, uno de los jefes de servicio, venían detrás, porque aquella aventura tenía conmovido a todo el personal. Entre ellos y los padres asuncionistas hubo un cambio de breves palabras en voz baja. Inmediatamente éstos cayeron de hinojos con los brazos en cruz y se pusieron a orar, con la faz iluminada, transfigurada por el fervoroso deseo de ver una manifestación de la omnipotencia de Dios.

—¡Señor, oídnos! ¡Señor, conceded lo que os pedimos!

Acababan de llevar al señor Sabathier; no quedaba allí más enfermo que el pequeño Gustavo, medio desnudo y olvidado en una silla. Fue levantada la cubierta de la camilla, y apareció el cadáver de aquel hombre, rígido ya, como encogido y adelgazado: conservaba sus grandes ojos obstinadamente abiertos. Era necesario desnudarlo, pues aún estaba vestido; aquella tarea horrible hizo vacilar un instante a los hospitalarios. Pedro notó que el marqués de Salmon-Roquebert, tan solícito cuando se trataba de enfermos, ante los que no experimentaba repugnancia alguna, se había apartado, arrodillándose también, sin querer tocar el cadáver. Hizo lo propio, y se arrodilló junto a él para cubrir las apariencias.

Exaltábase poco a poco el padre Massias, cuya voz se fue elevando de tal modo que llegó a cubrir la de su superior, el padre Fourcade.

—¡Señor, devolvednos a nuestro hermano! ¡Señor, hacedlo por vuestra gloria!

Uno de los hospitalarios se decidió, por fin, a tirar del pantalón del cadáver; pero las piernas no cedían; hacía falta levantar el cuerpo. El otro

hospitalario, que se había puesto a desabotonar la vieja levita, observó a media voz que sería más rápido cortarlo todo con unas tijeras. De otra manera, no se terminaría nunca aquella tarea.

Berthaud intervino. Había consultado rápidamente al barón Suire. Íntimamente, como varón prudente, no aprobaba aquella aventura intentada por el padre Fourcade. Pero ya no era posible dejar las cosas; había que llevarlas hasta el fin, pues la muchedumbre esperaba, suplicando al cielo desde por la mañana. Lo más conveniente era terminar de una vez, guardando al muerto los mayores respetos. Así, en vez de zarandearlo demasiado para desnudarlo, Berthaud pensó que era preferible sumergirlo en la piscina con toda la ropa puesta. Tiempo había, si resucitaba, de cambiarle de indumento, y, en caso contrario, lo mismo daba. Expuso vivamente a los hospitalarios estas razones, y les ayudó a pasar unas correas por debajo de las espaldas y los muslos del cadáver.

El padre Fourcade había dado su aprobación con un movimiento de cabeza, mientras el padre Massias redoblaba su fervor:

—¡Señor, infundidle vuestro aliento, y renacerá! ¡Señor, devolvedle su alma para que pueda cantar vuestra gloria!

Los hospitalarios alzaron el cuerpo tirando de las correas, lo llevaron, siempre suspendido, hasta la bañera y lo bajaron lentamente al agua, temiendo que se les escurriera de las manos. Pedro, sobrecogido de espanto, vio perfectamente cómo sumergían el cadáver con sus pobres vestiduras, y cómo éstas se pegaban a los huesos, dibujando su contorno. Flotaba como un ahogado, pero lo más abominable era ver que la cabeza, a pesar de la rigidez del cadáver, caía hacia atrás y se hundía en el agua, aunque los hospitalarios se esforzaban por alzar la correa que le sostenía por las espaldas. Hubo un momento en que el cadáver estuvo a punto de deslizarse hasta el fondo de la pileta. ¿Cómo era posible que volviese a tener aliento si su boca estaba llena de agua y sus ojos abiertos de par en par, dando la impresión de que moría por segunda vez?

Durante aquellos tres minutos interminables que duró la inmersión, los dos padres de la Asunción, lo mismo que el limosnero, se esforzaron por hacer violencia al cielo en un paroxismo de deseo y de fe.

—¡Señor: miradlo tan sólo, y resucitará! ¡Señor, haced que se levante y ande al oír vuestra voz, para convertir a todo el mundo! ¡Señor, basta con que pronunciéis una palabra para que vuestro nombre sea aclamado por el mundo entero!

Como si una vena se le hubiera roto en la garganta, el padre Massias cayó de bruces, todo sofocado, apenas con fuerza para besar las baldosas. Desde fuera llegaban el clamor de la muchedumbre y el grito, sin cesar repetido, que lanzaba el capuchino de rato en rato: «¡Señor, curad a nuestros enfermos!», todo ello tan extemporáneamente que Pedro tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir un grito de rebeldía. Sentía estremecerse a su lado al marqués. Hubo un alivio general cuando Berthaud, resueltamente disgustado por aquella aventura, dijo con brusca voz a los hospitalarios:

—¡Sáquenlo! ¿Qué hacen que no lo retiran?

Sacaron el cadáver y lo depositaron en la camilla; tenía sus pobres ropas pegadas al cuerpo, como un ahogado. Chorreaban sus cabellos, y el agua que se escurría de su cuerpo inundaba la sala. El muerto seguía muerto.

Todos se habían levantado y le contemplaban en medio de un silencio angustioso. Después lo taparon nuevamente y se lo llevaron de allí; el padre Fourcade salió detrás de la camilla, apoyándose en el hombro del padre Massias y arrastrando la pierna gotosa, cuya dolorosa pesadez había olvidado un momento. Recobró su tranquila fortaleza, y se le oyó dirigirse de este modo a la muchedumbre silenciosa:

—Amados hermanos míos; amadas hermanas mías: Dios no ha querido devolvérselo. Sin duda, en su bondad infinita prefirió guardarlo entre sus elegidos.

Y eso fue todo; ya no se volvió a hablar de aquel hombre. Continuaron llegando enfermos y se ocuparon las otras bañeras. Entre tanto, el pequeño Gustavo, que había seguido toda aquella escena con curiosidad y atención, sin dar muestras de amedrentamiento, acabó de desvestirse. Apareció su pobre cuerpo de niño escrofuloso, con sus costillas marcadas, la cresta espinosa de sus vértebras y sus piernas tan flacuchas que parecían bastones, sobre todo la izquierda, completamente seca, reducida a los huesos; tenía, además, dos llagas; una en un muslo y la otra en la cintura, horrible esta última por hallarse en carne viva. El niño sonreía, sin embargo; su dolencia le había afinado de tal manera que, aunque parecía tener diez años y en realidad sólo tenía quince, discurría con la razón y la filosofía de un hombre maduro.

El marqués de Salmon-Roquebert lo tomó delicadamente entre sus brazos, después de rehusar la ayuda que Pedro le ofrecía.

—Muchas gracias, no pesa más que un pajarillo. No tengas miedo, hijo; te meteré poco a poco.

—¡Oh, señor, no terno el agua fría; puede usted sumergirme cuando quiera!

Y le zambulleron en la misma bañera donde habían metido al hombre. La señora de Vignerón y la señora de Chaise, a quienes se impidió la entrada, habían vuelto a arrodillarse y oraban devotamente. El señor Vignerón fue admitido en la sala, y se santiguaba con ampuloso movimiento de mano.

Viendo que no era allí útil, Pedro se retiró. La idea de que hacía rato que habían dado las tres y de que María le estaría esperando hizo que se diera prisa. Cuando procuraba atravesar por entre la multitud, vio llegar a la joven; Gerardo, que no había cesado un momento de llevar enfermos a las piscinas, tiraba del carrito. María se mostraba impaciente, invadida de repente por la seguridad de que se encontraba al fin en estado de gracia. Tuvo una frase de reproche para Pedro:

—¡Se ha olvidado usted de mí, amigo mío!

Pedro no supo qué contestar; la vio desaparecer en las piscinas de las mujeres, y cayó de rodillas, agobiado por mortal tristeza. Así era como quería esperarla, arrodillado, para conducirla a la gruta, ya curada, cantando alabanzas. ¿No había de sanar, si ella misma estaba segura de ello? Pero en vano buscaba frases piadosas, replegándose en lo hondo de su ser, profundamente conmovido. No conseguía reponerse de la impresión de aquellas cosas terribles que acababa de ver; estaba deshecho de fatiga física, con el cerebro deprimido, sin dar ya fe a sus ojos y sin saber que verdaderamente creía. Sólo quedaba en pie la ternura infinita que le inspiraba María, y este sentimiento le impulsaba a rezar y a humillarse, con la idea de que los humildes, cuando aman mucho y ruegan a los todopoderosos, acaban por obtener sus favores. Y con gran sorpresa suya, haciendo coro a la muchedumbre, empezó a repetir con voz desesperada, que le brotaba de lo más profundo de su ser:

—¡Señor, curad a nuestros enfermos! ¡Señor, curad a nuestros enfermos!

Estuvo así diez minutos, un cuarto de hora, tal vez, hasta que reapareció María en su carrito. Mostraba en el rostro gran palidez y una expresión desesperada, y su hermosa cabellera, que no había sido tocada por el agua, estaba anudada sobre su cabeza en forma de una maciza rosca de oro. No estaba curada. Un estupor de infinito desaliento cerraba su boca y hacía desviar su vista, como para no encontrarse con los ojos del sacerdote, que atónito, con el corazón helado, se decidió a tomar de nuevo el carrito a fin de reconducirla a la gruta.

Mientras tanto, los fieles arrodillados, con los brazos en cruz y besando la tierra, proseguían sus clamores con un delirio cada vez mayor, azuzado por la voz estridente del capuchino:

—¡Señor, curad a nuestros enfermos! ¡Señor, curad a nuestros enfermos!

Al llegar Pedro frente a la gruta, María tuvo un desvanecimiento. Gerardo, que estaba allí, vio que Raimunda acudía inmediatamente con una taza de caldo, empeñándose ambos al punto en una lucha de celo por servir a la enferma. Raimunda era la que más insistía en hacerle tomar el caldo, que le ofrecía con todo afecto, adoptando actitudes cariñosas de enfermera complaciente. Gerardo encontraba, a pesar de todo, verdaderamente encantadora a aquella señorita sin fortuna, avezada ya a las cosas de la vida, lista para dirigir un hogar con mano firme y amable al mismo tiempo. Berthaud tenía, sin duda, razón: aquélla era la mujer que necesitaba.

—¿Quiere usted que la levante un poco, señorita?

—Gracias, señor. La podré levantar yo sola. Además, será más conveniente que le dé el caldo a cucharadas.

Pero María, obstinada en su huraño silencio, persistía en rehusar el caldo con ademán adusto. Lo que ella quería era que la dejaran tranquila, que no le hablasen. Sólo cuando se retiraron Raimunda y Gerardo, dirigiéndose una mutua sonrisa, le dijo al sacerdote con voz sorda:

—¿No ha venido mi padre?

Pedro vaciló un instante, pero tuvo que confesar la verdad.

—Cuando lo dejé estaba durmiendo, y seguramente no se habrá despertado aún.

Entonces María, recayendo en su abatimiento, le despidió con el mismo ademán con que rehusara toda ayuda. Ya no rezaba; permanecía inmóvil, con los ojos fijos en la Virgen de mármol, en la estatua blanca, en el centelleo de la gruta. Y como daban ya las cuatro, Pedro se dirigió, con el corazón lacerado, a la oficina de comprobación, recordando la cita que le había dado el doctor Chassaingne.



## IV

**E**l doctor Chassaigne esperaba a Pedro frente a la oficina de comprobación. Había allí una muchedumbre compacta, febril, al acecho de los enfermos que entraban, interrogándolos, aclamándoles a la salida. Corría la voz de que habían ocurrido milagros: un ciego que volvía a ver, una sorda que oía, una parálitica que recobraba el movimiento de sus piernas. Con gran trabajo consiguió Pedro abrirse paso entre aquel gentío.

—¿Y qué? —preguntó al doctor—. ¿Vamos a ver un milagro verdadero, incontestable?

El doctor sonrió, indulgente en su nueva fe.

—¡Tal vez! Pero, amigo mío, los milagros no son cosas de encargo, Dios interviene cuando quiere.

Algunos hospitalarios guardaban severamente la entrada. Pero como todos ellos conocían al doctor, se hicieron a un lado respetuosamente para dejarle entrar con su acompañante. Aquella oficina, donde se anotaban las curaciones, estaba instalada en una mala casucha de madera, compuesta de dos habitaciones: una estrecha antecámara y una sala común para las reuniones, totalmente insuficiente. Se hablaba de mejorar aquel servicio, trasladándolo a un local más amplio, al pie de una de las rampas del Rosario, local que se estaba ya disponiendo debidamente.

En la antesala, donde no había más que un banco de madera, Pedro vio dos enfermas sentadas esperando turno, bajo la vigilancia de un joven hospitalario. Pero cuando penetró en la sala común quedó sorprendido al ver allí un compacto grupo de personas y al recibir el vaho sofocante de aquella atmósfera calurosa, entre las maderas recalentadas por el sol. La habitación, de forma cuadrada y paredes pintadas de amarillo claro, estaba desmantelada y no tenía más que una sola ventana de vidrios pintados de blanco, para que la muchedumbre que se apiñaba fuera no pudiese ver nada. Ni siquiera se atrevían a abrir la ventana para que entrara aire, porque en el acto se asomaban a ella un montón de curiosas cabezas.

El mobiliario era rudimentario: dos mesas de pino, de distinta altura, colocadas una a continuación de la otra, y que ni siquiera estaban cubiertas con una carpeta; una especie de casillero grande, atestado de legajos mal cuidados, papelotes, folletos y registros, y, finalmente, una treintena de sillas

de paja, que ocupaban todo el espacio restante, y dos sillones viejos, deshilachados, para los enfermos.

El doctor Bonamy se adelantó enseguida al encuentro del doctor Chassaigne, considerado como una de las últimas y más gloriosas conquistas de la gruta. Buscó una silla para él y otra para Pedro, que le mereció respeto por la sotana que llevaba. Luego agregó con tono de gran cortesía:

—Con su permiso, querido colega, voy a continuar. Estábamos examinando a esta señorita.

Se trataba de una campesina de veinte años, sorda, que estaba sentada en uno de los sillones. En vez de escuchar, Pedro, que sentía flojedad en las piernas y zumbidos en los oídos, se limitaba a mirar, intentando darse cuenta de la clase de personas que había allí. Serían unos cincuenta, muchos de ellos de pie, apoyados en el muro. Los que estaban junto a las mesas eran cinco: en el centro, el jefe de servicio de las piscinas, consultando un voluminoso índice; a su lado, un padre de la Asunción y tres jóvenes seminaristas, que hacían de secretarios, escribiendo, revolviendo los legajos y clasificándolos después de cada examen.

A Pedro le interesó particularmente el padre Dargelès, de la Inmaculada Concepción, redactor jefe del «Diario de la Gruta», a quien le habían hecho conocer aquella mañana. Su cara menuda, de nariz puntiaguda y boca fina, sonreía siempre entre un continuo pestañeo. Estaba modestamente sentado a un extremo de la mesa más baja, y de cuando en cuando tomaba notas para su periódico. Era el único miembro de su congregación que se mostraba durante los tres días de la peregrinación nacional. Pero detrás de él se adivinaba a todos los demás, como una energía oculta que se había ido acumulando, organizando, para monopolizarlo todo.

El resto de la concurrencia se componía de simples curiosos, de testigos, de una veintena de médicos y de cuatro o cinco clérigos. Los médicos, que procedían de los más diversos sitios, guardaban por lo general un silencio absoluto; algunos se atrevían a hacer ciertas preguntas, cambiando de vez en cuando miradas de soslayo, más preocupados en vigilarse mutuamente que en comprobar los hechos sometidos a su examen. ¿Quiénes eran? Se pronunciaban de vez en cuando nombres completamente desconocidos. Sólo uno había causado cierta emoción: el de un célebre médico de cierta universidad católica.

Pero aquel día el doctor Bonamy, que no se sentaba nunca, presidiendo la sesión e interrogando a los enfermos, reservaba todas sus atenciones para un joven rubio, escritor de bastante talento y redactor influyente de uno de los

periódicos más leídos de París, y que había caído por casualidad aquella mañana en Lourdes. ¿No era acaso un incrédulo que había que convertir, una influencia y una publicidad que había que utilizar? El doctor lo había hecho sentar en el segundo sillón y, afectando una simplicidad sonriente, desplegab los recursos de los grandes días y afirmaba que allí no se ocultaba detalle alguno, ya que todo se hacía a la luz del día.

—No pedimos sino luz —repetía—. Nosotros invitamos constantemente a los hombres de buena fe a que vengan a examinar los hechos.

Luego, viendo que la pretendida curación de la sorda presentaba mal aspecto, la zarandó un poco.

—Vamos, vamos, señorita, esto no es más que un principio de curación. Vuelva usted otra vez.

Y añadió a media voz:

—Si uno les hiciese caso, resultaría que todos estaban curados. Pero aquí no aceptamos sino las curaciones comprobadas, claras como el sol. Fíjense ustedes en que digo curaciones y no milagros; porque nosotros, los médicos, no nos permitimos interpretar, sino que nuestra misión aquí se reduce a comprobar si los enfermos sometidos a nuestro examen no presentan ya rastro alguno de enfermedad.

El doctor se enardecía, hacía protestas de honradez profesional; ni más tonto ni más falsario que todos los demás, creyente sin fe, y al tanto de que la ciencia es tan oscura y está tan llena de sorpresas que no hay nada realmente imposible, se había creado en la gruta, ya en el ocaso de su carrera profesional, una situación especial, que ofrecía sus inconvenientes y sus ventajas, pero que era, en suma, muy cómoda y agradable.

Respondiendo a una pregunta del periodista de París, explicó su manera de proceder. Todos los enfermos de la peregrinación traían su respectivo expediente, en el cual se hallaba casi siempre un certificado del médico de cabecera; a veces contenía varios certificados de médicos diferentes, o los prontuarios de los hospitales, con la historia completa de la enfermedad. Desde ese momento, cuando se producía una curación y se presentaba el enfermo ya sano, bastaba con acudir a su expediente; se leían los certificados para establecer la enfermedad de que padecía, y se comprobaba, examinándolo, si ésta había realmente desaparecido.

Pedro escuchaba ahora con atención. Desde que se encontraba allí, descansando, habíase calmado, en tanto recobraba la lucidez de su mente. El calor era lo único molesto. Le interesaban las explicaciones del doctor Bonamy, y habría tomado la palabra, porque deseaba formarse una opinión, a

no llevar el hábito que vestía. La sotana le condenaba a un perpetuo anonimato. Por eso se puso contento al oír que el caballero rubio, el escritor influyente, formulaba ciertas objeciones que se le ocurrirían en el acto a cualquiera. ¿No era lamentable que fuesen distintos el método que diagnosticaba la enfermedad y el que comprobaba la curación? Aquello era, sin duda, una fuente constante de posibles errores. Lo mejor hubiera sido que una misma comisión de médicos examinase a todos los enfermos a su llegada a Lourdes, levantase acta de cada caso e interviniese cuando hubiera curación. Pero el doctor Bonamy se mostró muy contrariado, y observaba, no sin dejar de tener razón, que sería de todo punto imposible que una comisión pudiera llevar a cabo tan gigantesca tarea.

—¡Imagínese usted lo que representaría el examen de mil casos distintos en una sola mañana! ¡Cuánta diversidad de teorías, qué de discusiones, qué de diagnósticos contradictorios! Todo eso no haría sino aumentar la incertidumbre.

En efecto, el examen previo, de realización casi imposible, ofrecía inconvenientes no menos grandes. En la práctica no había más remedio que atenerse a los certificados extendidos por los médicos. Estas constancias adquirían, de tal manera, una importancia capital, decisiva. Se hojearon algunos legajos que había encima de la mesa y se procedió a leer diferentes certificados al periodista de París. Muchos de ellos eran de una concisión molesta. Otros estaban mejor redactados y especificaban claramente la enfermedad. Algunas de las firmas de médicos estaban incluso legalizadas por las autoridades municipales. Pero las dudas surgían de todas partes, incontables, invencibles. ¿Quiénes eran aquellos médicos? ¿Tendrían la necesaria autoridad científica? ¿No habrían cedido a circunstancias ignoradas, a intereses puramente personales? Daban ganas de pedir que se hiciese una investigación en cada caso. Puesto que todo se basaba en el legajo traído por el enfermo, habría sido menester una prolija comprobación de aquellos documentos, porque si una crítica severa no establecía previamente la verdad de los hechos, todo el edificio se desmoronaba.

Con el rostro acalorado y sudoroso, el doctor Bonamy se agitaba vivamente.

—¡Pero si eso es precisamente lo que hacemos! Así que un caso de curación se presenta inexplicable por las vías naturales, procedemos a una minuciosa encuesta y rogamos a la persona curada que vuelva aquí para que la examinemos. Y ya está usted viendo que nos rodeamos de todos los asesoramientos. Casi todos estos señores que nos escuchan son médicos,

venidos de los puntos más opuestos de Francia. Nosotros les suplicamos que nos expongan sus dudas, que discutan los casos con nosotros, y de cada sesión se levanta un acta detallada. Ya lo oyen ustedes, señores: si encuentran aquí algo que se halla en pugna con su concepto de la verdad, les ruego que no guarden silencio.

Nadie dijo esta boca es mía. En su mayoría, los médicos que se hallaban presentes eran, al parecer, católicos, y como es natural, estaban conformes. En cuanto a los que no lo eran, los incrédulos, los sabios verdaderos, se limitaban a observar, se interesaban por determinados fenómenos, evitaban por cortesía enredarse en discusiones que hubieran sido, por lo demás, incongruentes, y si la incomodidad que sentían los más razonadores se hacía insoportable hasta el punto de ponerlos en riesgo de estallar de indignación, se retiraban de allí silenciosamente.

Y como nadie abrió el pico, el doctor Bonamy se sintió triunfante. Entonces el periodista le preguntó si él estaba solo para hacer frente a un trabajo tan enorme.

—Solo en absoluto. Mis funciones de médico de la gruta no son muy complicadas, porque ellas consisten simplemente, vuelvo a repetirlo, en comprobar las curaciones cuando éstas se producen.

Pero rectificó enseguida, agregando sonriente:

—¡Ah, me olvidaba de que tenía conmigo a Raboin, que me ayuda a llevar las cosas con un poco de orden!

Dijo esto señalando con un ademán a un hombre grueso, de cabellos grises, rostro rudo y mandíbula de perro dogo, que aparentaba tener unos cuarenta años. Era este hombre un creyente fanático, un exaltado que no toleraba que se pusiesen en duda los milagros. Por ello era para él un martirio su función, en la oficina de comprobaciones médicas, debido a que, en cuanto se planteaba una discusión, bramaba de cólera. Aquella apelación a los médicos lo sacó de sus casillas, y el doctor tuvo que apaciguarlo:

—Vamos, amigo Raboin, cálese usted. Toda opinión sincera tiene derecho a que se le escuche.

Entre tanto, seguían desfilando los enfermos. Trajeron a un hombre con un eccema que le cubría todo el torso; y cuando se quitó la camisa se desprendió de su piel un fino polvillo gris. No estaba curado, pero afirmaba que venía todos los años a Lourdes y que siempre encontraba mejoría. Luego se presentó una señora condesa, de una delgadez que causaba espanto y que tenía una historia extraordinaria: hacía siete años la Santa Virgen le había curado de tuberculosis, y a continuación tuvo cuatro hijos; después se hizo

morfinómana y nuevamente contrajo la tisis; se reanimó no bien tomó el primer baño, y se proponía asistir aquella misma noche a la procesión de antorchas, acompañada por las veintisiete personas de su familia que habían venido con ella. Enseguida apareció una mujer atacada de afonía nerviosa que, después de muchos meses de absoluta mudez, acababa de recobrar repentinamente la voz, durante la procesión de las cuatro, en el momento de pasar el Santísimo.

—Señores —declaró el doctor Bonamy con la afabilidad afectada de un sabio de espíritu amplio—, ya sabrán ustedes que nosotros no insistimos en los casos en que se trata de una afección nerviosa. Fíjense ustedes, sin embargo, en que a esta mujer la han asistido durante seis meses en la Salpêtrière, que hasta que vino a Lourdes no ha podido hacer uso del habla, cosa que aquí le ha ocurrido de golpe.

A pesar de todo, el doctor Bonamy mostrábase impaciente, porque habría querido ofrecer a aquel caballero de París un buen caso de los que se producían a veces durante la procesión de las cuatro, momento de gracia y de exaltación en que la Santa Virgen solía interceder por sus elegidos. Las curaciones que habían desfilado hasta aquel momento eran dudosas y carecían de interés. Desde el exterior llegaban el pataleo y el murmullo de la muchedumbre, aguijoneada por los cánticos, exaltada por la necesidad de milagros, cada vez más nerviosa por la espera.

En aquel instante abrió la puerta una jovencita, sonriente y modesta, con ojos claros, que brillaban de inteligencia.

—¡Hola! —exclamó alegremente el doctor—. Aquí está nuestra amiguita Sofía. Se trata de una curación notable, señores; se produjo por esta misma época, el año pasado. Permítanme ustedes que les muestre los resultados.

Pedro reconoció enseguida a Sofía Couteau, la muchacha objeto de un milagro, que había subido a su compartimiento en Poitiers. Asistió, pues, a la repetición de la escena ya representada delante de él. El doctor Bonamy empezó a dar las más detalladas explicaciones al caballero rubio, que escuchaba con sus cinco sentidos; una caries de los huesos del talón izquierdo; un principio de necrosis, que exigía la resección; una llaga horrible, supurante, que se curó en un minuto, a la primera inmersión en la piscina.

—Sofía, cuénteselo al señor.

La jovencita hizo un movimiento lleno de gentileza que reclamaba atención.

—Así, pues, yo tenía el pie perdido; no podía ni siquiera ir a la iglesia, y tenía que tenerlo siempre envuelto en trapos, porque manaban unas cosas que

no tenían nada de limpias. El médico señor Revoire, que me había hecho un corte, dijo que se vería obligado a sacarme un pedazo de hueso, con lo que hubiera seguramente quedado coja. Y entonces, después de rogarle mucho a la Santísima Virgen, fui a meter el pie en el agua, con tantas ganas de sanarme que ni siquiera me di tiempo para quitarme el vendaje. Pues bien, todo se quedó dentro del agua, y cuando saqué el pie, no tenía absolutamente nada.

El doctor Bonamy seguía y aprobaba cada frase con un movimiento de cabeza.

—Repítanos, Sofía, lo que le dijo su médico.

—Cuando regresé junto a los míos y el señor Revoire vio mi pie, exclamó: «Me es lo mismo que haya sido Dios o que haya sido el diablo quien ha curado a esta chiquilla; pero la verdad es que está curada».

Estallaron risas. La frase era de un efecto seguro.

—Sofía, ¿y qué le dijo usted a la señora condesa, directora de la sala en que estaba?

—¡Ah, sí! Yo había traído muy poca venda para mi pie, y por eso le dije: «La Santa Virgen se ha dignado curarme el primer día, porque al siguiente mi provisión de vendas quedaría agotada».

Otra vez se oyeron algunas risas y fue general la complacencia, porque era muy simpática, y aunque se notaba que había recitado ya muchas veces su lección y se la sabía bien de memoria, la decía con expresión conmovedora y verídica.

—Sofía, descálcese y enseñe el pie a estos señores. Que lo toquen, que nadie pueda dudar.

Prestamente apareció el piececito, muy blanco, muy limpio, cuidado con esmero, con una cicatriz debajo del tobillo, larga cicatriz cuya sutura blancuzca atestiguaba la gravedad de la enfermedad. Algunos médicos se acercaron y lo contemplaron sin decir palabra. Otros ni siquiera se movieron, porque tenían, sin duda, formada su opinión. Uno de los primeros, con maneras muy corteses, preguntó por qué era que la Virgen no le había dado un pie totalmente nuevo, ya que a ella le hubiera costado igual trabajo. Pero el doctor Bonamy contestó vivamente que si la Santa Virgen le había dejado una cicatriz, lo había hecho, sin duda, para que quedase una señal, una prueba del milagro. Luego entró en pormenores técnicos, demostrando que un fragmento de hueso y una porción de carne debieron rehacerse instantáneamente, cosa inexplicable por las vías naturales.

—¡Pero, por Dios —exclamó, interrumpiéndole, el hombrecillo rubio—, no hay necesidad de tantas historias! Con que se me muestre un dedo

seccionado con un portaplumas que salga cicatrizado del agua, me bastaría; el milagro sería tan grande como éste, y yo me inclinaría ante él.

Luego añadió:

—Si yo tuviese una fuente capaz de cicatrizar de este modo las llagas, podría llegar a transformar el mundo. No sé ahora cómo me las compondría, pero llamaría a los pueblos, y los pueblos acudirían. Haría comprobar los milagros de manera que resultasen tan evidente que me convertiría en el amo de la tierra. ¡Piensen en lo que sería semejante potencia soberana, enteramente divina! Pero sería necesario que no quedase el menor resquicio para la duda; sería necesario que la verdad resplandeciese como el sol. Todo el mundo vería y creería.

Y se puso a discutir con el doctor los medios de establecer aquella comprobación. Había admitido que todos los enfermos no podían ser examinados a su llegada. Pero ¿por qué no se habilitaba en el hospital una sala especial para las llagas visibles? Se instalaría allí a unos treinta enfermos y se sometería a éstos al examen previo de una comisión. Se levantarían actas y hasta se sacarían fotografías de las llagas. Enseguida de producirse cualquier curación, la comisión no tendría sino que comprobarla y levantar una nueva acta. Ya no se trataría de una enfermedad interna, cuyo diagnóstico es difícil y siempre discutible. La evidencia se abriría paso.

El doctor Bonamy, algo confuso, repetía:

—Sin duda, sin duda. Nosotros no buscamos sino el esclarecimiento de los hechos. La dificultad consistiría en constituir esa comisión. ¡Es tan difícil ponerse de acuerdo! Sin embargo, hay ahí una idea.

La llegada de una nueva enferma vino en su ayuda. Mientras la pequeña Sofía Couteau, de quien ya se habían olvidado, volvía a calzarse, apareció Elisa Rouquet con su cara monstruosa. Se quitó la pañoleta para que la viesen y refirió que desde por la mañana había estado lavando la cara con paños empapados en la fuente, y que le parecía que su llaga, antes irritadísima, empezaba a secarse y palidecer. Y era cierto. Pedro, muy sorprendido, comprobaba que el aspecto de la llaga era menos horrible. Aquello fue un nuevo combustible para las discusiones sobre las llagas externas; el hombrecillo rubio se aferraba a su idea de que debía instalarse una sala especial. En efecto, si la misma mañana se hubiera comprobado el estado de aquella joven, ¡qué triunfo para la gruta si hubiese logrado curar así un lupus! Nadie podría negar el milagro.

Hasta entonces, el doctor Chassaigne se había mantenido a distancia, inmóvil y mudo, como si hubiese querido que sólo los hechos actuaran sobre



Pedro. Pero, bruscamente, se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Las llagas externas, las llagas externas... Ese caballero, por lo visto, ignora que nuestros sabios médicos empiezan a sospechar que muchas de esas úlceras son de origen nervioso. Sí, se ha llegado a descubrir que sólo se trata de una mala nutrición de la piel. ¡Tan mal estudiadas están todavía estas cuestiones de la nutrición! Y se llega con ello a probar que la fe que cura puede curar perfectamente las llagas, ciertos casos de lupus falso, sobre todo. Si esto es así, ¿qué certeza iba a sacar ese buen señor con su famosa sala de llagas externas? Un poco más de confusión y de pasión en la eterna polémica. ¡No, no! La ciencia es vana; ella es un mar de dudas.

Y sonreía dolorosamente, mientras el doctor Bonamy exhortaba a Elisa Rouquet a que continuara las abluciones y volviera todos los días para que la examinase. Luego repitió con una expresión prudente y afable:

—Por lo pronto, señores, hay un comienzo de curación que no puede discutirse.

De pronto quedó trastornado todo en aquel consultorio. Acababa de entrar como una ráfaga de viento la Grivotte, bailando y gritando a pleno pulmón.

—¡Estoy curada! ¡Estoy curada!

Y contó que al principio no querían dejarla que se bañase, que había tenido que insistir, suplicando y sollozando, para que se resolviesen a ello, después de un permiso formal del padre Fourcade. Y sucedió lo que ella había dicho desde un principio: no hacía tres minutos que la habían sumergido en el agua helada, toda sudorosa, con su ronquera de tísica, cuando sintió que le volvían las fuerzas, como si un latigazo le sacudiera todo el cuerpo. Estaba exaltadísima, como inflamada, y saltaba radiante, sin poder quedarse quieta.

—¡Estoy curada, estimados señores! ¡Estoy curada!

Pedro la contemplaba esta vez con estupefacción. ¿Era posible que fuese aquélla la misma muchacha de rostro terroso que él había visto la noche anterior, anonadada en el asiento del vagón, tosiendo y escupiendo sangre? No podía creerlo al verla erguida, esbelta, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, animada de una alegría de vivir que parecía elevarla del suelo.

—Señores —dijo el doctor Bonamy—, este caso me parece muy interesante. Vamos a ver...

Pidió el expediente de la Grivotte. Pero no aparecía entre aquellos papelotes apilados sobre las dos mesas. Los jóvenes seminaristas que actuaban de secretarios lo revolvían todo, y fue preciso que el jefe del servicio de piscinas, sentado en el centro, se levantara y hurgara en el casillero. Por fin, después de haber vuelto a tomar asiento, dio con el expediente, que estaba

debajo del índice que tenía delante, abierto de par en par. Había en el expediente no menos de tres certificados médicos, de los que él mismo dio lectura. Hay que destacar que los tres coincidían en diagnosticar una tuberculosis avanzada, complicada con accidentes nerviosos que la particularizaban.

El doctor Bonamy hizo un ademán, como dando a entender que aquella coincidencia no dejaba lugar a duda alguna. Y mientras auscultaba detenidamente a la enferma, decía:

—No oigo nada... No oigo nada...

Pero se rectificó:

—O casi nada.

Luego se volvió hasta los veinticinco o treinta médicos presentes, que permanecían silenciosos.

—Señores, si alguno entre ustedes quiere colaborar conmigo con sus conocimientos... Estamos aquí para estudiar y para discutir.

Al principio, nadie se movió de su sitio. Luego uno de los concurrentes osó acercarse. Auscultó a la joven, pero no dio a conocer su opinión; reflexionaba y movía la cabeza con cierta preocupación. Finalmente, dijo balbuceando que, a su juicio, lo más conveniente era estar a la expectativa. Pero otro, que lo reemplazó enseguida, fue categórico: no percibía absolutamente nada, y aquella mujer no había estado jamás tuberculosa. Le siguieron otros, y acabaron por desfilar todos, excepto cinco o seis, que se mantenían en una actitud reservada, sonriendo maliciosamente. Y la confusión llegó a su colmo, porque todos opinaban y cada cual sustentaba una opinión diferente; de suerte que el vocerío era tan grande que nadie se entendía. Únicamente el padre Dargelès conservaba absoluta serenidad, porque había barruntado uno de esos casos que apasionan y que constituyen la gloria de Nuestra Señora de Lourdes. Tomaba ya sus notas en un ángulo de la mesa.

Pedro y el doctor Chassaing se apartaron y pudieron conversar entonces sin ser oídos, gracias al bullicio de las voces.

—¡Oh, qué piscinas las que acabo de ver! —dijo el joven sacerdote—. Es algo que no tiene nombre. Se renueva el agua de ellas a largos intervalos. ¡Qué inmundicia, qué caldo de microbios! Un verdadero bofetón dado a la manía, al furor de precauciones antisépticas que nos domina hoy día. ¿Cómo es posible que no perezcan todos los enfermos atacados de la misma pestilencia? Si es como para que se mueran de contento los adversarios de la teoría microbiana.

El doctor le interrumpió:

—No, hijo mío. Ciertamente que los baños no son nada limpios; pero, a pesar de ello, no ofrecen peligro alguno. Note usted que el agua no pasa nunca de los diez grados, y que para que puedan cultivarse los gérmenes se necesita una temperatura de veinticinco. Por otra parte, los enfermos contagiosos no vienen a Lourdes; por ejemplo, los atacados de cólera, de tifus, de viruela, de sarampión o de escarlatina. No vemos aquí más que ciertas enfermedades orgánicas: parálisis, escrófula, tumores, ulceraciones, abscesos, cáncer y tuberculosis; esta última enfermedad no es transmisible por el agua de los baños. Las llagas viejas que se sumergen en las piscinas no comportan ningún riesgo de contagio. Puedo asegurarle que la Santa Virgen no tiene necesidad de intervenir en este aspecto.

—¿Quiere usted decirme con eso, doctor, que usted mismo, en su consultorio, en tiempos pasados, habría hecho sumergir a todos sus enfermos en el agua helada, lo mismo a las mujeres en cualquier época del mes que a los reumáticos, cardíacos y tísicos? ¿Habría bañado usted a esa pobre joven, medio muerta y empapada en sudor?

—¡Seguramente que no! Hay remedios heroicos a los que no se atreve a echar uno mano ordinariamente. Un baño helado puede matar con toda seguridad a un tuberculoso; pero ¿sabemos acaso si en ciertas circunstancias puede salvarlo? Yo, que he terminado por reconocer que actúa aquí un poder sobrenatural, convengo de muy buen grado en que algunas de las curaciones se producen de manera natural, gracias a esa inmersión en el agua fría, que nos parece tan imbécil y bárbara. ¡Es que ignoramos tantas cosas, ignoramos tantas cosas!

Se dejaba llevar de nuevo por la ira, por su inquina contra la ciencia, a la que despreciaba desde el día aquel en que se encontró azorado e impotente ante la agonía de su mujer y de su hija.

—Pide usted certidumbre; no será ciertamente la medicina quien se la dará. Escuche unos instantes a todos estos señores y saldrá usted aleccionado. ¿No es acaso estupenda esta absoluta confusión, en la que se dan de coces todas las opiniones? Es cierto que hay enfermedades que han sido estudiadas admirablemente, hasta en las menores fases de su evolución, y que existen remedios cuyos efectos han sido investigados con el más escrupuloso cuidado; pero lo que no se sabe, lo que no se puede saber, es la relación que existe entre el remedio y el enfermo, porque cada nuevo enfermo es un nuevo caso, y se hace necesario empezar otra vez la experiencia. Así tiene usted por qué la medicina continúa siendo un arte, porque no cabe dentro del rigorismo

experimental: la curación depende siempre de una circunstancia feliz, del acierto genial del médico. Y entonces convéznase de una vez por todas de que las gentes que vienen a discutir aquí me hacen reír cuando se ponen a hablar en nombre de las leyes absolutas de la ciencia. ¿Dónde están, en medicina, estas leyes? ¡A ver, que me las enseñen!

No hubiera querido decir nada más, pero su pasión le arrebató.

—Le he dicho ya que me he convertido a la fe. A pesar de eso, comprendo perfectamente que ese buen doctor Bonamy no se conmueva mayormente y que convoque a todos los médicos del mundo para que vengan a estudiar los milagros. Luego, cuanto mayor sea el número de médicos, más difícil será dar con la verdad, porque habrá entre los diagnósticos y los métodos de tratamiento una lucha sin cuartel. Si no se ponen de acuerdo respecto de una úlcera externa, menos habrá modo de que se entiendan al encontrarse frente a una lesión interna y empiecen los unos a negar lo que otros afirman. Y, bien miradas las cosas, ¿no sería mejor, acaso, que todo fuese cosa de milagro? Porque en el fondo, ya sea la naturaleza la que actúa, ya sea un poder sobrenatural, los médicos no quedan menos sorprendidos frecuentemente ante desenlaces que se realizan de un modo que ellos no habían previsto. Convengo en que las cosas están aquí muy mal organizadas. Esos certificados de médicos desconocidos carecen en absoluto de valor. Habría que fiscalizar esos documentos en forma severa. Pero, aun admitiendo que tuviesen un absoluto rigor científico, sería mucha candidez la suya, querido hijo mío, si creyese usted que la verdad surgiría ahí resplandeciente para todos. El hombre lleva dentro de sí el error, y para establecer la más insignificante de las verdades hace falta realizar esfuerzos heroicos.

Pedro empezó a comprender entonces lo que pasaba en Lourdes, aquel extraordinario espectáculo que se producía a la vista del mundo entero desde hacía años, entre la devota admiración de unos y la burla insultante de los demás. Evidentemente, allí actuaban ciertas fuerzas mal estudiadas todavía, o totalmente ignoradas; autosugestión, conmoción preparada con mucha anticipación, la emoción del viaje, los rezos y los cánticos, la exaltación creciente y, sobre todo, el ansia de sanar, el poder desconocido que emanaba de aquellas muchedumbres atormentadas por una aguda crisis de fe. Creer que aquello era pura superchería hubiera sido poco inteligente. Los hechos eran mucho más elocuentes y mucho más simples. Los padres de la gruta no tenían por qué manchar sus conciencias con mentiras; bastábales con fomentar la confusión, con aprovecharse de la ignorancia universal. Hasta se podía admitir que todos procedían de buena fe: los médicos sin talento, que

extendían los certificados; los enfermos consolados, que se creían curados ya; los testigos apasionados, que juraban haber visto. De todo lo cual surgía evidente la imposibilidad de demostrar la existencia o inexistencia del milagro. Y, siendo esto así, era perfectamente comprensible lo que pasaba. ¿No resultaba el milagro una realidad para la mayoría de las gentes, para todos aquellos que sufrían y que necesitaban de la esperanza?

Como el doctor Bonamy se les acercara viéndoles conversar aparte, Pedro se atrevió a preguntarle:

—¿En qué proporción se producen las curaciones?

—La proporción oscila alrededor de un diez por ciento —contestó Bonamy.

Y como leyese cierta sorpresa en los ojos del sacerdote, agregó luego con absoluta sencillez:

—Podríamos, naturalmente, obtener una proporción mayor. Pero el papel que yo represento aquí es precisamente el de inspector de los milagros. Mi verdadera función consiste en evitar los excesivos entusiasmos, en no dejar que las cosas santas caigan en ridículo. En resumen, mi oficina no hace más que un trabajo de certificación cuando las curaciones comprobadas parecen revestidas de seriedad.

Alguien le interrumpió refunfuñando sordamente. Era Raboin, que se estaba enojando:

—Las curaciones comprobadas, las curaciones comprobadas... ¿Para qué todo eso? El milagro es continuo. ¿Qué objeto tiene para los creyentes el comprobarlo? Ellos no tienen más que aceptar y creer. ¿Y qué objeto tiene para las gentes incrédulas? Jamás llegaremos a convencerlas. Es una tontería lo que estamos haciendo aquí.

El doctor Bonamy, en tono severo, le ordenó que se callase.

—Es usted un incorregible, Raboin. Voy a decirle al padre Capdebarthe que ya no me hace falta usted aquí, porque siembra la desobediencia.

Tenía razón, sin embargo, aquel mozo que mostraba los dientes en cuanto tocaban su fe. Pedro lo miró con simpatía. Todo aquel expediente de la oficina de comprobaciones, realizado, por lo demás, en forma tan desordenada, resultaba, en efecto, inútil: mortificaba a las personas devotas, y no satisfacía a los escépticos. ¿Es acaso el milagro una cosa demostrable? El milagro no se prueba: se cree. Desde que interviene la divinidad, no hay lugar para la comprensión. En los siglos de la fe verdadera, la ciencia no se preocupa de explicar a Dios. ¿Qué se proponía hacer allí? Ponía trabas a la fe, y ella misma se rebajaba. ¡Nada, nada! No cabía sino prosternarse, besar el

suelo y creer. O marcharse. No había transacción posible. En el momento que se iniciaba el examen, éste ya podía detenerse, y fatalmente iba a parar a la duda.

Mortificábale a Pedro, sobre todo, aquellas extraordinarias conversaciones que escuchaba. Había en la sala creyentes que hablaban de los milagros con un aplomo y una tranquilidad inauditos. Los hechos más desconcertantes no alteraban su completa serenidad. ¡Un milagro más, otro más! Y contaban fantasías propias de dementes, sin que su razón diera la menor señal de disconformidad. Era evidente que vivían en un ambiente de fiebre visionaria, y ya no se asombraban de nada. No se trataba solamente de almas sencillas, infantiles, iletradas, alucinadas, del tipo de Raboin; allí había intelectuales, sabios: el doctor y otros. Aquello era cosa increíble. Esto es lo que hacía que Pedro se sintiese poseído por un desasosiego creciente y una sorda cólera que acabaría por estallar. Su razón se debatía en la desesperación, como un desgraciado que, arrojado al agua, se ve acosado por el oleaje que le arrastra y ahoga; y pensaba que los cerebros como el del doctor Chassaigne, por ejemplo, que zozobran en la creencia ciega, han tenido que pasar por una intranquilidad y una lucha como las que él experimentaba antes del naufragio definitivo.

Le miró, y lo vio infinitamente triste, fulminado por el destino, débil como un niño que llora, solo ya en el mundo. Y, sin embargo, no pudo contener el grito de protesta que le subía a los labios.

—¡No, no! El hecho de que no sepamos todo, el hecho de que no podamos llegar jamás a saberlo todo, no es un argumento para dejar de aprender. Lo malo es que lo desconocido se aprovecha de nuestra ignorancia. Por el contrario, debemos abrigar la eterna esperanza de que lleguemos un día a explicar lo inexplicado; y no puede haber racionalmente ideal más alto que ese de avanzar siempre hacia lo desconocido por la senda de lo conocido, que esa lenta victoria de la razón a través de las miserias de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia. ¡La razón! ¡Ella es la que me hace sufrir; de ella espero yo toda mi fuerza! Cuando ella perece, todo el ser perece. Y aun con el riesgo de perder con ello mi felicidad, no deseo otra cosa que satisfacerla más y más.

Las lágrimas asomaron a los ojos del doctor Chassaigne. Sin duda, había pasado por su mente el recuerdo de sus muertas queridas. Por eso dijo él a su vez:

—La razón, la razón... Sí, realmente, ella es nuestro orgullo, la dignidad misma de vivir. Pero existe también el amor, fuerza omnipotente de la vida, el único bien que hay que reconquistar, cuando se lo ha perdido.

Su voz se quebró en un sollozo ahogado. Y hojeando maquinalmente los legajos que había sobre la mesa, tropezó con uno que estaba rotulado con el nombre de María de Guersaint, escrito en gruesos caracteres. Lo abrió y leyó los certificados de dos médicos, que coincidían en diagnosticar una parálisis de la medula. Y prosiguió:

—Veamos, querido joven; ya sé que usted siente una viva simpatía por la señorita de Guersaint. ¿Qué tendría usted que decir si ella sanase aquí? Veo unos certificados suscritos por firmas honorables, y usted sabe que las parálisis de esta clase son incurables. Pues bien, si de repente esta joven se pusiese a correr y a saltar, como yo he visto hacer lo mismo a tantas otras que estaban en su caso, ¿no se consideraría usted feliz, no reconocería por fin la intervención de un poder sobrenatural?

Pedro iba a contestar; pero recordó el diagnóstico de su primo Beauclair, el milagro predicho, que se produciría en forma de una descarga fulminante, en una exaltación total de vitalidad. Su malestar subió de punto, y se limitó a decir:

—En efecto, me sentiría muy feliz. Y pienso, como usted, que en toda la agitación de la vida en este mundo no hay más anhelo de dicha.

No podía continuar en aquel lugar. Era tan fuerte el calor, que el sudor chorreaba de todos los rostros. El doctor Bonamy dictaba a un seminarista el resultado del examen hecho a la Grivotte; por su parte, el padre Dargelès, cuidadoso de la expresión, se levantaba y se acercaba al oído del doctor para hacerle modificar alguna frase. Entre tanto, seguía el tumulto en torno de ellos; la discusión en que se hallaban enredados los médicos se había desviado del tema inicial y versaba ahora sobre detalles técnicos, de ningún interés en el caso en cuestión. Ya no se podía ni respirar entre aquellas paredes caldeadas; el aire allí confinado revolvía los estómagos y las cabezas. El hombrecillo rubio, el escritor influyente de París, se había marchado con la decepción de no haber presenciado un auténtico milagro.

Pedro dijo al doctor Chassaigne:

—Salgamos; me siento mal.

Y salieron al mismo tiempo que la Grivotte, a quien despedían. En la puerta dieron de lleno con una oleada de gente que acudía en tropel para ver a la favorecida con el milagro. Por lo visto, se había difundido ya la noticia, y había que luchar para acercarse a la elegida, dirigirle preguntas y tocarla. Pero ella, con las mejillas sonrosadas y los ojos chispeantes, no acertaba sino a repetir:

—Estoy curada... Estoy curada...

Su voz se perdía entre los gritos de la muchedumbre. Arrastrada por los remolinos del gentío, hubo un momento en que se hubiera dicho que se había sumergido; pero reapareció súbitamente, al lado mismo de Pedro y del doctor, que trataban de abrirse paso. Acababan de encontrarse allí con el Comendador, una de cuyas manías consistía en ir hasta las piscinas y la gruta, para indignarse ante lo que veía. Erguido militarmente y con la levita bien ajustada, caminaba apoyándose en su bastón de puño de plata, arrastrando un poco la pierna izquierda, que le había quedado rígida después del segundo ataque. Se puso rojo, y sus ojos llameaban de cólera cuando la Grivotte lo empujó para pasar, al mismo tiempo que repetía, entre el entusiasmo de la multitud.

—Estoy curada... Estoy curada...

—Conque... ¿curada? —gritó el Comendador, presa de repentino furor—. ¡Pues tanto peor para usted, hija!

Algunos lanzaron exclamaciones de sorpresa, otros se echaron a reír, porque ya lo conocían y le perdonaban su maniática pasión por la muerte. Sin embargo, al ver que continuaba balbuceando palabras confusas, y afirmando que era una pena aferrarse a la vida cuando no se poseía ni belleza ni fortuna, y que aquella mujer hubiera debido preferir la muerte inmediata a la prolongación de sus sufrimientos, la gente empezó a protestar; pero el abate Judaine, que pasaba por allí, lo sacó del paso llevándoselo y diciéndole en cuanto estuvieron solos:

—¡Cierre la boca, amigo! Esto que hace es un escándalo. ¿Por qué se rebela usted contra la bondad divina, que se apiada a veces de nuestros males, aliviándolos? Le repito que usted debería caer de rodillas, suplicando a Dios que le devuelva la pierna y que le permita vivir todavía una decena de años.

El Comendador se ahogaba de rabia.

—¡Yo! ¡Pedir yo diez años de vida, cuando el día más bello para mí ha de ser el de mi partida! ¿Me cree usted tan insignificante y cobarde como esos millares de enfermos que desfilan por aquí, presas de un despreciable miedo a morir, proclamando a gritos su debilidad y el deseo inconfesable que tienen de seguir viviendo? ¡Se equivoca usted! Yo no soy así; si lo fuese, sentiría asco de mí mismo. ¡Venga la muerte! ¡Que reviente de una vez! ¡Debe de ser cosa muy dulce volver a la nada!

Después de dejar aquel remolino de gentes, ganó la orilla del Gave, donde se encontró de nuevo al lado del doctor Chassaigne y de Pedro. Y dirigiéndose al doctor, a quien frecuentemente veía en Lourdes, le dijo:



—¿Se ha fijado usted en la locura de esas gentes? ¡Pues se les ha ocurrido hace un momento querer resucitar a un muerto! Cuando me lo contaron, casi reviento. ¿Se da usted cuenta, doctor? ¡Es increíble! A un hombre que había tenido la dicha de morir, se han permitido zambullirlo en el agua consabida, con la criminal esperanza de hacerlo revivir. Ahora bien, supongamos que lo hubiesen conseguido, supongamos que esa agua hubiese reanimado a ese desgraciado, porque todo es posible en este pícaro mundo: ¿creen ustedes que no le asistiría el perfecto derecho de escupirles su cólera en la cara a todos esos manipuladores de cadáveres? ¿Acaso el muerto les había pedido que lo despertasen? ¿Sabían, quizá, que el muerto no estaba contento de haberse muerto? Lo menos que cabe hacer es consultar al interesado. Supónganse ustedes que hacen conmigo esa comedia inmunda y que me despiertan de mi gran sueño eterno. ¡Ya sabrían lo que era bueno! ¡Que no se metan en lo que no les importa! ¡La prisa que me daría para volver a morirme!

Eran tan extraños los arrebatos de aquel hombre, que tanto el abate Judaine como el doctor no pudieron menos que sonreír. Pero Pedro permanecía grave, como helado por una ráfaga escalofriante de misterio. Aquellas palabras que acababa de escuchar le hacían el efecto de las imprecaciones de Lázaro al salir de la fosa: «¡Señor, Señor! ¿Por qué me habéis despertado a esta vida odiosa? ¡Dormía tan bien el eterno sueño sin ensueños! ¡Gozaba al fin de un reposo tan dulce en las delicias del no ser! Había yo conocido en vida todas las miserias y dolores, las traiciones, las esperanzas rotas, las derrotas y las enfermedades; había pagado al dolor la tremenda deuda de todo ser vivo, porque nací sin saber por qué y viví sin saber cómo vivía. ¡Y ahora, Señor, me hacéis pagar dos veces esa deuda condenándome a recomenzar mi condena de galeote! ¿He cometido, quizá, algún crimen inexpiable, que me castigáis con un castigo tan cruel? ¡Volver a vivir! Eso es sentirse morir un poco cada día, comprender nada más que para dudar, querer tan sólo para no poder, y no tener bastantes lágrimas para llorar las penas. Pues bien, todo eso había ya concluido; yo había dado ya el salto aterrador de la muerte, había pasado ese segundo tan horrible que envenena toda nuestra existencia. Había sentido mi cuerpo humedecido por el sudor de la agonía, había sentido cómo la sangre se retiraba de mis miembros y cómo se escapaba el aliento en la última boqueada. ¡Y queréis que yo vuelva a experimentar esa angustia; queréis que muera dos veces, que mi amargura de vivir exceda a la de todos los hombres! ¡Señor, haced al menos que ese instante venga enseguida! ¡Sí, yo os lo suplico! ¡Realizad este otro gran milagro: tendedme otra vez en esta tumba, sumidme de nuevo sin hacerme

sufrir en el sueño eterno del que me habéis despertado! ¡Por piedad, no me inflijáis el tormento de volver a vivir, ese tormento espantoso al que no habéis osado condenar todavía a ningún ser humano! Puesto que siempre os amé y serví, no hagáis de mí un ejemplo que aterroraría a las generaciones venideras, como obra de vuestra cólera. ¡Sed bueno y clemente, Señor; devolvedme el sueño que tan bien ganado tengo; adormecedme otra vez en las delicias de vuestra nada!».

Entre tanto, el abate Judaine se había llevado al Comendador, terminando por calmarlo; y Pedro, acordándose de que eran más de las cinco y de que María le estaría esperando, estrechó las manos del doctor Chassaigne. De regreso hacia la gruta se encontró de nuevo con el abate Des Hermoises; éste conversaba animadamente con el señor de Guersaint, que acababa de salir de su habitación del hotel, repuesto por una buena siesta. Los dos admiraban la extraordinaria belleza que la exaltación de la fe daba a ciertos rostros de mujer. También conversaban de la proyectada excursión que pensaban realizar al Gavarnie.

Pero cuando el señor de Guersaint supo que María no había obtenido ningún resultado en su primer baño, se fue con Pedro. Hallaron a la joven sumida en el mismo estupor doloroso, fijos los ojos en la Santa Virgen, que no la había escuchado. No respondió a las frases cariñosas que le dirigió su padre, y se limitó a mirarle con sus ojazos afligidos; luego se puso a contemplar la estatua de mármol blanco, deslumbrante en medio del esplendor de los cirios. Y mientras Pedro esperaba de pie para llevarla otra vez al hospital, el señor de Guersaint se había arrodillado devotamente. Al principio oró con fervor por la curación de su hija, y después solicitó para sí mismo la merced de encontrar un socio comanditario que le diese el millón que necesitaba para llevar a cabo sus estudios sobre los globos dirigibles.

## V

**A** eso de las once de la noche se le ocurrió a Pedro la idea de ir un momento, antes de acostarse, al Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, dejando al señor de Guersaint en su habitación del hotel de las Apariciones. Estaba muy preocupado porque, cuando se separó de María, la había dejado llena de desesperación, sumida en un hosco silencio. Y cuando preguntó por la señora de Jonquière, en la puerta de la sala de Santa Honorina, su inquietud fue aún mayor, porque las noticias no eran buenas; la directora le informó de que la joven no había despegado los labios y que no contestaba a nadie, negándose asimismo a tomar alimento. Por eso puso empeño en hacer pasar a Pedro. Estaba prohibida la entrada a los hombres por la noche en la sala de mujeres, pero un sacerdote no es un hombre.

—Es usted la única persona a quien estima, y sólo a usted le hará caso. Haga el favor de entrar y sentarse junto a su cama, mientras llega el abate Judaine. Debe venir a eso de la una para dar la comunión a las enfermas más graves, a las que no pueden moverse y tienen que comer desde que amanece. Usted le ayudará.

Pedro siguió entonces a la señora de Jonquière, quien le hizo sentar a la cabecera de María.

—Amiga mía, aquí le traigo a una persona muy querida de usted. ¿No es así? Hablen ustedes y sea razonable.

Pero la enferma, al ver a Pedro, se le quedó mirando con expresión de dolor exasperado y el semblante tétrico y duro de una rebelde.

—¿Quiere usted que le lea algo, una lectura de esas que consuelan, como hicimos cuando veníamos en el tren? Pero no, eso no la distraería; no está usted para lecturas. ¡Vaya, veremos eso más tarde! La dejo a usted con él. Estoy segura de que dentro de un instante recobraré la calma.

En vano le habló Pedro en voz baja, diciéndole todo lo que su ternura hallaba de bueno y cariñoso y suplicándole que no se abandonara de aquel modo a la desesperación. Si la Santa Virgen no la había curado el primer día era porque la reservaba para algún milagro resonante. Pero ella volvió la cabeza hacia otro lado y parecía no oírle siquiera, con la boca contraída por una mueca amarga y violenta y la mirada irritada, perdida en el vacío. Pedro tuvo que dallarse y limitarse a mirar en torno suyo.

Era aquél un espectáculo espantoso. Jamás su corazón se había sentido agitado por una conmoción tal de compasión y de terror. Hacía ya mucho rato que habían cenado; no obstante, sobre las camas se veían aún algunas raciones traídas de la cocina. Varias enfermas comían así hasta que clareaba el día, mientras otras gemían sin cesar pidiendo que las cambiasen de postura o las sentaran en el orinal. A medida que avanzaba la noche, todas se sentían invadidas por una especie de confuso delirio; pocas eran las que dormían tranquilas. Algunas se habían desnudado y tapado con las sábanas; pero la mayoría estaba encima de las camas, y era muy difícil desnudarlas, por lo que no se cambiaban de ropa durante los cinco días de la peregrinación.

En medio de aquella penumbra parecía mayor el hacinamiento; había quince camas alineadas a lo largo de las paredes, siete colchones obstruyendo el pasillo central y otros más agregados después, y, entre todos ellos, una montaña de equipajes, de pingajos increíbles, de cestas viejas, de maletas... No se sabía dónde poner el pie. Dos faroles humeantes alumbraban débilmente aquel campamento de moribundos; pero lo que se hacía insoportable eran los olores, a pesar de que las dos ventanas estaban entreabiertas, pues sólo entraba por ellas el pesado calor de aquella noche de agosto. Sombras y alaridos de pesadilla poblaban aquel infierno, entre la agonía nocturna de tantos seres dolientes.

Pedro reconoció en la sala a Raimunda, que había ido, una vez terminado su servicio, a dar un beso a su madre, antes de subir a acostarse en una de las buhardillas destinadas a las monjas. La señora de Jonquière, tomando a pecho su función de directora, no cerraba los ojos en las tres noches. Es cierto que disponía de un sillón para descansar; pero no podía sentarse en él un instante sin que la llamasen al punto. Por lo demás, la menuda señora de Désagneux la secundaba con un fervor tan apasionado que dio motivo a que sor Jacinta le dijese con una sonrisa:

—¿Por qué no se hace usted religiosa?

A lo que ella contestó con sorprendida y azorada expresión:

—Muy sencillo: porque estoy casada y adoro a mi marido.

La señora de Volmar no se había dejado ver hacía rato. Se decía que estaba atacada por una jaqueca tan atroz que no había tenido más remedio que acostarse; esto hizo decir a la señora de Désagneux que, para venir a cuidar enfermos, había que empezar por ser fuerte una misma. Sin embargo, ella también sentía que sus brazos y piernas flaqueaban, si bien no lo confesaba y continuaba acudiendo al más leve lamento, siempre dispuesta a dar una mano. Ella, que en su residencia de París hacía venir a sus habitaciones a un criado

para cambiar de sitio un candelabro, llevaba y traía orinales, vaciaba las jofainas y levantaba a las enfermas, mientras la señora de Jonquière les acomodaba algún almohadón detrás de la espalda. Pero al dar las once se desplomó como fulminada. Cometió la imprudencia de recostarse un momento en el sillón y se quedó dormida en el acto, con su hermosa cabeza doblada sobre un hombro, entre el desorden de sus adorables cabellos rubios. Y desde ese instante, ni los quejidos, ni las llamadas, ni ruido alguno consiguieron despertarla.

La señora de Jonquière se acercó suavemente al joven sacerdote:

—Tuve la idea de mandar llamar al señor Ferrand; ya lo conoce usted, el interno que nos acompaña. Quizá él hubiese dado a esta señorita algún remedio que la calmase; pero está ocupado abajo, en la sala de los matrimonios, junto al hermano Isidoro. Además, nosotras no hemos venido aquí a cuidar enfermos, sino a ponerlos en manos de la Santa Virgen.

En esto, la hermana Jacinta, que pasaba la noche junto a la directora de la sala, se acercó:

—Vengo de la sala de los matrimonios, adonde fui a llevar unas naranjas que le prometí al señor Sabathier. Allí estaba el señor Ferrand, que había conseguido reanimar al hermano Isidoro. ¿Quiere usted que vuelva en su busca?

Pedro se opuso:

—No, no; María va a ser razonable. Dentro de un momento le leeré algunas páginas hermosas, y eso le hará descansar.

María persistía en su mutismo. Una de las dos lámparas de la sala se hallaba precisamente allí, pegada a la pared. Pedro veía perfectamente su rostro fino e inmóvil. En la cama siguiente, a su derecha, distinguía la cabeza de Elisa Rouquet, profundamente dormida, sin pañoleta, con su cara monstruosa descubierta, en la cual continuaba, sin embargo, palideciendo la horrible llaga. Y vio a su izquierda a la señora de Vêtu, agotada, desahuciada, que no podía pegar los ojos a causa del continuo escalofrío que la sacudía. Pedro le dijo algunas palabras afectuosas, que ella le agradeció, agregando con voz débil:

—Hoy ha habido varias curaciones, y eso me pone muy contenta.

En efecto, la Grivotte, acostada en un colchón tendido a los pies de la cama de la señora de Vêtu, se levantaba a cada instante, poseída por la fiebre de una actividad extraordinaria, repitiendo a todas las personas que llegaban:

—Estoy curada... Estoy curada...

Y contó que había devorado medio pollo, ella que no probaba bocado desde hacía un mes. Y que después había andado por espacio de dos horas con la procesión de las antorchas. Habría bailado, seguramente, hasta el amanecer si la Virgen hubiese organizado un baile aquella noche.

—Estoy curada... Estoy curada...

Entonces agregó la señora de Vêtu, con serenidad infantil y con un sentimiento de abnegación alegre y absoluta:

—La Santa Virgen ha hecho muy bien en devolver la salud a esa mujer, que es pobre. Esto me alegra más que si fuera yo misma, porque yo poseo mi pequeño negocio de relojería y puedo esperar. Cada cual a su tiempo, cada cual a su tiempo.

Casi todas exteriorizaban el mismo sentimiento, una misma increíble dicha por la curación de los demás. Muy rara vez se manifestaban envidiosas; se dejaban llevar por una especie de epidemia de felicidad, por la esperanza contagiosa de que curarían al día siguiente, con tal de que la Santa Virgen lo quisiese. Era preciso no disgustarla mostrándose demasiado impaciente; ella sabía, seguramente, lo que se hacía curando a una antes que a otra. Por eso las enfermas más graves rezaban por sus vecinas en una fraternidad de sufrimientos y esperanzas. Cada nuevo milagro era una garantía del milagro siguiente. Su fe renacía inquebrantable. Referían el caso de una joven labradora, paralítica, que había andado en la gruta, con una fuerza de voluntad extraordinaria; luego, ya en el hospital, había pedido que la dejaran volver a los pies de la Virgen de Lourdes; pero, a mitad de camino, se había tambaleado, jadeante, lívida; la volvieron al hospital en una camilla y allí había fallecido, curada de su mal, aseguraban las enfermas que estaban a su lado. A cada cual le llegaba su turno; la Santa Virgen no olvidaba a ninguna de sus bien amadas hijas, a menos que no entrase en sus impenetrables designios el otorgar el paraíso inmediatamente a alguna de sus elegidas.

En el instante en que Pedro se inclinaba hacia María para ofrecerle nuevamente una lectura, estalló ésta bruscamente en furioso llanto. Había reclinado la cabeza sobre el hombro de su amigo, y le confesaba toda su indignación hablándole en voz baja, terrible, en medio de aquellas sombras vagas de la espantosa sala. Advertíase en ella —cosa que ocurría raramente— una pérdida de la fe, una repentina falta de valor, una rebelión de todo su ser dolorido, cansado de esperar. Y llegaba hasta la blasfemia.

—No, no; la Virgen es mala e injusta. ¡Estaba tan segura de que me escucharía hoy, y le había rogado tanto! Y, ahora que está llegando a su término este primer día, veo que no me curaré jamás. Yo estaba segurísima de

que me curaría un sábado, y hoy era sábado... ¡Oh, Pedro, no me deje usted hablar; no quisiera abrir la boca, porque mi corazón está demasiado resentido y temo que se me vaya la lengua!

Pedro le había tomado vivamente la cabeza y, oprimiéndosela con emoción fraternal, procuraba sofocar el grito de su rebelión.

—¡Cállese!, María, por favor, que la van a oír. ¡Expresarse así usted, tan piadosa siempre! ¿Es que se ha propuesto escandalizar a todas estas almas?

Pero, por más que se esforzaba, María no podía callarse.

—¡No puedo más! Si no hablo, me ahogo. Ya no la amo, ya no creo en ella. Todo lo que cuentan aquí es pura mentira; todo es falso; ni siquiera es verdad que la Virgen existe, porque no escucha a los que la llaman entre lágrimas. ¡Si usted supiera todo lo que le he dicho! Se acabó todo, Pedro. Quiero que me lleven de aquí ahora mismo. Lléveme, sáqueme de aquí, para que acabe de morirme en la calle, donde al menos los transeúntes se apiadarán de mis sufrimientos.

Estaba extenuada; había vuelto a caer de espaldas, balbuceando puerilmente.

—Y, además, nadie me quiere. Ni siquiera mi padre estaba allí. Y usted mismo, pobre amigo mío, me abandonó también. Cuando vi que no era usted el que me conducía a la piscina, sentí un gran escalofrío en el corazón. Sí, era el escalofrío de la duda, que tantas veces sentí en París. Y, claro está, si no me ha curado ha sido porque dudé. Quizá no recé bien, tal vez no me hallaba en suficiente estado de gracia...

Ya no blasfemaba, ya empezaba a encontrar excusas a la actitud del cielo. Pero su rostro seguía teniendo una expresión de violencia, por efecto de la lucha interior que se libraba en su alma contra aquel poder supremo al que tanto había amado y tanto había suplicado, y que, sin embargo, no le había obedecido. Cuando, a veces, ocurrían estos accesos de irritación y alguna enferma se rebelaba, revolcándose de rabia en su lecho, entre sollozos desesperados y, en ocasiones, hasta maldiciones, las señoras hospitalarias y las monjas, un poco azoradas, se contentaban con correr las cortinas. La gracia se había retirado y era preciso esperar a que volviese. Y al cabo de unas horas se apaciguaba todo, se extinguía todo, en medio de un gran silencio.

—Cálmese, cálmese, se lo ruego —repetía Pedro muy afectuosamente, viendo que recaía en su crisis, en la duda de sí misma, en el temor de no ser digna.

Sor Jacinta se acercó de nuevo.

—Si usted sigue en semejante estado, no podrá comulgar luego. Veamos, ¿por qué no acepta usted la lectura que propuso hacerle el señor abate, a quien le hemos autorizado para ello?

María, con un gesto displicente, dijo que aceptaba, y Pedro se apresuró a sacar de la valija colocada al pie de la cama el librito de tapas azules en que se relataba ingenuamente la historia de Bernadette. Pero, igual que la noche anterior, en el tren en marcha, no se atuvo al texto compendiado en el folleto, sino que improvisó, porque el razonador, el analizador que había dentro de él no podía resignarse a no restablecer la verdad, y reconstruía con sentido humano aquella leyenda, cuyo constante prodigio ayudaba a curar a los enfermos. Las mujeres que ocupaban los colchones próximos se incorporaron impulsadas por el deseo de conocer cómo continuaba aquella historia, porque la espera anhelante de la comunión les impedía conciliar el sueño.

Entonces, bajo el pálido resplandor de la linterna suspendida de la pared, sobre su cabeza, fue Pedro levantando gradualmente la voz, a fin de ser oído en toda la sala.

«Desde que hubo milagros, empezaron las persecuciones. Bernadette fue tratada de mentirosa y de loca, y la amenazaron con recluirla en la cárcel. El abate Peyramale, cura de Lourdes, y monseñor Laurence, obispo de Tarbes, así como todo el clero, se abstenían de toda intervención y esperaban con la mayor prudencia; pero las autoridades civiles, el prefecto, el procurador imperial, el alcalde, el comisario de policía, se entregaban a los más deplorables excesos de celo contra la religión...».

Mientras continuaba el relato de esta suerte, Pedro veía surgir ante su vista, con fuerza invencible, la verdadera historia. Remontando un poco hacia atrás, volvía a hallar a la Bernadette de las primeras apariciones, tan cándida, tan encantadora en su ignorancia, en su buena fe y en sus sufrimientos. Era la vidente, la santa, cuyo rostro tomaba una expresión de belleza sobrenatural durante las crisis de sus éxtasis: la frente irradiaba, las facciones parecían tendidas hacia lo alto, los ojos se bañaban de luz, en tanto que la boca entreabierta ardía de amor. Toda su persona respiraba majestad, y hacía la señal de la cruz con ademanes tan nobles y pausados que parecía cubrir todo el horizonte. En los valles cercanos, en las ciudades y pueblos vecinos no se hablaba más que de Bernadette. Aunque la Virgen no había dado a conocer aún su nombre, todos la reconocían, diciéndose unos a otros: «Es ella, es la Santa Virgen».

En el primer día de mercado hubo tanta gente que Lourdes resultaba chico, ansiosa de ver a la niña bendita, a la elegida de la Reina de los Ángeles,



que aparecía tan hermosa cuando los cielos se abrían ante sus ojos maravillados. Todas las mañanas aumentaba la concurrencia a orillas del Gave; millares de personas terminaron por instalarse allí, apretujándose para no perder nada del espectáculo. En cuanto aparecía Bernadette, corría por el gentío un murmullo fervoroso; «¡Ahí está la santa, la santa, la santa!». Todos acudían a su encuentro y le besaban los vestidos. Era el Mesías, el eterno Mesías que esperaban los pueblos, y cuya necesidad se renueva constantemente a través de las generaciones.

Era la misma aventura que volvía a empezar; la Virgen que se aparecía a una pastora, una voz que exhortaba al mundo a que hiciese penitencia, un manantial que brotaba súbitamente, y los milagros que asombran y seducen a las multitudes, que acuden en número cada vez más grande.

¡Qué floración primaveral de consuelos en el corazón de los infelices abatidos por la pobreza y la enfermedad cuando empezó a esparcirse la noticia de los primeros milagros de Lourdes! El viejo Bouriette, curado de una enfermedad de la vista; el pequeño Bouhohorts, resucitado en el agua helada; sordos que volvían a oír; cojos que echaban a andar sin muletas, y tantos otros; Blas Maumus, Bernarda Soubies, Augusto Bordes, Blasita Soupenne, Benita Cazeaux, salvados de los más crueles padecimientos, daban motivo a conversaciones interminables, exaltando la ilusión de cuantos sufrían en el alma y en el cuerpo.

El jueves 4 de marzo, último día de las quince visitas pedidas por la Virgen, había delante de la gruta más de veinte mil personas congregadas; toda la montaña había bajado. Aquella muchedumbre inmensa encontraba allí lo que anhelaba: el alimento divino, el festín de lo maravilloso, una dosis suficiente de imposible para satisfacer su fe en un poder sobrenatural que se dignaba preocuparse de los desgraciados, que intervenía de una manera resonante en los lamentables asuntos de este bajo mundo, para restablecer en él un poco de justicia y de bondad. Era un grito de caridad celeste que estallaba, la mano invisible y compasiva que se extendía por fin para curar la eterna llaga humana. ¡Con qué fuerza indestructible retoña en el corazón de los desheredados este sueño, que cada generación rehace a su modo en cuanto encuentra un terreno propicio y preparado por las circunstancias! Hacía muchos siglos, probablemente, que no se habían dado en ninguna otra parte todas aquellas circunstancias que hacían de Lourdes el lugar predestinado para el hogar místico de la fe.

Iba a fundarse una religión nueva, e inmediatamente se declararon las persecuciones, porque las religiones no se forman sino en medio de tormentos

y de rebeliones. Como en tiempos pasados en Jerusalén, cuando se corrió la voz de que florecían los milagros al paso del Salvador esperado, las autoridades civiles se alarmaron; el procurador imperial, el juez de paz, el alcalde y, sobre todo, el prefecto de Tarbes. Este era, precisamente, un católico sincero, practicante, de una absoluta honorabilidad, pero también un prudente administrador, apasionado defensor del orden, adversario declarado del fanatismo, fuente de disturbios y perversiones religiosas. Había en Lourdes un comisario, a las órdenes de aquél, que veía en el asunto de las apariciones una ocasión de probar su sagacidad y su destreza. La lucha comenzó. En cuanto empezaron las visiones, el primer domingo de cuaresma, el comisario de policía hizo que condujeran a Bernadette a su presencia para interrogarla. En vano fue que se mostrara sucesivamente afable, violento y, por fin, amenazador: siempre obtuvo de la jovencita las mismas respuestas. La historia que ella contaba, con detalles que iba añadiendo poco a poco, se había quedado grabada en su cerebro infantil de una manera irrevocable. Y en una histérica de ataques irregulares no constituía esto, de ningún modo, una falta a la verdad, sino que era la obsesión inconsciente, la carencia absoluta de voluntad para desprenderse de la primera alucinación. ¡Pobre y amable niña, tan simpática, perdida ya para la vida, crucificada por una idea fija, a la que no era posible sustraerla sino cambiándola de medio, haciendo que viviese libremente en alguna región de mucho sol y se sintiese rodeada de afectos humanos! Pero era la elegida, la que había visto a la Virgen, y eso haría que toda su vida fuese un continuo sufrimiento hasta su muerte.

Pedro, que conocía bien a Bernadette, y que profesaba a su memoria una piedad fraternal, el fervor que sólo se siente ante una santa de carne y hueso, ante una criatura sencilla, recta y encantadora, mártir de su fe, dejó ver su emoción en las lágrimas que asomaron a sus ojos y en el temblor de su voz. Hubo una pausa. María, que hasta ese instante había permanecido rígida, con su dura faz de rebelde, desenlazo las manos para dibujar en el aire un vago gesto de compasión, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Pobre chiquilla, enteramente sola frente a esas autoridades, y tan inocente, tan altiva, tan convencida!

De todas las camas partía la misma simpatía dolorosa. Parecía como si un relámpago de divina caridad iluminase el infierno de aquella sala, de atmósfera pestilente, con su amontonamiento de camaranchones miserables y el ir y venir fantasmal de las hospitalarias y de las hermanas, rendidas de fatiga. ¡Pobre Bernadette! ¡Pobre Bernadette! Todas las enfermas se

indignaban al oír el relato de aquellas persecuciones que había tenido que sufrir para defender la realidad de su visión.

Reanudando su narración, Pedro contó todo lo que Bernadette tuvo que sufrir. Después del interrogatorio llevado a cabo por el comisario de policía, tuvo que comparecer ante el tribunal reunido. La magistratura toda, obstinada contra ella, se empeñaba en arrancarle una retractación. Pero su terquedad en afirmar sus visiones era más fuerte que la razón de todas las autoridades civiles reunidas. Dos médicos enviados por el prefecto para examinarla dictaminaron honradamente, como lo habría hecho cualquier otro, que Bernadette padecía trastornos nerviosos, de los que el asma era indicio seguro, perturbaciones que en determinadas circunstancias podían provocar las alucinaciones. Con lo que poco faltó para que la internaran en un hospital de Tarbes. Pero no se atrevieron a llevársela, temerosos de la exasperación popular.

Un obispo había venido y se había arrodillado ante ella. Varias damas pretendían comprarle mercedes a precio de oro. Multitudes cada vez mayores de creyentes la abrumaban con sus visitas. Tuvo que buscar un refugio en la casa de las hermanas de Nevers, que administraban el hospicio de la ciudad; allí había hecho su primera comunión y aprendido penosamente a leer y a escribir. Como la Santa Virgen parecía no haberla escogido sino para hacer la felicidad de los demás, y no se cuidaba ella de curarse del ahogo crónico, resolvieron llevarla a tomar las aguas de Cauterets, que estaban muy cerca y que no la mejoraron absolutamente nada. Y apenas regresó a Lourdes, empezó de nuevo el tormento de los interrogatorios, la adoración de todo un pueblo, lo que hizo que aumentase el horror que le inspiraba el mundo.

Para ella todo había concluido: ya no podía ser nunca más la muchachita alegre, ni la joven que sueña con tener novio, ni la mujer que besa las mejillas de sus hijos robustos. Había visto a la Virgen, era la elegida y la mártir. Decían los fieles que si la Virgen le había confiado tres secretos, lo había hecho para protegerla con triple armadura y para sostenerla en medio de las pruebas que le esperaban.

Durante mucho tiempo, el clero se había abstenido de mezclarse en el asunto, lleno él también de duda y de inquietud. El abate Peyramale, cura de Lourdes, era un hombre tosco, de bondad infinita, de una rectitud y una energía admirables una vez que creía hallarse en el buen camino. La primera vez que recibió la visita de Bernadette, la acogió casi con tanta dureza como el comisario de policía, porque se trataba de una chiquilla que se había criado en Bartrès y a quien aún no había visto en la doctrina; negose a dar crédito a

su historia y le ordenó con cierta ironía que pidiese a Nuestra Señora que ante todo hiciese florecer el rosal silvestre que tenía a sus pies, cosa que, por lo demás, no hizo Nuestra Señora; y si más tarde acabó por tomar a la muchacha bajo su protección, como buen pastor que defiende su rebaño, fue porque empezaron las persecuciones y se habló de encerrar en la cárcel a aquella criatura enfermiza, de ojos puros y francos, que insistía en afirmar con bondadosa modestia la verdad de su relato.

Además, ¿por qué iba él a continuar negando el milagro? No lo había creído, es cierto, al principio, como sacerdote prudente que era, pues no deseaba ver mezclada a la religión en una aventura equívoca. Los libros santos están llenos de prodigios, y todo el dogma está basado en el misterio. Nada se oponía, pues, a los ojos del cura a que la Virgen hubiese dado a aquella niña piadosa un mensaje para él, mandándole decir que edificase una iglesia a la que pudiesen ir los fieles en procesión. Así fue como empezó a tomar afecto a Bernadette y a defenderla, por el encanto que emanaba de ella, aunque continuó, como sacerdote correcto, manteniéndose a un lado, en espera de lo que decidiese el obispo.

Pero el obispo, monseñor Laurence, parecía haberse encerrado en su palacio episcopal de Tarbes bajo triple llave, guardando el más absoluto silencio, como si en Lourdes no pasara nada que fuera capaz de interesarle. Había dado órdenes severas al clero de su diócesis, y ni un solo sacerdote se había dejado ver entre las multitudes que pasaban días enteros en la gruta. Esperaba y, entre tanto, hacía decir al prefecto, en las circulares administrativas, que la autoridad civil iba de acuerdo con la autoridad religiosa. En realidad, parece que no creía en las apariciones y sólo veía en ellas, al igual que los médicos, el resultado de las alucinaciones de una chiquilla enfermiza.

Aquel suceso, que convulsionaba al país, era de una importancia tal que bien merecía que se le dedicara un estudio cuidadoso, siguiéndolo día por día; el hecho de haberse desinteresado del asunto durante tanto tiempo prueba lo poco que el obispo creía en el pretendido milagro, teniendo únicamente la preocupación de no comprometer a la Iglesia en una historia destinada a acabar mal. Monseñor Laurence era hombre muy piadoso, estaba dotado de una inteligencia fría y práctica y gobernaba su diócesis con mucho tino. Las personas impacientes, las exaltadas, le llamaron en aquel entonces «Santo Tomás», a causa de la persistencia en su duda hasta el día en que los hechos forzaron su mano. Se negaba a oír y a ver, resuelto a no ceder sino en el caso de que la religión no tuviese nada que perder.

Pero las persecuciones tendían a agravarse. Advertido de lo que pasaba, el ministro de Cultos en París exigió que cesase todo aquel desorden; el prefecto acababa de hacer ocupar militarmente los alrededores de la gruta. El fervor de los fieles y la gratitud de las personas que habían sido curadas la habían adornado con tiestos de flores. Echaban también monedas, y los regalos afluían allí para la Santa Virgen.

Se habían llevado a cabo asimismo arreglos rudimentarios: algunos canteros habían tallado una especie de depósito para recoger el agua milagrosa; otros quitaron las piedras y trazaron el camino en la falda de la colina. Y ante la afluencia creciente de devotos, tomó el prefecto la grave determinación de impedir el acceso a la gruta con una sólida empalizada, desistiendo con ello de su propósito de reducir a prisión a Bernadette.

Produjéronse hechos desagradables; hubo niños que afirmaron haber visto al diablo, los unos culpables de simulación, y los otros víctimas de verdaderos ataques, contagiados por aquella racha de neurosis colectiva. Pero ¡qué de complicaciones para desalojar la gruta! Tras mucho andar, sólo por la tarde tropezó el comisario con una muchacha que se avino a alquilarle una carreta; y dos horas después la joven de referencia, al sufrir una caída, se rompía una costilla. De igual modo, a un hombre que había prestado un hacha, al día siguiente le cayó encima una piedra, aplastándole el pie. Finalmente, al anochecer, y entre los gritos y silbidos de la muchedumbre, el comisario se llevó los floreros, los cirios que ardían en la gruta, las monedas y los corazones de plata arrojados al suelo. Las gentes le mostraban los puños y le trataban en voz baja de ladrón y de asesino. Luego se procedió a plantar las estacas de la empalizada y a clavar las tablas, con lo cual quedó cerrado el misterio, cortado el camino al más allá, encadenado el milagro.

Las autoridades civiles incurrieron en la ingenuidad de creer que allí habían terminado las cosas y que las pobres gentes, hambrientas de ilusión y de esperanza, iban a detenerse ante unas cuantas tablas.

Desde el momento en que fue proscrita, prohibida por la ley como un delito, la nueva religión ardió con llama inextinguible en el fondo de todas las almas. Los creyentes llegaban, a pesar de todo, cada día en mayor número, se arrodillaban a cierta distancia y sollozaban en presencia de aquel cielo prohibido. Y los enfermos, sobre todo los pobres enfermos a los cuales un bárbaro decreto vedaba la curación, se abalanzaban a pesar de las prohibiciones, se deslizaban por los agujeros y franqueaban los obstáculos, impulsados por el fervoroso deseo de robar el agua. ¡Cómo! ¡Había allí una fuente prodigiosa que devolvía la vista a los ciegos, que enderezaba a los

baldados, que aliviaba instantáneamente todos los males, y, sin embargo, hombres crueles llegaban hasta el punto de cerrar bajo llave aquella agua para que no pudiese sanar la humanidad doliente! ¡Aquello era algo monstruoso! Un grito de execración brotaba del pueblo desamparado, de todos los desheredados que tenían necesidad de lo maravilloso, tanto como del pan, para vivir.

Según las ordenanzas, los que desobedecieran aquellas órdenes serían procesados, y así fue como se pudo ver ante el tribunal un lamentable desfile de ancianas y hombres mutilados, acusados del delito de haber bebido en la fuente de la vida. Y cuando les aplicaban una multa, balbuceaban, suplicaban, sin comprender todo aquello.

La multitud gruñía fuera, mientras tanto; crecía la impopularidad de aquellos magistrados que tan duros se mostraban con la miseria de este mundo, de igual modo que las protestas contra aquellos señores despiadados que, después de acaparar toda la riqueza, no querían permitir siquiera que los pobres soñasen con el más allá, tuviesen fe en un poder superior y bondadoso que cuidaba de ellos maternalmente. Cierta mañana triste, el rebaño de indigentes y enfermos fue en busca del alcalde; se arrodillaron todos en el patio y le suplicaron sollozantes que hiciese reabrir la gruta. Era tan conmovedor el espectáculo, que todos lloraban. Una madre mostraba a su hijo moribundo; ¿le dejarían que exhalase su último aliento, cuando había allí un manantial que había salvado a los hijos de otras madres? Un ciego señalaba sus ojos turbios; un mozo pálido y escrofuloso exhibía las llagas de sus piernas; una mujer paralítica procuraba juntar sus manos, agarrotadas: ¿querían que pereciesen, se les negaría la posibilidad divina de vivir, ya que la ciencia de los hombres los había abandonado? Igualmente grande era la desesperación de los creyentes, de todos los que estaban convencidos de que se había abierto para ellos un rincón del cielo en la noche de su tétrica existencia; y se indignaban al ver que se les privaba de aquella alegría de lo quimérico, de aquel supremo consuelo para sus padecimientos humanos y sociales, de su creencia de que la Santísima Virgen había descendido del cielo para traerles la infinita dulzura de su intercesión. El alcalde no pudo prometer nada, y la multitud se retiró sollozante, dispuesta a la rebelión, como agobiada bajo el peso de una gran injusticia, de una crueldad imbecil hacia las gentes pequeñas y sencillas, injusticia y crueldad de las que el cielo tomaría venganza.

La lucha continuó durante varios meses. Era un espectáculo extraordinario el de aquellos hombres de buen sentido: el ministro, el prefecto, el comisario

de policía, animados, sin duda, de las mejores intenciones, afrontando a una multitud de desesperados que aumentaba siempre y que se empecinaba en que no se les cerrase la puerta de los ensueños. Las autoridades procedían en nombre del orden, del respeto debido a una religión prudente y del triunfo de la razón; pero el ansia de felicidad arrastraba al pueblo, haciéndole buscar apasionadamente la salud en este mundo y en el otro. ¡No sufrir ya más, conquistar la igualdad en el bienestar, no vivir sino bajo la protección de una Madre justa y buena, y morir para despertar en el cielo! Este era, precisamente, el anhelo que ardía en las multitudes, y esta santa locura de la felicidad universal tenía que acabar por barrer la rígida y cautelosa concepción de una sociedad bien organizada que condena las crisis epidémicas de las alucinaciones religiosas como atentatorias a la tranquilidad de los espíritus sanos.

Al llegar a este punto se produjo un gran revuelo en la sala de Santa Honorina. Pedro tuvo que suspender otra vez la lectura ante las exclamaciones mal contenidas que se oían calificando al comisario de Satanás y de Herodes. La Grivotte se había alzado sobre su colchón, balbuceando:

—¡Qué monstruos! ¡Hacer eso con la Santa Virgen, que me ha curado a mí!

También la señora de Vêtu, recobrando la esperanza en medio de la sorda certidumbre de que iba a morir, se indignó al pensar en que, a haber salido el prefecto con la suya, la gruta no existiría.

—Entonces no habría peregrinaciones, no estaríamos aquí y no habría todos los años centenares de curaciones.

La acometió un sofoco, y se hizo necesario que sor Jacinta acudiera para sentarla en la cama. La señora de Jonquière aprovechó la ocasión para alcanzar el orinal a una mujer joven enferma de la medula. Otras dos mujeres, que no podían estarse en la cama a causa del calor intolerable, se paseaban calladamente, como manchas blancas en la sombra, y en un extremo de la sala se oía, surgiendo de las tinieblas, una respiración penosa que no se había interrumpido un solo instante, acompañando a la voz del lector con un ronquido. Sola, echada de espaldas, Elisa Rouquet dormía apaciblemente, mostrando su espantosa llaga en vías de secarse.

Eran las doce y cuarto; el abate Judaine iba a llegar de un momento a otro para dar la comunión. La gracia volvía al corazón de María; ahora estaba convencida de que, si la Virgen se había negado a curarla, era, sin duda, por culpa suya, por haber dudado cuando la bajaban a la piscina. Se arrepentía de aquella rebeldía como de un crimen: ¿no podría ser perdonada algún día? Su

rostro pálido se había hundido entre las guedejas de sus hermosos cabellos rubios; tenía los ojos arrasados de lágrimas, y miraba a Pedro con expresión de profunda tristeza.

—¡Qué mala he sido yo, amigo mío! Oyendo los crímenes de soberbia de ese prefecto y de esos magistrados es como he llegado a comprender mi pecado. Es preciso creer, amigo mío; fuera del amor y de la fe no hay felicidad posible.

Luego, como Pedro quisiera hacer un alto en la lectura, todas las enfermas protestaron y exigieron la continuación del relato. Y tuvo que prometer que llegaría hasta el triunfo de la gruta.

La gruta seguía cerrada con la empalizada, y era necesario ir de noche, a escondidas, si se quería rezar y traer una botella de agua. Entretanto aumentaban los temores de una insurrección, y se decía que aldeas enteras descendería de la montaña para libertar a Dios. Era aquello el levantamiento en masa de los humildes, un empuje tan irresistible de las gentes hambrientas de milagros que el simple buen sentido y el simple buen orden iban a ser barridos como paja.

El primero que tuvo que rendirse fue monseñor Laurence en su palacio episcopal de Tarbes. Toda su reserva, todas sus dudas, fueron arrastradas por el movimiento popular. Durante cinco largos meses había podido mantenerse apartado del asunto, impidiendo que su clero fuese a remolque de los fieles hasta la gruta y defendiendo a la Iglesia contra aquel huracán de superstición que se había desencadenado. Pero ¿para qué seguir luchando? Comprendía que las miserias que soportaba su pueblo eran enormes, y que no había otra salida, que darle aquel culto idólatra por el que tanta avidez sentía. Sin embargo, conservando un resto de prudencia, se limitó a dictar una resolución disponiendo el nombramiento de una comisión que se encargase de proceder a una investigación: era la aceptación de los milagros en un plazo más o menos largo.

Si monseñor Laurence era un hombre de sana cultura y de serena razón, puede uno imaginarse su pena al firmar la resolución la mañana de aquel día. Debió arrodillarse en su oratorio y suplicar al Dios soberano que le iluminase en aquel trance. No creía en las apariciones, y tenía una idea mucho más alta y mucho más intelectual acerca de las manifestaciones de la divinidad. Pero ¿no era por compasión y por piedad por lo que hizo callar los escrúpulos de la inteligencia y su noble manera de comprender el culto, ante la necesidad de aquel pan del engaño que ha menester la mísera humanidad para vivir feliz? «¡Perdonadme, Dios mío, si os hago descender del poderío eterno en que os



halláis, si os rebajo a ese juego infantil de los milagros inútiles! No se me escapa que es una ofensa el mezclaros en esta lamentable aventura, donde sólo hay enfermedad y desvarío. Pero ¡oh, Señor!, son tan grandes sus padecimientos, tienen un hambre tan grande de lo maravilloso, de los cuentos de hadas, para distraerse del dolor de vivir... ¡Vos mismo, si fueran vuestra grey, ayudaríais al engaño! ¡Qué importa que pierda con ello la idea de la divinidad, si los hombres tienen un consuelo más en esta vida!». Así debió de ser cómo el obispo, deshecho en lágrimas, haría el sacrificio de su concepto de Dios en aras de su ardiente caridad de pastor por el lamentable rebaño humano.

También se rindió, a su vez, el emperador, el amo. Se hallaba a la sazón en Biarritz, y diariamente se hacía informar de aquel asunto de las apariciones, del que se ocupaban todos los periódicos de París, porque la persecución no habría sido completa si no se hubiese mezclado también la pluma de los periodistas volterianos. Y mientras su ministro, su prefecto, y su comisario de policía proseguían la lucha por la causa del buen sentido y del orden, el emperador conservaba aquel silencio suyo de soñador despierto en el cual nadie pensó jamás. Todos los días llegaban a sus manos peticiones; pero él callaba. Algunos obispos intentaron tratar con él del asunto; grandes personajes y damas de su corte se había puesto al acecho de una ocasión para hablarle a solas; pero él callaba. En su interior se libraba sin tregua un verdadero combate: por un lado, las gentes piadosas, o simplemente las cabezas quiméricas que sentían la pasión de todo lo misterioso; por otro lado, los incrédulos, los hombres de gobierno, que desconfiaban de las perturbaciones de la imaginación.

Pero un buen día, bruscamente, como hombre tímido que adopta una determinación, habló. Se dijo que lo había decidido cediendo a las súplicas de la emperatriz. Esta intervino, sin duda; pero la decisión del emperador obedeció, sobre todo, a un despertar de sus antiguos sueños humanitarios, a un retoñar de la verdadera piedad que siempre sintió por los desvalidos. Como el obispo, no quiso cerrar a los miserables la puerta de la ilusión manteniendo en vigencia el edicto del prefecto que prohibía ir a beber a la fuente sagrada: envió un despacho, que era una orden lacónica de echar abajo la empalizada y dejar libre el acceso a la gruta.

Aquella fue el hosanna, el himno de triunfo. El nuevo decreto fue pregonado en la plaza de Lourdes entre redobles de tambor y toques de clarines. El comisario de policía, en persona, tuvo que proceder a quitar la empalizada. Después lo trasladaron a otro distrito, lo mismo que al prefecto.

Las gentes llegaban de todas partes, y el culto se iba organizando en la gruta. Resonaba un grito de alegría divina: Dios había vencido. ¿Dios? ¡Ay, no! Lo que había triunfado era la miseria humana, la eterna necesidad de mentira, la esperanza del condenado que confía su salvación a las manos de un poder omnipotente e invisible, más fuerte que la naturaleza, único capaz de quebrantar las leyes inexorables. Y había triunfado también la soberana compasión del obispo y del emperador misericordiosos, conductores del rebaño, que resolvieron dejar a tantos hombres-niños enfermos el fetiche que consolaba a unos y, a veces, curaba a otros.

La comisión episcopal empezó sus investigaciones hacia mediados del mes de noviembre. Procedió a interrogar una vez más a Bernadette y estudió un gran número de milagros. Sin embargo, para que la evidencia fuera absoluta, sólo dio por auténticos una treintena. El señor Laurence se declaró convencido. Con todo, quiso adoptar todavía una última medida de prudencia, y esperó tres años antes de declarar en una pastoral que la Virgen se había aparecido realmente en la gruta de Massabielle, y que habían tenido lugar en ésta un gran número de milagros. Compró a la ciudad de Lourdes, en nombre del episcopado, la gruta con todo el extenso terreno que le rodeaba, y en ella ejecutáronse diversas obras, modestas en un principio, pero que fueron haciéndose cada vez más importantes a medida que afluía el dinero de toda la cristiandad.

Se arregló la gruta y se la cerró con una verja. Se desvió el curso del Gave un gran trecho por un cauce nuevo, a fin de formar accesos espaciosos, paseos, prados, arboledas, y por fin comenzó a elevarse la iglesia que había pedido la Santa Virgen, la basílica, en la cúspide misma de la roca. Desde el primer golpe de pico, el abate Peyramale, cura de Lourdes, dirigió todos los trabajos, y lo hacía con gran celo, porque la lucha lo había convertido en el creyente más exaltado y sincero de aquella empresa. Dotado de sentimientos paternales un poco rudos, llegó a adorar a Bernadette, y se entregó en cuerpo y alma a la realización de las órdenes que había recibido del cielo por boca de aquella criatura inocente. Se agotaba en esfuerzos imperiosos, queriendo que todo fuese muy bello y grandioso, digno de la Reina de los Ángeles, que se había dignado visitar aquel rincón de la montaña.

La primera ceremonia religiosa no pudo tener lugar sino pasados seis años de la aparición, y consistió en la instalación de una estatua de la Virgen, con gran pompa, en el mismo sitio en que ésta se había aparecido.

Aquella mañana fue magnífica; Lourdes estaba empavesada y repicaban todas las campanas. Cinco años más tarde, en 1869, se celebró la primera

misa en la cripta de la basílica, cuya torre no estaba concluida aún. Las ofrendas aumentaban constantemente; afluía a Lourdes un verdadero río de oro, una nueva ciudad emergía de la tierra. Era también la nueva religión que surgía.

El deseo de ser curado, curaba; la sed del milagro hacía nacer el milagro. Un Dios de compasión y de esperanza brotaba del sufrimiento humano, de esa necesidad de una ilusión consoladora que en todas las épocas han dado vida a los maravillosos paraísos del más allá, donde un poder omnipotente hace justicia y distribuye la eterna felicidad.

Por eso las enfermas de la sala de Santa Honorina no veían en la victoria de la gruta sino la esperanza de las curaciones resonantes. Hubo un estremecimiento de alegría a lo largo de las camas cuando Pedro, conmovido el corazón por la expresión de todos aquellos rostros lamentables que se tendían hacia él, ávidos de certidumbre, repitió:

—Dios había triunfado, y desde aquel día no han cesado los milagros, y son los seres humildes los preferidos.

Dejó el librito. En aquel momento entraba el abate Judaine; la comunión iba a empezar. María, dominada por la fiebre de la fe, con las manos ardorosas, se inclinó hacia Pedro y le dijo:

—Amigo mío, escuche usted, por favor, la confesión de mi falta y absuélvame. He blasfemado y estoy en pecado mortal. Si usted no acude en mi ayuda, yo no podré recibir la santa hostia, y necesito tanto ser consolada y reconfortada...

El joven sacerdote hizo un gesto como rehusando acceder. Jamás había querido confesar a aquella amiga, a la única mujer que había amado y deseado en los años felices de su juventud alegre y sana. Pero ella insistía.

—Se lo suplico; ayudará usted de esa manera al milagro de mi curación.

Accedió y recibió la confesión de su pecado, de aquella rebelión impía contra la Virgen, que había permanecido sorda a sus plegarias; luego le dio la absolución con las palabras sacramentales.

El abate Judaine había colocado ya el copón sobre una mesita, entre dos cirios encendidos, dos estrellas mortecinas en la semioscuridad de la sala. Se habían decidido por fin a abrir las ventanas de par en par, porque aquella atmósfera cargada de los olores que despedían las enfermas y los harapos amontonados resultaba insoportable; pero no entraba un soplo de aire, y el patio estrecho, lleno de sombras de la noche, parecía un pozo de fuego.

Pedro se ofreció para ayudar a la misa, y recitó el *Confíteor*. Seguidamente, el limosnero, revestido del alba, después de recitar el

*Misereatur* y el *Indulgentiam*, levantó el copón: «He aquí el cordero de Dios, que borra los pecados del mundo». Y todas las mujeres que esperaban impacientemente la comunión, retorcidas por la enfermedad, como espera el moribundo revivir con una poción nueva que tarda en llegar, repitieron por tres veces, sin abrir la boca, este acto de humildad: «Señor, yo no soy digna de que entréis en mí; pero decid sólo una palabra, y mi alma sanará». El abate Judaine empezó a recorrer aquellas camas dolorosas, seguido de Pedro; la señora de Jonquière y sor Jacinta les acompañaban, cada una de ellas con un cirio en la mano. La hermana indicaba las enfermas que querían comulgar, y el sacerdote, inclinándose, depositaba la hostia sobre la lengua un poco al azar, murmurando frases en latín. Todas se incorporaban con los ojos muy abiertos y la mirada brillante, en medio de aquella instalación improvisada a toda prisa. Hubo necesidad, sin embargo, de despertar a dos que se habían dormido profundamente. Muchas gemían sin tener conciencia de ello, y volvían a gemir después de haber recibido a Dios. En el fondo de la sala continuaba el ronquido de la mujer invisible. Y nada más melancólico que ver aquella procesión que circulaba por la penumbra, seguida por las dos manchas amarillas de los cirios.

Pero la verdadera revelación divina fue el rostro de María, radiante de éxtasis. Se había negado la comunión a la Grivotte, hambrienta de pan divino, porque tenía que comulgar durante el rosario de la aurora; la señora de Vêtu, hermética, acababa de recibir la hostia en su lengua negra, dejando escapar un hipo. Ya no quedaba más que María, que estaba tan bella, bajo la pálida luz de los cirios, con sus cabellos rubios, sus ojos abiertos de par en par y la expresión de su rostro transfigurado por la fe, que despertó la admiración de todos. Comulgó con exaltado fervor; el cielo bajaba visiblemente sobre ella, penetraba en aquel pobre cuerpo juvenil, reducido a completa ruina física. Retuvo a Pedro un instante de la mano.

—¡Oh, amigo mío! La Virgen me curará; acaba de decírmelo. Descanse usted ahora. ¡Yo voy a dormir tan feliz!

Al retirarse Pedro con el abate Judaine, vio a la menuda señora de Désagneaux durmiendo en el sillón en que se había desplomado, fulminada por la fatiga. Nada había sido capaz de despertarla. Era la una y media de la mañana. La señora de Jonquière, ayudada por sor Jacinta, andaba de un lado para otro, cambiando de posición a las enfermas, limpiándolas, vendándolas. Entre tanto, la sala se iba sosegando, consumiéndose en una pesadez oscura, más tranquila desde que había pasado por ella Bernadette con su encanto. La pequeña sombra de la vidente vagaba ahora por entre las camas, triunfadora,

después de cumplir su obra y de traer un trozo de cielo a cada una de aquellas mujeres desvalidas que al caer adormecidas la veían inclinarse hacia ellas, débil, también enferma, para besarlas siempre sonriente.

# **JORNADA TERCERA**

## I

Aquella hermosa mañana de un domingo de agosto, cálida y clara, el señor de Guersaint estuvo de pie y vestido ya para las siete en uno de los pequeños aposentos que había tenido la suerte de alquilar en el tercer piso del hotel de las Apariciones, en la avenida de la Gruta. Se había acostado antes de las once y se despertó muy animoso. Enseguida pasó al otro aposento, ocupado por Pedro. Pero éste, que se había recogido a las dos de la madrugada con los nervios maltratados por el insomnio, no pudo conciliar el sueño hasta el amanecer, y dormía aún. Su sotana, atravesada sobre una silla, y sus ropas esparcidas en desorden anunciaban su fatiga y nerviosidad.

—Arriba, gran perezoso —exclamó alegremente el señor de Guersaint—. ¿No oye el tañido de las campanas?

Pedro se despertó sobresaltado, y se quedó sorprendido al encontrarse en aquella estrecha habitación de hotel, inundada por el sol. Por la ventana abierta entraban, en efecto, el repique alegre de las campanas y el rumor de la ciudad entera vibrante y feliz.

—No vamos a tener tiempo de llegar antes de las ocho al hospital para buscar a María. Porque supongo que nos desayunaremos antes, ¿verdad?

—Desde luego; pediré enseguida dos tazas de chocolate.

Cuando se quedó solo, y a pesar de que sentía todo su cuerpo entumecido, Pedro saltó del lecho y se dio prisa. Todavía tenía la cara metida dentro del agua fría de la jofaina cuando reapareció el señor de Guersaint, que no podía estar solo.

—Ya está; nos lo van a subir. ¡Qué hotel éste! ¿Ha visto usted al propietario, el señor Majestad, vestido completamente de blanco, tan ufano en su despacho? Parece que andan mareados; nunca han tenido tanta gente. ¡Qué ruido infernal! Tres veces me han despertado anoche. No comprendo qué es lo que hacen en el aposento contiguo al mío: hace apenas un momento dieron un golpe en la pared, luego se oyeron cuchicheos, y por fin suspiros.

Cambió de tema y preguntó:

—Y usted, ¿ha dormido bien?

—No —contestó Pedro—. Estaba rendido de fatiga y me ha sido imposible cerrar los ojos. A lo mejor, también ha sido a causa de todo ese ruido de que usted hablaba hace un instante.

Y se refirió, por su parte, a la delgadez de los tabiques y a la casa, que rebosaba y crujía con toda la gente que se había amontonado en ella. Tropezones inexplicables, corridas insólitas en los pasillos, pisadas lentas y fuertes, voces gruesas que partían de no se sabía dónde, sin contar los quejidos de los enfermos y las toses, las horribles toses que se oían por todas partes y que parecían salir de los muros. Era evidente que toda la noche salían y entraban las gentes que se levantaban y se volvían a acostar. Se había perdido la noción del tiempo y se vivía en el desarreglo de los sacudimientos nerviosos, dedicados a la devoción como quien se dedica a los placeres.

—¿Cómo dejó usted anoche a María? —interrogó de nuevo el señor de Guersaint.

—Mucho mejor —contestó el sacerdote—. Después de una terrible crisis de desesperación, recobró todo su valor y toda su fe.

Reinó el silencio.

—Yo estoy tranquilo —contestó el padre con optimismo—. Ya verá usted cómo todo marcha perfectamente. Por mi parte, estoy encantado. Había pedido a la Santa Virgen una protección para mis negocios, ya sabe usted cuáles, ese gran invento mío de los globos dirigibles. Pues bien, ¿me creerá usted si le digo que ya me ha dado un testimonio de su favor? Anoche, conversando con el abate Des Hermoises, me ofreció nada menos que ponerme en contacto con un capitalista de Tolosa, un amigo suyo, que es inmensamente rico y que se interesa por todas las cuestiones de mecánica. Enseguida vi en esto el dedo de Dios.

Y se reía con su risa de niño. Después agregó:

—¡Qué hombre encantador ese abate Des Hermoises! Voy a informarme de si será posible hacer la excursión al Gavarnie sin que nos cueste mucho.

Pedro, que pensaba abonar todos los gastos, los del hotel y los demás, le animó cordialmente.

—Aproveche usted la ocasión para visitar las montañas, ya que tanto lo desea. Su hija se alegrará al verlo a usted contento.

La conversación fue interrumpida por la presencia de una sirvienta que traía dos tazas de chocolate y dos panecillos en una bandeja cubierta con una servilleta; y como dejara entreabierta la puerta, se podía ver una parte del pasillo.

—Veo que ya están haciendo el cuarto de mi vecino —observó el señor de Guersaint lleno de curiosidad—. Es casado el hombre, ¿verdad?

La sirvienta le miró asombrada.

—No, señor; está solo.



—¡Cómo que solo! ¡Si no ha cesado de moverse toda la noche, y todo eran cuchicheos y suspirillos en su cuarto esta mañana!

—No es posible, señor, porque está solo. Acaba de salir, después de ordenar que le arreglen enseguida su alojamiento, que no consta sino de una habitación, con un gran armario, cuya llave se ha llevado. Seguro que ha guardado valores en él.

Y se dejaba llevar por la charla, mientras colocaba sobre la mesa las tazas de chocolate.

—Es un señor como hay pocos. El año pasado se hizo reservar uno de los pabelloncitos independientes que alquila el señor Majestad en la callejuela de aquí al lado. Pero este año se acordó demasiado tarde, y tuvo que conformarse, con gran contrariedad suya, con esa habitación. Como no quiere comer con la gente, se hace servir en su cuarto, y come muy buenos platos y bebe vino de primera.

—Esa es la explicación —comentó alegremente el señor de Guersaint—. Habrá cenado anoche demasiado bien.

Pedro, que también escuchaba, preguntó a su vez:

—¿No hay en la habitación contigua a la mía dos señoras y un caballero, con un niño que anda con una muleta?

—Sí, señor abate; los conozco. La tía, señora de Chaise, se ha hecho reservar una de las dos habitaciones; los señores Vignerón, con su hijo Gustavo, se han tenido que acomodar como han podido en la otra. Es el segundo año que vienen. Son también gente muy distinguida.

Pedro había creído reconocer, en efecto, durante la noche, la voz de Vignerón, a quien debía incomodar mucho el calor. Una vez que soltó la lengua, la camarera indicó enseguida quiénes eran los demás huéspedes de los aposentos que daban a aquel pasillo: a la izquierda, un sacerdote, una señora con sus tres hijas y un matrimonio de viejos; a la derecha, otro caballero, también solo, una joven sola, y luego una familia entera con cinco hijos de corta edad. Hasta los altillos del hotel estaban ocupados. Las mujeres de la servidumbre habían cedido sus habitaciones a los clientes y dormían todas juntas en el lavadero. La última noche se habían colocado catres hasta en el vestíbulo de los pisos. Un respetable eclesiástico se vio obligado a dormir sobre una mesa de billar.

La criada se retiró y los dos hombres tomaron el chocolate, después de lo cual el señor de Guersaint se dirigió a su aposento para lavarse nuevamente las manos, pues era hombre muy cuidadoso de su persona. Pedro, al quedarse solo, sintió la atracción de la claridad del sol y se asomó un instante al

estrecho balcón. Todas las habitaciones del tercer piso de aquel lado del hotel tenían también su correspondiente balcón, con balaustrada de madera tallada. Pero su sorpresa fue extraordinaria. En el balcón vecino, que correspondía a la habitación ocupada por el caballero solo, acababa de asomar la cabeza una mujer, y esa cabeza era la de la señora de Volmar; era la misma, sin duda alguna, con su cara alargada, sus facciones finas y fatigadas, sus ojazos magníficos, verdaderas ascuas, sobre las cuales pasaba a veces como un velo que amortiguaba su fulgor.

Al darse ella cuenta, tuvo un estremecimiento de temor. También él se retiró apresuradamente, muy fastidiado y afligido por el trastorno que le había causado. Y ahora lo comprendía todo con brusca claridad: el caballero no había podido alquilar más que una habitación y en ella tenía oculta a su amante a todas las miradas encerrándola en el amplio armario metido en la pared mientras hacían el arreglo de la sala, compartiendo con ella la comida que le subían y bebiendo con ella en el mismo vaso; de esta manera se explicaban los ruidos nocturnos, y era en esa situación que tendría que pasar tres días de absoluta reclusión aquella mujer enloquecida por la pasión, entre cuatro paredes.

Estaba claro que, al terminar la limpieza de la habitación, decidió abrir la puerta del armario y asomar la cabeza a fin de mirar a la calle para ver si regresaba su amigo. ¡Por eso no se había dejado todavía ver en el hospital, donde la reclamaba sin cesar la señora de Désagneaux! Inmóvil, consternado, cayó Pedro en profunda meditación, pensando en la existencia de aquella mujer que él conocía, en la tortura de su vida conyugal en París, entre una suegra feroz y un marido indigno, y en esos tres únicos días de libertad que tenía en todo el año, en aquella brusca llamarada de amor, disimulada bajo el pretexto sacrílego de ir a Lourdes en servicio de Dios. Lágrimas que no acertaba a explicarse, lágrimas que le subían de lo más hondo de su ser, de aquella su castidad voluntaria, le llenaban los ojos, en un sentimiento de profunda tristeza.

—Y bien, ¿estamos ya? —gritó alegremente el señor de Guersaint, reapareciendo enguantado y con su chaqueta de paño gris toda abotonada.

Al salir oyeron a la izquierda una voz gruesa que conocieron enseguida: era el señor Vignerón, que estaba entregado a la tarea de recitar en voz alta las plegarias de la mañana. Tuvieron otro encuentro que les interesó: yendo por el pasillo, se cruzaron con un señor de unos cuarenta años, fuerte y rechoncho, cuya cara estaba encuadrada por unas patillas muy correctas. Pero el tal caballero agachó la espalda y pasó tan precipitadamente que no pudieron

identificarlo. Llevaba en la mano un paquete cuidadosamente atado. Sacó una llave, abrió la puerta de la habitación y desapareció dentro, como una sombra, sin producir ruido.

El señor de Guersaint se volvió.

—¡Oiga, si es el señor solitario! Seguramente vuelve de hacer compras y trae algunas golosinas.

Pedro fingió que no oía, porque no consideraba a su compañero digno de participar de aquel secreto que no era suyo. Además, sentía cierto embarazo, una especie de terror púdico, al pensar en aquel desquite de la carne que tenía lugar allí, en medio de la exaltación mística que lo envolvía.

Llegaron al hospital precisamente en el momento en que bajaban a los enfermos para conducirlos a la gruta. María estaba muy alegre, porque había dormido bien. Besó a su padre y le riñó cuando supo que todavía no se había decidido a efectuar la excursión al Gavarnie. Se disgustaría muchísimo si no la realizaba. Por lo demás, y esto lo decía con expresión tranquila y sonriente, su curación no se produciría aquel día.

A continuación suplicó a Pedro que le consiguiese autorización para pasar la noche próxima delante de la gruta: era éste un favor que todas deseaban vivamente, pero que se conseguía difícilmente y sólo a las enfermas protegidas. Pedro no encontró bien eso, porque pensaba que su salud podía resentirse si pasaba una noche entera al aire libre; pero, viéndola tan contrariada, no tuvo más remedio que prometerle que realizaría aquella gestión. Sin duda, confiaba la joven entenderse con la Santa Virgen, quedándose con ella a solas en la paz soberana de las tinieblas.

Aquella mañana, después de que los tres oyeron misa, se encontró tan desorientada en medio de los enfermos, que a eso de las diez pidió volver al hospital, quejándose de que la luz del día le fatigaba la vista.

Así que su padre y el sacerdote la volvieron a instalar en la sala de Santa Honorina, les dijo que quedaban en libertad para todo el día.

—No vengán a buscarme; no quiero volver esta tarde a la gruta, es inútil. Pero esta noche a las nueve usted estará aquí para llevarme a la gruta, ¿verdad, Pedro? Eso es cosa convenida; me ha dado ya usted su palabra.

Pedro repitió que trataría de obtener el permiso, llegando hasta el padre Fourcade, si era necesario.

—Entonces, querida mía, hasta la noche —dijo a su vez el señor de Guersaint, besándola.

La dejaron muy tranquila en su cama, como absorta, con la mirada de sus grandes ojos soñadores y sonrientes perdida en el vacío.

No habían dado aún las diez y media cuando estaban de regreso en el hotel de las Apariciones. El señor de Guersaint, encantado con aquel tiempo tan hermoso, habló de almorzar lo antes posible, para lanzarse enseguida a recorrer Lourdes. Pero antes quiso subir otra vez a sus habitaciones; Pedro hizo lo mismo, y ambos se encontraron con una tragedia. La puerta de los Vignerons estaba completamente abierta y por ella se veía a Gustavo tendido en el canapé que le servía de cama. Estaba lívido; acababa de sufrir un desvanecimiento que había hecho creer por un momento al padre y a la madre que había llegado su fin. La señora de Vignerons, desplomada en una silla, estaba aún anonadada por el susto que había pasado; mientras su esposo, que iba de un lado para otro de la habitación y tropezaba con todo, preparaba un vaso de agua azucarada, en el que echó unas gotas de elixir. ¿Quién iba a imaginarse aquello? ¡Un muchacho que todavía estaba muy fuerte, desmayarse así y ponerse blanco como carne de pollo! El señor Vignerons miraba a la señora de Chaise, la tía, que estaba de pie delante del canapé, y cuyo aspecto, aquella mañana, era excelente, mientras sus manos temblaban al pensar sordamente en que si aquella estúpida crisis le hubiera arrebatado a su hijo, la herencia de la tía, a esas horas, ya no les pertenecería. Estaba fuera de sí; separó los dientes que el niño apretaba y le hizo beber a la fuerza todo el contenido del vaso. Sin embargo, cuando le oyó dar un suspiro, renació su afecto paternal y lloró, llamándole su única esperanza.

La señora de Chaise aproximose entonces, pero Gustavo la rechazó con un gesto de brusca repulsión, como si comprendiera la perversión inconsciente en que el dinero de aquella mujer hacía incurrir a sus padres. Apartose la anciana señora, yéndose a sentar en un rincón, mientras el padre y la madre, ya tranquilizados, daban las gracias a la Santa Virgen por haberles conservado aquel hijito que sonreía con sonrisa fina y triste, sabiéndolo todo y sin gusto ya, a los quince años, para vivir.

—¿Podemos serles útiles en algo? —preguntó Pedro cortésmente.

—No, no, señores; muchas gracias —contestó el señor Vignerons saliendo un instante al corredor—. ¡La verdad es que hemos pasado un gran susto! ¡Figúrense ustedes, nuestro hijo único y tan querido!

Como era la hora del almuerzo, toda la casa estaba en movimiento. Cerrábanse las puertas, y tanto los pasillos como las escaleras resonaban bajo las pisadas de las gentes que iban y venían sin cesar. Tres jóvenes gordiflonas desfilaron con gran ruido de faldas. En el interior de una habitación vecina lloraban unos pequeñuelos. Pasaron luego unos ancianos sobresaltados y algunos sacerdotes fuera de sí, porque, olvidados de su

condición, se habían arremangado la sotana para correr más de prisa. Los pisos temblaban de bajo a arriba, bajo el peso de tanta gente. Una camarera con todo un almuerzo en una gran bandeja llamó a la puerta del señor solitario, la puerta tardó algún tiempo en abrirse, pero al fin se entreabrió, dejando ver al caballero, vuelto de espaldas, en medio del cuarto tranquilo; y cuando la sirvienta se retiró, la puerta volvió a cerrarse tras ella discretamente.

—En fin, esto ya ha pasado y ahora sólo espero que la Santa Virgen lo cure, como sin duda lo hará —repetía el señor Vigneron, que no dejaba a sus dos vecinos. Ahora vamos a almorzar, porque confieso que este incidente me ha despertado el apetito y tengo un hambre devoradora.

Cuando Pedro y el señor de Guersaint bajaron, encontráronse con la desagradable sorpresa de no hallar libre un solo asiento en el comedor. Aquello era un hacinamiento tumultuoso de gente, y los pocos lugares desocupados estaban ya comprometidos. Un mozo les declaró que desde las diez hasta la una la sala estaba siempre llena, porque las gentes llegaban con el apetito avivado por el aire de las montañas. Tuvieron que resignarse a esperar, después de pedir al mozo que se les avisara en cuanto hubiese dos asientos disponibles. Luego, no sabiendo qué hacer, fueron a pasearse bajo el pórtico del hotel, abierto sobre la calle, por la que circulaba ininterrumpidamente un gentío endomingado.

Pronto se les presentó el propietario del hotel, el caballero Majestad en persona, vestido todo de blanco, y les dijo con gran cortesía:

—Si los señores no tienen inconveniente, pueden esperar en el salón.

Era un hombre gordo, de unos cuarenta y cinco años, que se esforzaba por hacer honor a su nombre. Calvo, barbilampiño, de ojos azules y redondos en una cara de cera de la que colgaban tres papadas, se conducía en todo momento con gran dignidad. Había venido de Nevers, con las monjas que dirigían el orfanato, y se había casado con una mujer de Lourdes. En menos de diez años ambos habían hecho de su hotel uno de los centros más lujosos y de más distinguida clientela de la ciudad. Hacía algunos años que le habían agregado una tienda de artículos religiosos, que ocupaba, a la izquierda, un vasto local, y que estaba atendida por una sobrina joven, bajo la vigilancia de la señora de Majestad.

—Los señores podrían tomar asiento en el salón —repitió el hotelero, que extremaba su deferencia ante la sotana de Pedro.

Pero los dos señores preferían caminar o esperar de pie, al aire libre. El señor Majestad no los dejó, deseoso de conversar un instante con ellos, como

solía hacerlo con los clientes a quienes quería agasajar especialmente. La conversación versó al principio sobre la procesión de las antorchas que tendría lugar por la tarde, y que, considerando la belleza del tiempo, prometía ser magnífica. Pasaban de cincuenta mil los forasteros que había en Lourdes, y de todas las estaciones balnearias próximas habían afluído excursionistas; así se explicaba el que todas las mesas estuviesen ocupadas. Quizá llegase a faltar el pan en la ciudad, como ya había ocurrido el año anterior.

—Ya han visto ustedes qué gentío; no sabemos cómo dar abasto. Créanme que no es culpa mía si tienen que esperar un poco.

En aquel momento llegó el cartero con una cantidad considerable de correspondencia; era un paquete de periódicos y de cartas, que dejó sobre una mesa, en el escritorio. Enseguida, teniendo todavía en la mano una carta, preguntó:

—¿No se aloja aquí una señora de Maze?

—La señora de Maze, la señora de Maze... —repitió el hotelero—. No, seguro que no.

Pedro, que había oído aquellas palabras, se acercó para decir:

—Señora de Maze... Hay una señora de Maze que ha debido hospedarse en casa de las hermanas de la Inmaculada Concepción, como creo que llaman aquí a las monjas azules.

El cartero dio las gracias y se marchó. Pero una sonrisa amarga asomó a los labios del señor Majestad.

—¡Las monjas azules!... —dijo en voz baja—. ¡Las monjas azules!...

Miró de soslayo la sotana de Pedro, y se contuvo en seco, temeroso de que se le fuera la lengua. Sin embargo, su corazón desbordaba; hubiera querido desahogarse, y le pareció que aquel joven sacerdote de París tenía aspecto de ser un hombre de espíritu liberal, no debía de formar parte de la «banda», nombre en que él comprendía a todos los servidores de la gruta, a cuantos negociaban con Nuestra Señora de Lourdes. Poco a poco se fue animando.

—Créame, señor abate, que yo soy un buen católico. Puedo asegurarle que aquí lo somos todos. Soy católico, practico y comulgo por Pascua... Pero tengo para mí que no está bien que unas monjas se dediquen al comercio de hotel. Francamente, eso no está bien.

Y dio rienda suelta a sus resentimientos de comerciante perjudicado por una competencia desleal. ¿Por qué aquellas hermanas de la Inmaculada Concepción, aquellas monjas azules, no se limitaban a su función propia, es decir, a la preparación de hostias y el arreglo y lavado de las ropas sagradas? Pues no, señor; no se limitaban a eso, sino que habían transformado su

convento en una vasta posada en la que las señoras solas encontraban hospedaje y comida, si es que no optaban por hacerse servir aparte. Todo muy limpio, muy bien organizado y nada caro, gracias a las mil ventajas de que gozaban. No había en Lourdes hotel que tuviese tanto trabajo como aquél.

—En suma, ¿les parece a ustedes que eso está bien? ¡Unas monjas que se dedican a vender comidas! Agreguen ustedes el que la superiora es un marimacho. Cuando vio que tenía en las manos una fortuna, lo quiso únicamente para su casa, y se separó resueltamente de los padres de la gruta, que se esforzaban para echarle la mano encima. Tal como lo oye, señor abate; la superiora se fue a Roma, ganó el pleito, y ahora es ella la que se embolsa todo el dinero que entra en el negocio. ¿En qué mundo estamos, Dios santo? Unas monjas, unas monjas que alquilan habitaciones amuebladas y dan de comer...

Levantaba al cielo los brazos, se sofocaba.

—Pero —objetó amablemente Pedro—, ya que usted tiene su casa llena, y no le queda ni una cama ni un cubierto libres, no veo yo cómo podría usted atender a más huéspedes.

Pero el señor Majestad protestó con viveza.

—Bien se ve que no conoce usted este país, señor abate. Es cierto que durante los días de la peregrinación nacional trabajamos todos y no tenemos motivo alguno de queja. Pero no dura más que cuatro o cinco días, porque en época normal la concurrencia no es tan grande. En cuanto a mí, a Dios gracias, yo estoy siempre satisfecho. Mi casa es muy conocida y está a la misma altura que el hotel de la Gruta, en el que se han hecho ya dos fortunas. ¡Pero no importa! Lo que fastidia es ver cómo las monjas azules se llevan la flor y nata de la clientela, quitándonos las señoras de la burguesía, que se pasan en Lourdes quince días y hasta tres semanas, y esto en épocas tranquilas, cuando no hay mucha gente. ¿Se da cuenta usted? Se trata de personas pudientes y distinguidas que odian el bullicio, que van a la gruta a rezar solas, durante días enteros, y que pagan generosamente, sin regatear jamás.

La señora Majestad, a quien ni Pedro ni el señor de Guersaint habían visto porque estaba inclinada sobre un registro, en el que sumaba facturas, intervino entonces con voz aguda.

—El año pasado, señores, tuvimos una cliente de esa clase durante dos meses. Iba a la gruta, volvía de ella, iba nuevamente, cenaba y se acostaba. Nunca decía una palabra, todo lo encontraba bien y andaba siempre sonriente.

Ni siquiera miró la factura al pagar. Estos son los clientes que echa una de menos.

Se había puesto de pie. Era pequeña, enjuta, muy morena y vestida completamente de negro, con cuellito fino y liso.

—Si los señores desean llevar algunos pequeños recuerdos de Lourdes, espero que no nos olvidarán. Aquí al lado tenemos una tienda donde encontrarán un gran surtido de los objetos más solicitados. Las personas que paran en nuestro hotel se dignan generalmente hacer sus compras en nuestra casa.

El señor Majestad volvió en esto a mover la cabeza, con aire de buen católico a quien afligen los escándalos de la época.

—Por cierto que no quisiera faltar de ningún modo al respeto debido a los padres de la gruta; pero hay que reconocer que, en verdad, son algo acaparadores. Ya habrán visto ustedes la tienda que han instalado al lado de la gruta, y que está siempre llena de gente, porque venden en ella artículos religiosos y cirios. Son muchas las personas de iglesia que han manifestado que eso es una vergüenza y que habría que echar una vez más a los mercaderes del templo... Se dice también que es de los mismos padres la gran tienda que han visto ustedes frente a nuestro hotel, tienda en la que se abastecen los minoristas de la ciudad. En una palabra, si uno prestara oídos a lo que se murmura por ahí, resultaría que todo el comercio de artículos religiosos está en sus manos y que cobran un tanto por ciento sobre los millones de rosarios, estatuillas y medallas que se venden en Lourdes todos los años.

El señor Majestad bajaba poco a poco la voz, conforme iba hablando, porque sus acusaciones se hacían concretas y empezaba a recelar del paso que había dado confiándose de ese modo a aquellos forasteros. Sin embargo, al ver a Pedro tan afectuoso e interesado en lo que decía, se tranquilizó y siguió hablando impulsado por su resentimiento de comerciante perjudicado, que le hizo decir todo lo que tenía dentro.

—Convengo en que hay alguna exageración en estas cosas. Pero no es menos cierto que es altamente dañoso para la religión el que los reverendos pongan su mostrador como cualquiera de nosotros. ¿No les parece a ustedes? No es que yo quiera tener parte en el dinero de las misas, ni que pida mi tanto por ciento de los donativos que reciben. Entonces, ¿por qué se han de poner ellos a vender lo mismo que yo vendo? Nuestro último balance ha sido mediocre, a causa de esa competencia. Somos ya demasiados. Todo el mundo trafica en Lourdes, a costa de Dios, y hemos llegado a sufrir carestía de pan y



de agua. Le aseguro, señor abate, que, aunque la Virgen esté con nosotros, hay momentos en que las cosas marchan aquí muy mal.

Un viajero le interrumpió y se lo llevó para adentro, pero reapareció enseguida en el instante mismo en que llegaba una joven preguntando por la señora Majestad. La joven en cuestión era de Lourdes, muy bonita, pequeña y regordeta, con hermosos cabellos negros y cara algo alargada y de expresión alegre y serena.

—Es nuestra sobrina Apolina —prosiguió el señor Majestad—. Hace dos años que está al frente de nuestra tienda. Es hija de un hermano pobre de mi mujer, que apacentaba rebaños en Bartrès; resolvimos traerla aquí, y no estamos arrepentidos, porque es muy buena y ha llegado a ser una vendedora muy hábil.

Lo que no decía el señor Majestad era que corrían rumores poco favorables para Apolina. Se la había visto extraviarse por la noche, con jóvenes, a orillas del Gave. Pero, en efecto, era una chica preciosa y atraía la clientela, tal vez a causa de sus ojazos negros y reidores. El año anterior, Gerardo de Peyrelongue no salía de la tienda; y si no había vuelto era, sin duda, porque se lo impedían sus proyectos matrimoniales. Pero ya tenía un sustituto, el abate Des Hermoises, que llevaba a muchas señoras a hacer allí sus compras.

—Estaba hablando de Apolina, ¿verdad? —dijo la señora Majestad, que volvía de la tienda—. A propósito, ¿no se han fijado ustedes en el extraordinario parecido que tiene con Bernadette? Obsérvenla; ahí, en la pared, pueden ver ustedes una fotografía de esta última cuando tenía dieciocho años.

Pedro y el señor de Guersaint se acercaron, al mismo tiempo que Majestad exclamaba:

—Es Bernadette calcada esa sobrina mía, aunque mucho más interesante y menos triste y pobre.

Al fin llegó el camarero para anunciarles que había una mesa libre. El señor de Guersaint había ido dos veces a echar un vistazo al comedor, porque no podía ya de las ganas de comer y de verse afuera, para aprovechar aquel domingo tan hermoso, de modo que se apresuró a entrar seguido de Pedro, sin prestar atención a Majestad, que les hacía observar, con sonrisa simpática, que no era mucho lo que habían tenido que esperar. La mesa estaba al fondo del comedor, que tuvieron que cruzar de un extremo a otro.

Era una sala larga, con decoraciones de roble claro de color amarillo aceitoso, pero cuyas pinturas se descascaraban ya, mostrando manchas por

doquier. Se advertía el desgaste y deslucimiento rápidos producidos por el vaivén continuo de los clientes que frecuentaban la casa. Todo el lujo consistía en los adornos de la chimenea: un reluciente reloj dorado, flanqueado por dos delgados candelabros. En las cinco ventanas que daban a la calle veíanse colgaduras de encajes, y si bien estaban bajas las cortinas, rayos ardientes penetraban en el salón. En la mesa redonda situada en el centro, de unos ocho metros de largo y capaz de dar cabida escasamente a treinta personas, se mal acomodaban unas cuarenta; otras cuarenta se apretujaban en las mesitas que había a la derecha y a la izquierda, adosadas a la pared; tres camareros, en continuo trajín, se deslizaban entre aquel tumulto, ocasionando no pocas molestias a la gente. Al entrar uno en el salón quedaba ensordecido por aquel barullo extraordinario, en el que se mezclaban el ruido de las voces, el de los cubiertos y el de la vajilla; parecía que se entraba en un horno lleno de humedad y se recibía en pleno rostro una vaharada caliente cargada de un tufo sofocante de comida.

Pedro no distinguió nada al principio, pero cuando se hubo instalado frente a su mesa, traída del jardín para salir del paso y tan pequeña que se tocaban los dos cubiertos, se sintió turbado y hasta disgustado por el espectáculo que abarcaba su mirada. Hacía una hora que allí se estaba comiendo, y habían pasado ya dos tandas de viajeros; veíanse platos esparcidos por todas partes, y el mantel estaba cubierto de grandes manchas de vino y de salsa. El disgusto de Pedro provenía, sobre todo, del hacinamiento de comensales que veía: curas gordinflones, jovencitas esmirriadas, mamás desbordantes, caballeros coloradotes, familias en fila en la que se alineaban generaciones de una fealdad creciente y lamentable. Todas aquellas gentes sudaban tragando con glotonería, sentadas al sesgo, con los brazos pegados al cuerpo y manejando torpemente las manos. Entre todos aquellos hambrientos de apetito decuplicado por la fatiga, entre aquella prisa por hartarse para volver enseguida a la gruta, se veía en el centro de la mesa a un eclesiástico corpulento, que comía plato tras plato con sabia lentitud, haciendo funcionar el molino de sus mandíbulas con un movimiento digno, ininterrumpido.

—¡Vaya con el hotel! —exclamó el señor de Guersaint—. Es verdad que no corre uno peligro de helarse aquí; pero eso no me quitará las ganas de comer que tengo. Yo no sé lo que me pasa, pero desde que estoy en Lourdes me muero de hambre. Y usted, ¿no tiene hambre?

—Sí, sí; también yo comeré —contestó Pedro, que era la sinceridad personificada.

El menú era copioso: salmón, tortilla, chuletas con puré de patata, riñones salteados, coliflor, fiambres y empanadas de albaricoque; todo recocado, nadando en salsa y de una insipidez de bazofia. Pero en los fruteros había frutas muy hermosas, magníficos melocotones. Por lo demás, los comensales no parecían exigentes; comían con gusto, sin repugnancia. Una jovencita elegante, encantadora, de mirada tierna y cutis de seda, colocada entre un viejo sacerdote y un caballero barbudo y muy sucio, comía con aire de éxtasis los riñones que nadaban en el agua gris que les servía de salsa.

—¡A fe mía que no está malo este salmón! —exclamó el señor de Guersaint—. Échele un poco de sal y lo encontrará sabrosísimo.

Pedro se resolvió a comer, porque había que alimentarse. Acababa de reconocer en una mesita próxima a la suya a la señora de Vignerón y a la señora de Chaise. Como habían bajado primero, parecían esperar, sentadas frente a frente. No tardaron en aparecer el señor Vignerón y Gustavo, este último pálido aún y apoyándose pesadamente en su muleta.

—Siéntate junto a tu tía —le dijo el padre—. Yo me colocare al lado de tu madre.

Luego, al ver a sus vecinos, se acercó a ellos.

—Ya está completamente repuesto. Le acabo de friccionar con agua de colonia y dentro de un momento podrá tomar su baño en la piscina.

Sentóse en la mesa y se puso a comer. Pero ¡qué susto había pasado! Empezó a hablar otra vez de su hijo en alta voz, inconscientemente, porque le espantaba la perspectiva de que se le muriera antes que la tía. Esta, en cambio, contaba que el día anterior, estando arrodillada ante la gruta, se sintió repentinamente muy aliviada; se jactaba de haber sanado de su enfermedad al corazón y daba detalles concretos; su cuñado la escuchaba abriendo muchos los ojos y mostrando una inquietud involuntaria. Era un buen hombre, no cabía duda, y jamás había deseado la muerte a nadie; pero empezaba ahora a experimentar cierta indignación ante la idea de que la Santa Virgen curara a aquella mujer ya entrada en años, olvidándose de su hijo que era tan joven. Estaba ya en las chuletas y engullía a dos carrillos el puré de patata, cuando creyó notar que la señora de Chaise estaba enfadada con su sobrino.

—Gustavo —dijo el señor Vignerón de pronto—, ¿has pedido perdón a tu tía?

El pequeño, asombrado, abrió sus ojazos claros, que resaltaban en su carita delgada.

—Sí, te has portado muy mal, porque la rechazaste allá en el cuarto, cuando se acercó a ti.

La señora de Chaise, muy digna, guardaba silencio, esperando; y Gustavo, que daba cuenta desganadamente de su chuleta, partida en trocitos, permaneció con la vista clavada en el plato, empeñado en no prestarse esta vez a las sumisiones afectuosas que querían imponerle.

—Anda, Gustavo, sé bueno; ya sabes todo lo que te quiere tu tía y todo lo que piensa hacer por ti.

No, no cedería de ningún modo. En ese instante odiaba a aquella mujer, que tardaba tanto en morirse y que le robaba el cariño de sus padres, a punto de que no estaba seguro, cuando los veía llenos de atenciones para con él, si lo que querían era que sanase o quedarse con la herencia que su vida significaba para ellos.

La señora de Wignerón, muy seria, apoyó a su marido:

—Te aseguro, Gustavo, que me estás dando un gran disgusto. Pide perdón a la tía, si no quieres que me enoje del todo.

Gustavo accedió. ¿Para qué luchar? ¿No era lo mejor que sus padres recibiesen aquel dinero? ¿No moriría él también, más adelante, ya que con su muerte se arreglaban todos los asuntos de la familia? Gustavo se daba cuenta de ello, lo comprendía perfectamente todo, incluso las cosas que se callaban en su casa, porque la enfermedad le había aguzado el oído hasta hacerle adivinar los pensamientos.

—Perdóneme, tía, lo malo que fui con usted hace un momento.

Dos lagrimones corrieron de sus ojos, al tiempo que sonreía con semblante de hombre afectuoso y hastiado, que ha vivido mucho. La señora de Chaise se apresuró a besarle y le dijo que no estaba resentida; y desde aquel momento la alegría de vivir de los esposos Wignerón se manifestó con toda su ingenuidad.

—Estos riñones no son, sin duda, de lo mejor —dijo el señor Guersaint a Pedro—, pero no me dirá usted que estas coliflores no están exquisitas.

La formidable masticación proseguía de una punta a otra de la sala. Nunca había visto Pedro comer de aquel modo, entre tantos sudores y en medio de aquel tufo asfixiante de cocina. El olor de la comida se hacía cada vez más denso, como una humareda. Era necesario hablar a gritos para hacerse oír, porque todos los comensales conversaban muy alto, en tanto que los mozos, azorados, recogían la vajilla al barrer, sin contar el ruido de las mandíbulas, que se distinguía con toda nitidez. Pero lo que más disgustaba al joven sacerdote era la extraordinaria promiscuidad de aquella mesa común, en la que se apretujaban hombres, mujeres, señoritas y eclesiásticos, al azar del encuentro, satisfaciendo todos su hambre como jauría suelta que se zampa los

bocados que atrapa. Los cestos de pan circulaban y se vaciaban. Hubo un verdadero saqueo de fiambres, restos de la carne de la víspera, envueltos en una gelatina transparente. Se había comido ya con exceso, pero aquellas carnes despertaban el apetito con la idea inconfesable de que no había que dejar nada. El cura comilón que se hallaba sentado en el centro de la mesa estaba con la fruta, engullía ya el tercer melocotón, que pelaba lentamente y mandaba al estómago a rebanadas, con aire compungido.

De pronto toda la sala se agitó. Era que el camarero distribuía la correspondencia, luego de ser clasificada por la señora Majestad.

—¿Una carta para mí? —dijo el señor Vignerón—. Es raro, porque no he dado a nadie mi dirección.

De súbito se acordó.

—¡Ya sé! Debe de ser de Sauvageot, que me sustituye en el Ministerio de Hacienda.

Abrió enseguida la carta, le temblaron las manos y lanzó un grito:

—¡El jefe ha muerto!

La señora de Vignerón, trastornada, tampoco supo dominarse:

—¡Entonces te nombrarán a ti!

Era aquél un sueño que alentaba en secreto: que muriese el jefe de la oficina, para que él, que era subjefe, desde hacía diez años, pudiese al fin ascender al grado supremo, al mariscalato. Fue tal su alegría que no pudo contenerse.

—¡Querida mía! La Santa Virgen se ha puesto decididamente de mi parte. Esta mañana le pedí yo mi ascenso, y ya ves que me ha escuchado.

Pero comprendió, de pronto, que no había que cantar victoria de aquel modo; tropezó con los ojos de la señora de Chaise, que no le perdía de vista, y advirtió también la sonrisa de su hijo Gustavo. Indudablemente, cada miembro de la familia hilaba para su molino y pedía a la Virgen las mercedes que necesitaba personalmente. Se dominó, pues, y dijo con su aire de persona honrada:

—Quiero decir que la Santa Virgen nos quiere a todos y que a todos nos dará satisfacción. ¡Pobre jefe, cuánto lo siento! Tendré que escribir una carta a la viuda.

Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, reventaba de júbilo, no teniendo ya la menor duda de que la Virgen satisfaría todos sus deseos, aun aquellos que él mismo no se atrevía a confesar. Y como todos dijeron que los pasteles de albaricoque estaban riquísimos, autorizó a Gustavo a comer un pedacito.

—Me llama la atención —dijo Pedro al señor de Guersaint, que se había hecho servir el café— ver aquí tan pocos enfermos. Porque todo este tropel de gente parece disfrutar de excelente apetito.

Sin embargo, mirando con más atención, logró descubrir que, además de Gustavo, que comía picoteando, como un pollito, había entre los que estaban sentados a la mesa colectiva un gotoso entre dos mujeres, una de las cuales era seguramente cancerosa. Más allá veíase a una joven tan flaca y pálida, que había motivo para sospechar que se trataba de una tuberculosa. Frente a ella estaba una idiota, que había entrado sostenida por dos parientes; tenía la mirada extraviada y el rostro como muerto, y comía con cuchara, babeando encima de la servilleta. Quizá había otros enfermos más confundidos entre aquel oleaje de apetitos estridentes, enfermos agotados por el viaje y que comían como no habían comido desde hacía mucho tiempo. Las empanadas de albaricoque, el queso, las frutas, todo era engullido en aquel torbellino de platos, y sólo quedaban las manchas de salsa y de vino que se iban extendiendo sobre el mantel.

Era cerca de mediodía.

—Volveremos inmediatamente a la gruta, ¿no les parece? —dijo el señor Vignerón.

Por todas partes no se oían otras palabras que «¡A la gruta! ¡A la gruta!». Las bocas, todavía llenas de comida, se movían apresuradamente para volver a las oraciones y a los cánticos.

—Se me ocurre una idea, amigo mío —dijo el señor de Guersaint a su compañero—. Ya que tenemos la tarde por delante, ¿por qué no damos una vuelta por la ciudad? De paso veré si encuentro un carruaje para realizar la excursión al Gavarnie, ya que mi hija lo quiere.

Pedro, que se ahogaba en aquella atmósfera, salió del comedor con verdadero gusto. En el soportal respiró. Pero también había allí una nueva oleada de comensales que hacían cola en espera de asientos disponibles; la gente se disputaba los lugares que quedaban libres y ocupaba el más pequeño espacio que se producía en la mesa redonda. Aquel asalto se prolongaría todavía durante una hora, y el menú volvería a desfilar y a ser engullido entre el ruido de las mandíbulas, el calor y el olor nauseabundo, cada vez mayores.

—Perdone usted un momento —dijo Pedro—; tengo que subir a la habitación porque he olvidado allí mi billetera.

Así que estuvo arriba, cuando llegaba a la puerta de su habitación, después de atravesar la escalera y los pasillos desiertos, oyó un ligero ruido. Venía de la habitación vecina, y era una risa cariñosa que siguió al choque

demasiado violento de un tenedor. Luego sintió, imperceptible, intuida más bien que escuchada, la vibración de un beso, unos labios que se posaban sobre otros labios, para hacerlos callar. También el caballero solitario estaba almorzando...

## II

**U**na vez fuera del hotel, Pedro y el señor de Guersaint pusiéronse a caminar pausadamente entre el oleaje cada vez más grande de la muchedumbre endomingada. El cielo era de un azul puro y el sol abrasaba la ciudad; flotaba en el aire la alegría de vivir, el alborozo vivaz de las grandes festividades que ponen de manifiesto la vida auténtica de un pueblo. Después de bajar por la acera de la avenida de la Gruta, se vieron detenidos en una esquina de la meseta de la Merlasse, donde el gentío se arremolinaba, entre un continuo desfilarse de carruajes.

—No tenemos prisa alguna —dijo el señor de Guersaint—. Yo quisiera subir hasta la plaza de Marcadal, en la parte vieja de la ciudad; la camarera del hotel me ha indicado un peluquero que tiene un hermano que se dedica a alquilar carruajes a precios acomodados. ¿Le es a usted igual venir conmigo hasta allí?

—No tengo inconveniente alguno; vamos a donde usted quiera —exclamó Pedro.

—¡Excelente! Y de paso me haré afeitarse.

Llegaban a la plaza del Rosario, frente a los prados de hierba que se extienden hasta la ribera del Gave, cuando un encuentro inesperado les detuvo de nuevo. Estaban allí la señora de Désagneaux y Raimunda de Jonquière, conversando alegremente con Gerardo de Pyerelongue. Las dos llevaban vestidos claros, ropas ligeras, y sus sombrillas de seda blanca brillaban bajo los rayos del sol. Formaban un conjunto simpático, un rincón de amable charla mundana, rebotante de jovialidad juvenil.

—No y no —repetía la señora de Désagneaux—. No sería conveniente caer de rondón en la «sopa popular», a la hora en que todos sus camaradas están almorzando.

Gerardo insistía muy galantemente, dirigiéndose sobre todo a Raimunda, cuyo rostro, un poco macizo, se hallaba aquel día iluminado por un encanto especial de mujer llena de salud.

—Les aseguro que es cosa digna de verse y que tendrán una acogida admirable. Puede usted confiarse a mí, señorita; además, encontraremos allí a mi primo Berthaud, que se sentirá encantado de hacerles los honores de nuestra instalación.



Raimunda sonreía, y en sus ojos traviosos leíase su asentimiento a la invitación. En aquel instante se acercaron Pedro y el señor de Guersaint a saludar a las señoras. Inmediatamente les pusieron al corriente de lo que se trataba. Llamaban «sopa popular» a una especie de restaurante, de mesa común, que los miembros de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud, los camilleros, los hospitalarios de la gruta, de las piscinas y de los hospitales habían fundado para comer juntos y barato. Muchos de ellos no eran ricos, pues procedían de todas las clases sociales, y habían conseguido así organizar un servicio de cocina de tal modo que por tres francos —aportación de cada uno por día— tenían tres buenas comidas, y hasta les sobraban alimentos, que distribuían entre los pobres. Ellos mismos lo administraban todo: compraban las provisiones, ajustaban el cocinero y los ayudantes, y no tenían reparo en dar personalmente una mano para mantener el local en buen estado de limpieza y orden.

—Debe de ser muy curioso —exclamó el señor de Guersaint—. Vamos a verlo, si es que no estorbamos.

Con esto la señora de Désagneaux ya no tuvo inconveniente.

—Si es que vamos así, en grupo, acepto. Terno que de otra manera fuera mal visto.

Dijo esto riendo, y todos hicieron coro a su risa. Aceptó el brazo del señor de Guersaint, y Pedro se puso a su izquierda, impulsado por la simpatía que sentía por aquella mujercita vivaracha y encantadora, de cabellos rubios y tez láctea.

Detrás seguía Raimunda, del brazo de Gerardo, al que daba conversación con su voz reposada, de niña juiciosa, a pesar de su despreocupado aire juvenil. Puesto que el marido con que ella soñaba lo tenía a mano, estaba resuelta a no perderlo esta vez. Por eso le mareaba con su perfume de muchacha guapa y sana, a la vez que le maravillaba con su conocimiento de la vida del hogar y de la economía doméstica, para lo cual se hacía dar explicaciones sobre la manera que tenían de hacer sus compras, demostrándole que todavía hubieran podido reducir más el gasto.

—Estará usted horriblemente cansada —preguntó el señor de Guersaint a la señora de Désagneaux.

Pero ella protestó, exclamando llena de indignación:

—¿Cansada yo? No. Imagínese usted que anoche caí muerta de fatiga en un sillón de la sala del hospital, en cuanto dieron las doce de la noche. Mis compañeras no tuvieron valor para despertarme, y me dejaron dormir tranquilamente.

Todos se echaron a reír, pero ella seguía indignada.

—Así es que me quedé dormida durante ocho horas como un lirón. ¡Yo, que había jurado no pegar los ojos en toda la noche!

La risa general acabó por hacerla reír a ella también, que lanzó una carcajada que puso al descubierto su blanquísima dentadura.

—Valiente enfermera, ¿verdad? La pobre señora de Jonquière ha tenido que velar hasta el amanecer. Yo he querido hace un rato convencerla por todos los medios para que se viniese con nosotros.

Raimunda, que había oído lo que decían, alzó la voz:

—Verdaderamente, mi madre es digna de lástima. Ya no podía tenerse de pie. La he obligado a acostarse, asegurándole que podía dormir tranquila, pues todo marcharía admirablemente.

Y al decir esto dirigió a Gerardo una mirada serena y acariciadora. Éste creyó sentir una presión imperceptible del brazo fresco y bien torneado que tenía bajo el suyo, como si ella hubiese querido darle la sensación de su felicidad al poder estar a solas con él para arreglar juntos, sin intervención de nadie, sus asuntos. Esto le encantó; y le explicó que no había comido con sus camaradas aquel día porque una familia amiga que regresaba a su casa esa mañana le había invitado a almorzar con ellos, a las diez, en el restaurante de la estación, habiendo quedado libre desde que salió el tren, a las once y media.

—¡Ahí está la pandilla! —dijo luego—. ¿No los oye usted?

Llegaban, en efecto, y se oía una gran algarabía de voces juveniles que salía de un bosquecillo que ocultaba el viejo edificio de mampostería y cinc donde estaba instalada la «sopa popular».

Les hizo atravesar primero la cocina, que era una pieza espaciosa, muy bien dispuesta, con un gran horno y una larga mesa, sin contar las cacerolas inmensas, y les hizo notar luego que el cocinero, hombrachón rollizo y de buen humor, llevaba la cruz roja sobre su chaqueta blanca, porque formaba parte de la peregrinación. Seguidamente empujó una puerta y los introdujo en la sala común.

Era una sala grande, con una doble hilera de mesas sencillas de pino. No había otro mobiliario, aparte de una mesa para los postres y unas sillas con asiento de paja. En medio de aquella austeridad propia de refectorio conventual, todo estaba limpiísimo: las paredes blanqueadas y el suelo de un color rojo brillante. Lo que sobre todo regocijaba, desde el umbral mismo, era la alegría infantil que allí reinaba, los ciento cincuenta comensales, más o menos, de todas las edades, que allí comían con excelente apetito, gritando,

cantando y aplaudiendo. Un sentimiento de fraternidad extraordinaria unía a aquellos hombres venidos de todos los puntos, de todas las clases, de todas las fortunas, de todas las provincias de Francia. Muchos de ellos sólo se trataban durante esos tres días, en que vivían como hermanos, y luego se separaban sin verse ni saber nada unos de otros en todo el resto del año. No podía haber nada más encantador que aquella cita de caridad, aquellos tres días de fatiga tremenda pasados en común, y también de común regocijo infantil; aquello tenía un poco el carácter de una banda de muchachos grandes en día de libertad, bajo un cielo magnífico, felices de reír y de hacer lo que les daba la gana. Y hasta la misma frugalidad de la mesa, el orgullo de administrarse por sí mismos, de comer lo que ellos mismos habían comprado y hecho cocinar, contribuía al buen humor general.

—Ya ven ustedes —explicó Gerardo— que aquí no estamos tristes, a pesar del duro oficio que desempeñamos. La Hospitalidad cuenta con más de trescientos miembros, pero los comensales que hay aquí no pasan de ciento cincuenta; hemos tenido que organizar dos mesas para mayor facilidad del servicio, tanto en la gruta como en los hospitales.

La aparición de aquel pequeño grupo de visitantes, parado en el umbral, pareció redoblar la alegría general. Berthaud, jefe de los camilleros, que comía en el extremo de una de las mesas, se levantó galantemente para hacer los honores a las señoras.

—¡Qué bien huele todo esto! —exclamó la señora de Désagneaux con su aturdimiento habitual—. ¿Por qué no nos invita usted a que vengamos a probar mañana su cocina?

—¡Ah, no; a las señoras, no! —contestó Berthaud, sonriendo—. Pero si estos señores quisiesen comer mañana con nosotros, nos darían un gran placer.

Con una mirada notó Berthaud la buena inteligencia que reinaba entre Gerardo y Raimunda; y parecía encantado, porque era el matrimonio que deseaba para su primo.

—¿No es el marqués de Salmon-Roquebert aquel señor que está allí, al fondo, entre dos jóvenes que parecen empleados de comercio? —preguntó la joven.

—En efecto —contestó Berthaud—; los jóvenes son hijos del dueño de una pequeña fábrica de papel de Tarbes. Y aquel señor es el marqués, su vecino de la calle de Lille, propietario de un regio palacio y uno de los hombres más ricos y nobles de Francia.

¡Fíjese con qué gusto ataca nuestro guiso de cordero!

Y era verdad. El marqués, con todos sus millones, parecía muy feliz de poder comer por tres francos al día y de sentarse a la mesa democráticamente, en compañía de aquellos pequeños burgueses y hasta obreros, que no se habrían atrevido a saludarle en la calle. Aquella convivencia con comensales reunidos al azar, ¿no significaría la práctica del ideal de la comunión social, la caridad plena? Esa mañana el apetito del marqués era tanto mayor cuanto que había bañado en las piscinas a más de sesenta enfermos, atacados de las enfermedades más abominables de la triste humanidad. Lo que veía a su alrededor era la realización de la comunidad evangélica; y era alegre y encantadora, sin duda, pero a condición de que no durase más de tres días.

Aunque acababa de almorzar, el señor de Guersaint tuvo la curiosidad de probar el guiso de carnero; y opinó que no se podía pedir nada mejor. Mientras tanto, Pedro, que había visto al barón Suire, director de la Hospitalidad, paseándose por allí con aire de hombre importante, como si estuviese obligado a vigilarlo todo, hasta la manera como comía su personal, se acordó de pronto del deseo que le había manifestado María de pasar la noche delante de la gruta; y pensó que el barón podía concederle por su cuenta y riesgo la autorización que necesitaba.

—No niego —le contestó el barón, poniéndose serio— que a veces lo toleramos. Pero ¡es cosa tan delicada! ¿Me garantiza usted por lo menos que esa joven no está tísica? ¡Perfectamente! Ya que usted me asegura que ella insiste tanto, hablaré un momento con el padre Fourcade y avisaré a la señora de Jonquière para que ésta le permita a usted llevarla.

Era en el fondo una buena persona, a pesar de su aire de hombre indispensable sobre el que pesaban las más graves responsabilidades. Retuvo, a su vez, a los visitantes dándoles los detalles más completos sobre la organización de la Hospitalidad: las oraciones en común, los dos consejos de administración que se reunían todos los días, y a los cuales asistían los jefes de servicio, los padres y algunos limosneros. Comulgaban con la mayor frecuencia posible. Las tareas eran complicadísimas; el movimiento del personal, extraordinario; todo un mundo que gobernar con mano firme. Hablaba como un general que todos los años obtenía una gran victoria sobre el espíritu del siglo. Ordenó a Berthaud que terminara de almorzar y tomó él a su cargo la tarea de acompañar a los visitantes hasta un pequeño patio enarenado, al que daban sombra hermosos árboles.

—¡Todo esto es realmente muy interesante, muy interesante! —repetía la señora de Désagneaux—. Permítame, señor, que le exprese nuestro agradecimiento por su atención.

—No tiene por qué, señora, no tiene por qué. Soy yo el que está encantado de haber tenido la ocasión de mostrarles mi pequeño campamento.

Gerardo no se había separado de Raimunda. El señor de Guersaint y Pedro se hacían señas con los ojos para dirigirse a la plaza de Marcadal; pero en aquel momento la señora de Désagneux se acordó de que una de sus amigas le había encargado que le enviase una botella de agua de Lourdes, y preguntó a Gerardo acerca de la mejor manera de hacerlo.

—¿Quieren ustedes —contestó el interpelado— aceptarme otra vez como guía? Pues bien, si estos señores quieren venir con nosotros, les mostraré en primer lugar el almacén donde se cargan las botellas, para luego cerrarlas, encajonarlas y expedirlas. Es muy curioso.

El señor de Guersaint asintió en el acto, y los cinco se pusieron en camino: la señora de Désagneux entre el arquitecto y el sacerdote; Raimunda y Gerardo, delante.

La multitud aumentaba constantemente bajo aquel sol ardiente, y la plaza del Rosario rebosaba de una muchedumbre abigarrada y ociosa, como en un día de regocijo público.

El taller estaba allí cerca, a mano izquierda, bajo uno de los arcos. Era una serie de tres salas muy sencillas. En la primera se procedía al llenado de las botellas, del modo más vulgar del mundo: un pequeño tonel de cinc pintado de verde, arrastrado por un hombre, y bastante parecido a una cuba de riego, llegaba a la gruta completamente lleno; luego se cargaban las botellas aplicándolas al grifo del tonel, una después de otra, sin que el encargado de este trabajo se preocupase mucho de que el agua se desbordase. Se formaba siempre un charco en el suelo. Las botellas no llevaban etiqueta alguna; únicamente la cápsula de plomo, que recubría el corcho de buena calidad, tenía una inscripción que indicaba su procedencia. Luego la calafateaban con una especie de albayalde, sin duda para que se conservase mejor. En las otras dos salas se llevaba a cabo la tarea del embalaje; era un verdadero taller de empaquetado, con bancos, herramientas y montones de virutas. Fabricábanse allí, sobre todo, cajas para una y dos botellas, muy bonitas, en las cuales iban éstas acostadas sobre un lecho de virutas finas, lo que hacía recordar bastante las casas de expedición de flores en Niza y de frutas confitadas en Grasse.

Gerardo dio explicaciones con aire tranquilo y satisfecho.

—Como ustedes ven, el agua procede realmente de la gruta, lo que deja sin fundamento las bromas que circulan a este respecto. No hay aquí ningún misterio; todo se hace naturalmente, a la luz del día. Les diré, además, que los padres no venden el agua, como se les acusa. Una botella llena, comprada

aquí, se paga a veinte céntimos, que es el precio del envase. Si ustedes quieren que se les mande, hay que pagar, naturalmente, el embalaje y la expedición, cuyo costo es de un franco y setenta céntimos. Por lo demás, son ustedes dueños de llenar en el mismo manantial todos los botellones y recipientes que quieran.

Pedro pensaba que, en efecto, la utilidad que los padres sacaban de este negocio no era muy grande; ganaban, en cambio, en la fabricación de las cajas y en las botellas, las cuales, compradas por millares, debían de costarles bastante menos que veinte céntimos cada una. Pero Raimunda y la señora de Désagneaux, y hasta el señor de Guersaint, personas de imaginación viva, experimentaron una gran desilusión a la vista del pequeño tonel verde, de las cápsulas untadas de albayalde y del montón de virutas que había al lado de los bancos de carpintero. Se habían imaginado que el embotellamiento del agua milagrosa se hacía con acompañamiento de algunas ceremonias, que había algún rito en que intervenían sacerdotes revestidos de sus hábitos sagrados para dar la bendición, mientras resonaba un coro de voces angelicales. Pedro pensó, ante aquella vulgar operación de embotellamiento y embalaje, en la fuerza activa de la fe. Cuando una de aquellas botellas llega a su destino, muy lejos de allí, a la habitación de un enfermo; cuando la desembalan y aquél cae de rodillas, contemplándola con mirada llena de pasión, y bebe de aquella agua pura, hasta provocar la curación de su mal, es necesario que se haya producido un verdadero salto del alma hacia la ilusión que todo lo puede.

—¡No se vayan! —exclamó Gerardo cuando salían todos—. ¿Quieren ver ustedes el almacén de cirios, antes de que subamos a la administración? Está a dos pasos.

Y sin esperar siquiera la respuesta, los condujo al otro lado de la plaza del Rosario, con la intención secreta de distraer a Raimunda. En verdad, el espectáculo que ofrecía el almacén era aún menos divertido que el de los talleres de embalaje de que acababan de salir. Era una especie de bodega amplia, dividida en grandes compartimientos por medio de tabiques de tablas. En el interior de aquellos compartimientos se amontonaba una increíble provisión de cirios, apartados y clasificados por su tamaño. El sobrante de cirios donados a la Virgen dormía allí; y eran tantos, todos los días, los que los peregrinos depositaban en unos carritos especiales puestos junto a la verja, que había necesidad de llevar éstos varias veces al día al depósito para vaciarlos y volverlos a poner en su sitio, donde se llenaban otra vez rápidamente. La norma era que todo cirio ofrecido a la Virgen debía quemarse a sus pies. Pero eran demasiados los que se ofrecían, y aunque doscientos de

todos los tamaños ardiesen día y noche, no había manera de agotar aquella provisión enorme, que crecía incesantemente. Esto hizo que circulase el rumor de que los padres no tenían más remedio que vender cera. Y hasta ciertos amigos de la gruta confesaban, no sin cierto orgullo, que el producto de los cirios hubiera bastado para hacer frente a todos los gastos de la empresa.

Únicamente la cantidad llenó de estupefacción a Raimunda y a la señora de Désagneaux. ¡Cuánto cirio! Los pequeños, sobre todo, los que costaban de medio franco a un franco, se apilaban en cantidad incalculable. El señor de Guersaint, que todo lo quería poner en cifras, se engolfó en una estadística, haciéndose un lío. Pedro contemplaba en silencio aquel montón de cera ofrecida para que ardiera en pleno sol por la gloria de Dios; y si bien no era hombre utilitario, y comprendía aquel lujo de alegrías y satisfacciones ilusorias que alimentan al hombre tanto como el pan, no pudo menos de pensar en las obras de caridad que se hubieran podido hacer con el dinero invertido en toda aquella cera, destinada a deshacerse en humo.

—Muy curioso todo, pero ¿y la botella que tengo que enviar? —preguntó la señora de Désagneaux.

—Vamos ahora al escritorio —le contestó Gerardo—. Es cuestión de cinco minutos.

Tuvieron que atravesar nuevamente la plaza del Rosario y subir por las graderías que conducen a la basílica. La oficina se encontraba arriba, a mano izquierda, a la entrada del camino del Calvario. Era una construcción baja y mezquina, medio derruida por el viento y la lluvia, que ostentaba un sencillo cartelón con estas palabras: «Dirigirse aquí para misas, donativos, inscripciones de cofradía. Intenciones recomendadas. Envíos de agua de Lourdes. Suscripción a los anales de N. S. de Lourdes». ¡Cuántos millones habían pasado ya por aquella sórdida oficina, que databa, sin duda, de la época de la inocencia, de cuando se empezaron a echar los cimientos de la basílica contigua!

Todos entraron, deseosos de ver. Pero no vieron más que una taquilla. La señora de Désagneaux tuvo que agacharse para dar la dirección de su amiga; pagó un franco con setenta céntimos y le entregaron un recibo, un papelito como el que dan en las oficinas de mercancías de los ferrocarriles.

Una vez fuera, volvió a hablar Gerardo, señalando un vasto edificio que se veía a doscientos o trescientos metros de allí:

—Miren: ahí habitan los padres de la gruta.

—Pero si no se les ve por ninguna parte —observó Pedro.

El joven, asombrado, permaneció unos instantes callado.

—No se les ver por parte alguna, es cierto; pero es porque mientras dura la peregrinación nacional lo dejan todo, la gruta y lo demás, a cargo de los padres de la Asunción.

Pedro contemplaba el edificio, semejante a un fuerte castillo. Las ventanas permanecían cerradas, y se hubiera dicho que la casa estaba deshabitada. Sin embargo, todo salía de allí y todo iba a parar allí. El joven sacerdote creyó oír el rastrillazo, silencioso y formidable, que se extendía por todo el valle, recogiendo al pueblo que había acudido allí y llevaba a la morada de los padres el oro y la sangre de las muchedumbres.

Pero Gerardo continuó diciendo en voz baja:

—Pero vean, ahí lo tienen ustedes. Ése es, precisamente, el director, reverendo padre Capdebarthe.

Pasaba, en efecto, un religioso, un campesino que apenas podía disimular su rústica condición, de miembros nudosos y cabeza voluminosa, como tallada a hachazos. No se leía nada en sus ojos opacos, y su cara seca conservaba una palidez terrosa, el reflejo rojizo y sombrío del terruño. Monseñor Laurence hizo una designación de gran sagacidad política al confiar la organización y la explotación de la gruta a los misioneros de Garaison, tenaces y emprendedores, hijos de montañeses casi todos ellos y amantes apasionados de la tierra.

Lentamente volvieron después los cinco a atravesar la meseta de la Merlasse y bajaron por el amplio bulevar que sigue paralelamente a la rampa de la izquierda, y que desemboca en la avenida de la Gruta. Era ya más de la una, pero el almuerzo continuaba en toda la ciudad, rebosante de gente; los cincuenta mil peregrinos y curiosos no habían podido sentarse todavía a la mesa. Pedro, que había dejado el comedor del hotel completamente lleno, y que acababa de ver a los hospitalarios alegremente a la mesa de la «sopa popular», volvía a encontrar mesas y siempre mesas por dondequiera que iba.

Por todas partes la vista tropezaba con platos humeantes y mandíbulas en acción. Pero allí, al aire libre, a ambos costados de la amplia calzada, era la gente modesta la que invadía las mesas instaladas en las aceras, simples tabloncillos largos y desnudos, con un banco a cada lado y cubiertos con un estrecho mantel de lona. Allí se vendía caldo, café y leche a dos céntimos la taza. Los panes, apilados en grandes canastos, costaban igualmente dos céntimos. De los palos que sostenían los toldos colgaban ristras de salchichas, jamones y morcillas. Algunos de aquellos fondistas al aire libre hacían freír patatas, y otros guisaban con cebollas carnes de tercera clase. Llenaba el



ambiente una humareda acre y toda clase de fuertes olores, mezclados con la polvareda que levantaba el constante pataleo de los paseantes.

Delante de aquellas cantinas esperaban con impaciencia las gentes haciendo cola, mientras los comensales se renovaban continuamente a lo largo de los tablones que hacían de mesa, y en los cuales sólo cabían a lo ancho, con dificultad, un par de tazones de sopa. Todos se daban prisa a devorar, estimulados por el cansancio, con el apetito insaciable que producen las grandes conmociones morales. Le había llegado su turno a la bestia, y ésta se daba un hartazgo, después de haberse agotado a fuerza de oraciones que no acababan nunca, y durante las cuales había quedado olvidado el cuerpo en el cielo de las leyendas. Era aquello un verdadero campo de feria, bajo el cielo deslumbrante de los domingos magníficos; era la glotonería de un pueblo que sentía la alegría de vivir, a pesar de las enfermedades repugnantes y de la escasez de milagros.

—Comen, se divierten. ¿Qué más quieren? —dijo Gerardo, adivinando los pensamientos de aquellas amables personas que le acompañaban.

—¡Es muy natural! —murmuró Pedro—. ¡Pobres gentes!

En cuanto a él, sentíase vivamente impresionado por aquel desquite de la naturaleza. Pero al llegar a la parte más baja del bulevar, en la avenida de la Gruta, le chocó el encarnizamiento de las vendedoras de cirios y de ramos de flores, que acosaban en pandillas a los transeúntes, con la rudeza de quien va al asalto de una fortaleza. En su mayor parte, eran mujeres jóvenes, tocadas con pañuelos, y hacían alarde de un singular descaro, aunque las viejas no eran tampoco más discretas. Todas llevaban un paquete de cirios bajo el brazo, y blandían en la mano el que ofrecían, llegando hasta poner su mercancía en la mano de los paseantes.

—¡Señor, señora, cómpreme un cirio, que le traerá suerte!

Un caballero, acosado y zarandeado por tres de las vendedoras más jóvenes, estuvo a punto de dejar entre sus manos los faldones de la levita. La misma escena tenía lugar con las vendedoras de ramos de flores, unos ramos enormes, toscamente atados, parecidos a un repollo.

—¡Un ramo, señora, un ramo para la Santa Virgen!

Si la señora lograba zafarse, escuchaba a sus espaldas los más groseros insultos. El negocio, el desvergonzado negocio, se agarraba a los peregrinos, persiguiéndolos hasta la boca misma de la gruta. Se instalaba triunfalmente no sólo en todas las tiendas, alineadas en ininterrumpida serie a lo largo de las calles, transformadas en otros tantos bazares, sino también en la vía pública, donde cerraban a todos el camino y paseaban en carretillas de mano rosarios,

medallas, estatuitas e imágenes piadosas. El negocio estaba a la orden del día en todas partes, y las gentes no hacían más que comprar; compraban casi tanto como comían, para llevarse un recuerdo de aquella verbena sagrada. También allí la chiquillería ponía la nota de vivacidad y de alegría, entre el tumulto de los comerciantes instalados y de los vendedores ambulantes, deslizándose a través de la muchedumbre y voceando el «Diario de la Gruta». Sus voces delgadas y agudas penetraban en los oídos:

—¡El «Diario de la Gruta»! ¡La edición de esta mañana! ¡El «Diario de la Gruta», a dos céntimos!

El grupo se dispersó en medio de aquellos continuos bamboleos y remolinos de gente. Raimunda y Gerardo, que quedaron rezagados, pusiéronse a conversar afectuosamente, con expresión de sonriente intimidad. La señora de Désagneaux se creyó en el caso de detenerse y de llamarlos.

—¡Caminen más de prisa, que los vamos a perder de vista!

Al acercarse, Pedro oyó decir a la joven:

—¡Mamá está siempre atareada! Háblele usted antes de la partida.

Y Gerardo contestó:

—De acuerdo. Me hace usted muy feliz, señorita.

Era el matrimonio conquistado y resuelto durante aquel paseo encantador por entre las maravillas de Lourdes. Ella, sin ayuda de nadie, había concluido la conquista y él, por su parte, acababa de tomar una resolución, al verla asida a su brazo, tan alegre y razonable.

El señor de Guersaint, levantando la vista, preguntó:

—¿Ven ustedes allá arriba aquel balcón? Tengo para mí que son aquellos señores tan ricos que viajaron con nosotros, ¿recuerdan? Era una señora joven enferma, que iba acompañada de su marido y de su hermana.

Se refería a Dieulafay, y, en efecto, eran ellos, que estaban asomados al balcón del departamento que habían alquilado en una casa nueva, que daba sobre la pradería del Rosario. Ocupaban allí el primer piso, amueblado con todo el lujo que se pudo conseguir en Lourdes, con alfombras y cortinajes, sin contar con que habían enviado por delante desde París su personal de servidumbre. Como el tiempo era magnífico, habían acercado al balcón el sillón con ruedas en que estaba la enferma. Esta vestía un peinador de encajes. El marido, siempre vestido correctamente de levita, estaba de pie a su derecha, en tanto que la hermana, divinamente ataviada con un vestido de color malva claro, se había sentado a su izquierda, y de cuando en cuando se sonreía, inclinándose a veces hacia ella para hablarle, sin recibir contestación.

—¡Ahora recuerdo! —dijo la menuda señora de Désagneaux—. He oído hablar muchas veces de la señora de Jousseur, la joven que viste de malva. Es la esposa de un diplomático, que la ha abandonado no obstante su gran belleza; el año pasado se habló mucho de que estaba enamoradísima de un joven coronel muy conocido en la sociedad parisiense. Pero en los salones católicos se afirma que ha triunfado sobre su pasión, gracias a la religión.

Todos permanecían con las caras levantadas, mirando.

—¡Y pensar —siguió diciendo— que su hermana, la enferma que ustedes ven allá, era el vivo retrato suyo! Tenía, incluso, una expresión de bondad y de alegría infinitamente mucho más dulce.

¡Y véanla ahora! Es una muerta que han sacado al sol, un cuerpo anquilado, lívido, que no se atreven casi a mover de un sitio a otro. ¡Desgraciada mujer!

Raimunda aseguró entonces que la señora de Dieulafay, que apenas llevaba tres años de matrimonio, había traído todas las joyas de su ajuar de novia para donarlas a Nuestra Señora de Lourdes. Gerardo confirmó este detalle, y agregó que le habían asegurado que las joyas estaban desde esa mañana en poder del tesorero de la basílica, sin contar una lámpara de oro con engarces de piedras preciosas y una fuerte suma de dinero para que fuese repartida entre los pobres. Pero, según podía verse, la Santa Virgen no parecía haberse dejado conmover todavía, porque la enferma, en vez de mejorar, más bien empeoraba.

Desde aquel momento Pedro no vio ya sino aquella mujer joven, en el lujoso balcón; aquella criatura digna de lástima, a pesar de todas sus riquezas, que contemplaba a la muchedumbre regocijada, al Lourdes que se divertía y que reía bajo el hermoso cielo de domingo. Los dos seres queridos que velaban por ella con tanta ternura —la hermana que había abandonado sus éxitos de mujer cortejada, y el marido que se olvidaba de su casa de banca, cuyos millones rodaban por todo el mundo— realzaban con su elegancia irreprochable la tristeza de aquel grupo que lo dominaba todo desde allá arriba, de cara al valle maravilloso. No había más que ellos allí, y eran infinitamente ricos e infinitamente desgraciados.

Los cinco presentes, que se habían detenido en medio de la calle, corrían el peligro de ser aplastados a cada instante. Por las anchas avenidas no cesaban de llegar los carruajes, sobre todo los lujosos landós de cuatro caballos, que hacían sonar alegremente sus cascabeles. Eran turistas y bañistas de Pau, de Barèges, de Cauterets, atraídos por la curiosidad, encantados de aquel hermoso tiempo, alegres después de un rápido viaje por

las montañas; y como sólo les quedaban unas pocas horas disponibles, corrían a la gruta y a la basílica, para regresar luego entre risas, satisfechos de haber visto todo aquello. Grupos de mujeres jóvenes con sombrillas de colores brillantes también circulaban entre el gentío gris de la peregrinación, con lo que terminaban de convertirla en una pintoresca muchedumbre de feria a la que se digna mezclarse la gente distinguida en busca de diversión.

De pronto la señora de Désagneux lanzó un grito:

—¡Pero, cómo! ¿Eres tú, Berta?

Y al decir esto besó a una mujer morena y alta, encantadora, que se apeaba de un landó, seguida de otras tres mujeres jóvenes, muy risueñas y animadas. Se cruzaban voces y exclamaciones de sorpresa, todas las manifestaciones de vivo placer ocasionadas por un encuentro inesperado.

—Estamos en Cauterets, querida, y se nos ocurrió venir las cuatro juntas, como todo el mundo. ¿Está aquí también tu marido?

—Desgraciadamente, no. Está en Trouville, ya lo sabes. Me reuniré con él el próximo jueves.

—Sí, sí, es verdad —repuso la morena, que parecía también una encantadora aturdida—. Me olvidaba de que has venido con la peregrinación. Y a propósito...

Bajó la voz para que no la oyese Raimunda, que estaba a su lado, y dijo con una sonrisa:

—Dime, ¿y ese bebé que no llega? ¿Se lo has pedido a la Santa Virgen?

La señora de Désagneux, ruborizándose un poco, la hizo callar, diciéndole al oído:

—Ya lo creo, hace ya dos años, y estoy un poco fastidiada de no verlo venir. Pero ahora creo que va en serio, que viene. ¡No te rías! Esta mañana, cuando rezaba en la gruta, he sentido positivamente algo.

Pero se contagió de la risa de las demás, y todas lanzaban exclamaciones y se divertían como locas. Inmediatamente se puso a sus órdenes para guiarlas, prometiéndoles que les haría ver todo en menos de dos horas.

—Venga con nosotras, Raimunda. Su madre no se inquietará por ello.

Cambiaron saludos con Pedro y el señor de Guersaint. También Gerardo se despidió, estrechando cariñosamente la mano de la joven, con los ojos clavados en los de ella, como para comprometerse de una manera definitiva. Enseguida las señoras se alejaron en dirección a la gruta, felices de vivir y ostentando el delicioso encanto de la juventud.

Luego que Gerardo se alejó a su vez para volver a su trabajo, el señor de Guersaint dijo a Pedro:

—¿Y nuestro peluquero de la plaza de Marcadal? Es indispensable que vaya a verle. ¿No tiene usted inconveniente en seguir acompañándome?

—Ninguno. Le acompañaré a donde usted quiera. Ya que María no nos necesita, iremos juntos.

Llegaron al puente nuevo por las avenidas de amplios prados que se extienden delante del Rosario. También allí volvieron a tener otro encuentro, porque tropezaron con el abate Des Hermoises, que servía de cicerone a dos mujeres jóvenes que habían llegado aquella mañana de Tarbes. Paseaba entre las dos, con su apostura galante de sacerdote mundano, y les enseñaba y les explicaba todo lo que había en Lourdes, evitando tocar los aspectos desagradables: los pobres, los enfermos, todo el olor de baja miseria humana, que había casi desaparecido en aquel hermoso día de sol.

A la primera palabra del señor de Guersaint, que le habló de alquilar un carruaje para hacer la excursión al Gavarnie, se sobresaltó por miedo de perder la compañía de aquellas encantadoras paseantes.

—Como usted quiera, querido señor; encárguese usted de esas cosas. Tiene usted razón: hay que regatear el precio, porque me acompañarán dos sacerdotes que no son ricos. Seremos, pues, cuatro. No se olvide de darme aviso esta tarde sobre la hora de la partida.

Volvió a reunirse con las dos señoras, y las condujo hacia la gruta por la frondosa avenida que sigue la orilla del Gave, avenida fresca y discreta, como hecha de encargo para enamorados.

Pedro se había apartado a un lado, apoyándose, algo cansado, en el pretil del puente nuevo. Por primera vez se sorprendió de aquel extraordinario pulular de sacerdotes entre la muchedumbre. Vio que pasaban en sucesión interminable por el puente. Todas las variedades desfilaban ante él: sacerdotes correctamente vestidos que habían venido con la peregrinación, y que se distinguían por su desenvoltura y sus sotanas limpias; curas de aldea, tímidos, mal vestidos, que habían hecho un verdadero sacrificio para realizar el viaje y que caminaban azorados por las calles; y finalmente, el enjambre de eclesiásticos libres, que habían caído en Lourdes sin saber de dónde venían y que se movían con libertad absoluta, sin que se pudiese saber siquiera si decían misa todas las mañanas. Aquella libertad de que gozaban debía serles particularmente grata, y con seguridad que la mayor parte se encontraba allí de vacaciones, como el abate Des Hermoises, exentos de toda obligación, felices de poder hacer la misma vida que los demás mortales, gracias al entrevero de aquella muchedumbre entre la que pasaban inadvertidos. En resumen, allí estaba representada la especie entera; desde el vicario joven y

bien arreglado y perfumado, hasta los viejos curas de sotana sucia que arrastraban toscas sandalias; los había rollizos, gruesos, enjutos, grandes, pequeños; los que venían impulsados por la fe, ardiendo de fervor, y los que cumplían simplemente con una obligación de su oficio, como personas honradas que eran, y también los intrigantes, que no acudían allí sino por cálculo político.

Pedro no acababa de volver de su asombro al ver aquella procesión interminable de sacerdotes que desfilaba ante él, movido cada cual por una pasión especial, corriendo todos a la gruta como quien va a realizar un acto de fe o a hacer un favor. Sobre todo le llamó la atención uno, pequeñito, delgado y renegrado, de fuerte acento italiano, que parecía estar levantado el plano de Lourdes con sus ojos escrutadores, como esos espías que recorren el terreno antes de la conquista; vio otro de enorme corpulencia, de expresión paternal, que resollaba de hartazgo, y que se detuvo junto a una anciana enferma, acabando por deslizarle en la mano una moneda de cinco francos.

El señor de Guersaint lo alcanzó.

—No tenemos sino que seguir por el bulevar y tomar por la calle Baja — le dijo.

Pedro le siguió sin decir nada. Estaba en aquel momento dominado por la sensación de la sotana, que también él llevaba encima, y sentía que nunca le había pesado menos que en medio de aquel tumulto de peregrinos. Vivía en una especie de aturdimiento y de inconsciencia, esperando siempre el rayo de la fe, a pesar del sordo malestar que aumentaba en él el espectáculo de todas aquellas cosas que veía. Ya no le molestaba la ola creciente de sacerdotes, y sentía cierta fraternidad hacia ellos. ¡Cuántos como él cumplirían honestamente su misión de guías y consoladores a pesar de haber perdido la fe!

El señor de Guersaint levantó la voz:

—¿Sabía usted que este bulevar es nuevo? ¡Las casas que se han construido en estos últimos veinte años! Son incontables. Ha brotado aquí verdaderamente una ciudad nueva.

El Lapaca corría a la derecha, detrás de las casas. Por curiosidad echaron a andar por una callejuela y dieron con unas viejas y raras construcciones que bordeaban el pequeño arroyo. Varios molinos antiguos alineaban sus ruedas. Les mostraron el que monseñor Laurence había regalado a los padres de Bernadette después de las apariciones. También les hicieron visitar una casucha que pretendían era la casa a que había ido a vivir la familia Soubirous al dejar la calle de Petits Fossés, aunque raras veces debió de dormir en ella la

joven Bernadette, porque estaba ya de pensionista en el convento de las hermanas de Nevers. Por fin, avanzando por la calle Baja, llegaron a la plaza de Marcadal.

Era una ancha plaza triangular, la más animada y lujosa de la antigua ciudad, donde se hallaban los cafés, las farmacias y las mejores tiendas. Una había que brillaba entre todas, pintada de verde claro, guarnecida de altos cristales y coronada por un gran letrero en que se leían en caracteres dorados estas palabras: «Cazabán, peluquero».

El señor de Guersaint y Pedro entraron en el establecimiento. Pero como no había nadie en el salón, tuvieron que esperar. De la habitación contigua salía un terrible ruido de cubiertos: era la pieza que hacía ordinariamente de comedor, y en ella almorzaban una decena de personas, aunque eran ya las dos. La tarde avanzaba y todavía se comía de un extremo a otro de Lourdes. Cazabán, lo mismo que todos los demás propietarios de la ciudad, cualesquiera que fuesen sus opiniones religiosas, alquilaba sus propias habitaciones durante las peregrinaciones, refugiándose en el sótano, agujero sin aire, de tres metros de lado, donde comía, dormía y se acomodaba como podía con su familia.

La gente no sabía qué hacer para ganar dinero; la población desaparecía como la de una ciudad conquistada, entregando a los peregrinos hasta las camas de sus mujeres y de sus niños, sentándolos a sus mesas y haciéndoles comer en sus platos.

—¿No hay nadie aquí? —gritó el señor de Guersaint.

Por fin apareció un hombre pequeño, el tipo de habitante de los Pirineos, vivaracho y anguloso, de cara alargada, pómulos salientes y tez curtida con salpicaduras rojas. Sus ojazos brillantes no estaban nunca quietos, y toda su enjuta persona vibraba, estremecida por la inagotable exuberancia de sus gestos y palabras.

—¿Va a servirse el señor, verdad? ¿La barba, no? Perdone, señor; el ayudante mío ha salido, y yo estaba ahí dentro con mis huéspedes. Tenga la bondad de sentarse, y lo despacharé enseguida.

Cazabán se puso a batir el jabón y a asentar la navaja. Miraba con ojos inquietos la sotana de Pedro, quien sin decir palabra había tomado asiento y abierto un diario en cuya lectura parecía absorto.

Reinaba el silencio, pero Cazabán, no pudiendo aguantarlo y mientras enjabonaba las mejillas de su cliente, rompió a decir:

—Imagínese usted, señor, que mis huéspedes han tardado tanto en regresar de la gruta que apenas si ahora comienzan a almorzar. ¿No los oye

usted? Les hacía compañía por cortesía. Pero yo me debo también a mis clientes, ¿no le parece a usted? Hay que contentar a todo el mundo.

El señor de Guersaint, a quien también le gustaba charlar, le preguntó:

—¿Da usted pensión a peregrinos?

—Sí, señor; aquí todos damos hospedaje —contestó con franqueza el peluquero—. Es la costumbre del país.

—¿Y también les acompaña usted a la gruta?

Cazabán detúvose súbitamente y permaneció con la navaja en alto, en actitud digna.

—¡Nunca, señor, nunca! Hace ya cinco años que no voy a esa ciudad nueva que están construyendo.

Se dominaba todavía, mirando la sotana de Pedro, que ocultaba el rostro detrás del periódico. También la cruz roja prendida en la americana del señor de Guersaint le hacía ser prudente. Pero, al fin, se dejó llevar por la lengua.

—Escuche usted, señor. Todas las opiniones son libres. Yo respeto la suya, pero no me dejo llevar por esas fantasmagorías. Y no lo he ocultado. Bajo el Imperio, era republicano y librepensador. En aquella época no éramos nosotros ni siquiera cuatro en esta ciudad. Sí, señor, y me enorgullezco de ello.

Y se puso a rasurar la mejilla izquierda con aire de triunfador. Desde aquel instante brotó de su boca un diluvio inacabable de palabras. Empezó por hacerse eco de las acusaciones de Majestad contra los padres de la gruta: el tráfico de objetos religiosos, la competencia desleal que hacían a los comerciantes, a los hoteleros y a los dueños de casas de pensión. También él estaba indignado contra las hermanas de la Inmaculada Concepción, porque le habían quitado dos huéspedes, dos señoras ancianas que pasaban en Lourdes quince días todos los años. Pero se adivinaba en él, sobre todo, el rencor lentamente acumulado, y que ahora se desbordaba, de la ciudad vieja a la ciudad nueva, contra aquella ciudad que había brotado de la noche a la mañana al otro lado del castillo; contra la ciudad rica, de casas que parecían palacios, adonde afluía toda la vida, todo el lujo, todo el dinero, con lo que se agrandaba y se enriquecía sin cesar, mientras que la hermana mayor, la ciudad vieja y pobre de la montaña, iba agonizando con sus callejuelas desiertas en las que crecían los yerbajos. A pesar de todo, la lucha proseguía; la vieja ciudad no se resignaba a morir, y procuraba por todos los medios obligar a su ingrata hermana menor a compartir con ella la riqueza, alojando peregrinos y abriendo tiendas ella también; pero los negocios no atraían clientela sino a condición de estar cerca de la gruta, así como también sólo los peregrinos



pobres se resignaban a hospedarse lejos; y aquella desigualdad en la lucha agravaba la ruptura, haciendo que la ciudad alta y la ciudad baja fuesen enemigas irreconciliables que se devoraban sordamente, en continuas intrigas.

—¡No es ciertamente a mí a quien tendrán el gusto de verme por la gruta! —siguió diciendo Cazabán con tono irritado—. ¡No hay salsa de la cocina de esa gente en que no aparezca la dichosa gruta! ¡Parece mentira que en pleno siglo diecinueve exista un caso de idolatría y de superstición tan grosera como ése! Habría que preguntarles si en veinte años se ha curado un solo enfermo de esta ciudad. Y no es que no tengamos habitantes inválidos en nuestras calles. Al principio fueron los de aquí los que se beneficiaron con los primeros milagros. Parece, sin embargo, que el agua milagrosa ha perdido sus virtudes para nosotros hace ya bastante tiempo: estamos demasiado cerca; para que eso produzca efecto es necesario venir de lejos. ¿Se da cuenta usted? ¡Esto es demasiado estúpido, y le aseguro a usted que yo no bajaría allá abajo aunque me dieran cien francos!

La inmovilidad de Pedro debía irritarlo. Acababa de pasar la navaja por la mejilla derecha y despotricaba furiosamente contra los padres de la Inmaculada Concepción, de cuya codicia nacían todos los desacuerdos. Esos padres, que estaban en su propia casa porque habían comprado al municipio los terrenos donde proyectaban edificar, no respetaban el contrato celebrado con la ciudad, porque se habían comprometido en él de una manera solemne a no ejercer comercio de ninguna clase, ni dedicarse a la venta de agua y artículos religiosos. Había bastante motivo para entablar pleito contra ellos en cualquier momento. Pero les tenía sin cuidado, sintiéndose tan fuertes que no dejaban que fuese a parar a la parroquia ningún donativo; todo el dinero recolectado iba a desembocar como un río en las arcas insaciables de la gruta y de la basílica.

Cazabán lanzó una exclamación ingenua:

—¡Si al menos se mostrasen razonables y consintiesen en repartir!

Y luego, cuando el señor de Guersaint, después de lavarse, volvió a sentarse, continuó:

—¡Si yo le contara, señor, lo que ha cambiado nuestra pobre ciudad por culpa de esa gente! Hace cuarenta años las chicas de aquí eran todas muy honradas, créamelo. Recuerdo que, en mi juventud, cuando un mozo quería divertirse, no podía contar aquí más que con tres o cuatro desvergonzadas, a punto de que en días de feria he visto yo a los hombres haciendo cola a su puerta, ¡palabra de honor! Pero ¡cómo han cambiado los tiempos! Hoy las costumbres son muy distintas. Ahora casi todas las muchachas de la región se

dedican a la venta de cirios y de ramos de flores; ya las habrán visto ustedes acosando a los transeúntes y poniéndoles a la fuerza la mercancía en la mano. ¡Se avergüenza uno de verlas tan descocadas! Ganan mucho, viven la gran vida, no trabajan, y durante el invierno se limitan a esperar la llegada de las grandes peregrinaciones. Le aseguro a usted que los jóvenes mujeriegos tienen de sobra a quien dirigirse... Añada a eso la población flotante y equívoca que nos invade en cuanto llega el buen tiempo: cocheros, vendedores ambulantes, cantineros, toda una plebe nómada que destila grosería y vicio. ¡Esa es la honesta ciudad nueva que nos han regalado, con las muchedumbres que vienen a su gruta y a su basílica!

Pedro, muy impresionado por todo aquello, había dejado caer el periódico. Le había estado escuchando, y por primera vez tuvo la intuición de aquellas dos Lourdes: la Lourdes antigua, tan honrada y piadosa en su tranquila soledad, y la Lourdes moderna, minada y desmoralizada por los millones que atraía, por tantas riquezas provocadas y acrecentadas, por la creciente oleada de forasteros que atravesaban la ciudad al galope, por la podre fatal de la aglomeración y el contagio de los malos ejemplos. ¡Pasmoso resultado, si se pensaba en la cándida Bernadette arrodillada delante de la gruta agreste y primitiva, y en la fe ingenua y en toda la pureza ferviente de los primeros artífices de aquella obra! ¿Era posible que ellos quisiesen el envenenamiento del país por el afán de lucro y por la podredumbre humana? Bastaba con que las gentes acudiesen para que se declarase la peste.

Cazabán, observando que Pedro le escuchaba, hizo un último ademán de amenaza, como para barrer toda aquella superstición corruptora. Luego se calló, mientras alisaba el cabello al señor de Guersaint.

—¡Servido, señor!

Sólo entonces habló el arquitecto de la cuestión del carruaje. El peluquero se excusó al principio, alegando que había que dirigirse a su hermano. Pero finalmente consintió en aceptar el encargo. Un landó de dos caballos para ir hasta Gavarnie costaba cincuenta francos. Pero, halagado por la conversación que había tenido con él, así como por el trato de hombre honrado que le había dado, acabó por dejarlo en cuarenta. Los excursionistas eran cuatro, de modo que correspondía a diez francos por persona. Quedó acordado que saldrían de noche, a eso de las tres de la madrugada, a fin de poder estar de regreso el lunes por la tarde, a buena hora.

—A la hora indicada estará el carruaje delante del hotel de las Apariciones —repitió Cazabán con expresión enfática—. Cuente conmigo, señor.

Se puso a escuchar. En el fondo de la pieza contigua no cesaban los ruidos de vajilla sacudida. Seguían comiendo, en aquel exceso de voracidad que se extendía de un extremo a otro de la ciudad. Se oyó una voz que pedía más pan.

—¡Perdón! —exclamó vivamente Cazabán—. Mis huéspedes reclaman mi presencia.

Y corrió al cuarto, con las manos grasientas todavía de haber manejado el peine. La puerta quedó entreabierta un momento, y Pedro pudo distinguir con sorpresa, en el comedor, algunas imágenes piadosas, un cuadro de la gruta sobre todo. Sin duda, el peluquero las colocaba allí durante las peregrinaciones para agradar a sus huéspedes.

Eran cerca de las tres. Apenas salieron a la calle, Pedro y el señor de Guersaint quedaron asombrados por el gran estrépito de campanas que vibraban en la atmósfera. Al primer toque de vísperas, dado en la basílica, acababa de responder la parroquia; y después, uno tras otro, unieron todos los conventos el tintineo de sus campanas en un repiqueteo cada vez más fuerte. Los sones cristalinos que bajaban del convento de las carmelitas se mezclaban con los graves sones de la Inmaculada Concepción, y las alegres campanas de las hermanas de Nevers y de las dominicas tocaban a vuelo al mismo tiempo.

En los hermosos días de fiesta, el vuelo de las campanas solía pasar así, desde la mañana hasta la noche, con las alas desplegadas sobre los tejados de Lourdes. No había nada más alegre que aquella canción sonora bajo el puro cielo azul, por encima de aquella ciudad glotona, que acababa por fin de almorzar, y que paseaba su plácida digestión a la luz del sol.

### III

**E**n cuanto cayó la noche, María, que estaba en el Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, dio muestras de impaciencia. Sabía, por la señora de Jonquièrre, que el barón Suire le había conseguido del padre Fourcade autorización para pasar la noche delante de la gruta. A cada momento preguntaba a sor Jacinta.

—Hermana, por favor, dígame: ¿no son aún las nueve?

—No, hija mía; son apenas las ocho y media. A propósito, aquí tiene usted un buen chal de lana para que se abrigue durante la madrugada; el Gave está muy cerca, y las mañanas son frescas en esta tierra montañosa.

—¡Oh, hermana, qué hermosas son las noches! Además, duermo muy poco en esta sala. Claro está que no estaré fuera peor que aquí. ¡Dios mío! ¡Qué felicidad, que encanto pasar toda la noche con la Virgen!

Toda la sala la envidiaba. Rezar así toda una noche delante de la gruta era la dicha suprema, la alegría inefable. Se decía que las elegidas veían a la Virgen en aquella calma apacible de las tinieblas. Pero se necesitan altas protecciones para conseguir aquel favor. Los padres se negaban a él desde que algunos enfermos habían muerto allí, como si se hubiesen dormido en un éxtasis.

—Supongo que comulgará usted mañana en la gruta antes de que la traigan aquí, ¿verdad, hija mía? —siguió diciendo sor Jacinta.

Dieron las nueve. ¿Le habría olvidado, quizá, Pedro, que era tan puntual? Ahora le hablaban de la procesión de antorchas, que podría ver desde el comienzo hasta el final, a condición de partir inmediatamente. Las funciones religiosas terminaban invariablemente con aquella procesión, que tenía lugar por la noche; pero la del domingo era siempre la más hermosa, y se decía que la de aquella noche revestiría un esplendor extraordinario como pocas veces se vería igual. Cerca de treinta mil peregrinos iban a desfilar con sendos cirios en la mano. Se abrirían las maravillas nocturnas del cielo, descenderían las estrellas a la tierra. Las enfermas se lamentaban. ¡Qué desgracia, estar clavada en el lecho, sin poder ver nada de todos aquellos prodigios!

—Querida hija —vino a decirle la señora de Jonquièrre—, aquí están su padre y el señor abate.

María, radiante, se olvidó de que había tenido que esperarlos.

—¡Pedro, por favor, vámonos pronto, pronto!

La bajaron. Pedro se dispuso a tirar del carrito, que rodó suavemente bajo el cielo tachonado de estrellas. El señor de Guersaint caminaba al lado. Era una noche sin luna, admirablemente bella, de aterciopelado azul oscuro, salpicado de diamantes. El aire tenía una suavidad exquisita; era un tibio aire puro embalsamado con aromas de montaña. Muchos peregrinos caminaban apresuradamente, rumbo a la gruta, pero era una multitud discreta, una ola humana que se movía con gran recogimiento; no ofrecía ya el aspecto de gente de feria, atontada por la curiosidad de verlo todo, como durante el día. Al llegar a la meseta de la Merlasse se ensanchaban las tinieblas, y se avanzaba bajo el inmenso firmamento, en el lago de sombra de los prados y de las arboledas, entre las cuales sólo se veía surgir, a mano izquierda, la torre fina y pálida de la basílica.

Pedro empezó a inquietarse al notar que la muchedumbre se hacía cada vez más compacta a medida que avanzaba. En la plaza del Rosario se andaba ya con dificultad.

—No hay que pensar en acercarnos a la gruta —dijo deteniendo la marcha—. Lo mejor será que lleguemos hasta una avenida, detrás del Refugio de los Peregrinos, y esperemos allí.

Pero María deseaba vivamente presenciar la salida de la procesión.

—Por favor, amigo mío, trate usted de llegar hasta el Gave. Veré la procesión desde lejos; no pido que me lleven cerca.

El señor de Guersaint, que sentía tanta curiosidad como ella, insistió a su vez:

—No se preocupe usted; yo iré detrás y procuraré que no le den un empujón.

Pedro tuvo que tirar otra vez del carrito. La muchedumbre se apiñaba de tal manera que tardó un cuarto de hora en cruzar por debajo de uno de los arcos de la rampa del lado derecho. Enseguida desvió un poco la marcha, y al fin se encontró en el malecón, a orillas del Gave; la acera se hallaba ocupada por gente puramente curiosa; pudo avanzar aún unos cincuenta metros, y arrió el carrito a la balaustrada misma, bien a la vista de la gruta.

—¿Estará usted bien aquí?

—¡Muy bien, muy bien; gracias! Pero si me sientan, veré mejor.

El señor de Guersaint la sentó en su caja, y él, por su parte, se subió al banco de piedra que se extiende de un extremo a otro del malecón. Un tropel de gente curiosa se apretujaba en el banco, como en las noches de fuego de artificio. Todos se empinaban y estiraban el cuello. Pedro, como todo el mundo, se interesó también, aunque no se veía gran cosa.

Habría allí treinta mil personas, y todavía continuaba llegando gente. Todos llevaban en la mano un cirio envuelto en una especie de cucurucho de papel blanco, en el que estaba impresa, con tinta azul, la imagen de Nuestra Señora de Lourdes. Pero estos cirios no habían sido encendidos todavía. Sobre el agitado oleaje de cabezas se distinguía únicamente la gruta refulgente que despedía vivos destellos de fragua. Se oía un borbotear profundo, pasaban ráfagas que daban la sensación de que había allí millares de seres, sofocados, perdidos en la oscuridad, refluyendo como una balsa viva y cada vez más extensa. Más allá de la gruta, debajo de los árboles, en los repliegues de las tinieblas, había gentes en número incalculable. Por fin empezaron a arder algunos cirios, que brillaban aquí y allá; parecían chispas repentinas que horadaban la oscuridad al azar. Su número creció rápidamente; se formaron islotes de estrellas, mientras en otros sitios corrían regueros luminosos, vías lácteas en medio de las constelaciones. Era que los treinta mil cirios se encendían uno a uno, amortiguando el vivo resplandor de la gruta a medida que se extendían de un extremo a otro del paseo sus llamitas amarillas.

—¡Oh, qué hermoso es esto, Pedro! —murmuró María—. Hace pensar en la resurrección de los humildes, de las almas pobres que despiertan y brillan.

—¡Estupendo! ¡Estupendo! —repetía el señor de Guersaint, en un arrebatado de satisfacción artística—. Mire usted, allá abajo, las dos hileras que se cruzan formando una cruz.

Pero Pedro estaba conmovido por lo que María acababa de decir. Era eso, precisamente: unas llamitas endebles, puntos luminosos apenas, que tenían la modestia de las pobres gentes, pero cuyo gran número formaba un fulgor, un resplandecimiento de sol. Y constantemente surgían nuevas llamas, más lejanas y como extraviadas.

—¡Ah! —murmuró Pedro—. Allí, a lo lejos, ha aparecido una completamente aislada, vacilante... ¿La ve usted, María, cómo flota, cómo viene a perderse lentamente en el gran lago de fuego?

Ahora se veía tan claro como en pleno día. Los árboles, iluminados por debajo, aparecían de un verdor intenso; hubiérase dicho que eran árboles pintados, como los que se ven en los decorados. Algunas banderas se erguían inmóviles por encima del brasero movedizo, destacándose con violencia con sus santos bordados y sus cordones de seda. El inmenso reflejo de luz ascendía a lo largo de la roca hasta la basílica, cuya torre se distinguía ahora blanquísima sobre el cielo oscuro, mientras del otro lado del Gave los alcores

se iluminaban también, dejando ver las claras fachadas de los conventos en medio de las oscuras arboledas.

Hubo todavía un momento de duda. El lago llameante, en el que el resplandor de cada mecha era una ola pequeñita, movía su chisporroteo de astro, pareciendo a punto de desbordarse para correr como un río. Oscilaron las banderas y se esbozó un movimiento.

—Pero ¿será posible? —exclamó el señor de Guersaint—. ¡Y yo, que estaba segurísimo de que pasaría por aquí!

Pedro, que ya estaba al cabo de las cosas, explicó que la procesión subía en primer lugar por el camino que ascendía en zigzag por la ladera boscosa, camino que había costado un dineral. Luego daba vuelta por detrás de la basílica y volvía a bajar por la rampa de la derecha, deslizándose a través de los jardines.

—Fíjense, allí se ven subir los primeros cirios por entre el follaje.

Aquello parecía cosa de encantamiento. Lucecitas trémulas se iban destacando de la gran hoguera de fuego y se elevaban suavemente, en insensible vuelo, sin que se pudiese distinguir lo que las sujetaba a la tierra. Movíanse como polvillo de rayo de sol en las tinieblas. Poco después se formó una raya oblicua; luego aquella raya se replegó, formando un brusco recodo, y se formó otra nueva raya, que se replegó a su vez. Por fin, toda la colina quedó surcada por un zigzag centelleante, como esos relámpagos que cruzan el cielo negro en los cuadros. Pero la línea luminosa no se borraba; las lucecitas seguían avanzando con el mismo deslizamiento suave y pausado. Sólo en ciertos momentos había un eclipse repentino; era que la procesión pasaba por detrás de algún bosquecillo, pues más allá volvían a brillar los cirios y reanudaban su marcha hacia el firmamento en recodos complicados, interrumpidos y continuados constantemente. Hubo un momento en que cesaron de subir: habían llegado a lo alto de la colina; allí desaparecieron tras el último recodo del camino.

Se oían algunas exclamaciones que lanzaba el gentío:

—Ahora dan la vuelta por detrás de la basílica.

—¡Oh! Tienen que andar aún veinte minutos antes de bajar por el otro lado.

—Sí, señora, son treinta mil; los últimos tardarán todavía una hora en salir de la gruta.

Así que arrancó la procesión, brotó de entre el sordo murmullo de la muchedumbre un cántico. Era la letanía de Bernadette, las sesenta estrofas que terminaban todas repitiendo la salutación angélica, en forma de estribillo,

con un ritmo obsesionante. Una vez terminadas las sesenta estrofas, se empezaba de nuevo. Y resonaba como un arrullo que no acababa nunca el «¡Ave, Ave, Ave María!», dejando mareado el espíritu y quebrantados los miembros, y arrastrando poco a poco a todos aquellos millares de seres hasta sumirlos en una especie de sueño despierto, en plena visión del paraíso. Por la noche, al acostarse, les parecía seguir balanceándose en sus camas, como si prosiguieran entonando aquel cántico.

—¿Nos quedamos aquí? —preguntó el señor de Guersaint, que se cansaba pronto de estar en una parte—. Todo lo que veamos de ahora en adelante será igual.

María, que se ponía al corriente de todo lo que oía a la gente, dijo a su vez:

—Pedro, tenía usted razón; lo mejor sería que nos volviésemos allá, bajo los árboles. ¡Me muero de ganas de verlo todo!

—¡Cómo no! —respondió el sacerdote—. Vamos a buscar un sitio desde donde pueda usted verlo todo. Lo difícil, ahora, es salir de aquí.

En efecto, el tropel de curiosos había formado como un muro a su alrededor. Pedro tuvo que abrirse paso con obstinación lenta, pidiendo un poco de espacio para una enferma; y entre tanto María, volviendo la cabeza, trataba de ver aún delante de la gruta la superficie inflamada, el lago de pequeñas olitas centelleantes del que fluía la procesión, sin que pareciese que se fuera a agotar jamás. El señor de Guersaint, cerrando la marcha, protegía el carrito contra las embestidas de la multitud.

Por fin, los tres se encontraron fuera del tumulto, solos. Estaban cerca de los arcos, en un paraje desierto, donde pudieron respirar unos instantes. No se oía desde allí más que la plegaria lejana, con su obstinado estribillo, ni se veía más que el reflejo de los cirios encendidos, que formaban una especie de bruma luminosa que flotaba del lado de la basílica.

—Para ver bien —dijo el señor de Guersaint— no hay como subir al Calvario. Una criada del hotel me lo ha dicho esta misma mañana. Parece que la vista desde allá arriba es fantástica.

Pero no había que pensar en ello. Pedro insistió en las dificultades.

—¿Cómo quiere usted que trepemos con el carrito hasta semejante altura? Y luego tendríamos el descenso, que sería peligrosísimo, en plena oscuridad y entre empujones.

La misma María prefería permanecer en los jardines, bajo los árboles, donde se estaba tan bien. Y echando a andar de nuevo, llegaron a la explanada, enfrente de la gran Virgen coronada, que estaba iluminada con una



aureola de lamparillas azules y amarillas que le daban un aspecto de día de feria. A pesar de ser una persona devota, el señor de Guersaint encontró aquello de un gusto execrable.

—¡Miren! —exclamó María—. Junto a esos árboles estaríamos muy bien.

Y señalaba al mismo tiempo un grupo de arbustos que había junto al Refugio de los Peregrinos. El sitio era, en efecto, excelente, porque permitía ver bajar la procesión por la rampa de la izquierda y seguirla con la vista hasta el puente nuevo, a lo largo de los prados, en un doble movimiento paralelo de ida y vuelta. Además, la proximidad del Gave daba a la vegetación una frescura exquisita. Nadie había allí, donde se gozaba de una paz infinita bajo la sombra espesa de los grandes plátanos que flanqueaban la avenida.

El señor de Guersaint se empinaba sobre las puntas de los pies, porque estaba impaciente por ver asomar los primeros cirios en el recodo de la basílica.

—No se ve nada todavía —murmuraba—. ¡Qué le vamos a hacer! Me sentaré un poco sobre la hierba. Tengo las piernas deshechas.

Entonces se preocupó de su hija.

—¿Quieres que te abrigue? Aquí hace mucho frío.

—No, papá; yo no tengo frío. ¡Me siento tan feliz! ¡Hace tanto tiempo que no respiraba un aire tan puro! Debe de haber rosaledas por aquí. ¿No percibes un aroma delicioso?

Luego, volviéndose hacia Pedro, añadió:

—Amigo mío, ¿dónde están esos rosales? ¿Los ve usted?

Como el señor de Guersaint habíase sentado junto al carrito, tuvo Pedro la idea de rondar por allí, para ver si había algún jardín de rosas. Pero fue inútil que explorase las praderas oscuras, porque no encontró sino macizos de plantas verdes. Como al volver tuviera que pasar por delante del Refugio de los Peregrinos, la curiosidad le hizo entrar.

Era una gran sala de alta techumbre, a la que daban luz por ambos lados anchas ventanas. De suelo enlosado y paredes lisas, no tenía más muebles que algunos bancos colocados a capricho en todos sentidos. Ni una mesa, ni un estrado; por lo que los peregrinos que carecían de alojamiento y no tenían más remedio que buscar refugio allí habían hecho un montón con sus canastos, paquetes y valijas, colocándolos en el alféizar de las ventanas, convertidas así en armarios de equipajes.

No había nadie en la sala; todas las pobres gentes que allí se habían albergado debían de estar en la procesión. Y a pesar de que la puerta se hallaba abierta de par en par, reinaba un olor insoportable; veíanse los muros

lentos de suciedad, y el piso estaba manchado y húmedo todavía, después de aquel espléndido día de sol, y todo cubierto de esputos, de grasa y de vino. Allí se comía y se dormía sobre los bancos, en un amontonamiento de carne sucia y harapos.

Pedro pensó que no sería de allí, desde luego, de donde vendría aquel olor a rosas... Sin embargo, dio la vuelta a toda la sala, alumbrada por cuatro lámparas humosas; creía que no había nadie en ella, cuando con gran sorpresa descubrió una forma vaga apoyada en el muro del lado izquierdo: era una mujer vestida de negro, que tenía sobre las rodillas un bulto blanco, absolutamente sola en medio de aquella soledad; no se movía para nada y miraba con los ojos muy abiertos.

Se acercó y reconoció a la señora de Vincent, que le dijo en voz baja y dolorida:

—Sí, soy yo. ¡Mi Rosa ha sufrido tanto todo el día! No ha hecho sino quejarse desde el amanecer. Y como hace cerca de dos horas que se ha dormido, no me atrevo a moverme por miedo a que se despierte y vuelva a sufrir.

Mantén su quietud de madre mártir que durante meses tenía a su hija de aquel modo, con la terca esperanza de curarla. La había llevado a Lourdes en sus brazos, en sus brazos la paseaba y en sus brazos la dormía, porque no disponía ni de una habitación ni de una cama en el hospital.

—¿De modo que la pobre enfermita no ha mejorado? —preguntó Pedro, con el corazón lacerado.

—Creo que no, señor abate; creo que no.

—Pero —continuó él— está usted muy mal en ese banco. Debiera haber hecho gestiones para no quedarse así en la calle. Estoy seguro de que en algún sitio habrían acogido a su hijita.

—¿Para qué, señor abate, para qué? Está bien en mi regazo. Además, no me habrían permitido estar siempre a su lado, como estoy ahora. ¡No! Prefiero tenerla conmigo, de este modo; me parece que esto acabará por sanarla.

Dos gruesas lágrimas rodaron por su rostro inmóvil. Siguió hablando con voz apagada:

—No es que no tenga dinero. Cuando salí de París me quedaban un franco y cincuenta céntimos, y no he gastado más que un franco. A mí me basta con un pedazo de pan, y este mi angelito no puede beber ya ni siquiera leche. Tengo, pues, lo suficiente para sostenerme hasta el regreso, y si mi hija se cura, seremos ricas, riquísimas...

Se había inclinado, y miraba a la luz incierta de la lámpara más cercana el marmóreo rostro de Rosita, que exhalaba por los labios entreabiertos un ligero soplo.

—¡Mire usted cómo duerme! ¿Verdad, señor abate, que la Virgen ha de apiadarse de ella y la curará? Ya no tenemos más que un día, pero no quiero desesperar; voy a volver a rezar durante toda la noche, sin moverme de donde estoy. Será mañana; es necesario vivir hasta mañana.

Pedro se sintió invadido por una compasión infinita.

—Sí, sí, pobre mujer, tenga usted esperanza —díjole, y se alejó de allí, temiendo a echarse a llorar él también y dejándola en el fondo de la vasta sala desierta y nauseabunda, entre los bancos en desorden, inmovilizada en su dolorosa pasión de madre, que le hacía contener el aliento por temor a que el murmullo de su pecho despertase a la enfermita. Crucificada, como estaba, oraba fervorosamente, con los labios cerrados.

Cuando Pedro volvió al lado de María, ésta le preguntó con vivacidad:

—Pero ¿y las rosas? ¿Las hay o no los hay por aquí?

No quiso Pedro entristecerla contándole lo que acababa de ver.

—No; he explorado todos los alrededores y no he encontrado rosal alguno.

—¡Es extraño! —exclamó ella pensativa—. Con lo suave y penetrante que es esta fragancia. También usted la nota, ¿verdad? Ahora mismo me llega con una fuerza extraordinaria, como si todas las rosas del paraíso floreciesen esta noche aquí cerca.

La interrumpió una ligera exclamación de su padre. El señor de Guersaint se había puesto de pie, al ver que aparecían en lo alto de las rampas, a la izquierda de la basílica, algunos puntos luminosos.

—Por fin, ahí están.

En efecto, era la cabeza de la procesión, que aparecía. Inmediatamente hormiguearon los puntos luminosos, alineándose en una doble hilera oscilante. Las tinieblas lo velaban todo; aquello parecía producirse a gran altura, como si saliera de las negras profundidades de lo ignoto. Al mismo tiempo volvió a empezar el cántico, la plegaria obsesionante; pero venía de tan lejos, era tan ingrúvida, que no parecía sino el leve rumor de la ráfaga que agitaba los árboles próximos.

—Ya lo decía yo —murmuró el señor de Guersaint—; para verlo todo había que situarse en el Calvario.

Volvía a su primitiva idea con una obstinación de niño, lamentándose de que hubieran elegido el peor de los sitios.

—Pero, papá, ¿por qué no subes tú solo al Calvario? Todavía estás a tiempo. Pedro se quedará conmigo.

Y añadió con una sonrisa:

—Vete, que nadie me raptará.

Él se negaba, pero de pronto cedió, porque era incapaz de resistir al impulso de sus deseos.

—No se muevan; espérenme debajo de estos árboles. Les contaré todo lo que vea desde allá arriba.

Pedro y María se quedaron solos en aquel rincón oscuro y solitario en que se percibía el aroma de las rosas sin que hubiese en las proximidades ni un rosal. No hablaron ni uno ni otra, mirando cómo descendía la procesión, en un deslizamiento suave y continuo.

Era como una doble hilera de estrellas temblorosas que iba surgiendo a la izquierda de la basílica, y que seguía luego la rampa monumental, cuyas curvas iba dibujando. A aquella distancia no se veía aún a los peregrinos que enarbolaban los cirios: no había más que luces que se movían disciplinadamente, trazando en la oscuridad líneas correctas. Los monumentos mismos se distinguían en la noche azul confusamente, mostrándose apenas como un espesamiento de tinieblas. Pero, poco a poco, a medida que aumentaba el número de cirios, se iban iluminando las líneas arquitectónicas, las esbeltas aristas de la basílica, los arcos ciclópeos de las rampas, la fachada compacta y achaparrada del Rosario. Aquel río ininterrumpido de chispas vivas que corría y corría sin prisa, con obstinación de ola desatada a la que nada puede oponerse, llegaba como una aurora, como una niebla luminosa que surgía y se desparramaba, extendiéndose hasta bañar todo el horizonte con su gloria.

—¡Mire usted, mire usted, Pedro! —repetía María con alegría infantil—. Siguen y siguen. ¡No se acaban nunca las luces!

En efecto, allá arriba aparecían bruscamente las pequeñas claridades, con una regularidad mecánica, como si todo aquel polvillo de sol manase de una fuente celeste e inagotable. La cabeza de la procesión acababa de llegar ya a los jardines, a la altura de la Virgen coronada, de manera que la doble hilera de llamas sólo dibujaba hasta entonces la curva de los techos del Rosario y la de la gran rampa de acceso. Pero la aproximación de la multitud se hacía sentir por una vibración en la atmósfera, por un soplo vivo que venía de lejos, y sobre todo por las voces que aumentaban y el himno de Bernadette, que se inflaba con un clamor de marea ascendente que rodaba, bramando a intervalos

aquel estribillo: «¡Ave, Ave, Ave María!», en un encrespamiento rítmico, cada vez más alto.

—Se mete en la carne este estribillo. Me parece que todo mi cuerpo lo canta.

María se sonrió de nuevo con su expresión infantil.

—Es verdad; también a mí me sigue por todas partes, y hasta en sueños lo oía la otra noche. Esta noche se apodera de nuevo de mí, y es como si me estuviera meciendo por encima del mundo.

Tras leve pausa, añadió:

—Ahí los tenemos de nuevo, frente a nosotros.

La procesión siguió entonces por la larga avenida recta; luego, doblando por la Cruz de los Bretones, bajó nuevamente por la otra avenida recta. Necesitó más de un cuarto de hora para ejecutar esta maniobra. Y ahora la doble hilera dibujaba dos largos guiones de llamas paralelos, coronados por una figura de sol triunfante. La maravilla constante la constituía el avance ininterrumpido de aquella serpiente de fuego, cuyos anillos de oro reptaban tan suavemente por la tierra negra, desenrollándose, sin que se viera nunca la extremidad de su cuerpo infinito. Varias veces debieron de producirse empujones, porque las líneas cedían, como si estuvieran a punto de romperse; pero el orden se restablecía, reanudándose el deslizamiento con pausada regularidad. Parecía como si hubiese en el cielo menos estrellas; era como si hubiera caído de lo alto una vía láctea, en un torbellino de polvillo de mundos, y que continuaba sobre la tierra la ronda astral. Una claridad azul lo llenaba todo, y no había sino cielo; los edificios y los árboles adquirían apariencia de sueño a la luz misteriosa de aquellos millares de cirios cuyo número aumentaba siempre.

María ahogó un suspiro de admiración; ya no encontraba palabras, y repetía:

—¡Qué hermoso es todo esto, Dios mío; qué hermoso es todo esto!

Desde que la procesión comenzó a desfilar a algunos pasos de distancia de donde ellos estaban, había dejado de ser únicamente una marcha rítmica de estrellas sin mano alguna que las llevase. Distinguíanse ahora en la corriente luminosa los cuerpos, y al pasar por delante reconocían por momentos a los peregrinos portadores de cirios. A la primera que conocieron fue a la Grivotte, que había querido tomar parte en la ceremonia, a pesar de lo avanzado de la hora, y exageraba su curación, repitiendo una y otra vez que nunca se había sentido tan bien como entonces; caminaba con sus maneras exaltadas de danzarina, a pesar de que el fresco de la noche le causaba escalofríos.

Después aparecieron los Vignerons, con el padre a la cabeza; llevaba muy en alto su cirio, e iban tras él la señora de Vignerons y la señora de Chaise, que arrastraba sus cansadas piernas; mientras el pequeño Gustavo, extenuado, tenía la mano derecha cubierta de cera. Todas las enfermas que podían andar estaban allí; entre otras, Elisa Rouquet, que cruzó como una aparición de condenada, con su cara descubierta y roja. Muchos pasaban riendo, y Sofía Couteau, la niña curada milagrosamente el año anterior, caminaba distraída, jugando con su cirio como si fuese un bastón. Y luego cabezas y más cabezas que se sucedían unas tras otras, sobre todo cabezas de mujer, de una plebeya vulgaridad algunas, magníficamente expresivas otras, cabezas que se entreveían por espacio de un segundo y desaparecían enseguida entre aquella iluminación fantástica.

El desfile no concluía nunca. Aún reconocieron en una sombra negra, menuda y discreta a la señora de Maze, a quien no habrían advertido si no alzara en aquel instante su rostro pálido, inundado de lágrimas.

—Fíjese usted —dijo Pedro a María—; las primeras luces de la procesión llegan ya a la plaza del Rosario, y estoy seguro de que la mitad de los peregrinos todavía sigue estacionada delante de la gruta.

María levantó los ojos. Allá arriba, en efecto, vio surgir del ángulo izquierdo de la basílica otras luces, con regularidad y sin descanso, con esa especie de movimiento mecánico que parecía no había de detenerse nunca.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Cuántas almas en pena! ¿Verdad que cada llamita es un alma que sufre y se liberta?

Pedro tenía que inclinarse para oírla, porque el cántico, la plegaria dolorida de Bernadette, los aturdió desde que la ola humana pasaba tan cerca. Las voces estallaban en un vértigo creciente, las estrofas se iban mezclando poco a poco, porque cada grupo de la procesión cantaba la suya, con voz de poseídos que ya no escuchaban sino a sí mismos. Era un inmenso y confuso clamor, el desesperado clamor de una muchedumbre a la que el ardor de su fe acaba por emborrachar. Y siempre el mismo estribillo, el «¡Ave, Ave, Ave María!», que refluía, que lo dominaba todo con su obsesionante ritmo frenético.

De repente, Pedro y María se quedaron sorprendidos al ver ante ellos al señor de Guersaint.

—Hijos míos, no he querido demorarme mucho tiempo allá arriba; he cortado dos veces la procesión para poder pasar. ¡Qué espectáculo! Les aseguro que es la primera cosa verdaderamente hermosa a que he asistido desde que estoy aquí.

Y se puso a describir la procesión, vista desde el Calvario.

—Imagínense ustedes, hijos míos, otro cielo aquí abajo, como un reflejo del cielo de allí arriba, pero un cielo con una sola constelación gigantesca que abarcase el universo entero. Este semillero de astros parece esfumarse allá a lo lejos, en profundidades oscuras. La corriente de fuego dibuja la figura de una custodia, sí, de una verdadera custodia: la base serían las rampas; el tronco, las dos avenidas paralelas, y la hostia, el espacio redondo cubierto de césped que las corona. Es una custodia de oro resplandeciente, que refulge en el fondo de las tinieblas con un constante chisporroteo de estrellas que se van moviendo. Una custodia, y nada más, una custodia gigantesca y soberana. En verdad, jamás he visto nada más extraordinario.

Movía los brazos, estaba fuera de sí, y toda su emoción de artista se desbordaba.

—Papá —le dijo cariñosamente María—, puesto que estás ya de vuelta, harías bien en ir a acostarse. Son cerca de las once, y ya sabes que tienes que salir a las tres de la mañana.

Y para que se decidiese, añadió:

—¡Estoy tan contenta de que hagas esa excursión! Pero vuelve temprano, mañana por la tarde. Ya verás, ya verás.

No se atrevió a asegurarle rotundamente que se curaría.

—Tienes razón —dijo el señor de Guersaint, tranquilizándose—; voy a acostarme. Me quedo tranquilo sabiendo que tienes a Pedro a tu lado.

—Pero —exclamó ella— es que no quiero que Pedro se desvele. Dentro de un rato me llevará a la gruta y luego irá a reunirse contigo. Yo no tendré necesidad de nadie, pues cualquier camillero se prestará a llevarme al hospital mañana por la mañana.

Pedro guardaba silencio. Después se limitó a decir:

—No, no, María; yo me quedo aquí. Pasaré la noche en la gruta, igual que usted.

María abrió la boca para insistir, para convencerle, pero Pedro había hablado con tal dulzura y ella había adivinado en sus palabras un ansia tan dolorosa de felicidad, que guardó silencio, conmovida hasta el fondo de su alma.

—En fin, hijos míos —siguió diciendo el padre—; arréglense ustedes. Yo sé que son muy razonables. Buenas noches, pues, y no se preocupen por mí.

Besó largamente a su hija y tomó con sus manos las del joven sacerdote, después de lo cual se perdió entre las apretadas filas de la procesión, que tuvo que atravesar de nuevo.

María y Pedro se quedaron solos, en su rincón sombrío y solitario, debajo de los árboles corpulentos, ella sentada en el interior del carrito, y él arrodillado sobre la hierba, con el codo apoyado en una de las ruedas. Fue aquél un momento delicioso. Seguía el desfile de los cirios y se agrupaba toda la gente, girando en la plaza del Rosario. Lo que más le admiraba era que no parecía quedar nada bajo el cielo de Lourdes de la tumultuosa agitación del día. Se hubiera dicho que un viento purificador emanado de las montañas había barrido el olor de aquellas comidas fuertes, las alegrías gastronómicas del domingo, toda aquella polvareda ardiente y apestosa de día de feria que flotaba sobre la ciudad. No había sino un firmamento inmenso, lleno de estrellas purísimas; la frescura del Gave era deliciosa, y las brisas errantes traían perfumes de flores silvestres. Lo infinito del misterio se diluía en la paz soberana de la noche, y de la densa materia no quedaban sino aquellas llamas de los cirios comparadas por su compañera a almas en pena en camino de salvación. Todo producía una sensación exquisita de sosiego y de esperanza ilimitada. Desde que estaba allí, los desagradables recuerdos de esa tarde, los apetitos voraces, la simonía descarada, aquella antigua ciudad halagada y prostituida, se habían ido borrando de su imaginación, para dar paso únicamente a una divina sensación de alivio, en esa noche tan hermosa, en la que se bañaba todo su ser como en un agua de resurrección.

María, penetrada también por una infinita dulzura, murmuró:

—¡Cómo gozaría Blanca si viese todas estas maravillas!

Pensaba en su hermana, que se había quedado en París, entregada al trajín de su duro oficio de institutriz, siempre a la caza de alumnos, y de la que no había dicho una palabra desde su llegada a Lourdes. Al recordar a su hermana sintió María resurgir inesperadamente todo su pasado.

María y Pedro volvían a vivir, silenciosamente, los días de su infancia, los juegos de otros tiempos, allá en el jardín de sus casas, apartadas sólo por una cerca. Vino luego la separación, cuando Pedro entró en el seminario y se despidió de ella con un beso en las mejillas, con lágrimas ardientes y jurando que no la olvidaría nunca. Pasaron los años, y volvieron a encontrarse siempre separados el uno del otro, sacerdote él, inmovilizada ella por la enfermedad, perdida toda esperanza de llegar a ser mujer. Esa era toda la historia de ambos: una ardiente ternura largo tiempo ignorada, luego la ruptura total, como si ya hubiesen muerto, aunque viviesen tan cerca el uno del otro. Volvían ahora a ver la habitación pobre donde la hermana mayor esforzándose por llevar a ella un poco de bienestar dando lecciones; la habitación pobre de donde habían salido con rumbo a Lourdes, después de tantas dificultades, de



tantas discusiones, de las dudas de Pedro, de la fe ardiente de María, que finalmente había triunfado. Y era realmente una cosa deliciosa el encontrarse de nuevo juntos, solos, en aquel rincón de tinieblas, en aquella noche admirable, cuando eran tantas las estrellas que se veían sobre la tierra como en el cielo.

María había guardado hasta entonces un alma de niña, un alma inocente, como decía su padre, la mejor y la más pura. Herida por el mal desde la edad de trece años, no había envejecido. Ahora que tenía veinticuatro, seguía siendo la niña de trece años, infantil, replegada en sí misma, aplastada bajo la catástrofe que aniquilaba. Esto se veía en sus ojos ávidos, en su expresión de ausencia, en su aire de persona obsesionada, en la incapacidad en que se encontraba de querer ninguna cosa. Sin embargo, no había alma de mujer más sencilla que la suya; se había detenido en su desarrollo, y seguía siendo una chica prudente que, en el despertar de sus pasiones, se contenta con un beso afectuoso en la mejilla. No había otra novela en su vida que aquel adiós lleno de lágrimas dado a su amigo, y que había bastado durante diez años para llenar su corazón. Durante los días interminables pasados en su mísero lecho, no había ido más allá de este sueño; que, si ella hubiese sido como debía, Pedro no se habría hecho sacerdote, para poder seguir viviendo en su compañía. No leía nunca novelas. Los libros piadosos que le permitían leer la mantenían en la exaltación de un amor sobrenatural. Hasta los ruidos del exterior venían a morir en la puerta de la habitación donde ella vivía enclaustrada; en otro tiempo, cuando la llevaban de un extremo a otro de Francia, de una estación balnearia a otra estación balnearia, cruzaba por entre las multitudes como una sonámbula que no ve ni oye nada, poseída por la idea fija de su decadencia, del impedimento que trababa su desarrollo sexual. De ahí nacían su pureza, su alma infantil, que hacían de ella una criatura doliente y encantadora que crecía en la tristeza de su carne embotada para el amor, en tanto que su corazón guardaba el sueño lejano, el amor inconfesado de los trece años.

La mano de María buscó en medio de la oscuridad la mano de Pedro, y cuando la encontró, porque ella también venía a su encuentro, la oprimió un largo rato. ¡Qué alegría! Nunca habían sentido una satisfacción tan pura y tan perfecta como la de encontrarse juntos de aquella manera, lejos del mundo, en el soberano encanto de la oscuridad y del misterio. Alrededor de ellos no había más que aquella danza de estrellas. Los cánticos arrulladores eran como el vértigo mismo, todo alas, que los arrebatava. Y ella estaba segura de que sería curada al día siguiente, después de pasar una noche de embriaguez

delante de la gruta; esto constituía una convicción absoluta. Se haría oír de la Santa Virgen, la obligaría a ceder en cuanto se encontrase sola y le implorara cara a cara.

Entendía perfectamente lo que Pedro quería decirle hacía un instante, cuando había manifestado su deseo de pasar él también toda la noche delante de la gruta. Era, sin duda, que también él quería intentar un supremo esfuerzo de creyente, arrodillándose como un niño pequeño para suplicar a la Madre que todo lo puede que le devolviese su fe perdida. Ahora mismo, sin que necesitaran seguir hablando, se repetían estas cosas con las manos entrelazadas. Se hacían la promesa de rogar el uno por el otro, se dejaban ir hasta perderse el uno dentro del otro, con un deseo tan ardiente de ser curados, de conseguir su mutua felicidad, que llegaron un instante hasta tocar el fondo del amor que se entrega y se inmola. Fue un divino goce.

—¡Qué noche más azulada, qué oscuridad infinita! —murmuró Pedro—. ¡Parece esfumarse en ella la fealdad de las gentes y de las cosas! ¡Qué paz inmensa y fresca, como para que se durmiese en ella mi duda!

Su voz se extinguía. María dijo a su vez, en voz muy baja:

—Otra vez las rosas, el aroma de las rosas. ¿No lo percibe, amigo mío? ¿Dónde estarán, que no ha podido verlas usted?

—Sí, sí, lo noto; pero no hay rosas. Las habría encontrado, si hubiese habido, porque las he buscado mucho.

—Pero ¿cómo puede usted decir que no hay rosas, cuando todo el aire está embalsamado con su aroma, cuando nos envuelve su perfume como en un baño? Mire usted; hay momentos en que es tan penetrante ese perfume que me siento desfallecer del gozo de aspirarlo. Seguramente que hay rosas innumerables a nuestros pies.

—No las hay; se lo juro. He mirado por todas partes, y no hay tales rosas. A menos que sean invisibles, o que huela a rosas esta hierba que estamos pisando, estos árboles corpulentos que nos rodean; a menos que su aroma salga de debajo de la tierra, o del torrente que está ahí cerca, o de los bosques y de las montañas.

Callaron un instante. Luego, María exclamó en voz baja:

—¡Qué bien huelen, Pedro! Me imagino que nuestras dos manos enlazadas son como un ramo de flores.

—Sí, qué bien huelen. Pero ahora el perfume brota de usted, María, como si sus cabellos fuesen rosas recién abiertas.

Y no hablaron más. La procesión seguía desfilando; en el recodo de la basílica continuaban apareciendo chispas vivas, que brotaban de la oscuridad

como de un manantial inagotable. El chorro inmenso de llamas en marcha, formando un doble anillo, rayaba la sombra como con una cinta de fuego. Pero el espectáculo se encontraba sobre todo en la plaza del Rosario, donde la cabeza de la procesión, continuando su lenta evolución, se replegaba sobre sí misma, en un círculo cada vez más estrecho, en una espiral obstinada que acababa de aturdir a los peregrinos, rendidos de fatiga y exasperados por los cánticos.

Bien pronto la ronda no fue más que una masa ardiente, un núcleo de nebulosa alrededor del cual se enroscaba la cinta de ascua, cuya extremidad parecía que no hubiera de terminar jamás, núcleo que se iba ensanchando hasta convertirse en laguna y finalmente en lago. Toda la ancha plaza del Rosario se transformaba en un mar de llamas que agitaba sus pequeñas olas centelleantes, en el vértigo de aquel torbellino sin fin.

Un reflejo de aurora blanqueaba la basílica. El resto del horizonte estaba sumido en una oscuridad profunda. Sólo se veían fuera de allí algunos pocos cirios extraviados que parecían luciérnagas que buscan su camino con la ayuda de su pequeña linterna. Alguna cola vagabunda de la procesión debía de haber subido al Calvario, porque también allá arriba, en el cielo inmenso, iban y venían algunas estrellas. Llegó al fin un momento en que se dejaron ver las últimas llamas ondulantes. Treinta mil cirios ardían allí, girando siempre, atizando su chisporroteo, bajo la paz inmensa del cielo, donde palidecían los astros. Un vapor luminoso ascendía con el cántico, cuya obsesión no cesaba. Y el clamoreo de las voces, con los «¡Ave, Ave, Ave María!», era como el crepitar de aquellos corazones abrasados que se consumían en plegarias, pidiendo la salud del cuerpo y la salvación del alma.

Uno a uno, los cirios se habían ido apagando; la noche volvía a reinar soberana, negrísima y llena de serenidad. Pedro y María notaron que aún estaban allí, ocultos en el misterio de los árboles, tomados de la mano. A lo lejos, en las calles oscuras de Lourdes, no se veían ya sino peregrinos desorientados que, ansiosos de descanso, preguntaban la dirección de sus casas. Atravesaban la sombra leves rumores, todo lo que vaga y se adormece después de un día de fiesta. Pero ellos, silenciosos y extáticos, no se movían, deliciosamente felices en medio del perfume de las rosas invisibles.

## IV

**P**edro arrastró el carrito de María hasta llegar delante de la gruta y lo instaló lo más cerca posible de la verja. Era más de medianoche; había todavía allí unas cien personas, algunas sentadas en los bancos y la mayoría de rodillas, como abismadas en la oración. Desde afuera resplandecía la gruta, llameante de cirios; era como una capilla ardiente en que no se podía distinguir otra cosa que aquel polvillo de oro de estrellas, del que emergía, en su nicho, la estatua de la Virgen, de una blancura de ensueño. Las plantas colgantes tenían un brillo de esmeralda, y el millar de muletas de que estaba tapizada la bóveda parecía una inextricable red de madera muerta, próxima a retoñar otra vez.

Aquel resplandor vivísimo hacía más negra la oscuridad de la noche; las proximidades estaban sumergidas en una negrura espesa, en la que todo se borraba: las paredes y los árboles, y sólo se oía, bajo aquel cielo entenebrecido, recargado con una pesadez de tormenta, el continuo estruendo del Gave.

—¿Se encuentra usted bien, María? —preguntó Pedro amablemente—. ¿No tiene frío?

La había visto estremecerse. Pero no era sino el airecillo del más allá, que le parecía que soplaba de la gruta.

—¡No, no; estoy muy bien! Pero póngame el chal sobre las rodillas. Muchas gracias, Pedro; y no se preocupe por mí; no necesito ya de nadie, puesto que estoy con Ella.

Su voz desfallecía; caía ya en éxtasis, con las manos juntas, los ojos elevados hacia la estatua blanca, en una transfiguración beatífica de todo su pobre rostro demudado.

Sin embargo, Pedro se quedó todavía algún rato junto a ella. Hubiera querido envolverla en el chal, porque veía temblar sus manos enflaquecidas, pero temió contrariarla y se limitó a arrimarle las ropas al cuerpo, como a una niña. Ella no le veía ya, apoyada con los codos en los bordes de su carretón.

Había allí cerca un banco, y acababa Pedro de sentarse en él cuando sus ojos se posaron en una mujer que estaba arrodillada en la penumbra. Vestía de negro, y aparentaba tanta discreción, tanta humildad, que no la reconoció en el primer momento, de tal manera se confundía con las tinieblas. Pero enseguida adivinó que era la señora de Maze. Recordó la carta que había

recibido aquel mismo día, y la compadeció; comprendió el abandono de aquella mujer solitaria, que no tenía que curar ninguna llaga física, y que había ido allí únicamente para pedir a la Virgen que aliviase las penas de su corazón, convirtiendo a su infiel marido. La carta debía contener alguna respuesta dura, porque la pobre mujer parecía completamente anonadada; tenía la cabeza inclinada hacia el suelo con humildad de pobre animal azotado. Sólo se olvidaba de sí misma allí, durante la noche, feliz de desaparecer y poder llorar a solas durante horas enteras, sufriendo su martirio, implorando el retorno de las caricias perdidas, sin que nadie sospechase cuál era su doloroso secreto. Ni siquiera movía los labios: era su corazón desgarrado el que rezaba, el que reclamaba desesperadamente su parte de amor y de felicidad.

También Pedro sentía que le secaba la garganta aquella sed inextinguible de felicidad que los llevaba allí a todos, a los enfermos del cuerpo y del alma, a los que sentían el ardiente anhelo de gozar de la vida. Hubiera querido caer de rodillas, pedir la ayuda divina, con la misma humilde fe que aquella mujer. Pero sentía que sus miembros estaban como trabados y que le resultaba difícil dar con las palabras necesarias. Fue para él un verdadero alivio sentir que una mano le tocaba suavemente en el hombro.

—Señor abate, venga usted conmigo, si no conoce la gruta. Le situaré a usted dentro de ella; se está muy bien allí a esta hora.

Pedro levantó la cabeza y reconoció al barón de Suire, director de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud. Evidentemente, aquel hombre bondadoso y llano le había tomado afecto. Aceptó y le siguió a la gruta, en la que no había nadie. El barón, una vez dentro, volvió a cerrar la verja, cuya llave tenía.

—Como le dije, señor abate, ésta es la hora en que se encuentra uno bien aquí. Yo, cuando vengo a pasar en Lourdes unos días, es raro que me acueste antes del amanecer, porque tengo la costumbre de acabar aquí la noche. No hay nadie, está uno completamente solo y a gusto, como en la casa misma de la Santa Virgen.

Sonreía bonachonamente, y hacía los honores de la gruta como visitante habitual, como hombre un poco debilitado por la edad y que siente una verdadera afición por aquel rincón encantador. Por lo demás, a pesar de su intensa devoción, no se sentía allí cohibido, sino que hablaba y daba toda clase de explicaciones con la familiaridad de un hombre que está seguro de su amistad con el cielo.

—Observe usted estos cirios. Hay cerca de doscientos ardiendo a un tiempo, noche y día, y eso acaba por entibiar el aire aquí dentro. En invierno se está calentito.

Pedro, en efecto, se ahogaba un poco, con aquel tibio olor de cera. Deslumbrado por la viva claridad en que penetraba, miraba el gran candelabro central, en forma de pirámide, erizado de diminutos candeleros, semejante a un árbol refulgente, constelado de estrellas. Al fondo, a ras del suelo, había un candelabro horizontal en que ardían los cirios gruesos en línea; parecían los tubos de un órgano, de altura desigual, y algunos tenían el grosor de un muslo. Había otros gruesos candelabros colocados en los salientes de la roca. La bóveda de la gruta era más baja hacia el lado izquierdo, y la piedra estaba allí como recocida y tiznada por aquellas eternas llamas que la caldeaban desde hacía años y años. La cera caía continuamente como imperceptible nevada y chorreaba de las arandelas de los candelabros, como capa de polvo que se hacía cada vez más espesa; toda la roca estaba untada de cera y grasienta al tacto, y, sobre todo, el piso estaba tan encerado que ya se habían producido accidentes, por lo que hubo necesidad de cubrirlo con esteras para evitar los resbalones.

—Fíjese en esos cirios tan gruesos —continuó explicando con su amabilidad característica el barón Suire—; son los más caros: cuestan sesenta francos y tardan un mes en consumirse. Los más pequeños, que cuestan veinticinco céntimos, duran sólo tres horas. Puede usted creerme que no los economizamos y que nunca se agotan las existencias. Vea usted aquí mismo dos canastas llenas que no ha habido tiempo de llevar al depósito.

Enseguida se puso a detallar el mobiliario: un armonio, cubierto con una funda; una cómoda, de grandes cajones, en la que se guardaban las vestiduras litúrgicas; bancos y sillas reservados para el público privilegiado, al que se permitía permanecer allí durante las ceremonias religiosas, y finalmente, un bellissimo altar portátil, revestido de plata dorada, ofrenda de una gran señora, altar utilizado solamente en las peregrinaciones muy solemnes, por temor de que lo estropease la humedad.

Pedro se sentía molesto por aquella charla. Su emoción religiosa perdía con aquello su encanto. A pesar de su falta de fe, al entrar en la cripta había experimentado cierta turbación, una especie de vacilación, como si estuviese a punto de serle revelado el misterio. Era un estado espiritual de tensión ansiosa y de emoción placentera a la vez. Veía cosas que le emocionaban infinitamente: montones de ramos de flores depositados al pie de la Virgen, exvotos infantiles, zapatitos usados, un coselete de hierro, una muleta de

muñeca, que parecía un juguete. Al pie de la ojiva natural en que se produjo la aparición, en el sitio en que los peregrinos frotaban los rosarios y las medallas que querían conservar, la roca estaba roída y pulimentada. Millones de bocas ardorosas se habían posado allí, con tal vehemencia amorosa que habían llegado a calcinar la piedra, veteadas de negro y brillante como un mármol.

Pedro se paró al llegar al fondo, delante de un hueco en que había un montón considerable de cartas y papeles de toda clase.

—¡Me olvidaba! —exclamó el barón Suiree dando una viva entonación a su voz—. He aquí lo más interesante de todo. Son cartas que los fieles echan diariamente en la gruta, a través de la verja. Las recogemos y las colocamos ahí; yo mismo me entretengo durante el invierno en revisarlas. Comprenderá usted que no es posible quemarlas sin abrirlas antes, porque frecuentemente contienen dinero, monedas de medio franco, un franco y, sobre todo, estampillas postales.

Mientras decía esto, revolvía las cartas, tomaba algunas al azar, mostraba el sobre y las abría para leerlas. Casi todas eran cartas de pobres gentes ignorantes, con la dirección: «A Nuestra Señora de Lourdes», escrita en letras gordas e irregulares. Muchas contenían peticiones o agradecimientos, expresados en frases incorrectas, de una ortografía horrible; y nada más conmovedor que el tono de aquellos ruegos: la salvación de un hermano enfermo, el fallo favorable de un pleito, la fidelidad de un amante, la realización de un compromiso matrimonial. Otras cartas eran de resentimiento y se formulaban en ellas quejas a la Santa Virgen por no haberse dignado siquiera contestar a la primera carta, colmando los deseos del firmante. Había otras de escritura más fina, de fraseología cuidada, que contenían confesiones, plegarias fervientes, almas de mujer que escribían a la Reina de los Cielos lo que no se atrevían a decir al sacerdote en la penumbra del confesonario.

El último sobre que abrieron traía simplemente una fotografía: una muchachita enviaba a Nuestra Señora de Lourdes su retrato con esta dedicatoria: «A mi bondadosa Madre». Era, en suma, la correspondencia de una poderosísima reina, que llegaba todos los días, trayéndole súplicas y confidencias, a las que ella debía contestar con gracias y beneficios de toda especie. Las monedas de medio franco y de un franco eran simplemente una ingenua prueba de amor, para hacerla más propicia; en cuanto a los sellos postales, era seguramente la manera más cómoda de enviar el dinero, aunque también podían ser manifestaciones de pura inocencia, como en la carta de una campesina, que decía en la posdata que incluía el sello para la contestación.

—Le aseguro a usted —terminó diciendo el barón— que hay cartas verdaderamente encantadoras, mucho menos triviales de lo que pudiera creerse. Durante tres años me he encontrado yo con la interesantísima correspondencia de una señora que le contaba a la Virgen todo cuanto ella hacía. Era una señora casada, que sentía una peligrosa pasión por un amigo de su marido. Pues bien, señor abate, ella consiguió triunfar mediante la ayuda de la Santa Virgen, que le envió el cinturón de castidad, la fuerza sobrenatural para resistir a su corazón.

Cambió bruscamente de conversación para decir:

—¡Pero venga usted a sentarse, señor abate! ¡Ya verá qué bien se está aquí!

Pedro fue a sentarse al lado del barón, en el banco de la izquierda, en el sitio en que la roca era más baja. Era aquél, en efecto, un rincón de paz delicioso. Ya no habló ninguno de los dos; reinaba un profundo silencio. De pronto, Pedro oyó a sus espaldas un murmullo confuso, una débil voz cristalina que parecía venir de lo invisible. Hizo un movimiento, que el barón Suire comprendió al punto.

—Lo que usted oye es el manantial. Brota ahí, detrás de este enrejado. ¿Quiere usted verlo?

Y sin esperar siquiera a que Pedro dijese que sí, se inclinó para abrir una de las escotillas que lo protegían, haciéndole observar que se tomaba la precaución de cerrarla de aquella manera por temor a que los incrédulos arrojasen allí algún veneno.

Esta fantástica suposición dejó un instante estupefacto al sacerdote; pero acabó atribuyéndola al barón, quien en verdad tenía mucho de niño.

Mientras tanto el barón se esforzaba por abrir el candado, sin lograrlo.

—¡Qué cosa más extraña! —murmuraba—. La palabra es Roma, y tengo la seguridad de que nadie la ha cambiado. La humedad acaba por pudrirlo todo. Cada dos años nos vemos obligados a cambiar las muletas que usted ve allá arriba, y que se caen hechas polvo. Haga el favor de alumbrarme con un cirio.

Pedro le alumbró con un cirio que había sacado de uno de los candelabros, y el barón consiguió al fin abrir el candado de cobre, corroído por el cardenillo. El quarterón enrejado giró, quedando a la vista el manantial. Era un chorro de agua límpida, sin efervescencia, que brotaba lentamente de una piedra cubierta de barro; parecía surgir de una superficie bastante extensa. El barón le explicó que habían tenido que canalizarla para llevar el agua hasta las fuentes por una tubería revestida de cemento. Confesó también que no había



habido más remedio que excavar un poco detrás de las piscinas para recoger en él el agua durante la noche, porque el escaso caudal del manantial no hubiera bastado para las necesidades diarias.

—¿Quiere usted probarla? —preguntó bruscamente—. Aquí, al brotar de la tierra, es aún mejor.

Pedro no contestó y se quedó contemplando aquella agua tranquila, inocua, que tomaba reflejos de oro bajo la luz vacilante del cirio. Cayeron en ella algunas gotas de cera, que hicieron vibrar levemente su superficie. Y pensó en todo el misterio que arrastraba desde las vertientes lejanas de las montañas.

—¡Beba usted un vaso!

El barón llenó, sumergiéndolo en el agua, un vaso que había siempre allí, y el sacerdote no tuvo más remedio que beberse. Era una excelente agua pura, el agua transparente y fresca que corre de todas las altas mesetas de los Pirineos.

Volvió a cerrar el candado y tomaron de nuevo asiento en el banco de roble. Pedro continuaba oyendo a sus espaldas, de cuando en cuando, el manantial, con su tenue susurro de pájaro oculto. Luego el barón se puso a hablarle acerca de la gruta, en las diversas estaciones del año, al través de las variaciones de la temperatura, con una locuacidad enternecida, llena de detalles pueriles.

El verano era la estación brutal, la de las multitudes forasteras de las grandes peregrinaciones y del fervor bullicioso de los miles de peregrinos que acudían para rezar y chillar a un mismo tiempo. Pero con el otoño llegaban las lluvias, unas lluvias torrenciales que azotaban la entrada de la gruta durante días y días; llegaban entonces las peregrinaciones de tierras lejanas: los indios, los malayos y hasta los chinos, en grupos poco numerosos, silenciosos y extáticos, que se arrodillaban en el barro, a una señal de los misioneros.

De todas las antiguas provincias de Francia, la de Bretaña era la que enviaba las peregrinaciones más devotas: parroquias enteras llegaban, en las que abundaban los hombres tanto como las mujeres, y cuya compostura piadosa, hecha de fe sencilla y respetuosa, servía para edificación de las gentes. Luego llegaba el invierno, en el mes de diciembre, con sus fríos terribles y sus copiosas nevadas, que cegaban el camino de las montañas. Algunas familias se recluían entonces en el interior de los hoteles desiertos, pero no faltaban fieles que acudían todas las mañanas a la gruta; eran los amantes del silencio, que deseaban hablar a la Virgen en la tierna intimidad de la soledad. Había algunos entre ellos a quienes nadie conocía, que

aparecían así que estaban seguros de que no había nadie más que ellos para prosternarse y para amar, como amantes celosos, y que se alejaban luego de allí, amedrentados, a la primera amenaza de la multitud. ¡Y qué agradable era estar allí durante el mal tiempo invernal! Lloviera, hiciera viento o nevara, la gruta llameaba siempre. Hasta en las noches de tormenta furiosa, cuando no quedaba ni un alma, la gruta iluminaba las tinieblas, ardiendo como brasero de amor que nada era capaz de extinguir.

Contaba el barón que él había pasado, en la época de las grandes nevadas del último invierno, tardes enteras en aquel lugar, en el mismo banco donde ahora estaban sentados. Reinaba allí una suave temperatura, a pesar de que la gruta miraba al norte y el sol jamás penetraba en ella. Aquella tibia temperatura se explicaba, sin duda, por el continuo arder de los cirios, pero esta explicación no excluía la creencia en la providencia bienhechora de la Santa Virgen, que hacía reinar allí una eterna primavera. Los pajarillos no se engañaban, y cuando sentían sus patitas heladas por la nieve, se refugiaban en la gruta, revoloteando entre las hiedras, alrededor de la estatua santa.

Y llegaba finalmente el despertar de la primavera; el Gave arrastraba con fragor de trueno las nieves derretidas, los árboles reverdecían al impulso de la savia, y volvían las muchedumbres a invadir ruidosamente el santuario centelleante, ahuyentando a las avecillas del cielo.

—Créame —repetía el barón Suire—, créame que he pasado aquí, a solas, días de invierno magníficos. No he visto más que una mujer, que se arrodillaba allí, arrimada a la verja, para no poner sus rodillas en la nieve. Era muy joven, apenas si tendría veinticinco años, y era, además, hermosísima: una morena de magníficos ojos azules. No decía nada, ni siquiera parecía que rezaba, y así se estaba horas enteras, con expresión de infinita tristeza. Nunca supe quién era, ni tampoco he vuelto a verla.

Dejó de hablar, y dos minutos después Pedro, sorprendido por su silencio, se volvió para mirarlo: estaba dormido. Dormía con las manos juntas sobre el vientre, la barba apoyada en el pecho, con una vaga sonrisa, con un sueño tranquilo de niño. Cuando afirmaba que pasaba allí las noches, quería decir, sin duda alguna, que iba a echar su primer sueño de anciano feliz que se cree visitado por los ángeles.

Pedro saboreó entonces el encanto de la soledad. En verdad, la dulzura impregnaba el alma en aquel rincón de la roca. Una dulzura que resultaba del aroma un poco fuerte de la cera y del deslumbramiento extático en que se caía en medio de aquella alucinación de los cirios encendidos. Distinguía ya muy confusamente las muletas de la bóveda, los exvotos colgados de las paredes,

el altar de plata cincelada y el armonio cubierto con su funda. Invadíale una lenta embriaguez, un gradual anonadamiento de todo su ser. Experimentaba, sobre todo, la divina sensación de estar lejos del mundo viviente, en el fondo de lo increíble y de lo sobrehumano, como si aquella verja de hierro se hubiera trocado en barrera donde empezaba el infinito.

Un ruido que venía de su izquierda le alarmó. Era que el manantial seguía borboteando, borboteando siempre, con un parloteo de pajarillo. ¡Cómo hubiera querido caer de hinojos, creer en el milagro, adquirir la certidumbre obstinada de que aquella agua divina había brotado de la roca únicamente para curar a la humanidad doliente! ¿No había acudido allí para prosternarse e implorar a la Virgen que le devolviese la fe de los niños? ¿Por qué, pues, no le rezaba ahora; por qué no le suplicaba que le otorgase aquel don soberano de la gracia? Se ahogaba cada vez más; los cirios le deslumbraban hasta causarle vértigo. Y recordó entonces que se había olvidado de decir la misa desde hacía dos días, dejándose llevar por la gran libertad de que gozaban los sacerdotes en Lourdes. Se hallaba en pecado, y era tal vez este peso lo que le oprimía el corazón. Causole esto tal pesar que resolvió irse de allí. Para ello no hizo sino empujar suavemente la verja, dejando al barón Suire dormido en su banco.

María no se había movido siquiera en su carrito; seguía medio incorporada sobre los codos, con expresión de éxtasis en el rostro, dirigido hacia la Virgen.

—¿Está usted bien, María? ¿No siente frío?

La joven no contestó. Pedro le palpó las manos, que encontró tibias y suaves, aunque agitadas por un leve estremecimiento.

—No tiembla usted de frío, ¿verdad, María?

—¡No, no! ¡Déjeme! ¡Soy tan feliz! ¡Voy a verla, siento que voy a verla! ¡Ah, qué delicia!

Pedro, entonces, le subió un poco el chal y se alejó, hundiéndose en la noche, acometido por una turbación inexplicable. Saliendo de las vivas claridades de la gruta, reinaba una noche negra como tinta, un caos de tinieblas, por el que anduvo al azar. Sus ojos acabaron por habituarse en la oscuridad; se encontró cerca del Gave y siguió su orilla, a través de una avenida sombreada por árboles enormes, donde empezaba de nuevo la fresca oscuridad. Sentía alivio ahora en medio de aquellas sombras, bajo la acción de aquella fresca sedante. Y sólo le quedaba una sorpresa: la de no encontrarse arrodillado, la de no haber rezado, como María, con todas las fuerzas de su alma. ¿Qué obstáculo, pues, encontraba dentro de sí mismo?

¿De dónde procedía aquella irresistible rebeldía que le impedía volver a la fe, aun en aquellos instantes en que todo su ser, abatido, obsesionado, hubiera querido renunciar a sí mismo? Comprendía perfectamente que era su razón la que protestaba, y era tal su estado de ánimo en aquel trance, que hubiera deseado matarla, matar a aquella razón voraz que estaba devorando su vida, que no le dejaba ser feliz con la felicidad de los ignorantes y simples.

Si él presenciase un milagro, tal vez tendría la energía suficiente para creer. Por ejemplo: ¿no caería de rodillas, vencido al fin, si María se erguía de pronto ante sus ojos y se ponía a andar? Esa idea de ver a María salvada, curada, le emocionó de tal manera que se detuvo para elevar hacia el cielo, acribillado de estrellas, sus brazos temblorosos. ¡Dios de misericordia! ¡Qué magnífica noche, profunda y misteriosa, embalsamada y ligera, y qué bendición de gozo venía a ser aquella ilusión de recuperar la salud eterna, el amor eterno, siempre renaciente, como la primavera!

Continuo andando por la avenida hasta llegar a su término. Pero volvían a surgir sus dudas: el que para creer exige un milagro es incapaz de creer. No compete a Dios la prueba de su existencia. También se sentía invadido por el malestar cuando pensaba en que Dios no le escucharía mientras él no cumpliera con sus deberes de sacerdote, celebrando la misa. ¿Por qué no se dirigía inmediatamente a la iglesia del Rosario, cuyos altares estaban a la disposición de los sacerdotes de paso en Lourdes desde la medianoche hasta el mediodía? Volvió a bajar por otra avenida y se encontró de nuevo bajo los árboles, en aquel rincón lleno de vegetación desde donde él y María habían visto desfilar la procesión de las antorchas. Ninguna claridad quedaba ya de aquello; era un mar ilimitado de sombras.

Allí sintió Pedro un nuevo desfallecimiento; maquinalmente penetró en el refugio de los peregrinos, como si hubiese querido ganar tiempo. La puerta estaba abierta de par en par, aunque no por eso la ventilación era suficiente en aquella vasta sala, llena de gente. Desde que entró sintió en el rostro el pesado calor que se desprendía de los cuerpos amontonados, el olor espeso y rancio de los alimentos y de los sudores. Tan menguada luz daban aquellas linternas humeantes que tuvo que andar con cuidado para no poner el pie encima de aquellos cuerpos esparcidos; el amontonamiento era tan extraordinario que muchas personas que no habían conseguido sitio en los bancos se habían tendido en las losas húmedas, sucias de escupitajos y desperdicios desde por la mañana.

Reinaba allí una promiscuidad indescriptible: hombres, mujeres y curas se hallaban acostados en revuelta confusión, y rodaban al azar, vencidos por la

fatiga que los tumbaba, con la boca abierta, aniquilados. Muchos estaban sentados, con la espalda apoyada en la pared, y lanzaban ronquidos, con la cabeza caída sobre el pecho. Otros se habían ido deslizado hasta el suelo; sus piernas se entremezclaban; una joven yacía atravesada encima de un cura de aldea que dormía con el sueño tranquilo de un niño que sonrío a los ángeles. Aquello era un establo, en el que se cobijaban, felices, los pobres vagabundos, todos los que no tenían casa propia donde guarecerse durante aquella hermosa noche de fiesta; habían ido a parar allí, y dormían fraternalmente unos en brazos de otros.

Había algunos, sin embargo, que no hallaban descanso, debido a lo intenso de su febril excitación, y se revolvían o se levantaban para acabar con las provisiones que traían en su cesta. Veíase a otros inmóviles, con los ojos desmesuradamente abiertos, clavados en las sombras. En medio de los ronquidos, estallaban gritos de pesadilla, lamentos de dolor. Y una inmensa piedad, una sorda compasión angustiosa producía todo aquel rebaño de miserables, caídos en montón, entre la hediondez de sus andrajos, mientras sus almas puras volaban, sin duda, muy lejos de allí, al país azul de sus místicos sueños.

Pedro se retiraba ya con el corazón acongojado; pero se detuvo al oír un gemido débil y continuo. Reconoció en el mismo sitio y en la misma postura a la señora de Vincent, que mecía a Rosita sobre sus rodillas.

—¡Ay, señor abate! —murmuró ella—. Ya la oye usted; se ha despertado hace una hora, y desde entonces no ha cesado de llorar. Le juro a usted, sin embargo, que yo no he movido ni siquiera un dedo, porque me complacía enormemente verla dormir.

El sacerdote se inclinó, examinando a la pequeña, que no tenía fuerzas ni para levantar los párpados. Los quejidos se escapaban de su boca a compás de su respiración; y Pedro la vio tan blanca, que se estremeció sintiendo llegar la muerte.

—¡Dios misericordioso! ¿Qué voy a hacer yo? —prosiguió diciendo aquella madre mártir, ya sin fuerzas para resistir. Esto no puede seguir así; yo no puedo oírla llorar así. Si usted supiera todo lo que le digo: «¡Bien mío, tesoro mío, ángel mío, no llores más, sé buenita, porque la Santa Virgen te va a curar!». Pero ella sigue gimiendo.

Sollozaba la madre, y sus gruesas lágrimas caían sobre el rostro de la niña, cuyo estertor no cesaba nunca.

—Si ya amaneciese, me habría marchado de esta casa, donde además molesto a todo el mundo. Hay aquí al lado una señora anciana que se ha

incomodado. Pero temo que haga demasiado frío. ¿Y dónde voy a ir de noche? ¡Virgen Santa, Virgen Santa, ten piedad de nosotras!

Pedro, sintiendo que las lágrimas asomaban a sus ojos, depositó un beso en los cabellos rubios de Rosa y se alejó a toda prisa para no estallar en sollozos al lado de aquella madre dolorosa, dirigiéndose rectamente hacia el Rosario, como decidido a vencer a la muerte.

Ya había visto el Rosario en pleno día y le había disgustado aquella iglesia que el arquitecto, contrariado por la ubicación del sitio, metido entre las rocas, no tuvo más remedio que hacer redonda y achaparrada, con una gran cúpula sostenida por pilares cuadrados. Lo peor era que carecía de sentimientos religiosos, a pesar de su estilo bizantino arcaico. No se prestaba al misterio ni al recogimiento; parecía más bien un flamante mercado de cereales, al que la cúpula y las amplias puertas vidriadas iluminaban con luz cruda. No estaba, por lo demás, terminada: le faltaba ornamentación, los lienzos de la pared a los que estaban adosados los altares no tenían más decoración que algunas rosas de papel y unos pobres exvotos, lo cual acababa de darle aspecto de galería de pasaje, de piso enlosado, que en los días de lluvia se empapaba de humedad, como el de cualquier estación de ferrocarril. El altar mayor provisional era de madera pintada. Llenaban la rotonda central innumerables hileras de bancos; en ellos se refugiaba el público, porque podía tomar asiento allí a cualquier hora del día, pues el Rosario permanecía abierto día y noche a la muchedumbre de peregrinos. Igual que el refugio de peregrinos, aquella iglesia era el establo donde Dios acogía a sus podres.

Al entrar, Pedro volvió a sentir una sensación de pasaje cubierto atravesado por una calle. Pero a aquella hora no estaban inundadas de luz demasiado viva las paredes descoloridas; ardían en todos los altares los cirios, proyectando sombras vagas que se perdían en las bóvedas. A medianoche había habido una misa solemne con pompa desusada, entre el centelleo de luces, cánticos, ornamentos de oro y la humareda de los incensarios oscilantes; y todo lo que quedaba de aquel resplandecimiento glorioso eran los cirios reglamentarios para las misas rezadas que se celebraban en cada uno de los quince altares repartidos por toda la iglesia.

Daban comienzo las misas a medianoche y no terminaban hasta el mediodía. En esas doce horas se oficiaban en la iglesia del Rosario cerca de cuatrocientas misas. En todo Lourdes había unos cincuenta altares, y el número de misas ascendía a dos mil por día. Era tan grande la afluencia de sacerdotes, que a muchos se les hacía difícil el cumplimiento de aquel deber, viéndose obligados a hacer cola durante horas enteras antes de hallar un altar

desocupado. Lo que más sorprendió aquella noche a Pedro fue el ver, entre claridades intermitentes, los altares sitiados por filas de sacerdotes que aguardaban pacientemente su turno al pie de las gradas, mientras el oficiante soltaba sus frases latinas haciendo grandes señales de la cruz. Rendidos por la fatiga, en su mayoría se habían sentado en el suelo o se dormían en las gradas, apiñados, como vencidos, esperando que el sacristán los despertase.

Pedro se paseó algún rato indeciso. ¿Esperaría como todos los demás? El espectáculo le atraía. Oleadas de peregrinos acudían presurosas a todos los altares para comulgar al galope, con una especie de fervor voraz. Los copones se llenaban y se vaciaban sin cesar, y las manos de los sacerdotes se cansaban de tanto distribuir el pan de vida. Pero sentíase de nuevo asombrado, porque no había visto jamás un rincón del mundo regado a tal punto como ése de sangre divina, y en que se manifestara la fe como en un revoloteo de almas. Parecía que las gentes hubiesen vuelto a los tiempos heroicos de la Iglesia, cuando todos los pueblos se arrodillaban movidos por la misma racha de credulidad, aterrados por su misma ignorancia, entregándose en manos de Dios Todopoderoso, de quien únicamente podían esperar la felicidad. Podía creerse transportado a ocho o nueve siglos atrás, a las épocas de gran devoción pública, cuando se creía inminente el fin del mundo. La muchedumbre de gentes sencillas, todo aquel gentío que había asistido a la misa solemne, se había quedado en sus bancos, sentado, tan a sus anchas, en la casa de Dios como en la propia. Muchos de ellos no tenían cobijo. ¿No era la Iglesia acaso su casa, el refugio en que podían hallar consuelo y descanso, noche y día? Todos los que no sabían dónde dormir, los que no habían conseguido un sitio ni siquiera en el refugio de los peregrinos, entraban en la iglesia del Rosario y acababan por acomodarse en un banco, o bien se tendían sobre las baldosas del suelo. Otros, que disponían de lecho, se demoraban allí toda la noche, abstraídos en el gozo que sentían en aquella morada celestial, que tan llena estaba de hermosos ensueños.

Duraban aquella mezcolanza y promiscuidad extraordinarias hasta que empezaba a clarear el día: todas las hileras de bancos estaban ocupadas; había gente dormida en todos los rincones, detrás de todos los pilares; hombres, mujeres y niños, adosados unos a otros, con las cabezas caídas sobre el hombro del vecino, mezclando sus alientos con tranquila inconsciencia. Aquello era el desmoronamiento de una santa concurrencia fulminada por el sueño; una iglesia transformada en asilo improvisado, la puerta abierta de par a la hermosa noche de agosto, para que entrasen por ella todos los vagabundos de las tinieblas; los buenos y los malos, los fatigados y los

extraviados. Mientras tanto, tintineaban a cada momento las campanillas en cada uno de los quince altares, indicando el momento de la elevación; y del confuso montón de los que dormían surgían a cada instante algunos fieles que se acercaban a comulgar y que volvían a ocupar luego su puesto entre aquel rebaño anónimo y sin guía, envuelto por la penumbra como por un velo de decencia.

Pedro continuaba vagando, con expresión indecisa e inquieta, a través de aquellos grupos confusos, cuando un anciano sacerdote, que estaba sentado en las gradas de un altar, le llamó con una señal. Hacía dos horas que estaba esperando allí, y precisamente ahora que le llegaba el turno se sentía invadido por una debilidad tan grande que le hacía temer que no podría acabar de celebrar la misa, y por esto prefería ceder su lugar. Sin duda que le había conmovido la vista de Pedro, que se paseaba por la penumbra, confuso y torturado. Le indicó dónde estaba la sacristía, esperó hasta que Pedro regresó con la casulla puesta y con el cáliz, y se durmió profundamente sobre uno de los bancos próximos.

Pedro dijo entonces su misa, como la decía en París, como hombre honrado que cumple con sus deberes profesionales. Guardaba todas las apariencias exteriores de un hombre de fe sincera, pero su corazón permaneció insensible, incommovible, como ajeno a aquellos dos días de fiebre que acababa de pasar y al ambiente extraordinario e inquietante en que vivía sumergido desde la víspera. Esperaba que cuando llegase el instante de la comunión, cuando el divino misterio se cumpliera, se desplomaría en el suelo presa de una terrible conmoción y que se sentiría bañado por la gracia, viendo abrirse los cielos y aparecerse la cara de Dios. Pero nada se produjo; su frío corazón no aceleró sus latidos; pronunció hasta el final las palabras habituales, y efectuó los movimientos rituales con la corrección maquinal del oficio. A pesar de sus esfuerzos fervorosos, sólo una idea preocupaba obstinadamente a su espíritu: la idea de que la sacristía era demasiado pequeña para un número tan grande de celebrantes. ¿Cómo se componían los sacristanes para proveer de vestiduras y de paños sagrados a todos? Esto le tenía confundido y preocupaba a su mente con persistencia imbecil.

Con sorpresa suya, Pedro se encontró momentos después fuera de la iglesia. De nuevo vagó en medio de la noche, una noche que se le antojaba más negra, más callada, inmensamente vacía. La ciudad estaba muerta; no se veía brillar en ella ni una sola luz. No percibía más que el rezongo persistente del Gave, al que sus oídos estaban ya acostumbrados. De repente, surgió ante



él la gruta llameante, que incendiaba las tinieblas con su fogata inextinguible, ardiendo como un amor que no se consume nunca. Había vuelto a ella inconscientemente, llevado sin duda por el recuerdo de María.

Iban a dar las tres; los bancos se desocupaban; ya no quedaba más que una veintena de siluetas negras y confusas, formas vagas de gente arrodillada; adormecimientos extáticos que hacían caer en un divino entorpecimiento. Se hubiera dicho que a medida que avanzaba la noche se espesaban las sombras, retrocediendo la gruta hacia una lejanía de ensueño. Todo se hundía en el fondo de una laxitud deliciosa, y de la inmensa campiña sombría sólo llegaba un vaho de sueño; el borboteo de las aguas invisibles era como la respiración misma de aquel purísimo sueño, en el que sonreía, blanquísima, la Virgen Santa, aureolada de cirios encendidos. Entre aquellas formas desvanecidas se hallaba la señora de Maze, siempre de rodillas, cabizbaja, con las manos juntas, tan borrosa que se hubiera dicho que se derretía en su misma ardiente oración.

Pedro se acercó inmediatamente a María. Como él estaba tiritando, creyó que ella estaría helada con la aproximación de la mañana.

—¡Por favor, María, abríguese! ¿O es que quiere usted ponerse peor?

Le subió el chal, que se le había caído, esforzándose en anudárselo al cuello.

—María, usted tiene frío. Sus manos están heladas.

Pero ella no respondía; conservaba la misma actitud que hacía dos horas, cuando él se alejó. Con los codos apoyados en los bordes del carrito, estaba incorporada a medias en actitud de ir hacia la Virgen Santa, y tenía el rostro transfigurado, radiante de gozo celestial. Movía los labios; pero no salía de ellos sonido alguno. Tal vez continuaba una conversación misteriosa, allá en la región del ensueño, soñando despierta, como lo hacía desde que estaba allí. Pedro volvió a hablarle; pero ella, continuó sin contestarle. Por fin, por propia iniciativa, murmuró con voz lejana:

—¡Oh, Pedro, qué feliz soy! La he visto, le he pedido por usted y ella me ha sonreído, me ha hecho un pequeño signo con la cabeza, para decirme que me había escuchado y que me otorgaba lo que pedía. No me ha hablado, Pedro; pero he comprendido lo que ella me decía. Hoy, a las cuatro de tarde, quedaré curada, en el momento de pasar ante mí el Santísimo Sacramento.

Pedro la escuchaba trastornado.

¿Habría dormido María con los ojos abiertos? ¿No habría sido nada más que un sueño aquella visión de la Virgen de mármol que inclinaba la cabeza y le sonreía? El pensamiento de que aquella alma pura había rogado por él le

hizo estremecerse violentamente. Y caminando hasta la verja cayó prosternado, balbuceando: «¡María! ¡María!», sin saber si aquel grito que le salía del corazón iba dirigido a la Virgen o a la amiga amada de su infancia. Y allí permaneció anonadado, esperando la gracia divina.

Transcurrieron unos minutos interminables. Esta vez era el esfuerzo sobrehumano, la espera del milagro que había ido a buscar por sí mismo, la súbita revelación, el rayo que barriese sus dudas, que le devolviese la fe de los humildes, rejuvenecida y victoriosa. Se abandonaba, en un renunciamiento total de sí mismo, y hubiera querido que una fuerza soberana deshiciese todo su ser y lo transformase. Pero ahora, como antes, cuando celebraba la misa, no oyó dentro de su alma sino un silencio infinito, no sintió sino un vacío sin fondo. No le pasaba nada, pero su corazón desesperado parecía que iba a cesar de latir. Por mucho que orase, por mucho que fijase su pensamiento desesperado en la Virgen poderosa, tan buena con los infelices, su atención se le escurría, atraída por el mundo exterior, y se ocupaba de detalles pueriles.

Acababa de ver, al otro lado de la gruta, al barón Suire, dormido aún, continuando su sueño feliz, con las manos cruzadas sobre el vientre. Pero más le interesaban otras cosas: los ramilletes colocados a los pies de la Virgen, las cartas depositadas allí como en un buzón del cielo; el delicado encaje de cera que se formaba alrededor de la llama de los grandes cirios y que la rodeaba como una rica obra de orfebrería, de plata calada. Luego, sin conexión aparente, se acordó de los años de su infancia, y evocó con toda claridad la figura de su hermano Guillermo. No había vuelto a verlo desde que falleció su madre. Sabía únicamente que llevaba una vida muy retirada, dedicado exclusivamente a la ciencia, en la casita donde se hallaba como enclaustrado, en compañía de una amante y dos enormes perros; y no habría sabido nada de él de no haber leído últimamente su nombre en un periódico, con motivo de un atentado revolucionario. Se decía allí que estaba entregado apasionadamente al estudio de las materias explosivas, y que frecuentaba el trato de los jefes de los partidos más avanzados. ¿Por qué era que se le aparecía así ahora, en aquel sitio de éxtasis, en medio de la mística luz de los cirios, tal como lo había conocido en otros tiempos, tan bueno, tan cariñoso siempre, exaltado por su caridad hacia los que sufren?

Durante un rato se sintió embargado por el doloroso pesar de aquella afectuosa fraternidad perdida. Luego, sin transición alguna, se replegó sobre sí mismo, y comprendió que ya no recuperaría su fe aunque se obstinase en permanecer allí horas enteras. Sin embargo, se daba cuenta de que todo su ser vibraba transido por la última esperanza, por la idea de que si la Santa Virgen

realizaba el milagro de curar a María, él recobraría la fe. Era como un último plazo que se concedía, una cita con la fe, para aquel mismo día, a las cuatro de la tarde, en el momento de pasar el Santísimo, según María había dicho. Cesó inmediatamente su angustia; siguió arrodillado, rendido de fatiga, invadido por un sopor invencible.

Transcurrían las horas y la gruta seguía proyectando en la noche su resplandor de capilla ardiente, cuyos reflejos llegaban hasta las laderas próximas, blanqueando las fachadas de los conventos. Pedro notó que el sueño se iba apoderando de él, y que sentía un ligero escalofrío: era el día que iba naciendo, en un cielo turbio, preñado de grandes y lívidos nubarrones. Comprendió que avanzaba rápidamente por el mediodía una de esas tormentas repentinas que surgen en los países montañosos. Se oía ya a lo lejos el retumbar de los truenos, y ráfagas de viento barrían los caminos. Quizá se había quedado también dormido, porque no vio ya al barón Suire y no recordaba haberlo visto alejarse. Apenas quedarían en la gruta diez personas, entre las cuales reconoció a la señora de Maze con el rostro entre las manos. Pero así que notó ella que había amanecido y que la veían, se levantó y desapareció por el estrecho sendero que conducía al convento de las hermanas azules.

Pedro, lleno de inquietud, se acercó a María para decirle que no debía permanecer allí por más tiempo, si no quería correr el peligro de quedar empapada.

—Voy a llevarla a usted al hospital.

—¡No, no! Esperaré hasta que digan misa; he prometido comulgar aquí. No tenga cuidado por mí; váyase pronto al hotel a descansar, se lo suplico. Ya sabe usted que cuando llueve vienen a buscar a los enfermos en coches cerrados.

Siguió insistiendo, mientras Pedro, por su parte, repetía que no quería acostarse. Había, en efecto, la costumbre de officiar misa en la gruta muy de madrugada, y era una dicha excepcional para los peregrinos la de recibir en ella la comunión, después de una larga noche de éxtasis, en medio de la gloria del sol naciente. Comenzaban a caer gruesas gotas cuando apareció un sacerdote con casulla acompañado por dos clérigos, uno de los cuales mantenía abierto sobre el oficiante, para proteger el cáliz, un paraguas de seda blanca bordada de oro.

Pedro, que había conducido el carrito hasta la verja para abrigar a María contra el viento, en el saliente de la roca, sitio al que también habían ido a refugiarse las pocas personas presentes, acababa de ver el ardiente fervor con

que la joven recibía la hostia; pero en aquel mismo momento su atención fue atraída por un espectáculo tristísimo que le desgarró el corazón.

Bajo aquella lluvia espesa acababa de descubrir a la señora de Vincent, con los brazos extendidos, ofreciendo a la Virgen Santa a su hijita Rosa, carga dolorosa y querida que siempre llevaba a cuestas. No pudiendo permanecer en el refugio, porque la gente empezaba a protestar contra los continuos gemidos de la criatura, la había conducido en medio de la lóbrega noche, errando entre las tinieblas durante dos horas, desatinada, enloquecida, con aquella pobre carne de su carne, que ella apretaba contra su pecho sin conseguir aliviarla. No sabía por qué caminos había andado, ni entre qué arboledas se había perdido, absorta en su rebeldía contra aquel injusto sufrimiento que tan cruelmente castigaba a una criatura tan débil, tan pura e incapaz todavía de haber pecado. ¿No era una cosa odiosa esa enfermedad atroz que venía torturando sin tregua desde hacía varias semanas a aquella pobre niña, cuyos lamentos no sabía ella cómo aplacar? La paseaba y la mecía por los caminos, en una carrera furiosa, con la terca esperanza de que acabaría por adormecerla, de que, al fin, cesaría aquel gemido que le partía el corazón. Y bruscamente, extenuada, agonizando con la agonía de su hijita, acababa de plantarse delante de la gruta, a los pies de la Virgen milagrosa que perdonaba y curaba.

—¡Oh, Virgen y Madre admirable, curadla! ¡Oh, Virgen y Madre de la divina gracia, curadla!

Y, cayendo de rodillas, seguía ofreciendo a su hija moribunda entre sus dos brazos extendidos y temblorosos, en una exaltación de deseo y de esperanza que parecía arrebatarla por completo. No sentía sobre sus talones la lluvia, que golpeaba la roca a sus espaldas con un redoble de torrente desbordado, mientras los truenos retumbaban entre las montañas. Hubo un momento en que creyó que la Virgen accedía a sus ruegos, pues Rosa acababa de estremecerse ligeramente, como si la hubiese visitado un arcángel, y se había quedado con los ojos y la boquita abiertos, mostrando su rostro blanquísimo; había lanzado un postrer suspiro y no gemía más.

—¡Oh, Virgen y Madre del Salvador, curadla! ¡Oh, Virgen y Madre todopoderosa, curadla!

Pero le pareció sentir a su hija más liviana aún sobre sus brazos extendidos. De pronto se alarmó al no oírla quejarse, al verla tan blanca, con los ojos y la boca abiertos, sin respiración. ¿Por qué no se sonreía si estaba curada? Y lanzó de golpe un alarido desgarrador, el alarido de una madre, dominando al trueno en medio de la tormenta cada vez más furiosa. Su hija

estaba muerta. Se puso en pie, erguida, y, volviendo la espalda a aquella Virgen sorda que dejaba morir a los niños, se lanzó a andar otra vez, como loca, bajo la lluvia torrencial, caminando siempre adelante, sin saber adónde, llevando y meciendo siempre en sus brazos al pobre cuerpecito del que no se había separado durante tantos días y tantas noches. Cayó un rayo y debió hender uno de los árboles próximos como con un hachazo gigantesco, entre el crujido estrepitoso de ramas retorcidas y rotas.

Pedro se había lanzado en pos de la señora de Vincent para guiarla y prestarle ayuda, pero no pudo alcanzarla, y pronto la perdió detrás de la turbia cortina que formaba la lluvia. Cuando volvió, concluía la misa; el agua caía con menos violencia y el oficiante se marchó, al fin, al abrigo del paraguas de seda blanca bordada de oro. Una especie de ómnibus estaba esperando a los pocos enfermos presentes para conducirlos al hospital.

María estrechó las dos manos de Pedro.

—¡Oh, qué feliz soy! No venga usted a buscarme esta tarde, antes de las tres.

Pedro se quedó solo, bajo la lluvia persistente y ahora más menuda; luego penetró en la gruta y fue a sentarse en el banco, junto al manantial. No quería acostarse, a pesar de que el sueño le acosaba, a pesar de lo cansado que estaba, bajo aquella sobreexcitación nerviosa en que vivía desde la víspera. La muerte de la niña acababa de afiebrado más; no podía borrar de su mente la figura de aquella madre crucificada, que andaba errante por los caminos fangosos, con el yerto cuerpo de su hijita en brazos. ¿En qué consistían, pues, las razones que hacían intervenir a la Virgen? La idea de que Ella elegía le tenía estupefacto; hubiera querido saber cómo su corazón de madre divina podía resolverse a no curar sino a diez enfermos de cada cien, ese diez por ciento de milagros establecido por las estadísticas del doctor Bonamy.

Ya él mismo se había preguntado la víspera a quiénes habría elegido si hubiera tenido poder para salvar a diez enfermos. ¡Terrible poder, peligrosa selección! Él no se hubiera sentido con valor suficiente para llevar a cabo semejante tarea. ¿Por qué éste sí y por qué aquél no? ¿Dónde estaba la justicia? ¿Dónde estaba la bondad? ¿No rogaban todos los corazones que, puesto que Ella disponía de un poder infinito, los curase a todos? Y la Virgen se le aparecía a Pedro cruel, mal informada, tan dura e indiferente como la impasible naturaleza, que distribuye la vida y la muerte al azar, según leyes ignoradas por el hombre.

Aclaraba. Pedro llevaba allí dos horas y empezó a sentir humedad en los pies. Miró, y se quedó sorprendido: era que el manantial se desbordaba a

través del enrejado de los cuarterones. El piso de la gruta estaba ya inundado y una capa de agua se extendía hacia afuera, por debajo de los bancos, y llegaba hasta el parapeto del Gave. Las últimas tormentas habían aumentado también el caudal de las fontanas vecinas. Pedro pensó que, por milagroso que fuera aquel manantial, estaba sometido a las mismas leyes que los demás manantiales, y que tenía su origen seguramente en depósitos naturales donde penetraban y se remansaban las aguas pluviales, como ocurría con todas las fuentes. Y se marchó de allí, porque el agua amenazaba llegarle a los tobillos.

## V

**A**nsioso de aire puro, Pedro echó a andar; sentía tal pesadez en la cabeza, que se quitó el sombrero para que se refrescase su frente ardorosa. A pesar de la fatiga de aquella terrible noche pasada en vela, no pensaba en dormir; la rebeldía que dominaba todo su ser, rebeldía implacable, lo mantenía en pie. Dieron las ocho, y Pedro vagaba al azar bajo aquel glorioso sol mañanero que brillaba en un cielo sin manchas, que la tormenta parecía haber limpiado de las polvaredas del domingo.

Levantó la cabeza, inquieto por saber dónde estaba, y se quedó sorprendido de haber andado tanto, pues se hallaba más allá de la estación del ferrocarril, cerca del hospicio municipal. Vacilaba ante la bifurcación de dos rutas, no sabiendo cuál tomar, cuando una mano amiga se posó en su hombro.

—¿A dónde va usted a semejante hora?

Era el doctor Chassaigne, tieso en su elevada estatura, con su levita ceñida, todo vestido de negro.

—¿Se ha extraviado usted, acaso? ¿O es que necesita algún informe?

—No, no, muchas gracias —contestó Pedro, confundido—. He pasado la noche en la gruta con esa enferma que estimo tanto, y me he sentido acometido por tal desasosiego en el corazón que he venido a pasear para reponerme antes de retirarme al hotel a descansar.

El doctor seguía mirándole y leía claramente la lucha tremenda que se libraba en su alma, su desesperación por no poder confiar en la fe, toda la tortura de su esfuerzo inútil.

—¡Ah, pobre hijo mío! —murmuró.

Y añadió paternalmente:

—Pues bien, puesto que desea pasear, hagámoslo juntos, si le parece. Yo iba a tomar precisamente por este lado, por la orilla del Gave. Andando, pues; ya verá usted qué paisaje más maravilloso se descubre al regresar.

Todas las mañanas el doctor caminaba un par de horas, siempre solo, queriendo fatigar su dolor. Al levantarse, lo primero que hacía era ir a arrodillarse en el cementerio, junto a las tumbas de su esposa y de su hija, que adornaba con flores en todas las estaciones del año. Luego echaba a andar por esos caminos, a solas con sus lágrimas, y no regresaba para almorzar hasta que estaba rendido de cansancio.

Ambos descendieron juntos la pendiente del camino, sin pronunciar palabra. Así caminaron largo rato. Aquella mañana el doctor parecía más agobiado que de costumbre, como si su conversación con las muertas queridas le hubiese hecho sangrar aún más el corazón. Tenía todavía los ojos lagrimeantes, y su nariz aguileña parecía aplastada bajo los cabellos blancos que enmarcaban su rostro pálido. ¡Y era tan hermoso, tan suave, tan dulce el sol de aquella mañana admirable! La carretera seguía ahora por la margen derecha del Gave, al otro lado de la ciudad nueva. Desde allí se veían los jardines, las rampas, la basílica. Y luego apareció la gruta, frente por frente, con el parpadeo continuo de sus cirios, amortiguados por la luz del día.

El doctor Chassaigne, que había vuelto la cabeza hacia la gruta, se santiguó. Pedro no comprendió al principio. Pero cuando a su vez vio la gruta, miró con sorpresa a su viejo amigo y volvió a caer en el asombro de la antevíspera, ante el espectáculo de aquel hombre de ciencia, ateo y materialista, que se había convertido al sentirse destrozado por el dolor, buscando como única alegría el encontrar de nuevo en la otra vida a sus queridas y lloradas muertas. El corazón había vencido a la razón; aquel hombre anciano y solitario no vivía ya sino por la ilusión de revivir en el paraíso, donde vuelven a encontrarse las almas. El malestar del joven sacerdote subió de punto. ¿Tendría él también que envejecer y soportar un sufrimiento parecido para hallar por fin un refugio en la fe?

Prosiguieron el camino a lo largo del Gave, alejándose cada vez más de la ciudad. Se sentían arrullados por aquellas aguas transparentes, que saltaban sobre guijarros, entre ribazos arbolados. Y seguían callados, caminando con paso igual, perdido cada cual en su propia tristeza.

—¿Conoció usted a Bernadette? —preguntó Pedro bruscamente.

El doctor levantó la frente.

—Bernadette... Sí, sí, la vi una vez.

Volvió un instante a su silencio. Luego dijo:

—En 1858, cuando tuvieron lugar las apariciones, tendría yo treinta años y residía en París; era un médico joven, enemigo de todo lo sobrenatural, y no pensaba de ningún modo en venir a estas montañas para ver a una alucinada. Pero cinco o seis años después, hacia 1864, pasé por aquí y tuve la curiosidad de hacer una visita a Bernadette, que estaba todavía entonces en el hospicio, con las hermanas de Nevers.

Pedro recordó entonces que su deseo de completar sus investigaciones sobre Bernadette era uno de los motivos de su viaje a Lourdes. ¿Y quién sabe si no le vendría la gracia por la mediación de aquella humilde joven, el día en



que llegara a convencerse de que ella había cumplido en este mundo la misión de perdón que había recibido del cielo? Le bastaría tal vez conocerla mejor, convencerse de que era, en realidad, la santa y la elegida.

—Hábleme usted de ella, se lo suplico. Dígame todo lo que sepa.

Una leve sonrisa asomó a los labios del doctor. Comprendía, y hubiera querido tranquilizar aquella alma de sacerdote atormentada por la duda.

—¡Cómo no, pobre hijo mío! ¡Me resultaría tan grato poder ayudarle a fin de que se haga la luz en usted! Hace usted bien en sentir amor por Bernadette; eso pudiera ser su salvación; yo he reflexionado con el correr de los años sobre estas cosas ya antiguas, y le declaro que no he encontrado jamás criatura tan buena y encantadora.

Entonces, al ritmo lento de la marcha por aquella hermosa carretera soleada, en la frescura exquisita de la mañana, el doctor refirió su visita a Bernadette, en 1864. Acababa de cumplir veinte años y hacía ya seis que habían tenido lugar las apariciones; le sorprendió por su aspecto sencillo y razonable y por su perfecta modestia. Las hermanas de Nevers, que le habían enseñado a leer, la tenían con ellas en el hospicio, para protegerla contra la curiosidad del público. Trabajaba, les ayudaba en las tareas menudas, y estaba tan frecuentemente enferma que a veces pasaba semanas enteras en la cama. Lo que más le sorprendió en ella fueron sus ojos admirables, de pureza infantil, ingenuos y francos. El resto del rostro estaba un poco ajado; el cutis no era limpio, las facciones habían engrosado; al verla se la tomaría por una criada cualquiera, pequeña, humilde y enfermiza. Seguía siendo muy piadosa, pero no le había producido la impresión de una iluminada, propensa a los éxtasis; al contrario, daba pruebas de ser un espíritu práctico, positivista, sin extravagancia alguna, y siempre tenía entre manos alguna labor de tejido o bordado. En una palabra, era una mujer corriente y no se parecía en nada a las grandes apasionadas de Cristo. No había vuelto a tener visiones nunca más y jamás se le ocurría hablar de las dieciocho apariciones que habían decidido la suerte de su vida. No las recordaba para nada sino cuando se lo preguntaban, cuando le hacían una pregunta concreta. Entonces contestaba con brevedad y procuraba cortar la conversación, porque no le gustaba hablar de estas cosas. Y si se quería ahondar en el interrogatorio, y alguien le preguntaba sobre la naturaleza de los tres secretos cuya divina confidencia había recibido, Bernadette se callaba y desviaba la vista. Era imposible ponerla en contradicción consigo misma, porque los detalles que daba eran siempre los mismos que había dado en la versión primera, y era evidente que repetía exactamente las mismas palabras, y hasta con las mismas inflexiones de voz.

—La estuve examinando toda una tarde —continuó el doctor—, y ella no varió una sola sílaba. Era como para desconcertar al más espabilado. Juro que no mentía, que no mintió jamás, porque era incapaz de mentir.

Pedro se atrevió a discutir.

—Pero, contésteme, doctor, ¿no cree usted en una posible enfermedad de la voluntad? ¿No está hoy demostrado que ciertas personas infantiles, vivamente impresionadas por un sueño, por una alucinación, por una fantasía cualquiera, no pueden desprenderse de ella, sobre todo si no salen del medio en que se produjo el fenómeno? Era natural que viviendo enclaustrada, con su idea fija por única compañía, Bernadette se aferrase a ella.

El doctor dejó ver otra vez su débil sonrisa, y dijo, haciendo un vago ademán:

—¡Ah, hijo mío! Lo que usted me pregunta es demasiado complejo. Ya sabe usted que no soy más que un pobre anciano, nada orgulloso de su ciencia y que no tiene pretensión alguna de explicar las cosas. Sí, estoy al cabo del célebre caso clínico de aquella joven que se negaba a probar bocado en casa de sus padres, porque se creía atacada de una grave enfermedad del estómago, y que comió en cuanto se la trasladó a otro lugar. Pero ¿qué quiere usted decir con eso? Se trata de un caso, y hay otros muchos que lo contradicen.

Callaron un instante. No se oía en la carretera más que el ruido cadencioso de sus pasos. Al cabo de un momento siguió diciendo el doctor:

—Por lo demás, es cierto que Bernadette huía del mundo y sólo se sentía a gusto en su rinconcito de soledad. No se sabe que haya tenido jamás una amiga íntima, ni siquiera un afecto humano particular. Era igualmente buena y cariñosa con todo el mundo, y sólo daba muestras de ternura hacia los niños. Como, a pesar de todo, dentro de mí no ha muerto completamente el médico, ¿querrá usted creerme si le confieso que en más de una ocasión me ha preocupado la cuestión de saber si Bernadette había conservado la virginidad de su espíritu, como seguramente había conservado la virginidad de su cuerpo? Es muy posible que la conservase, porque fíjese usted que ella era una criatura torpe y débil y que casi siempre estaba enferma; sin hablar del ambiente de inocencia en que se había educado, primero en Bartrès y luego en el convento. Sin embargo, tuve mis dudas cuando me enteré del tierno interés con que seguía la vida del orfanato que las hermanas de Nevers habían levantado en esta misma carretera. En ese orfanato son recibidas las muchachas pobres, a fin de sustraerlas a los peligros de la calle. Y como Bernadette solía querer que el orfanato fuese muy espacioso, ¿no le vendría esa idea porque se acordaba de los tiempos en que iba ella descalza por los

caminos y temblaba al pensar en lo que hubiera podido ser de ella a no haberla auxiliado la Santa Virgen?

Continuó explicando cómo acudían las multitudes a contemplar y a venerar a Bernadette. Esto le producía un cansancio considerable. No pasaba día sin que acudiesen grandes masas de visitantes. Venían de todos los puntos de Francia, y hasta del extranjero; se hizo necesario apartar a los simples curiosos, admitiéndose únicamente a los fieles verdaderos, los miembros del clero, las notabilidades, a quienes decorosamente no se les podía impedir la entrada. Una monja estaba presente en todas las entrevistas, seguramente para protegerla contra las indiscreciones excesivas, porque las preguntas llovían y Bernadette se cansaba de tanto repetir la historia de su vida. Algunas damas empingorotadas caían de rodillas a sus pies, besaban sus vestidos y querían llevar jirones de los mismos, como si se tratara de una reliquia. Tenía que defender su rosario, porque todas, exaltadas, le suplicaban que se lo vendiese. Cierta marquesa intentó conquistarla, dándole otro que ella había llevado y que tenía la cruz de oro y las cuentas de perlas finas. Muchas esperaban que Bernadette consentiría en realizar un milagro delante de ellas, y por ello le llevaban niños para que los tocara; la consultaban sobre sus enfermedades, o trataban de comprar la influencia segura que tenía sobre la Virgen. Le fueron ofrecidas fuertes cantidades de dinero, y la habrían llenado de regios regalos a la menor indicación, si hubiese manifestado el deseo de vivir como una reina, adornada de joyas y con corona de oro. Los visitantes humildes permanecían de rodillas en el umbral de la habitación; los grandes de este mundo la rodeaban solícitos y se hubieran honrado dándole escolta. Hasta se contaba que hubo uno, príncipe hermoso y magnífico, que vino a pedir su mano cierto día luminoso de abril.

—Pero —le interrumpió Pedro— lo que siempre me ha chocado y disgustado es su marcha de Lourdes cuando tenía veintidós años, su desaparición brusca, su encierro en el convento de Saint Gildard, en Nevers, de donde ya no volvió a salir jamás. ¿No daba ello lugar al falso rumor que corrió de que se había vuelto loca? ¿No era exponerse a que las gentes supusiesen que la secuestraban por temor a que incurriese en una indiscreción de su parte, a que una frase ingenua suya pusiese al descubierto el secreto de una superchería que había durado ya tanto tiempo? Y para decir la palabra brutal, le confieso a usted que yo mismo sigo creyendo que la escamotearon.

El doctor Chassaing meneó cariñosamente la cabeza.

—Esté seguro de que en todo esto no hubo nada preconcebido, ningún melodrama tramado entre sombras y luego representado por actores más o

menos conscientes. Las cosas se han producido según principios que son inmanentes; pero la realidad es siempre muy compleja y muy difícil de analizar. Seguramente que fue la misma Bernadette la que quiso ausentarse de Lourdes. Fatigaban aquellas continuas visitas y se encontraba molesta en medio de aquellas adoraciones ruidosas de que la hacían objeto. No anhelaba más que un rincón abrigado para vivir en paz, y su desinterés era a veces tan descomedido que rechazaba y tiraba al suelo el dinero que le ofrecían con fines piadosos, tal como para decir una misa o simplemente para encender un cirio. Jamás aceptó nada para ella ni para su familia, que siguió viviendo en la pobreza. Se comprende perfectamente que una mujer que tenía esa altivez, que era naturalmente sencilla y que deseaba pasar inadvertida, quisiese desaparecer de la vista del mundo, vivir en un claustro para prepararse a bien morir. Su obra estaba ya hecha; consistía en aquel movimiento extraordinario que había desencadenado sin saber a punto fijo el cómo y el porqué. En realidad ya no era útil; otras personas iban a encargarse de dirigir la empresa y de asegurar el triunfo de la gruta.

Admitamos que se marchase por propia voluntad —dijo Pedro—. ¡Qué alivio para esas personas a quienes acaba de aludir usted, y que iban a ser desde entonces los únicos amos, recogiendo la lluvia de millones que les caía del mundo entero!

—¡Pero yo no he dicho que la retenían aquí contra su voluntad! —exclamó el doctor—. Sinceramente, creo más bien que la obligaron un poco a que se marchase. Estaba siendo ya un estorbo; no porque se temiesen de su parte confidencias desagradables, sino porque no era decorativa, por su excesiva timidez, y porque solía guardar cama con demasiada frecuencia. Además, por pequeño que fuese el sitio que ella ocupaba en Lourdes, por muy obediente que se mostrase, no por eso dejaba de ser una potencia, y atraía a las muchedumbres haciendo con ello una competencia a la gruta. Para que ésta quedase sola, resplandeciente en su gloria, convenía que Bernadette se eclipsase y quedase convertida en una leyenda. Tales fueron, sin duda, las razones que determinaron al obispo de Tarbes, monseñor Laurence, a apresurar la partida. Cometieron, sin embargo, el error de decir que sólo se trataba con ello de librarla de las asechanzas del mundo, como si temieran que cayese en el pecado de orgullo, dejándose llevar por la vanidad de aquella reputación santa que resonaba en toda la cristiandad. Con ello se le infería una grave injuria, porque era incapaz de sentir orgullo, lo mismo que de mentir; jamás hubo criatura más sencilla ni más modesta.

El doctor hablaba con vehemencia y pasión. Pero se calmó bruscamente, y reapareció de nuevo su pálida sonrisa.

—Es verdad, siento amor por Bernadette; cuanto más pienso en ella, mayor es mi amor. Pero, óigame bien, Pedro, yo no quisiera que usted creyese que la fe me ha embrutecido por completo. Actualmente reconozco la existencia de un más allá, siento la necesidad de creer en una vida mejor y más justa, pero no ignoro que sigue habiendo hombres en este bajo mundo, y que su tarea, aunque lleven hábito o sotana, es con frecuencia odiosa.

El doctor continuó:

—Quiero contarle a usted una cosa que me ha preocupado a menudo. Supongamos que Bernadette no hubiese sido una muchacha sencilla y arisca; supongámosla dotada de espíritu de intriga y de dominación; hagamos de ella una conquistadora y tratemos de imaginarnos lo que habría ocurrido entonces. Evidentemente, la gruta sería suya, la basílica suya. La veríamos presidir todas las ceremonias, bajo palio y con una mitra de oro. Sería ella quien distribuiría los milagros, su mano la que conduciría las multitudes al cielo, con gesto soberano. Brillaría sobre el mundo, porque era la santa, la elegida, la única que había viste cara a cara a la divinidad. Y no habría nada más justo, porque habría alcanzado el triunfo después de los sufrimientos, y gozaría gloriosamente de su obra. En cambio, lo que ha sucedido es muy diferente, como usted ve. A Bernadette la han malogrado y desvalijado. Las siembras maravillosas que ella hizo las están cosechando otros. Durante los doce años que ella vivió en Saint Gildard, arrodillada en la penumbra, otras gentes eran las que triunfaban, sacerdotes revestidos con hábitos de oro, entonando acciones de gracias, bendiciendo iglesias y monumentos edificadas a fuerza de millones. Sólo ella estuvo ausente el día del triunfo de la nueva fe, de la que ella había sido el artífice... Dice usted que lo que ella tuvo fue un sueño. ¡Estupendo sueño que ha removido el mundo entero, sueño del que ella, la adorable chiquilla, no despertó jamás!

Hicieron alto y luego se sentaron un instante en una roca, a la orilla del camino, antes de volver a la ciudad. Delante, el Gave, profundo en aquel paraje, arrastraba sus aguas azules, tornasoladas con reflejos oscuros; pero algo más lejos, corriendo en un cauce más ancho y sobre un lecho de piedras gruesas, se convertía en pura espuma, en un burbujeo blanco que tenía levedad de nieve. Soplaban desde las montañas un vientecillo fresco por entre la lluvia de oro que vertía el sol.

Pedro sólo halló un nuevo motivo de disgusto al escuchar aquella historia de la vida de Bernadette, explotada y eliminada; y con los ojos clavados en el

suelo, iba pensando en la injusta ley de la naturaleza, esa ley que quiere que el fuerte se coma al débil.

Luego, irguiendo la cabeza, preguntó:

—¿Llegó también a conocer usted al abate Peyramale?

Brillaron los ojos del doctor y contestó con vivacidad:

—¡Ya lo creo que lo conocí! ¡Era un hombre recto y enérgico, un santo y un apóstol! Fue él, con Bernadette, el gran obrero de Nuestra Señora de Lourdes. Y, como ella, también él sufrió horriblemente, y encontró su muerte, como ella también. El que no conoce su historia no puede saber ni comprender el drama que aquí se ha desarrollado.

Y pasó a referirla, minuciosamente. El abate Peyramale era cura de Lourdes cuando tuvieron lugar las apariciones. Era un hombre alto, ancho de hombros, de sólida cabeza leonina, hijo del país y dotado de una inteligencia viva, muy honrado, muy bueno, pero impulsivo y dominante en ocasiones. Parecía hecho para la lucha; era enemigo de toda exageración religiosa y desempeñaba su ministerio con grandeza de espíritu. Eso hizo que desconfiara al principio, negándose a dar fe al relato de Bernadette; la interrogó, exigió pruebas. Sólo más tarde lo aceptó, cuando el huracán de la fe se hizo irresistible, abatiendo a los más rebeldes y arrastrando a las muchedumbres, y se dejó conquistar sobre todo por su amor a los humildes y a los oprimidos, cuando vio a Bernadette en peligro de ser llevada a la cárcel; las autoridades civiles perseguían a una de sus ovejas, y su corazón de pastor se alarmó, acudiendo a defenderla con su ardiente pasión por la justicia. Luego el encanto de aquella criatura actuó sobre él; la vio tan ingenua, tan veraz, que empezó a creer ciegamente en ella y a amarla como la amaba todo el mundo. ¿Por qué iba a negar el milagro, si todas las páginas de los libros sagrados lo consignan? Un ministro de la religión, por prudente que fuese, no tenía por qué adoptar el papel de escéptico, en el instante mismo en que poblaciones enteras acudían a postrarse, cuando parecía que la Iglesia se encontraba en vísperas de un nuevo y grandioso triunfo. Eso sin contar con que en el fondo era un caudillo de hombres, un agitador de masas y un constructor, y había encontrado allí su camino, el vasto escenario en que podía actuar, la causa grande a la que podía entregarse por entero, con su entusiasmo y con su anhelo de victoria.

Desde aquel instante, el abate Peyramale no tuvo más que una sola idea: ejecutar las órdenes de la Virgen que le habían sido transmitidas por Bernadette. Vigiló el acontecimiento de la gruta: colocó en ella una verja, hizo canalizar el agua del manantial, realizó trabajos de terraplenamiento para

hacerla accesible. Pero en lo que más había insistido la Virgen había sido en que se construyese una capilla, y Peyramale quiso que fuese una iglesia, una verdadera basílica triunfal. Proyectaba las cosas en grande y acosaba a los arquitectos, exigiendo de ellos palacios dignos de la Reina de los Cielos, porque estaba poseído de una serena confianza en que toda la cristiandad le ayudaría con entusiasmo. Por lo demás, afluían los donativos, llovía el dinero de las más apartadas diócesis, y aquella lluvia de oro estaba destinada a ir siempre en aumento y a no cesar nunca. Aquéllos fueron sus años felices; se le encontraba a todas horas entre los obreros, animándoles en el trabajo con su simpatía de hombre bueno y jovial, siempre dispuesto a la risa, y a echar mano él mismo del pico y de la pala, porque sentía verdadera prisa por ver convertido en realidad su sueño. Pero iban a llegar tiempos de dura prueba; cayó enfermo, y estaba en gran peligro de muerte cuando la primera procesión solemne salió de su iglesia parroquial el 4 de abril de 1864 para dirigirse a la gruta, procesión en la que tomaron parte sesenta mil peregrinos y que avanzó por entre una muchedumbre inmensa.

El día en que el abate Peyramale, salvado por primera vez de una muerte inminente, se levantó del lecho, se encontró con que estaba destituido. El obispo, monseñor Laurence, le había nombrado ya un ayudante para que lo reemplazara en su pesada tarea; era un antiguo secretario suyo, el padre Sempé, a quien había nombrado director de los misioneros de Garaison, casa fundada por él. El padre Sempé era un hombrecito enjuto y fino, que aparentaba gran desinterés y una gran humildad, aunque en el fondo era un hombre de apasionadas ambiciones. Al principio se mantuvo en su papel, sirviendo al cura de Lourdes como subordinado fiel, ocupándose de todo para aliviarlo y poniéndose al corriente de todo, en el deseo de hacerse indispensable. Debió de comprender inmediatamente qué gran negocio resultaría de la gruta y qué colosal renta se podía sacar de ella, con un poco de habilidad que se pusiese en su manejo. No salía del obispado; se había adueñado del obispo, hombre frío y muy práctico que tenía gran necesidad de limosnas. Y así fue como consiguió, cuando cayó enfermo el abate Peyramale, hacer separar definitivamente del curato de Lourdes toda la zona de la gruta, y que le nombrasen administrador, al frente de algunos padres de la Inmaculada Concepción, de los que fue nombrado superior por el obispo.

Enseguida empezó la lucha, una de esas pugnas sordas, encarnizadas, mortales, que suelen producirse a la sombra de la disciplina eclesiástica. Había ya una causa de ruptura, un campo de batalla sobre el que se iba a luchar a golpes de millones: la construcción de una nueva iglesia parroquial,

más espaciosa y digna que la vieja iglesia existente, cuya insuficiencia era reconocida desde que afluían muchedumbres crecientes de fieles. Se trataba, por lo demás, de una antigua idea del abate Peyramale, que quería ser el ejecutor estricto de las órdenes de la Virgen. Esta había dicho, hablando de la gruta: «Vendrán a este lugar en procesión», y el abate se había familiarizado con la idea de que los peregrinos partirían en procesión de la ciudad, adonde regresarían por la noche del mismo modo, cosa que, por otra parte, ya había ocurrido. Se necesitaba, pues, un centro, un sitio de concentración, y Peyramale soñaba para ello con una iglesia magnífica, con una catedral de proporciones gigantescas, que tuviera capacidad para albergar a un pueblo entero. Llevado por su temperamento de constructor, de obrero apasionado del cielo, la veía ya alzarse sobre el suelo, erguido bajo el firmamento el alto campanario, trémulo de campanas. Era aquélla la casa que él quería construir, su acto de fe y de adoración, el templo en que él oficiaría de pontífice, donde triunfaría, asistido por el dulce recuerdo de Bernadette, frente a la obra de que había sido despojado. Naturalmente, en la profunda amargura que lo embargaba, aquella iglesia parroquial nueva tenía en cierto modo una significación de desquite, su parte de gloria personal, una manera de dar empleo a su actividad militante, la fiebre que le consumía desde que con el corazón destrozado había tenido que suspender sus visitas a la gruta.

Aquello fue al principio una nueva llamarada de entusiasmo. La ciudad antigua, que se vio desairada y postergada, hizo causa común con su cura, ante el riesgo de que todo el dinero y toda la vitalidad se desviasen hacia la ciudad nueva, que brotaba de la tierra, en torno a la basílica. El concejo municipal votó la cantidad de cien mil francos, contribución que, desgraciadamente, no debía ser entregada sino cuando la iglesia estuviera techada. El abate Peyramale había dado ya su aprobación a los planos del arquitecto, que interpretaban bien el grandioso proyecto que él se había forjado, y había tratado también con un empresario de Chartres, que se obligaba a dejar terminada la iglesia en tres o cuatro años, siempre que los pagos prometidos le fuesen hechos con toda regularidad. Seguro de que los donativos seguirían afluyendo de todas partes, el abate se lanzó despreocupado en aquella enorme empresa, desbordante de energía tranquila, contando con que el cielo no le abandonaría en el camino. Creyó firmemente que podía esperar el apoyo del nuevo obispo, monseñor Jourdan, quien, después de bendecir la colocación de la piedra fundamental, pronunció una alocución en la que reconoció la necesidad y el mérito de la obra. Daba la impresión que el padre Sempé se hubiese resignado, con su habitual



humildad, aceptando aquella competencia desastrosa que le obligaba a un reparto, porque parecía estar entregado por completo a la administración de la gruta, y hasta había dejado colocar en la basílica un cepillo para la nueva iglesia parroquial en construcción.

La lucha sorda comenzó luego, con más furia que antes. El abate Peyramale, que era un pésimo administrador, se extasiaba viendo cómo crecía rápidamente su iglesia. Los trabajos adelantaban a buen paso, y él no pedía más, convencido siempre de que la Santa Virgen sería la que proveería. Grande fue su estupor cuando echó de ver que el manantial de las limosnas se agotaba, que no le llegaba ya el dinero de los fieles, como si alguien, desde las sombras, hubiese desviado la corriente. Y llegó un día en que le fue imposible realizar los pagos prometidos. Era el resultado de una hábil maniobra de estrangulamiento, de la que el abate no se dio cuenta sino más tarde. Así es como el padre Sempé había conseguido otra vez que el obispo se interesase únicamente por la gruta. Hasta se habló de circulares confidenciales que habrían sido enviadas a todas las diócesis, recomendando que en lo sucesivo no se enviaran las limosnas a la parroquia. La gruta voraz, la gruta insaciable, lo quería todo, lo engullía todo. Llegaron a tal punto las cosas que fueron retenidos billetes de quinientos francos depositados en la alcancía de la basílica: se despojaba el cepillo, se robaba a la parroquia. El cura Peyramale, arrastrado por el entusiasmo que sentía por la iglesia que se construía, que era como hija suya, resistía con violencia; hubiera sido capaz de dar hasta su sangre. Al principio hizo todos los tratos para la obra con la garantía de la misma obra; pero cuando se encontró sin fondos para hacer frente a los pagos convenidos, los realizó bajo su responsabilidad personal. Su vida estaba concentrada allí, y la agotó en esfuerzos heroicos. Sobre los cuatrocientos mil francos prometidos, no había podido entregar más que doscientos mil; y el concejo municipal se encaprichaba en no entregar los cien mil hasta tanto no se hubiese puesto el tejado a la iglesia. Aquello era ir contra los intereses evidentes del municipio. El padre Sempé, según se decía, actuaba en secreto, ponía obstáculos a todo. Y, de pronto, triunfó: los trabajos fueron suspendidos.

Comenzó entonces la agonía. El cura Peyramale, montañés de hombros anchos y cara leonina, había recibido un duro golpe en el corazón, y no tardó en venirse abajo, como un roble fulminado por el rayo. Guardó cama y no se levantó ya. Se rumoreaban muchas cosas; se aseguraba que el padre Sempé había tratado de introducirse en la casa parroquial, alegando un pretexto piadoso, pero, en realidad, para averiguar si su temido adversario estaba

herido de muerte; y se añadía que habían tenido que expulsarlo de aquella morada de dolor, en la que su presencia constituía un escándalo. Cuando el sacerdote murió, lleno de amargura, vencido, pudo verse al padre Sempé asistir, ufano, a los funerales, sin que nadie se atreviese a apartarlo. No faltó quien dijera que ostentaba en aquella ocasión una odiosa alegría, y que su rostro pregonaba su triunfo. ¡Se había librado, por fin, del único que era para él un impedimento, y cuya legítima autoridad le inspiraba temor! Ya no se vería obligado a compartir con nadie, de ahí en adelante, el usufructo de la gruta, desde que los dos obreros de Nuestra Señora de Lourdes habían desaparecido: Bernadette en el convento y el abate Peyramale bajo tierra. Quedaba dueño absoluto del terreno, todas las limosnas irían a parar a sus manos, y podría manejar a su capricho los ochocientos mil francos a que ascendían, aproximadamente, las entradas anuales. Llevaría a término los trabajos gigantescos que habían de convertir la basílica en un mundo aparte que se bastaría a sí mismo; colaboraría al embellecimiento de la ciudad nueva, a fin de dejar más aislada todavía a la ciudad vieja, relegándola detrás de sus rocas, como ínfima parroquia, eclipsada por el esplendor de su vecina omnipotente. Era éste el poder definitivo, todo el dinero y toda la dominación.

Sin embargo, aunque hubiesen quedado suspendidas las obras de la nueva iglesia parroquial y ésta pareciese abandonada dentro de su cercado de madera, era visible que los trabajos habían adelantado mucho, pues se habían hecho las bóvedas de las naves laterales. Constituía, pues, una amenaza si la ciudad se decidía alguna vez a terminarla. Había que acabar de matarla, convirtiéndola en una ruina irreparable. La sorda maniobra siguió adelante; fue una maravilla de crueldad, de destrucción lenta. Para empezar, se consiguió conquistar al nuevo vicario, de tal manera que éste no abría siquiera los sobres que llegaban con dinero, aunque viniesen dirigidos a la parroquia: todas las cartas con valores eran llevadas directamente a los frailes. Se hicieron reparos a la situación de la nueva iglesia, y se consiguió que el arquitecto diocesano redactase un informe en el que se afirmaba que la antigua iglesia reunía suficiente solidez y condiciones para las necesidades del culto. Pero, sobre todo, se hizo presión sobre el obispo, resaltando especialmente las dificultades pecuniarias que habían ocurrido con el contratista. Peyramale no había sido, a tenor de estas maniobras, sino un hombre de carácter violento, caprichoso; una especie de loco cuyo celo indisciplinado había estado a punto de comprometer los intereses de la religión.

El obispo, olvidando que había bendecido la primera piedra, lanzó una pastoral en la que ponía en entredicho aquella iglesia, con prohibición de celebrar en ella todo servicio religioso; aquello fue el mazazo final. Se entablaron una serie de pleitos interminables; el contratista, que no había cobrado más que doscientos mil de los quinientos mil francos que importaban las obras ejecutadas, entabló demanda contra el heredero del cura Peyramale, contra la propiedad de las obras y contra el municipio, porque éste se negaba a entregar los cien mil francos votados. El Consejo de la Prefectura empezó por declararse incompetente; pero, habiéndole hecho devolución del pleito el Consejo de Estado, resolvió condenar a la ciudad al pago de los cien mil francos y al heredero a terminar la construcción de la iglesia, poniendo a la comisión pro templo fuera de toda controversia.

Se apeló nuevamente al Consejo de Estado, el cual revocó la sentencia; y, sentenciando a su vez, condenó a la comisión o, en su defecto, al heredero, a pagar al contratista. Como ni la una ni el otro eran solventes, la situación no varió. El litigio había durado quince años. La ciudad se resignó y pagó los cien mil francos al empresario, a quien sólo se quedó debiendo doscientos mil. Pero esta cantidad había ido subiendo con la acumulación de gastos de toda clase y de intereses, al punto de que ya llegaba a los seiscientos mil francos; por otra parte, se calculaba en cuatrocientos mil el dinero necesario para terminar la iglesia, de modo que hacía falta un millón para evitar la ruina total. Desde aquel día, los padres de la gruta podían ya dormir tranquilos; habían consumado el asesinato; también la iglesia estaba muerta.

Las campanas de la basílica repicaron echadas a vuelo; el padre Sempé reinó victorioso al salir de aquella lucha gigantesca, de aquella pelea a cuchillo, en la que habían sido muertos, en la penumbra discreta de las sacristías, primero un hombre y luego unas piedras. Y el viejo Lourdes, testarudo y torpe, expió duramente el error de no haber sostenido mejor a su cura, que había muerto de pena, por amor a su parroquia; desde entonces la ciudad nueva no cesó de engrandecerse y de prosperar a expensas de la ciudad vieja. Todo el dinero iba a parar a la primera; los padres de la gruta tenían el dinero que querían; comanditaban hoteles y tiendas de cirios y vendían el agua del manantial, aunque les estaba formalmente prohibido hacer negocio de ninguna clase por una cláusula de su contrato con el municipio.

La región entera se corrompía. El triunfo de la gruta había desatado una avidez de lucro tal, una fiebre tan delirante de ganancia y goce, que ante aquel torrente de millones se iba agravando de día en día la perversión local, transformando la Belén de Bernadette en una Sodoma y Gomorra. El padre

Sempé había consumado el triunfo de Dios valiéndose de la abominación humana y sin tener en cuenta el desastre de las almas. Brotaban del suelo construcciones gigantescas, se habían invertido ya cinco o seis millones, sacrificándolo todo a la voluntad decidida de dejar de lado a la parroquia, a fin de quedarse con la presa entera. Las rampas colosales, tan costosas, no tenían otro objeto que eludir el deseo de la Virgen, que había pedido que se fuese a la gruta en procesión. El descender de la basílica por la rampa de la izquierda y volver a ella por la de la derecha no era precisamente ir en procesión, sino más bien girar en el mismo sitio. Pero los padres conseguían con ello que la procesión naciese y terminase dentro de sus dominios, de manera que, como únicos propietarios, todo el provecho quedase en casa. Eran los usufructuarios exclusivos de aquel viñedo inagotable. El cura Peyramale había sido enterrado en la cripta de su iglesia inconclusa y ya en ruinas; Bernadette había agonizado lentamente en un convento lejano y ahora dormía bajo las losas de la capilla.

Cuando el doctor Chassaigne dio fin a su largo relato, reinó un silencio agobiante. Luego se puso en pie trabajosamente.

—Hijo mío —dijo—, van a dar las diez y yo quisiera que se tomase usted un breve descanso. Regresemos.

Pedro le siguió silencioso. Ambos se encaminaron hacia la ciudad con paso rápido.

—Sí, mi querido sacerdote —prosiguió el doctor—, se han cometido aquí grandes iniquidades y se han causado grandes dolores. Pero así es la vida. Los hombres echan a perder las obras más hermosas. No puede usted darse todavía una idea de la horrenda tristeza que encierra todo lo que le acabo de contar. Hay que verlas, hay que palparlas. ¿Quiere usted que le lleve esta tarde a visitar la habitación de Bernadette y la iglesia no terminada del cura Peyramale?

—¡Cómo no! Me parece muy bien.

—Iré, pues, a buscarlo a la basílica después de la procesión de las cuatro.

Y ya no volvieron a hablar, porque cada cual iba absorto, en sus pensamientos.

El Gave, que ahora tenían a su derecha, corría por una garganta profunda, desapareciendo casi entre los arbustos. Pero, de trecho en trecho, dejaba ver su clara corriente, que tenía un color de plata mate. Más lejos, a la salida de un brusco recodo, aparecía otra vez ensanchado a través de una llanura, desarrollándose en forma de capas inestables que cambiaban a cada instante el cauce, debido a que el suelo de arena y de guijarros era poco firme en todas

partes. El sol empezaba a quemar y estaba muy alto en el firmamento, cuyo azul se hacía más intenso de un extremo a otro del inmenso círculo de montañas.

En aquel recodo del camino reapareció Lourdes, perdida en la lejanía, ante los ojos de Pedro y del doctor Chassaigne. En aquella espléndida mañana, blanqueaba la ciudad en el horizonte, entre la polvareda de oro y púrpura que flotaba en la atmósfera, con sus casas y sus monumentos que se iban destacando a medida que se aproximaban a ellos. El doctor, sin hablar, acabó por mostrar a su compañero aquella ciudad en pleno crecimiento, haciendo un amplio y triste ademán, como si quisiera tomarla por testigo de todo cuanto acababa de referir.

Empezábase a distinguir el fulgor de la gruta, amortiguado por la luz del día y medio oculto entre la vegetación circundante. Luego se veían desparramadas las gigantescas obras ejecutadas: el malecón de piedra de sillería, construido a lo largo del Gave, cuyo curso había sido necesario desviar; el puente nuevo, que servía para unir los nuevos jardines al bulevar recientemente inaugurado; las rampas colosales y la maciza iglesia del Rosario, y la esbelta basílica, de una gracia altiva, que lo dominaba todo. Desde aquella distancia y en los alrededores de la gruta no se veían de la ciudad nueva sino fachadas blancas que aparecían entre la maleza, reflejos vivos de techos nuevos, de pizarra; grandes conventos, grandes hoteles; la ciudad rica surgida como por ensalmo en aquel pobre suelo de otros tiempos; y detrás de la masa rocosa, en la que se contorneaban los muros ruinosos del castillo, emergían, confusos y borrosos, los humildes tejados de la ciudad vieja: mezcla de tejados pequeños y roídos por los años, que se apretujaban medrosamente unos contra otros. Como fondo de esta evocación de la vida actual y la del pasado, se levantaban, envueltos en la gloria del sol eterno, el Pequeño Gers y el Gran Gers, cerrando el horizonte con sus flancos desnudos, veteados de amarillo y rosa por los rayos oblicuos del sol.

El doctor Chassaigne quiso acompañar a Pedro hasta el hotel de las Apariciones; y no se separó de él hasta que lo dejó allí, recordándole la cita que le había dado para aquella tarde. No eran todavía las once. Pedro, que se sintió de pronto anonadado por la fatiga, se esforzó, sin embargo, en comer algo antes de meterse en la cama, porque se daba cuenta de que la debilidad era en gran parte la causa de su desfallecimiento. Afortunadamente, encontró un sitio libre en la mesa común y comió, dormitando casi, con los ojos abiertos, sin poner atención en lo que le servían; luego subió a su aposento y

se tiró en la cama, teniendo antes el cuidado de decir a la camarera que lo despertase a las tres.

Pero, una vez tumbado, la excitación que le dominaba le impidió, al principio, conciliar el sueño. Un par de guantes, olvidados en la habitación contigua, le habían hecho recordar al señor de Guersaint, que había partido antes de amanecer a Gavarnie y que no regresaría hasta el anochecer. ¡Dichosos aquellos que no sienten ninguna preocupación! Él, mientras tanto, se hallaba ahora deshecho de cansancio, desatinado y agobiado por mortal tristeza.

Todo parecía conjurarse contra sus buenos deseos de reconquistar la fe de su infancia. La trágica aventura del cura Peyramale no había hecho sino estimular el espíritu de rebeldía que había quedado en él cuando supo la historia de Bernadette, la elegida y la mártir. La verdad que había venido a buscar en Lourdes, en lugar de devolverle la fe, ¿acabaría por hacer aún más intenso el odio que sentía contra la ignorancia y contra la credulidad, en la amarga certidumbre de que el hombre se encuentra en este mundo solo con su razón?

Al fin se quedó dormido. Pero su penoso sueño continuaba poblado de imágenes diversas. Veía a Lourdes, corrompida por el dinero, convertida en lugar de abominación y de perdición, transformada en un enorme bazar en que todo se vendía; las misas y las almas. Veía al cura Peyramale, muerto y enterrado en las ruinas de su iglesia, entre las ortigas que había sembrado la ingratitud. Y no consiguió tranquilizarse, no logró saborear la dulzura del aniquilamiento sino cuando desapareció la última visión, pálida y lamentable, la de Bernadette en Nevers, arrodillada en la penumbra de un rincón, soñando con su obra, allá lejos, que jamás había de ver.

## **JORNADA CUARTA**

## I

**E**n el hospital de Nuestra Señora de los Dolores, María se había quedado aquella mañana sentada en su cama, con la espalda apoyada en almohadas. Como había pasado toda la noche en la gruta, no quiso que la llevarsen otra vez. La señora de Jonquière se acercó para levantar una de las almohadas, que se iba deslizado, y entonces María le preguntó:

—¿Qué día es hoy, señora?

—Lunes, hija mía.

—¡Ah, tiene usted razón! ¡No sabe ya una en qué día vive! ¡Y, además, soy tan feliz! La Santa Virgen me va a curar hoy.

Y sonrió, con expresión de quien está soñando despierta, con la mirada ausente, perdida, tan absorta en su idea fija que no veía en la lejanía sino la certidumbre de su esperanza.

La sala de Santa Honorina acababa de desocuparse en torno suyo; todas las enfermas habían salido para la gruta; sólo quedaba, en la cama contigua, la señora de Vêtu, agonizante. Pero María no la veía siquiera, y estaba encantada de aquella tranquilidad que se había producido de pronto. Una de las ventanas que daban al patio estaba abierta, y el sol de aquella radiante mañana penetraba a raudales en la sala, formando un polvillo de oro que iba a danzar precisamente sobre las ropas de su cama y bañaba sus pálidas manos. ¡Qué agradable era estar ahora en aquella sala, tan lúgubre de noche, entre el amontonamiento de aquellos lechos de dolor y la hediondez y los gemidos de pesadilla! El sol había penetrado en ella, y el aire mañanero la había refrescado, quedando sumida de pronto en la dulzura del silencio.

—¿Por qué no trata usted de dormir un poco? —le dijo maternalmente la señora de Jonquière—. Debe usted estar rendida después de una noche entera pasada en vela.

María se quedó sorprendida, porque se sentía tan despejada, tan ágil, que ni siquiera se daba cuenta de que tenía miembros.

—¡Pero si no estoy cansada, ni mucho menos, y no tengo sueño! ¿Dormir? Eso sería demasiado triste, porque entonces me habría olvidado de que hoy seré curada.

La directora no pudo menos que sonreírse.



—Entonces, ¿por qué no ha querido que la llevarsen a la gruta? Va usted a aburrirse en esa cama, solita.

—No crea que estoy sola, señora; estoy en compañía de Ella.

Al decir esto, unió las manos, con expresión de éxtasis, y brotó en sus ojos la visión.

—¿Sabía usted que anoche la vi y que me hizo una inclinación con su cabeza, sonriéndome? Yo he comprendido lo que me decía, y oía perfectamente sus palabras, aunque ella no despegó los labios. A las cuatro, cuando pase el Santísimo Sacramento, quedaré curada.

La señora de Jonquière quiso calmarla, algo alarmada por aquella especie de sonambulismo en que la veía, pero la enferma repetía:

—No, no he empeorado, sino que espero. Pero ya comprenderá usted, señora, que no necesito ir esta mañana a la gruta, desde el momento que ella misma me ha fijado la hora de las cuatro de la tarde.

Y añadió, bajando la voz:

—A las tres y media vendrá Pedro a buscarme. Y a las cuatro estaré curada.

El sol iba ascendiendo lentamente a lo largo de sus brazos desnudos y transparentes, de una delicadeza enfermiza; sus admirables cabellos rubios, desparramados sobre sus hombros, parecían como un chorro del astro mismo que la envolvía por completo. El canto de un pájaro, que pareció alegrar el silencio escalofriante de la sala, llegó desde el patio. Por allí debía estar jugando algún niño, aunque no se le veía, porque, por momentos, resonaban también risas ligeras en la atmósfera tibia, de una tranquilidad deliciosa.

—Perfectamente —dijo la señora de Jonquière para terminar—; ya que no tiene usted sueño, no duerma. Pero sea usted razonable; eso le servirá de descanso.

En la cama contigua, mientras tanto, la señora de Vêtu se moría. No se habían atrevido a llevarla a la gruta por temor de que falleciese en el camino. Hacía un instante que tenía cerrados los ojos, y sor Jacinta, que no la perdía de vista, llamó con un gesto a la señora de Désagneaux para comunicarle su mala impresión. Las dos se inclinaron enseguida sobre la moribunda, espiándola con creciente inquietud. El semblante se había vuelto todavía más amarillo, del color del barro; los ojos más hundidos; los labios parecían irse adelgazando, y, sobre todo, empezaba el estertor, una respiración lenta y pestilente, infestada por el cáncer que estaba acabando de devorarle el estómago.

Bruscamente alzó los párpados, y quedó asustada al ver aquellas dos caras inclinadas sobre la suya. ¿Era que estaba próxima a morir, puesto que la contemplaban de aquella manera? Una tristeza inmensa se dibujó en sus ojos, un pesar desesperado de abandonar la vida. No llegaba a la rebeldía violenta, porque ya no tenía fuerzas para luchar; pero ¡qué horroroso destino el suyo: abandonar su negocio, abandonar sus costumbres habituales, abandonar a su marido, para venir a morir tan lejos! ¡Haber soportado el terrible suplicio de semejante viaje, rezar de día, rezar de noche, no ser escuchada, y morir viendo que los demás curaban!

Sólo pudo balbucear:

—¡Cuánto sufro, cuánto sufro! Por favor, hagan ustedes algo por mí; procuren, por lo menos, ahorrarme sufrimientos.

La menuda señora de Désagneaux, con su bonito rostro de tez láctea perdido entre la maraña de sus cabellos rubios, se hallaba trastornada. No estaba acostumbrada a ver agonizar; hubiera dado la mitad de su corazón — como ella decía— para ver curada a aquella pobre enferma. Se irguió, llamando aparte a sor Jacinta, que también estaba conmovida hasta el llanto, pero que se resignaba a la salvación de aquella mujer, gracias a una buena muerte. ¿Es que realmente no había ya nada que hacer? ¿No podía intentarse algo en el sentido que pedía la enferma? El abate Judaine había estado aquella misma mañana, hacía dos horas, para darle la comunión y administrarle la extremaunción. Había, pues, recibido la ayuda del cielo, la única con que podía contar, ya que de los hombres no esperaba nada desde hacía mucho tiempo.

—Hay que hacer algo por ella —exclamó la señora de Désagneaux.

Y se dirigió en busca de la señora de Jonquière, que se encontraba junto a la cama de María.

—¿No oye usted, señora, cómo sufre esa desgraciada mujer? Sor Jacinta cree que no le quedan sino algunas horas. Pero no es posible que la dejemos sufrir de ese modo. Existen analgésicos. ¿Por qué no hacemos venir a ese médico que nos acompaña?

—Creo que sí, que debemos hacerlo venir sin pérdida de tiempo —contestó la directora.

Nunca se pensaba en el médico en aquellas salas. La idea de recurrir a sus servicios no les venía a las mientes a aquellas señoras sino en los instantes de alguna crisis terrible.

La misma sor Jacinta, sorprendida de no haberse acordado de Ferrand, que se hallaba en una habitación contigua, según ella sabía, dijo:

—¿Quiere usted, señora, que vaya yo misma a llamar al doctor Ferrand?

—¡Claro que sí! Y tráigalo inmediatamente.

Cuando la hermana salió, la señora de Jonquière se hizo ayudar por la señora de Désagneaux para levantar un poco la cabeza de la moribunda, en la creencia de que eso la aliviaría. Precisamente estaban las dos solas, porque todas las restantes señoras hospitalarias se habían marchado aquella mañana a sus ocupaciones o sus devociones. En el fondo de aquella gran sala vacía, en la que reinaba una paz tan dulce y en la que ponía el sol su tibia vibración, se oían únicamente, de cuando en cuando, risas ligeras de aquel niño invisible.

—¿Será Sofía la que hace todo ese barullo? —preguntó de pronto la directora, muy preocupada ante aquella catástrofe que preveía.

Caminó rápidamente hasta un extremo de la sala. Era, en efecto, Sofía Couteau, la niña curada milagrosamente el año anterior, a quien encontró sentada en el suelo, detrás de una cama, entretenida en hacer, a pesar de sus catorce años, una muñeca con unos trapos. Le hablaba a su muñeca y se sentía tan feliz y estaba tan absorta en su juego, que se reía a sus anchas.

—¡A ver, señorita, póngase tiesa! ¡Baile una polca, demuestre que lo sabe! ¡Una, dos! ¡Baile, gire, dele un beso a la persona que quiera!

Pero ya llegaba la señora de Jonquière.

—Hija, tenemos ahí una enferma que sufre mucho y que se encuentra muy mal. No hay que reírse tan fuerte.

—¡Ah, señora, no lo sabía!

Se había puesto de pie, con la muñeca en la mano, y se quedó muy seriecita.

—¿Cree usted, señora, que se morirá?

—Mucho lo temo, hija mía.

Sofía ya no chistó. Siguió a la directora y se sentó en una cama próxima, contemplando con sus grandes ojos, en actitud de intensa curiosidad, sin miedo alguno, la agonía de la señora de Vêtu. La señora de Désagneaux se impacientaba al ver que no llegaba el médico. María, entre tanto, extática, aureolada por el sol, parecía extraña a cuanto pasaba a su alrededor y vivía en la gozosa espera del milagro.

Sor Jacinta no había encontrado a Ferrand en la pieza donde éste solía estar, junto al cuarto de la ropa, y se puso a buscarle por toda la casa. El joven médico llevaba dos días en aquel hospital, y estaba cada vez más asombrado de ver que sólo acudían a él en el momento de las agonías. Resultaba inútil el botiquín que había traído consigo; tampoco se prescribía tratamiento alguno a los enfermos, porque éstos no habían ido allí a cuidarse, sino a curarse de

repente, sin medicamento alguno; por eso el médico se limitaba casi exclusivamente a distribuir píldoras para adormecer con ellas los dolores demasiado agudos. Tuvo ocasión de asistir, con gran sorpresa, a una visita que el doctor Bonamy hizo a las salas. Aquello fue un simple paseo; el médico paseaba por allí como cualquier curioso, y no se interesaba por ningún enfermo, ni se molestó en examinarlos, ni les interrogó para nada. Su única preocupación eran las presuntas curaciones; así es que se detenía delante de las mujeres que ya conocía por haberlas visto en su oficina de comprobación de los milagros. Entre ellas había una que tenía tres enfermedades distintas, de las cuales la Virgen no se había dignado curarla, hasta entonces, sino de una, aunque esperaba que haría lo mismo con las otras. Sucedió a veces que se encontraba con alguna desgraciada que había sido curada el día anterior y que ahora le hacía saber que le habían vuelto los dolores; pero no por eso el doctor perdía su serenidad; mostrábase siempre conciliador, seguro de que el cielo terminaría lo que el cielo había empezado. ¿No era ya satisfactorio que hubiera un comienzo de curación? Por eso repetía siempre su frase habitual: «Ha empezado a curarse; tenga paciencia y confianza en el cielo». Pero lo que él temía sobre todo era la manía de las señoras directoras, que se empeñaban en hacerle quedar a toda costa en la sala para mostrarle algunos casos extraordinarios. Todas ellas tenían la costumbre de jactarse de contar en su sección las enfermedades más graves, los casos excepcionales, espantosos; por eso deseaban vivamente hacerlos comprobar, para poder hacer mérito luego de su curación. Esta le detenía por un brazo, afirmándole que creía que en su sección había una leprosa; aquélla le suplicaba que la siguiese, y le hablaba de una joven que tenía la cintura cubierta de escamas de pescado. La de más allá le cuchicheaba al oído ciertos detalles horribles de una señora casada, perteneciente al gran mundo. El doctor se escapaba, negándose a visitar a ninguna y acabando por prometer que vendría después, cuando tuviera tiempo. Escuchando a las señoras, como él mismo decía, el día transcurría en consultas inútiles. Repentinamente se detenía delante de alguna mujer curada milagrosamente, llamaba a Ferrand con un ademán y exclamaba: «¡Aquí tiene usted una curación interesante!». Y Ferrand, estupefacto, tenía que aguantar la reconstitución de la enfermedad que había desaparecido por completo a la primera inmersión en la piscina.

Por fin sor Jacinta se encontró con el abate Judaine, que le informó de que acababan de llamar al joven doctor para que fuese a la sala de los matrimonios. Era la cuarta vez que bajaba para atender al hermano Isidoro, cuyos dolores no cesaban un instante. Lo único que Ferrand podía hacer era

atiborrarle de opio. En medio de su martirio, el hermano pedía solamente que le calmasen un poco, a fin de tener la fuerza necesaria para hacerse llevar a la gruta por la tarde, ya que no habían podido conducirlo por la mañana. Pero el dolor subía de punto, y llegó a perder el conocimiento. Cuando entró la hermana, encontró al médico sentado a la cabecera del misionero.

—Señor Ferrand, venga usted pronto conmigo a la sala de Santa Honorina, donde tenemos una enferma que se nos muere.

Ferrand la acogió con una sonrisa; no podía verla sin sentirse alegre y reconfortado.

—Voy con usted hermana. Pero tenga la bondad de esperarme un minuto. Quiero ver si consigo reanimar a este desgraciado.

Sor Jacinta se armó de paciencia y trató de ser útil. También la sala de los matrimonios, situada en la planta baja, estaba inundada de sol y oreada por tres grandes ventanas que daban a un estrecho jardín. Sólo había quedado allí aquella mañana con el hermano Isidoro el señor Sabathier, porque deseaba descansar un poco; la señora Sabathier aprovechó la ocasión para salir a realizar algunas compras, consistentes en medallas e imágenes para obsequios. Beatíficamente sentado en su lecho, con la espalda apoyada en los almohadones, hacía correr entre sus dedos las gruesas cuentas de su rosario; pero no rezaba, sino que seguía haciéndolo por una especie de distracción maquinal, con los ojos fijos en su vecino, cuya crisis seguía con doloroso interés.

—¡Ay, hermana! —dijo a sor Jacinta, que se había acercado—. Este pobre hombre me llena de admiración. Ayer tuve un momento en que dudé de la Virgen, viendo que no se dignaba escucharme al cabo de siete años que vengo; pero el ejemplo de ese mártir, tan resignado en medio de sus torturas, me ha hecho avergonzarme de mi poca fe. Con ser tanto lo que sufre, hay que verle delante de la gruta, con los ojos encandilados por una esperanza sublime. Es una cosa verdaderamente hermosa. Sólo en el Louvre, que yo sepa, hay un cuadro, de un pintor italiano desconocido, en el que puede verse una cabeza de monje divinizada por una fe semejante.

Reaparecía el intelectual, el antiguo universitario nutrido de literatura y de arte en aquel hombre fulminado por la vida, que había querido hacerse hospitalizar y no ser más que un pobre con el objeto de conmover al cielo. Reflexionó acerca de su situación, y agregó, dominado por la tenacidad de su esperanza, que sus siete inútiles viajes no habían sido capaces de abatir:

—En fin, todavía me queda la tarde, puesto que no nos marchamos hasta mañana. El agua está muy fría, pero haré que me sumerjan una vez más.

Desde esta mañana no dejo de rezar, pidiendo perdón por mi rebeldía de ayer. ¿No es verdad, hermana, que a la Santa Virgen le basta con un segundo cuando quiere dignarse curar a uno de sus hijos? ¡Que se haga su voluntad y que sea bendito su nombre!

Y reanudó sus avemarías y padrenuestros, pasando las cuentas del rosario muy lentamente, mientras sus párpados se entornaban y su faz blancuzca, al cabo de tantos años de vivir apartado del mundo, tomaba una expresión infantil.

Ferrand había llamado con una señal a María, la hermana de fray Isidoro. Estaba ésta al pie de la cama, con los brazos caídos y la vista fija en aquel moribundo a quien adoraba, pero sin verter una lágrima, resignada como pobre muchacha de corto entendimiento. Ella no era más que un perro cariñoso; había querido acompañar a su hermano, gastando sus escasos ahorros, sin hacer otra cosa que verle sufrir. Así, cuando el médico le dijo que tomara en sus brazos al enfermo y lo levantara un poco, experimentó una verdadera felicidad al ver que servía para algo. Su cara, tosca y triste, llena de pecas, se iluminó.

—Sosténgalo mientras yo procuro hacerle tragar esto.

Ella lo sostuvo y Ferrand consiguió introducirle con una cucharita, por entre sus dientes apretados, algunas gotas de líquido. Casi enseguida el enfermo abrió los ojos y suspiró profundamente. Se calmó algo, porque el opio empezó a hacer su efecto, adormeciendo los dolores que sentía en el costado derecho, como quemaduras de hierro candente. Pero se había quedado tan débil que cuando quiso hablar hubo que aplicar la oreja a su boca para entenderle.

Con un leve ademán, rogó a Ferrand que se inclinase.

—Es usted médico, ¿verdad? Deme usted fuerzas para poder ir todavía esta tarde a la gruta. Estoy seguro de que, si consigo ir, la Santa Virgen me curará.

—Le aseguro que irá —le respondió el joven—. ¿No se siente ya usted mucho mejor?

—¡Tanto como eso, no! Sé perfectamente lo que tengo, porque he visto ya morir a muchos hermanos nuestros, allá en el Senegal. Cuando está afectado el hígado y el absceso sale afuera, la cosa no tiene remedio. Sobrevienen los sudores, la fiebre, el delirio. Pero la Santa Virgen tocará el mal con un dedo y me curará. ¡Yo les suplico a todos ustedes que me lleven a la gruta, aunque haya perdido el conocimiento!

La hermana Jacinta también se había inclinado hacia el enfermo.

—No pase usted cuidado, querido hermano. Irá usted a la gruta después de comer, y todos rezaremos por usted.

Por fin consiguió llevarse con ella a Ferrand.

Cuando entraron en la sala de Santa Honorina, la señora de Vêtu seguía gimiendo, presa de intolerables sufrimientos. Junto a la cama se encontraban la señora de Jonquière y la señora de Désagneaux, pálidas y angustiadas por aquel grito de muerte que no cesaba un instante. A las preguntas que hicieron en voz baja a Ferrand, respondió éste con un ligero encogimiento de hombros: era caso perdido; cuestión de horas, o tal vez de minutos. Lo más que podía hacer él era darle algún estupefaciente, como hizo con el hermano Isidoro, a fin de facilitar la atroz agonía que preveía. La enferma le miraba; conservaba aún todo su conocimiento; era, además, muy obediente y nunca rehusaba el medicamento que se le ofrecía. Sólo tenía un deseo, lo mismo que los demás: volver a la gruta.

Y lo manifestó balbuceando, con voz de niño que tiembla pensando que nadie se ocupa de él.

—A la gruta, ¿no es verdad? A la gruta.

—Le prometo a usted que la llevarán allí dentro de un rato —le dijo sor Jacinta—. Pero hay que ser buena. Trate de dormir un poco para recobrar fuerzas.

Pareció que la enferma jadeaba aletargada, y la señora de Jonquière aprovechó aquella oportunidad para llevarse a la señora de Désagneaux al otro extremo de la sala, donde se pusieron a contar la ropa blanca, enredándose en las cuentas que hacían, porque habían desaparecido algunas toallas. Sofía estaba quietecita, sentada en la cama de enfrente. Había colocado la muñeca sobre las rodillas y esperaba que muriese la señora, porque le habían dicho que moriría.

Sor Jacinta permanecía al lado de la moribunda; y, para no perder tiempo, tomó hilo y aguja y se puso a remendar la blusa de una de sus enfermas, que, con el desgaste del uso, se había abierto en los codos.

—Se quedará usted un rato con nosotros, ¿verdad? —le preguntó a Ferrand.

Éste seguía examinando a la señora de Vêtu.

—Sí, sí. Puede írsenos de un momento a otro. Me temo una hemorragia.

Luego bajó la voz, porque vio a María en la cama contigua.

—Y ésta, ¿qué tal sigue? ¿Ha experimentado alguna mejoría?

—Todavía no. ¡Pobre criatura! Crea usted que hacemos los votos más sinceros por que sane. ¡Tan joven, tan encantadora y tan desgraciada! Mírela

usted en este momento. ¡Qué hermosa está! Se la creería una santa, así nimbada de sol, con sus ojazos en éxtasis y esa cabellera de oro que brilla como una aureola.

Ferrand la examinó un instante, con interés. Le causaba sorpresa aquel ensimismamiento, aquella despreocupación de cuanto la rodeaba, su fe ardiente, la fervorosa alegría interior que la reconcentraba en sí misma.

—Sanará —murmuró, como si estuviese haciendo en voz baja un pronóstico—. Sí, sanará.

Después se acercó a sor Jacinta, que había ido a sentarse en el alféizar de la alta ventana, abierta de par en par al aire tibio del patio. El sol empezaba a girar y sólo dejaba caer una estrecha barra de oro sobre las tocas blancas. Ferrand permaneció de pie delante de ella, contemplándola cómo cosía, recostada sobre la barandilla de apoyo.

—No sé si sabrá usted, hermana, que este viaje a Lourdes, que yo acepté como una penosa obligación nada más que para servir a un amigo, me va a resultar una de las mayores felicidades de mi vida.

Ella no comprendió y exclamó ingenuamente:

—¡Ángela María! ¿Qué quiere decir usted con todo eso?

—Quiero decirle que me siento dichoso de haberla vuelto a encontrar a usted, de encontrarme a su lado, ayudándole un poco en su admirable obra. ¡Si usted supiera el agradecimiento que le guardo y cuánto la amo y cuánta veneración siento por usted!

Alzó ella la cabeza para mirarle a la cara, y echó la cosa a broma, sin embarazo alguno. Estaba deliciosa con su cutis de lirio cándido, su boca pequeña y alegre y sus adorables ojos azules, siempre sonrientes. Se presentía la delicadeza de su cuerpo esbelto, de su pecho de niña, porque toda ella respiraba inocencia y abnegación.

—¡Conque usted me ama apasionadamente! ¿Y por qué?

—¿Qué por qué la quiero? Pues porque es usted la mujer más buena, la más consoladora y la más fraternal. Porque es usted, hasta ahora, el recuerdo más profundo de mi vida, el más dulce, el que evoco siempre cuando tengo necesidad de ser sostenido y alentado. ¿No se acuerda ya usted del mes que pasamos juntos en mi humilde habitación, cuando estuve enfermo y usted me cuidó con tanto afecto?

—¡Ya lo creo que me acuerdo! Y hasta puedo decir que nunca he tenido un enfermo tan obediente como usted. Se tomaba todo lo que yo le daba; y cuando le arreglaba las ropas de la cama, después de cambiárselas, se quedaba usted quietecito como un niño.



Ella continuaba mirándole y se sonreía con su ingenua sonrisa de siempre. Ferrand era un buen mozo, vigoroso, de nariz algo voluminosa, ojos magníficos, boca de grana, enmarcada por negro bigote, y estaba en toda la plenitud de su viril juventud. Pero lo que a ella le hacía feliz era simplemente verlo delante, conmovido hasta las lágrimas.

—¡Ay, hermana! De no haber sido por usted, yo me habría muerto. Es usted quien me curó.

Y entonces, mientras se contemplaban con tierna alegría, surgió en sus recuerdos aquel mes encantador. Ya no escuchaban el estertor de la señora de Vêtu, ya no veían la sala, literalmente cubierta de camas, semejante, por su desorden, a una ambulancia improvisada después de una catástrofe pública. Se volvían a ver en el último piso de una casa lóbrega, en un desván del viejo París, y sólo les llegaba la luz del día por una ventana que daba a un mar de tejados. ¡Qué encanto hallarse solos, él aniquilado por la fiebre en la cama, y ella a su lado, como el ángel de la guarda que había venido tranquilamente de su convento, como un camarada que nada teme! Se dedicaba a asistir de aquel modo a los enfermos, ya fuesen mujeres, niños u hombres, al azar, y era completamente feliz con tal de que tuviese algo que hacer, con tal de poder aliviar algún dolor, sin que siquiera la idea de su sexo pasase por su imaginación. Ni él hubiera visto en ella a una mujer, si no fuera porque tenía las manos muy suaves, la voz acariciadora, y porque su presencia irradiaba sentimientos confortadores; pero la verdad es que emanaba de ella toda la ternura de una madre, todo el afecto de una hermana. Por espacio de tres semanas lo asistió como se asiste a un niño —así decía ella—, levantándolo y acostándolo, sirviéndole en sus necesidades más íntimas, sin molestia, sin repugnancia, protegidos ambos contra todo peligro por la santa pureza del sufrimiento y de la caridad. Vivían por encima de la vida. Y cuando la convalecencia, ¡qué agradable intimidad, qué risas de viejos camaradas! Ella seguía cuidándole, le reprendía y le daba golpecitos en los brazos cuando se obstinaba en tenerlos descubiertos. Y él la contemplaba haciendo espuma en la palangana con alguna camisa suya que lavaba para ahorrarle el gasto de la lavandera. Nunca subía nadie allí. Estaban solos, a mil leguas del mundo, encantados de aquella soledad en que sonreía tan fraternalmente su juventud.

—¿Recuerda usted, hermana, aquella mañana en que empecé a caminar otra vez? Usted me levantó y me sostuvo, porque yo, en mi torpeza, daba traspiés, no sabiendo ya servirme de mis piernas. ¡Cómo nos reímos entonces!

—Así es; yo estaba muy contenta, porque le veía a usted fuera de peligro.

—Y aquel otro día, cuando usted me llevó cerezas. Tengo la escena bien grabada en mi mente: yo estaba recostado en las almohadas, usted sentada al borde de la cama, y las cerezas entre los dos, sobre un pedazo de papel blanco. Recuerdo que yo me negaba a probarlas si usted no me acompañaba y comía también.

Y comimos, una yo, otra usted, hasta que no quedó ninguna. ¡Qué ricas estaban!

—Sí, sí, muy ricas... Igualito que lo que pasó con el jarabe de grosella: no quería usted tomarlo si no lo tomaba yo primero.

Reían cada vez más estrepitosamente, encantados con el placer que les producían aquellos recuerdos. Pero un suspiro doloroso que dejó escapar la señora de Vêtu los volvió a la realidad del momento. Ferrand se inclinó y echó una mirada a la enferma, que no se había movido. La sala conservaba la misma calma tremebunda, turbada únicamente por la voz clara de la señora de Désagneaux, ocupada en contar la ropa.

Ahogado por la emoción, Ferrand siguió diciendo en voz baja:

—¡Se lo juro, hermana! ¡Aunque viva cien años, aunque conozca todas las alegrías y todas las ternuras, no amaré jamás a ninguna mujer como la amo a usted!

Sor Jacinta bajó la cabeza, aunque sin embarazo alguno, y volvió a su costura. Un rubor imperceptible arreboló su tez de lirio.

—Yo también, señor Ferrand, le quiero a usted mucho. Pero no diga cosas que puedan envanecerme. Lo que hice por usted lo he hecho por otros muchos. Ése es mi oficio, ya sabe usted.

Y no hay en todo eso más que una cosa agradable: y es que la bondad divina le curó a usted.

De nuevo fueron interrumpidos. La Grivotte y Elisa Rouquet volvían de la gruta, adelantándose a las demás enfermas. Inmediatamente la Grivotte se acurrucó en el colchón, al pie de la cama de la señora de Vêtu, sacó del bolsillo un pedazo de pan y se puso a devorarlo.

Ferrand se había interesado desde el día anterior por aquella tísica, que atravesaba por una curiosa fase de agitación, dominada por un apetito exagerado y por una necesidad febril de movimiento. Pero aún le sorprendió más en aquel instante el caso de Elisa Rouquet, porque era ya evidente que el lupus que le comía la cara se había corregido. Elisa continuaba con sus abluciones en la fuente milagrosa, y venía ahora de la oficina de comprobaciones, donde el doctor Bonamy se había hecho lenguas del caso. Ferrand se adelantó, asombrado, y examinó la llaga, pálida y ya un poco seca;

no estaba curada, ni mucho menos, pero era evidente que había un comienzo de curación. Le pareció tan curioso aquel caso que se hizo la promesa de tomar algunas notas para someterlas al examen de uno de sus antiguos profesores de la Facultad que se había especializado en estudios sobre el origen nervioso de ciertas enfermedades de la piel, cuyo efecto es un desarreglo de la nutrición.

—¿No ha sentido usted comezón? —le preguntó.

—Ninguna, señor. Lo único que hago es lavarme y rezar el rosario con toda mi alma.

La Grivotte, llena de celos y de vanidad, porque se sentía mimada desde el día anterior por las muchedumbres, llamó al médico.

—Pues yo, señor, estoy curada, curada, completamente curada.

Rehusó examinarla Ferrand, haciendo un gesto amistoso.

—Ya lo sé, hija mía. Usted ya no tiene nada.

Pero en aquel momento le llamó sor Jacinta. Había dejado su costura, viendo que la señora de Vêtu se incorporaba, movida por un ataque de náuseas atroces. Pero, a pesar de la prisa que se dio, no tuvo tiempo de llegar con la palangana: la enferma había devuelto otra vez una bocanada de residuos negros, que parecían hollín; pero esta vez estaban mezclados con sangre, con filamentos de sangre violácea. Era la hemorragia, el desenlace inminente que temía Ferrand.

—Avisé usted a la señora directora —dijo éste en voz baja, tomando asiento para estar junto a la cama de la moribunda.

Sor Jacinta corrió en busca de la señora de Jonquière. Había hecho ya la cuenta de las ropas y estaba charlando con su hija Raimunda, a solas, mientras la señora de Désagneux se lavaba las manos.

Raimunda se había escapado unos momentos del refectorio donde estaba de servicio. Era para ella la tarea más penosa: aquella sala larga y estrecha, con sus dos filas de mesas grasientas y su olor nauseabundo a restos de cocina y miseria le revolvió el estómago. Había subido corriendo, para aprovechar la media hora que le quedaba libre, antes de que volviesen los enfermos. Llegó sin aliento, muy encendida y con los ojos brillantes, y se arrojó al cuello de su madre.

—¡Qué contenta estoy, mamá! ¡Ya todo está arreglado!

Asombrada y con la cabeza mareada por las preocupaciones que le daba la dirección de la sala a su cargo, la señora de Jonquière no comprendió lo que quería decirle su hija.

—¿Qué cosa, hija mía?

Entonces Raimunda, bajando la voz y ruborizándose un poco, habló:

—¡Mi boda!

Esta vez le tocó a la madre alegrarse. Una satisfacción vivísima asomó de pronto en su cara regordeta de mujer madura, aunque hermosa y de buen aspecto todavía. Inmediatamente se acordó de su pequeño departamento de la calle Vaneau, donde había educado, en medio de mil dificultades, a su hija desde la muerte de su marido, con los pocos miles de francos que éste le había dejado. Aquella boda equivalía a empezar de nuevo la vida, a tener abiertos los salones, a reconquistar la magnífica posición de otro tiempo.

—¡Qué alegría, hija mía!

Pero una contrariedad repentina la detuvo. Dios era testigo de que si venía a Lourdes desde hacía tres años, lo hacía por impulso de caridad, por la única satisfacción de asistir a aquellos enfermos. A pesar de aquella abnegación, es posible que, si se hubiese puesto a hacer un examen de conciencia, se hubiera encontrado que también entraba un poco en ello su temperamento autoritario, que hacía que encontrase un gran placer en el ejercicio del mando. Sinceramente, sólo en último lugar podría haber alimentado la esperanza de que su hija encontrase un marido en alguno de los jóvenes de su rango que pululaban por la gruta. Había pensado en eso, pero nada más que como una de las tantas posibilidades, sin que, por lo demás, hubiese hablado del asunto.

Sin embargo, la alegría le arrancó una confesión.

—No me sorprendes que lo hayas conseguido, hija, porque se lo pedí esta mañana a la Santa Virgen.

Luego, deseando estar bien segura de lo que su hija le decía, hizo que ésta le diera más detalles. Raimunda no le había contado todavía su largo paseo por la ciudad, del brazo de Gerardo, porque no había querido hablar de aquella cuestión hasta haber triunfado, hasta tener la seguridad de haber conquistado, por fin, un marido. Pero ahora sí que era cosa hecha, y así lo decía alegremente: aquella misma mañana se había vuelto a encontrar en la gruta con el joven, y éste se había comprometido formalmente. Berthaud haría seguramente la petición de mano en nombre de su primo, antes de partir de Lourdes.

—Pues bien, hija mía —declaró la señora de Jonquière, tranquilizada ya en sus escrúpulos, sonriente y contentísima en el fondo—, espero que seas feliz, ya que eres juiciosa y te sabes arreglar admirablemente sin mi ayuda para llevar a buen término tus asuntos. ¡Dame un beso!

En aquel momento llegó sor Jacinta, anunciando la muerte inminente de la señora de Vêtu. Pero ya Raimunda había desaparecido a todo correr. La

señora de Désagneaux, que se lavaba las manos, protestaba contra las damas auxiliares, todas las cuales habían desaparecido, precisamente aquella mañana en que más se las necesitaba.

—Ahí está, por ejemplo —decía—, esa señora de Volmar... ¿Quiere decirme usted dónde ha podido meterse? Desde que estamos aquí no se ha dejado ver ni una sola vez siquiera.

—Deje usted en paz a la señora de Volmar —contestó la señora de Jonquière, con cierta impaciencia—. Ya le dije que está enferma.

Pero las dos acudieron presurosas al lado de la señora de Vêtu. Ferrand esperaba, de pie; sor Jacinta le preguntó si no había nada que hacer, y él contestó que no, con la cabeza. La moribunda, aliviada por aquel primer vómito, se había quedado inerte, con los ojos cerrados. Por segunda vez volvieron las náuseas espantosas, y de nuevo arrojó una bocanada de negras deyecciones, mezcladas con sangre violácea. Tuvo seguidamente un momento de calma; abrió los ojos y vio a la Grivotte, que comía glotonamente su mendrugo de pan, arrebujaada sobre su colchón, tendido en el suelo. Y sintiendo próximo su fin, preguntó:

—Se ha curado, ¿verdad?

La Grivotte la oyó y se exaltó.

—¡Sí, señora; curada, curada, curada completamente!

Pareció por un instante que la señora de Vêtu era presa de una tristeza odiosa, que todo su ser se rebelaba, no queriendo concluir mientras los demás seguían viviendo. Pero ya estaba resignada. Se le oyó murmurar muy quedo:

—Son las jóvenes las que deben quedarse.

Sus ojos, que permanecían desmesuradamente abiertos, se fijaban en torno, pareciendo decir adiós a toda aquella gente, sorprendidos de verla a su alrededor. Al tropezar con la mirada de ávida curiosidad que la pequeña Sofía Couteau seguía fijando en ella, la señora de Vêtu se esforzó por sonreírle: quería agradecer de esa manera a aquella niña tan encantadora que se había acercado esa mañana a su lecho para darle un beso. Elisa Rouquet no se ocupaba ya de nadie; había tomado su espejo y estaba absorta en la contemplación de su rostro, convencida de que iba embelleciéndose a ojos vistas desde que habían empezado a secarse las llagas. Pero lo que pareció cautivar sobre todo a la moribunda fue la vista de María, que estaba realmente encantadora en su éxtasis. La contempló largamente, atraída por ella, como por una visión de luz y de alegría.

Bruscamente reaparecieron los vómitos; pero lo que ahora lanzaba no era más que sangre, sangre pútrida, de un color de vino. Las bocanadas eran tan

violentas que salpicaban las sábanas y manchaban toda la cama. En vano la señora de Jonquière y la señora de Désagneux, muy pálidas las dos y con las piernas flaqueantes, acudieron con toallas. Ferrand, impotente, se había retirado hasta la ventana, hasta el sitio mismo en que acababa de experimentar una emoción tan dulce; también sor Jacinta, por un movimiento instintivo y, seguramente, inconsciente, se acercó a aquella ventana feliz, como para buscar un refugio al lado del joven doctor.

—¡Dios mío! —repetía—. ¿No puede usted hacer nada?

—¡Absolutamente nada! Se va a apagar así, como una lámpara que se extingue.

Agotada, con un hilo rojo que le colgaba aún de la boca, se quedó la señora de Vêtu mirando fijamente a la señora de Jonquière, al mismo tiempo que movía los labios. La directora se inclinó y logró oír unas frases dichas lentamente.

—Es un encargo para mi marido, señora. El negocio está en la calle de Mouffetard; un pequeño negocio, no muy lejos de los Gobelinos. Es relojero, y no ha podido acompañarme por no dejar de atender a la clientela, como es natural. Se verá en un gran apuro cuando vea que no regreso. Sí, yo limpiaba las alhajas, hacía los encargos...

La voz se debilitaba, las palabras se extinguían en el estertor.

—Por eso le ruego a usted, señora, que le escriba, porque no lo he hecho, y esto se acaba. Dígale que mi cadáver queda en Lourdes, para evitar mayores gastos. Que se case otra vez, porque es necesario para el negocio. Y a la prima, dígale a la prima...

Ya no se oyó sino un murmullo confuso. Era demasiado grande la debilidad, y la respiración se le cortaba. Pero sus ojos permanecían muy abiertos y llenos de vida, en medio del rostro amarillo, de una palidez de cera. Sus ojos parecían aferrarse desesperadamente al pasado, a todo lo que iba a dejar de existir, a la tiendecita de relojería de aquel barrio populoso, a la vida uniforme y plácida del hogar con un marido trabajador, siempre inclinado sobre sus relojes, a los grandes placeres dominicales, que consistían en salir a pasear por las fortificaciones y ver ascender las cometas. Después los ojos agrandados hicieron un esfuerzo como para penetrar en la noche espantosa que se acercaba.

La señora de Jonquière se inclinó por última vez, viendo que la moribunda movía nuevamente los labios. Fue un leve temblor de aire, una voz del más allá, que balbuceaba, muy lejana, con desolación inmensa.

—¡No me ha curado!

La señora de Vêtu expiró.

Como si no estuviese esperando otra cosa, la pequeña Sofía Couteau saltó satisfecha de la cama y volvió a jugar con su muñeca al extremo de la sala. Ni la Grivotte, ocupada en devorar su pedazo de pan, ni Elisa Rouquet, enfrascada en el espejo, se dieron cuenta de la tragedia. Pero en aquel soplo frío que pasaba, en aquellos cuchicheos incoherentes de la señora de Jonquière V de la señora de Désagneaux, que no estaban acostumbradas al espectáculo de la muerte, María pareció despertar, sustraída al arrobamiento en que la tenía sumida aquel continuo rezar de todo su ser. Cuando comprendió lo que había ocurrido, rompió a llorar, fraternalmente apiadada de aquella compañera de dolor, segura como estaba de curarse.

—¡Pobre mujer; morirse tan lejos, tan sola, y en el momento de renacer!

Ferrand, a pesar de su indiferencia profesional, estaba profundamente conmovido; se adelantó para comprobar la defunción, y a una señal suya sor Jacinta levantó la sábana, cubriendo con ella el rostro de la muerta, porque no había que pensar en sacar el cuerpo en aquel momento. Las enfermas regresaban en grupos de la gruta, y aquella sala tan tranquila, tan soleada, se llenaba con el tumulto habitual de su miseria y de sus dolores: toses broncas, piernas que se arrastraban, olores ingratos, toda la lamentable colección de las dolencias humanas.

## II

**A**quel día, lunes, la afluencia fue enorme en la gruta; era el último día de estancia en Lourdes de la peregrinación nacional. El padre Fourcade había dicho en su sermón de la mañana que era preciso hacer un supremo esfuerzo de amor y de fe con objeto de obtener del cielo todas las gracias y curaciones prodigiosas que se dignase conceder. Desde las dos de la tarde se habían reunido allí veinte mil peregrinos, febriles, poseídos por las más apasionadas esperanzas. La muchedumbre crecía por segundos, por lo cual el barón Suire, asustado, salió de la gruta para decir otra vez a Berthaud:

—Amigo mío, estoy seguro de que nos van a llevar por delante. Duplique los equipos y haga que sus hombres se aproximen unos a otros.

El orden corría exclusivamente a cargo de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud, porque no había allí ni guardias ni policías de ninguna clase: eso era precisamente lo que alarmaba al presidente de la asociación. Pero Berthaud, en las circunstancias graves, era un jefe respetado, de tranquilizadora energía.

—No tema usted, yo respondo de todo. No me moveré de aquí hasta que haya terminado el desfile de la procesión de las cuatro.

No obstante, llamó a Gerardo con una seña.

—Transmite a tus hombres la más severa consigna. Que no dejen pasar sino a las personas provistas de tarjetas. Y que se junten más, que tengan la cuerda bien tensa.

Allá abajo, bajo las hiedras que tapizaban la roca, se abría la gruta, con el eterno centelleo de sus cirios. Vista de lejos, parecía un poco achatada, irregular, muy estrecha y modesta en proporción al hálito infinito que de ella salía, haciendo palidecer y doblegar todas las cabezas. La estatua de la Virgen no era más que una mancha blanca, que parecía moverse en medio del temblor del aire caldeado por las llamas amarillas. Era necesario ponerse de puntillas, y apenas se distinguían detrás de la verja el altar de plata, el armonio, ahora descubierto, el montón de ramos de flores arrojados y los exvotos, que eran como abigarradas notas de color en las paredes manchadas de humo. El día era magnífico; jamás cielo más puro que aquél se había abierto sobre la muchedumbre inmensa; la dulzura de la brisa, sobre todo,



parecía deliciosa, después de la tormenta de la noche, que había amortiguado el calor excesivo de los dos primeros días.

Gerardo tuvo que abrirse paso a codazos para repetir las órdenes. Empezaban ya los remolinos de las gentes.

—¡Dos hombres más en este sitio! ¡Pónganse cuatro, si es necesario, y estiren bien la cuerda!

Aquello era un movimiento instintivo, irrefrenable: las veinte mil personas que allí había reunidas sentíanse como atraídas por la gruta, iban hacia ella arrastradas por irresistible atracción, en la que se confundía la ardiente curiosidad con la sed de misterio. Todas las miradas convergían, todas las bocas, todas las manos, todos los cuerpos eran llevados hasta el pálido fulgor de los cirios, hasta la mancha blanca y movediza de la Virgen de mármol.

Para que el vasto espacio que estaba reservado a los enfermos delante de la verja no fuese invadido por la multitud creciente, había sido necesario rodearlo de un grueso cordón, que los camilleros sostenían con ambas manos, colocados a intervalos de dos o tres metros. Estos camilleros tenían orden de no dejar pasar sino a los enfermos que llevaban tarjeta de hospitalización y a las pocas personas que iban provistas de una autorización especial. Se limitaban a levantar el cordón para que pasasen los favorecidos, y luego lo tendían de nuevo, sin dejarse conmover por ninguna súplica. Hasta se mostraban algo rudos, dejándose llevar por el placer de hacer uso de aquella autoridad de que estaban investidos por un solo día. A decir verdad, los empujones era violentos, y ellos tenían que sostenerse unos a otros, apoyándose en el suelo con toda la fuerza de sus piernas, para no dejarse arrastrar.

Mientras los bancos que había delante de la gruta y el ancho espacio reservado se llenaban de enfermos, de cochecitos, de camillas, la multitud, aquella inmensa multitud, se dispersó por los alrededores. Partía de la plaza del Rosario, e iba a perderse hasta el final del paseo, a lo largo del Gave; en toda aquella extensión se veía la acera negra de gente; era una ola humana tan densa que interrumpía toda circulación. Sobre el pretil se hallaba sentada una hilera interminable de mujeres, y algunas, puestas de pie, para ver mejor, hacían reverberar al sol la seda de sus sombrillas, sedas de colores claros, de una alegría de fiesta. Se había dispuesto que quedase una avenida libre para que pudieran transitar los enfermos; pero a cada momento se veía invadida, obstruida, de manera que los cochecitos y las angarillas se quedaban en el camino, ahogados, perdidos, hasta que un camillero conseguía abrirles paso.

A pesar de todo, era aquél un rebaño dócil, una muchedumbre de inocentes y mansos corderos, y sólo había que combatir su empuje involuntario, su ceguera de masa que avanza hacia la claridad de los cirios. Jamás había ocurrido un accidente, no obstante la excitación que poco a poco iba subiendo de punto hasta convertirse en un delirio frenético de fe.

Otra vez el barón de Suire se abrió paso.

—¡Berthaud! ¡Berthaud! ¡Cuide usted de que el desfile sea más pausado! Hay mujeres y niños que se están asfixiando.

Esta vez Berthaud hizo un ademán de impaciencia.

—Lo siento, pero yo no puedo estar en todas partes. Que cierren la verja un rato, si es necesario.

—¡Cerrar la verja! —exclamó el barón—. ¡Eso sería peor, porque irían todos a aplastarse contra ella!

Precisamente Gerardo estaba allí, absorto en un rápido diálogo con Raimunda, que se encontraba de pie al otro lado del cordón, llevando en las manos una taza de leche para una anciana paralítica. Berthaud ordenó al joven que colocase dos camilleros en la puerta de entrada de la verja, dándoles la consigna de que no dejaran pasar a los peregrinos sino de diez en diez. Después que Gerardo hubo ejecutado la orden y volvió al mismo sitio, halló a Berthaud y Raimunda que reían y bromeaban. La joven se alejó, y los dos primos se quedaron mirándola mientras daba de beber a la paralítica.

—Está realmente encantadora. Así que es cosa resuelta que te cases con ella, ¿verdad?

—Esta noche se la pediré a la madre. Cuento con que me acompañarás.

—¡Con todo gusto! Ya sabes lo que he dicho sobre este asunto. Nada más razonable que lo que has decidido hacer. Su tío te habrá dado una posición antes de seis meses.

Una oleada de la multitud los separó. Berthaud se adelantó hasta la gruta para cerciorarse por sí mismo de que el desfile se desarrollaba ahora metódicamente, sin brusquedades. Durante horas y horas continuaba sin interrupción la misma corriente de mujeres, hombres, niños, de gentes que venían de todos los rincones del mundo. Todas las clases sociales se hallaban extrañamente mezcladas: mendigos andrajosos al lado de burgueses opulentos, campesinas, señoras elegantes, criadas, niñas descalzas, muchachas pintarrajeadas y con la frente ceñida con una cinta. La entrada era libre, el misterio se abría para todos, para los incrédulos como para los fieles, para los que iban empujados únicamente por la curiosidad como para todos aquellos que penetraban con el corazón desfallecido de amor. Y podíase

verlos, casi todos igualmente conmovidos, aspirando el tibio, aroma de la cera, un poco sofocados por aquella atmósfera pesada de tabernáculo, mirando dónde pisaban por miedo a resbalar.

Muchos se quedaban como embobados, y no acertaban ni siquiera a inclinarse, examinando las cosas con la sorda inquietud de los indiferentes que se han extraviado en el temeroso misterio de un santuario. Pero los devotos se santiguaban; había quienes dejaban una carta, otros que depositaban cirios y ramos de flores, besaban la roca, debajo de la estatua de la Virgen, o bien frotaban en aquel lugar rosarios, medallas y otros pequeños objetos piadosos, que quedaban bendecidos sólo con aquel contacto.

Cuando Berthaud comprobó que las cosas marchaban correctamente, se dedicó a pasear como simple espectador, vigilando a su gente. Ya no le quedaba más preocupación que la de la procesión del Santo Sacramento, porque durante la misma se desataba tal frenesí que siempre eran de temer accidentes. Aquella última jornada iba a estar impregnada de fervor, por el estremecimiento de fe exaltada que ya empezaba a advertirse en la muchedumbre. Muchos eran los que no habían pegado los ojos desde hacía tres noches, y caían en un estado de vigilia alucinada, caminando con un sonambulismo cada vez más exasperado. No les quedaba tiempo para descansar, porque los continuos rezos eran como látigos que hacían cimbrar sus almas. No cesaban nunca las invocaciones a la Santa Virgen; los sacerdotes se sucedían en el púlpito, proclamando el dolor universal, dirigiendo las rogativas desesperadas de la multitud todo el tiempo que los enfermos permanecían allí, delante de la estatua de mármol, que sonreía, con las manos juntas y los ojos vueltos hacia el cielo.

En aquel instante, el púlpito de piedra blanca situado a la derecha de la gruta, adosado a la roca, se hallaba ocupado por un sacerdote de Tolosa, conocido de Berthaud, que le escuchó durante breves momentos con aire de aprobación. Era un hombre grueso, de palabra untuosa, célebre por sus éxitos oratorios. Por lo demás, toda la elocuencia consistía allí en tener buenos pulmones, en lanzar de un modo violento la frase, el grito que tenía que repetir la muchedumbre entera, porque aquello no era más que una vociferación, cortada por avemarías y padrenuestros.

El sacerdote, que había dado fin al rosario, procuró empinarse sobre sus piernas cortas y lanzó la primera invocación de unas letanías que él mismo había compuesto y que dirigía a su modo, a impulsos de la inspiración del momento.

—¡María, nosotros te amamos!

Y la multitud repitió en tono más débil, con voces confusas y desarticuladas:

—¡María, nosotros te amamos!

Y desde aquel instante ya no hubo interrupción. La voz del sacerdote vibraba como volteo de campana, y la voz de la muchedumbre le replicaba con un balbuceo de dolor:

—¡María, tú eres nuestra única esperanza!

—¡María, tú eres nuestra única esperanza!

—¡Virgen pura, haznos más puros entre los puros!

—¡Virgen pura, haznos más puros entre los puros!

—¡Virgen poderosa, sana a nuestros enfermos!

—¡Virgen poderosa, sana a nuestros enfermos!

A veces, cuando su imaginación se le embotaba o cuando quería dar más intensidad a un grito, lo repetía hasta tres veces, y la muchedumbre, dócil, lo repetía igualmente tres veces, estremecida por la nerviosidad de aquella obstinada muletilla, que no hacía sino aumentar su fiebre.

Las letanías continuaban, y Berthaud volvió a la gruta. Los que desfilaban por el interior podían ver, volviéndose de cara hacia los enfermos, un espectáculo extraordinario. Todo el vasto espacio comprendido entre las cuerdas estaba completamente ocupado por los mil o mil doscientos enfermos que habían llegado con la peregrinación nacional, y ofrecían, bajo el inmenso cielo puro de aquel radiante día, la más deplorable confusión que pudiera verse. Los tres hospitales habían vaciado sus salas horribles. Al fondo, en primer lugar, se había colocado en los bancos a los enfermos válidos, aquellos que podían permanecer sentados. Sin embargo, había muchos que estaban rodeados de almohadones; otros se respaldaban mutuamente, y los más débiles se apoyaban en los más fuertes. Los enfermos graves se hallaban delante, tendidos a lo largo, enfrente de la gruta, y las baldosas desaparecían bajo aquella ola lamentable, bajo aquel mar de horrores, extenso e inmóvil.

Se había producido un enmarañamiento de coches, camillas y colchones, imposible de describir. Algunos, metidos en sus carritos, especie de artesas, verdaderos cajones de muertos, se incorporaban y dominaban el conjunto; pero la mayoría yacía casi a ras del suelo. Algunos enfermos estaban vestidos, y se les había dejado acostados sobre las telas a cuadros de los colchones. Otros habían sido llevados con sus ropas de cama, de las que surgían únicamente sus cabezas y sus pálidas, manos. Pocos de estos camastros brillaban por su limpieza. Veíanse, sin embargo, algunas almohadas de una blancura luminosa, y que para mayor coquetería estaban adornadas con

bordados, descollando sobre la pobreza roñosa de las demás, verdadera exhibición de guiñapos, de colchas ajadas, de sábanas salpicadas de manchas. Apretábanse allí amontonados tal como iban llegando, mujeres, hombres, niños, sacerdotes, gentes pobremente vestidas y gentes con ropas lujosas, en medio de la luz deslumbradora de aquel magnífico día.

Todas las enfermedades estaban representadas allí; era el mismo desfile horroroso que salía dos veces al día de los hospitales y atravesaba las calles del aterrado Lourdes. Cabezas comidas por herpes, frentes coronadas de roséola, narices y bocas a las que la elefantíasis había convertido en informes hocicos de cerdo. Y los hidrójicos, hinchados como odres, y los reumáticos de manos retorcidas y pies hinchados, semejantes a bolsas rellenas de trapos; una hidrocefala cuyo cráneo enorme, demasiado pesado, se doblaba hacia atrás. Y los tísicos, trémulos de fiebre, agotados por la disentería, con la tez lívida y una delgadez de esqueleto. Y las deformidades de las articulaciones, las cinturas torcidas, los brazos vueltos hacia atrás, los cuellos vueltos de través, seres infelices, rotos y derrengados, inmovilizados en actitudes de muñecos trágicos. Luego, las pobres muchachas raquílicas, que ostentaban sus mejillas de cera, sus nuca frágiles, roídas por tumores fríos; mujeres de tez amarilla, idiotizadas, con la expresión de doloroso estupor de las gentes miserables que se sienten devoradas por el cáncer; otras de rostros lívidos, que no intentaban moverse siquiera por temor al choque de los tumores que las asfixiaban con su pesadez angustiosa. Y sentadas en los bancos, mujeres sordas y azoradas, que no oían nada, pero que, sin embargo, cantaban; y ciegas, con la cabeza alta y erguida, que permanecían durante horas y horas vueltas hacia la estatua de la Virgen, que no podían ver. Estaba también allí una loca, atacada de imbecilidad, comida la nariz por alguna úlcera, y que se reía con una risa que ponía los pelos de punta, con su boca desdentada y negra; y también había una epiléptica a la que un ataque reciente había dejado con una palidez mortal, y que tenía aún la saliva espumosa en las comisuras de los labios.

Pero una vez allí, sentados o acostados, con los ojos clavados en la gruta, ya no daban importancia a sus enfermedades y dolores. Los pobres rostros descarnados, de color terroso, se transfiguraban y ardían de esperanza. Las manos anquilosadas, los párpados demasiado pesados, encontraban fuerzas para moverse; las voces apagadas adquirían nuevos bríos para responder a las invocaciones del sacerdote. Al principio, lo que se oía no eran más que balbuceos confusos, murmullos de ráfagas de viento que soplaban sobre las

cabezas de la multitud. Luego el clamor crecía, se extendía y abarcaba toda la multitud de un extremo a otro de aquella inmensa plaza.

—¡María, sin pecado concebida, ruega por nosotros! —gritaba el sacerdote con voz tonante. Y los enfermos y peregrinos repetían con voz cada vez más alta:

—¡María, sin pecado concebida, ruega por nosotros!

La plegaria se derramaba de golpe, se hacía más acelerada.

—¡Madre purísima, Madre castísima, tus hijos están prosternados a tus pies!

—¡Madre purísima, Madre castísima, tus hijos están prosternados a tus pies!

—¡Reina de los Ángeles, habla, y sanarán nuestros enfermos!

—¡Reina de los Ángeles, habla, y sanarán nuestros enfermos!

El señor Sabathier se hallaba en la segunda fila, del lado del púlpito. Había hecho que lo condujesen temprano para elegir un buen sitio, como viejo conocedor de los buenos rincones. Creía, además, que era una cuestión de vida o muerte el colocarse lo más cerca posible, bajo los mismos ojos de la Virgen, como si ésta necesitase ver a sus fieles para no olvidarlos. En los siete años que llevaba visitando Lourdes, no alimentaba más que una esperanza: la de hacer que la Virgen se fijase en él y se compadeciese y lo curase, ya que no por méritos, por lo menos por antigüedad. Esto no le exigía más que paciencia, sin que por ello se resintiese en modo alguno su sólida fe. Sólo que, como hombre resignado, algo aburrido de verse postergado, se permitía de vez en cuando algunas distracciones. Había conseguido permiso para que le acompañase su mujer, que se sentaba en una silla plegadiza, y el señor Sabathier se complacía en conversar con ella, comunicándole sus reflexiones.

—Querida, levántame un poco. Resbalo y estoy muy mal.

Estaba vestido con pantalón y chaqueta de lana gruesa, y se hallaba sentado en su colchón, con la espalda apoyada contra una silla volcada.

—¿Te sientes ahora mejor? —le preguntó la esposa.

—Sí, ahora sí.

El señor Sabathier se fijó otra vez en la gruta, y el intelectual renació en él, el antiguo profesor que había sentido siempre verdadera pasión por las cuestiones del arte.

—Mira cómo han echado a perder la gruta a fuerza de querer hermosearla demasiado. Tengo la seguridad de que estaría mucho mejor completamente al natural, como en otro tiempo. Ha perdido carácter. ¡Hay que ver la horrible tienda que han puesto ahí, a mano izquierda!

Pero sintió el brusco remordimiento de su distracción. ¿No iría la Virgen a distinguir con su favor a otro vecino suyo, más fervoroso? Aquella reflexión le produjo inquietud, y volvió a caer en su modestia, en su paciencia, con la mirada apagada y el pensamiento ausente, esperando que se cumpliese en él el designio celestial.

El eco de una voz distinta lo volvió a sumir en su anonadamiento, matando al ser culto que había sido en otros tiempos. Era la de un nuevo predicador que acababa de subir al púlpito, un capuchino, y su grito gutural, repetido con insistencia, hacía temblar a la multitud.

—¡Santa Virgen de las Vírgenes, bendita seas!

—¡Santa Virgen de las Vírgenes, bendita seas!

—¡Santa Virgen de las Vírgenes, no apartes el rostro de tus hijos!

—¡Santa Virgen de las Vírgenes, no apartes el rostro de tus hijos!

—¡Santa Virgen de las Vírgenes, sopla sobre nuestras llagas, y nuestras llagas se secarán!

—¡Santa Virgen de las Vírgenes, sopla sobre nuestras llagas, y nuestras llagas se secarán!

La familia Vignerón había conseguido acomodarse bien; ocupaba la extremidad del primer banco, junto a la avenida central, atestada de gente. Estaban allí todos: el pequeño Gustavo, sentado y con la muleta entre las piernas; a su lado la madre, que acompañaba las letanías con la corrección de una señora burguesa; la tía, señora de Chaise, estaba al otro lado, sofocada y molesta por tanta concurrencia, y luego el señor Vignerón, silencioso, examinando a esta última con la mayor atención desde hacía unos instantes.

—¿Qué tiene usted, querida? ¿Se siente usted mal?

La señora de Chaise respiraba apenas.

—No sé lo que me pasa. Parece como si careciera de miembros, y me falta por completo la respiración.

Por la cabeza de Vignerón cruzó al instante como un relámpago la idea de que toda aquella fiebre, todas aquellas apreturas de una peregrinación, no podían hacer ningún bien a una enferma del corazón. Desde luego, él no deseaba la muerte a nadie, jamás se le había ocurrido pedir a la Virgen una cosa semejante. Si la Virgen le había escuchado ya en su ruego de ascenso, gracias a la muerte repentina de su jefe, era seguramente porque éste se hallaba ya condenado a morir, por designios del cielo. Del mismo modo, si la señora de Chaise se moría antes que nadie, dejando su fortuna a Gustavo, él no tendría que hacer otra cosa que inclinarse ante la voluntad de Dios, quien de ordinario suele hacer que las personas de edad mueran antes que las

jóvenes. Pero no por eso fue su esperanza menos inconscientemente viva, ni dejó de cambiar una mirada con su mujer, la que también se había sentido asaltada por el mismo involuntario deseo.

—Gustavo, hazte a un lado —exclamó el padre—. Estás molestando a tu tía.

Como en aquel momento pasaba Raimunda, le dijo:

—Señorita, ¿podría usted hacer el favor de traer un vaso de agua? Una pariente nuestra se haya a punto de desmayarse.

Pero la señora de Chaise rehusó con un gesto. Se reponía ya y recobraba dificultosamente la respiración.

—No, no necesito nada, gracias. Ya estoy mejor. ¡Creí firmemente que esta vez me ahogaba!

Estaba trémula de miedo, con la mirada hosca y la faz lívida. Juntó de nuevo las manos y suplicó a la Santa Virgen que la salvase de otras crisis, que la curase. Mientras tanto, los Vignerón, marido y mujer, que eran dos buenas personas, insistían ante la Virgen en la petición del íntimo anhelo de felicidad que habían venido a buscar en Lourdes: una ancianidad feliz, que se la tenían bien merecida después de veinte años de vida honrada, y una fortuna sólida que irían a disfrutar en los últimos años de su vida en una casita de campo, cultivando flores. El pequeño Gustavo, que lo había visto todo, que lo había observado todo, con sus ojos avispados y su inteligencia aguzada por el sufrimiento, no rezaba; se limitaba a sonreír, ensimismado, con una sonrisa vaga y enigmática. ¿Para qué iba a rezar? Bien sabía que la Virgen no había de curarlo y que no tardaría en morir.

El señor Vignerón no podía estarse mucho tiempo sin curiosear a su alrededor. En medio del pasadizo central, lleno de gente, había sido dejada la señora de Dieulafay, que había llegado con retraso, y el señor Vignerón se admiraba de aquel lujo, de aquella especie de féretro revestido de seda blanca, en que yacía la joven, vestida con un peinador adornado con encajes. El marido, de levita, y la hermana, con vestido negro, de una elegancia sencilla e irreprochable, permanecían de pie; mientras tanto, el abate Judaine, arrodillado junto a la enferma, daba fin a una fervorosa plegaria.

Cuando el abate se puso de pie, el señor Vignerón le ofreció un pequeño espacio en el banco, junto a él. Luego se tomó la libertad de interrogarle.

—Y bien, señor cura, ¿mejora o no esa joven dama?

El abate Judaine hizo un gesto de infinita tristeza.

—Desgraciadamente, no. ¡Y, sin embargo, tenía una esperanza tan grande! Yo hice que esta familia se decidiera a venir. La Santa Virgen se



dignó hace dos años concederme una gracia muy extraordinaria, curando mis pobres ojos perdidos, y esperaba que me hiciese también ahora este favor. Pero no desespero. Tenemos tiempo hasta mañana.

El señor Vignerón examinaba aquel rostro de mujer, cuyo óvalo puro y cuyos ojos admirables se adivinaban, aunque ahora estaba consumido y tenía el color del plomo, semejando entre los encajes la cara de un cadáver.

—Es una lástima —murmuró.

—¡Y si usted la hubiese visto el año pasado! —prosiguió el sacerdote—. Tienen un castillo en Saligny, mi parroquia, y yo solía ir muchas veces a comer con ellos. Se me desgarran el corazón cada vez que miro a su hermana mayor, la señora de Jousseur, esa dama vestida de negro que ve usted allí; porque se le parecía mucho, pero la enferma era más bella todavía, una de las bellezas de París. Compare usted, vea su gracia soberana y magnífica, junto a esa pobre criatura lamentable. Esto oprime el corazón. ¡Es una lección que causa espanto!

Guardó silencio. Era por naturaleza un santo varón que desconocía las pasiones y cuya fe descansaba en una inteligencia poco penetrante; sin embargo, demostraba una admiración ingenua por la belleza, por la riqueza y por el poder, aunque jamás hubiese entrado la envidia en su corazón. A pesar de todo, se atrevió a expresar una duda, un escrúpulo que venía turbando su serenidad habitual.

—Yo habría deseado que viniese con más sencillez, sin todo ese aparato de lujo, porque la Santa Virgen prefiere a los humildes. Pero me doy cuenta de la fuerza que tienen las exigencias sociales. Además, ¡es tan grande el cariño que le profesan su marido y su hermana! Piense usted en que se han resignado a dejar, él, sus negocios, y ella, sus placeres, porque la idea de perderla los tiene trastornados, con los ojos humedecidos por el llanto y ese aire desesperado que usted les ve. Hay que perdonarles, pues, esa alegría que le proporcionan de presentarse bella hasta el último día de su vida.

El señor Vignerón aprobaba lo que le decía el sacerdote, con un movimiento de cabeza. Por lo demás, ¡no eran precisamente los ricos los que tenían más suerte en la gruta! Sirvientas, campesinas, mujeres harapientas, se curaban, mientras las señoras tenían que volver con sus enfermedades, sin sentir alivio alguno, a despecho de sus ofrendas y de los gruesos cirios que encendían. A pesar suyo, dirigió una mirada a la señora de Chaise, que, repuesta ya, descansaba beatíficamente.

Un sordo murmullo corrió de un extremo a otro de la muchedumbre, y el abate Judaine prosiguió diciendo:

—Es el padre Massias que sube al púlpito. Un santo. Escuchémosle.

Todos le conocían, y era voz corriente que su gran fervor facilitaba los milagros. Se aseguraba que tenía una voz enérgica y tierna, particularmente grata a la Virgen, así es que, al verlo aparecer, todas aquellas almas se sintieron sacudidas por una súbita esperanza.

El padre Massias, ya en el púlpito, no comenzó a hablar enseguida. Era un hombre alto, enjuto y pálido, con rostro de asceta, que parecía alargarse en su barba gris. Sus ojos fulguraban, y su boca, grande y elocuente, se ahuecaba fervorosamente.

—¡Señor, sálvanos, que perecemos!

Y la muchedumbre, arrebatada, repetía con una exaltación cada vez mayor:

—¡Señor, sálvanos, que perecemos!

El padre Massias, al lanzar su grito inflamado, abría los brazos, como si lo arrancase de su corazón en llamas.

—¡Señor, si Tú lo quieres, puedes curarme!

—¡Señor, si Tú lo quieres, puedes curarme!

—¡Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada, pero bastaría que pronunciaras una sola palabra para que yo me viera curado!

Marta, la hermana de fray Isidoro, se había puesto a conversar en voz baja con la señora de Sabathier, junto a la cual hacía un momento que había venido a sentarse. Se habían conocido en el hospital, y en la fraternidad de tanto sufrimiento la sirvienta refería familiarmente a la burguesa la gran inquietud que le inspiraba su hermano; porque era visible que el pobre estaba ya en las últimas. La Santa Virgen tenía que darse mucha prisa, si quería curarlo. Era ya un milagro que hubiese llegado vivo a la gruta.

No lloraba, porque estaba resignada como pobre y desvalida mujer. Pero estaba tan acongojada que sus palabras se le ahogaban en la garganta. Luego, una ola de recuerdos lejanos acudió a su memoria, y desahogó su corazón, con la boca torpe de tanto callar.

—Eramos catorce en casa, en Saint Jacut, cerca de Vannes. Mi hermano, a pesar de lo corpulento que era, andaba siempre mal de salud; por ese motivo lo conservó a su lado el cura de nuestra parroquia, y acabó haciéndolo entrar en las Escuelas Cristianas. Los hermanos mayores se quedaron con la propiedad familiar, y yo preferí entrar a servir. Una señora me llevó con ella a París, hará cosa de cinco años. ¡Qué amarga es la vida! ¡Cuánto sufrimiento tenemos que soportar todos!

—Tiene usted mucha razón, hija mía —le contestó la señora de Sabathier, fijando la mirada en su esposo, que repetía con devoción todas las frases del padre Massias.

—Así estaban las cosas —continuó diciendo Marta—, cuando supe el mes pasado que Isidoro, que había vuelto de los países tropicales adonde había ido como misionero, regresaba con una grave enfermedad contraída allí. Corrí a verlo, y me dijo que se moriría, a menos de venir en peregrinación a Lourdes, pero que le era imposible emprender aquel viaje por no contar con nadie que le acompañase. Entonces, yo, que tenía ochenta francos de ahorros, resolví dejar mi colocación y venir aquí con él. Vea usted, señora, si lo quiero tanto es porque, cuando yo era una pequeñuela, él me traía grosellas de la casa parroquial, mientras que mis otros hermanos me pegaban.

Volvió a callar, con el rostro hinchado de aflicción, sin que de sus tristes ojos quemados por las vigiliadas pudiesen correr las lágrimas. Ya no hizo sino balbucear palabras incoherentes.

—Mírelo usted, señora. Da lástima. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Hay que ver sus pobres mejillas, su pobre mandíbula, su pobre cara!

El espectáculo que ofrecía era, en efecto, lamentable. A la señora de Sabathier se le había subido el corazón a la garganta, viendo que fray Isidoro se ponía amarillo y terroso, helado por un sudor de agonía. Desde que lo habían dejado allí, el hermano Isidoro no apartaba sus ojos de la estatua de la Virgen. Nada de lo que había a su alrededor existía para él. No veía la enorme muchedumbre, ni siquiera oía el grito desesperado de los sacerdotes, aquellos gritos incesantes que sacudían a la multitud estremecida. Únicamente le quedaban los ojos, ojos que ardían con ternura infinita, y que se habían quedado clavados en la Virgen para nunca jamás separarse de ella. La boca se entreabrió un instante, y sus rasgos se distendieron en una expresión de beatitud celestial. Luego todo quedó inmóvil; los ojos permanecieron muy abiertos, obstinadamente fijos en la blanca estatua.

Transcurrieron algunos segundos. Marta había sentido como un airecillo frío que le puso los pelos de punta.

—¡Ay, señora, mire usted!

La señora de Sabathier, presa de ansiedad, fingió no comprender la significación de aquellas palabras.

—¿Qué cosa, hija mía?

—¡A mi hermano, mírelo usted, por favor! Ya no se mueve. Ha abierto la boca y no se ha movido más.

Las dos mujeres se estremecieron, seguras de que había muerto. Acababa de expirar, sin un estertor, sin un suspiro, como si la vida hubiese huido por sus ojos, por aquellos grandes ojos amorosos, abrasados de pasión. Había expirado mirando a la Virgen, y seguía mirándola con sus ojos yertos, con expresión de inefable delicia.

Marta se levantó e, inclinándose para que nadie la viera, trató de cerrarle los ojos con mano temblorosa. Pero volvían a abrirse una y otra vez, y de nuevo se quedaban mirando a la Virgen, obstinadamente. Estaba muerto, y su hermana tuvo que dejárselos completamente abiertos, sumidos en un éxtasis infinito.

—¡Todo ha terminado, señora, todo ha terminado! —balbuceaba.

Dos lágrimas saltaron de entre sus párpados pesados y corrieron por sus mejillas; la señora de Sabathier le tomó una mano para hacerla callar. La gente se puso a cuchichear, y una viva inquietud empezó a propagarse. Pero ¿qué hacer? No se podía sacar el cadáver por entre aquella enorme aglomeración humana, al menos mientras durasen las plegarias, porque se corría el riesgo de producir un efecto desastroso. Lo mejor era dejarlo allí, en espera de un momento favorable. Además, no escandalizaba a nadie; parecía tan vivo como diez minutos antes, y todo el mundo aparentaba seguir creyendo que la vida latía aún en sus ojos encendidos, en su ardiente invocación a la divina ternura de la Santa Virgen.

Solamente unas pocas personas, entre las que lo rodeaban, comprendían lo que pasaba. El señor Sabathier, alarmado, había interrogado a su mujer con una seña; y ésta le dio a entender toda la verdad con un mudo y expresivo gesto. Entonces aquél continuó rezando, conformado, palideciendo ante aquella misteriosa omnipotencia que enviaba la muerte cuando lo que pedían era la vida. Los Vignerón, extraordinariamente interesados, cuchicheaban entre sí, inclinándose unos hacia otros como si se tratase de un accidente callejero, de uno de esos sucesos del periodismo sensacionalista que solía contar el padre cuando regresaba de la oficina y que daban tema para toda una velada. La señora de Jousseur se había vuelto hacia el señor de Dieulafay, susurrándole una palabra al oído, y enseguida ambos se pusieron a mirar angustiados a su querida enferma. El abate Judaine, avisado por el señor Vignerón, se arrodilló y empezó a rezar muy emocionado las plegarias por los muertos. ¿No era, acaso, un verdadero santo aquel misionero que regresaba de países insalubres, con una herida mortal en el costado, y que venía a morir allí, bajo la mirada consoladora de la Virgen? La señora de Maze sentíase atraída por la muerte, y estaba resuelta a suplicar al cielo que la suprimiera

también a ella de aquella manera, discretamente, si no accedía a sus súplicas y le devolvía a su marido.

Se oyó otra vez el clamor del padre Massias, estallando con ímpetu de terrible desesperanza, en un desgarramiento sollozante.

—¡Jesús, hijo de David, sálvame, que perezco!

Y la muchedumbre sollozó tras él:

—¡Jesús, hijo de David, sálvame, que perezco!

A continuación, una tras otra, las invocaciones se sucedían, obstinadamente, y cada vez con mayor vibración de voz, como un llamamiento desesperado de toda la miseria exasperada de la tierra.

—¡Jesús, hijo de David, ten piedad de tus criaturas enfermas!

—¡Jesús, hijo de David, ten piedad de tus criaturas enfermas!

—¡Jesús, hijo de David, ven y cúralas, a fin de que vivan!

—¡Jesús, hijo de David, ven y cúralas, a fin de que vivan!

Aquello era un delirio. El padre Fourcade, que estaba al pie del púlpito, contagiado por el extraordinario fervor que desbordaba de los corazones, alzó los brazos, dejando oír también su voz tonante, para hacer violencia al cielo. La exaltación iba en aumento, atizada por aquel viento furioso de deseos que abrasaba a la muchedumbre y le hacía doblar la cabeza, transmitiéndose de unos a otros, hasta llegar a aquellas señoras jóvenes que habían acudido por simple curiosidad y que estaban sentadas en el parapeto del Gave, bajo las sombrillas que las defendían del sol.

La miserable humanidad clamaba desde el fondo de su abismo de sufrimiento, y aquel clamor pasaba como una ráfaga escalofriante sobre todas las nuca; no había allí ya más que un pueblo agonizante, resistiéndose a morir y queriendo hacer fuerza a Dios para obligarle a decretar la eternidad de la vida. ¡Vivir! Todos aquellos desgraciados, todos aquellos moribundos, que habían venido desde tan lejos, salvando tantas dificultades, no querían, no reclamaban otra cosa que la vida, en un anhelo desatinado de vivirla aún, de vivirla siempre. ¡Oh, Señor, sea cual fuere nuestra miseria, por mucho que nos toque sufrir viviendo, cúranos, haz que empecemos a vivir otra vez, para volver a sufrir todo lo que hemos sufrido ya! ¡Por muy desgraciados que seamos, no queremos dejar esta vida! ¡No es el cielo lo que te pedimos, sino la tierra; abandonar ésta lo más tarde posible, no abandonarla jamás, si tu omnipotencia se dignara llegar hasta ese extremo! ¡Y aun los que no imploramos una curación física, sino un favor moral, sólo te pedimos la felicidad, esa felicidad a la que todos aspiramos con sed abrasadora! ¡Oh, Señor, haz que seamos felices y sanos; déjanos vivir, déjanos vivir!

Aquel grito insensato, aquel clamor del ansia furiosa de vida lanzado por el padre Massias, estallaba entre los sollozos que salían de todos los pechos.

—¡Oh, Señor, hijo de David, sana a nuestros enfermos!

—¡Oh, Señor, hijo de David, sana a nuestros enfermos!

Dos veces tuvo que precipitarse Berthaud para impedir que el cordón se rompiera bajo el empuje inconsciente de la muchedumbre. El barón Suire, desesperado entre aquel oleaje humano, gesticulaba, suplicando que acudiesen a su ayuda, porque la gruta estaba completamente invadida y el desfile se había convertido en un atropellamiento de rebaño arrastrado hacia el objeto de su pasión. En vano fue que Gerardo, separándose de Raimunda, se situase en la misma puerta de entrada de la gruta, a fin de restablecer la consigna de dejar pasar de diez en diez. Fue desalojado de allí a empujones. Todo aquel pueblo febril, exaltado, entraba, pasaba, como un torrente, y entre el llamear de los cirios arrojaba flores y cartas a la Santa Virgen, y besaba la roca, pulida por millones de labios enardecidos. Era el desencadenamiento de la fe, la gran fuerza que no se detenía ante nada.

Gerardo, entonces, aplastado contra la verja, fue atraído por la conversación de dos mujeres del pueblo, que iban arrastradas por el desfile; comentaban el espectáculo que ofrecían los enfermos tendidos en primera fila. Una de ellas sentíase impresionada por el rostro tan pálido del hermano Isidoro, con sus ojazos desmesuradamente abiertos, clavados en la estatua de la Virgen. Se persignó, exclamando llena de devota admiración:

—¡Fíjate en ése! ¡Cómo reza con toda el alma y cómo fija sus ojos en Nuestra Señora de Lourdes!

La otra campesina contestó:

—¡Es seguro que a ése lo cura, pues de otro modo no se explica que esté tan hermoso!

En la expresión de amor y de fe que continuaba brotando desde el fondo de su ser reducido a la nada, el muerto, con la infinita fijeza de su mirada, conmovía todos los corazones, servía de ejemplo a toda aquella gente, cuyo desfile no acababa nunca.

### III

**E**l buen abate Judaine era el que debía llevar el Santísimo Sacramento en la procesión de las cuatro. Desde que la Santa Virgen lo había curado de una enfermedad de la vista, milagro que pregonaban todavía los periódicos católicos, era una de las glorias de Lourdes; por eso lo ponían en primer lugar y se le honraba con toda clase de homenajes.

A las tres y media se levantó con intención de dejar la gruta. Pero la afluencia extraordinaria de la muchedumbre le asustó, y temió que llegaría demasiado tarde si no conseguía abrirse paso. Por suerte, alguien vino en su ayuda.

—Señor cura —le dijo Berthaud—, no intente usted pasar por el Rosario, porque se quedaría en el camino. Lo mejor que puede hacer es subir por el sendero. Mas... espere. ¡Sígame a mí! Yo iré delante.

A fuerza de codazos consiguió abrir una brecha en aquella ola apretada, dando paso al sacerdote, que se deshacía en agradecimientos.

—Es usted demasiado amable. Yo tengo la culpa, porque me había olvidado... ¡Dios del cielo! ¿Y cómo nos vamos a arreglar para poder pasar con la procesión?

Aquella procesión seguía siendo la preocupación de Berthaud. Por lo común, desataba a su paso una crisis de loca exaltación, que obligaba a tomar medidas especiales. ¿Qué iba a suceder cuando tuviesen que atravesar por entre aquella muchedumbre apiñada de treinta mil personas, espoleada por una fiebre tan ardiente que parecía ya el comienzo del divino frenesí? Procediendo muy razonablemente, Berthaud aprovechó el momento para hacer algunas prudentes recomendaciones.

—Hágame usted el favor, señor cura, de decir a esos señores clérigos que caminen sin dejar espacio entre sí y sin prisa, bien juntos. Y, sobre todo, que sostengan los estandartes con fuerza, para que no se les caigan. En cuanto a usted, señor cura, trate de que los portadores del palio sean hombres vigorosos, y no tenga miedo de apretar bien el paño alrededor de la custodia, con las dos manos, con toda su fuerza.

Un poco asustado por aquellas recomendaciones, el cura seguía dándole las gracias.

—Así lo haré, así lo haré; es usted muy amable. No sé cómo expresarle mi agradecimiento por el favor que me ha hecho ayudándome a salir de entre

toda esta gente.

Al verse ya libre, echó a andar apresuradamente por el estrecho sendero tortuoso que sube a la basílica salvando la ladera del monte. Su compañero volvía entre tanto a sumergirse entre el gentío para colocarse otra vez en su puesto de vigilancia.

En el mismo instante, Pedro, que conducía a María en su cochecito, se estrellaba del lado opuesto de la plaza del Rosario contra el muro impenetrable de la multitud. La camarera del hotel le había despertado a las tres para que fuese al hospital en busca de la joven. No había prisa alguna, pues tenían tiempo de sobra para llegar a la gruta antes de que diese comienzo la procesión. Pero aquella muchedumbre inmensa, aquel muro resistente, inabordable por ningún lado, empezaba a causarle inquietud. Si la gente no se mostraba un poco complaciente, no conseguiría nunca pasar.

—¡Por favor, señores; por favor, señoras! ¡Un poco de espacio, ábranse, déjenme pasar; se trata de una enferma! ¡Por favor!

Pedro desesperaba ya de salir de allí y sus fuerzas se agotaban; en aquel momento acudieron en su ayuda unos camilleros encargados de abrir un espacio para que pasase la procesión, a la que iban a proteger, por orden de Berthaud, valiéndose de cuerdas sostenidas por hombres que se colocaban cada dos metros. Pedro pudo seguir adelante con facilidad, llevando a María hasta el recinto reservado y deteniéndose a mano izquierda, frente a la gruta. No era posible moverse de allí, porque la aglomeración crecía de minuto en minuto. De toda aquella penosa travesía que acababa de hacer, y que le había dejado los miembros molidos de fatiga, sólo le quedó a Pedro la sensación de una reunión prodigiosa de gentes, de haberse encontrado en algo así como en medio de un océano, sintiendo el estrépito de las olas que bramaban a su alrededor.

María no había abierto los labios desde que salieron del hospital. Pedro comprendió que deseaba decirle algo, y se inclinó.

—¿Está por ahí mi padre? —preguntó María—. ¿No ha regresado todavía de su excursión?

Tuvo que contestarle que el señor de Guersaint no había vuelto aún, y que, seguramente, se habría demorado contra su voluntad. María, entonces, se limitó a contestar sonriente:

—¡Pobre papá! ¡Qué contento se pondrá cuando me vea sana!

Pedro la contemplaba lleno de admiración conmovida. No recordaba haberla visto nunca tan encantadora desde que la enfermedad empezó a arruinarla lentamente. Su cabellera, única parte del cuerpo que había sido



respetada, la cubría de oro. Su cabeza empequeñecida, afinada, tenía una expresión de ensueño; la mirada traducía la obsesión de su enfermedad, las facciones estaban inmobilizadas, y toda ella dormía como envuelta en una idea fija, esperando que la despertara el sacudimiento de la dicha anhelada. Estaba ausente de sí misma, y volvería en sí cuando Dios lo quisiera. Aquella niña deliciosa, verdadera niña todavía a los veintitrés años, que se había quedado detenida en el momento mismo del accidente que había sufrido y que embotó sus órganos sexuales, haciendo de ella una retardada e impidiéndole hacerse mujer; aquella niña se hallaba, por fin, en condiciones de recibir la visita del ángel, la conmoción milagrosa que había de sacarla del sopor y la pondría de pie. Su éxtasis de aquella mañana no cesaba; sus manos se juntaban, y todo su ser, impulsado por el ímpetu de arrobamiento que lo tenía dominado, parecía como suspendido sobre la tierra, en actitud de vuelo, desde que apareció ante su vista la imagen de la Santísima Virgen.

Fue aquél un momento de honda perturbación para Pedro. Tuvo conciencia de que iba a desenvolverse el drama de su vida sacerdotal; que si no recobraba la fe durante aquella crisis, no la recobraría ya nunca. No había repliegues en su pensamiento, ni había resistencias; también él ansiaba fervorosamente la curación de ambos al mismo tiempo. ¡Recuperar la fe al curarse María; creer juntos, salvarse juntos! Quiso orar, como oraba ella, ardientemente. Pero, no obstante los esfuerzos que hacía, le distraía la multitud, aquella muchedumbre innumerable, de la que a duras penas había logrado zafarse, evitando quedar sumergido, desaparecer entre tanta gente, como la hoja de un árbol en medio de la selva, perdida entre el común estremecimiento de todas las demás. No podía menos que analizarla y juzgarla. Se hacía cargo de que aquellas gentes estaban desde hacía unos cuatro días sugestionadas y arrastradas: la fiebre del largo viaje, la excitación de aquellos paisajes nuevos para ellas, las jornadas pasadas entre las magnificencias de la gruta, las noches en vela, el dolor exasperado, el hambre de ilusión. Y luego la obsesión de las plegarias, de los cánticos, de las letanías, que las hacían vibrar sin descanso.

Otro sacerdote había sucedido al padre Massias; era un curita moreno y flaco que lanzaba sus invocaciones a la Virgen y a Jesús con una voz que parecía el chasquido de un látigo. El padre Massias y el padre Fourcade, que permanecían al pie de la sagrada cátedra, dirigían los clamores de la multitud, que brotaban cada vez con más ímpetu, bajo aquel cielo purísimo. La exaltación había llegado a su punto culminante; era el momento en que el cielo, forzado por aquellas invocaciones, decretaba los milagros.

Un paralítico se levantó de pronto y se puso a andar en dirección a la gruta, agitando en el aire su muleta, que, como una bandera enarbolada sobre aquellas cabezas alucinadas, arrancaba exclamaciones a los fieles. Las gentes estaban al acecho de los prodigios; los esperaban con la certeza de que se producirían innumerables, deslumbradores. Había ojos que creían verlos, voces febriles que los señalaban. ¡Otra enferma curada! ¡Otra más! ¡Otra más! ¡Una sorda que oye, una muda que habla, una tísica que resucita! ¿Una tísica? Así es; y eso ocurre todos los días. Nada causaba ya sorpresa, y nadie hubiera mostrado asombro al comprobar que una pierna cortada volvía a crecer.

El milagro era allí cosa natural, corriente, vulgar a fuerza de ser común. Para aquellas imaginaciones calenturientas, dentro de la lógica de las esperanzas que ponían en la Virgen, las historias más increíbles parecían cosa sencilla. Había que oír los relatos que circulaban, las aseveraciones tranquilas, las certidumbres absolutas, en cuanto una enferma delirante gritaba que se había curado. ¡Otra más! ¡Otra más! A veces, sin embargo, sobresalía una voz que exclamaba con pesadumbre: «¡Ah, ésa se ha curado! ¡Qué suerte tiene!».

A Pedro le había disgustado ya la credulidad que observó en el ambiente de la oficina de comprobaciones. Pero aquí las cosas llegaban a límites insospechados, y las extravagancias que escuchaba le exasperaban más aún, porque las decían con toda naturalidad, con ingenuas sonrisas infantiles. Por eso hacía esfuerzos por concentrarse, por no escuchar nada. «¡Dios mío, aniquila mi razón, haz que no sienta ya el deseo de comprender, haz que acepte lo irreal y lo imposible!». Y durante breves momentos llegaba a convencerse de que había muerto en él el espíritu crítico, y se dejaba arrastrar por el clamor suplicante: «¡Señor, sana a nuestros enfermos! ¡Señor, sana a nuestros enfermos!». Lo repetía con toda la fuerza de su caridad, juntaba las manos, miraba fijamente la estatua de la Virgen, hasta sentir el vértigo, hasta que le parecía que se movía. ¿Por qué no podría convertirse él también en niño, ya que la felicidad se encontraba en la ignorancia y en el engaño? Acabaría por obrar el contagio, y no sería más que un grano de arena entre incontables granos de arena, humilde entre los humildes, bajo la muela del molino, sin preocuparse de saber en qué consistían las fuerzas que lo trituraban.

Pero precisamente en aquel momento en que creía haber aniquilado al hombre viejo que había dentro de él; cuando se había anonadado juntamente con su voluntad y su inteligencia, recomenzaba en el fondo de su mente la sorda actividad del pensamiento, infatigable, invencible. Poco a poco, a pesar de sus esfuerzos, volvía a analizar, dudaba, buscaba. Y se preguntaba qué

fuerza desconocida era la que se desprendía de aquella muchedumbre, qué especie de fluido vital tenía poder bastante para determinar las curaciones que realmente se producían allí. Ocurría un fenómeno no estudiado aún por ningún sabio fisiológico. ¿Habría que creer que una multitud no forma sino un solo individuo, capaz de multiplicar sobre sí mismo la fuerza de la autosugestión? ¿Se podría admitir la suposición de que una muchedumbre llega a convertirse, en ciertos casos de extrema exaltación, en agente de una voluntad soberana, capaz de forzar a la materia a obedecerle? Esta hipótesis explicaría los casos de curación instantánea que se producían entre aquella misma muchedumbre, en los sujetos más sinceramente exaltados. Todos los anhelos se fundían en un solo anhelo, y la fuerza que actuaba era una fuerza consoladora, de esperanza y de vida.

Aquella idea de la caridad conmovió a Pedro. Dominándose un instante más, rogó por la curación de todos, conmovido por la creencia de que de ese modo contribuía a la curación de María. Pero bruscamente, sin que supiera en virtud de qué entrelazamiento de ideas, surgió en su memoria el recuerdo de la consulta que exigió para estudiar el caso de aquella joven, antes de emprender el viaje a Lourdes. La escena reaparecía con una nitidez extraordinaria; volvía a ver la habitación, empapelada de gris con flores azules, y escuchaba las discusiones y las conclusiones de los tres médicos. Los dos que habían expedido certificados diagnosticando una parálisis de la medula hablaban con la prudente lentitud de médicos con larga experiencia en la profesión, acreditados, estimados, hombres de una honorabilidad intachable; pero también resonaba en los oídos de Pedro la voz viva y cálida de su primo segundo, Beauclair, que era el tercer médico, joven de vasta cultura y atrevida inteligencia, al que sus colegas trataban fríamente, como a un espíritu aventurero.

Se sorprendía Pedro de hallar en la memoria cosas insospechadas y que en aquel instante se agolpaban en su mente por efecto de ese fenómeno singular que hace que ciertas palabras, apenas escuchadas, imperfectamente entendidas, archivadas como a pesar nuestro, renacen, estallan, se imponen, después de prolongados olvidos. Le parecía que, a medida que se acercaba la hora del milagro, se iban cumpliendo las condiciones en que Beauclair había anunciado que tendría lugar.

Fue inútil que Pedro se esforzara para alejar de su memoria aquel pensamiento, redoblando el fervor de sus oraciones. Las imágenes revivían, las palabras antiguas resonaban y le llenaban los oídos con la fuerza de un toque de clarín. Volvía a verse con su primo Beauclair en el comedor, donde,

después que se marcharon los otros médicos, se habían encerrado. Beauclair le explicaba entonces el proceso de la enfermedad: la caída del caballo a los catorce años; la luxación del órgano sexual, dislocado y vuelto de costado; los ligamentos, sin duda, desgarrados, provocando la sensación de peso en el hipogastrio y en los riñones, al igual que la debilidad de las piernas, que llegó hasta la parálisis. Luego, la lenta reparación de los desordenes; el aparato sexual volvió a su lugar propio, los ligamentos se cicatrizaron; pero no cesaron los fenómenos dolorosos, porque aquella niña era nerviosa, y su cerebro, aturdido por el accidente, no conseguía distraerse, habiendo quedada localizada la atención en el sitio del dolor, inmovilizándose, sin capacidad para adquirir nuevas nociones. Eso explicaba por qué los dolores continuaron, aun después de tener lugar la curación, como producto que eran de un estado neuropático, de un agotamiento nervioso consecutivo, agravado, sin duda, por accidentes de nutrición, mal estudiados todavía. De ese modo explicaba Beauclair fácilmente los diagnósticos contrarios y equivocados de los numerosos médicos que la habían asistido, sin permitirse el reconocimiento indispensable, y actuando por esa razón a tientas, creyendo unos en la existencia de un tumor y los otros, los más, convencidos de que se trataba de una lesión de la medula. Únicamente él, después de haber inquirido los antecedentes hereditarios de la enferma, acababa de sospechar que se trataba simplemente de un estado de autosugestión, producido por el sacudimiento y la violencia del dolor primero; y exponía sus razones: el estrechamiento del campo visual, la fijeza de la mirada, la expresión ensimismada, distraída, y, sobre todo, la naturaleza de aquel sufrimiento que se había desplazado del órgano hacia el ovario izquierdo, en donde se manifestaba en forma de peso aplastante, intolerable, que en ocasiones le subía hasta la boca, produciéndole terribles crisis de ahogo. Únicamente la voluntad brusca, la determinación de librarse de la falsa idea de la enfermedad, el empeño de levantarse, de respirar libremente, de no sufrir más, hubiera sido capaz de ponerla de pie, curada, transfigurada, por efecto del latigazo de una gran exaltación.

Pedro intentó por última vez no ver ni oír nada, porque comprendía que llevaba dentro de sí la causa que hacía la ruina irreparable del milagro. Y a pesar de sus esfuerzos, a pesar del ardor con que gritaba: «¡Jesús, hijo de David, cura a nuestros enfermos!», seguía viendo y oyendo a Beauclair, que le decía, tranquilo y sonriente, cómo se produciría el milagro, de una manera fulminante, en el segundo de la emoción suprema, circunstancia decisiva que acabaría de romper las ligaduras de los músculos. La enferma, en un transporte desatinado de gozo, se levantaría y caminaría, sintiéndose

bruscamente libre del peso de sus piernas, de aquel peso que le parecía desde hacía mucho tiempo como de plomo, como si se hubiese fundido de pronto, vertiéndose al suelo. Pero, sobre todo, el peso que le aplastaba el vientre y que subía, destrozándole el pecho, apretándole la garganta, se iría, daría un salto prodigioso, como una ráfaga de tempestad que arrastra consigo toda la enfermedad. ¿No era así como, en la Edad Media, los poseídos echaban por la boca el diablo, que durante largo tiempo había torturado su carne virgen? Beauclair había agregado que entonces María se haría mujer, que la sangre de la maternidad brotaría en aquel despertar del cuerpo estancado en la niñez, retrasado y quebrantado por aquella pesadilla tan larga, y que de pronto recuperaría su salud rebotante, la vivacidad de la mirada, el esplendor de las facciones.

Pedro miró a María, y su turbación fue creciendo al verla en un estado tan lamentable. ¡Que se salvase María, al precio de su perdición, si ello era necesario! Pero estaba demasiado enferma; la ciencia mentía, lo mismo que mentía la fe, y no era posible esperar que aquella niña, cuyas piernas llevaban ya tanto tiempo muertas, pudiese revivir. En la duda desordenada en que cayó, su corazón lacerado aumentó sus clamores, repitiendo indefinidamente al unísono de la multitud delirante:

—¡Señor, hijo de David, sana a nuestros enfermos! ¡Señor, hijo de David, sana a nuestros enfermos!

En aquel momento se produjo un tumulto, y todas las cabezas se agitaron. Las gentes se estremecían, las cabezas se movían hacia un sitio, se alzaban para ver mejor. Era la procesión de las cuatro, que aquel día empezaba con un poco de retraso; la cruz desembocaba en aquel momento debajo de uno de los arcos de la rampa monumental. Estalló una aclamación tal, y se produjo un empuje instintivo tan violento hacia aquel lugar, que Berthaud, manoteando con energía, ordenó a los camilleros que echasen atrás a la gente, tirando con toda su fuerza de las cuerdas. Los camilleros empujaron hacia atrás, haciéndose daño en las manos, y consiguieron al fin ensanchar un poco el espacio reservado, pudiendo así la procesión avanzar lentamente. A la cabeza marchaba un suizo gigantesco, vestido de azul y plata, y seguía la cruz procesional, una cruz alta que rutilaba como una estrella. Luego venían los delegados de las distintas peregrinaciones con sus banderas y estandartes de terciopelo y de raso, bordados con oro y sedas de vivos colores y decoradas con imágenes pintadas, llevando nombres de ciudades: Versalles, Reims, Orleans, Poitiers, Tolosa. Había una, toda blanca, que exhibía en letras rojas esta inscripción: «Obra de los Círculos Católicos Obreros». Seguía a

continuación el clero, doscientos o trescientos sacerdotes vestidos simplemente de sotana, un centenar con sobrepellices y cincuenta revestidos con casullas de oro, que parecían astros. Todos llevaban cirios encendidos y cantaban el *Laudate Sion Salvatorem*, a plena voz.

El palio, de seda púrpura galoneada de oro, avanzaba sostenido por cuatro sacerdotes que habían sido elegidos, sin duda alguna, entre los más vigorosos. Bajo el palio, entre otros dos sacerdotes que le ayudaban, el abate Judaine llevaba el Santísimo Sacramento sujetándolo con sus diez dedos firmemente apretados, como se lo había recomendado Berthaud. Las miradas algo inquietas que echaba a derecha e izquierda sobre aquella muchedumbre invasora demostraban la preocupación que le causaba la tarea de llegar a buen puerto con aquella valiosa y divina custodia, cuyo peso le tenía ya rotas las muñecas. Cuando el sol daba sus rayos en ella, se la habría tomado por otro sol. Algunos monaguillos balanceaban los incensarios, envueltos en el enceguecedor polvo de claridad, que daba un extraordinario esplendor a toda la procesión. Finalmente, a la cola, venía la masa confusa de los peregrinos, el pataleo del rebaño, los creyentes y los curiosos que se precipitaban llenos de fervor, cerrando la estela que dejaban como ola rodante.

Hacía un instante que el padre Massias había vuelto a subir al púlpito; tenía en el caletre planeado esta vez otro ejercicio. Después de los gritos de ardiente fe, de esperanza y de amor que lanzaba, ordenaba de pronto un silencio absoluto para que todos los presentes pudiesen hablar en secreto, a boca cerrada, con Dios, durante dos o tres minutos. Aquel silencio instantáneo, a pesar de la presencia de una muchedumbre tan enorme; aquellos minutos de plegaria muda, durante los cuales abrían todas las almas su propio misterio, resultaban de una grandeza impresionante, extraordinaria. La solemnidad del instante imponía; se oía el vuelo del deseo, de aquel inmenso deseo de vivir. Luego el padre Massias invitaba a los mismos enfermos a que hablasen ellos solos, a que suplicasen a Dios que les concediese lo que pedían a su omnipotencia. Y entonces estallaba una lamentación quejumbrosa, y se dejaban oír centenares de voces temblonas y cascadas, acompañadas de un concierto de lágrimas. «¡Señor, Jesús, si Tú lo quieres, puedes curarme!». «¡Señor, Jesús, apiádate de tu hijo, que se consume de amor!». «¡Señor, Jesús, haz que vea, haz que camine!». Una voz aguda de niña, de una vivacidad y agilidad de flauta, dominaba el sollozo universal y repetía a lo lejos: «¡Señor, Jesús, salva a los demás, salva a los demás!». Manaban lágrimas de todos los ojos; aquellas plegarias hacían que todos los corazones se estremecieran, conmovían a los más insensibles,

arrastrándolos al frenesí de la caridad, en un desvarío sublime que les habría impelido a abrirse el pecho con ambas manos para dar al prójimo su salud y su juventud. El padre Massias, sin dejar decaer aquel entusiasmo, reanudaba sus clamores, aguijoneaba con ellos a la muchedumbre delirante, mientras el padre Fourcade, colocado en uno de los escalones del púlpito, sollozaba también, alzando al cielo su cara, que sudaba a mares, para obligar a Dios a que bajase del cielo.

La procesión llegaba; las delegaciones, los sacerdotes, se alineaban a derecha e izquierda; y cuando el palio penetró en el recinto reservado a los enfermos graves, cuando éstos vieron la Hostia Santa, el Santísimo, deslumbrante como un sol, en manos del abate Judaine, ya no hubo manera de dirigir los rezos, pues las voces se confundieron y el vértigo arrebató todas las voluntades. Los gritos, las súplicas, las plegarias, se quebraban en gemidos. Los cuerpos se enderezaban en sus camastros miserables, los brazos se tendían trémulos, las manos crispadas parecían querer detener el milagro a su paso. «¡Señor, Jesús, sálvanos, que perecemos!». «¡Señor, Jesús, a ti te adoramos; cúranos!». «¡Señor, Jesús, tú que eres el Cristo, el hijo de Dios vivo, cúranos!». Tres veces aquellas voces desesperadas, exasperadas, lanzaron el lamento supremo en un clamoreo que traspasaba el cielo; redoblaban las lágrimas, inundando los rostros ardorosos que se transfiguraban a impulso del deseo. Hubo un momento en que el frenesí llegó a un grado tal, en que pareció tan irresistible el instintivo impulso hacia el Santísimo, que Berthaud mandó a los camilleros que se agarrasen unos a otros formando cadena. Era aquélla la maniobra suprema de protección: se formaba a derecha e izquierda una empalizada de camilleros, porque cada uno pasaba un brazo por el cuello de su vecino, formando así un muro viviente. No quedaba una sola rendija; nadie podía pasar. Pero, a pesar de todo, también aquella barrera humana se doblaba ante la presión de los desgraciados hambrientos de vida, que querían tocar, que querían besar a Jesús, y oscilaban hasta tropezar con el palio, y el palio mismo, en constante peligro de ser arrastrado, se tambaleaba en medio de la multitud, como barca santa en trance de naufragar.

Entonces, en lo más recio de aquella locura sagrada, en medio de las súplicas y de los sollozos, como en una tempestad, cuando el cielo se rasga y cae el rayo, estallaron los milagros. Un paralítico se levantó y tiró las muletas. Se oyó un chillido penetrante y apareció una mujer, de pie en su colchón, envuelta en su sábana blanca como en un sudario; se decía que era una tísica moribunda hacía unos instantes y resucitada ahora. La gracia resplandeció dos

veces más, una tras otra: una ciega vio de pronto la gruta hecha una llama; una muda cayó de rodillas dando gracias con voz clara y alta a la Santa Virgen. Y todos estaban prosternados a los pies de Nuestra Señora de Lourdes, fuera de sí de alegría y de reconocimiento.

Pedro no apartaba sus ojos de María, y lo que estaba viendo le conmovía profundamente. Los ojos de la enferma, vacíos todavía, se habían dilatado, mientras su pobre rostro lívido, semejante a una pesada mascarilla, se contraía, como si estuviese sufriendo horriblemente. No hablaba, porque, sin duda, se imaginaba, llena de desesperación, que nuevamente se apoderaba de ella la enfermedad. Pero súbitamente, cuando pasaba el Santísimo y vio que centelleaba el astro de la custodia herido por el sol, experimentó una sensación de deslumbramiento y se creyó fulminada por un rayo. Sus ojos se volvieron a iluminar con aquel resplandor, recuperaban finalmente su llama vital y brillaban como dos estrellas. Su rostro se animaba, se coloreaba al impulso de aquella oleada de savia; resplandecía de alegría y de salud. Pedro la vio levantarse bruscamente y mantenerse erguida en su cochecito, vacilante, balbuceando, sin acertar a pronunciar más que estas palabras de ternura:

—¡Oh, amigo mío! ¡Oh, amigo mío!

Se acercó vivamente para sostenerla. Pero ella lo apartó con un ademán, y se afirmó, conmovedora, hermosa, vestida con su trajecito de lana negra, calzados sus pies con las zapatillas que llevaba siempre puestas, esbelta y fina, nimbada de oro por su admirable cabellera rubia, cubierta por un simple velo. Todo su cuerpo de virgen era presa de intensas sacudidas, como si la estuviese regenerando una enérgica fermentación. Las piernas fueron las primeras en desembarazarse de las cadenas que las tenían atadas. Finalmente, mientras sentía que brotaba de ella misma el manantial de sangre, la vida de la mujer, de la esposa y de la madre, experimentó una última angustia, sintió que un peso enorme le subía del vientre a la garganta. Sólo que esta vez no se detuvo allí, no la sofocó, sino que salió fuera de su boca abierta y estalló en un grito de júbilo sublime.

—¡Estoy curada! ¡Estoy curada!

Entonces se vio un espectáculo extraordinario. La colcha del carrito yacía a sus pies: ella triunfaba en la expresión de su rostro resplandeciente y magnífico. Su grito de que estaba curada había resonado con tal embriaguez que la multitud entera se sintió subyugada, fuera de sí. Ya no había más que ella, todos los ojos se hallaban fijos en ella, que estaba de pie, radiante, divina.



—¡Estoy curada! ¡Estoy curada!

Pedro, que sintió su corazón como agitado por una violenta conmoción, se echó a llorar. De nuevo corrieron las lágrimas de todos los ojos. Y en medio de exclamaciones y frases de gratitud y de alabanza, se apoderaba de todos un frenético entusiasmo, que hacía palpar con emoción creciente a los miles de peregrinos que se aplastaban los unos contra los otros para ver. Se desató una tempestad de aplausos, un trueno furioso de aplausos que fue retumbando de un extremo a otro del valle.

El padre Fourcade agitaba los brazos, y el padre Massias, desde lo alto del púlpito, al cabo de un rato, pudo hacerse oír.

—Dios nos ha visitado, amados hermanos míos. *Magnificat anima mea Dominum.*

Y todas las voces, los millares de voces, al unísono, entonaron el canto de adoración y de reconocimiento. La procesión estaba detenida; el abate Judaine consiguió llegar al fin a la gruta con la custodia; pero se quedó esperando pacientemente antes de dar la bendición. El palio esperaba fuera de la verja, rodeado de sacerdotes vestidos de sobrepellices y casullas, que brillaban como la nieve y como el oro, bajo los rayos del sol poniente.

María, entre tanto, se había arrodillado, sollozante, y en todo el tiempo que duró el canto se desbordó todo su ser en un acto fervoroso de fe y de amor. Pero la muchedumbre quería verla andar; algunas mujeres la llamaban, ebrias de felicidad, y un grupo la rodeó, la levantó casi del suelo, la empujó hacia la oficina de comprobación, a fin de que el milagro resplandeciese como la luz del sol. Su cochecito quedó olvidado, y Pedro la siguió, mientras ella, balbuceando, vacilando con encantadora torpeza, al cabo de siete años de no poder servirse de sus piernas, avanzaba con el aire inquieto y gozoso del niño que da sus primeros pasos. Era un espectáculo tan conmovedor, tan delicioso, que Pedro no pensaba ya sino en la inmensa felicidad de verla renacer con toda su juventud. La amiga querida de la infancia, aquel su amor lejano, sería, al fin, la mujer hermosa y encantadora que se adivinaba en la jovencita de otros tiempos, allá en el jardincillo de Neuilly, cuando se mostraba tan linda y alegre, bajo los frondosos árboles filtrados de sol.

La muchedumbre seguía aclamándola con verdadera furia; afluía hacia ella como una ola enorme y la acompañaba; todos se quedaron esperándola ante la puerta, presas de febril impaciencia, cuando ella penetró en la oficina, a la que no se permitió pasar sino a Pedro.

Había pocas personas aquella tarde en la oficina de comprobación. La pequeña salita cuadrada, cuyos muros de madera humeaban de calor,

amueblada de un modo rudimentario, con sillas de paja y dos mesas de altura desigual, estaba poco concurrida; aparte del personal de costumbre, sólo había allí cinco o seis médicos, sentados, en silencio. El jefe del servicio de piscinas y dos sacerdotes jóvenes tenían a su cargo los registros y hojeaban los expedientes; el padre Dargelès, situado en uno de los extremos de la mesa, escribía una nota para su periódico. El doctor Bonamy estaba precisamente examinando el lupus de Elisa Rouquet, que iba por tercera vez a que comprobasen la creciente cicatrización de su llaga.

—En pocas palabras, señores —exclamaba el doctor—, ¿han visto ustedes alguna vez un lupus que se corrigiese de esta manera y con tanta rapidez? Yo bien sé que ha aparecido una obra en que se trata de la fe que cura, y se afirma en ella que ciertas llagas pudieran ser de origen nervioso. Pero esa afirmación está muy lejos de haber sido comprobada en casos de lupus, y propongo que se reúna una comisión de médicos para ver si es capaz de explicar por las vías ordinarias la curación de esta señorita.

Se interrumpió, volviéndose hacia el padre Dargelès para decirle:

—¿Ha notado usted, padre, que la supuración ha desaparecido por completo y que la piel recobra su color natural?

Pero no esperó la contestación, porque en aquel instante entraba María en compañía de Pedro, y adivinó en el acto que allí le llegaba algo extraordinario sólo con ver la cara radiante de la muchacha curada. Estaba admirable, y como pintada para arrastrar y convertir a las muchedumbres. El doctor despidió con vivacidad a Elisa Rouquet, preguntó el nombre de la recién llegada y pidió el correspondiente legajo a uno de los jóvenes sacerdotes. Y al ver que María se tambaleaba, quiso hacerla sentar en el sillón.

—¡No, no, gracias! —exclamó ella—. ¡Me siento tan feliz de poder servirme de mis piernas!

Pedro había buscado con la mirada al doctor Chassaing y se apenó al no verlo allí. Permaneció apartado y esperó mientras revisaban los cajones en que estaban los legajos sin conseguir dar con el que buscaban.

—Veamos —repetía el doctor Bonamy—, María de Guersaint, María de Guersaint. Estoy seguro de haber visto ese nombre.

Por fin, Raboin descubrió el legajo, que había sido clasificado bajo una letra equivocada; cuando el doctor se cercioró de los certificados que contenía, se entusiasmó.

—He aquí un caso sumamente interesante, señores. Les ruego que escuchen con atención. Esta señorita que ustedes ven aquí se hallaba afectada de una grave lesión en la medula. Y, si alguno tuviese duda de ello, estos dos

certificados bastarían para convencer al más incrédulo, porque llevan la firma de dos médicos de la Facultad de París, cuyos nombres son perfectamente conocidos por todos nuestros colegas.

Hizo circular los certificados entre los médicos presentes, quienes los leyeron con significativos movimientos de cabeza. Eran documentos innegables, y sus firmantes tenían bien ganada fama de profesionales honestos y experimentados.

—Pues bien, señores, si nadie impugna el diagnóstico, pasemos a ver ahora las modificaciones que se han producido en el estado de la señorita.

Antes de proceder al interrogatorio se volvió hacia Pedro:

—Tengo entendido, señor abate, que usted ha venido desde París acompañando a la señorita de Guersaint. ¿Hicieron ustedes consulta de médicos antes de emprender el viaje?

El sacerdote sintió un estremecimiento en medio de su gran alegría.

—Yo mismo asistí a la consulta, señor.

Y de nuevo surgió en su imaginación la escena aquella. Vio a los dos doctores, graves y sapientes, y vio también a Beauclair, que se sonreía mientras sus colegas redactaban sus escritos. ¿Iría él a reducir ahora a la nada estos certificados, haciendo conocer el otro diagnóstico, el que permitía explicar científicamente la curación? El milagro estaba predicho y, por tanto, refutado con antelación.

—Tengan ustedes en cuenta, señores —prosiguió el doctor—, que la presencia del señor abate da mayor fuerza a estas pruebas. Y ahora la señorita va a decirnos sinceramente lo que ha sentido.

Se había inclinado sobre el padre Dargelès para decirle al oído que no se olvidara de dar a Pedro un papel de testigo en la narración.

—¡Dios mío! ¿Cómo voy a explicárselo, señores? —exclamó María con voz jadeante, entrecortada por la emoción—. Desde ayer tenía la certidumbre de que sería curada. Sin embargo, hace pocos instantes, cuando empecé a sentir que me hormigueaban las piernas, temí que se tratase de una nueva crisis, y dudé un momento... Entonces, el hormigueo cesó. Pero en cuanto reanudé mi plegaria comenzó de nuevo... ¡Yo rogaba, rogaba con toda mi alma, y acabé abandonándome a la Virgen como una niña! «¡Virgen Santa, Nuestra Señora de Lourdes, haz de mí lo que quieras!». —Los hormigueos no cesaban; me parecía que tenía la sangre hirviendo y que una voz me gritaba —: ¡Levántate! ¡Levántate!». Tuve la sensación del milagro en un crujido de todos mis huesos y de toda mi carne, como si me hubiera herido un rayo.

Pedro, muy pálido, escuchaba. Beauclair le había predicho que la curación sobrevendría como un rayo en el instante en que, bajo la influencia de una poderosa sobreexcitación imaginativa, se produjese un súbito despertar de la voluntad que estaba dormida desde hacía tiempo.

—La Virgen —continuó María— hizo que recuperara primero el dominio de las piernas. Tuve la sensación clarísima de que las férreas ligaduras que tenían inmovilizadas mis piernas iban deslizándose por mi piel como cadenas rotas... Luego, el peso que me atajaba la respiración, aquí, en el costado izquierdo, fue subiendo; creí que me moría, porque me hacía un daño horrible. Pero subió hasta más arriba del pecho, pasó después por la garganta, lo sentí en la boca y lo escupí violentamente. Eso fue todo; ya no tenía nada; todo mi mal había desaparecido.

Había hecho un gesto imitando el pesado aleteo de la lechuza y se calló, dirigiendo una sonrisa a Pedro, que estaba profundamente conmovido. Todo aquello se lo había predicho Beauclair, empleando casi las mismas palabras de María, hasta las mismas imágenes. El pronóstico se realizaba al pie de la letra; todo lo que había ocurrido no eran sino fenómenos naturales y previstos.

Raboin había escuchado el relato con los ojos dilatados por el asombro, con el fervor de un hombre devoto y de pocas luces, a quien le quitaba el sueño la idea del infierno.

—¡El diablo, el diablo es lo que ella escupió! —dijo.

Pero el doctor Bonamy, más sensato, le hizo callar, y, dirigiéndose hacia los médicos, les dijo:

—Señores, ya saben ustedes que aquí procuramos evitar siempre el pronunciar la palabra milagro. Pero éste es un hecho cuya explicación por las vías naturales me sería grato escuchar de ustedes. Esta señorita se hallaba atacada desde hacía siete años de una grave parálisis, debida evidentemente a una lesión de la medula. Se trata de algo innegable, acreditado por una documentación científica indiscutible. La señorita no caminaba, no podía hacer un solo movimiento sin lanzar un gemido, había llegado a un agotamiento extremo, precursor de un desenlace fatal. Y de pronto se levanta, camina, se ríe, revive. La parálisis ha desaparecido completamente, ya no siente ningún dolor, está tan bien como cualquiera de nosotros. Acérquense, señores, examínenla y tengan la bondad de decirme qué ha pasado aquí.

Estaba ufano. Ninguno de los médicos tomó la palabra. Dos de ellos, católicos militantes sin duda, habían aprobado con una enérgica afirmación de cabeza. Los demás se quedaron inmóviles, cohibidos, demostrando que no deseaban mezclarse en el asunto. Sin embargo, un médico, bajito y flaco,

cuyos ojos chispeaban detrás de los cristales de sus lentes, se levantó para ver de cerca a María. Le tomó una mano, le miró las pupilas y pareció preocuparse únicamente de aquella expresión transfigurada que parecía envolver a la joven. Después, con maneras muy corteses, pero sin querer siquiera discutir, volvió a tomar asiento.

—El caso escapa a la ciencia; esa es mi conclusión —concluyó con aire de triunfo el doctor Bonamy—. Y agrego a lo anterior que aquí no ha habido convalecencia, que la salud se ha recuperado de una manera plena y total, de golpe. Vean su mirada brillante, su cutis sonrosado, su fisonomía llena de animación y alegría. Es evidente que la reparación de los tejidos continuará con alguna lentitud, pero se puede decir desde ahora que la señorita acaba de nacer otra vez. ¿No es cierto, señor abate, que usted, que la veía todos los días, no la reconoce ya?

Pedro balbuceó:

—Es cierto, es cierto...

Y, en efecto, la veía fuerte ya, con las mejillas llenas y frescas, con una alegría primaveral. Pero también había previsto su primo Beauclair aquel sobresalto de euforia, aquel entonamiento radiante de todo el organismo quebrantado, así que la vida volviese a entrar en él, en cuanto se despertase su voluntad de curar y de ser feliz.

Nuevamente el doctor Bonamy se había inclinado hacia el oído del padre Dargelès, que daba fin a su nota, una especie de acta completa. Cambiaron entre sí algunas frases a media voz, como si se consultaran, y, al fin, dijo el doctor:

—Señor abate, usted, que ha sido testigo de estas maravillas, no tendrá inconveniente, seguramente, en firmar el relato exacto que acaba de redactar el reverendo padre para el «Diario de la Gruta».

¡Firmar él aquella página errónea y mentirosa! Se sublevó ante aquella idea, y estuvo en un tris de decir a gritos la verdad. Pero sintió sobre sus hombros el peso de la sotana y, sobre todo, la alegría de María que desbordaba en su corazón. ¡Sentíase tan feliz viéndola curada! En cuanto dejaron de interrogarla, fue a su lado y se apoyó en su brazo, sonriéndole con una mirada llena de embriaguez.

—¡Dé usted gracias a la Santa Virgen, amigo mío! —le dijo en voz baja—. ¡Qué buena ha sido, devolviéndome la salud, la belleza y la juventud! ¡Y qué contento se va a poner mi padre, mi buen padre!

Tocado por la emoción de estas palabras, Pedro firmó. Todo se desmoronaba en su interior; pero con que ella se hubiese curado tenía él

bastante, y hubiera creído que cometía un sacrilegio si ponía en peligro la fe de aquella niña, la fe inmensa y pura que la había curado.

Cuando María salió de la oficina, estallaron de nuevo las aclamaciones, y la multitud rompió en aplausos. Parecía como si el milagro hubiese tomado ya estado oficial. Entre tanto, algunas personas de bien, temerosas de que María se fatigase, habían traído hasta la oficina de comprobación el carrito que ella había dejado en la gruta, por si volvía a necesitarlo. Cuando María lo vio, experimentó una profunda emoción. ¡Allí estaba el carrito en que ella había vivido tantos años, aquel ataúd rodante que a veces le hacía imaginar que estaba enterrada viva! ¡De cuántas lágrimas, de cuántos desencantos y malos días había sido testigo! Y de pronto le asaltó la idea de que, puesto que durante tanto tiempo había compartido con ella el dolor, debía ser también asociado al triunfo. Fue una inspiración brusca, como un acceso de locura santa, lo que le hizo empuñar el timón del cochecito.

En aquel momento pasaba la procesión de regreso de la gruta, donde el abate Judaine había dado la bendición. María, arrastrando su carrito, se colocó detrás del palio. En zapatillas, con la cabeza cubierta con un velo de encaje, el pecho palpitante de emoción, el rostro erguido, iluminada y magnífica, avanzaba remolcando el cochecito de sus angustias, el féretro con ruedas en que había agonizado. Y la muchedumbre que la aclamaba, la frenética muchedumbre, se puso también en marcha tras ella.

## IV

**P**edro había seguido a María, situándose detrás del palio, al lado de ella, como atraído por la misma ráfaga de gloria que le hacía arrastrar triunfalmente su cochecito. Pero a cada minuto se producían tales empujones, como de viento tempestuoso, que Pedro habría seguramente caído al suelo de no haberlo sostenido una mano ruda.

—No tenga usted miedo; deme el brazo. De lo contrario, no podrá usted tenerse en pie.

Se volvió, y quedó sorprendido al ver que era el padre Massias, que había dejado al padre Fourcade en el púlpito para acompañar al palio. Estaba poseído de una extraordinaria fiebre, y avanzaba hacia adelante, con una solidez de roca; sus ojos parecían dos tizones, y su rostro, por el que corría el sudor, mostraba una gran exaltación.

—¡No tema usted! ¡Apóyese en mi brazo!

Una nueva ola humana estuvo a punto de barrerlos. Pedro se dejó llevar por aquel hombre terrible, de quien se acordaba por haber sido condiscípulo suyo en el seminario. ¡Qué encuentro más extraño! Qué no daría Pedro por poseer aquella fe violenta, aquella locura de fe que le hacía jadear así, con la garganta llena de sollozos, sin dejar de repetir su ardiente súplica:

—¡Señor, Jesús, cura a nuestros enfermos! ¡Señor, Jesús, cura a nuestros enfermos!

Detrás del palio no cesaba jamás ese mismo grito; había siempre un vociferador encargado de no dejar en paz la excesivamente lenta bondad divina. Era a veces una voz estentórea, gemebunda; otras veces, una voz aguda, desgarradora. La del padre Massias, imperiosa, acababa por quebrarse debido a la fuerza de la emoción.

—¡Señor, Jesús, cura a nuestros enfermos! ¡Señor, Jesús, cura a nuestros enfermos!

La noticia de la fulminante curación de María, de aquel milagro que iba a tener larga resonancia en el mundo cristiano, se había esparcido ya de un extremo a otro de Lourdes; y eso era lo que producía aquel vértigo creciente de la multitud, aquella crisis de delirio contagioso que la hacía precipitarse hacia el Santísimo Sacramento en un vaivén semejante al del flujo desencadenado del mar cuando asciende la marea. Cada cual se dejaba llevar por la inconsciente pasión de ver, de tocar, de ser curado, de ser feliz. Dios

pasaba, y no eran solamente los enfermos los que ardían en deseos de vivir, porque todos estaban dominados por la necesidad de la dicha, que los sostenía, con el corazón sangrante y abierto, con las manos ávidas.

Por eso, Berthaud, que temía aquellos excesos del amor, había querido acompañar a sus hombres. Daba órdenes y estaba atento, para que la gente no rompiese aquella doble cadena de camilleros que cerraba el acceso al palio por ambos lados.

—¡Aprieten todavía más la filas! ¡Más aún! ¡Tómense del brazo con fuerza!

Ruda era la tarea que tenían que realizar aquellos jóvenes, elegidos entre los más vigorosos. El muro que formaban de aquel modo, hombro contra hombro, entrelazados los brazos por la cintura y el cuello, cedía por momentos al empuje de los asaltos involuntarios. Nadie creía empujar y, sin embargo, se formaban continuos remolinos, olas profundas que venían desde lejos y amenazaban derribarlo todo.

Cuando el palio se encontró en el centro de la plaza del Rosario, el abate Judaine creyó firmemente que ya no pasaría de allí. Se habían formado en anchuroso espacio varias corrientes contrarias que se arremolinaban, rebotando hacia todos lados. Tuvo que detenerse bajo el palio, que se bamboleaba, azotado como una vela en alta mar al paso de una ráfaga brusca. Sostenía el Santísimo muy alto, con sus dos manos entumecidas, temeroso de que lo derribase un último empujón; comprendía perfectamente que el objeto de la pasión de todo aquel pueblo era la custodia de oro, que irradiaba como un sol, el Dios que reclamaban para besarlo y confundirse con él, aun a riesgo de tener que aniquilarse en él. Se quedó inmóvil y dirigió a Berthaud una mirada inquieta.

—¡No dejen pasar a nadie! —gritó éste a los camilleros—. ¡A nadie! ¡Absolutamente a nadie! ¡Óiganlo bien, porque la orden es terminante!

Pero se oían voces suplicantes; las pobres gentes sollozaban, con los brazos extendidos, con los labios entreabiertos, con un ansia loca de que las dejasen acercarse y arrodillarse a los pies del sacerdote. ¡Feliz de aquel que era arrojado al suelo, aplastado y pisoteado por toda aquella procesión! Un enfermo mostraba su mano seca, seguro de que reviviría si se le permitía tocar la custodia. Una muda pretendía pasar dando furiosos codazos, convencida de que su lengua se destrabaría con un beso a la custodia. Y otros, otros muchos, gritaban, imploraban, terminaban por amenazar con el puño cerrado a aquellos hombres crueles que impedían la curación de las enfermedades de



sus cuerpos, de los dolores de sus almas. La consigna era absoluta, porque se temían graves accidentes.

—¡Nadie! ¡Nadie! —repetía Berthaud—. ¡No dejen pasar a nadie!

Había allí una pobre mujer cuya vista conmovía los corazones de todos. Vestía miserablemente, con la cabeza descubierta: tenía el rostro bañado en lágrimas, y sostenía en brazos a un niño de unos diez años, cuyas piernas paralíticas colgaban inertes. Era demasiado peso para su debilidad; pero parecía no sentirlo. Había traído a su hijo, y conjuraba a los camilleros, con sorda obstinación, sin que pudiesen con ella ni las palabras ni los empujones.

El abate Judaine, muy emocionado, le hizo una señal, llamándola. Obedeciendo a aquella actitud piadosa del oficiante, a pesar del peligro que ofrecía el abrir una brecha, dos camilleros se apartaron y la mujer se precipitó con su carga, arrojándose a los pies del sacerdote. Este apoyó un momento la base de la custodia en la cabeza del niño. La madre posó allí mismo sus labios ávidos. Luego, al ponerse otra vez en marcha, se empeñó en quedarse detrás del palio, y siguió a la procesión, con la cabellera desgreñada, vacilante bajo el peso excesivo que llevaba entre sus brazos.

A duras penas se consiguió atravesar la plaza del Rosario. Y empezó entonces la ascensión, la ascensión gloriosa por la rampa monumental. Allá en lo alto, tocando el cielo, alzaba la basílica su esbelta torre, y un carillón lanzaba desde allí sus notas sonoras, festejando el triunfo de Nuestra Señora de Lourdes. El palio avanzaba lentamente hacia aquella apoteosis, hacia aquella elevada puerta del santuario, que parecía abrirse hacia el infinito por encima de la inmensa multitud, mar inmenso cuyo sordo rumor continuaba oyéndose allá abajo, en las plazas y en las avenidas.

Ya el suizo magnífico, uniformado de azul y plata, llegaba con la cruz procesional a la altura de la cúpula de la iglesia del Rosario, sobre la ancha explanada que formaban los techos. Las delegaciones de la peregrinación fueron desfilando; las banderas de seda y terciopelo, multicolores, flameaban en medio del incendio del sol crepuscular. Venía después el clero resplandeciente: sacerdotes con sobrepellices de nieve, otros con casullas de oro, semejantes a un desfile de astros. Los incensarios se balanceaban, y el palio subía siempre, sin que se divisasen ya sus portadores, como si una fuerza misteriosa, como si unos ángeles invisibles lo hubiesen conducido en aquella lenta ascensión hacia la gloria, hacia la puerta del cielo, abierta de par en par.

Estallaron los cánticos; ya no se oían las voces que reclamaban la curación, pues la muchedumbre había quedado atrás. Se había producido el

milagro, y lo celebraban a boca llena, entre el repique de campanas, en medio del alborozo estremecido del aire.

—*Magnificat anima mea Dominum...*

Era el cántico de gratitud, el cántico entonado ya en la gruta, y que de nuevo brotaba en los corazones.

—*Et exultavit spiritus meus, in Deo salutari meo...*

Aquella subida deslumbrante, aquella ascensión por las rampas colosales hacia la basílica toda luz, la efectuó María en medio de un desborde creciente de alegría. A medida que ascendía, parecíale que se sentía más fuerte y más segura sobre sus piernas resucitadas, por tanto tiempo muertas. Ningún obstáculo la detenía; sus risas se confundían con sus gruesas lágrimas; avanzaba erguida, con aire marcial. Durante aquella caminata perdió una de sus zapatillas, y el velo de encaje, desprendido de los cabellos, le cayó sobre los hombros. Pero ella siguió avanzando siempre, tocada con la aureola de su admirable cabellera rubia, con el rostro deslumbrador, en un despertar de voluntad y de fuerzas tan grande, que se oía detrás de ella el traqueteo del pesado carrito al ascender por la áspera cuesta enlosada, como si fuera un cochecito de juguete.

Pedro seguía al lado de María, colgado del brazo del padre Massias, que no le había soltado. Era tal la emoción que le embargaba que no podía reflexionar. La voz demasiado sonora de su compañero lo asordaba.

—*Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles...*

Al otro lado, a su derecha, seguía también Berthaud detrás del palio, tranquilo ya. Había dado a sus camilleros la orden de soltar la cadena, y contemplaba con fruición aquel mar humano del que acababa de salir la procesión. Cuando más se ascendía a lo largo de las rampas, tanto más amplio era el panorama que se ofrecía a la vista con la plaza del Rosario, las avenidas y los senderos de los jardines, negros de gente. Era todo un pueblo visto a vuelo de pájaro, un hormiguero cada vez más ancho y más lejano.

—¡Fíjese! —dijo a Pedro—. ¿No es eso grande y hermoso? En fin, el año no se presenta del todo mal.

Él, para quien Lourdes era sobre todo un foco de propaganda que le resarcía de sus odios políticos, se regocijaba con las peregrinaciones nutridas, porque creía que eran mal vistas por el gobierno. ¡Qué estupendo si se pudiera atraer también a los obreros de las ciudades para crear una democracia católica!

—El año pasado se llegó escasamente a doscientos mil peregrinos. Pero tengo confianza en que este año sobrepasaremos esa cifra.

Y agregó, con su expresión alegre de hombre bonachón, porque lo era a pesar de su sectarismo:

—Créame que hace un momento, cuando estaban a punto de arrollarnos, sentía contento. Pensaba yo: «¡Esto marcha! ¡Esto marcha!».

Pero Pedro no le escuchaba, impresionado por la grandeza del espectáculo. Aquel gentío que se extendía más y más a medida que ascendía; aquel valle magnífico que se abría a sus pies, que se agrandaba cada vez más, ensanchando el horizonte fastuoso de las montañas, lo llenaban de una admiración vibrante. Su turbación aumentaba; buscó la mirada de María y le indicó con un amplio ademán el anfiteatro inmenso. Aquel ademán desorientó a María, cuya exaltación puramente espiritual del momento le impedía ver la materialidad del espectáculo. Creyó que Pedro ponía por testigo a la tierra de los favores prodigiosos con que la Santa Virgen acababa de colmarlos a los dos; porque ella suponía que también él había recibido su parte en el milagro, que el rayo de gracia que la había puesto de pie, librándola del mal que mortificaba su carne, le había tocado también a él, tan próximo a ella, cuyo corazón estaba tan cerca del suyo, y que Pedro se había sentido envuelto, arrastrado por la misma fuerza divina, redimida el alma de la duda y reconquistada la fe.

¿Cómo era posible que presenciase su extraordinaria curación sin quedar convencido? ¡Cuánto había rezado ella la noche anterior, delante de la gruta! Y a través de su júbilo desbordante, veía a Pedro transfigurado, llorando también, llorando y riendo, reintegrado a Dios. Aquel pensamiento exacerbaba su febril felicidad y le hacía arrastrar su cochecito con mano incansable; hubiera querido seguir arrastrándolo durante leguas y leguas, cada vez más arriba, hasta las cimas inaccesibles, hasta el deslumbramiento del paraíso, como si en aquella ascensión resonante fuese ella la portadora de su doble cruz, el precio de su propio rescate y el de su amigo.

—¡Pedro, Pedro! —balbuceó—. ¡Qué alegría haber recibido esta bienaventuranza juntos! ¡Yo se lo había implorado con tanto fervor! ¡Ella se ha dignado atenderme, y le ha salvado a usted al mismo tiempo que me salvaba a mí! Sí, he sentido que su alma se fundía con la mía. Dígame que nuestras peticiones han sido satisfechas, que yo he conseguido su salvación, del mismo modo que usted ha conseguido la mía.

Pedro comprendió el error y de su amiga y se estremeció.

—¡Si usted supiera —continuó— qué mortal pesar habría sido para mí el ascender sola hacia la luz! ¡Ser elegida, y usted no; irme allá arriba, y usted no! ¡Pero, en cambio, ir con usted, Pedro, es una dicha inmensa! ¡Salvados

juntos, felices para siempre! ¡Me siento con fuerzas bastantes para ser feliz, créamelo, amigo mío, con fuerzas para levantar el mundo!

Pedro se vio obligado a responderle, y mintió, porque le sublevaba la idea de echar a perder, de empañar siquiera aquella felicidad tan grande y tan pura.

—¡Sí, sí, María! Sea usted feliz, porque yo también soy muy feliz, y todos nuestros sufrimientos están redimidos.

Pero sintió en todo su ser una profunda desgarradura, porque había sentido bruscamente que un hachazo brutal los separaba al uno del otro. Hasta entonces, en sus sufrimientos comunes, María había seguido siendo para Pedro la amiguita de la infancia, la primera mujer ingenuamente deseada, y que seguía siendo siempre suya, porque no podía pertenecer a otro. Pero ahora ella estaba curada, y Pedro se quedaba solo en su infierno, pensando en que ya nunca jamás le pertenecería. Aquel pensamiento le produjo tal turbación que le hizo apartar la vista, desesperado porque aquella prodigiosa felicidad que bullía en María le hacía sufrir a él.

El cántico continuaba; el padre Massias, que no tenía ojos ni oídos para nada, abrasado de gratitud hacia Dios, lanzaba con su voz tonante el último versículo:

—*Sicut locutus est ad patres nostros, Abraham et semini ejus in saecula.*

Todavía quedaba una rampa que ascender, todavía era necesario hacer un esfuerzo más en aquella ardua subida, sobre anchas losas resbaladizas. La procesión subía siempre, en una atmósfera de viva luz. Faltaba el último recodo; las ruedas del cochecito chocaron contra el borde del granito. ¡Más arriba, más arriba siempre! El carrito rodaba más arriba; parecía que llegaba ya a la orilla del cielo.

De pronto, el palio apareció en la cima de las rampas gigantescas, delante de la puerta de la basílica, sobre el mirador de piedra desde el que se dominaba todo el panorama. El abate Judaine se adelantó, sosteniendo en alto con las dos manos el Santísimo. Junto a él habíase colocado María, cuyo corazón parecía saltársele del pecho a causa del esfuerzo; tenía encendido el rostro, en medio del oro de sus cabellos destrenzados. Detrás se alineó todo el clero: las sobrepellices de nieve, las casullas brillantes, mientras los estandartes y las banderas flotaban al viento, empavesando la blancura de las balaustradas. Hubo un instante solemne.

Nada más grandioso que el espectáculo que se veía desde allá arriba. Abajo, en primer término, la muchedumbre, mar humano de oleaje oscuro, en incesante movimiento, pero ahora inmovilizado un instante; se distinguían en ella unas manchitas blancas, que eran las pálidas caras de los peregrinos,

vueltas hacia la basílica, en espera de la bendición; y tan lejos como llegaba la vista, desde la plaza del Rosario hasta el Gave, por los caminos, las avenidas y las encrucijadas, hasta la vieja ciudad lejana, las manchitas pálidas se multiplicaban, innumerables, infinitas, con la boca abierta, con los ojos fijos en el umbral augusto por donde se abría el cielo. Luego surgía el inmenso anfiteatro, con sus laderas, collados y montañas, que se elevaban por todas partes, una infinita cantidad de picachos que se perdían en el aire azul. Al norte, más allá del torrente, sobre las primeras pendientes, veíanse entre los árboles numerosos conventos: los carmelitas, los asuncionistas, los dominicos, las hermanitas de Nevers, que aparecían bruñidos con reflejos rosados en medio de la hoguera encendida del crepúsculo. Escalonábanse luego algunos macizos boscosos, que llegaban hasta las alturas del Buala, por encima del cual surgía la sierra de Julos, dominada a su vez por el Miramont.

Hacia el sur se abrían otros valles profundos, gargantas estrechas entre grupos de gigantescas rocas, cuyas bases se hundían en la mancha azulada de las sombras, cuando en sus cimas rutilaba aún el adiós sonriente del sol. Hacia aquel lado surgían revestidas de púrpura las colinas de Visens, promontorio de coral que limitaba el lago dormido del éter, que tenía transparencias de zafiro. Pero al este, enfrente, el horizonte se agrandaba con el cruce mismo de los siete valles. El castillo, que había sido en otros tiempos su guardián, seguía en pie sobre el peñasco que bañaba el río Gave, con su torreón, sus altas murallas y su negra silueta de fortaleza antigua y salvaje. Más acá, la ciudad nueva aparecía alegre, rodeada de jardines, mostrando sus blancas fachadas, sus grandes hoteles, sus casas suntuosas, sus lujosas tiendas, cuyas vidrieras brillaban como brasas encendidas; y al otro lado del castillo mostraba borrosamente el viejo Lourdes sus tejados descoloridos envueltos en la polvareda de luz rojiza. El Pequeño Gers y el Gran Gers, los dos picos enormes de la roca desnuda, con manchas de hierba, formaban un fondo neutro, violáceo; eran dos cortinas severas corridas al borde del horizonte, y detrás de ellas declinaba hacia su lecho de sombras el astro del día.

El abate Judaine, frente a aquella inmensidad, alzó con ambas manos, cada vez más alto, el Santo Sacramento. Lo paseó lentamente de un extremo al otro del horizonte y le hizo describir una gran cruz, en pleno cielo. A la izquierda saludó a los conventos, a las alturas del Buala, a la sierra, a Julos, al Miramont; a la derecha saludó a los grandes bloques pétreos de los valles oscuros, a las colinas revestidas de púrpura de Visens; al frente saludó a las dos ciudades, al castillo bañado por el Gave, al Pequeño Gers y al Gran Gers, ensombrecidos ya; y saludó a los bosques, a los torrentes, a los montes, a las

cadenas confusas de picos lejanos, a toda la tierra, por encima del horizonte visible. ¡Paz al mundo, y a los hombres consuelo y esperanza!

La muchedumbre había sentido allá abajo un escalofrío, al verse envuelta por completo en aquella cruz inmensa. Parecía como que pasaba un soplo divino, agitando el mar de pálidos rostros, tan numerosos como las olas del océano. Se elevó en los aires un vasto rumor de adoración y todas las bocas abiertas proclamaron la gloria de Dios, cuando la custodia, herida de lleno por el sol poniente, surgió como otro sol, un sol de oro purísimo, que trazaba el signo de la cruz con trazos flamígeros, en el umbral de lo infinito.

Las banderas, el clero, el abate Judaine, bajo el palio, volvían a entrar en la basílica; cuando iba a hacerlo María, sin desprenderse de su carrito, fue detenida un instante por dos señoras, que la abrazaron llorando. Eran la señora de Jonquière y su hija Raimunda, que se hallaban allí esperando la bendición, y que se habían enterado del milagro.

—¡Hija querida, qué alegría! —decía una y otra vez la dama hospitalaria—. ¡Qué orgullosa estoy de tenerla en mi sala! Para todas nosotras es un favor muy señalado el que la Santísima Virgen la haya elegido a usted.

La joven retuvo entre las suyas una mano de la favorecida con el milagro.

—¿Me permite usted, señorita, que la llame amiga mía? ¡Me daba usted tanta pena, y me siento tan contenta de verla caminar, tan fuerte y tan hermosa! Déjeme que la bese otra vez. Esto me traerá suerte.

María, enajenada de alegría, sólo acertaba a balbucear.

—Gracias, muchas gracias, con todo mi corazón... ¡Qué feliz soy, qué feliz soy!

—Ya no la dejaremos a usted —volvió a decir la señora de Jonquière—. ¿Lo oyes, Raimunda? Sigámosla y arrodillémonos a su lado. Y cuando termine la ceremonia, la acompañaremos.

En efecto, aquellas señoras, uniéndose a la procesión, avanzaron al lado de Pedro y del padre Massias, detrás del palio, hasta el centro mismo del coro, entre las hileras de sillas ocupadas ya por las delegaciones. Sólo fueron admitidos los portaestandartes, que se situaron a ambos lados del altar mayor. También María avanzó y no se detuvo hasta llegar al pie de las gradas, con su carrito, cuyas ruedas sonaban sobre las losas del pavimento. En la santa locura de su deseo había soñado con llevarlo hasta allí, para que su pobreza dolorosa fuese como una prueba del milagro en medio del esplendor de la casa de Dios.

Al entrar la procesión estallaron los órganos en un canto triunfal, en una aclamación atronadora, como de pueblo feliz, y de esa aclamación se

desprendió a los pocos momentos una voz celestial de ángel, de una alegría penetrante como de cristal. El abate Judaine acababa de depositar la custodia sobre el altar; se estaban llenando las naves de fieles que tomaban sus sitios, formando una masa compacta, en espera de que empezase la ceremonia. De pronto, María cayó de hinojos, entre la señora de Jonquière y Raimunda, que tenían los ojos humedecidos por lágrimas de ternura. El padre Massias, exhausto por efecto de aquella crisis de increíble tensión nerviosa que lo tenía exasperado desde que salió de la gruta, había caído al suelo y sollozaba, cubriéndose la cara con las manos. Pedro y Berthaud permanecían detrás, de pie, siempre vigilante este último, al acecho, para que todo anduviese en orden, aun en medio de las más violentas emociones.

Aturdido por el canto de los órganos, turbado aún, Pedro alzó la cabeza y miró al interior de la basílica. Era una nave estrecha, alta, policromada de colores vivos, inundada de luz por numerosos ventanales. Las naves laterales estaban apenas esbozadas; se reducían a un estrecho pasillo entre los haces de los pilares y las capillas laterales, lo cual parecía realzar aún más la ligereza de la nave, como si las finas piedras labradas cobraran impulso de vuelo hacia lo alto, con una gracia infantil. Una verja dorada, transparente como encaje, cerraba el coro; el altar mayor, de mármol blanco, cubierto de esculturas, tenía una suntuosidad candorosamente virginal. Pero lo que sorprendía más era la extraordinaria ornamentación, que hacía de toda la iglesia un escaparate rebosante de bordados y de alhajas, de banderas y de exvotos innumerables, todo un río de donativos, de regalos, que se había acumulado en aquellos muros; ríos de oro, de plata, de terciopelo, de seda, que tapizaban todo el interior de la iglesia. Era aquél un santuario en el que ardía la llama de la gratitud; era, con sus mil riquezas, un himno continuo de fe y de agradecimiento.

Los estandartes, sobre todo, abundaban, se multiplicaban como las hojas de los árboles, innumerables. De la bóveda pendían una treintena de ellos. Arriba, guarneciendo todo el contorno del triforio, se veían otros, clavados y encuadrados sobre las columnitas. Se exhibían a todo lo largo de las paredes; flameaban en el interior de las capillas, envolvían el coro con un cielo de seda, de raso y de terciopelo. Se contaban por centenares; los ojos se fatigaban de contemplarlos. Muchos de ellos eran famosos, verdaderas obras maestras de habilidad, y las más renombradas bordadoras acudían allí para verlos: el estandarte de Nuestra Señora de Fourvières, bordado con el escudo de la ciudad de Lyon; el de Alsacia, de terciopelo negro bordado de oro; el de Lorena, en el cual se veía una Virgen que amparaba bajo su manto a dos

niños; el de la Bretaña, azul y blanco, con el Sagrado Corazón sangrante envuelto en una gloria. Todos los imperios, todos los reinos de la tierra estaban representados allí. Los más remotos países: Canadá, Brasil, Chile, Haití, tenían su bandera, con la que habían acudido devotamente para rendir homenaje a la Reina de los Cielos.

Pero, además de las banderas, había otra cosa maravillosa: los millares y millares de corazones de oro y de plata, colgados por todas partes, brillando en los muros como las estrellas en el firmamento. Formando dibujos de rosas místicas, trazando festones y guirnaldas que subían a lo largo de las pilastras, circundaban las ventanas y constelaban las capillas profundas. Por una idea ingeniosa, y utilizando esos corazones, se habían escrito debajo del triforio, con grandes letras, las palabras que la Virgen había dirigido a Bernadette en diversas ocasiones, y esas inscripciones formaban alrededor de la nave una especie de largo friso, para gozo de las almas infantiles, que se entretenían en leerlas poco a poco. Era una pululación de corazones, que abrumaban por su número infinito y hacían pensar en todas las manos trémulas de gratitud que los habían donado. También entraban en la decoración otros muchos exvotos, y de los más imprevistos: se veían allí en cuadros, y bajo cristales, ramos de novia, cruces de honor, alhajas, fotografías, rosarios, y hasta espuelas. Había asimismo charreteras de oficial, espadas, entre ellas un soberbio sable dejado en recuerdo de una conversión milagrosa.

Pero esto no era todo, porque por doquier se veían objetos de valor, riquezas magníficas de todas clases; estatuas de mármol, diademas cuajadas de diamantes, un tapiz maravilloso dibujado en Blois y bordado por las damas de toda Francia; una palma de oro, con ornamentaciones de esmalte, enviada por el soberano pontífice. También las lámparas que pendían de las bóvedas eran regalos; las había de oro macizo, exquisitamente trabajadas. Eran incontables, y como astros preciosos formaban constelaciones en el cielo de la nave. Delante del tabernáculo había una lámpara, ofrenda de Irlanda, que era una obra maestra del cincel. Otras, la de Valencia, la de Lila, la de Macao, enviada desde la lejana China, eran verdaderas joyas, deslumbrantes de pedrería. ¡Y qué esplendor cuando se encendían las veinte arañas del coro, cuando ardían a la vez los centenares de lámparas y los centenares de cirios, en las grandes ceremonias nocturnas! Toda la iglesia parecía presa de las llamas, y los mil destellos de aquella capilla ardiente se reflejaban, multiplicados por mil, en los millares de corazones de oro y plata. Brasero fantástico, los muros parecían ríos de pavesas encendidas; era como si se entrase en la gloria deslumbradora del paraíso. En medio de todo ondeaban



las insignias sus pliegues de seda, sus rasos y sus terciopelos, con sus bordados de Sagrados Corazones sangrantes, de santos victoriosos, de vírgenes que engendraban milagros al calor de su sonrisa bondadosa.

¡Cuántas ceremonias habían desplegado ya su pompa en aquella basílica! Jamás cesaban en ella el culto, la oración y los cánticos. Humeaba el incienso, tronaban los órganos, rezaban con todo el fervor de su alma las multitudes arrodilladas, durante todo el año. Las misas se sucedían sin interrupción, y las vísperas, y los sermones, y las bendiciones, y los ejercicios diarios, y las ceremonias eran de una magnificencia sin igual.

Los más insignificantes aniversarios servían de pretexto para fastuosas solemnidades. No había peregrinación que no tuviera allí su parte de maravilla. Era menester que aquellos seres dolientes y humildes, que venían desde tan lejos, volviesen consolados, deslumbrados, llevando en su retina la visión de aquel paraíso entreabierto. Habían visto la magnificencia de Dios, y conservarían de ella para siempre su admiración extática. En el fondo de las pobres habitaciones desmanteladas, frente a los camastros dolientes, en todo el mundo cristiano, se evocaba la imagen de la basílica con su centelleo de riquezas maravillosas, como un sueño de promesa y de compensación, como la fortuna misma, el tesoro de la vida futura, en cuya posesión entrarían algún día los pobres, después de su largo padecimiento en este mundo.

Pedro no experimentaba alegría alguna, y contemplaba aquellos esplendores sin consuelo y sin esperanza. Su atroz malestar fue en aumento; todo era sombra en su interior, uno de esos ensombrecimientos de tempestad, como cuando rugen, ululantes, ideas y sentimientos. Desde que María se levantó de su cochecito gritando que estaba curada, desde que se puso a caminar, llena de fortaleza y de vigor, sintió Pedro que le iba invadiendo una desolación inmensa. Sin embargo, él la quería como un hermano apasionado, y experimentaba una dicha ilimitada viendo que no sufría ya. ¿Por qué, pues, le angustiaba de aquel modo la felicidad de María? No podía verla ahora, arrodillada, radiante, a pesar de sus lágrimas, con su belleza reconquistada y aumentada, sin que su pobre corazón sangrase, como traspasado por herida mortal. Quería quedarse allí, sin embargo, y apartaba los ojos, tratando de interesarse en el padre Massias, que seguía caído en el suelo, sacudido por los sollozos. ¡Cómo envidiaba él su anonadamiento, aquella su devoradora ilusión del amor divino! De pronto hizo una pregunta a Berthaud, admirado, al parecer, de una bandera sobre la cual pidió explicaciones.

—¿Cuál de ellas? ¿Aquella bandera de encaje?

—Sí, a la izquierda.

—Esa bandera fue ofrecida por el Puy. Las armas son las de Puy y las de Lourdes ligadas por el rosario. Es tan fino el encaje, que cabe en el hueco de una mano.

El abate Judaine se adelantó; iba a empezar la ceremonia. Otra vez roncaron los órganos; se entonó un cántico mientras el Santísimo, colocado sobre el altar, parecía el astro rey, entre el centelleo de corazones de oro y de plata, tan numerosos como las estrellas. Pedro no tuvo fuerzas para continuar allí por más tiempo. Podía marcharse, podía desaparecer en cualquier rincón, para dar rienda suelta a su deseo de llorar, puesto que María estaba acompañada por la señora de Jonquière y por Raimunda. Se excusó brevemente, alegando su cita con el doctor Chassaing. Luego le asaltó un temor: el de no saber cómo saldría de allí, porque la masa compacta de los fieles cerraba la salida por la puerta. Tuvo una inspiración: atravesó la sacristía y descendió a la cripta por la estrecha escalera interior.

Bruscamente hízose un silencio profundo, una sombra sepulcral; desaparecieron las voces de júbilo, el prodigioso deslumbramiento de allá arriba. La cripta tallada en la roca estaba formada por dos corredores angostos, separados por el macizo sobre que se asentaba la nave; los corredores conducían, por debajo del ábside, a una capilla subterránea, alumbrada día y noche por pequeñas lámparas. Formaban los pilares un bosque enmarañado, y un místico terror se difundía en la penumbra, estremecida de misterio. Los muros, desnudos, eran como la piedra misma de la tumba, en la que todos han de dormir su último sueño. A lo largo de los corredores y adosados a las paredes, que estaban revestidas de arriba abajo con placas de mármol de los exvotos, sólo se veía una doble hilera de confesonarios; porque en aquella paz de muerte había sacerdotes que hablaban todos los idiomas y que se encargaban de absolver de sus faltas a los pecadores llegados allí desde los cuatro puntos cardinales.

En aquel momento, mientras la muchedumbre se apretujaba arriba, la cripta se hallaba absolutamente desierta; ni un alma hacía vibrar en ella su leve emoción. Pedro cayó sobre ambas rodillas, en medio de aquel gran silencio, en la penumbra, en aquella frescura de panteón. Y no era porque sintiese la necesidad de orar y adorar; era que todo su ser desfallecía, quebrantado por aquella tempestad moral. Estaba poseído de una sed torturadora de ver claro en su alma. ¡Oh, quién pudiese sumergirse más profundamente aún en la nada de las cosas, y reflexionar, y comprender, y calmarse al fin!

Sufrió allí una espantosa agonía. Trataba de recordar todo lo que había pasado en su alma desde que María lanzó su grito de resurrección, repentinamente alzada de su lecho de dolor. ¿Por qué, a pesar de la alegría, fraternal de verla de pie, se sintió él embargado por un malestar atroz, como herido por cruel desgracia? ¿Sentía celos de la gracia divina? ¿Sufría, quizá, porque la Virgen, al curarla a ella, le había olvidado a él, que estaba tan enfermo del alma? ¿Se acordaba del último plazo que había señalado, de la cita suprema que se había dado con la fe para el momento en que pasase el Santísimo, si María sanaba?, y había sanado, en efecto, pero él seguía sin fe, y había perdido para siempre la esperanza de recobrarla. Esa era la llaga abierta que destilaba sangre. Se hacía evidente con una crueldad y una certidumbre cegadoras que ella se había salvado y él estaba perdido. Aquel pretendido milagro que la había vuelto a la vida acababa de provocar el total derrumbamiento de su fe en lo sobrenatural. Ya no era posible, ya no volvería a florecer la fe candorosa, la fe dichosa del niño, que él había soñado recuperar y hallar otra vez en Lourdes, porque se había venido abajo el prodigio, porque aquella curación había tenido efecto punto por punto tal como Beauclair se la había anunciado. ¿Celos? ¡No! Pero sí estrago, tristeza moral, por quedarse completamente solo, en el desierto glacial de su inteligencia, con la nostalgia de la ilusión perdida, de la mentira, del amor divino que sienten los pobres de espíritu y que ya no cabía en su corazón.

Sintiéndose ahogado por una ola de amargura, y brotaron las lágrimas de sus ojos. Se había deslizado sobre las losas, anonadado de angustia. Evocó el delicioso recuerdo, el día aquel en que María, que había adivinado la duda que torturaba a su amigo, se apasionó por su conversión, le tomó la mano en la oscuridad y la conservó entre las suyas, balbuceando que ella rogaría por él; y que lo haría 'con toda su alma, olvidándose de sí misma para suplicar a la Santa Virgen que, en caso de que sólo pudiese obtener una gracia de su divino Hijo, salvase a su amigo antes que a ella. Luego le vino otro recuerdo, el de las horas encantadoras que habían pasado juntos entre la densa oscuridad de los árboles, mientras desfilaba la procesión de las antorchas. También entonces habían rogado el uno por el otro, se habían fundido el uno en el otro, con un ansia tan grande de mutua felicidad que llegaron a tocar el fondo mismo del amor que se entrega todo y que se inmola. Su larga ternura empapada en lágrimas, el puro idilio de su sufrimiento, venía a parar en aquella brutal separación: ella salvada, radiante, y envuelta en los cánticos de la basílica triunfante; él, perdido, sollozando de dolor, abrumado en el fondo

de las tinieblas de la cripta, en una fría soledad sepulcral. Era como si acabase de perderla por segunda vez y para siempre.

Pedro sintió bruscamente en pleno corazón la puñalada de aquel pensamiento. Comprendió al fin su dolor, y fue aquello como una súbita claridad que iluminó la crisis terrible en que se debatía. Había perdido por primera vez a María el día en que se hizo sacerdote, pensando que bien podría él dejar de considerarse un hombre desde que ella misma no llegaría a ser jamás mujer, porque una enfermedad incurable la había incapacitado para la vida sexual. ¡Y ahora ella se curaba y volvía a convertirse en mujer, y se ofrecía de pronto ante sus ojos, vigorosa, bellísima, llena de vida, apetitosa y fecunda! Pero él estaba ya muerto, no podía volver a ser un hombre. Jamás podría levantar la piedra sepulcral que aplastaba y sellaba su carne.

Ella huía sin él, abandonándolo en la tierra fría. Se abría ante ella el vasto mundo, la felicidad sonriente, el amor que ríe por los caminos llenos de sol; se casaría, tendría con seguridad hijos. En tanto que él, como un hombre enterrado hasta el cuello, sólo conservaba libre su cerebro, para sufrir aún más. Ella le pertenecía aún desde que no pertenecía a otro, y eso le producía, desde hacía una hora, una angustia horrible, porque era la pérdida definitiva, la separación para siempre.

Un acceso de rabia le acometió. Estuvo tentado de subir a la basílica y de gritarle la verdad a María. ¡Era una mentira el milagro! ¡Pura ilusión de la intervención de un Dios omnipotente! Había actuado únicamente la naturaleza. La vida triunfaba una vez más. Y se lo habría demostrado enseñándole cómo era la vida, única y soberana, la que rehacía la salud con todos los dolores de este mundo. Después partirían juntos de allí, se irían muy lejos, lejísimos, para ser felices, pero le invadió un terror súbito. ¿Cómo? ¿Se atrevería él a tocar a aquella alma toda blancura? ¿Osaría matar en ella la fe, dejándola en el mismo triste estado en que él se encontraba? Aquello se le presentó como un sacrilegio odioso. Hubiera sentido inmediatamente horror de sí mismo, le parecería haberla asesinado, si no estuviera seguro de darle algún día una felicidad equivalente. Quizá ella no le creería. Además, ¿se casaría con un sacerdote perjuro mientras conservase el dulce e inolvidable recuerdo de que la Virgen la había curado durante su éxtasis? Todo ello le pareció una locura, una monstruosidad, una abyección. Su rebeldía se fue apaciguando para convertirse en una infinita laxitud, en una sensación quemante de llaga incurable, como si le hubiesen destrozado el corazón.

En aquel abandono, en aquel abismo hacia el cual rodaba, experimentó una angustia suprema. ¿Qué iba a hacer? Hubiera querido huir de allí, no

volver a ver a María, porque el dolor le había vuelto cobarde. Comprendía que necesitaba mentir ahora, puesto que María creía que él se había salvado también al mismo tiempo que ella, convertido, curado de la dolencia de su alma, como ella lo había sido de la enfermedad del cuerpo. Ella misma se lo había dicho con regocijo, arrastrando su cochecillo por las rampas colosales. ¡Oh, haber gozado juntos aquella gran felicidad! ¡Haber sentido cómo se fundían sus almas la una en la otra! Pedro había mentido ya, y estaría obligado a seguir mintiendo, a mentir siempre para no arrancar del corazón de María aquella ilusión tan pura. Dejó que se extinguieran los últimos latidos de sus venas, y juró que tendría siempre la sublime caridad de fingir tranquilidad, de exteriorizar la alegría de la salvación. Quería que ella fuese completamente feliz, que no tuviese un pesar ni una duda, que viviese en la plena serenidad de la fe, convencida de que la Santa Virgen había permitido que se realizase la unión absolutamente mística entre ellos dos. ¿Qué importancia tenía su tortura? Ya se arreglaría eso con el tiempo. Después de todo, en medio de aquella soledad de su inteligencia, ¿no le serviría también a él de consuelo aquella alegría cuya mentira consoladora iba a respetar?

Transcurrieron algunos minutos más. Pedro seguía desplomado sobre las losas procurando calmar su fiebre. Ya no pensaba, ya no existía; estaba sumido en la extenuación que sigue a las grandes crisis. Creyó oír ruido de pasos, y se levantó penosamente; aparentó estar leyendo los exvotos, las inscripciones grabadas en las placas de mármol que había a todo lo largo de las paredes. Se había engañado, no había nadie allí; pero no por eso dejó de seguir leyendo, maquinalmente al principio, luego por distracción y, finalmente, ganado poco a poco por una emoción nueva.

Era increíble; en aquellas placas de mármol, grabadas con letras de oro, y que sumaban centenares y millares, se exteriorizaban la fe, la adoración, la gratitud. Las había de una ingenuidad que hacía sonreír. Un coronel había hecho esculpir un pie con estas palabras: «¡Vos, que me lo habéis conservado, haced que se emplee en vuestro servicio!. —Un poco más allá se leía—: ¡Que vuestra protección se extienda a la cristalería!». Se adivinaba en otras la extravagancia de las peticiones, en la inocente franqueza de los agradecimientos: «A María Inmaculada, un padre de familia; curación, pleito ganado, ascenso conseguido».

Pero aquello se perdía en el concierto de las aclamaciones fervorosas que se leían en todas partes. El grito de los amantes: «Pablo y Ana piden que Nuestra Señora de Lourdes bendiga su unión. —El grito de las madres—: Gratitud a María, que ha curado tres veces a mi hijo». «Gratitud por el

nacimiento de María Antonieta, que os confío, con todos los míos y mi persona». «P. D., de tres años, ha sido conservado para el amor de los suyos». El grito de las esposas, el grito de los enfermos aliviados, gritos de almas que han recuperado la felicidad: «Proteged a mi esposo, haced que viva sano». «Estaba enferma de ambas piernas, hoy estoy sana». «Hemos venido y esperamos». «He rezado, he llorado y me ha oído. —Leíanse otros muchos gritos, gritos de un fervor ardiente que hacían pensar en largas novelas—: Vos nos habéis unido; protegednos». «A María, por el más grande de los favores». Se sucedían las mismas expresiones, las mismas palabras, apasionadamente fervorosas; gratitud, agradecimiento, homenaje, acciones de gracias, correspondencia. ¡Centenares, millares de frases fijadas para siempre en el mármol, que proclamaban, desde el fondo de la cripta, la devoción eterna de los míseros seres humanos a los que la Virgen había socorrido!

Pedro no se cansaba de leer, embargado por una desolación creciente. ¿De modo, pues, que él era el único que no podía esperar auxilio de ninguna clase? ¿Tantas criaturas dolientes habían sido atendidas, y sólo él no había sido escuchado? Se puso a pensar en la extraordinaria cantidad de oraciones que debían decirse en Lourdes en todo el año. Trataba de calcular el número: los días pasados delante de la gruta, las noches en la iglesia del Rosario, las ceremonias en la basílica, las procesiones a la luz del sol y a la luz de las estrellas. Era incalculable aquella retahíla interminable de súplicas de todos los segundos. La voluntad de los fieles parecía querer fatigar los oídos de Dios, arrancarle las gracias, el perdón, por la cantidad misma, por la masa enorme de plegarias. Los sacerdotes decían que era menester ofrecer a Dios una expiación cumplida por los pecados de Francia, y que, cuando la cuantía de aquella expiación fuese suficiente, dejaría Dios de castigar a Francia. ¡Qué dura creencia en la necesidad del castigo! ¡Qué salvaje imaginación del más negro pesimismo! ¡Qué mala debía ser la vida para que semejantes imploraciones, para que alaridos tales de dolor, físico y moral, se elevaran hacia el cielo!

En medio de aquella tristeza sin límites, Pedro se sintió invadido por un sentimiento de profunda piedad. Le conmovía aquella humanidad lamentable, reducida a tal exceso de infortunio, tan desvalida, tan débil, tan abandonada, que renunciaba a su razón para no cifrar ya su felicidad sino en la embriaguez alucinada del ensueño. De nuevo se llenaron sus ojos de lágrimas: lloraba por sí mismo, lloraba por los demás, lloraba por todas aquellas infelices criaturas torturadas, que necesitan calmar sus dolores, adormecerlos, para evadirse de las realidades de este mundo. Se imaginaba estar viendo aún aquella

muchedumbre compacta, arrodillada delante de la gruta, lanzando al cielo la súplica inflamada de sus plegarias; aglomeraciones de veinte y treinta mil personas de las cuales ascendía un deseo fervoroso, que parecía humear bajo el sol, como incienso. Luego, debajo de la cripta misma, en la iglesia del Rosario, ardía otra hoguera de fe exaltada; eran las noches enteras en el paraíso del éxtasis, los mudos ensimismamientos de las comuniones, las ardientes invocaciones sin palabras, en las que parecía consumirse todo el ser, arder y alzar el vuelo. Y como si no bastasen los gritos lanzados ante la gruta, como si resultase insuficiente la adoración perpetua en la iglesia del Rosario, se alzaba el clamor vehemente que ahora resonaba a su alrededor, sobre los muros de la cripta, eternizado en el mármol, clamando el dolor humano a través de las edades, eternamente. Era el mármol, eran los muros los que rezaban, conmovidos por el estremecimiento de compasión universal que se apoderaba hasta de las piedras. Las súplicas ascendían cada vez más alto, siempre más arriba; brotaban de la basílica resplandeciente, resonaban sobre su cabeza como un zumbido, porque estaba llena en aquel momento de un pueblo frenético. Pedro creyó escuchar a través del piso enlosado de la nave su enorme resuello, que estallaba en un himno de esperanza. Y sintióse arrebatado, como si se hubiese encontrado en medio del estremecimiento mismo de aquella inmensa marea de preces que, arrancando del suelo polvoriento, atravesaba uno tras otro los pisos de las iglesias superpuestas, se extendía de un tabernáculo a otro y movía a compasión a las mismas murallas, hasta el punto de que también ellas sollozaban, lanzándose a perforar el cielo con la blanca aguja, con la cruz dorada que se alzaba en el ápice de la torre de la basílica. ¡Dios Todopoderoso, divinidad, fuerza misericordiosa, cualquiera que tú seas, ten piedad de la pobre humanidad, haz que cese el sufrimiento humano!

Pedro sintióse repentinamente deslumbrado. Había ido avanzando por el corredor de la mano izquierda, y desembocó inesperadamente al aire libre, en lo alto de las rampas. Inmediatamente dos brazos cariñosos se apoderaron de él, lo envolvieron. Era el doctor Chassaigne, cuya cita había olvidado ya, y que le estaba esperando para llevarlo a visitar la habitación de Bernadette y la iglesia del cura Peyramale.

—¡Qué contento debe de estar usted, hijo mío! Acabo de enterarme de la grata nueva, de la gracia extraordinaria que la Virgen se ha dignado hacer a su amiga. ¡Recuerde lo que yo le decía anteayer! Ahora estoy ya tranquilo, porque también usted ha sido salvado.

El sacerdote se quedó muy pálido y experimentó una última amargura. Pero consiguió sonreír y contestó:

—Sí, estamos salvados; soy muy feliz.

Era la mentira que empezaba, la divina ilusión que quería mantener por caridad en el corazón de los demás.

Pedro presenció aún otro espectáculo. Las dos hojas de la gran puerta de la basílica se hallaban abiertas de par en par, y la roja faja de sol enfilaba la nave de un extremo a otro. Todo resplandecía con una pompa de incendio: la verja dorada del coro, los exvotos de oro y plata, las lámparas cuajadas de pedrería, las banderas bordadas de metales brillantes, los incensarios bamboleantes, semejantes a joyas que volaran. Y allá, al fondo, entre todos aquellos esplendores flamígeros, entre las sobrepellices de nieve y las casullas de oro, reconoció a María, con los cabellos sueltos, cabellos de oro también, que la envolvían como un manto de oro. Los órganos prorrumpían en un cántico majestuoso, y el pueblo delirante aclamaba a Dios, mientras el abate Judaine, que acababa de tomar el Santísimo Sacramento del altar, lo presentaba por vez postrera, muy alto, resplandeciente como una gloria, entre los ríos de oro de la basílica, cuyas campanas todas, echadas a vuelo, proclamaban el triunfo prodigioso.



## V

**C**onseguida, al bajar por las rampas, el doctor Chassaing dijo a Pedro:  
—Acaba usted de ver el triunfo, voy a mostrarle ahora dos grandes injusticias.

Y lo condujo a la calle de Petits Fossés, a visitar la habitación de Bernadette, la habitación baja y oscura de donde salió el día en que se le apareció la Santa Virgen.

La calle de Petits Fossés arranca de la antigua calle del Bosque, hoy de la Gruta, y va a cortar la del Tribunal. Es una callejuela tortuosa, en suave pendiente, de una gran tristeza, y muy poco frecuentada. La bordean largos muros, casas miserables, fachadas sombrías, en las que no se abre una sola ventana. Toda su alegría la constituye un árbol enclavado en un patio.

—Ya hemos llegado —exclamó el doctor.

La calle, en aquel sitio, se estrechaba, haciéndose muy angosta, y la casa se hallaba frente a una alta pared gris, la pared lisa de un granja. Los dos alzaron la cabeza y se quedaron contemplando la casita que parecía muerta, con sus ventanas estrechas y su grosero enjalbegado, violáceo, de una fealdad vergonzosa de pobre. El portal era muy oscuro y lo cerraba una verja antigua y débil; había que subir un escalón, hasta el que llegaba el agua de la calle los días de tormenta.

El doctor prosiguió:

—Pase usted, amigo mío, pase. No tiene usted más que empujar la verja.

El zaguán era profundo, y Pedro avanzó palpando con las manos la pared húmeda, por miedo de dar un paso en falso. Le parecía que bajaba a una bodega, en plena oscuridad, y sentía bajo sus pies una sensación de suelo resbaladizo, impregnado siempre de agua. Al llegar al extremo del zaguán, y siguiendo otra indicación del doctor, torció hacia la derecha.

—Agáchese usted si no quiere dar un cabezazo, porque la puerta es baja. Bueno, ya estamos.

La puerta del cuarto, lo mismo que la de la calle, estaba abierta de par en par, con una despreocupación de abandono. Pedro, parado en el centro de la habitación, vacilante, porque sus ojos estaban todavía llenos de la claridad exterior, se encontró de pronto en plena noche y no distinguía absolutamente nada. Sintió en los hombros un escalofrío, como si le hubiese caído encima un paño impregnado de agua helada.

Sus ojos se fueron habituando poco a poco. Las dos ventanas, desiguales, daban a un patio hasta el que no llegaba sino una luz verdosa, como en el fondo de un pozo; para leer en aquella habitación, aun al mediodía, era preciso encender una vela. El piso de la habitación, de unos cuatro metros por tres y medio, era de grandes losas ásperas; la viga maestra y los tirantes del techo estaban a la vista, y con el tiempo se habían ennegrecido, tomando un color sucio de hollín. Frente a la puerta estaba la chimenea, una pobre chimenea de yeso, a la cual servía de repisa una vieja tabla apolillada. Las paredes, cuya pintura se desprendía en escamas, estaban manchadas de humedad y desconchadas, y habían tomado, como el techo, un color de suciedad repugnante. No había muebles; la habitación parecía abandonada y sólo se entreveían confusamente algunos objetos raros, imposibles de identificar en las sombras espesas que borraban sus contornos.

Después de un largo silencio, el doctor volvió a hablar:

—Sí, ésta es la habitación. Todo ha salido de aquí. Nada ha cambiado; sólo los muebles faltan. He intentado reconstruir su disposición primitiva; seguramente que las camas estaban aquí, contra esta pared, frente a las ventanas. Tres camas por lo menos, porque los Soubirous eran siete: el padre, la madre, dos chicos y tres chicas. ¡Imagínese usted! ¡Tres camas dentro de una sola habitación! ¡Siete personas viviendo en unos pocos metros cuadrados! ¡Era como si se enterrasen vivos, sin aire, sin luz, sin pan casi! ¡Qué miseria extrema, qué humildad de pobres seres, dignos de lástima!

Interrumpiose. Había penetrado en la habitación una sombra, que Pedro tomó al principio por una vieja. Sin embargo, era un sacerdote, el vicario de la parroquia, que ocupaba en la actualidad aquella casa. Ya conocía al doctor.

—He oído que hablaba usted, señor Chassaing, y he bajado... Ha traído, por lo visto, una nueva visita a la habitación.

—En efecto, señor abate, me he tomado esa libertad. No le molesto, ¿verdad?

—De ningún modo, de ningún modo. Venga usted siempre que quiera y traiga gente.

Con sonrisa cordial saludó a Pedro, que le preguntó, asombrado de su tranquila despreocupación:

—Pero ¿realmente no le resultan molestas las personas que vienen?

El vicario, sorprendido a su vez, respondió:

—¡Pues no, señor! ¡Si no viene nadie! Todo esto es muy poco conocido aquí. Las gentes no se dirigen más que a la gruta. Yo dejo la puerta abierta

para que no me molesten, pero pasan días enteros sin que se oiga por aquí el ruidito de un ratón.

Los ojos de Pedro se acostumbraban más y más a la oscuridad, y empezó a distinguir en aquellos objetos vagos e inquietantes que se amontonaban en los rincones viejos toneles, restos de jaulas de gallinas, herramientas rotas; en una palabra, todos los cachivaches inservibles que se arrojan al sótano de una casa. Luego distinguió, colgadas de las vigas, algunas provisiones, una canasta llena de huevos y algunas ristras de grandes cebollas de color rosa.

—Por lo que veo —prosiguió con un ligero estremecimiento de sorpresa—, usted se decidió a aprovechar el cuarto, ¿no es así?

El vicario empezó a sentirse molesto.

—Sí, señor; así es. ¡Qué quiere usted! La casa es pequeña; tengo poco sitio. Además, no puede usted imaginarse lo húmeda que es esta pieza; es absolutamente inhabitable. Y ahí tiene usted cómo poco a poco, y sin quererlo, se ha ido amontonando aquí todo esto.

—Una pieza para hacer las necesidades —contestó Pedro.

—¡No; tanto como eso, no! Es una pieza desocupada. Pero, si usted se empeña, sí, un cuarto de desahogo.

Su desasosiego subía de punto, y no estaba exento de vergüenza. El doctor Chassaigne seguía callado, sin intervenir, pero a sus labios asomaba una sonrisa y no podía disimular la satisfacción que le producía aquella rebeldía de su compañero contra la ingratitud humana.

Pedro, sin poder contenerse, continuó:

—Perdone usted si insisto, señor vicario; pero piense que todo se lo deben ustedes a Bernadette, que sin ella Lourdes seguiría siendo una de las poblaciones menos conocida de Francia. En verdad, no puedo ocultárselo, creo que la parroquia, agradecida, hubiera debido convertir este cuarto en una capilla.

—¡Una capilla! —interrumpió el vicario—. No se trata más que de una persona humana, y la Iglesia no puede rendirle culto.

—Sea, no se haga una capilla; pero adórnese por lo menos esto con cirios encendidos, y flores y ramos de rosas, que la devoción de los habitantes y de los peregrinos debería renovar constantemente. En una palabra, un poco de ternura, un recuerdo emocionado, un retrato de Bernadette, algo que manifestase de una manera delicada el lugar que ella ocupa en todos los corazones. ¡Este olvido, este abandono, esta suciedad que observo aquí, son monstruosos!

El vicario, que era un buen hombre, inconsciente y asustadizo, mostróse enseguida completamente de acuerdo con su opinión.

—En realidad, tiene usted muchísima razón. Pero yo no puedo hacer nada; carezco de autoridad. Lo único que puedo asegurarle es que, si algún día vinieran a pedirme esta habitación para arreglarla, la entregaría sin dificultad alguna en el acto, y sacaría de ella mis cachivaches, aunque verdaderamente no sabría dónde ponerlos. Pero, vuelvo a repetírselo, eso es cosa que no depende de mí; yo no puedo hacer nada, absolutamente nada.

Y, so pretexto de que tenía que salir, se apresuró a marcharse, despidiéndose a toda prisa y diciendo otra vez al doctor Chassaing:

—Quédese usted aquí todo el tiempo que le plazca. Ya sabe que no molesta nunca.

Cuando se vieron solos, el doctor tomó las manos de Pedro, con cariño.

—¡No se imagina usted, hijo mío, el alegrón que acaba de darme! ¡Qué bien ha sabido usted expresar todo lo que desde hace tiempo bulle en mi corazón! Más de una vez he tenido la idea de traer aquí rosas todas las mañanas. Me habría limitado a hacer limpiar la habitación, y me hubiera contentado con poner encima de la chimenea dos grandes ramos de rosas; ya sabe usted que siento por Bernadette un afecto infinito. Me parecía que esas rosas hubieran sido algo así como la floración, el esplendor, el perfume mismo de su memoria. Pero...

Hizo un ademán desesperado.

—Pero me ha faltado siempre valor. Óigalo, he dicho valor; porque nadie, hasta ahora, se ha atrevido a rebelarse contra los padres de la gruta. Todos vacilan y retroceden por temor a un escándalo religioso. Piense usted en la bulla lamentable que eso suscitaría; los que como yo se indignan ante este espectáculo que tenemos delante se ven obligados a callar, prefieren que se haga el silencio.

Y añadió a modo de conclusión:

—Esta ingratitud y rapacidad de los hombres me producen, hijo mío, una gran tristeza. Cada vez que vengo aquí y me encuentro en medio de esta negra miseria, me siento tan conmovido que no puedo contener las lágrimas.

Dejó de hablar; ni uno ni otro pronunciaron una palabra, invadidos ambos por la punzante melancolía que se desprendía de aquel cuarto. Estaba lleno de tinieblas, y la humedad que había causaba escalofríos, entre las paredes desconchadas y el montón de viejos trastos cubiertos de polvo. Volvieron a pensar en que sin Bernadette no se hubiera dado ninguno de aquellos prodigios que habían hecho de Lourdes una ciudad única en el mundo.

Al conjuro de su voz había brotado la fuente milagrosa, y al conjuro de su voz se había abierto la gruta, llameante de cirios. Se realizaban grandes trabajos, nuevas iglesias brotaban del suelo, surgían rampas colosales que conducían hasta las puertas del cielo, toda una ciudad nueva se alzaba como por arte de magia, con sus jardines, paseos, malecones, puentes, comercios y hoteles. Acudían en tropel los pueblos más apartados de la tierra, y era tan grande y copiosa la lluvia de millones que caía que parecía como si la joven ciudad estuviese llamada a un crecimiento indefinido hasta extenderse por todo el valle circundado de montañas. Si Bernadette no hubiese existido, todo aquello tampoco existiría; sin Bernadette no existiría la extraordinaria aventura y el viejo Lourdes seguiría durmiendo su sueño secular al pie del castillo. Bernadette había sido la obrera única, la creadora, y, sin embargo, aquel cuarto que era la cuna misma del milagro, de la maravillosa suerte futura, se veía ahora desdeñado, abandonado a la polilla, convertido en un depósito de escombros en el que se guardaban las cebollas y los toneles vacíos.

Surgió entonces, por oposición, en el espíritu de Pedro, con viva intensidad, el recuerdo de todo aquel reciente espectáculo de apoteosis que había presenciado, la exaltación de la gruta y de la basílica, y el recuerdo de María, que marchaba detrás del Santísimo arrastrando su cochecito, entre el clamoreo de la multitud. Pero lo que más irradiaba era la gruta; no era ya el viejo agujero en una roca agreste, ante el que la niña se había arrodillado en otro tiempo, en las orillas deshabitadas del río; era una capilla muy bien arreglada, ricamente decorada, la capilla ardiente por donde desfilaban gentes de todas las naciones. Allí iban a parar todo el bullicio, toda la claridad, toda la adoración y todo el dinero, en un esplendor de continua victoria. Aquí, en la cuna de todo aquello, en este agujero helado y sombrío, ni un alma, ni un cirio, ni un cántico, ni una flor. Nadie venía, nadie se arrodillaba aquí para rezar. Solamente algunos visitantes conmovidos y deseosos de llevarse un recuerdo habían desmenuzado la tabla, medio podrida ya, que servía de repisa a la chimenea.

El clero ignoraba aquel lugar de miseria, al que hubieran debido ir las procesiones como a una estación gloriosa. Allí era donde la pobre niña había empezado a soñar, durante una noche fría, mientras estaba acostada entre sus dos hermanas y dormía pesadamente toda la familia, excepto ella, que se sentía presa de un ataque de su enfermedad; de allí era de donde había salido, poseída ya por aquel ensueño inconsciente, que pronto iba a reproducirse en pleno día, para florecer luego alegremente en una visión de leyenda. Nadie

rehacía el camino de la visionaria; se olvidaba, se relegaba a la oscuridad aquel pesebre en el que había germinado la semilla minúscula y humilde que crecía hoy vigorosamente allá lejos, produciendo cosechas prodigiosas que recogían los obreros llegados a última hora, entre la pompa solemne de las ceremonias.

Pedro, enternecido hasta las lágrimas por la gran emoción humana que se desprendía de toda aquella historia, dijo al cabo de un rato, a media voz, resumiendo en una frase su pensamiento:

—Igual que Belén.

—Cierto —dijo a su vez el doctor Chassaing—; es la vivienda miserable, el refugio fortuito en el que nacen siempre las nuevas religiones, creaciones del dolor y de la compasión. A veces me pregunto a mí mismo si no es mejor que las cosas hayan ocurrido de este modo, si no es preferible que este cuarto continúe en la indigencia y en el abandono en que se encuentra. Pienso que Bernadette no pierde nada con ello, y por mi parte siento mayor afecto por ella cada vez que vengo a este sitio a pasar un rato.

Calló, y de nuevo hizo un ademán de protesta.

—¡Pero no! No puedo perdonar esto; la ingratitud es una cosa que saca de quicio. Como le he dicho, estoy convencido de que Bernadette fue voluntariamente a enclaustrarse en Nevers. Pero, aunque sea verdad que nadie la hizo desaparecer, ¡qué descargo significaba su partida para aquellos a quienes comenzaba a molestar aquí! Y son esos mismos hombres que ansiaban ser los dueños absolutos los que ahora se esfuerzan por todos los medios en hacer el silencio en torno a su recuerdo. ¡Si yo le contara a usted todo, querido hijo!

Poco a poco fue desembuchando cuanto sabía, como si con ello se sacara un peso de encima. Aquellos padres de la gruta, que con tanta avidez explotaban la obra de Bernadette, la temían aún más después de muerta que cuando vivía. Mientras vivió, fue seguramente una pesadilla, por temor de que volviese a Lourdes a compartir con ellos su presa; mas su sola humildad los tranquilizaba, porque carecía de espíritu dominador, ya que ella misma se había llamado a la inacción, por propia voluntad, retirándose de la escena al lugar de la penumbra en que había de extinguirse. Pero ahora temblaban al pensar que una voluntad que no fuera la propia podía traer a Lourdes las reliquias de la vidente. El concejo municipal había tenido aquella idea desde el día siguiente al de su muerte: la ciudad quería consagrarle un mausoleo y se hablaba ya de hacer una suscripción. Las hermanas de Nevers se negaron rotundamente a entregar el cuerpo, que, según decían, les pertenecía. Todo el

mundo se dio cuenta de que detrás de las hermanas estaban los padres, muy inquietos, maniobrando, oponiéndose secretamente a la restitución de aquellas cenizas venerables, en las que veían la posibilidad de una competencia a la gruta misma. ¿Se concebía algo más amenazador? Un panteón monumental en el cementerio; los peregrinos afluyendo allí en procesión; los enfermos besando febrilmente el mármol, y, en medio de aquel santo fervor, los milagros que se producirían. Era la competencia segura, desastrosa; el desplazamiento de la devoción y del prodigio. Era el mismo temor de siempre, el de todo momento: el temor de verse obligados a dividir, el de ver que el dinero iba a parar a otro sitio, si la ciudad, dándose cuenta del negocio, se ingeniaba para sacar partido de la tumba.

Se atribuía a los padres un proyecto lleno de una astucia profunda. Se aseguraba que habían tenido el propósito inconfesable de reservarse el cuerpo de Bernadette, y que las hermanas de Nevers no eran sino simples guardianes, encargadas de conservarlo en la paz de una capilla. Pero los padres esperaban, dándole largas al asunto deliberadamente; no querían traer el cuerpo a Lourdes hasta el día que comenzara a disminuir la afluencia de peregrinos. ¿Para qué traer ahora solemnemente aquel cuerpo, si las multitudes seguían acudiendo cada vez en mayor número? Cuando empezase a declinar el éxito extraordinario de Nuestra Señora de Lourdes, como declinan en este mundo todas las cosas, era de presentir que la ceremonia, solemne y resonante daría margen a un fervoroso despertar de la fe, porque la cristiandad vería que las reliquias de la elegida tomaban de nuevo posesión de la tierra sagrada donde ella había hecho brotar tantas maravillas. Y lloverían de nuevo los milagros sobre el mármol de la tumba, que estaría colocada delante de la gruta o en el coro de la basílica.

—Será inútil que usted busque —siguió diciendo el doctor Chassaing—, porque no hallará en todo Lourdes ni una sola imagen oficial de Bernadette. Se venden retratos suyos, pero no los encontrará usted en ningún santuario. Es un olvido sistemático, es por un sentimiento de sorda inquietud por lo que se ha producido este silencio y abandono en torno de la habitación en que estamos. Del mismo modo que temen que se rinda culto a su tumba, así temen que las muchedumbres vengán a arrodillarse aquí en cuanto ardan dos cirios y dos ramos de rosas sonrían sobre esa chimenea. ¡Y qué escándalo, qué turbación para las almas de los aprovechados comerciantes de la gruta si ocurriera que una paralítica se levantara aquí del suelo gritando que estaba curada! Su monopolio se vería gravemente comprometido. Son los amos y quieren seguir siéndolo, y por nada del mundo piensan ceder una parte de la

magnífica mina que han conquistado y que explotan. Pero, a pesar de todo, tiemblan; sí, tiemblan con sólo recordar a los obreros de la primera hora, a esta jovencita, muerta ilustre cuya herencia esperaron con tal codicia que, no contentos con haberla enviado a acabar sus días en Nevers, mantienen sus restos aprisionados bajo las losas de un convento, sin osar siquiera traerlos.

¡Lamentable destino el de aquella pobre criatura, apartada del mundo de los vivos, y luego de muerta, condenada a igual exilio! ¡Cuánto compadecía Pedro a aquella niña miserable, que parecía no haber tenido otro destino que el de sufrir en vida y en muerte! Aun suponiendo que no hubiese actuado una voluntad única y persistente para hacerla desaparecer y para mantener su cadáver encerrado en la tumba, ¡qué extraña serie de circunstancias! ¡Parecía como si alguien, alarmado por el inmenso poder que aquélla podía llegar a adquirir, se hubiese esforzado celosamente en tenerla alejada! Bernadette seguía siendo, a los ojos de Pedro, la elegida, la mártir; y si bien él ya no creía, si bien la vida de aquella desdichada era bastante por sí sola para dar por tierra con los restos de su fe, no por eso se sentía menos conmovido por todo lo que tenía de fraternal, porque le revelaba una religión nueva, la única que hacía latir su corazón: la religión de la vida, del dolor humano.

Pero, precisamente cuando salían de la habitación, el doctor Chassaing le decía:

—Aquí es donde no puede uno menos que creer, hijo mío. Fíjese usted en ese sombrío agujero, piense en la magnificencia de la gruta, en la basílica gloriosa, en toda esa nueva ciudad creada, en todo ese mundo que ha surgido a la vida, en esas muchedumbres que vienen de todas partes. Si Bernadette no era más que una alucinada, una loca, ¿no resulta aún más asombrosa la aventura y más inexplicable? ¿Es posible que el sueño de una niña haya tenido poder bastante para agitar de ese modo a las naciones? ¡No! ¡De ninguna manera! Por aquí ha pasado un soplo divino, y sólo de ese modo es posible explicar el prodigio.

Pedro iba a contestarle con vivacidad. ¡Sí! Por allí había pasado un soplo, el sollozo del sufrimiento, el ansia inextinguible hacia la esperanza eterna. Si la ilusión de una niña enferma había sido bastante para atraer a los pueblos, para hacer que lloviesen los millones y que brotase del suelo una ciudad nueva, era porque aquella ilusión venía a aplacar un poco el hambre de los desvalidos, la necesidad insaciable que sienten de engaño y consuelo. Bernadette había reabierto las puertas de lo desconocido en un momento social e histórico oportuno; y las muchedumbres se habían precipitado allí. ¡Frente a una realidad demasiado dura, frente a una naturaleza eternamente



cruel e injusta, el alma busca el refugio del misterio, el consuelo del milagro! Por mucho que se intente organizar el más allá, reduciéndolo a dogmas, identificándolo con religiones reveladas, no hay en el fondo de todo ello más que esta invocación de dolor, este grito de la vida, que exige la salud, la alegría, la felicidad fraternal, y que se conforma con aceptarlas en el otro mundo cuando ve que no pueden tener realidad en éste. ¿Qué objeto tiene creer en los dogmas? ¿No es bastante con enternecerse y amar?

No quiso, sin embargo, discutir. Contuvo la respuesta que le subía a los labios, convencido, por otra parte, de que la eterna necesidad de lo sobrenatural haría que reviviese siempre en la humanidad doliente la fe eterna. El milagro, imposible de demostrar, era el pan necesario a la humanidad sin esperanza. Además, ¿no había jurado, generosamente, que no daría a nadie motivos de aflicción, exponiendo las dudas de su alma?

—¡Y qué prodigio!, ¿verdad? —insistió el doctor.

—¡Enorme! —contestó al fin Pedro—. Se ha representado todo el drama humano, todas las fuerzas desconocidas han actuado en esta humilde habitación, tan húmeda y tan sombría.

Quedáronse silenciosos algunos minutos. Inspeccionaron de nuevo las paredes, alzaron la vista hacia el techo ahumado, lanzaron una última mirada al estrecho patio verdoso. Era en verdad lacerante aquella indigencia invadida por las telas de araña, aquella suciedad de toneles viejos, de herramientas inservibles, de residuos de toda especie que se pudrían amontonados en los rincones. Y sin agregar una palabra más, se alejaron por fin lentamente con un nudo de tristeza en la garganta.

Sólo cuando estuvieron en la calle pareció despertar el doctor Chassaingne. Se estremeció ligeramente y apretó el paso, al mismo tiempo que decía:

—Todavía no hemos acabado, hijo mío. Sígame usted. Vamos a ver otra gran iniquidad.

Se refería al abate Peyramale y a su iglesia. Atravesaron la plaza del Pórtico y doblaron en la calle de San Pedro; era cosa de pocos minutos. De nuevo la conversación recayó sobre los padres de la gruta, sobre la guerra terrible, sin cuartel, que había hecho el padre Sempé al antiguo vicario de Lourdes. Este, derrotado, había muerto de disgusto, en medio de la más espantosa amargura; pero después acabaron también de matar su iglesia, inconclusa todavía, sin el tejado, expuesta al viento y a la lluvia.

¡Con cuántas ilusiones gloriosas había llenado los últimos años de su existencia aquella iglesia monumental! Desde que lo habían despojado de la gruta, desde que lo habían apartado violentamente de la obra de Nuestra

Señora de Lourdes, no obstante haber sido, con Bernadette, el primer artífice, aquella iglesia había de ser su desquite, su protesta, su parte propia de gloria, la casa de Dios en la que él brillaría con sus vestiduras sagradas, para convertir en realidad el deseo manifestado formalmente por la Santa Virgen. Como en el fondo era un hombre autoritario y dominador, pastor de muchedumbres, constructor de templos, saboreaba una alegría impaciente haciendo activar los trabajos, con la imprevisión de un hombre apasionado que no se preocupa de cuestiones financieras, que gasta a manos llenas, sin contabilidad, con tal de ver siempre una multitud de obreros trabajando en los andamiajes. Veía crecer su iglesia y se la imaginaba ya concluida, una mañana de verano, flamante, envuelta en los rayos del sol naciente.

Aquella visión, incesantemente evocada en su imaginación, era la que le daba fuerzas para luchar en medio del crimen que se tramaba sordamente a su alrededor, y del que él sería la víctima. Su iglesia, dominando la ancha plaza, se erguía finalmente, majestuosa y colosal. La había hecho construir de estilo románico, muy amplia, muy sencilla; la nave tenía una longitud de noventa metros, y la torre se elevaría a ciento cuarenta. Resplandecía al sol, retirado la víspera el último andamio, fresca de juventud, con sus largas hileras de piedras, que subían paralelamente. Y su pensamiento la acariciaba rondando a su alrededor, extasiado con su desnudez, con su castidad de virgen impúber, con su candorosa gigantesca, porque no tenía ni una escultura, ni un adorno que la recargase inútilmente. Los techos de la nave, del ábside y del crucero estaban a igual altura, encima mismo del cornisamento, formado de molduras severas. De igual modo, los ventanales de las naves laterales y de la principal tenían por única decoración arquivoltas moldeadas, simple prolongación de las columnas. Se detenía ante los grandes ventanales de colores del crucero, cuyos rosetones rutilaban; daba vuelta, pasando por detrás del ábside redondo, adosado al cual surgía el pequeño edificio de la sacristía, mostrando la doble hilera de ventanitas de sus dos pisos, y volvía al punto de partida. Sus ojos no se cansaban de admirar aquella soberbia disposición, aquellas grandes líneas que se recortaban sobre el azul del firmamento, aquellos techos superpuestos, aquella masa enorme, cuya solidez desafiaba a los siglos.

Otras veces se embelesaba con una visión diferente. Se imaginaba estar viendo el interior de su iglesia, el día de la primera misa solemne que celebraría en ella. Las vidrieras de los ventanales despedían luces como si fueran de pedrería, y los cirios brillaban en las doce capillas laterales. Él estaba en el altar mayor, de mármol y oro, y las catorce columnas de la nave,

bloques de mármol pirenaico de una sola pieza, donación de los fieles de toda la cristiandad, se erguían sosteniendo la bóveda, en la que resonaban los cánticos de alegría que brotaban de los órganos majestuosos. Todo un pueblo de fieles se apretujaba allí, arrodillados sobre las losas, frente al coro, que estaba rodeado de una verja ligera como un encaje y revestido de un admirable trabajo de madera tallada. El púlpito, magnífico presente de una gran señora, era una maravilla de arte, trabajado todo en roble. Las pilas bautismales habían sido talladas en granito por un artista de gran talento. Los muros estaban adornados con cuadros de grandes maestros, y las cruces, los cálices y las custodias preciosas, los ornamentos sagrados, deslumbrantes como soles, se amontonaban en el interior de los armarios de la sacristía. ¡Qué gloria ser pontífice de un templo semejante, reinar en él después de haber puesto toda el alma en su construcción, bendecir en él a las muchedumbres que acudían de todo el mundo, mientras el alegre voltear de las campanas anunciaría a la gruta y a la basílica que ya tenían allí, en el viejo Lourdes, un rival, una hermana victoriosa, en la que triunfaba también la divinidad!

Después de caminar algunos instantes por la calle de San Pedro, el doctor Chassaigne y Pedro doblaron por la callejuela de Langelle.

—Estamos llegando —dijo el doctor.

Pedro se quedó mirando, pero no veía la iglesia. No había allí más que miserables casuchas, todo un barrio de arrabal, proletario, una escombrera de edificios carcomidos y desmantelados. Al fin logró descubrir, al extremo de un callejón sin salida, un trozo de la empalizada, semipodrida, que cerraba todavía el espacioso solar cuadrado comprendido entre las calles de San Pedro, Bagnères, Langelle y los Jardines.

—Hay que doblar hacia la izquierda —siguió diciendo el doctor, al mismo tiempo que avanzaba por un estrecho pasillo, entre escombros—. ¡Ya estamos!

Aparecieron bruscamente las ruinas por entre todas aquellas fealdades y miserias que las disimulaban.

Toda la sólida armazón de la nave central y de las laterales, del crucero y del ábside, se mantenía en pie. Por todos lados las paredes se elevaban hasta el nacimiento de las bóvedas. Se entraba allí como en una verdadera iglesia; se podía pasear en ella cómodamente y reconocer las partes usuales en esta clase de edificios. Pero alzando la vista se veía el cielo: faltaban los techos, y la lluvia y el viento penetraban libremente allí.

Pronto haría quince años que las obras habían sido suspendidas; todo se encontraba en el mismo estado que cuando el último albañil dejó el trabajo.

Lo que primero llamaba la atención eran las diez pilastras de la nave y las cuatro pilastras del coro, magníficos bloques de mármol de los Pirineos de una sola pieza, que estaban cubiertas con tablas para protegerlas contra toda posible avería. Las bases y los capiteles, sin labrar todavía, estaban esperando a los escultores. Las columnas aisladas, revestidas de madera, producían profunda tristeza. Mayor aún la producía todo aquel recinto abierto, las hierbas que invadían el suelo barrancoso, abollado, tanto en la nave central como en las laterales.

Pedro y el doctor Chassaigne, lentamente y sin hablar, recorrieron el interior. Las doce capillas de las naves laterales formaban como otros tantos compartimentos llenos de cascotes. El piso del coro estaba recubierto de una capa de cemento, sin duda para defender de las filtraciones la cripta, que estaba debajo; desgraciadamente, las bóvedas estaban hundiéndose. Había en el piso una depresión que se había convertido en un pequeño lago a consecuencia de la tormenta descargada la noche anterior. Por lo demás, aquellas partes del crucero y del ábside eran las que menos habían sufrido. Las piedras seguían inmóviles; los grandes rosetones centrales, encima del triforio, parecían estar esperando las vidrieras, y a juzgar por unos maderos que habían quedado olvidados en lo alto de los muros del ábside, se hubiera podido creer que se iba a empezar a poner los techos al día siguiente.

Cuando volvieron sobre sus pasos y salieron para contemplar la fachada, se les presentó todo el lamentable espectáculo de aquellas ruinas modernas. Las obras estaban menos adelantadas por aquel lado, y sólo había sido construido el pórtico de triple galería; quince años de abandono habían sido suficientes para que los rigores invernales royese las esculturas, las columnitas, las arquivoltas, llevando a cabo un sorprendente trabajo de destrucción, como si la piedra, profundamente herida, carcomida, se hubiese diluido en lágrimas. El corazón se sentía angustiado a la vista de aquella labor demoledora que atacaba el edificio, aun antes de estar terminado. ¡No ser todavía, y desmenuzarse así bajo el cielo! ¡Inmovilizarse en su crecimiento de coloso gigante, y sembrar de escombros la hierba!

Penetraron otra vez en la nave, y volvieron a experimentar en ella la horrible tristeza de aquel monumento asesinado. El espacioso terreno, de perímetro incierto, se hallaba obstruido por los restos de los andamiajes. Se tropezaba por todas partes, entre malezas altas, con obras muertas, mechinales, cimbras, mezclados con rollos de viejas maromas, carcomidas por la humedad. Había aún mangos de pala, restos de carretillas, entre

montones olvidados de materiales y ladrillos verdosos con manchas de moho, donde florecían campanillas.

El doctor Chassaing habló por fin:

—¡Cuando uno se pone a pensar en que toda esta ruina se hubiera podido evitar con sólo cincuenta mil francos! Con cincuenta mil francos se hubieran podido colocar los tejados; con ello quedaba a salvo lo principal de la obra, y se hubiera podido esperar todo el tiempo preciso. Pero así como habían muerto al hombre, querían matar también su obra.

Y con un ademán señaló a lo lejos a los padres de la gruta, a quienes evitaba nombrar.

—¡Y decir que tienen ingresos anuales de novecientos mil francos! Pero prefieren enviar regalos a Roma a fin de disponer de amistades poderosas.

A su pesar, empezaba otra vez su ataque contra los enemigos del cura Peyramale. Toda aquella historia le llenaba de una santa cólera de justicia. Y en presencia de aquella ruina lamentable, reconstruía los hechos: el entusiasta sacerdote se lanzaba a construir su iglesia, empeñándose, prescindiendo de todo cálculo, y entre tanto el padre Sempé, en permanente acecho, explotaba en su provecho todos sus errores, lo desacreditaba ante el obispo, conseguía secar la fuente de las limosnas y paralizar los trabajos. Luego, después de la muerte del vencido, empezaban los pleitos interminables, quince años de pleitos, tiempo suficiente para que los rigores invernales hincasen el diente en la obra. En la actualidad, ésta se encontraba en tan lamentable estado, y las deudas llegaban a cifras tan voluminosas, que se podía dar todo por finiquitado.

—Sé muy bien que ellos cantan victoria, que se consideran únicos dueños. Es precisamente eso lo que tanto querían, ser los amos absolutos, guardarse para ellos solos todo el poder y todo el dinero... ¡Si hasta hicieron alejar de Lourdes a las órdenes religiosas que intentaron establecerse aquí, en su terror a cualquier competencia posible que pudieran hacerles! Jesuitas, dominicos, benedictinos, capuchinos, carmelitas, pidieron autorización para establecerse aquí; pero los padres de la gruta consiguieron siempre que fuera desestimada. Únicamente toleran las órdenes religiosas femeninas; no admiten más que un rebaño. La ciudad es cosa suya, y se dedican en ella al negocio, comerciando al por mayor y al menudeo.

A pasos lentos había vuelto al centro de la nave, entre los escombros. Hizo un amplio ademán, mostrando toda aquella desolación que le rodeaba.

Y lo mismo que cuando se encontraban en la habitación, fría y oscura, de Bernadette, vio Pedro en su imaginación alzarse la basílica, orgullosa y

triumfal. No era precisamente aquí donde se realizaba el sueño del abate Peyramale, el sueño de oficiar y bendecir a las muchedumbres postradas de hinojos, en tanto que los órganos estallaban de alegría. La basílica surgía ahora en la imaginación de Pedro, rumorosa con el voltear de sus campanas, resonando con el clamoreo del gozo sobrehumano de un milagro, hecha un ascua ardiente, con sus banderas, sus lámparas, sus corazones de plata y oro, sus clérigos lujosamente revestidos, su custodia semejante al sol. Llameaba, reflejando los rayos del sol poniente; tocaba con su torre el firmamento, entre el revoloteo de los miles de plegarias que hacían estremecer sus muros. Aquí, en cambio, la iglesia, muerta antes de nacer, la iglesia puesta en entredicho por disposición episcopal, iba cayendo a pedazos, reducida a polvo, abierta a los cuatro vientos. Cada tormenta se llevaba algunos granos de las piedras; los moscardones zumbaban solitarios entre las ortigas que habían invadido la nave, y no había más fieles que las mujeres de la vecindad que venían a tender sus pobres ropas sobre la hierba.

En medio de aquel sombrío silencio parecía como si alguien sollozase, y ese alguien eran tal vez las columnas de mármol, que lloraban por la inutilidad de aquel lujo suyo, ocultas bajo su envoltorio de tablas. De vez en cuando cruzaban el ábside unos pájaros, dejando oír un pequeño chillido. Bandadas de ratas enormes, que tenían su refugio bajo los restos de los andamiajes desmoronados, reñían a mordiscos y saltaban fuera de sus agujeros, corriendo asustadas. No era posible imaginar mayor angustia y desesperación que la que producían aquellas ruinas premeditadas, frente a la basílica resplandeciente de oro, su rival triunfante.

De nuevo el doctor Chassaigne dijo simplemente:

—Venga.

Salieron de la iglesia, siguiendo el muro lateral izquierdo, y llegaron a una puerta, hecha toscamente con algunas tablas clavadas; descendieron por unas escaleras de madera media rotas, cuyos peldaños cimbraban bajo sus pies, y se hallaron en la cripta.

Era ésta una sala baja, de bóveda aplastada, que se adaptaba exactamente a la disposición del coro. También sus columnas, rechonchas y en bruto, esperaban el cincel del escultor. Al fondo se abrían tres ventanales, que tuvieron un tiempo sus correspondientes cristales, aunque ahora no les quedaba ninguno sano. Por ellos penetraba una luz cruda que hacía resaltar aún más la desnudez desconsoladora de las paredes.

En el centro de aquella sala reposaba el cuerpo del cura Peyramale. Algunos amigos habían tenido la piadosa idea de enterrarlo en la cripta de su

iglesia inconclusa. La sepultura, que se alzaba sobre una ancha plataforma, era toda de mármol. Las inscripciones, en letras de oro, eran la expresión del pensamiento que guiaba a los suscriptores, y constituían un grito de reparación y de verdad que salía del monumento. En una de las caras se leía: «Con óbolos piadosos llegados de todo el universo se ha costeado y levantado este túmulo en honor y a la memoria del gran servidor de Nuestra Señora de Lourdes. —A la derecha se leía la siguiente frase, tomada de un breve de Pío IX—: Os habéis dedicado por entero a levantar un templo a la Madre de Dios». Y a la izquierda, estas palabras del Evangelio: «Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia». ¿No era aquélla la lamentación misma, la legítima esperanza que había sostenido al vencido, al que había luchado tanto tiempo, animado únicamente por el deseo de cumplir al pie de la letra las órdenes de la Virgen, que le habían sido transmitidas por Bernadette? Allí estaba también Nuestra Señora de Lourdes, una estatuilla esbelta colocada encima de la inscripción funeraria, adosada al gran muro desnudo, que tenía por toda decoración algunas coronas de perlas colgadas de clavos. Había delante de la tumba, como delante de la gruta, cinco o seis bancos en línea, por si algunos fieles querían tomar asiento en ellos.

El doctor Chassaing hizo otro ademán de conmovida piedad, y mostró silenciosamente a Pedro una mancha enorme de humedad verdosa sobre el muro del fondo. Pedro se acordó del pequeño lago que había observado en lo alto, sobre el piso del cemento resquebrajado del coro, donde se había embalsado una cantidad considerable de agua de la tormenta de la noche anterior. Evidentemente, allí había filtraciones, y en las épocas de fuertes lluvias corría hacia abajo un verdadero manantial, que inundaba la cripta. Se les angustió a los dos el corazón cuando vieron que el agua corría por la bóveda en hilillos y caía en gruesas gotas, con regularidad, rítmicamente, sobre la tumba.

El doctor no pudo reprimir un gemido.

—¡Era lo único que faltaba, que lloviera también sobre él!

Pedro estaba inmóvil, como dominado por una especie de terror sagrado. Aquel muerto sobre el que caía la lluvia, y cuya tumba barrerían en invierno las ráfagas de viento que penetraban por las ventanas sin cristales, le parecía doloroso y trágico. Adquiría una grandeza salvaje, solitario dentro de su tumba de mármol, en medio de los restos de andamiajes, al pie de las ruinas de su iglesia que se venía abajo. Era él su guardián solitario, el muerto dormido y soñador que guardaba sus contornos vacíos, sus espacios abiertos a todas las aves nocturnas. Él era allí la protesta muda, obstinada, eterna, y era

también la espera. Acostado en su féretro, con toda la eternidad por delante, esperaba sin impaciencia a los obreros, que tal vez volviesen un buen día, en alguna hermosa mañana de abril. Si tardaban diez años, él estaría allí, y si tardaban un siglo, también estaría allí. Esperaba que los andamiajes, que se pudrían entre las hierbas de la nave, resucitasen como han de resucitar los muertos, y que se irguiesen, por arte de prodigio, a lo largo de los muros. Esperaba que la locomóvil, corroída ahora bajo el moho, calentada de pronto, recobrase su aliento y empezase a izar la armazón del tejado. Su obra tan amada, la construcción gigantesca, se derrumbaba sobre su cabeza, y él, con las manos juntas y los ojos cerrados, guardaba los escombros y esperaba.

El doctor concluyó, a media voz, la cruel historia, refiriendo cómo, después de haber perseguido al cura Peyramale y su obra, perseguían también su sepulcro. Había allí antiguamente un busto del cura, y algunas manos devotas cuidaban de mantener encendida ante él la llama de una lámpara. Pero un día una mujer cayó de bruces ante la tumba dando voces de que veía el alma del difunto; los padres de la gruta se estremecieron. ¿Irían a producirse allí milagros?

Algunos enfermos habían empezado ya a pasar allí días enteros ante la tumba, sentados en los bancos. Otros se arrodillaban, besaban el mármol, imploraban su curación. Aquello era alarmante. Si los enfermos sanaban, le saldría a la gruta un competidor en aquel mártir, enterrado allí, solitario, entre las viejas herramientas que habían dejado los albañiles. Advertido, el obispo de Tarbes publicó un mandamiento por el cual ponía en interdicción la iglesia, prohibiendo toda clase de culto y toda peregrinación o procesión a la tumba del antiguo cura de Lourdes.

—¡Yo, que le he conocido —murmuró el doctor— tan animoso, tan entusiasta, no puedo contener las lágrimas ante su tumba, sobre la cual hasta el agua cae ahora!

Y, arrodillándose penosamente, tranquilizó su ánimo con una larga oración.

Pedro, incapaz de orar, seguía de pie. Un hondo sentimiento de humanidad rebotaba de su corazón. Oía cómo caían una a una las pesadas gotas de la bóveda, estrellándose sobre la tumba, con ritmo lento, como si contasen los segundos de la eternidad, en medio del profundo silencio. Y pensaba en la eterna miseria de este mundo, en la predilección que muestra el dolor para herir siempre a los mejores.

Los dos grandes artífices de Nuestra Señora de Lourdes, Bernadette y el cura Peyramale, surgían ante su imaginación como dos víctimas lamentables,



martirizadas en vida y desterradas después de muertas. Indudablemente, aquello hubiera bastado para matar su fe, porque la Bernadette que acababa de descubrir en el término de sus investigaciones no era sino una hermana humana, cargada con todos los sufrimientos. Pero no por eso dejaría de seguir rindiéndole un culto de fraternal ternura, y, pensando en ella, dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

# **JORNADA QUINTA**

## I

**T**ampoco pudo Pedro cerrar los ojos esa noche en su habitación del hotel de las Apariciones. Después de pasar por el hospital para preguntar por María, que desde su regreso de la procesión dormía un sueño de niña, profundo, delicioso y reparador, se acostó, lleno de preocupación, porque el señor de Guersaint no había aparecido aún. Esperaba su regreso, lo más tarde, para la hora de cenar, y estaba casi seguro de que algún percance le había detenido en Gavarnie. Pedro pensaba en el sobresalto que experimentaría la joven cuando, al despertar por la mañana, viera que su padre no acudía a darle un beso. Con aquel hombre tan amablemente distraído, con aquella cabeza de chorlito, todas las aprensiones eran posibles.

Tal vez esta preocupación fuera al principio lo que mantenía a Pedro insomne, a pesar de la gran fatiga que sentía. Pero después el bullicio nocturno del hotel tomó proporciones intolerables. El día siguiente, martes, era el señalado para el regreso, el último que la peregrinación nacional pasaría en Lourdes; por eso, sin duda, los peregrinos aprovechaban glotonamente las horas que les quedaban. Regresaban de la gruta y volvían a ella en plena noche, esforzándose por violentar al cielo con su agitación, sin sentir la necesidad del descanso. Cerrábanse las puertas con estrépito, temblaban los pisos, la casa entera se estremecía con el andar desordenado de la multitud. Nunca habían resonado dentro de aquellas paredes toses tan tenaces ni vozarrones tan confusos.

Pedro, presa del insomnio, se revolvía sobresaltado en la cama y se incorporaba, creyendo siempre que era el señor de Guersaint que llegaba. Durante algunos minutos quedábase ansiosamente atento, pero sólo oía en el pasillo rumores extraños, en los cuales no distinguía nada preciso. ¿Era tal vez que, a su izquierda, el padre, la madre y las tres hijas, o el matrimonio de ancianos, andaba a golpes con los muebles? ¿O más bien que, a la derecha, la otra familia tan numerosa, el señor, la señora joven, se veían lanzados a extrañas aventuras por algún acontecimiento extraordinario? Llegó un momento en que tuvo que saltar de la cama para pasar a la habitación de su compañero ausente, seguro de que ocurrían allí cosas desacostumbradas. Pero, por mucho que aguzó el oído, sólo consiguió percibir, al otro lado del delgado tabique, el suave murmullo de dos voces que tenían una ligereza

acariciadora. Acudió a su memoria, bruscamente, el recuerdo de la señora de Volmar, y volvió a acostarse, sacudido por un escalofrío.

Por fin, cuando ya amanecía, consiguió conciliar el sueño; pero unos golpes recios dados en la puerta lo despertaron bruscamente. Esta vez no se equivocaba; una voz fuerte gritaba, embargada por la angustia:

—¡Señor abate! ¡Señor abate! ¡Despiértese, por favor!

Era seguramente el señor de Guersaint, a quien traían muerto, por lo menos. Corrió a abrir la puerta, en camisa, azorado, y se halló delante del señor Vignerón, su vecino.

—¡Por favor, señor abate, vístase inmediatamente! Se necesitan los auxilios de la santa religión.

Y le contó que acababa de levantarse de la cama para ir a mirar el reloj, que había dejado encima de la chimenea, y que oyó unos suspiros angustiosos en la habitación contigua, donde dormía la señora de Chaise. Había dejado abierta la puerta de comunicación, por simple amabilidad para no estar separada de ellos. Como es natural, se precipitó a asistirle, después de abrir las persianas para que penetrasen la luz y el aire.

—¡Qué espectáculo, señor abate! Nuestra pobre tía se encontraba acostada, con el rostro amoratado, la boca abierta, sin poder respirar, las manos crispadas entre las sábanas... Un ataque al corazón, como ya lo supondrá usted. ¡Haga el favor de venir enseguida para ayudarla, señor abate!

Pedro, aturdido, no encontraba ni el pantalón ni la sotana.

—Cómo no; voy con usted inmediatamente; pero no podré administrarle la extremaunción, porque no tengo lo necesario.

El señor Vignerón le ayudó a vestirse, y se agachó en busca de las zapatillas.

—No importa; su sola presencia será un consuelo para ella en su agonía, si es que Dios nos reserva esta aflicción. ¡Aquí las tiene usted! ¡Cálcese primero, y sígame, por favor, sígame a toda prisa!

Salió como un torbellino y desapareció en la habitación próxima. Las puertas se hallaban abiertas de par en par. El joven sacerdote, que había ido detrás de Vignerón, no pudo distinguir en la primera habitación, obstruida por un increíble desorden, más que al pequeño Gustavo, semidesnudo, sentado en el canapé donde dormía, inmóvil, muy pálido, abandonado y tiritando, en medio de aquel drama de la muerte brutal. Valijas despanzurradas cerraban el paso; restos de fiambres y embutidos ensuciaban la mesa; la cama en que dormían el padre y la madre parecía sacudida por un terremoto, con las mantas fuera de su sitio y arrastrando por el suelo. Al entrar en la segunda

habitación Pedro vio a la madre, que se había puesto encima a toda prisa un peinador amarillo, y que estaba de pie, con expresión aterrorizada.

—¡Querida mía! Pero ¿qué te pasa, mujer? —decía con voz entrecortada el señor Vignerón.

La señora de Vignerón, sin contestar, se limitó a señalar con un gesto a la señora de Chaise, que no se movía ya; su cabeza descansaba en la almohada y tenía las manos retorcidas y rígidas. La cara estaba amoratada y la boca abierta, como cuando dio el último y profundo suspiro.

Pedro se inclinó para examinarla. Luego dijo a media voz:

—Está muerta.

¡Muerta! La palabra resonó en aquella habitación, algo mejor dispuesta, en la que reinaba un silencio abrumador. Los dos esposos se miraron, estupefactos, sobrecogidos. ¿Conque ya no había nada que hacer? Moría la tía antes que Gustavo, y el pequeño heredaba una buena suma de francos. ¡Cuántas veces habían acariciado aquel sueño, cuya repentina realización les dejaba ahora atontados! ¡Cuántos momentos de desesperación habían tenido que pasar, temiendo que su pobre hijo se fuese antes que la tía! ¡Muerta, por fin, Dios mío! ¿Tenían ellos la culpa, por ventura? ¿Acaso se lo habían pedido realmente a la Santa Virgen? Temblaban ante semejante posibilidad, porque la Santa Virgen les había dado pruebas de un extraordinario afecto, apresurándose a otorgarles todo lo que le pedían. Habían reconocido ya la mano omnipotente de Nuestra Señora de Lourdes en la muerte del jefe de oficina, desaparecido de súbito para dejarles libre su plaza. ¿Acababa acaso de colmarlos de nuevo, prestando atención hasta a las apetencias inconscientes de su deseo? Sin embargo, jamás ellos habían querido la muerte de nadie, porque eran unas buenas personas, incapaces de una mala acción, amantes de su familia, y cumplían con todos sus deberes religiosos confesando y comulgando como todo el mundo, sin hacer ostentación. Y aunque pensaban en aquellos quinientos mil francos, y en que era posible que su hijo muriese antes que la tía, y en que sería un fastidio que otro sobrino, menos digno, heredase aquel dinero, lo hacían de una manera tan discreta y callada, tan ingenua, tan natural... Con seguridad que también habían pensado en ello delante de la gruta; pero ¿la Santa Virgen no era acaso la suprema sabiduría, y no sabría ella mejor que nadie lo que tenía que hacer para procurar la felicidad a los vivos y a los muertos?

Entonces fue cuando la señora de Vignerón estalló en sollozos, lamentándose, muy sinceramente, por la hermana, a la que quería entrañablemente.

—¡Ay, señor abate, yo la he visto extinguirse! ¡Ha muerto ante mis ojos! ¡Qué desgracia que no haya usted llegado a tiempo para recibir su alma! ¡Ha muerto sin auxilios religiosos! ¡Su presencia la habría consolado tanto!

Con los párpados hinchados de lágrimas, y también muy compadecido por la muerte, el señor Vigneron dijo para consolar a su mujer:

—Tu hermana era una santa; había comulgado esta misma mañana, puedes estar tranquila. Su alma ha ido derecha al cielo. Claro está que si el señor abate hubiese llegado a tiempo, le habría complacido verle. Pero ¡qué le vamos a hacer! La muerte ha andado más ligera. Yo he salido corriendo inmediatamente; no tenemos que hacernos ningún reproche.

Y agregó, volviéndose hacia el sacerdote:

—Seguramente, señor abate, que su misma devoción, demasiado grande, fue lo que apresuró el desenlace. Ya ayer, cuando estaba delante de la gruta, experimentó un ahogo que se presentó con una violencia significativa. Y, a pesar de su fatiga, se obstinó en seguir a la procesión. Yo temí que no iría muy lejos; pero, como se trataba de algo tan delicado, no nos atrevimos a decirle nada por miedo de asustarla.

Pedro se arrodilló lentamente y recitó las oraciones de costumbre, con aquella emoción de humanidad que reemplazaba en él a la fe ausente cuando se encontraba frente a la vida eterna, frente a la eterna muerte, tan conmovedoras las dos. Quedó unos instantes arrodillado y oyó los cuchicheos del matrimonio.

El pequeño Gustavo, olvidado en su cama, en medio del desorden de la habitación contigua, debió impacientarse y empezó a llorar y a gritar:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

La señora de Vigneron tuvo que acudir para tranquilizarlo. Pensó conducirlo en brazos para que besase por última vez a su tía. Al principio forcejeó, se negó, lloró más fuerte, lo que obligó al señor Vigneron a intervenir haciéndole reproches. ¡Cómo! ¡Él, que no se asustaba de nada! ¡Él, que se comportaba ante su enfermedad con un valor propio de hombres! ¡Portarse así con su pobre tía, que siempre le había querido tanto, y cuyo postrer pensamiento había sido seguramente para él!

—Déjame a mi cargo —le dijo a su mujer—; ya verás cómo se pone más razonable.

Gustavo acabó por colgarse del cuello de su padre. Llegó en camisa, tiritando, mostrando su miserable cuerpecito desnudo, corroído por la escrofulosis. Parecía que el agua de la piscina, lejos de curarle, hubiese avivado la llaga de sus riñones; su pierna colgaba inerte como un palo seco.

—Bésala —repitió el señor Vigneron.

El niño se inclinó y besó a su tía en la frente. No era la muerte lo que le inquietaba y le hacía rebelarse. Ahora miraba a la difunta con una expresión de tranquila curiosidad. No le tenía afecto, le había hecho padecer demasiado tiempo. Gustavo tenía ideas y sentimientos de persona mayor, que se habían desarrollado y aguzado al mismo tiempo que su enfermedad, y que le ahogaban con su peso excesivo. Comprendía perfectamente que era demasiado pequeño, y que los niños no deben saber ciertas cosas que pasan en lo íntimo de las personas adultas.

Su padre se sentó algo apartado y lo mantuvo sobre sus rodillas, en tanto la madre cerraba la ventana y encendía las velas de los dos candelabros de la chimenea.

—¡Pobre hijo mío! —murmuró cediendo a la necesidad de hablar que experimentaba—. ¡Qué pérdida más cruel para todos nosotros! Nuestro viaje ha terminado mal, porque hoy es el último día; esta tarde partimos. Y precisamente cuando la Santa Virgen se mostraba tan buena con nosotros...

Pero, ante la mirada sorprendida de su hijo, una mirada llena de infinita tristeza y de reproche, se apresuró a decir:

—Sí, ya sé que aún no te ha curado del todo; pero no hay que desesperar de su bondad. Nos quiere tanto, nos ha colmado de tal manera con sus favores, que acabará seguramente por curarte. Es la única merced que todavía no nos ha concedido.

La señora de Vigneron, que había escuchado las anteriores palabras, se acercó.

—¡Qué felicidad hubiera sido volver a París los tres completamente sanos! No hay nada completo en este mundo.

—¡Óyeme! —dijo bruscamente el señor Vigneron—. Me parece que yo no voy a poder partir con vosotros esta tarde. Tengo que realizar ciertos trámites. ¡Con tal de que mi pasaje de regreso sirva hasta mañana!

Aunque tenían cariño a la señora de Chaise, empezaban a reponerse de la horrible sacudida y a sentirse aliviados. Iban olvidándola ya, y no veían la hora de dejar Lourdes, como si hubiesen alcanzado ya la finalidad principal de su viaje. Rebosaban alegría, una alegría recatada, inconfesada.

—¡Tengo tantas cosas que hacer en París! —prosiguió—. ¡Y yo, que no aspiro sino al descanso! Pero no importa, seguiré todavía tres años en el Ministerio, hasta que me jubile, ahora que estoy seguro de jubilarme como jefe de oficina. Pero después, pasados esos tres años, me propongo disfrutar un poco de la vida. Ya que nos viene a la mano este dinero, voy a comprar en

mi pueblo la finca de los Billotes, magníficas tierras con las que siempre he soñado. Y desde ahora podéis estar seguros de que no me haré mala sangre por nada, cuando esté con mis caballos, mis perros y mis flores.

El pequeño Gustavo seguía sobre sus rodillas, tiritando con todo su pobre cuerpo de insecto abortado, y con la camisa remangada a medias, dejando ver su delgadez de niño moribundo. Cuando se dio cuenta de que su padre se había olvidado de él por completo, abstraído en su sueño de vida regalada, sueño que ahora podía convertirse en realidad, dejó ver Gustavo una de sus enigmáticas sonrisas, mezcla de melancolía y una punta de malicia.

—Perfectamente, papá; pero ¿y yo?

El señor Vignerón pareció despertarse, sobresaltado; se agitó, y pareció no comprender al principio lo que su hijo quería decir.

—¿Tú, hijo mío? ¡Tú estarás con nosotros! ¡No faltaba más!

Pero Gustavo continuaba mirándole con fijeza, profundamente, sin dejar de sonreír, con sus labios finos, contraídos por una mueca de amargura.

—Eso te crees tú.

—¡Lo creo y lo digo de veras! Tú estarás a nuestro lado y serás la felicidad de todos nosotros.

Cohibido y balbuciente, el señor Vignerón, que no hallaba las palabras adecuadas, se quedó helado cuando su hijo, encogiendo sus hombros enclenques, exclamaba con expresión de filosófico desdén:

—¡Yo! Para entonces ya me habré muerto.

El padre, aterrorizado, pudo de pronto leer en la mirada profunda del niño, mirada que era más bien de hombre viejo, que reflejaba demasiado conocimiento de todas las cosas, de todas las miserias de la vida, porque las había sufrido en carne propia. Lo que sobre todo le espantaba era la súbita certidumbre de que aquel niño había estado viendo siempre hasta el fondo de su alma, mucho más aún de lo que él mismo hubiera querido confesarse. Recordó cómo los ojos del enfermito se fijaban en los suyos, desde los tiempos en que estaba en la cuna; eran unos ojos a los que el sufrimiento daba tal agudeza que estaban dotados, sin duda, de una fuerza extraordinaria de adivinación, hasta el punto de escrutar en los pensamientos inconscientes, en las profundidades tenebrosas de las almas. Y por singular efecto, veía ahora el padre en los ojos de su hijo todos aquellos pensamientos que ni a sí mismo se había confesado, y los leía a pesar suyo. Se reflejaba en ellos toda la historia de sus años de avaricia, su preocupación al ver a su hijo inválido, las angustias que le asaltaban al pensar que la fortuna de la señora Chaise reposaba sobre su existencia tan frágil, su íntimo anhelo de que muriese ella



cuanto antes, mientras estaba su hijo con vida, para que no se le escapase la herencia. Era cuestión de días, un duelo sobre quién moría antes. Y luego, al final, nuevamente la muerte; el pequeño se iría a su vez, y él solo se embolsaría todo el dinero, que le permitiría pasar una larga y alegre vejez. Todas esas cosas horribles brotaban tan claramente de aquellos ojos astutos, melancólicos y sonrientes del pobre niño condenado, que llegó un momento en que padre e hijo se hicieron la ilusión de que se las decían en alta voz.

Pero el señor Vignerón forcejeó, volvió la cabeza a otro lado, protestó violentamente:

—¡Cómo! ¿Que te habrás muerto, dices? ¡Vaya unas ideas! Es una tontería pensar en tales cosas.

La señora de Vignerón rompió otra vez a sollozar.

—¡Qué malo eres! Parece increíble que nos des semejante disgusto, justamente ahora que lloramos esta pérdida tan cruel.

Fue menester que Gustavo los besara a los dos, prometiéndoles que viviría por ellos, para darles ese gusto. Pero no dejó ni por un instante de sonreír, como quien comprende que la mentira es necesaria cuando uno no quiere entristecerse demasiado, resignado, por lo demás, a dejar que sus padres le sobrevivieran felices, ya que ni la Santa Virgen se dignaba darle en esta vida el rinconcito de felicidad a que debiera tener derecho todo ser viviente.

Su madre lo llevó de nuevo a la cama, y Pedro acabó de rezar y se levantó, a tiempo que el señor Vignerón terminaba de arreglar la habitación de una manera conveniente.

—Tiene usted que disculparme, señor abate —dijo acompañando al sacerdote hasta la puerta—. Tengo la cabeza que parece que se me va. En fin, es un mal cuarto de hora que hay que pasar. Y no hay más remedio que hacer de tripas corazón.

Ya en el pasillo, Pedro se detuvo un momento, escuchando un ruido que subía de la escalera. Pensó otra vez en el señor de Guersaint, y creyó conocer su voz. Y mientras estaba allí, inmóvil, se produjo un acontecimiento que le causó una molestia atroz. La puerta de la habitación que ocupaba el señor solitario se abrió con una lentitud prudente, saliendo por ella al pasillo una señora vestida de negro, pero tan rápidamente que apenas hubo tiempo de distinguir por la rendija al caballero, que estaba de pie, llevándose un dedo a los labios. Cuando la señora se volvió, hallose de manos a boca con Pedro. El encuentro sucedió de un modo tan brusco, tan ineludible, que no tuvieron tiempo para tomar otro camino y fingir que no se conocían.

Era la señora de Volmar, que salía muy de mañana, con un desgarramiento de todo su ser, después de haber pasado tres días y tres noches en aquel rincón de amor, en un enclaustramiento absoluto. No habían dado aún las seis, y esperaba no ser vista de nadie, confiada en pasar con la ligereza de una sombra por los pasillos y las escaleras desiertas. Quería también dejarse ver un poco en el hospital, pasar allí aquella última mañana, a fin de justificar su presencia en Lourdes. Al ver a Pedro se quedó temblando y empezó a tartamudear:

—¡Oh, señor abate, señor abate!

Luego, viendo que el sacerdote había dejado abierta su puerta de par en par, se dejó llevar por la fiebre que la abrasaba, por el deseo de explicarse, de justificarse. Y, toda arrebolada, entró por delante. Pedro no tuvo más remedio que seguirla, todo desconcertado por la aventura. Y como viera ella que no cerraba la puerta, le rogó con un gesto que lo hiciera, porque quería desahogarse con él.

—¡Señor abate, le suplico que no forme de mí un concepto demasiado malo!

Pedro hizo un ademán dando a entender que no se atrevía a juzgarla.

—Sí, señor abate; sé perfectamente que usted conoce bien mi desgracia. Ya en París me vio usted en cierta ocasión acompañada de una persona, en las cercanías de la Trinidad. Y el otro día me ha visto usted en el balcón. ¿Verdad que sí? Sospechaba ya usted que yo vivía ahí, cerca de usted, escondida con aquella misma persona, en esa habitación... ¡Pero si usted lo supiese todo, si usted lo supiese todo!

Sus labios temblaban y asomaban lágrimas a sus ojos. Pedro se sorprendió de la extraordinaria belleza que transfiguraba su rostro. Aquella mujer, siempre vestida de negro, muy sencilla, sin una alhaja, salía ahora de la penumbra en que estaba siempre, en que siempre se esfumaba, y se le aparecía en todo el esplendor de su pasión.

A medida que Pedro la observaba, aquella mujer, que a primera vista no era hermosa, por demasiado morena y delgada, de rasgos acusados, de boca grande y nariz larga, iba adquiriendo un encanto turbador, una fuerza irresistible de atracción. Sus ojos, sobre todo, sus ojazos magníficos, cuyo fuego ocultaba ella de ordinario bajo un velo de indiferencia, ardían como antorchas cuando se mostraba tal cual era. Pedro comprendió que fuese amada y que incluso la quisieran hasta morir.

—¡Si usted supiera, señor abate! ¡Si yo le contase todos mis sufrimientos! Son cosas que, sin duda, ya usted habrá sospechado, puesto que conoce a mi

suegra y a mi marido. En las pocas veces que ha venido usted a nuestra casa, ha tenido por fuerza que comprender todos los horrores que allí sucedían, aunque yo aparentase siempre estar contenta en mi pequeño rincón silencioso y oscuro. ¡Vivir así durante diez años, no ser nadie, no amar jamás, no ser jamás amada! ¡No, no! ¡Eso era superior a mis fuerzas!

Y refirió la dolorosa historia, su matrimonio con el diamantista, matrimonio desastroso a pesar de todas las aparentes ventajas; su suegra, alma dura, verdugo y carcelero; su marido, monstruo de fealdad física y de vileza moral. La tenían como encarcelada; ni siquiera le permitían asomarse a la ventana. La golpeaban, se encarnizaban contra sus gustos, sus deseos y sus debilidades de mujer. Sabía que su marido tenía varias queridas, y si la veía dirigir una sonrisa a algún pariente, si se ponía una flor en el pecho, en alguno de los pocos días alegres, el marido le arrancaba la flor y, en un acceso de celo rabioso, le apretaba las muñecas hasta casi rompérselas, profiriendo bárbaras amenazas. Años enteros había vivido en aquel infierno, esperando a pesar de todo, sintiendo bullir dentro de sí una oleada de vida tan intensa, un ansia tan ardiente de ternura, que la impulsaba a esperar la felicidad en cualquier momento, creyendo que llegaría el día menos pensado sin el menor ruido.

—Le juro a usted, señor abate, que no he podido dejar de hacer lo que he hecho. Era demasiado desgraciada; todo mi ser ardía en deseos de entregarse. La primera vez que mi amigo me dijo que me amaba dejé caer mi cabeza en su hombro, y nada más; yo le pertenecía ya para siempre. Hay que comprender esta delicia, ser amada, no ver en el amigo sino ademanes cariñosos, palabras afectuosas, la preocupación constante de ser amable y obsequioso; saber que él piensa en una, que hay en este mundo un corazón en el que vive nuestra imagen, sentirse algo en alguien, no existir más que los dos, ser los dos uno solo, dormirse en un abrazo en el que se funde todo el ser, cuerpo y alma... Si esto es un crimen, señor abate, confieso que no puedo sentir remordimientos. No digo siquiera en descargo mío que me han empujado a ello; afirmo únicamente que lo he cometido con la misma naturalidad con que respiro, porque todo eso era necesario a mi vida.

Se había llevado la mano a los labios, como para enviar un beso a todo el mundo. Pedro se sintió conmovido ante aquella mujer apasionada, que era el amor, el deseo eterno. Empezó a nacer en él una inmensa compasión.

—¡Pobre mujer! —murmuró.

—No confieso estas cosas al sacerdote —prosiguió—, sino que me dirijo al hombre, a un hombre que me agradecería que supiese comprenderme. Yo no

soy una buena creyente; no me basta la religión. Se pretende que existen mujeres a las que basta con la religión, y que ésta las protege contra la tentación. Yo he sentido siempre frío dentro de las iglesias, me muero de desolación en ellas. Sé perfectamente que hago mal en fingir religiosidad y en mezclarla a las cosas del corazón. Pero ¿qué quiere usted? Me obligan a ello. Si usted me encontró en París, detrás de la iglesia de la Trinidad, es porque es el único sitio adonde me permiten ir sola; y si usted me encuentra aquí, en Lourdes, es porque son éstos los únicos tres días de libertad absoluta, de felicidad absoluta que disfruto en todo el año.

De nuevo volvió a estremecerse; otra vez corrieron lágrimas ardientes por sus mejillas.

—¡Oh, qué tres días, qué tres días éstos! No puede usted imaginarse siquiera con qué ardor los espero, con qué pasión los vivo y con qué fiereza me aferró a su recuerdo.

Todo desfiló ante la imaginación de Pedro, que tantos años llevaba de castidad. Y creía ver todo lo que ocurría en aquellas tres noches, en aquellos tres días con tanta vehemencia deseados, vividos con tanta avidez en el interior de aquel cuarto de hotel, con la puerta y las ventanas cerradas, sin que ni las mismas criadas de servicio sospechasen que había allí una mujer encerrada. ¡Era el abrazo perenne, el beso continuo, una donación de todo el ser, el olvido del mundo, un aniquilarse en el seno del amor inextinguible! ¡No existía ya ni lugar ni tiempo; no quedaba sino la prisa de poseerse, de volver a poseerse! ¡Y qué desgarrador el momento de la separación! Esa crueldad era la que la hacía estremecer, y era el dolor de su paraíso perdido lo que la hacía hablar así, obligándola a ella, siempre tan callada, a proclamar a voces su pena. ¡Estrecharse por última vez entre los brazos, querer fundirse el uno en el otro para no apartarse nunca, separarse como si dejaran la mitad de su carne, y pensar en los largos días, en las largas noches que pasarían sin que ni siquiera pudiesen verse!

—¡Pobre mujer! —repitió Pedro, angustiado su corazón al evocar aquel tormento de la carne.

—Señor abate, piense usted —continuó ella— en el infierno al que voy a volver ahora. Se me cierra el cielo durante semanas enteras, durante meses, y yo sobrellevo mi martirio sin una queja. Se ha acabado otra vez mi felicidad, hay que esperar otro año. ¡Tres pobres días, tres pobres noches tan sólo, Dios mío, de felicidad por año! ¿No es como para volverse loca, gozándolos con toda la vehemencia de que soy capaz y esperando con toda mi paciencia hasta

que vuelvan otra vez? ¡Soy tan desventurada, señor abate! ¿Verdad que soy, a pesar de todo, una buena mujer?

Pedro estaba profundamente conmovido por aquel arrebató, por aquel transporte sincero de pasión y de dolor. Percibía el hálito del deseo universal, el calor del fuego majestuoso que lo purifica todo. Su compasión se desbordó, y pronunció el perdón.

—Señora, la compadezco a usted y le aseguro que me merece un infinito respeto.

Ella no contestó más, pero lo miró con sus ojos inmensos, nublados de lágrimas. Luego se apoderó de sus manos con un brusco apretón, y las tuvo un rato entre sus dedos, ardientes. Después se marchó, desapareciendo en el pasillo con levedad de sombra.

Cuando se alejó, Pedro sufrió más que con su presencia. Abrió de par en par la ventana para desalojar el perfume de amor que ella había dejado. Ya el domingo, al darse cuenta de que en la habitación contigua vivía a escondidas una mujer, sintió un púdico terror, pensando que era ello un desquite que se tomaba la carne en medio de la exaltación mística de la ciudad inmaculada. Ahora volvía a apoderarse de él aquel espanto, y comprendía la omnipotencia, la voluntad inflexible de la vida que pugnaba por abrirse paso. El amor era más fuerte que la fe, y quizá lo único divino en él era la posesión. ¿No es la única finalidad de la naturaleza, por encima de las normas sociales y religiosas, el amarse, el poseerse mutuamente, a pesar de todo, el crear vida, el continuar la vida?

Por un momento Pedro tuvo conciencia del abismo: su último sostén era la castidad, el decoro mismo de su existencia fracasada de sacerdote incrédulo. Se dio cuenta de que, si cedía a su carne, después de haber cedido a su razón, estaba perdido. Sintió otra vez todo el orgullo de su pureza y toda la energía que había puesto en su honradez profesional, y volvió a jurar de nuevo que renunciaría a su carne, que se olvidaría de su condición de hombre de carne y hueso, ya que él mismo, por propia voluntad, se había aislado de los hombres.

Dieron las siete. No volvió ya a acostarse; se lavó con abundante agua, sintiendo verdadero placer al contacto de aquella agua fresca, que acabó de calmar su fiebre. Estaba acabando de vestirse cuando, al oír un ruido de pasos en el pasillo, el angustioso recuerdo del señor de Guersaint se despertó en él. Alguien se detuvo delante de su puerta y golpeó en ella. Pedro se sintió aliviado y abrió; de sus labios salió un grito de viva sorpresa:

—¡Usted! ¡Levantada ya a estas horas, corriendo por las calles y haciendo visitas!

María estaba en el umbral de la puerta, sonriente. Detrás de ella sonreía también con sus bellos y cándidos ojos sor Jacinta, que la acompañaba.

—Mi buen amigo —contestó la joven—, no he podido seguir acostada. En cuanto vi que salía el sol, salté de la cama, ansiosa de caminar, de correr y de saltar como una chiquilla; y tanto he insistido, tanto he suplicado, que conseguí que la hermana tuviese la amabilidad de salir conmigo. Creo que habría saltado por la ventana si me hubiesen cerrado la puerta.

Pedro las hizo entrar, y una inefable emoción le oprimió la garganta oyendo a María chancearse tan alegremente, y viéndola moverse con tanta soltura, graciosa y ágil. ¡Ella, la misma, Dios mío, a quien durante años y años había visto con las piernas muertas y el rostro de color plomizo! Desde que se había separado de ella, el día anterior, en la basílica, María había ganado en juventud y en belleza. Había sido suficiente una noche para que se le presentase en la completa madurez de su sexo la jovencita tierna y cariñosa, la niña magnífica, esplendorosa, a la que había besado con locura en otro tiempo, detrás de los setos floridos, bajo los árboles espolvoreados de sol.

—¡Qué grande y qué hermosa está usted, María! —exclamó sin poderse contener.

Sor Jacinta intervino entonces:

—¿No es verdad, señor abate, que la Santa Virgen ha sabido hacer bien las cosas? Cuando ella lo quiere, ya lo ve usted, se sale de sus manos fresca como una rosa y llena de fragancia.

—¡Oh, qué feliz soy! —exclamó la joven—. Me siento tan fuerte, tan llena de salud, tan completamente pura, como si acabase de nacer.

Aquello fue delicioso para Pedro. Le pareció que se esfumaba y se purificaba todo lo que aún quedaba en el cuarto del hálito esparcido por la señora de Volmar. Toda la habitación estaba llena del candor de María, de aroma y del esplendor de su juventud inocente. Pero aquella fruición de la belleza pura, de la vida que volvía a florecer, le producía una gran tristeza. En verdad, la rebeldía que había experimentado mientras se encontraba en la cripta, la herida producida por la conciencia de su vida fracasada, sangraba aún y sangraría para siempre en su corazón. ¡Todo un mundo de encantos resucitaba, y la mujer adorada volvía a abrirse como un capullo! Pero él no sabría jamás lo que era la posesión; se hallaba fuera de este mundo, en el sepulcro. Sin embargo, ya no sollozaba; experimentaba una melancolía sin límites, un vacío inmenso, al pensar que había muerto ya, que aquella aurora

de mujer se alzaba sobre la tumba donde dormía su virilidad. Aquello era el renunciamiento, aceptado, querido, con toda la grandiosa desolación de las vidas al margen de la naturaleza.

Como la otra, la mujer apasionada, también María tomó las manos de Pedro. ¡Pero qué suaves, qué frescas, qué adormecedoras eran estas manecitas! Y le miraba, un poco confusa, con un ansia loca de expresar algo que no se atrevía. Mas luego dijo resueltamente:

—¿Quiere usted darme un beso, Pedro? ¡Me pondría muy contenta!

Pedro se estremeció; su corazón se sintió mordido por una postrera tortura. ¡Se acordó de los besos de otros tiempos, de aquellos besos cuyo sabor guardó siempre en los labios! Nunca más había vuelto a besarla, y esta mujer que ahora le saltaba al cuello era como una hermana suya. María le dio un beso sonoro en la mejilla derecha y otro en la mejilla izquierda, y presentó las suyas, exigiendo reciprocidad. También él la besó dos veces.

—Le juro, María, que yo también estoy contentísimo.

Y, sin fuerzas para seguir resistiendo, quebrantado por la emoción, embargado de placer y de amargura al mismo tiempo, estalló en sollozos, llorando con la cara entre las dos manos unidas, como un niño que quiere ocultar sus lágrimas.

—Bueno, está bien —decía alegremente sor Jacinta—, no nos enternezcamos demasiado. El señor abate podría ponerse demasiado ufano si creyese que no hemos venido más que para verle a él. El señor de Guersaint está ahí, ¿verdad?

Pedro tuvo que decirles entonces que el señor de Guersaint no había regresado aún de su excursión a Gavarnie. Era visible la creciente inquietud que experimentaba, por más que procurase buscar explicaciones a aquel retraso, inventando obstáculos y complicaciones imprevistas. La joven no sentía alarma alguna, y se echaba a reír diciendo que su padre no había podido nunca ser puntual. Sentía, no obstante, gran impaciencia por que la viera caminar, por que la hallara de pie, resucitada, pletórica de nueva juventud.

Sor Jacinta, que se había asomado al balcón, volvió al cuarto diciendo:

—¡Ahí viene! Está abajo, se apea del coche.

—Pues bien —exclamó María con leve vivacidad de colegiala—, vamos a darle una sorpresa. Sí, ocultémonos; cuando esté ya aquí, saldremos de golpe.

Y arrastró a sor Jacinta a la habitación contigua.

El señor de Guersaint llegó casi inmediatamente y entró como un torbellino por la puerta del pasillo, que Pedro se había apresurado a abrir. Le dio un apretón de manos y exclamó:

—¡Aquí estoy, por fin! ¡Me imagino que usted, amigo mío, ya no sabría qué pensar! Me habrá estado esperando desde ayer a las cuatro. No puede suponerse las peripecias que nos han ocurrido. Figúrese que, al llegar a Gavarnie, se nos rompió una rueda del coche, y ayer por la noche, cuando volvíamos, se desató una espantosa tormenta que nos detuvo toda la noche en Saint Sauveur. De más está decirle que no pude pegar los ojos.

E, interrumpiéndose, le preguntó:

—¿Y a usted, cómo le va?

—Pues tampoco pude dormir yo —contestó el sacerdote—, porque todo eran ruidos en este hotel.

El señor de Guersaint tomó de nuevo la palabra:

—A pesar de todo, la excursión ha sido deliciosa. No puede usted imaginárselo; ya se lo contaré a usted. Fui con tres sacerdotes encantadores. El abate Des Hermoises es, sin duda, el hombre más agradable que he conocido. ¡Lo que nos hemos reído!

Se detuvo por segunda vez.

—¿Y mi hija?

Estalló entonces a sus espaldas una alegre carcajada. Se volvió y quedó boquiabierto. María estaba ante sus ojos y caminaba, y su cara irradiaba una alegría inmensa, una salud desbordante. Nunca dudó el padre de que se realizaría el milagro, y por eso no le tomaba de sorpresa, porque regresaba de su excursión convencido de que todo acabaría bien, de que la encontraría seguramente curada. Pero lo que le conmovió hasta lo más hondo de sus entrañas fue aquel prodigioso espectáculo que no había podido prever: ¡su hija, divinamente hermosa, con su vestido negro! ¡Su hija, que ni siquiera se había puesto sombrero, con su admirable cabellera rubia sencillamente cubierta con un velo de punto! ¡Su hija, llena de vida, en plena floración, triunfante, parecida a todas las hijas de todos los padres, que tanta envidia le daban!

—¡Hija mía, hija mía!

Ella se arrojó en sus brazos, y él la estrechó en ellos, cayendo ambos de rodillas y fundiéndose los dos en la emoción de un arrebató de fe y de amor. Aquel hombre distraído, de cabeza de chorlito, que se quedaba durmiendo en lugar de acompañar a su hija hasta la gruta, que se iba de paseo a Gavarnie el mismo día en que la Virgen había de curarla, desbordó de pronto tal afecto paternal, una fe de cristiano tan exaltada por la gratitud, que hubo un momento en que estuvo realmente sublime.



—¡Oh Jesús, oh María! ¡Gracias os sean dadas por haberme devuelto a mi hija! ¡Hija mía! Por más que vivamos, nunca podremos agradecer bastante a María y a Jesús la gran felicidad que nos han otorgado.

El abrazo de aquellos dos seres, felices después de tantos días de tristeza; aquellos balbuceos de una felicidad que parecía estar impregnada aún de sufrimiento, toda la escena, en fin, era tan conmovedora que Pedro se sintió de nuevo contagiado por las lágrimas. Pero estas lágrimas de ahora eran consoladoras y devolvían la calma a su corazón. ¡Triste humanidad! ¡Qué bien le hace a uno verla un poco consolada y contenta! ¡Qué importaba que esas grandes satisfacciones, que sólo duraban algunos instantes, fuesen producto de una eterna ilusión! La humanidad entera, la humanidad lamentable, redimida por el amor, estaba reflejada en aquel buen hombre que de pronto rayaba en lo sublime porque se encontraba con su hija resucitada.

De pie y un poco retirada, sor Jacinta lloraba también, transido el corazón de una emoción humana que no había sentido nunca hasta aquel momento, porque no tenía más padres que el buen Dios y la Santa Virgen. Se hizo el silencio en aquella habitación estremecida de fraternidad e impregnada de lágrimas. Cuando el padre y la hija, deshechos por la emoción, se levantaron al fin, habló sor Jacinta.

—Y ahora, señorita, hay que darse prisa, para volver cuanto antes al hospital.

Pero todos protestaron. El señor de Guersaint quería que su hija se quedase con él, y los ojos de María ardían de deseos, de ansia de vivir, de caminar, de recorrer el ancho mundo.

—¡No, no! —dijo el padre—. Por nada del mundo me desprendo ahora de ella. Vamos a tomar una taza de leche, porque me muero de hambre; luego saldremos, claro está, y nos iremos los dos juntos a pasear. Ella irá tomada de mi brazo, como una mujercita.

Sor Jacinta rió de nuevo.

—Perfectamente, queda con ustedes; diré a las señoras que me la han robado. Yo me marcho de aquí. No tienen ustedes idea de todo el trabajo que nos espera en el hospital si queremos estar listas para el momento de la partida; tenemos que preparar a las enfermas y todo el material; un verdadero terremoto.

—Entonces —preguntó el señor de Guersaint, que volvía a ser el mismo hombre distraído de siempre—, ¿hoy estamos a martes? ¿Y es cierto que partimos esta tarde?

—¡Claro que sí! ¡No vaya a olvidarlo! El tren blanco sale a las tres y cuarenta. Si usted es razonable, nos llevará temprano a su hija para que descanse un poco.

María acompañó a la hermana hasta la puerta.

—Vaya tranquila. Seré juiciosa. Además, quiero volver a la gruta para dar una vez más gracias a la Virgen.

Cuando los tres se encontraron solos en aquella pequeña habitación inundada de sol, lo que sintieron fue delicioso. Pedro llamó a la doncella de servicio y le ordenó que trajese chocolate, leche, pasteles y todas las cosas ricas imaginables. Y aunque María había desayunado ya, volvió a desayunar otra vez; desde la víspera no hacía más que comer. Colocaron el velador delante de la ventana y se dieron un verdadero banquete, aspirando el aire vivo de la montaña, mientras las cien campanas de Lourdes, echadas a vuelo, tocaban a gloria aquella mañana esplendorosa.

La colación transcurrió en medio de exclamaciones y de risas; la joven relataba a su padre el milagro con detalles repetidos ya por centésima vez, y cómo había dejado su cochecito en la basílica, y cómo había dormido de un tirón doce horas, sin mover un dedo siquiera. El señor de Guersaint, a su vez, quiso referir su excursión; pero se enredaba y mezclaba la excursión con el milagro.

Se interrumpió para preguntar:

—Y a propósito, ¿qué les pasa a nuestros vecinos? Cuando subía me crucé con el señor Vignerón, que corría como un loco, y por la puerta entreabierta me pareció ver a la señora de Vignerón que estaba con la cara congestionada. ¿Habrán tenido otro ataque su hijo Gustavo?

Pedro se había olvidado ya de la señora de Chaise, la muerta que dormía su sueño eterno al otro lado del tabique. Sintió un leve escalofrío.

—No, no; el niño sigue bien.

No dijo más, prefiriendo callarse. ¿Para qué ensombrecer aquella hora tan feliz de resurrección, de juventud reconquistada, trayendo a la conversación la imagen de la muerte? Sin embargo, ya no pudo apartar de su pensamiento aquella vecindad de la nada; y recordaba también la otra habitación, donde el caballero solitario ahogaba los sollozos, pegados los labios a un par de guantes hurtados a su amiga. Todos los ruidos del hotel volvían a sonar en sus oídos: las toses, los suspiros, las voces confusas, el continuo golpear de las puertas, los crujidos de todas aquellas habitaciones atestadas de viajeros, el revoloteo de faldas que barrían los pasillos, el andar ansioso de las familias acuciadas por la inminencia de la marcha.

—Seguro, hija mía, que te vas a estropear el estómago —exclamó sonriente el señor de Guersaint al ver que su hija se llevaba a la boca otra empanada.

María rió también. Pero de pronto asomaron dos lágrimas en sus ojos:

—¡Qué contenta estoy, y qué pena siento cuando pienso que no están todos tan contentos como yo!

## II

**E**ran las ocho, y María iba y venía de impaciencia dentro de la habitación, asomándose a cada instante al balcón, como si quisiera tragarse de un sorbo todo el espacio libre que se abría ante día, todo el inmenso cielo. ¡Correr por calles y plazas, recorrerlo ludo, ir por doquier, hasta donde la llevase el ímpetu de su deseo! ¡Demostrar lo fuerte que se sentía, caminar leguas y leguas a la vista de todo el mundo, para ufanarse de la salud que debía a la bondad de la Santa Virgen! Se trataba de un impulso violento, una necesidad irresistible de todo su ser, un grito de su sangre, de su corazón.

Pero, en el momento de partir, resolvió que la primera visita, con su padre, sería para la gruta, donde los dos darían las gracias a Nuestra Señora de Lourdes. Después quedarían en libertad, dispondrían de dos horas largas; se pasearían por donde quisiesen, y luego volvería ella al hospital para almorzar y liar sus petates.

—¿Estamos listos ya? —repitió el señor de Guersaint—. ¿Salimos?

Pedro tomó su sombrero, y los tres bajaron las escaleras, hablando en voz alta y riendo con la alegría de colegiales que salen de vacaciones. Llegaban ya a la calle, cuando en el pórtico les salió al encuentro la señora Majestad. Seguramente que estaba espiando su salida.

—¡Oh, señorita! ¡Oh, señores! Permítanme ustedes que les felicite. Hemos sabido el favor extraordinario que han recibido de la Virgen, y estamos contentísimos y muy halagados, como siempre que la Santa Virgen se digna favorecer a alguno de nuestros clientes.

Su rostro seco y duro se derretía en amabilidades, contemplando a la favorecida por el milagro con ojos acariciadores. Luego llamó vivamente a su marido, que pasaba por allí.

—Fíjate, querido, fíjate; ésta es la señorita, ésta es...

El rostro lampiño de Majestad, hinchado de grasa y amarillento, tomó una expresión de alegría y de gratitud.

—Realmente, señorita, no encuentro palabras para explicarle cuán honrados nos sentimos. No olvidaremos jamás que su señor padre ha parado en nuestra casa. Esto sólo ha despertado la envidia de muchos.

La señora Majestad hacía, entre tanto, que se detuviesen los viajeros que iban saliendo; hacía ademanes llamando a las familias que se hallaban ya

instaladas en el comedor, y si se le hubiera permitido, habría hecho entrar a los transeúntes que pasaban por la calle, para hacerles ver que tenía en su casa en aquel momento a la joven del milagro que traía maravillado a todo Lourdes desde la víspera. Se iba ya reuniendo gente, y poco a poco la aglomeración era cada vez mayor, mientras la señora Majestad no cesaba de cuchichear al oído de todos:

—Vean, es ella, la joven... Ya saben ustedes, la joven...

De pronto exclamó:

—Voy en busca de Apolina, que está en la tienda. Es necesario que Apolina vea a esta señorita.

Pero el señor Majestad la detuvo, con aire digno.

—No, deja a Apolina, que está atendiendo ahora a tres señoras. La señorita y los señores no se marcharán seguramente de Lourdes sin hacer antes algunas compras. ¡Es tan agradable contemplar, pasado algún tiempo, los pequeños recuerdos que uno lleva! Nuestros clientes, por lo general, suelen tener la bondad de no comprar nunca esos pequeños recuerdos en otra parte que en nuestra casa, en la tienda que tenemos en el hotel.

—Ya les tengo ofrecidos mis servicios —apoyó la señora Majestad—, y ahora reitero el ofrecimiento. Apolina tendrá mucho gusto en enseñar a la señorita lo mejor que tenemos, y que vendemos a precios verdaderamente increíbles. Hay cosas que son un encanto, un encanto...

María empezaba a impacientarse al verse así detenida, y Pedro se sentía molesto por aquella curiosidad que despertaban a su alrededor, y que cada vez era mayor. Pero el señor de Guersaint estaba que no cabía en su pellejo de contento por aquella popularidad, por aquel triunfo de su hija. Prometió que volvería.

—Le aseguro que compraremos algunas chucherías, unas de recuerdo para nosotros y otras para regalos. Pero más tarde, cuando volvamos.

Por fin se pudieron escapar y bajaron por la avenida de la Gruta. Después de las tormentas de las noches anteriores, volvía a hacer un tiempo magnífico. El aire de la mañana, empapado de rocío, olía bien, y el claro sol daba una alegría general a la atmósfera. Por las aceras se movía presurosa, atareada, contenta de vivir, la multitud. ¡Qué embeleso el de María, a quien todo aquello le parecía nuevo, encantador, inapreciable! Aquella mañana había tenido que ponerse unos zapatos que le prestó Raimunda, porque ella se había guardado bien de meter un par en su valija, temiendo, por hábito supersticioso, que aquello le acarrease desgracia. Los zapatos prestados le

quedaban admirablemente, y María se complacía en escuchar con infantil alegría el firme taconeo de sus pies sobre el pavimento.

No recordaba haber visto casas tan blancas, árboles tan verdes, transeúntes tan alegres. Todos sus sentidos, de una perspicacia maravillosa, parecían estar de fiesta: oía música, percibía perfumes lejanos, aspiraba el aire con fruición, como si saborease una fruta sabrosa. Pero lo que sobre todo encontraba agradable, delicioso, era el pasearse de aquella manera, colgada del brazo de su padre. Nunca lo había hecho y acariciaba aquel sueño desde hacía muchos años, como una de esas felicidades imposibles con que entretenía su dolor. El sueño se realizaba ahora, y su corazón palpitaba de júbilo. Se apretaba contra su padre, y se esforzaba en caminar bien erguida, bien hermosa, para que estuviese orgulloso de ella. Y él lo estaba, en efecto, tan feliz como ella; exhibiéndola, anunciándola, rebosando de alegría al sentirla a su lado, sangre de su sangre, carne de su carne, hija suya, radiante de juventud y de salud.

Al atravesar los tres la meseta de la Merlasse, dominada ya a aquella hora por la bandada de vendedores de cirios y ramos de flores, que perseguían a los peregrinos, el señor de Guersaint exclamó:

—¡Me parece que no vamos a llegar a la gruta con las manos vacías!

Pedro, que caminaba al otro lado de María, contagiado por la alegría risueña de la joven, se detuvo. Inmediatamente fueron rodeados por una nube de vendedores que les metían sus mercancías bajo las narices.

—¡Hermosa niña! ¡Bondadosos caballeros! ¡Cómprenme a mí, cómprenme a mí!

Hubo que forcejear para librarse de aquella gente. El señor de Guersaint acabó por comprar el ramo más grande, de margaritas blancas, acogollado y duro como una col, a una bellísima muchacha rubia y regordeta, de veinte años a lo más, tan desvergonzada y ligera de ropas que dejaba adivinar sus turgentes senos bajo su blusa a medio abrochar. Por lo demás, el ramo no valía más que un franco, y se empeñó en pagarlo de su modesto bolsillo, un tanto desconcertado por aquellos modales de la joven, diciéndose para su coleteo que no era seguramente aquél el único comercio a que se dedicaba.

Pedro, por su parte, pagó los tres cirios que María había comprado a una viejecita, cirios de dos francos, muy decentes, como decía ella misma. La vieja, de cara angulosa, nariz de ave de presa y ojos codiciosos, se deshacía en frases dulzonas de agradecimiento:

—¡Que Nuestra Señora de Lourdes la bendiga a usted, hermosa señorita! ¡Que los cure de sus enfermedades a usted y a todos los suyos!

Esto renovó la alegría de los tres, que siguieron riendo su camino, regocijándose como niños al pensar que aquel deseo de la buena anciana era ya cosa hecha.

Tan pronto como llegaron a la gruta, María quiso colocarse en la fila a fin de hacer entrega ella misma del ramo y de los cirios, antes de arrodillarse. No había aún mucha gente; se pusieron a la cola y llegaron al cabo de tres o cuatro minutos. ¡Con qué ojos extasiados examinó María todo: el altar de plata labrada, el órgano, los exvotos, los candelabros chorreando cera y que llameaban a la plena luz del día! Entraba por fin en aquella gruta que sólo había visto de lejos, desde su mísero carretón, y aspiraba, como si estuviese dentro del paraíso, su tibia atmósfera y grato aroma, que la turbaba un poco con un mareo divino. Después de depositar los cirios dentro del gran canasto y ponerse en puntillas para colocar el ramo de flores al tope de un barrote en forma de lanza de la verja, besó largamente la roca, debajo mismo de la Santa Virgen, en el sitio ya pulimentado por millones de labios. El beso estampado en aquella piedra fue un beso de amor en el cual puso todo el fuego de su gratitud; fue un beso en el que se fundió su corazón.

Una vez fuera, María se prosternó, se anonadó en un acto de gracias sin fin. También su padre se había arrodillado junto a ella, uniendo el fervor de su gratitud al de su hija; pero como era un hombre incapaz de concentrarse por mucho tiempo en la misma cosa, no tardó en dar muestras de impaciencia, y acabó inclinándose hacia su hija para decirle al oído que tenía que hacer una visita, de la que se había olvidado antes por completo. Lo mejor era que ella se quedase allí y le esperase rezando. Mientras ella daba fin a sus oraciones, él se quitaría de encima el peso de aquella obligación, y después irían a pasear, libremente, por donde quisieran. María no comprendía lo que le decía su padre, ni siquiera le escuchaba. Se limitó a inclinar la cabeza, prometiéndole que no se movería de allí, presa otra vez de una fe tan enternecida que sus ojos, que no se apartaban de la blanca estatua de la Virgen, se llenaban de lágrimas.

Cuando el señor de Guersaint se reunió con Pedro, que se había quedado algo apartado, le explicó lo que le sucedía.

—Se trata de un caso de conciencia, hijo mío. He prometido formalmente a nuestro cochero de Gavarnie que iría a hablar con su patrón para explicarle las verdaderas causas del retraso. Ya sabe usted a quién me refiero; es aquel peluquero de la plaza del Marcadal. Además, necesito hacerme afeitar.

Aunque algo molesto, Pedro tuvo que ir con él, después de haberle jurado el señor de Guersaint que no tardarían un cuarto de hora en volver. Pero,

como el trayecto le parecía largo, se empeñó en tomar un carruaje que se hallaba parado al pie de la Merlasse. Era una especie de cabriolé verduoso; el cochero, un hombre de unos treinta años, llevaba boina y estaba fumando un cigarrillo. Iba sentado al sesgo en su asiento, con las rodillas abiertas, y conducía con la despreocupación tranquila de una persona bien comida que se siente amo de la calle.

—Espérenos —le dijo Pedro al apearse cuando llegaron a la plaza del Marcadal.

—Está bien, señor abate; esperaré.

Y, dejando su esquelético rocín al sol, fue a conversar con una robusta fámula desgredada, que estaba lavando a un perro en el pilón de una fuente situada allí cerca.

El señor Cazabán se hallaba precisamente en el umbral de su peluquería, que con sus grandes lunas y frente verde ponía una nota pintoresca en la plaza, que solía estar triste y desierta durante casi toda la semana. Cuando el trabajo no apremiaba, le gustaba exhibirse de aquel modo, colocándose entre sus dos escaparates, decorados con frascos de perfumería y potes de cosmético de vivos colores.

Reconoció enseguida a los señores que llegaban.

—Me siento muy halagado por su visita, señores; muy honrado. Háganme ustedes el favor de pasar.

Y así que el señor de Guersaint empezó a hablarle en favor del cochero que les había conducido a Gavarnie, se mostró muy benévolo. Indudablemente, él no tenía la culpa; no estaba en su mano evitar la rotura de la rueda, ni que cayese una tormenta. Desde el momento que los viajeros no se mostraban descontentos, no había más que hablar.

—¡Es una región admirable, inolvidable! —exclamó el señor de Guersaint.

—Pues bien, señor; si nuestra región le gusta, volverá usted a visitarnos. No pedimos más.

Y luego se mostró muy atento cuando vio que el arquitecto se sentó en un sillón, pidiéndole que le afeitase.

Desde el primer piso llegaban ruidos de pasos apresurados, voces violentas de gentes acuciadas por la inminencia de la partida, moviéndose en medio de un hacinamiento de cosas compradas de difícil embalaje. En el comedor contiguo, cuya puerta se hallaba entreabierta, dos niños sorbían el contenido de dos tazas de chocolate perdidas entre el desorden de los cubiertos.



Toda la casa se hallaba alquilada, cedida; eran las últimas horas de aquella extraña invasión que obligaba al peluquero y a su mujer a refugiarse en el subsuelo, estrecha bodega donde dormían en un catre de tijera.

Mientras Cazabán le frotaba las mejillas, cubriéndoselas de espuma de jabón, el señor de Guersaint le preguntó:

—¿Y está usted contento de la temporada?

—Sí, señor; no puedo quejarme. Ya los oye usted; mis huéspedes se marchan hoy, pero estoy ya esperando otros para mañana por la mañana. El tiempo justo para pasar la escoba. Y así seguiremos hasta octubre.

Viendo que Pedro permanecía de pie, yendo y viniendo por el local y contemplando las paredes con aire de impaciencia, se volvió hacia él con mucha cortesía.

—Siéntese, señor abate; tome un periódico. Es cosa de un momento.

Como el sacerdote agradeció con un ademán, rehusando sentarse, el peluquero, acometido por la habitual comezón de hablar que padecía, siguió diciendo:

—Yo me defiendo bien; siempre se hace negocio. Mi casa es conocida por la limpieza de las camas y por la excelencia de la cocina. Pero la ciudad no está contenta, no, señor. Me atrevo a decirle que no he visto jamás un descontento igual.

Calló unos momentos para pasar la navaja por la mejilla izquierda; pero suspendió otra vez el trabajo, dejando escapar de pronto en un grito la verdad que le bullía en el pecho:

—Señor, los padres de la gruta están jugando con fuego. Y no digo más.

Desde ese momento, el grifo estaba abierto, y nuestro hombre habló, habló sin descanso, ininterrumpidamente. Sus ojos reventones no cesaban de moverse en su cara alargada, de pómulos salientes, de tez curtida, moteada de manchas rojas; y todo su cuerpo exiguo y nervioso vibraba, sacudido por la exuberancia de palabras y de gestos. Volvía una y otra vez sobre su capítulo de cargos y repetía las quejas innumerables que la ciudad antigua tenía con los padres. Los dueños de hoteles se quejaban, los comerciantes de artículos religiosos no hacían ni la mitad de los ingresos que debían, y, finalmente, la ciudad nueva acaparaba los peregrinos y el dinero, y ya no hacían negocio sino las casas de pensión, los hoteles y las tiendas situadas en los alrededores de la gruta. Era la guerra sin cuartel, una terrible hostilidad que aumentaba de día en día; la ciudad vieja perdía un poco de su vida en cada temporada, y estaba destinada, sin duda alguna, a desaparecer, asfixiada, asesinada por la ciudad joven. ¡Cochina gruta aquélla! Se dejaría cortar los pies antes que ponerlos en

ella. ¿No era una cosa asqueante la tienda de chucherías que habían puesto junto a la misma gruta? Aquello era una vergüenza, y se decía que cierto obispo, que la vio, experimentó una indignación tan grande que dirigió una carta al Papa denunciándole el escándalo. Él, que se jactaba de ser librepensador y republicano de viejo cuño, que votaba por los candidatos de la oposición en tiempos del Imperio, tenía perfecto derecho a declarar que no le inspiraba ninguna confianza aquella porquería de gruta, que le importaba un bleo.

—Oiga usted, señor; le voy a referir un caso concreto. Lo sé por mi hermano, que es concejal. Debo decirle, ante todo, que tenemos ahora un concejo municipal republicano que siente profunda aflicción por el estado de desmoralización en que se encuentra la ciudad. No se puede salir de noche a la calle sin tropezar con alguna de esas muchachas, ya sabe usted a quiénes me refiero: a las vendedoras de cirios. Esas mujeres se echan a perder en el trato con los cocheros que vienen a trabajar durante la temporada, y que forman una población flotante y sospechosa, salida de no se sabe dónde. Es conveniente que ustedes sepan también cuál es la situación de los padres frente a la ciudad. Cuando compraron los terrenos en que se halla la gruta, firmaron un contrato por el que se comprometieron formalmente a no realizar dentro de ellos ninguna clase de comercio. Pues bien, echando en saco roto lo firmado, han abierto allí una tienda. ¿No es ésa una competencia desleal, indigna de personas honradas? En vista de ello, el nuevo concejo decidió enviarles una delegación para exigirles el cumplimiento de lo convenido, ordenándoles el cierre inmediato del negocio en cuestión. ¿Sabe usted, señor, lo que han contestado? Pues lo mismo que han contestado veinte veces, lo que contestan siempre que se les recuerdan sus compromisos: «Perfectamente, estamos dispuestos a cumplirlos; pero como en nuestra casa mandamos nosotros, clausuraremos la gruta».

Se irguió, con la navaja en alto, y repitió la última frase, recalcando las palabras y abriendo los ojos desmesuradamente ante tamaña enormidad:

—«Cerraremos la gruta».

Pedro, que continuaba su lento paseo, se detuvo bruscamente y le dijo a quemarropa estas palabras:

—El concejo municipal debió replicar diciéndoles: «¡Ciérrenla!».

Aquello tomó de sorpresa al bueno de Cazabán, que estuvo a punto de ahogarse, encendido el rostro y fuera de sí.

—¡Cerrar la gruta! ¡Cerrar la gruta!

—¡Naturalmente! ¡Ya que esa gruta les irrita y encocora tanto! ¡Ya que es la manzana de la discordia, una causa continua de guerras, injusticias y corrupción! Cerrándola se acaba todo, ya no habría discusiones... Me parece que eso sería una magnífica solución, y la persona con poder suficiente para obligar a los padres a cumplir una amenaza les haría a ustedes un gran servicio.

La indignación de Cazabán iba desapareciendo a medida que hablaba Pedro. Se apaciguó, aunque siguió algo pálido. El sacerdote veía en el fondo de sus ojos saltones una inquietud que crecía por momentos. ¿No habría ido demasiado lejos en su rencor contra los padres? Era mucha la gente de sotana que no les tenía simpatía alguna; acaso aquel joven sacerdote había ido a Lourdes con la única intención de emprender una campaña en contra de ellos. Y, ¡quién sabe!, aquello podía traer por consecuencia, andando el tiempo, el cierre de la gruta. De ella vivían todos en Lourdes. Si la ciudad vieja protestaba furiosa porque no le dejaban recoger sino algunas migajas, estaba contenta, sin embargo, con aquel ingreso que le venía de arriba; los mismos librepensadores, que se ponían las botas como todo el mundo con el negocio de los peregrinos, se callaban, hacían oídos de mercader y hasta se alarmaban en cuanto echaban de ver que se compartía su opinión sobre los aspectos desagradables del nuevo Lourdes. Había que ser prudente.

Cazabán volvió de nuevo junto al señor de Guersaint, y se puso a afeitarse la otra mejilla, murmurando con aire despreocupado:

—Bueno, bien mirado lo que he dicho, no es que a mí me moleste la gruta. En realidad, eso me tiene sin cuidado. Lo que yo creo es que hay que dejar que viva todo el mundo.

En el comedor los niños acababan de romper un tazón en medio de gritos ensordecedores. Pedro se fijó nuevamente en los grabados religiosos, en la estatua de yeso de la Santa Virgen que el peluquero había colocado en la pieza como adorno, para hacerla, sin duda, agradable a sus huéspedes. Alguien gritó desde el primer piso que la maleta estaba cerrada ya y que cuando volviese el mozo tuviese la bondad de atarla con una cuerda.

Mientras tanto, Cazabán seguía, delante de aquellos dos señores desconocidos, desconfiado, incómodo, llena la cabeza de hipótesis a cual más inquietante. Le desesperaba el pensar que podían marcharse sin saber nada de ellos en definitiva, después de que él se había comprometido. ¡Qué no daría ahora para poder retirar las palabras demasiado vivas que había pronunciado contra los padres! Por eso, cuando el señor de Guersaint se levantó para lavarse la cara, Cazabán, dejándose llevar por su manía parlanchina, dijo:

—¿No han oído hablar ustedes del milagro de ayer? Toda la ciudad está maravillada; más de veinte personas me lo han contado ya. Así, como suena. Parece que ha ocurrido un milagro extraordinario: una joven paralítica que se irguió de pronto y ha ido luego arrastrando su carretón hasta el coro de la basílica.

El señor de Guersaint, que volvía a tomar asiento después de secarse la cara, se sonrió con suma complacencia.

—Esa señorita es hija mía.

Ante aquel inesperado rayo de luz afortunado, Cazabán brilló de gozo. Tranquilizado ya, acabó de peinar a su cliente con un golpe de maestro, entre gestos y palabras que acudían exuberantes a sus labios.

—Reciba usted mis congratulaciones, señor. Me enorgullece haberle servido con mis manos. Puesto que su hija se ha curado, ¿qué dicha más grande puede apetecer su corazón de padre?

Tuvo asimismo para Pedro una frase amable. Cuando se resignó a dejarlos marchar, miró al sacerdote con expresión escrutadora, y le dijo, como hombre de buen sentido que ha llegado a una conclusión sobre los milagros:

—Los hay, señor abate, que dejan contentos a todos. De tiempo en tiempo hace falta que se produzca un milagro de esta clase.

Una vez en la calle, el señor de Guersaint tuvo que ir en busca del cochero, que continuaba coqueteando con la criada, mientras el perro, hecho una sopa, se sacudía al sol. En cinco minutos el coche les condujo al pie de la meseta de la Merlasse. Habrían empleado en aquellos trajines más de media hora, y por eso Pedro decidió conservar el carruaje, a fin de poder mostrar a María la ciudad sin que se fatigase demasiado. Mientras el padre corría hacia la gruta en busca de su hija, Pedro se quedó esperando allí, debajo de los árboles.

El cochero trabó inmediatamente conversación con él. Había encendido otro cigarrillo y daba muestras de gran familiaridad. Declaró que era de una aldea de los alrededores de Tolosa, y que no tenía motivos de queja, porque sacaba en Lourdes buenos jornales. Se comía bien, se divertía uno bastante; era lo que podía llamarse un buen sitio. Decía todas estas cosas con la despreocupación de un hombre libre de escrúpulos religiosos, pero sin olvidar el respeto que debía a un sacerdote.

Finalmente, desde lo alto del pescante, medio acostado, con una pierna colgando, dejó caer lentamente estas palabras:

—Sí, señor abate; Lourdes ha prendido bien; la cuestión estriba en saber si las cosas continuarán mucho tiempo como hasta ahora.

Aquella frase hizo pensar a Pedro, que procuró sondear su involuntario alcance. En aquel momento reapareció el señor de Guersaint en compañía de María. La había encontrado arrodillada en el mismo sitio, dedicada al mismo acto de fe y de gracias, a los pies de la Santa Virgen. Parecía que la joven había traído en sus ojos todo el destello de la gruta, de tal manera brillaba en ellos la divina alegría de su curación. No consintió en servirse del coche. ¡No, no! Prefería ir a pie; le importaba poco el ver la ciudad, con tal de poder pasear durante una hora más colgada del brazo de su padre por los jardines, por las calles, por las plazas, por cualquier parte. Así que Pedro pagó al cochero, ella misma tomó la delantera por una avenida del jardín de la Explanada, encantada de poder pasear lentamente a lo largo de los prados llenos de macizos floridos, entre los árboles corpulentos. ¡Era todo aquello tan ameno, estaban tan llenas de suavidad y frescura aquellas hierbas, aquellos follajes, los senderos umbrosos y solitarios desde donde se percibía el eterno rezongo del Gave!

Después manifestó deseos de volver a caminar por las calles, entre la muchedumbre, para encontrar de nuevo la actividad, el ruido, la vida, de la que todo su ser sentía ansias desbordantes.

Iban por la calle de San José, por la que llegaron al Panorama, en el que se podía ver la antigua gruta, con Bernadette arrodillada, el día del milagro del cirio. Pedro tuvo la idea de entrar, y María se alegró como una chiquilla. El mismo señor de Guersaint dio muestras de la alegría más ingenua, especialmente desde que observó que entre la cantidad de peregrinos que penetraba al mismo tiempo que ellos en el interior del oscuro pasillo había varios que acababan de reconocer en su hija a la joven del milagro de la víspera, cuyo nombre volaba de boca en boca y era ya glorioso.

Cuando llegaron arriba, a una especie de tablado circular, y salieron a la luz difusa tamizada por un velo, se dejó oír como una ovación en torno a María; eran cuchicheos afectuosos, miradas de beatitud, arrobamiento de éxtasis por verla, seguirla, palparla. Todo aquello era la gloria, y a dondequiera que María fuese, sería objeto del mismo amor. Fue preciso, para que la olvidasen un poco, que el empleado encargado de las explicaciones se pusiese a la cabeza del grupo de visitantes y empezase a dar la vuelta, relatando el episodio representado en la enorme pintura circular, de ciento veintiséis metros de largo. Se trataba de la decimoséptima aparición de la Santa Virgen a Bernadette el día en que, arrodillada delante de la gruta, dejó por descuido, durante la visión, su mano sobre la llama de un cirio, sin que sufriera quemadura alguna.

Se había reconstruido todo el antiguo paisaje de la gruta primitiva, y la escena se desarrollaba con los personajes históricos: el médico en trance de comprobar el milagro reloj en mano, el alcalde, el comisario de policía y el procurador imperial, cuyos nombres y apellidos daba el empleado, en medio del público embelesado que le seguía.

Entonces, y por virtud de una inconsciente asociación de ideas, se acordó Pedro de la frase que pocos momentos antes le había dicho el cochero: «Lourdes ha prendido bien; la cuestión estriba en saber hasta cuándo seguirán las cosas como hasta ahora». Ahí estaba, en efecto, el problema. ¡Cuántos santuarios venerados habían surgido ya, a la voz de niñas inocentes —porque las elegidas eran siempre niñas— a las que se había aparecido la Virgen! Era siempre la misma historia: una aparición, una pastorcita que sufría persecuciones, que era tratada de embustera, y a continuación el ímpetu sordo de la humanidad doliente, hambrienta de ilusión; después de la propaganda, el triunfo del santuario que resplandecía como un faro, y, más tarde, la decadencia, el olvido, en cuanto surgía otro santuario por obra del sueño extático de otra visionaria. Parecía que el poder de la ilusión decrecía, haciéndose, en consecuencia, necesario variarlo de emplazamiento, al correr de los siglos; cambiar de escenario, renovar el argumento de la fábula, porque sólo de esa manera podía adquirir nuevo vigor.

La Salette había destronado a otras antiguas vírgenes milagrosas de piedra y de madera; Lourdes acababa de destronar a La Salette, y ella, a su vez, sería destronada por una Nuestra Señora que se aparecería el día menos pensado, con su rostro dulcísimo, a una niña inocente que estaba por nacer aún. Pero si Lourdes había tenido una fortuna tan rápida y prodigiosa, se lo debía todo, sin duda alguna, al puro encanto de Bernadette. No había aquí ninguna superchería ni mentira; era la sola floración del dolor de una muchachita frágil y enfermiza que traía a todos los que sufren su ensueño de justicia y la igualdad en el milagro. Ella no era sino la esperanza eterna, el consuelo eterno. Por lo demás, todas las circunstancias históricas y sociales parecían haberse dado cita en este caso para provocar la necesidad de aquel despertar místico en las postrimerías de un terrible siglo de investigación positivista; por eso, precisamente, la gloria de Lourdes brillaría aún mucho tiempo; pero también declinaría, se convertiría en una de esas religiones muertas, en una leyenda que ha perdido el prestigio de su fuerte aroma primitivo.

¡Con qué facilidad reconstruía ahora Pedro, conforme iba dando vuelta al amplio Panorama, el viejo Lourdes, aquella ciudad tranquila y devota, única cuna posible en que podía nacer la leyenda! Aquella tela lo decía todo,

constituía la mejor lección de cosas que no se podía imaginar. El empleado daba explicaciones monótonas que nadie entendía; pero el paisaje hablaba por sí mismo.

Empezaba el cuadro por la gruta, cueva situada a orillas del Gave, lugar propicio a la exaltación de la fantasía, con sus pendientes boscosas y sus riscos resquebrajados, sin caminos de ninguna clase. No había nada aún; ni el malecón monumental, ni los jardines de estilo inglés que serpentean entre arbustos recortados simétricamente con tijeras, ni una gruta bien arreglada, cerrada con una verja, ni mucho menos tienda alguna de artículos religiosos, pecado de simonía que escandalizaba a todas las almas piadosas. No había podido elegir la Virgen un rincón más encantador en aquel desierto para aparecerse a la elegida de su corazón, a la jovencita pobre que paseaba por aquellos parajes el sueño de sus noches de angustia, mientras juntaba ramas secas.

Venía luego al otro lado del Gave, detrás de la roca del Castillo, el viejo Lourdes, tranquilo y aletargado. Eran otros tiempos aquéllos: Lourdes no pasaba de ser un pueblo pequeño, de calles estrechas, pavimentadas con guijarros, y casuchas negras con contramarcos de mármol, con una iglesia antigua de estilo semiespañol, llena de viejas esculturas, poblada de diademas de oro y de carnes pintadas. Las diligencias de Bagnères y de Cauterets, que cruzaban el Lapaca por un vado, llegaban dos veces al día, ascendiendo luego por la empinada cuesta de la calle Baja. Aún no había soplado el espíritu del siglo sobre aquellos apacibles tejados, bajo los cuales se cobijaba una población atrasada, que vivía en pleno estado de infantilismo, aglutinada por los estrechos lazos de una rígida disciplina religiosa. No se conocía la disolución; un comercio secular y poco activo bastaba para hacer frente a las necesidades de la vida cotidiana, una vida pobre cuya rudeza constituía la mejor defensa de las buenas costumbres. Pedro comprendió entonces mejor que nunca por qué Bernadette, nacida en aquella tierra de fe y de honradez, había florecido allí como una rosa salvaje abierta entre los zarzales de los caminos.

—Es una cosa curiosa, después de todo —declaró el señor de Guersaint tan pronto como estuvieron en la calle—. No me disgusta haberlo visto.

También María se reía cordialmente.

—Parece que una misma está ahí, ¿no es cierto, papá? Hay momentos en que las personas parece que van a moverse. ¡Es un encanto Bernadette arrodillada, extática, insensible a la llama del cirio que le lame los dedos sin quemárselos!

—Vamos —continuó diciendo el arquitecto—; no disponemos más que de una hora, y ya es tiempo de que pensemos en hacer nuestras compras, si es que hemos de llevar algo. ¿Quieren que recorramos los comercios? Hemos prometido al señor Majestad que le daríamos la preferencia; pero esto no impide que nos informemos un poco en otras partes. ¿Qué dice usted, Pedro?

—Me parece muy bien; como gusten ustedes —contestó el sacerdote—. Además, así pasaremos algo más.

Y siguió a la joven y a su padre, que volvieron hacia la meseta de la Merlasse. Desde que había salido del Panorama experimentaba Pedro una curiosa sensación de desorientación. Era como si lo hubiesen transportado de golpe a otra población, a muchos kilómetros de distancia. Salía de la soledad, de la paz aletargada del viejo Lourdes, y caía bruscamente en el Lourdes nuevo, deslumbrante de luz, lleno de muchedumbres ruidosas.

Acababan de dar las diez. Las aceras estaban extraordinariamente animadas; un verdadero hormiguero de gente se daba prisa en acabar de realizar sus compras antes del almuerzo, para no pensar ya más que en la marcha. Los miles de romeros que formaban parte de la peregrinación nacional se desparramaban por las calles, asaltaban las tiendas en un atropellamiento postrero. Aquello daba la impresión de un final de feria por los gritos, codazos y carreras bruscas, en medio del rodar constante de los carruajes. Eran muchos los que se proveían de provisiones de boca para el camino, desvalijando los tenderetes al aire libre en los que se vendían pan, salchichones y jamón. Compraban frutas, compraban vino, y los cestos se llenaban de botellas, de papeles grasientos, hasta no haber más.

Un vendedor ambulante que vendía quesos se quedó con el carrito limpio en un periquete. Pero lo que más compraba la multitud eran objetos religiosos; otros vendedores ambulantes que llevaban los carritos cargados de estatuitas y grabados piadosos realizaban negocios magníficos. Se formaban colas a la puerta de las tiendas; las mujeres llevaban a la cintura enormes rosarios, y a cuestas estatuas de la Virgen, e iban cargadas de latas para llenarlas en la fuente milagrosa. Los recipientes eran de uno a diez litros de capacidad; los había lisos y los había pintarrajeados con una imagen de Nuestra Señora de Lourdes en azul, y sumaban una nota de color al tropel de gente con su brillo de hojalatería nueva y su tintineo de cacerolas; unos las llevaban en la mano, otros colgadas al hombro. La fiebre del negocio, el placer de gastar el dinero, de volver a sus casas cargados de fotografías y de medallas, iluminaba los rostros con aire de día de fiesta, transformaba aquella



muchedumbre en una multitud de verbena, rebosante de alegría y ansiosa de satisfacer sus caprichos.

Al pasar por la meseta de la Merlasse, el señor de Guersaint sintió por un instante la tentación de entrar en una de las tiendas más hermosas y mejor surtidas, que ostentaba un letrero en el que se leía en letras de relieve estas palabras: «Soubirous, hermano de Bernadette».

—¿Qué tal si hiciéramos aquí nuestras compras? Tendrían más sabor local y nuestros recuerdos sumarían un interés más.

Sin embargo, siguió adelante, volviendo a decir que convenía verlo todo antes de comprar.

Pedro miró la tienda con el corazón angustiado. Le daba pena que el hermano se ocupase en vender a la Santa Virgen que se había aparecido a su hermana. Pero había que vivir, y le pareció haber oído que la familia de la vidente, establecida con su negocio al lado de la basílica victoriosa en su esplendor de oro, no prosperaba, porque la competencia era terrible. Si bien los peregrinos dejaban millones en Lourdes, los vendedores de artículos religiosos eran más de doscientos, sin contar los hoteleros y las casas de huéspedes, que se llevaban la tajada mayor; todo lo cual hacía que las ganancias, tan ásperamente disputadas, resultasen, en fin de cuentas, mediocres.

A todo lo largo de la meseta, a derecha e izquierda de la del hermano de Bernadette, se abrían otras tiendas; era una hilera ininterrumpida de ellas, apretujadas unas contra otras, que ocupaban las casillas de madera de una especie de galería construida por el municipio, lo que le producía unos sesenta mil francos. Eran verdaderos bazares, estanterías abiertas que se instalaban en la acera para atrapar al público forastero. En un frente de trescientos metros no había otra clase de negocios, verdadero río de rosarios, de medallas, de estatuillas, que corría indefinidamente a través de las vidrieras. Los carteles ostentaban en letras enormes nombres venerados: San Roque, San José, Jerusalén, la Virgen Inmaculada, el Sagrado Corazón de María, todo lo que había de mejor en el paraíso para conmover y atraer la clientela.

—Escuchen —manifestó el señor de Guersaint—. Me parece que todo es igual en todas partes. Entremos en cualquier negocio.

Ya tenía bastante; estaba cansado de ver aquella hilera de estanterías que no terminaba nunca, y tenía las piernas rotas de tanto andar.

—Ya que has prometido comprar en el hotel —le dijo María, que no se cansaba de verlo todo—, lo mejor es que volvamos allá.

—Eso es, volvamos a la casa del señor Majestad.

Pero las tiendas empezaban de nuevo en la avenida de la Gruta, establecidas a uno y otro lado de la misma, una después de otra, en pintoresca mezcolanza, sin interrupción. Las había de joyeros, de vendedores de novedades y de paraguas, que también comerciaban en artículos religiosos; hasta había un confitero que vendía pastillas hechas con agua de Lourdes en cajas cuya tapa ostentaba la imagen de la Virgen. Las vitrinas de un fotógrafo rebosaban de vistas de la gruta y de la basílica, de retratos de obispos, de reverendos padres de todas las órdenes, entre postales de los lugares más célebres de las montañas cercanas. En una librería se exhibían las últimas publicaciones católicas, volúmenes que lucían títulos devotos, entre las innumerables obras que habían aparecido acerca de Lourdes en los últimos veinte años, algunas con éxito prodigioso que duraba todavía.

Por aquella gran vía populosa se movía la muchedumbre a sus anchas, como río que corre por dilatado cauce; reinaba una alegría de vida intensa al calor del sol que enfilaba la calzada de punta a punta. Parecía que las estatuillas, las medallas y los rosarios no iban a terminar nunca; detrás de una estantería venía otra, en cadena de kilómetros, devanando la madeja de las calles de toda la ciudad, que parecía ser un solo bazar que vendía los mismos artículos.

Una última vacilación todavía tuvo el señor de Guersaint al encontrarse delante del hotel de las Apariciones.

—¿De modo que es cosa resuelta? ¿Haremos aquí nuestras compras?

—Naturalmente —contestó María—. ¡Fíjate qué tienda más linda!

Entró ella primero en la tienda, que era, efectivamente, una de las más amplias de la calle y ocupaba la planta baja del hotel, al lado izquierdo. El señor de Guersaint y Pedro la siguieron.

Apolina, la sobrina del señor Majestad, que era la encargada de la venta, se hallaba de pie sobre un taburete sacando de una vidriera alta unas pilas para agua bendita a fin de enseñárselas a un joven y elegante camillero que lucía unas admirables polainas amarillas. Apolina se reía con arrullo de tortolilla, y estaba encantadora con su abundante cabellera negra y sus ojos magníficos, que animaban su rostro un poco cuadrado, de frente recta, anchas mejillas y labios gruesos y colorados. Pedro pudo ver perfectamente la mano del joven al borde de la falda, haciendo cosquillas en el nacimiento de una pantorrilla que parecía estarse ofreciendo gustosamente. Pero aquella visión sólo duró un segundo. La muchacha saltó prestamente al suelo, preguntando:

—¿Entonces no cree usted que este modelo de pila le gustaría a su señora tía?

—¡No, no! —contestó el camillero, al tiempo que se retiraba—. Busque otro modelo. No me marcho hasta mañana. Volveré.

Cuando Apolina supo que María era la joven del milagro de la que tanto hablaba desde la víspera la señora Majestad, se mostró en extremo solícita. La contemplaba con alegre sonrisa, no exenta de cierta sorpresa y discreta incredulidad, orgullosa de su cuerpo en presencia de una virginidad infantil y retrasada. Pero como era una vendedora hábil, se deshizo en palabras amables:

—Créame, señorita, que es para mí un motivo de inmensa satisfacción el poder venderle a usted alguna cosa. ¡Es tan hermoso el milagro que ha hecho con usted la Virgen! Toda la tienda está a su disposición. Tenemos un surtido inmenso.

María se sintió mortificada.

—Muchas gracias, es usted muy amable. Pero el caso es que no veníamos a comprar sino algunas cosillas.

—Con su permiso —intervino el señor de Guersaint—, vamos a elegir nosotros mismos.

—Están ustedes en su casa; hagan lo que les parezca. Elijan ustedes, y luego hablaremos.

Entraron en aquel momento otros clientes, y Apolina ya no les hizo caso; volvió a su papel de bella vendedora, llena de frases cariñosas y ademanes seductores, sobre todo cuando se trataba de hombres, a ninguno de los cuales dejaba salir sino después de exprimirles bien los bolsillos.

Al señor de Guersaint no le quedaban más que dos francos del luis de oro que Blanca, su hija mayor, le había deslizado en el bolsillo en el instante de la partida para sus gastos menudos. Por eso no se atrevía a aventurarse mucho en la elección de objetos. Pero Pedro les dio a entender que se sentiría ofendido si no le permitían que pagase él aquellos pequeños obsequios que habían de llevar de Lourdes para sus amigos de París. Convinieron entonces en que elegirían primero un regalo para Blanca, y que luego tomarían María y su padre el recuerdo que les agradase más.

—No hay por qué apresurarse —repetía muy contento el señor de Guersaint—. ¡Revisa bien todo! ¿Qué crees tú que le agradaría más a Blanca?

Los tres miraban, husmeaban, registraban. Pero su indecisión aumentaba a medida que pasaban de un objeto a otro. La amplia tienda, con sus mostradores, sus vitrinas, sus cajones, que la guarnecían de arriba abajo, era como un mar de olas innumerables, un desbordamiento de todos los artículos religiosos imaginables. Había rosarios, grandes fajos de rosarios colgados de

las paredes, montones de rosarios en los cajones, desde los modestos rosarios a un franco la docena hasta los rosarios de maderas fragantes, de ágata, de lapislázuli, con cadenas de oro y de plata; había algunos enormes, hechos para ceñirse con ellos con doble vuelta el cuello y la cintura, que exhibían sus cuentas, gruesas como nueces, trabajadas y espaciadas por calaveras.

Había allí medallas, una lluvia de medallas, cajas repletas de medallas de todos los tamaños, de todas las materias; las más humildes y las más preciosas, con diversas inscripciones, representando a la basílica, la gruta, la Inmaculada Concepción; grabadas, repujadas, esmaltadas, de un trabajo esmerado o fabricadas en serie; medallas para todos los bolsillos.

Había estatuas de la Santa Virgen en pequeño, en grande, de cinc, de madera, de marfil, pero sobre todo de yeso; unas blanquísimas, otras pintadas de vivos colores, reproduciendo hasta lo infinito la descripción hecha por Bernadette: un rostro amable y sonriente, un velo muy largo, un cinturón azul, unas rosas de oro a sus pies, pero con modificaciones ligeras para cada modelo, de manera de garantizar la propiedad del editor. Y luego otra oleada de artículos religiosos, las cien variedades de escapularios, los mil clisés de la estampería devota, los grabados finos, los de cromolitografías chillonas, perdidas entre un mar de estampitas iluminadas, doradas, barnizadas, adornadas con ramitos de flores, ornadas con encajes.

Había artículos de quincallería, sortijas, prendedores, broches, brazaletes cargados de estrellas y de cruces, decorados con figuras santas. Y, finalmente, los artículos de París, que dominaban y sumergían a todos los demás: portalápices, portamonedas, tabaqueras, pisapapeles, cortapapeles, petacas y otros muchos objetos innumerables en los que se repetían constantemente los motivos de la basílica, la gruta, la Santa Virgen, reproducidas de todas las maneras, por todos los procedimientos conocidos. En una vitrina de artículos a cincuenta céntimos se amontonaban confundidos los aros de servilleta, las hueveras y las pipas de madera, todos ellos grabados con la aparición de Nuestra Señora de Lourdes radiante.

El señor de Guersaint estaba ya harto de todos aquellos objetos, y, como hombre que se preciaba de ser artista, los encontraba fastidiosos.

—¡Pero esto es horrible, horrible! —repetía a cada nuevo artículo que se detenía a examinar.

Y se desahogó recordando a Pedro su tentativa ruinosa para renovar la imaginería religiosa. En esa empresa se habían ido los restos de su fortuna, y por eso se mostraba aún más severo delante de las lamentables cosas que tenía aquella tienda. ¿Dónde se habían visto nunca objetos de una fealdad tan tonta,

tan presuntuosa y tan complicada? La vulgaridad de la idea y la simpleza de su expresión corrían parejas con la falta de maestría de la factura. Aquello participaba del grabado de los figurines en las revistas de modas, de las cajas de bombones, de las muñecas de cera que giran en los escaparates de las peluquerías: arte de una monería falsa, lamentablemente infantil, sin sentido humano, sin expresión, radicalmente insincero. En cuanto el arquitecto empezó a tocar el tema, ya no se pudo contener y manifestó el profundo descontento que le habían producido todas las construcciones del nuevo Lourdes, el lamentable afeamiento de la gruta, la monstruosidad colosal de las rampas, las extravagantes proporciones de la iglesia del Rosario y de la basílica: aquélla muy pesada, parecida a un mercado de trigo; esta última de una delgadez de edificio anémico, sin estilo, bastardo.

—Lo digo con profunda pena —añadió para concluir—, pero la verdad es que hay que amar mucho a Dios para tener el coraje de venir a adorarlo en medio de todos estos horrores. Se han equivocado en todo, lo han echado todo a perder, como de intento, sin que ninguno de ellos haya experimentado el minuto de emoción, de verdadera ingenuidad, de fe sincera, que engendra las obras maestras. Todos ellos han sido gente astuta, copistas; ni uno solo ha puesto en su obra su carne y su alma. Pero ¿qué es lo que hicieron para inspirarse cuando no han sido capaces de hacer brotar nada grande en esta tierra de milagros?

Pedro no contestó. Aquellas reflexiones lo impresionaron profundamente, y por ellas llegó a comprender, por fin, la causa de la desazón que le dominaba desde su llegada a Lourdes. Aquella desazón nacía del desacuerdo entre el medio ambiente, completamente moderno, y la fe de los siglos pasados, que se pretendía resucitar. Evocaba las viejas catedrales donde palpitaba la fe de los pueblos y rememoraba con la imaginación los antiguos objetos del culto, la imaginería, la orfebrería, los santos de piedra y de madera, de una energía y una belleza de expresión admirables. Era que en aquellos tiempos lejanos los obreros tenían fe, trabajaban con su cuerpo y con su alma, con toda la ingenuidad de su emoción, como decía el señor de Guersaint. Hoy, por el contrario, los arquitectos construían iglesias con la misma tranquila pericia que casas de cinco pisos, y lo mismo sucedía con los rosarios, medallas, estatuillas y demás objetos religiosos, que se fabrican por docenas en los barrios populares de París por obreros que ni siquiera son creyentes.

De ahí esa cantidad de bagatelas, esa quincalla de pacotilla, de un gusto que hacía llorar y de una sensiblería que daba náuseas. Lourdes se veía

inundado, desfigurado, afeado por todo aquello, y las personas de gusto algo refinado que se lanzaban a recorrer sus calles experimentaban una sensación de molestia. Todo aquello contradecía brutalmente con el intento de resurrección religiosa, con las leyendas, las ceremonias y las procesiones de las edades muertas. Pedro comprendió entonces claramente que ahí estribaba la condenación histórica y social de Lourdes, porque cuando un pueblo no pone fe en las iglesias que construye, ni en los rosarios que fabrica, es que la fe ha muerto en él para siempre.

María seguía escudriñando las estanterías con impaciencia infantil, vacilando, sin encontrar objeto alguno que le pareciese digno del gran ensueño extático que iba a conservar en su recuerdo.

—Papá, ya se hace tarde, y es preciso que me lleves otra vez al hospital. Y para que acabemos de una vez, mira, le llevaré a Blanca esta medalla con su cadenita de plata. Después de tanto rebuscar, esto es lo que me parece más bonito y sencillo. La pondrá al cuello y le servirá de adorno. En cuanto a mí, me quedo con esta estatuilla de Nuestra Señora de Lourdes, el modelo pequeño, que está bastante bien pintado. La pondré en mi habitación y la adornaré con flores naturales. ¿Verdad que estará muy bien?

El señor de Guersaint aprobó, y luego, volviendo a lo suyo, dijo:

—Resulta que, después de tanto elegir, no sé con cuál quedarme.

Estaba examinando unas lapiceras de marfil terminadas en bolitas que parecían guisantes, con unas fotografías microscópicas que se veían dentro. Aplicó el ojo al agujerito de una de ellas y lanzó un grito de admiración.

—¡Pero si es el desfiladero de Gavarnie! Esto es prodigioso; no falta detalle. Pero ¿cómo puede haber aquí aquel coloso? Así, pues, yo elijo este portaplumas. ¡Qué coincidencia! Esto me recordará mi excursión.

Pedro optó sencillamente por un retrato de Bernadette, una gran fotografía en que está de rodillas, con vestido negro y una mantilla en la cabeza, la única que, según se dice, está tomada del natural. Se apresuró a pagar, y salían los tres ya de la tienda cuando entró la señora Majestad, exclamando que quería de cualquier modo hacer un regalito a María, porque estaba segura de que aquello traería suerte a la casa.

—¡Hágame usted el favor, señorita, escoja usted un escapulario; aquí están! La Santa Virgen, que la ha elegido a usted, me lo devolverá con creces.

Hablaba en alta voz y con tales aspavientos que los compradores, que llenaban en aquel instante la tienda, empezaron a interesarse y a fijar sus ojos ávidos en la joven. Era la popularidad que comenzaba de nuevo a su alrededor y que acabó por extenderse a la calle cuando la hotelera salió al umbral de la

tienda, llamando la atención de los comerciantes de enfrente con ademanes y alborotando a toda la vecindad.

—Vamos —repetía María, cada vez más molesta.

Pero su padre la obligó a quedarse todavía unos momentos más, porque vio que entraba un sacerdote.

—¡Señor abate Des Hermoises!

Era, en efecto, el bello abate, vestido con elegante sotana de tela fina, bien perfumado, bien afeitado, cariñoso y alegre. No había visto a su compañero del día anterior y se acercó vivamente a Apolina, llevándola a un lado. Pedro oyó que le decía a media voz:

—¿Por qué no ha ido usted esta mañana a llevarme mis tres docenas de rosarios?

Apolina se echó a reír con su arrullo de tórtola, dirigiéndole una mirada maliciosa, pero sin decir palabra.

—Son para mis pequeños penitentes de Tolosa y quería ponerlos en el fondo de la maleta. Recuerde, además, que usted me ofreció ayudarme a guardar la ropa.

Apolina no dejaba de reírse, y le excitaba aún más mirándole de soslayo.

—Bueno, he resuelto postergar mi partida hasta mañana. Tráigame esos rosarios al anochecer. Ya sabe dónde es: al final de la calle, en casa de la Duchene, el cuarto amueblado de la planta baja. Sea buena, y llévemelos usted misma en persona.

Ella le contestó chanceando, musitando más bien que hablando con sus labios rojos en punta, lo que hizo que el abate no pudiera saber si cumpliría o no su promesa:

—Está bien, señor abate; iré.

Fueron interrumpidos por el señor de Guersaint, que se adelantó para darle un apretón de manos. Se pusieron enseguida a hablar de Gavarnie: había sido una excursión deliciosa y no olvidaría jamás las horas agradables que habían pasado. Luego gastaron algunas bromas a costa de sus dos compañeros de excursión, gente eclesiástica de escasos recursos, cuyas ingenuidades les habían divertido enormemente a los dos. El arquitecto concluyó por recordar a su flamante amigo la promesa que le había hecho de interesar a un magnate de Tolosa, diez veces millonario, en los estudios que estaba haciendo sobre la dirección de los globos.

—Bastaría con un anticipo de cien mil francos —le dijo.

—Cuenta usted conmigo —declaró el abate Des Hermoises—. No habrá rogado usted en vano a la Virgen.

Pedro, que había estado contemplando el retrato de Bernadette que tenía en la mano, quedó sorprendido del extraordinario parecido que tenía la vidente con Apolina. Era el mismo rostro un poco macizo, idéntica boca regordeta, iguales magníficos ojos. Recordó entonces que la señora Majestad le había llamado la atención ya sobre esta singular semejanza, tanto más notable cuanto que Apolina había tenido también una infancia pobre, como Bernadette, antes de que su tía la trajese de Bartrès para que la ayudase en el negocio.

—¿Eh? ¿Qué les había dicho yo a ustedes? —exclamó la señora Majestad al darse cuenta de que Pedro comparaba a su sobrina con el retrato—. Apolina es Bernadette en persona.

La muchacha se acercó sonriendo amablemente, halagada desde luego por la comparación.

—¡A ver, a ver! —exclamó el abate Des Hermoises con vivo interés.

Tomó a su vez en las manos la fotografía, la comparó con Apolina, y se mostró asombrado.

—¡Prodigioso! Las mismas facciones... No me había fijado hasta ahora; estoy encantado del descubrimiento.

—Sin embargo —dijo al fin Apolina—, a mí me parece que tenía la nariz más gruesa.

El abate no pudo contener un grito de irresistible admiración.

—Usted es, desde luego, mucho más linda. Eso está patente. Pero eso no quita lo otro. Cualquiera las tomaría por hermanas.

Pedro no pudo menos que echarse a reír, encontrando muy gracioso aquel juicio. ¡Muerta y bien muerta estaba la pobre Bernadette, y no tenía ninguna hermana! Ella ya no podría ser lo que fue aunque volviese a nacer, porque no encontraría lugar en aquel mundo de gentes atropelladas y ávidas que había hecho nacer.

Por fin, María salió colgada del brazo de su padre, conviniendo con Pedro en que irían los dos a buscarla al hospital para dirigirse juntos a la estación. En la calle la esperaban unas cincuenta personas como en éxtasis, que la saludaron y se fueron tras ella, en tanto que una mujer hizo que su hijo enfermo, con el que volvía de la gruta, tocase sus ropas.



### III

**E**l tren blanco, que debía salir de Lourdes a las tres y cuarenta, se hallaba listo desde las dos y media en la estación junto al segundo andén. Había estado esperando tres días en una vía auxiliar, completo, tal cual había venido de París; desde que fue llevado junto al andén, izaron banderines blancos en los vagones de cabeza y de cola para llamar la atención a los peregrinos, cuyo embarque era ordinariamente muy lento y laborioso. No debe olvidarse que aquel mismo día tenían que salir los catorce trenes que componían la peregrinación nacional. El tren verde había salido a las diez de la mañana; luego había salido el tren rosa, y después el tren amarillo, y al tren blanco seguirían los demás: el anaranjado, el gris, el azul. Para el personal de la estación era aquél un día terrible; los empleados andaban como locos entre el tumulto y atropellamiento de cosas y personas.

En la partida del tren blanco se concentraba siempre el interés más vivo, la emoción mayor del día, porque en él iban los enfermos graves, entre los cuales se hallaban, como es natural, los preferidos de la Santa Virgen, los elegidos para el milagro. Por eso se encontraba bajo la marquesina una gran muchedumbre, obstruyendo el vasto andén cubierto, que tenía unos cien metros de largo. Todos los bancos estaban ocupados por peregrinos con paquetes que esperaban el tren. Las mesitas del restaurante instaladas en uno de los extremos habían sido tomadas por asalto. Los hombres bebían cerveza y las mujeres se hacían servir limonada o gaseosa. A lo largo del ancho andén había un constante ir y venir de pobres gentes azoradas; sacerdotes que corrían, que se exhibían; caballeros de levita, tranquilos y curiosos; tropel, tumulto, un público abigarrado como no se había visto jamás en ninguna otra estación.

Al dar las tres, el barón Suire empezó a desesperarse, asaltado por toda clase de preocupaciones, porque no contaban con suficientes caballos, debido a que todos los carruajes habían sido alquilados por una caravana de turistas que acababa de llegar inesperadamente, para trasladarse a Barèges, Cauterets y Gavarnie. Se precipitó al encuentro de Berthaud y de Gerardo, que llegaban después de haber recorrido la ciudad y aseguraban que todo marchaba a pedir de boca; habían requisado los caballos que necesitaban, y el transporte de enfermos se llevaba a cabo en excelentes condiciones. Equipos de camilleros, con sus camillas y sus cochecitos, acechaban en el patio la llegada de carros

cerrados, jardineras y otros vehículos empleados para el traslado desde el hospital. Al pie de una columna de gas había un montón de colchones y almohadas. Al ver llegar a los primeros enfermos, perdió de nuevo la cabeza el barón Suire, mientras Berthaud y Gerardo procuraban a toda prisa ganar el andén. Lo vigilaban todo, daban órdenes en medio de la barahúnda creciente.

El padre Fourcade, que se paseaba a lo largo del andén del brazo del padre Massias, se detuvo viendo avanzar al doctor Bonamy.

—¡Querido doctor, qué contento estoy! El padre Massias, que parte en este tren, me estaba hablando ahora del favor extraordinario que la Santa Virgen ha otorgado a esa niña tan interesante, la señorita María de Guersaint. Años hacía que no se había producido un milagro tan sorprendente. Es una gran suerte para todos nosotros, una bendición llamada a fecundizar el fruto de nuestros esfuerzos. Ese milagro iluminará, reconfortará y enriquecerá toda la cristiandad.

Estaba que no cabía en el pellejo de satisfacción, y, al verlo, su rostro rasurado, de rasgos acusados y apacibles, de mirada habitualmente cansada, se encendió también de alegría.

¡Ha sido un caso realmente prodigioso, reverendo padre, prodigioso! Escribiré sobre este asunto un opúsculo; jamás se ha producido una curación por las vías sobrenaturales de una manera más auténtica. ¡La resonancia que esto va a tener!

Echaron a andar los tres, y entonces el doctor Bonamy observó que el padre Fourcade arrastraba la pierna más que de ordinario, apoyándose fuertemente en el brazo de su compañero.

—¿Es que se ha agravado su ataque de gota, reverendo padre? Parece que le hace sufrir mucho.

—No me hable usted de eso; no he podido pegar ojo en toda la noche. En verdad, es fastidioso que la crisis haya coincidido precisamente con el día de mi llegada aquí. Bien podía haber esperado un poco. Pero volvamos la hoja, que la cosa no tiene remedio. Estoy muy satisfecho de los resultados que hemos obtenido este año.

—¡Tampoco es para menos! —dijo el padre Massias con voz estremecida por el fervor—. Podemos ir de aquí orgullosos y con el corazón desbordante de entusiasmo y gratitud. ¡Aparte del de esa joven, cuántos prodigios! No es posible hacer la cuenta de los milagros producidos: sordas y mudas que han dejado de serlo, caras roídas por llagas que han quedado lisas como la mano, tísicas moribundas que se han puesto a comer, a bailar, que han resucitado.

No es ya un tren de enfermos, sino un tren de resurrección, un tren de gloria, el que ahora llevo conmigo.

Ya no veía a los enfermos que había a su alrededor y se marchaba en la plenitud del triunfo divino, enceguecido por su fe. Los tres continuaron su lento paseo, a lo largo de los vagones, cuyos compartimientos empezaban a llenarse, sonriendo a los peregrinos que les saludaban y deteniéndose de vez en cuando para dirigir una palabra de consuelo a alguna de las pobres mujeres que pasaban, pálidas y temblorosas, en alguna camilla. Les decían que presentaban mejor aspecto y que seguramente se levantarían.

El jefe de la estación, atacadísimo, pasó gritando con voz aguda:

—¡Despejen el andén! ¡Despejen el andén!

Y como Berthaud le objetase que era, sin embargo, imposible subir a los enfermos al vagón sin poner antes las camillas en el suelo, el jefe se incomodó.

—¿Y qué le vamos a hacer? Mire usted allí, ese cochecito que ha quedado atravesado en medio de la vía. Dentro de unos minutos pasará el tren de Tolosa. ¿Quieren ustedes entonces que se aplaste a la gente?

Y salió corriendo a fin de disponer adecuadamente al personal movilizado para realizar la tarea de apartar de las vías el rebaño asustadizo de los peregrinos, que se movían de un lado para otro, al azar. Había entre ellos mucha gente anciana y sencilla que ni siquiera sabía distinguir el color de su tren, y por eso llevaban todos colgadas al cuello una tarjeta del color igual al del tren que les correspondía, a fin de que los dirigiesen y los embarcasen, como ganado al que se distribuye en diversos compartimientos de acuerdo con las marcas. Pero aquellos catorce trenes especiales a que había de dar salida, sin afectar la circulación normal de los convoyes ordinarios, eran como para sacar de quicio los nervios más templados.

Pedro llegó con su maleta en la mano y le costó no poco trabajo abrirse paso hasta el andén. Iba solo, porque María había manifestado deseos ardientes de arrodillarse una vez más ante la gruta, delante de la Virgen, para que su alma testimoniase hasta los últimos instantes el reconocimiento que la abrasaba; por ello había dejado que el señor de Guersaint la acompañase mientras él arreglaba la cuenta del hotel. Por lo demás, les había hecho prometer que tomarían un coche para ir a la estación, y seguramente que no tardarían un cuarto de hora en llegar. Mientras transcurría la espera, se dedicó a buscar el vagón que les correspondía y a acomodar en él su equipaje. Pero no era empresa tan fácil, y si al fin pudo dar con él, fue gracias al cartelón que colgaba del mismo desde hacía tres días, expuesto al sol y a la lluvia; el

cartelón era una hoja cuadrada de cartón fuerte, en el que estaban escritos los nombres de la señora de Jonquière, de sor Jacinta y de sor Clara de los Ángeles.

Aquél era, fuera de toda duda. Volvió a ver mentalmente los compartimientos ocupados por sus compañeros de ruta; había ya unos almohadones que indicaban el sitio reservado al señor Sabbathier, y hasta volvía a encontrar sobre el asiento en que María había sufrido tanto la hendidura dejada en la madera por los herrajes del cochecito. Luego que colocó la valija en su sitio, bajó al andén, para hacer tiempo, y púsose a mirar a todas partes, algo sorprendido de no ver al doctor Chassaigne, que le había prometido ir a la estación a darle el abrazo de despedida.

Ahora que María podía andar, Pedro se había quitado las correas de camillero y sólo llevaba sobre su sotana la cruz roja de los peregrinos. Aquella estación, entrevista únicamente a la luz lívida del alba bajo la angustia de la terrible mañana de la llegada, le sorprendía con sus amplios andenes, sus espaciosas dependencias y su alegre luminosidad. No se divisaban las montañas; pero al otro lado, enfrente de las salas de espera, se distinguían unos collados verdegueantes de un encanto delicioso. Aquella tarde hacía una temperatura infinitamente agradable; unas nubecillas como vello velaban el sol, y el firmamento, que tenía una blancura láctea, esparcía una luminosidad difusa que parecía polvo nacarino de perlas.

Acababan de dar las tres. Pedro se había quedado contemplando el gran reloj, cuando llegaron la señora de Désagneaux y la señora de Volmar, seguidas de la señora de Jonquière y de su hija, las cuales habían venido en un landó desde el hospital. Las recién llegadas se pusieron inmediatamente a buscar su vagón. Raimunda fue la primera en descubrir el compartimiento de primera clase en que había viajado.

—¡Por aquí, mamá; éste es! Quédate un rato con nosotras; ya tendrás tiempo de ir a juntarte con tus enfermas, que no han llegado todavía.

Pedro se halló frente a frente de la señora de Volmar. Sus miradas se cruzaron. El apenas la reconoció, y ella ni siquiera pestañeó al verlo. Se había convertido otra vez en la mujer vestida de negro, lenta, indolente, de una modestia que la hacía pasar inadvertida, feliz con no llamar la atención. El brasero de sus ojazos se había apagado, si bien a ratos se reavivaba con una chispa prófuga, bajo su velo de indiferencia, sombra tupida que parecía extinguirlos.

—¡Una jaqueca atroz! —le decía a la señora de Désagneaux—. Todavía no puedo con mi cabeza. Es el viaje el que me la produce. Todos los años me

pasa lo mismo.

Más vivaracha, más sonrosada y con los cabellos más enmarañados, su compañera se agitaba nerviosamente.

—Pues a mí me pasa lo mismo, amiga mía. Desde esta mañana estoy con una neuralgia que parece que me parte la cabeza. Ahora que...

Y añadió en voz baja, inclinándose al oído de su compañera:

—Ahora que esta vez creo que va en serio. Me refiero a ese hijo que tanto deseo y que se empeña en no venir. ¡Se lo he pedido a la Santa Virgen, y al despertar me he sentido enferma, muy enferma! ¡En dos palabras: todos los síntomas! ¡Imagínese usted la cara que pondrá mi marido, que me espera en Trouville! ¡Lo contento que se va a poner!

La señora de Volmar la escuchaba muy seria, y le dijo con expresión serena:

—¡Qué curioso! Yo conozco, en cambio, a una persona que no quería tener más hijos. Vino a Lourdes y no ha vuelto a tenerlos.

Cuando Gerardo y Berthaud vieron a aquellas señoras, se acercaron apresuradamente. Ambos se habían presentado aquella mañana en el hospital de Nuestra Señora de los Dolores. La señora de Jonquière les recibió en un pequeño despacho contiguo al depósito de ropas de cama. Con gran corrección, excusándose con afectuosa llaneza por aquella gestión un poco atropellada, Berthaud procedió a pedir la mano de la señorita Raimunda para su primo Gerardo. Toda reserva desapareció inmediatamente entre ellos, y la madre tuvo un acceso de enternecimiento, afirmando que Lourdes daría suerte a la joven pareja. De manera que la boda fue convenida en pocas palabras y con gran satisfacción de todos. Hasta quedaron citados para el 15 de septiembre en el castillo de Berneville, cerca de Caen, propiedad del tío diplomático, que Berthaud conocía, prometiendo a Gerardo que le llevaría a verlo. Llamaron luego a Raimunda, que se puso roja de contenta y colocó sus dos manecitas en las de su prometido.

Éste se mostraba muy solícito, y preguntó a la joven:

—¿Quiere usted almohadas para pasar la noche? Dígamelo sin ambages; puedo facilitárselas, y también a las señoras que la acompañan.

Raimunda rehusó alegremente:

—De ninguna manera; muchas gracias. No somos tan delicadas. Hay que guardar las almohadas para los pobres enfermos.

Aquellas señoras hablaban todas a la vez. La señora de Jonquière aseguraba que estaba tan rendida, tan molida, que no podía consigo misma; pero, a pesar de todo, demostraba estar muy alegre, y sus ojos cubrían

amorosamente a su hija y al joven mientras hablaba. Pero Berthaud no podía permanecer allí, porque las necesidades del servicio reclamaban su presencia, y la de Gerardo en otra parte. Los dos se despidieron después de serles recordada otra vez la cita. El 15 de septiembre, en el castillo de Berneville, ¿no es así? Sí, sí, convenido. Nuevas risas y apretones de mano, en tanto que los ojos acariciadores y embelesados acababan de decir las frases que no era posible expresar en alta voz entre aquel gentío.

—¡Cómo es eso! —exclamó la menuda señora de Désagneaux—. ¿Van ustedes a Berneville el quince? Pues si nosotros nos quedamos en Trouville hasta el veinte, como quiere mi marido, iremos a verlos.

Y volviéndose hacia la señora de Volmar, que permanecía silenciosa:

—Venga usted también —añadió—. Será muy divertido el volvernos a encontrar todos.

Pero aquella mujer joven hizo un ademán lento y, con el acento de fatiga y laxitud habitual en ella, dijo:

—Para mí se acabó ya el placer. Vuelvo a mi reclusión.

Otra vez se cruzó su mirada con la de Pedro, que no se había apartado de allí. Al joven sacerdote le pareció que se había turbado un momento y que pasaba por su semblante muerto una expresión de indecible sufrimiento.

En ese momento aparecieron las hermanas de la Asunción, y aquellas señoras fueron a reunirse con ellas delante del furgón que servía de cantina. El primero que subió fue Ferrand, que había venido en coche con las religiosas, y que dio la mano a sor San Francisco para ayudarle a subir al estribo, que era muy alto. Después se quedó en la puerta del furgón, transformado en cocina, donde estaban las provisiones para el viaje: pan, caldo, leche, chocolate. Sor Jacinta y sor Clara de los Ángeles, que se habían quedado en el andén, le alcanzaron el pequeño botiquín y otros paquetes y objetos de poco bulto.

—¿Está bien todo? —le preguntó sor Jacinta—. Pues bien, ya que no sabe más que quejarse de que no utilizamos sus servicios, lo mejor que puede hacer es meterse en su rincón y procurar dormir.

Ferrand sonrió.

—Voy a ayudar a sor San Francisco, hermana. Encenderé el hornillo de petróleo, lavaré las tazas, llevaré las raciones correspondientes en las paradas del tren de acuerdo con ese cuadro en que están marcadas. Y si tienen ustedes necesidad de un médico, no dejen de llamarme.

También sor Jacinta se echó a reír.

—¿Qué necesidad tenemos de médico, si todas nuestras enfermas ya están curadas?

Y mirándole fijamente a los ojos, añadió con expresión serena y fraternal:

—Adiós, señor Ferrand.

Ferrand volvió a sonreír, mientras una emoción infinita humedecía sus ojos. El trémulo acento de su voz denunciaba el recuerdo inolvidable de aquel viaje, la alegría de haberla vuelto a ver, la esperanza eterna y la emoción divina que anclaba para siempre en su alma.

—Adiós, hermana.

La señora de Jonquière habló de ir a su vagón con sor Clara y sor Jacinta, pero ésta le aseguró que no había prisa alguna, porque los enfermos empezaban a llegar en aquel momento. Enseguida se marchó, llevándose consigo a la otra hermana y prometiendo vigilar todo el servicio; hasta se empeñó en quitarle su maleta, asegurándole que la volvería a encontrar en su lugar, dentro del vagón, de modo que las dos señoras continuaron su paseo por el espacioso andén, donde se estaba tan bien, conversando alegremente.

Mientras tanto, Pedro, que miraba a cada instante el gran reloj de la estación, empezó a sentir ansiedad al ver que no llegaba María con su padre. ¡Con tal de que el señor de Guersaint no se hubiera extraviado en el camino!

Mirando a un lado y a otro, sus ojos tropezaron con la silueta del señor Vignerón, que, furioso, obligaba a caminar a empujones a su mujer y al pequeño Gustavo.

—Por favor, señor abate, dígame dónde está nuestro vagón, y ayúdeme a subir mi equipaje y este niño. Estoy que no entiendo de la cabeza; me han sacado de mis casillas.

Al llegar frente al compartimiento de segunda clase, no aguantó más y, apoderándose de las manos del sacerdote en el momento en que éste iba a subir al enfermo, estalló:

—¡Es algo inconcebible! ¡Figúrese que se empeñan en que me vaya en este tren, porque si espero a mañana mi pasaje ya no será válido! Ha sido inútil que les contase el accidente que nos ha ocurrido. ¡Como si fuese muy divertido el quedarse con la difunta, velarla, colocarla en el féretro y hacer que la conduzcan mañana, dentro de los plazos de ley! ¿Qué cree usted que me han contestado? Que eso no les interesa, que las rebajas hechas en los billetes de los peregrinos son ya excesivas para que, además, les vayan con historias de muertos.

La señora de Vignerón le escuchaba temblorosa, mientras Gustavo, olvidado y rendido de fatiga sobre su muleta, levantaba hacia su padre su

pobre carita de agonizante curioso.

—En fin, les hice presente en todos los tonos que se trataba de un caso de fuerza mayor. ¿Qué pretenden que haga yo con el cadáver? No voy a echármelo a cuestras y a traerlo en el tren como equipaje. Estoy, pues, absolutamente obligado a quedarme. ¿Se da cuenta usted? ¡Si habrá personas imbéciles y malvadas!

—¿Le ha hablado usted al jefe de la estación? —le preguntó Pedro.

—¡A buen puerto me manda usted! Por ahí anda el hombre, entre el barullo. No me lo han podido encontrar. ¿Cómo quiere usted que se hagan las cosas como es debido entre semejante batahola? Sin embargo, voy a sacarlo de bajo la tierra para decirle cuatro frescas.

Y viendo que su mujer estaba quieta y silenciosa, le gritó:

—¿Qué haces tú ahí? ¡Súbete de una vez para que te alcance los equipajes y el niño!

Aquello fue como si la arrojaran a un abismo. La empujó y le tiró los paquetes, mientras el sacerdote alzaba en brazos al pequeño Gustavo. La pobre criatura, liviana como un pájaro, parecía haber enflaquecido aún más, y estaba tan dolorida de sus llagas que lanzó un débil grito.

—¿Te he hecho daño?

—No, señor abate; es que me han movido mucho y estoy muy cansado esta tarde.

Y se sonreía, con expresión inteligente y triste. Se instaló en su rincón y cerró los ojos, aniquilado totalmente por aquel viaje mortal.

—Comprenderá usted —prosiguió diciendo el señor Vigneron— que no me hace mucha gracia el tener que permanecer aquí mientras mi mujer y mi hijo se vuelven a París. Pero no me queda otra solución, porque es imposible seguir viviendo en el hotel como hasta ahora y, además, si esta gente sigue sin atender razones, me vería en la necesidad de tener que volver a sacar tres pasajes. Y como si esto no fuera ya bastante, ahí tiene usted a mi mujer con la cabeza que ni ella se entiende. Jamás podrá desenvolverse sin mí.

Todavía le quedó aliento para soplar al oído de la señora de Vigneron, en medio de tantos disgustos, una letanía de consejos minuciosos sobre lo que debía, hacer en el transcurso del viaje, cómo tendría que arreglárselas para entrar en el departamento de París, sobre los cuidados que tenía que prodigar a Gustavo si le daba un ataque. Dócil y un poco asustada, ella contestaba a cada recomendación:

—Sí, sí, querido. No me olvidaré. Así lo haré. Quédate tranquilo, querido. Pero de pronto el señor Vigneron se encolerizó de nuevo.



—Pero, veamos, ¿servirá o no servirá mi billete de vuelta? Yo necesito saberlo. Es necesario que me encuentren a ese jefe de estación.

Se lanzó otra vez por entre la muchedumbre, pero en aquel instante vio por el suelo la muleta de Gustavo. Fue aquel un desastre que le hizo alzar los ojos al cielo, como queriendo poner a Dios por testigo de que no había manera de salir de todas aquellas complicaciones. Tiró la muleta a su mujer y se alejó de allí, gritando fuera de sí:

—¡No te lo decía yo! Te olvidas de todo.

En aquel momento empezaban a llegar los enfermos; y al igual que a la llegada del tren, el transporte entre aquella aglomeración de gente se hacía interminable por los andenes y atravesando las vías. Una vez más volvían a desfilar las enfermedades más horrendas, todas las llagas imaginables, todas las deformidades, sin que se notase disminución ni en la gravedad ni en el número de enfermos, como si las escasas curaciones que habían tenido lugar constituyesen una débil, aunque inapreciable, claridad en medio de aquel duelo inmenso. Volvían tal cual habían venido. Brincaban sobre los raíles los cochecitos, cargados con ancianas inválidas, llevando a sus pies sus maletas. Las camillas, en las que yacían los cuerpos inmovilizados, de caras pálidas y ojos febriles, se balanceaban entre el vaivén de la multitud. Todos llevaban una prisa desenfrenada e insensata, y la confusión era indescriptible; preguntas, llamadas, carreras bruscas, arremolinamiento de rebaño que no encuentra la puerta del aprisco. Los camilleros terminaban por perder también la cabeza, no sabiendo que camino tomar, de tanto oír los gritos de los guardas, que no hacían sino asustar a la gente, desorientándola con la alarma que producían.

—¡Cuidado! ¡Eh, cuidado! ¡Oiga usted, dese prisa! ¡No, no; espere ahí! ¡El tren de Tolosa que viene!

Pedro, que había vuelto sobre sus pasos, vio que la señora de Jonquière y todas las demás seguían conversando alegremente. Oyó cerca de ellas la voz de Berthaud, al que el padre Fourcade había detenido para felicitarle por el buen orden que había imperado durante todo el curso de la peregrinación. El antiguo magistrado se inclinó muy halagado.

Hemos dado una lección a la República, ¿verdad reverendo Padre? En París se matan cuando se reúnen multitudes como ésta para festejar alguna fecha sangrienta de su execrable historia. ¡Que vengan aquí a aprender!

La idea de que todo aquello pudiera desagradar al gobierno, que le había obligado a presentar su dimisión, le llenaba de gozo. Nunca se sentía tan feliz en Lourdes como cuando, en medio de las grandes afluencias de fieles,

algunas mujeres corrían peligro inminente de ser aplastadas. Sin embargo, no parecía estar satisfecho del resultado de la propaganda política que iba a realizar en Lourdes todos los años, durante tres días. Se apoderaba de él la impaciencia; las cosas no marchaban con bastante rapidez. ¿Qué esperaba Nuestra Señora de Lourdes para restaurar la monarquía?

—Escúcheme, reverendo padre; a mi juicio, el único medio, el verdadero triunfo consistiría en traer aquí en masa a los obreros de las ciudades. No voy a pensar ni a preocuparme de otra cosa que de eso. ¡Qué magnífico si se llegase a organizar una democracia católica!

El padre Fourcade se había puesto serio. Sus ojos hermosos e inteligentes se volvieron soñadores, se perdieron en lontananza. ¡Cuántas veces se había propuesto él crear a fuerza de afanes aquel pueblo nuevo! Pero acaso fuese necesario para ello el nacimiento de un nuevo Mesías.

—Sí, eso es —murmuró—; una democracia católica. Con ello volvería a comenzar la historia de la humanidad.

El padre Massias le interrumpió para afirmar fervorosamente que todas las naciones de la tierra se plegarían a ese movimiento; pero el doctor Bonamy, que empezaba ya a observar un ligero enfriamiento en el fervor de los peregrinos, movía la cabeza, opinando que era preciso que los adictos de la gruta redoblasen su celo. El doctor consideraba que el éxito dependía especialmente de la publicidad que se diese a los milagros. Y se sonreía complacido y orgulloso en apariencia, señalando el desfile tumultuoso de enfermos que se realizaba en aquel instante.

—¡Mírenlos! ¿No vuelven acaso con mejor aspecto? Hay muchos, créanme ustedes, que, aunque no estén aparentemente curados, llevan ya el germen de su curación. ¡Qué buena gente! Ellos hacen por la gloria de Nuestra Señora de Lourdes más que todos nosotros juntos.

Pero algo le obligó a callar. Pasaba por delante de ellos la señora Dieulafay, dentro de su caja acolchada y tapizada de seda. La depositaron ante la portezuela de un coche de primera clase donde había ya una criada que estaba arreglando los equipajes. Todos los corazones se sentían oprimidos a la vista de aquella mujer digna de lástima, que no parecía haber salido de su postración durante los tres días que había pasado en Lourdes. Tal como la bajaron del coche el día de su llegada, rodeada de lujo, así la iban a subir ahora los camilleros, vestida de encajes, cubierta de joyas, con su fisonomía apagada e imbécil de momia que se estaba fundiendo; hasta se hubiera dicho que se había achicado aún más, que la llevaban más pequeña, más reducida, hasta aproximarse a la estatura de una niña, por efecto de aquella terrible

enfermedad que, después de haber destruido sus huesos, estaba acabando de derretir el harapo blancuzco de los músculos. Su marido y su hermana iban detrás, en compañía del abate Judaine, inconsolables, con los ojos rojos de llorar, abrumados por la pérdida de su última esperanza, como se va detrás de un cadáver camino del cementerio.

—¡No, todavía no! —dijo el sacerdote a los mozos que la llevaban, oponiéndose a que la subieran al coche. Tiempo queda para eso. Que conserve siquiera el recuerdo de la dulzura de este hermoso cielo hasta el último momento.

Y viendo que Pedro estaba allí cerca, se lo llevó algunos pasos más lejos y le dijo con voz quebrada por el dolor:

—¡Estoy desconsolado! Todavía esta mañana esperaba. La he hecho llevar a la gruta, he celebrado la misa según su intención y volví más tarde a rezar por ella hasta las once. Y nada, la Santa Virgen no se ha dignado escucharme. Yo, que fui curado por ella, aunque soy un viejo inútil, no he podido obtener la curación de esta mujer tan hermosa, tan joven y tan rica, cuya vida podría ser una continua fiesta. Indudablemente, la Santa Virgen sabe mejor que todos nosotros lo que debe hacer, y yo me inclino bendiciendo su nombre. Pero no puedo ocultarle que mi alma se halla embargada de profunda tristeza.

Pero no decía todo; no confesaba el pensamiento íntimo que lo trastornaba de ese modo en su sencillez de hombre bueno e infantil, que nunca había dado cabida en su alma a la pasión ni a la duda. Y era que aquellas pobres gentes que lloraban, el marido y la hermana, tenían demasiados millones; era que habían traído regalos excesivamente hermosos y habían dado demasiado dinero a la basílica. El milagro no se compra; las riquezas de este mundo hacen más bien desmerecer a los ojos de Dios. Si la Santa Virgen había permanecido sorda a sus ruegos, si les había mostrado su corazón frío y severo, lo había hecho, seguramente, porque prefería escuchar la voz débil de los miserables que acudían a ella con las manos vacías, sin más riqueza que su amor, colmándoles por eso con sus gracias, prodigándoles su ardiente ternura de Madre divina. Aquellos pobres ricos desoídos, aquella hermana y aquel marido se mostraban tan angustiados junto al lamentable cuerpo que conducían a su casa, se sentían como parias entre la muchedumbre de gentes humildes que volvían consoladas o curadas. Parecía que su lujo constituía para ellos una carga embarazosa; se apartaban, cohibidos y molestos, avergonzados al ver que Nuestra Señora de Lourdes se había dignado atender a los mendigos y permanecía, en cambio, desdeñosa, sin lanzar siquiera una

mirada de piedad hacia la dama bella y opulenta que agonizaba entre sus encajes.

Pensó Pedro repentinamente que quizá el señor de Guersaint y María habían llegado sin ser advertidos por él, y que tal vez se encontrasen ya en el vagón. Fue hasta allí y no vio otra cosa que su maleta en el asiento. Sor Jacinta y sor Clara de los Ángeles habían empezado ya a instalarse, en espera de sus enfermos; y como en aquel momento llegaba Gerardo conduciendo al señor Sabbathier en su cochecito, Pedro le dio una mano para ayudarle a subir a éste al coche, ardua tarea que les hizo sudar. El anciano profesor parecía abatido, pero tranquilo y resignado, y se acomodó enseguida en su rincón.

—Gracias, señores. En fin, ya estamos. ¡No es poca suerte! Ahora queda solamente la tarea de mi desembarco en París.

Después de envolverle las piernas con una manta, su esposa bajó del coche y quedó de pie cerca de la portezuela del mismo. Conversaba allí con Pedro, cuando se interrumpió para decirle:

—¡Mire! Ahí viene la señora de Maze a ocupar su sitio. El otro día me hizo algunas confidencias. Es muy desgraciada la Pobrecita.

La interpeló enseguida, con amabilidad, y se ofreció para cuidarle el equipaje. Pero la recién llegada clamaba, reía, se agitaba como loca.

—¡Pero si no me voy!

—¿Cómo es eso? ¿Que no se marcha usted?

—Tal como lo oye usted. No me voy. Es decir, sí, me marchó, pero no con ustedes, no con ustedes.

En su rostro había una alegría tan extraordinaria, parecía tan radiante, que costaba trabajo reconocerla. Su cara de rubia prematuramente agostada parecía haber rejuvenecido diez años, como si la hubiesen sacado de pronto de las tristezas de su abandono.

Lanzó un grito de alegría desbordante.

—¡Me marchó con él! Sí, ha venido a buscarme; me lleva en su compañía. Así, como suena. ¡Nos vamos juntos a Luchón, juntitos!

Y con la mirada extasiada les señaló a un joven robusto y moreno, de labios abiertos, de aspecto risueño, que estaba comprando unos periódicos.

—Ahí tienen ustedes a mi marido; ese buen mozo que se ríe con la vendedora de periódicos. Cayó esta mañana en mi alojamiento; me lleva con él. Dentro de unos minutos tomaremos el tren de Tolosa. ¡Ay, querida señora! Usted, que conoce mis penas, comprenderá mi alegría.

Pero le era imposible callarse, y habló de la horrible carta que había recibido el domingo, una carta en la que él le anunciaba que si ella

aprovechaba su permanencia en Lourdes para perseguirle en Luchón, le cerraría la puerta. ¡Y eso le escribía un hombre con quien se había casado por amor! ¡Un hombre que no se cuidaba de ella desde hacía diez años; que se aprovechaba de sus continuas jiras de viajante de comercio para pasearse con mujeres perdidas de un extremo a otro de Francia! Aquello era demasiado, y por eso pidió al cielo que le enviase la muerte; porque no ignoraba que el marido infiel se encontraba en aquel momento en Luchón, con dos señoras, hermanas las dos, y queridas suyas las dos. ¿Qué podía haber ocurrido, Dios mío? ¡Un milagro fulminante, seguramente! Lo más probable era que las dos señoras habían recibido algún aviso del cielo, la conciencia brusca de su pecado, o tal vez algún sueño durante el cual se habían visto en el infierno. Lo cierto es que una noche, sin previa explicación de ninguna clase, se marcharon del hotel, le dejaron plantado, y él, que no podía vivir solo, creyó que aquello era un castigo del cielo, y tuvo al punto la idea de ir en busca de su mujer, para llevarla a Luchón y tenerla a su lado ocho días. Él no decía nada, pero seguramente que había sido alcanzado por la gracia divina; y se mostraba tan atento con ella que no podía menos de creer que se trataba de un principio de conversión.

—¡Qué agradecida estoy a la Santa Virgen! —siguió diciendo—. Todo esto ha sucedido gracias a su intervención; bien lo comprendí ayer por la noche. Me pareció que ella me hacía una señal, y eso coincidió con el instante mismo en que mi marido tomaba la resolución de venir a buscarme. Le he preguntado la hora exacta, y concuerda perfectamente. Díganme ustedes si ha habido otro milagro más grande que éste. Todos los otros milagros, esas piernas que resucitan, esas llagas que desaparecen, no pueden ser comparados con el mío. ¡Bendita sea Nuestra Señora de Lourdes, que me ha curado el corazón!

El mozo robusto y moreno se volvió, fijando en ella la vista, y entonces ella se lanzó a reunírsele, olvidando despedirse. Aquel amor, que le caía como un regalo del cielo; aquella tardía reanudación de la luna de miel, la perspectiva de la semana entera que iba a pasar en Luchón junto con el hombre amado, la tenía verdaderamente loca de alegría. Y él, como príncipe bueno que había ido a buscarla en un momento de despecho y de soledad, acababa enterneciéndose, divertido por lo que aquello tenía de aventura, y hallando a su mujer mucho mejor de lo que creía.

En aquel instante, y entre el rumor creciente, llegaba por fin el tren de Tolosa. Redobló entonces el tumulto, haciéndose extraordinaria la confusión.

Sonaban campanillas, funcionaban las señales. Acudió el jefe de la estación corriendo y gritando a voz en cuello:

—¡Oigan, señores! ¡Cuidado! ¡Despejen la vía!

Un empleado tuvo que precipitarse para sacar de un tirón de entre los rieles un cochecito que había quedado olvidado allí, con una anciana dentro. Un grupo de peregrinos azorados atravesó aún la vía, a unos treinta metros de la locomotora, que avanzaba lentamente, rezongando, echando bocanadas de humo. Otros, completamente atontados, iban a caer debajo de las ruedas, pero algunos empleados de la estación los apartaron de la vía tomándolos brutalmente por los hombros. El tren se detuvo al fin, sin haber aplastado a nadie, entre los colchones, almohadas y almohadones desparramados por el suelo, y entre los grupos desorientados de gente que seguía dando vueltas. Se abrieron las portezuelas, bajó una oleada de viajeros y otra oleada subió, formándose una doble corriente contraria, de una terquedad que acabó de llevar a su colmo el tumulto. En las ventanas de los compartimientos cerrados aparecieron algunas cabezas, que mostraron al principio curiosidad, y luego estupefacción, ante aquel espectáculo asombroso, especialmente dos cabecitas de chicas jóvenes, encantadoramente atractivas, cuyos ojazos inocentes expresaron la más conmovida compasión.

La señora de Maze subió a un vagón, y tras ella su marido; era tan feliz, estaba tan ágil, que parecía tener veinte años, como la noche, lejana ya, de su viaje de bodas. De nuevo cerráronse las portezuelas, la locomotora lanzó un prolongado silbido, luego arrancó y echó a andar lenta y pesadamente por entre aquel apolonamiento de gente que refluyó sobre la vía detrás del furgón de cola, invadiéndola de nuevo con ímpetu de agua que se precipita por la esclusa abierta.

—¡Cierren el andén! —gritó el jefe de la estación a sus hombres—. ¡Y estén alerta cuando llegue la máquina!

Mientras se daban aquellas órdenes, fueron llegando los peregrinos y los enfermos que se habían quedado rezagados. Cruzó la Grivotte con sus ojos febriles y su agitación de bailarina, y detrás de ella Elisa Rouquet y Sofía Couteau, muy alegres y sofocadas de tanto correr. Habían estado a punto de quedarse en la gruta, donde a veces solían permanecer los peregrinos ensimismados, sin decidirse a dejarla, suplicando o reiterando sus acciones de gracias a la Santa Virgen, mientras el tren las esperaba en la estación.

De repente, Pedro, que estaba inquieto, sin saber qué pensar, vio al señor de Guersaint y a María conversando tranquilamente debajo de la marquesina

del andén con el abate Judaine. Corrió hacia ellos y les expresó su impaciencia.

—¿Qué había sido de ustedes? Ya estaba temiendo que no llegasen a tiempo.

—¿Que qué había sido de nosotros? —contestó el señor de Guersaint asombrado, como si tal cosa—. Ya sabe usted que estábamos en la gruta. Había allí un sacerdote que predicaba de una manera notable. Si no me hubiese acordado de que teníamos que marchar estaríamos aún allí. Y tuvimos que tomar un coche, como se lo habíamos prometido...

Se interrumpió para mirar el gran reloj de la estación. Luego añadió:

—Al fin y al cabo, no hay por qué apresurarse. Todavía falta un cuarto de hora para la salida del tren.

Era cierto, y María se sonrió con su divina sonrisa.

—¡Oh, Pedro! ¡Si usted supiese qué contenta vuelvo de esta última visita a la Santa Virgen! La he visto que me sonreía, y he sentido que me daba fuerza para vivir. Ha sido una despedida verdaderamente deliciosa; no debía usted, Pedro, reconvenirnos por eso.

También Pedro se sonrió entonces algo molesto por su exaltación ansiosa. ¿Debíase ello a la impaciencia que sentía por alejarse de Lourdes? ¿Temió acaso que la gruta retuviese a María, y que ésta no volviese ya? Pero ahora que estaba allí, a su lado, se asombraba y se sentía muy sereno.

Mientras les aconsejaba que se apresurasen a instalarse en el vagón, vio que el doctor Chassaing se acercaba a ellos.

—¡Mi querido doctor, le esperaba a usted! ¡Me habría causado tanto pesarirme sin darle un abrazo antes de partir!

Pero el anciano médico, tembloroso de emoción, le interrumpió:

—En efecto, me he retrasado. Hace diez minutos, al llegar aquí, me puse a conversar con el Comendador, ese sujeto original que usted ya conoce. Se burlaba viendo que los enfermos volvían, según su original expresión, para ir a morir en su propia casa, que es por donde debían haber empezado. En eso cae fulminado delante de mí. Era su tercer ataque de parálisis, el que él esperaba.

¡Dios Santo! —exclamó el abate Judaine, que estaba escuchando al doctor—. El cielo castigó su blasfemia.

El señor de Guersaint y María prestaban gran atención y estaban muy conmovidos.

Hice que le llevasen a un rincón, en un cobertizo —continuó diciendo el doctor—. Es un caso perdido; ya no hay nada que hacer; morirá antes de un

cuarto de hora. Pensé entonces que sería necesario un sacerdote, y salí corriendo a buscar alguno.

Y volviéndose hacia el abate Judaine, le dijo:

—Señor abate, ya que usted lo conoce, acompáñeme. No podemos dejar que un cristiano se muera de ese modo. Tal vez se ablande, reconozca sus errores y se reconcilie con Dios.

El abate Judaine le siguió a buen paso, y detrás de ellos, María y Pedro, arrastrados por el señor de Guersaint, que se apasionaba con la idea de aquel drama. Llegaron los cinco al depósito de equipajes, situado a veinte pasos de la multitud bulliciosa, sin que nadie de entre ella sospechase que muy cerca de allí agonizaba un hombre.

En un rincón solitario, entre dos pilas de bolsas de avena, yacía el Comendador sobre un colchón de la Hospitalidad que habían traído del depósito de reserva. Vestía su eterna levita y llevaba en el ojal de la solapa la ancha cinta roja de siempre; y alguno que tuvo la precaución de recoger del suelo su bastón con empuñadura de plata lo había colocado cuidadosamente junto al colchón.

El abate Judaine se inclinó hacia él.

—¿Me reconoce usted, mi buen amigo? ¿Me oye lo que le digo?

Parecía que el Comendador no tenía más vida que la que le quedaba en los ojos, en los cuales brillaba una llama de obstinada energía. El ataque, que ahora había afectado el lado derecho, le había privado, por lo visto, de la palabra. Sin embargo, balbuceaba todavía algunas frases, y dio a entender que quería terminar su vida allí, sin que le moviesen ni le fastidiasen más. No tenía parientes de ninguna clase en Lourdes, donde nadie sabía nada de su pasado ni de su familia, y vivía desde hacía tres años en la ciudad con lo que ganaba en su modesto empleo de la estación. Parecía completamente feliz, y veía realizarse al fin su vivo deseo, su único deseo, el de marcharse de este mundo y sumirse en el sueño eterno, en la nada reparadora. Sus ojos, en efecto, expresaban toda su inmensa alegría.

—¿Tiene usted que manifestarnos algún deseo? —prosiguió el abate Judaine—. ¿Podemos serle útiles en algo?

—¡No, no! Sus ojos contestaban que estaba bien, que estaba contento. Desde hacía tres años, todas las mañanas se levantaba con la esperanza de dormir aquella noche en el cementerio. Cuando brillaba el sol, acostumbraba a decir, con acento de envidia: «¡Qué hermoso día para irse!». ¡Bien venida la muerte, que venía a liberarle de esta execrable existencia!



El doctor Chassaigne repitió con amargura y en voz baja al anciano sacerdote, que le suplicaba que intentase algún remedio:

—No puedo hacer nada; la ciencia es impotente. Está perdido.

En aquel instante entró una anciana peregrina, de unos ochenta años, que andaba perdida, sin saber adónde ir. Caminaba arrastrando los pies, apoyada en un bastón, patizamba y jorobada, reducida a la estatura de la niñez, afligida por todos los achaques de la extrema senectud; llevaba colgada en bandolera una cantimplora con agua de Lourdes, con la idea de prolongar aún más aquella vejez, no obstante el estado de espantosa ruina en que se hallaba. Tuvo un acceso de imbecilidad senil al ver a aquel hombre tendido en el suelo, rígido, moribundo. Luego asomó a sus ojos de mirada turbia su bondad de abuela, y un sentimiento de fraternidad, propio de la extrema vejez y del extremo sufrimiento, la movió a acercarse más. Tomó con mano temblorosa su cantimplora y se la ofreció al hombre.

Aquello fue para el abate Judaine como una súbita claridad, como una inspiración de lo alto. Él, que había rezado tanto por la curación de la señora de Dieulafay, sin que la Santa Virgen escuchase sus ruegos, se sintió abrasado por una fe nueva, convencido de que, si el Comendador bebía, se curaría. Cayó de rodillas al borde del colchón.

—Hermano mío, Dios es quien le envía a esta mujer. Reconcílese con Dios, beba usted y rece, mientras nosotros imploramos con toda nuestra alma la misericordia divina. Dios se dignará darle una prueba de su omnipotencia; Dios realizará el gran milagro de ponerle a usted otra vez sobre sus pies, para que pueda pasar todavía largos años en esta tierra, amándole y glorificándole.

¡No, no! Los ojos brillantes del Comendador gritaban que no. No era él tan cobarde como aquel rebaño de peregrinos que venían desde lejos, pasando mil fatigas, para arrastrarse por el suelo y sollozar, suplicando al cielo que les concediese un mes, un año, diez años más de vida. ¡Tan agradable y tan sencillo resultaba morir en su propio lecho! ¡Se vuelve uno contra la pared, y sanseacabó!

—Beba, hermano; le suplico que beba. Es la misma vida la que usted va a beber, es la fuerza, es la salud; y también la alegría de vivir. Beba usted y rejuvenecerá; beba para recomenzar otra vida piadosa. Beba para cantar las alabanzas de la Madre divina, que le habrá salvado el cuerpo y el alma. Siento su voz que me dice que es segura su resurrección.

¡No, no! Los ojos rehusaban, rechazando la vida con obstinación creciente; y ahora se leía en ellos un sordo temor de que se realizase el milagro. El Comendador no era creyente, y desde hacía tres años se encogía

de hombros ante las pretendidas curaciones. Pero ¿sabe uno, por ventura, lo que ha de suceder en este pícaro mundo? ¡Se ven a veces cosas tan extraordinarias! ¿Y si sucediera que aquella agua estaba dotada de una virtud sobrenatural, y se la hacían beber a la fuerza? ¡Qué cosa tremenda sería el volver a vivir, el empezar de nuevo a cumplir la condena en este presidio, sufrir el tormento de Lázaro, el desgraciado elegido para el gran milagro, que lo sufrió dos veces! ¡No, y no! No quería beber, no quería intentar la espantosa probabilidad de la resurrección.

—¡Beba, beba usted, hermano mío! —repetía el anciano sacerdote con los ojos arrasados de lágrimas—. ¡No se obstine en negarse a recibir la gracia celestial!

Y se vio entonces una cosa terrible. Aquel hombre, medio muerto ya, se incorporó, se sacudió los grilletes asfixiantes de la parálisis, libertó durante un segundo su lengua trabada y tartamudeó, gruñó con voz ronca:

—¡No, no, no!

Fue menester que Pedro se llevase a la anciana peregrina idiotizada, poniéndola en su camino. La pobre vieja no comprendía el rechazo de aquella agua que llevaba como inestimable tesoro, el regalo de la eternidad de Dios a los infelices mortales que no quieren morir. Patizamba, gibosa, apoyada en su bastón y llevando a rastras los tristes despojos de sus ochenta años, se perdió entre la muchedumbre nerviosa, devorada por la pasión de vivir, ávida de aire puro, de sol y de ruido.

María y su padre habían estado temblando ante aquella hambre de morir, ante aquella ansia glotona de volver a la nada, que acababa de mostrar el Comendador. ¡Dormir, dormir sin soñar, en las tinieblas infinitas, eternamente! ¡No había cosa más agradable en este mundo! No era aquello la esperanza de otra vida mejor, el deseo de ser, al fin, feliz, en un paraíso de igualdad y de justicia; era tan sólo la necesidad de sumirse en la noche lóbrega, en el sueño sin fin; la alegría de no ser, de no ser jamás.

El doctor Chassaingne tuvo un escalofrío, porque él no alimentaba más que una idea: la del minuto feliz de su partida. Pero más allá de la existencia, su mujer y su hija le esperaban en el lugar de cita de la vida eterna. ¡Y qué helado escalofrío le habría invadido si hubiese pensado por un solo instante que ya no se volvería a encontrar con ellas allí!

El abate Judaine se levantó con dificultad. Creyó advertir que el Comendador fijaba ahora sus ojos en María, y, desconsolado por ver la inutilidad de sus súplicas, quiso todavía mostrarle un ejemplo de la bondad de Dios, que él se empecinaba en rechazar.

—¿La reconoce usted? Sí; ésta es aquella joven que llegó el sábado, enferma, paralítica de ambas piernas. Mírela usted ahora, tan sana, tan fuerte, tan hermosa. El cielo se dignó favorecerla; ha vuelto a renacer a su juventud, a la larga vida que está llamada a vivir. ¿No está usted arrepentido de su resolución viéndola? ¿Querría usted también que hubiese muerto esta niña, le habría aconsejado que no bebiese?

El Comendador no podía contestar, pero sus ojos no se apartaban del rostro juvenil de María, en el que se leía toda la dicha de haber resucitado, la ilimitada esperanza de los días sinnúmeros; y sus ojos se cuajaron de lágrimas, hinchando los párpados y escurriéndose luego a lo largo de sus mejillas, frías ya. Seguramente lloraba por ella, recordando el otro milagro que le había deseado en el caso de que sanase: el milagro de ser feliz. Era el enternecimiento de un anciano, conocedor de toda la miseria de este mundo, que se apiadaba de todas las penas que aquella joven iba a encontrar en la vida. ¡Pobre mujer! ¡Cuántas veces se lamentaría, probablemente, de no haber muerto a los veinte años!

Luego los ojos del Comendador se nublaron, como si se hubiesen derretido en aquellas lágrimas de compasión postrera. Era el fin, el coma que llegaba, la inteligencia que se iba con el aliento. Se dio vuelta y murió.

Inmediatamente el doctor Chassaigne alejó a María de allí.

—¡El tren está a punto de salir! Dense prisa, dense prisa.

En efecto, en medio del creciente bullicio de la multitud, llegaba hasta sus oídos con toda claridad el toque de una campana. El doctor quiso acompañar a sus amigos hasta el vagón, después de encargar a dos camilleros que velaran el cuerpo, que sería retirado de allí más tarde, cuando el tren hubiese salido.

Todos se dieron prisa. El abate Judaine, desesperado, les alcanzó, después de haber rezado un breve responso por aquella alma rebelde. Cuando María iba corriendo por el andén, seguida de Pedro y del señor de Guersaint, fue detenida una vez más por el doctor Bonamy, que la presentó muy ufano al padre Fourcade.

—¡Mi reverendo padre, ésta es la señorita de Guersaint, la joven que tan milagrosamente fue curada ayer lunes!

El reverendo tuvo una sonrisa radiante de general a quien recuerdan la más decisiva de sus victorias.

Ya lo sé, ya lo sé; yo estaba también allí. Querida hija, Dios la ha bendecido entre todas; vaya por el mundo y haga adorar su nombre.

Felicitó después al señor de Guersaint, que se sentía halagadísimo en su orgullo de padre. Era la ovación que volvía a empezar, el concierto de

palabras tiernas, de miradas de asombro que levantó la joven aquella mañana cuando caminaba por las calles de Lourdes, y que la rodeaba ahora en el último instante de la marcha. La campana tocaba una y otra vez, pero a pesar de ello se había formado un corro de peregrinos embelesados; se hubiera dicho que en su persona se resumía la gloria de la peregrinación, el triunfo de la religión, que iba a repercutir desde entonces en todos los ámbitos de la tierra.

Pedro sintióse conmovido en aquel instante a la vista del lamentable grupo que formaban, cerca de allí, el señor Dieulafay y la señora Jousseur. Habían clavado sus miradas en María, y se mostraban asombrados, lo mismo que los demás, de la extraordinaria resurrección de aquella joven, ahora tan hermosa, y que ellos habían visto inerte, flaquísima, con cara cadavérica. ¿Por qué precisamente aquella niña? ¿Por qué no aquella mujer joven, aquella mujer querida que se llevaban ellos moribunda? Estaban cada vez más avergonzados y llenos de confusión; se hacían a un lado, embarazados, en su desgracia de parias demasiado ricos; y sintieron así un verdadero alivio cuando, una vez que los tres camilleros subieron con grandes fatigas al vagón a la señora Dieulafay, pudieron desaparecer también ellos, en compañía del abate Judaine.

Los empleados de la estación gritaban ya:

—¡Señores viajeros, al tren! ¡Señores viajeros, al tren!

El padre Massias, encargado de la dirección religiosa de los peregrinos, había vuelto a su sitio, dejando en el andén al padre Fourcade, que se apoyaba ahora en el hombro del doctor Bonamy. Gerardo y Berthaud saludaron otra vez a toda prisa a las señoras, y Raimunda subió al vagón donde la señora de Desagneaux y la señora de Volmar se habían instalado ya en un rincón; finalmente, la señora de Jonquière corrió a su coche, llegando al mismo tiempo que los Guersaint. Se atropellaban y se oían gritos y carreras desesperadas de un extremo al otro de aquel tren interminable, al que acababan de enganchar la locomotora, una maquina toda de cobre, brillante como un astro.

Pedro hacía pasar delante a María, cuando el señor Vigneron, que venía corriendo, le gritó:

—¡Es válido, es válido!

Y le mostraba, agitándolo en el aire, rojo de emoción, su billete, para seguir corriendo hasta el compartimiento donde se encontraba su mujer y su hijo a fin de darles la grata noticia.

Luego de acomodar a María y al señor de Guersaint, Pedro se detuvo un instante en el andén con el doctor Chassaigne, que le besó paternalmente. Quiso hacerle prometer que iría a París a reanudar en parte su existencia de antes, pero el anciano médico movió negativamente la cabeza:

—No, no; me quedo aquí. Son ellas las que me retienen.

Aludía a sus queridas muertas. Luego agregó, afectuosamente, muy conmovido:

—¡Adiós!

—¡Adiós, no, doctor! ¡Hasta la vista!

—¡Adiós, sí, adiós! Tenía razón el Comendador, créame. No hay nada mejor que morir, pero para revivir.

El barón Suire ordenó que fueran retirados los banderines blancos que ostentaba el tren a la cabeza y a la cola. Hacíanse cada vez más imperativos los gritos de los empleados:

—¡Señores viajeros, al tren! ¡Señores viajeros, al tren!

Era el tropel final, la oleada de los rezagados que llegaban sofocados, bañados de sudor, jadeantes. Dentro de su vagón, la señora de Jonquière y sor Jacinta pasaban revista a su gente. Allí estaban la Grivotte, Elisa Rouquet y Sofía Couteau. La señora de Sabathier se había sentado en su sitio, frente a su marido, que, con los ojos entornados, esperaba pacientemente la partida.

Pero alguien preguntó:

—¿Y la señora de Vincent? ¿Ya no viene con nosotros?

Sor Jacinta, que se había asomado a la ventanilla, cambiando todavía una sonrisa con Ferrand, que estaba de pie en la puerta del furgón, exclamó:

—¡Ahí viene!

La señora de Vincent era la última que llegaba atravesando la vía a todo correr, jadeante, hosca. Involuntariamente, Pedro le miró los brazos: no llevaba nada en ellos.

Todas las portezuelas se cerraban ya, unas tras otras, con estrépito. Los vagones estaban llenos de gente, y no faltaba sino la señal de arranque. Resoplando y humeando, la locomotora dejó escapar un primer silbido, agudo y alegre; y en el mismo momento, el sol, velado hasta entonces, disipó la tenue bruma, envolviendo en sus resplandores al tren con su máquina, que parecía de oro, dispuesta a partir para el paraíso de las leyendas.

Era una partida de alegría infantil, divina, sin amargura alguna. Todos los enfermos parecían curados. Aunque los llevaban tal cual los habían traído, retornaban, sin embargo, aliviados, felices, al menos por entonces. Y ni el más leve asomo de envidia menoscababa su fraternidad: los que no se habían

curado se alegraban, orgullosos, de la curación de los demás. También a ellos les tocaría el turno seguramente: el milagro de hoy era una promesa formal del milagro de mañana. Y el deseo febril seguía ardiendo al cabo de aquellos tres días de súplicas fervorosas; la fe de los postergados seguía siendo tan viva como antes, con la certidumbre de que la Santa Virgen demoraba su curación tan sólo mirando por el bien de sus almas. En todos ellos, en todos aquellos desgraciados, hambrientos de vida, ardían el amor inextinguible y la invencible esperanza. Y por eso desbordaba de todos aquellos vagones repletos una última expresión de júbilo, una turbulencia de felicidad extraordinaria, risas, gritos: «¡Hasta el año que viene! ¡Volveremos! ¡Volveremos!». Las hermanitas de la Asunción, siempre tan risueñas, dieron unas palmadas, y el *Magnificat* se elevó cantado por ochocientos peregrinos.

—*Magnificat anima mea, Dominum...*

El jefe de la Estación, tranquilo por fin, dejó caer los brazos e hizo dar la señal. La máquina volvió a silbar, retembló todo el convoy y empezó a rodar, resplandeciente de sol, como envuelto en un halo de gloria. El padre Fourcade permanecía en el andén, apoyado en el hombro del doctor Bonamy, sufriendo mucho de su pierna, pero sin dejar por eso de saludar con una sonrisa a sus queridos hijos. Berthaud, Gerardo y el barón de Suire formaban otro grupo, y junto a ellos estaban el doctor Chassaing y el señor Vignerón, agitando sus pañuelos. A las ventanillas de los coches se asomaban algunas caras sonrientes y también ondeaban los pañuelos, agitados por el viento de la marcha. La señora de Vignerón obligaba al pequeño Gustavo a asomar su carita pálida. También Raimunda, durante largo tiempo estuvo enviando saludos con su mano regordeta. María fue la última en seguir en la ventanilla contemplando a Lourdes hasta que ésta se esfumó entre la vegetación.

El tren desapareció cruzando triunfalmente la campiña llena de luz, resplandeciente, ruidoso y cantando a plena voz:

—*Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

## IV

**E**n viaje de regreso, el tren blanco rodaba otra vez camino de París. En el vagón de tercera clase, donde el Magnificat, cantado en una descarga de voces agudas, cubría el traqueteo de las ruedas, se veía la misma aglomeración, la misma sala de hospital portátil, común a todos, que se abarcaba de una sola ojeada sobre los tabiques bajos, en todo su aspecto desordenado y confuso de ambulancia improvisada. Medio ocultos debajo de los asientos, se hallaban desparramados por el piso vasos de noche, palanganas, escobillones y esponjas. Aquí y allí se apilaban bultos, se veía un lamentable amontonamiento de toda clase de cosas raídas y usadas; hacinados en igual confusión, colgaban de las perchas de cobre paquetes, cestos y bolsas en continuo balanceo.

Estaban allí las mismas hermanas de la Asunción, las mismas damas hospitalarias, con sus enfermos, entre el apiñamiento de los peregrinos sanos, que empezaban ya a sufrir los efectos del calor sofocante y del olor insoportable. Como siempre, al fondo, se hallaba el compartimiento ocupado únicamente por las diez peregrinas que se apretujaban unas contra otras, jóvenes, viejas, todas igualmente feas, de una fealdad triste, cantando violentamente, de un modo lamentable y desafinado.

—¿A qué hora llegaremos a París? —preguntó el señor de Guersaint a Pedro.

—Creo que llegaremos mañana a las dos de la tarde —contestó el sacerdote.

Desde que salieron de Lourdes, María miraba a Pedro con expresión de inquietud y preocupación, como acosada por un brusco pesar que ella callaba. Recobró, sin embargo, su sonrisa de salud exuberante recién conquistada.

—¡Veintidós horas de viaje! Pero ahora nos parecerán menos largas y fatigosas que cuando vinimos.

—Además —acotó su padre—, como se han quedado algunos en Lourdes, viajaremos más holgados.

En efecto, la ausencia de la señora de Maze dejaba un rincón libre en un extremo del banco en el que María, que ahora iba sentada, no estorbaba tampoco con su cochecito; había hecho pasar también a la pequeña Sofía al compartimiento contiguo, donde ya no iban ni el hermano Isidoro ni su hermana, Marta, la que, según se decía, se había quedado en Lourdes al

servicio de una señora piadosa. Del lado opuesto, la señora de Jonquière y sor Jacinta se beneficiaban igualmente con un asiento, el de la señora de Vêtu. Tuvieron asimismo la idea de desembarazarse de Elisa Rouquet, a la que instalaron junto a Sofía, quedándose únicamente con el matrimonio Sabathier y la Grivotte. Gracias a esta nueva distribución, no iban tan apretujadas, y tal vez podrían dormir un poco.

Terminado el último versículo del *Magnificat*, las señoras acomodáronse lo más confortablemente posible, ordenando bien sus cosas. Pusieron cuidado, sobre todo, en dar una colocación adecuada a los recipientes de agua, que les molestaban las piernas. Habían bajado las cortinas de todas las ventanillas del lado izquierdo, porque el sol caía oblicuamente sobre el tren y penetraba en oleadas de fuego.

Las últimas tormentas habían barrido el polvo de la atmósfera y durante la noche, seguramente, refrescaría. Además, era menor el sufrimiento: la muerte había llevado a los más enfermos y los que quedaban se hallaban como aletargados, embotados por la fatiga y próximos a caer en una pesada modorra. Pronto se produciría la reacción en forma de anonadamiento que sigue siempre a las grandes conmociones morales. Estaban rendidos de tanto esfuerzo hecho, los milagros se habían realizado y comenzaba el descanso en el embrutecimiento de un alivio profundo.

Hasta Tarbes, cada cual se ocupó en los menesteres de su instalación, tomando posesión de su sitio. Cuando el tren salía de aquella estación, sor Jacinta se levantó y dio unas palmadas.

—Hijas mías, no hay que olvidar a la Santa Virgen, que se ha mostrado tan buena con nosotras. Empecemos el rosario.

Todo el vagón rezó con ella el primer rosario: los cinco misterios gloriosos, la Anunciación, la Visitación, la Natividad, la Purificación y Jesús perdido y hallado. Luego se entonó el cántico «Contemplemos al celeste arcángel» con voz tan estridente que los campesinos entregados a sus labores de labranza alzaban la cabeza para mirar aquel tren que pasaba cantando.

María iba contemplando con un sentimiento de admiración la extensa campiña, el cielo inmenso, que se iba despejando poco a poco de su bruma cálida, a la vez que adquiría un tono azul brillante. Era el final delicioso de un hermoso día. Luego volvió sus ojos hacia Pedro y estuvo mirándole con la misma tristeza muda que ya antes había puesto en ellos un velo. De pronto alguien rompió a llorar furiosamente, delante de ella. Era la señora de Vincent, que, terminado el cántico, balbuceaba palabras confusas, entrecortadas por las lágrimas:



—¡Pobre hijita mía! ¡Mi tesoro, mi bien, mi vida!

Hasta entonces había permanecido hundida en su rincón. Su rostro tenía una expresión huraña, con los labios apretados y los párpados cerrados, como para aislarse cada vez más en su tremendo dolor. Pero reabriendo los ojos vio la correa de cuero que colgaba junto a la ventanilla y la vista de aquel objeto, con el que su hija se había entretenido, la conmovió con una desesperación tan frenética que arrastró su firme resolución de guardar silencio.

—¡Pobre Rosita mía! Su manecita tocaba esto, le daba vueltas y lo miraba; fue el último juguete que tuvo. Aquí estábamos las dos; ella vivía todavía; yo la tenía en mis brazos, sobre mis rodillas. ¡Era eso tan consolador, tan consolador, a pesar de todo! Pero ya no la tengo, ya no la tendré nunca más. ¡Mi Rosita querida, mi pobre Rosita!

Miraba extraviada, sollozante, sus rodillas desocupadas, sus brazos vacíos, con los que no sabía qué hacer. Había llevado y mecido a su hija durante tanto tiempo que se sentía como amputada en su ser, con un órgano menos, disminuida, ociosa, desesperada de no saber qué hacer. Le molestaban los brazos, le molestaban las rodillas.

Pedro y María, profundamente conmovidos, acudieron a su lado, buscando palabras de cariño, esforzándose por consolar a aquella pobre madre. Poco a poco, a través de las frases deshilvanadas que le salían entre lágrimas, se enteraron del calvario que había tenido que pasar desde la muerte de su hija. La víspera por la mañana, cuando se la llevó ya muerta en sus brazos en medio de la tormenta, parece que caminó largo rato, ciega y sorda a todo, azotada por la lluvia torrencial. No recordaba ya los sitios por donde había andado, las calles que había seguido a través de aquel Lourdes odioso, de aquel Lourdes asesino de niños, al que ella maldecía.

—No sé, no recuerdo nada. Sí, unas personas me recogieron y se compadecieron de mí; no sé quiénes son ni dónde viven. No me acuerdo si fue ahí, o allá arriba, muy lejos, al otro extremo de la ciudad. Eran seguramente gentes muy pobres; me parece que me estoy viendo ahora mismo en una habitación pobre, con mi nena querida completamente fría, a quien acostaron en su cama.

Al evocar aquella escena, la sacudió una nueva crisis de sollozos que la ahogaban.

—¡Yo no quería separarme por nada de su cuerpecito querido, no quería dejarlo en aquella ciudad aborrecida! No podría decirlo exactamente, pero creo que aquellas buenas gentes me guiaron. Anduvimos de visita en visita, de gestión en gestión, interminables veces, ante esos señores de la

peregrinación y del ferrocarril. Yo les repetía a todos: «Pero ¿qué más les da a ustedes? Déjenme que la lleve a París, en mis brazos. La traje así viva; bien puedo llevármela muerta del mismo modo. Nadie notará nada, creerán que está dormida». Y toda esa gente, todas esas autoridades, se pusieron a gritar, y me despidieron con malos modos, como si yo les hubiese ido a pedir cosas indignas. Entonces no pude aguantarme más y les dije unas cuantas verdades. Ya que se andan con tantas historias y se traen tantos enfermos que vienen a agonizar aquí, deberían encargarse, por lo menos, de la conducción de los muertos, ¿verdad? Averigüé en la estación, ¿y sabe usted cuánto me pidieron? ¡Trescientos francos! Parece que ése es el precio. ¡Señor mío! ¡Trescientos francos a mí, que he venido con franco y medio en el bolsillo y que no dispongo ya sino de cinco céntimos! No los gano en seis meses de costura. Si me hubiesen pedido mi vida, se la habría dado de buena gana. ¡Trescientos francos! ¡Trescientos francos por ese pobre cuerpecito de pájaro, que me habría consolado tanto llevar sobre mis rodillas!

Luego no balbuceó sino sordos lamentos:

—¡Si supieran ustedes cuántas cosas razonables me dijeron aquellas buenas gentes para que me decidiese a venir! Que una obrera como yo, con una ocupación segura, debía volverse a París y, además, que tampoco disponía de recursos para dejar que se perdiese el billete de vuelta; que de ningún modo me convenía dejar de tomar el tren de las tres y cuarenta. Que los que no somos ricos no tenemos más remedio que aceptar las cosas como vengan; que únicamente los ricos pueden guardar sus muertos y hacer de ellos lo que les venga en gana. ¡Y no recuerdo cuántas cosas más me dijeron! No sabía ni siquiera qué hora era, y tampoco hubiera sido capaz de dar nunca con la estación. Después del entierro, allá lejos, en un lugar en que había dos árboles, esas mismas buenas gentes me trajeron, medio loca, y me empujaron hacia el vagón en el momento mismo en que salía el tren. ¡Qué desgarramiento, Dios mío! Fue como si hubiese dejado bajo la tierra mi corazón. ¡Esto es espantoso, Dios mío, espantoso!

—¡Pobre mujer! —murmuró María—. No se desanime usted. Pídale a la Virgen la ayuda que ella no se niega nunca a los afligidos.

Esto la hizo estremecerse de indignación.

—¡Eso no es cierto! —exclamó—. ¡La Santa Virgen se ha burlado de mí, la Santa Virgen es una mentirosa! ¿Por qué me ha engañado? Si yo no hubiese escuchado su voz en una iglesia no habría venido jamás a Lourdes. Mi hijita viviría aún y tal vez los médicos me la hubiesen salvado. ¡Yo, que

por nada del mundo habría puesto los pies en casa de los curas! ¡Cuánta razón tenía yo! ¡No hay tal Santa Virgen! ¡Es mentira que exista Dios!

Y siguió diciendo cosas, sin resignación, sin ilusión ni esperanza, blasfemando con su grosería furiosa de mujer del pueblo, pregonando a gritos tan rudamente el dolor de su carne que sor Jacinta se creyó en el caso de intervenir:

—¡Cierre esa boca, desgraciada mujer! ¡Es el buen Dios quien la castiga, haciendo sangrar su herida!

La escena había durado ya demasiado, y como el tren pasaba a todo vapor por Riscle, sor Jacinta dio otra palmada, que fue la señal para que entonasen el *Laudate, laudate Mariam*.

—Vamos, hijas mías, todas al mismo tiempo y de todo corazón.

*En el cielo y en la tierra,  
Todas las voces en coro,  
Madre mía, dulce Madre,  
Pregonen siempre tu gloria.  
Laudate, laudate Mariam.*

Con su voz ahogada por aquel himno de amor, la señora de Vincent siguió sollozando, con la cara entre las manos, sin fuerzas para seguir rebelándose, reducida a un débil balbuceo de pobre mujer atontada por el dolor y el cansancio.

Después del cántico la fatiga se hizo sentir igualmente para todos. Únicamente sor Jacinta, llena de vivacidad, y sor Clara de los Ángeles, cariñosa, seria y menudita, estaban como cuando salieron de París, como durante su permanencia en Lourdes, con una serenidad profesional habituada a todo, triunfante de todo, en medio de la blancura alegre del griñón y de la cofia.

La señora de Jonquièrre, que casi no había dormido en cinco días, hacía esfuerzos para tener abiertos los ojos, pero volvía encantada del viaje, guardándose en el corazón la extraordinaria alegría del casamiento de su hija y la de llevar con ella el más bello milagro, la joven del suceso de que hablaba todo el mundo. Prometíase dormir a sus anchas en cuanto llegase la noche, pese a las recias sacudidas del tren, aunque empezaba a sentir una sorda preocupación a propósito de la Grivotte, que tenía un aspecto raro y estaba excitada, huraña, con la mirada turbia y las mejillas rojas con manchas violáceas. Le había pedido ya por diez veces que se estuviese quieta, sin conseguir que cerrase los ojos, juntase las manos y no se moviese.

Afortunadamente, las demás enfermas no le causaban inquietud alguna, porque todas ellas, o aliviadas o rendidas, estaban ya dormitando.

Elisa Rouquet se había comprado un espejo de bolsillo, un gran espejo redondo, y no se cansaba de mirarse en él, hallándose bella, comprobando a cada minuto los progresos de su curación, con una coquetería que le hacía encoger los labios, ensayar sonrisas, ahora que su cara de monstruo iba adquiriendo perfil humano. En cuanto a Sofía Couteau, jugaba alegremente; viendo que nadie le pedía que le enseñase el pie, se había descalzado espontáneamente, diciendo que una piedrecita se le había metido en la media, y como a pesar de todo nadie hiciese caso de aquel piecico, al que había prestado atención la Santa Virgen, lo retuvo entre sus manos y lo acarició, pareciendo encantada de tocarlo y de jugar con él.

El señor de Guersaint se había puesto de pie y, acodado en el tabique medianero, contemplaba al señor Sabathier.

—Papá, papá —le dijo de pronto María—. ¿Ves esta marca que hay en la madera? ¡Pues ha sido hecha por un herraje de mi cochecito!

El hallazgo de aquel vestigio la puso tan contenta que por un instante olvidó el secreto pesar que quería mantener oculto. Al igual que la señora de Vincent se había puesto a llorar cuando vio la correa de cuero que había tocado su hijita, también ella estalló bruscamente de alegría viendo aquella raspadura, que le recordaba su largo martirio en aquel mismo sitio, todos los horrores desaparecidos, desvanecidos como una pesadilla.

—¡Y pensar que hace de esto apenas cuatro días! Yo estaba acostada aquí sin poder moverme, mientras que ahora camino, voy y vengo, estoy a mi gusto. ¡Santo Dios!

Pedro y el señor de Guersaint la miraron sonrientes. El señor Sabathier, que lo había oído todo, dijo pausadamente:

—Es una gran verdad. Siempre dejamos en las cosas algo de nosotros mismos, de nuestros sufrimientos, de nuestras esperanzas, y cuando volvemos a verlas al cabo de algún tiempo, parece que nos hablan, que nos repiten aquellas cosas que nos entristecen o que nos alegran.

Desde que el tren dejó Lourdes había permanecido silencioso y con expresión resignada en su rincón. Su mujer misma, que, al envolverle las piernas, le preguntaba si sufría, no obtenía otra respuesta que mudos movimientos de cabeza. No tenía ningún dolor, pero se sentía invadido por una invencible desolación.

—Vea lo que me pasó a mí mismo —continuó diciendo—. Durante el largo viaje de ida yo me distraje contando los frisos que hay ahí, en el techo.

Y conté trece, desde la lámpara hasta la portezuela. Hace un instante los he vuelto a contar y, como es natural, siguen siendo trece. Es como este botón de cobre que hay aquí, al lado mío. No pueden ustedes imaginarse las fantasías que me ha hecho forjar viendo cómo brillaba precisamente la noche aquella en que el señor abate nos leyó la vida de Bernadette. Me veía curado ya, y hacía el viaje a Roma, que tengo proyectado desde hace veinte años; iba y venía recorriendo el mundo... Fantasías locas y deliciosas. Y ahora ya ven ustedes: volvemos a París, vuelvo a ver los trece frisos, sigue brillando el botón y todo eso me recuerda que me encuentro otra vez en este asiento, con mis piernas muertas. No hay nada que hacerle; soy y seguiré siendo una pobre bestia inútil.

Dos gruesas lágrimas aparecieron en sus ojos. Atravesaba, seguramente, por un trance de horrenda amargura; pero al fin levantó su gruesa cabeza cuadrada, de mandíbula que pregonaba paciente obstinación.

—Era éste el séptimo año que venía a Lourdes, y la Santa Virgen no me ha escuchado. No importa; volveré el año próximo. Es posible que se digne al fin escucharme.

Aquel hombre no se rebelaba. Pedro, al hablar con él, quedóse atónito ante aquella tozuda credulidad, que retoñaba vivaz, a pesar de todos los pesares, en aquel cerebro cultivado de intelectual. ¿Qué ardiente anhelo de curación y de vida componía aquel rechazo de la evidencia, aquel empeño tenaz en no querer ver la luz? Se empecinaba en ser salvado, fuera de todas las probabilidades naturales, cuando el mismo experimento del milagro había fracasado tantas veces, y explicaba el nuevo fracaso atribuyéndolo a las distracciones que había tenido cuando se encontraba frente a la gruta, a una contrición sin duda insuficiente, a toda una serie de pecadillos que habían tal vez disgustado a la Santa Virgen. Se prometía para el año próximo rezar una novena en alguna parte, antes de salir para Lourdes.

—A propósito —añadió—, ya estará usted enterado de la suerte que ha tenido mi sustituto, ¿se acuerda? Aquel tuberculoso por quien yo di los cincuenta francos del billete, haciéndome hospitalizar en su lugar. ¡Pues bien, se ha curado radicalmente!

—¡Un tuberculoso! ¡Quién lo diría! —exclamó el señor de Guersaint.

—¡Sí, señor! ¡Curado como si le hubiesen quitado la enfermedad con la mano! Lo había visto a las puertas de la muerte, encorvado, amarillo, descarnado, y ha ido a visitarme al hospital rejuvenecido, vendiendo salud. Pues le di cinco francos.

Pedro tuvo que disimular una sonrisa, porque conocía el caso, por habérselo oído contar al doctor Chassaigne. El hombre del milagro en cuestión era un simulador que fue, al fin, puesto en evidencia en la oficina de comprobaciones. Era por lo menos el tercer año que se presentaba allí; la primera vez, con parálisis, la segunda con un tumor, y en uno y otro caso la curación había sido completa. Cada vez se hacía exhibir, albergar, alimentar, y volvía de Lourdes cargado de limosnas. Había sido enfermero de un hospital y sabía caracterizarse y transformarse, adoptando en su fisonomía la expresión adecuada a su enfermedad con un arte tan extraordinario que sólo por una verdadera casualidad pudo el doctor Bonamy poner al descubierto aquella superchería. Ahora bien, los padres habían exigido en el acto que no se hablase para nada de aquella aventura. ¿Qué se sacaba con entregar el escándalo a las burlas de los periódicos? Cuando los padres descubrían de ese modo alguno de estas estafas hechas al milagro, se limitaban a hacer que los culpables desapareciesen. Por lo demás, los simuladores eran bastantes raros, a pesar de las jocosas historias que han hecho circular a propósito de Lourdes los espíritus volterianos. Desgraciadamente, y aparte de la fe, había de sobra con la estupidez y la ignorancia de las masas.

El señor Sabathier estaba muy desconcertado por la idea de que el cielo hubiese querido curar a aquel hombre, que había ido a Lourdes a costa suya, en tanto que él regresaba a su casa inválido, reducido a un estado lamentable. Suspiró, y no pudo menos de agregar a guisa de conclusión, con cierta ironía, aunque resignado:

—¡En fin, qué quiere usted! La Santa Virgen sabe muy bien lo que hace. Ni yo, ni ustedes, me parece, somos quién para pedirle cuenta de sus actos. Cuando ella se digne dirigir una mirada sobre mí, me encontrará siempre a sus pies.

Al llegar a Mont de Marsan, y después de rezar el *Ángelus*, hizo sor Jacinta rezar el segundo rosario, los cinco misterios dolorosos: Jesús en el Huerto de los Olivos, Jesús azotado, Jesús coronado de espinas, Jesús con la cruz a cuestas, Jesús crucificado. Acto seguido cenaron todos en el mismo vagón, porque ya no se detenía el tren hasta Burdeos, adonde no llegarían hasta las once de la noche. Todos los peregrinos llevaban los cestos repletos de provisiones, sin contar la leche, el caldo, el chocolate y las frutas que sor San Francisco había enviado desde la cantina. Además, se hacían entre ellos repartos fraternales de provisiones; comían sobre sus rodillas, se trataban conversaciones entre un grupo y otro, y cada compartimiento venía a ser una mesa improvisada, una comida íntima a la que cada cual aportaba su escote.

Acababan ya la cena y estaban guardando el sobrante y recogiendo los papeles grasientos, cuando el tren pasó por delante de Morcenx.

—¡Hijas mías —exclamó sor Jacinta levantándose—, ahora la oración de la tarde!

Hubo entonces un bordoneo confuso; se rezaron padrenuestros y avemarías; hizo cada cual un examen de conciencia, un acto de contrición, un abandono de sí mismo en Dios, en la Santa Virgen y en los santos de la corte celestial, toda una acción de gracias por la feliz jornada, que terminó con una oración por los vivos y por los fieles muertos.

—A las diez, cuando pasemos por Lamothe —volvió a decir la monja—, daré la señal de silencio. Espero que todas se comportarán juiciosamente y no habrá necesidad de arrullarlas.

Esta última frase arrancó risas. Eran las ocho y media; una noche lenta había ido cayendo sobre los campos. Únicamente los cerros guardaban todavía el vago adiós del crepúsculo, mientras la espesa capa de tinieblas había sumergido las tierras bajas. El tren desembocó a todo vapor en una inmensa llanura, y ya no se distinguió más que aquel océano de sombras, por el que iba rodando interminablemente, bajo un cielo azul profundo, florecido de estrellas.

Desde hacía un rato la actitud de la Grivotte venía llamando la atención de Pedro. Mientras los peregrinos y los enfermos caían adormecidos, tumbados entre los equipajes, que se balanceaban continuamente a causa de las sacudidas del tren, la Grivotte se había erguido y se aferraba al tabique, presa de una angustia brusca. A la amarillenta y trémula luz de la lámpara pareció como que hubiese adelgazado otra vez y que su rostro lívido denotase un agudo dolor.

—¡Señora, agárrela usted, que se va a caer! —gritó el sacerdote a la señora de Jonquière, quien, con los ojos cerrados, empezaba a dormir.

Ésta acudió en el acto, pero sor Jacinta se había vuelto con más rapidez y pudo tomar en sus brazos a la Grivotte cuando se dejaba caer sobre el asiento, acometida por un violentísimo ataque de tos. Durante cinco minutos, la desgraciada estuvo ahogándose, sacudida por una tos tan fuerte que parecía que crujía todo su cuerpo. Luego aparecieron hilillos rojos y escupió sangre a bocanadas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repetía con desesperación la señora de Jonquière—. Otra vez le ataca el mal. Ya me lo temía yo; no estaba tranquila, porque la vi con un no sé qué de extraño. Espere; voy a sentarme a su lado.

Pero la religiosa no se lo consintió.

—De ninguna manera, señora; duerma usted un poco; yo velaré. No está usted avezada a estos trances y acabará por caer también enferma.

Y sentándose, hizo que la Grivotte apoyase la cabeza sobre su hombro; luego le enjugó los labios sanguinolentos. La crisis pasó, pero volvía a ser tan grande su debilidad que apenas si la desgraciada tuvo fuerzas para balbucear:

—¡Oh, esto no es nada, absolutamente nada! ¡Estoy curada, curada, curada completamente!

Aquella recaída fulminante había dejado helados a todos los del vagón. Muchos se levantaban y miraban aterrorizados, pero luego volvieron a su rincón, y nadie dijo palabra ni se movió más. Pedro meditaba en el sorprendente caso que ofrecía aquella mujer desde el punto de vista médico: restauración de las fuerzas en Lourdes, recuperación del apetito, grandes caminatas, cara radiante, miembros vibrantes, y ahora, de pronto, vómitos de sangre, tos, una cara plomiza de agonía, la brutal reaparición de la enfermedad, victoriosa a pesar de todo. ¿Sería un caso especial de tuberculosis complicado con alguna neurosis? ¿O sería otra enfermedad distinta, una dolencia desconocida, que desarrollaba su proceso tranquilamente, mientras los médicos hacían diagnósticos contradictorios? Comenzaba allí el mar de las ignorancias y de los errores, las tinieblas en que se debate la ciencia humana. Y parecía ver al doctor Chassaigne que se encogía de hombros desdeñosamente, en tanto que el doctor Bonamy, lleno de serenidad, continuaba con toda calma su tarea de comprobación, con la absoluta certeza de que nadie sería capaz de demostrarle la imposibilidad de los milagros, como tampoco él mismo era capaz de demostrar su posibilidad.

—Esto no me da miedo alguno —seguía balbuceando la Grivotte—. Todos me han asegurado en Lourdes que estoy curada, completamente curada.

El vagón rodaba y rodaba en la noche negra. Cada cual tomaba sus disposiciones y se acomodaba para dormir más a sus anchas. Obligaron a la señora de Vincent a tenderse en el banco y le facilitaron una almohada en que apoyar al fin su pobre cabeza dolorida. Se volvió dócil como una niña atontada; dormitaba con un sopor de pesadilla y de sus ojos cerrados continuaban rodando lágrimas silenciosas. También Elisa Rouquet, que disponía de un banco entero, se disponía a dormir; pero antes, sin poder despegar la cara del espejo, se hacía un complicado tocado nocturno, anudándose a la cabeza la pañoleta negra que antes le había servido para ocultar la llaga del rostro, y volvía a mirarse para ver si estaba hermosa así, con el labio deshinchado.



Nuevamente Pedro sintióse asombrado a la vista de aquella llaga en vías de curación, si no curada ya; a la vista de aquel rostro de monstruo que ahora se podía mirar ya sin repulsión. Empezaba de nuevo el piélagos de incertidumbres. ¿Y si no se trataba de un verdadero caso de lupus? ¿Si no fuera más que una úlcera desconocida de origen histérico? ¿Habría que admitir que existen clases de lupus, mal estudiadas todavía, originadas por una mala nutrición de la piel, que pueden ser modificados por efecto de una gran conmoción moral? Aquello era un milagro, a menos que volviese a aparecer al cabo de tres semanas, de tres meses o de tres años, como la tuberculosis de la Grivotte.

Eran las diez. Todo el vagón dormitaba cuando salieron de Lamothe. Sor Jacinta, que sostenía sobre sus rodillas la cabeza de la Grivotte, que se había aletargado, no pudo ponerse en pie, y se limitó a decir por pura fórmula, con voz suave, que se perdió entre el sordo ruido de las ruedas:

—¡Silencio, hijas mías, silencio!

Pero alguien continuaba moviéndose en el fondo de un compartimiento cercano, produciendo un ruido que la puso nerviosa, pero que al cabo comprendió.

—Sofía, ¿por qué estás dando esos puntapiés en el asiento? Hay que dormirse, hija mía.

—¡Pero si yo no doy ningún puntapié, hermana! Es una llave que anda rodando debajo de mi zapato.

—¿Una llave? A ver, dámela.

La monja la examinó; era una llave modesta, muy vieja, negruzca, desgastada y pulida por el uso; la anilla, que había sido soldada, conservaba la marca. Todos se palparon los bolsillos, pero nadie había perdido ninguna llave.

—La encontré en el rincón —contestó Sofía—. Debe de ser de aquel hombre.

—¿De qué hombre? —preguntó la religiosa.

—Del que se murió allá, en Lourdes.

Lo habían olvidado ya. Sor Jacinta hizo memoria: claro, era seguramente de aquel hombre; recordaba ahora haber oído que se le había caído algo cuando le estaba enjugando la frente. Y daba vueltas a la llave, contemplándola. ¡Pobre llave, fea y triste; llave inútil ya, que no abriría la cerradura desconocida, la cerradura perdida en algún rincón de la tierra! Por un instante tuvo la idea de metérsela en el bolsillo, llevada por una especie de compasión hacia aquel trozo de hierro humilde y misterioso que era todo

cuanto quedaba de una persona. Pero luego pensó devotamente que no había que tener apego a nada de este mundo y por la rendija de la ventana entreabierta tiró la llave, que fue a caer en la noche oscura.

—Sofía, basta de juegos; hay que dormir. ¡Vamos, silencio, hijas mías, silencio!

Después de una corta parada en Burdeos, a las once y media, el sueño se apoderó de nuevo del vagón entero. La señora de Jonquière ya no pudo más y se durmió, con la cabeza apoyada en el tabique y el rostro fatigado, pero con expresión satisfecha. También los Sabathier dormían, sosegados, y tampoco se hacía ruido alguno en el otro compartimiento, donde Sofía Couteau y Elisa Rouquet dormían, tendidas en sus asientos, cara a cara. De vez en cuando se oía un sordo gemido, un grito ahogado de dolor o de espanto, que se escapaba de los labios de la señora de Vincent, que estaba amodorrada, martirizada por pesadillas atroces. La única que quedaba despierta era sor Jacinta, con los ojos abiertos, preocupadísima por el estado de la Grivotte, que seguía inmóvil, como derribada por un mazazo, respirando con dificultad, con un estertor continuo.

De un extremo a otro de aquel dormitorio móvil, sacudido por las trepidaciones del tren, que avanzaba a toda máquina, los peregrinos y los enfermos yacían en actitudes de abandono; colgaban aquí y allá miembros, rodaban de un lado para otro las cabezas, bajo la pálida e incierta luz de las lámparas. En el fondo, en el compartimiento de las diez peregrinas, reinaba un lamentable revoltijo de rostros feos, de jóvenes y de viejas, que parecía que hubiesen quedado estereotipados al final de algún cántico, con la boca abierta todavía; y se exhalaba como una vaharada de compasión de todas aquellas pobres gentes, cansadas, abrumadas por cinco días de locas esperanzas, éxtasis infinitos de los que despertarían al día siguiente para encontrarse con la dura realidad de la vida.

Entonces tuvo Pedro la sensación de que se encontraba a solas con María. Esta no había querido tenderse en el asiento, alegando que ya tenía bastante con haber estado echada durante siete años. Pedro, para dejar más espacio libre al señor de Guersaint, que al salir de Burdeos había reanudado su profundo sueño de niño, fue a sentarse junto a María. La claridad de la lámpara le molestaba; corrió la cortinilla y se encontraron envueltos en la penumbra, una penumbra discreta y suave. El tren atravesaba seguramente por una llanura, se deslizaba noche adentro como en un vuelo sin fin con un batir de alas enorme y regular. Por la ventanilla abierta llegábase la exquisita frescura de los campos negros, de los campos insondables, en los que no se

distinguía ni la más leve lucecita de alguna aldea perdida. Pedro se volvió un instante hacia María y vio que tenía los ojos cerrados, pero adivinó que no estaba dormida, sino que saboreaba la gran tranquilidad que reinaba en medio de aquel constante retumbo de trueno, en aquella fuga a todo vapor a través de las tinieblas, y, al igual que ella, también cerró los párpados y soñó largamente.

Una vez más revivía el pasado: la casita de Neuilly, el beso que cambiaron junto a la cerca florida, bajo los árboles espolvoreados de sol. ¡Qué lejos estaba todo aquello y, sin embargo, de qué perfume había dejado impregnada su vida entera! Luego sentía nuevamente la amargura del día en que se hizo sacerdote. Ya nunca sería su mujer, porque él había consentido en dejar de ser hombre, y eso constituiría su eterna desgracia, puesto que la naturaleza, irónica, iba a convertirla ahora en esposa y madre. Si hubiera conservado su fe habría encontrado en ella un consuelo seguro. Pero todo lo había intentado inútilmente para recobrarla: el viaje a Lourdes, sus esfuerzos delante de la gruta, la esperanza que alentó un instante de que acabaría por creer si María se curaba milagrosamente y, por fin, la ruina total, irremediable de su fe, al producirse la curación en la forma científicamente predicha.

Así era como se desarrollaba su idilio, tan puro y tan doloroso, la larga historia de sus ternuras impregnadas de lágrimas. María misma, intuyendo el triste secreto de su vida, había ido a Lourdes sólo para pedir al cielo su conversión. Durante la procesión de las antorchas, cuando se quedaron solos entre los árboles, sumergidos en el perfume de las rosas invisibles, habían rezado el uno por el otro, se habían diluido el uno en el otro, a impulsos del ansia ardiente de su mutua felicidad. Y después, delante de la gruta, ella había suplicado a la Santa Virgen que la olvidara y que le salvase únicamente a él, si es que su Hijo Divino le otorgaba una sola gracia. Luego, curada ya, fuera de sí, arrebatada por el amor y la gratitud, ascendiendo por las rampas con su cochecito hasta la basílica, creyó que su plegaria había sido escuchada y le había comunicado a gritos su alegría por haber sido salvados ambos al mismo tiempo.

¡Cómo pesaba ahora en su corazón la mentira, cariñosa y caritativa, el error en que la había dejado hasta aquel momento! Era como una pesada losa que lo tenía ahora encerrado dentro del sepulcro voluntario. Recordaba la horrible crisis que estuvo a punto de acabar con él en la oscuridad de la cripta, sus sollozos, su brutal rebelión momentánea, la necesidad imperiosa que sentía de conservarla únicamente para sí, de poseerla, puesto que sabía que era suya; aquella pasión rugiente de su despierta virilidad, adormecida

después poco a poco y aplacada bajo el río de sus lágrimas; y recordaba cómo había hecho el juramento de no decirle la verdad, cediendo a un impulso de fraternal compasión, para no destruir en ella la divina ilusión, heroico juramento que ahora lo sumía en agonía.

Pedro sintió un sobresalto en medio de sus rememoraciones. ¿Tendría siempre la fuerza suficiente para mantener su juramento? ¿No acababa de sorprender en su propio corazón, cuando la esperaba en el andén, una impaciencia, un ansia celosa de salir cuanto antes de aquel Lourdes, demasiado querido, con la vaga esperanza de que, alejándola de allí, volvería a ser suya? Si no hubiera sido sacerdote, se habría casado con ella. ¡Qué arrobamiento, qué existencia fascinante y dichosa entregarse por completo a ella, hacerla suya por completo, revivir en el que naciera! No hay seguramente bajo el cielo nada más divino que la posesión, la vida que se completa y que engendra. Y sus ensueños se orientaron hacia otra parte: se contempló casado ya, y se sintió lleno de una alegría tal que se preguntó por qué este sueño sería irrealizable.

María tenía la ignorancia de una niña de diez años; él la instruiría, reharía su alma. Acabaría comprendiendo que aquella curación, que ella atribuía a la Santa Virgen, era debida exclusivamente a la madre única, a la naturaleza serena e imparable. Pero a medida que arreglaba él las cosas le invadía una especie de terror sagrado que nacía de su educación religiosa. ¡Santo Dios! ¿Sabía él acaso si aquella felicidad humana de que él quería colmarla la compensaría de la santa ignorancia, de la infantil ingenuidad en que vivía ahora? ¡Cuántos reproches se haría andando el tiempo, si ella no era feliz! Luego, ¡qué drama de conciencia el tirar la sotana, casarse con la joven del milagro reciente, minar su fe en grado suficiente como para inducirla al consentimiento de aquel sacrilegio! Y, sin embargo, en eso estribaba lo valiente, eso era lo razonable, la vida, el verdadero hombre, la verdadera mujer, la unión necesaria y magna.

¿Por qué, pues, no había de atreverse? Su imaginación se extraviaba bajo una oleada de horrible tristeza, y ya no oyó más que los gemidos de su pobre corazón.

El tren seguía rodando con su enorme batir de alas, y en el vagón sumido en profundo sueño sólo sor Jacinta estaba despierta. En aquel instante, María, inclinándose hacia Pedro, le dijo con dulzura:

—Es curioso lo que me pasa, amigo mío; me estoy cayendo de sueño y no puedo dormir.

Y añadió, con tenue sonrisa:

—Tengo a París metido en la cabeza.

—¡París!

—Exactamente; estoy pensando en que París me espera, en que vuelvo a él. ¡Tendré que vivir en ese París al que no conozco!

Pedro se sintió angustiado. Era lo que él había previsto; ella no sería de él, sino de otros. París se la quitaría, aunque Lourdes se la devolviese. Y se imaginaba lo que fatalmente sucedería cuando aquella niña ignorante hiciese su educación de mujer. Aquella almita blanca, que había conservado su candidez en el cuerpo de una joven de veintitrés años, aquella alma que la enfermedad había aislado, lejos de la vida, lejos de las novelas mismas, maduraría muy pronto, ahora que desplegaba libremente su vuelo. Veía Pedro a la joven alegre y fuerte, corriendo por todas partes, viendo, aprendiendo, hasta tropezar un día con el marido que acabaría de instruirla.

—Entonces, ¿se propone usted divertirse en París?

—¡Divertirme yo! Pero ¿qué está usted diciendo, amigo mío? ¿Somos acaso lo bastante ricos para divertirnos? Todo lo contrario; lo que yo hacía era pensar en mi pobre hermana Blanca, en lo que yo podría hacer en París para aliviarla un poco en su tarea. ¡Qué buena es y cómo trabaja! Yo no quiero que siga siendo ella sola la que gane todo el dinero que necesitamos para vivir.

Calló un rato, y al ver que Pedro también guardaba silencio, muy conmovida, siguió diciendo:

—En otros tiempos, antes de agravarme, solía pintar miniaturas bastante bien. ¿Se acuerda usted de aquel retrato de papá que hice, de gran parecido con el original, y que todos encontraban muy bonito? ¿Verdad que usted me ayudará? Usted podría encargarse de buscarme clientes.

Luego habló de la vida nueva que llevaría. Arreglaría su habitación, la tapizaría con cretona de florecillas azules, aprovechando sus primeros ahorros. Blanca le había dicho que había unos grandes almacenes donde todo se compraba barato. ¡Sería tan divertido salir con Blanca, correr un poco, ella, que no conocía nada, que nunca había visto nada, porque había vivido clavada en el lecho desde su infancia!

Pedro, tranquilizado un instante, volvía a sufrir, sintiendo en ella aquel ardiente anhelo de vivir, aquella ansia por verlo todo, por conocerlo, por probarlo todo. Era, en una palabra, el despertar de la mujer que había en ella, que Pedro había adivinado y adorado en la niña, una mujer inolvidable, toda alegría y pasión, de boca en flor, ojos como dos estrellas, cutis lácteo, cabellos de oro, toda radiante de la alegría de vivir.

—¡Trabajaré! ¡Trabajaré! Y después de todo, tiene usted razón, Pedro; me divertiré también, porque no es malo estar alegre, ¿verdad?

—No, por cierto, María, no.

—Los domingos saldremos al campo, muy lejos, a los bosques, donde haya árboles muy hermosos. Iremos también al teatro, si papá nos lleva. Me han dicho que hay muchas funciones a las que se puede ir. Pero eso no es todo. Con tal de poder salir y andar por las calles, de ver cosas, tendré de sobra para ser dichosa y volver a casa muy contenta. ¡Qué bueno es vivir! ¿Verdad, Pedro?

—Sí, María, sí, muy bueno.

Un frío mortal lo invadía y se sentía morir de pena por haber dejado de ser hombre. ¿Por qué, puesto que ella lo tentaba de aquel modo con su irritante candidez, no había él de confesarle toda la verdad que le atormentaba? La conquistaría, la haría suya. Nunca se había librado hasta entonces en su corazón y en su voluntad un combate más horrendo. Hubo un momento en que estuvo a punto de pronunciar palabras irreparables.

Pero María seguía hablando con su voz de niña traviesa:

—Mire usted al pobre papá, ¡con qué gusto está durmiendo!

En efecto, el señor de Guersaint dormía en el banco de enfrente, tan apaciblemente como si estuviese en la cama, sin darse cuenta, al parecer, de las continuas sacudidas. Aquel balanceo, aquellos brincos monótonos parecían ya, por lo demás, el arrullo bajo el cual se hacía más pesado el sueño del vagón entero. Era el abandono completo, entre el desorden total de los equipajes, caídos también y como aletargados bajo la humosa claridad de las lámparas.

El tren seguía avanzando hacia lo desconocido, a través de las tinieblas, bajo el rítmico tableteo de las ruedas. De vez en cuando, al pasar por delante de una estación o por debajo de un puente, se arremolinaba el viento que el tren levantaba en su carrera, y era como si de pronto se hubiese desencadenado una tempestad. Luego volvía a empezar el bramido adormecedor, uniforme, infinito.

María tomó cariñosamente la mano de Pedro. ¡Se encontraban tan solos, tan aislados, entre toda aquella gente aletargada, en aquella paz inmensa y gruñona del tren lanzado a través de la noche lóbrega! En sus ojos azules había aparecido una tristeza, la tristeza que había ocultado hasta entonces y que los sumía en sombras.

—Vendrá usted con nosotros a menudo, ¿verdad, Pedro?

Pedro se estremeció al sentir que la mano de María oprimía la suya. Tenía ya el corazón en los labios, y estuvo a pique de romper a hablar. Pero se contuvo todavía y balbuceó:

—María, yo no estoy siempre libre y, además, un sacerdote no puede ir a todas partes.

—Un sacerdote, claro —murmuró María—; ya comprendo, un sacerdote...

Entonces fue ella la que habló, la que confesó el secreto mortal que le oprimía el corazón desde que habían partido de Lourdes. Inclinandose más aún hacia él, le dijo, bajando todavía más la voz:

—Escúcheme, Pedro. Yo estoy horriblemente triste. Parezco estar contenta, pero tengo la muerte en el alma. Usted me mintió ayer.

Pedro se quedó al principio turbado, sin comprender bien lo que oía.

—¿Qué yo le he mentado a usted? ¿Cómo es eso?

Una especie de vergüenza la contenía; vaciló todavía un momento, antes de penetrar en aquel misterio de una conciencia que no era la suya, y al fin como amigo, como hermana:

—Sí, usted me dio a entender que había sido salvado al mismo tiempo que yo, y eso no es verdad, Pedro, porque usted no ha vuelto a recuperar la fe que ha perdido.

¡Dios Todopoderoso! ¡Ella lo sabía! Aquello fue para él de un efecto desolador tan grande, constituyó un descalabro tal, que le hizo olvidar su propio dolor. Al principio quiso insistir en su mentira de fraternal caridad.

—Le aseguro que no, María. ¿De dónde ha podido sacar usted una idea tan ruin?

—¡Cállese, por favor, amigo mío! Sentiría demasiado que usted volviese a mentir. Lo noté en la estación, poco antes de salir, cuando falleció aquel pobre hombre. El bueno del abate Judaine se arrodilló y rezó por el descanso de aquella alma contumaz. Me di cuenta de todo, lo comprendí todo al ver que usted no se arrodillaba, al ver que no acudía la oración a sus labios.

—En verdad, le aseguro a usted, María...

—No, no; usted no ha rezado por el muerto, porque usted no tiene ya fe. Y además, hay otras cosas también, y es todo lo que yo adivino, todo lo que veo en usted: esa desesperación que no puede ocultar, esa melancolía que asoma a sus ojos en cuanto se encuentran con los míos. La Santa Virgen no se ha dignado escucharme, no le ha devuelto a usted la fe. ¡Qué desgraciada soy!

Se le presentaba a Pedro la última oportunidad; hubiera debido hablar, hacer luz en aquella alma inocente, explicarle el milagro, para que la vida,

después de haber realizado en ella su obra de salud, coronase su triunfo arrojando al uno en brazos del otro. También él estaba curado, con la inteligencia aleccionada para siempre, y si lloraba, no era por haber perdido la fe, sino por haberla perdido a ella.

Un sentimiento de invencible compasión le invadía en su inmenso pesar. ¡No, no! No turbaría jamás aquella alma, jamás le arrebataría su fe, porque esa fe podía llegar a ser algún día su único apoyo, en medio de las tristezas de este mundo. No se puede pedir a las mujeres ni a los niños el amargo heroísmo de la razón. No se sentía con fuerzas para ello, y tampoco se creía con derecho a tal cosa. Aquello le habría parecido una violación, un asesinato. Y no habló, pero sus lágrimas rodaron más cálidas, en aquella inmolación de su amor, en aquel desesperado sacrificio de la propia felicidad, para que ella siguiese siendo un alma cándida, ignorante y feliz.

—¡Oh, María, qué desgraciado soy! ¡No hay por esos caminos, no hay en las cárceles desgraciados más desgraciados que yo! ¡Si supiese usted, María, si usted supiese qué desgraciado soy!

María se sintió desconcertada; le tomó entre sus brazos temblorosos, quiso consolarle con un abrazo fraternal. Y en aquel momento la mujer que despertaba en ella lo adivinó todo, y ella también se puso a sollozar por todas las voluntades humanas y divinas que los separaban. Ella, que no había jamás pensado en tales cosas, entreveía súbitamente la vida con sus pasiones, sus luchas y sus dolores, y buscaba lo que había de decir para poder apaciguar un poco aquel corazón desangrado, mientras balbuceaba en voz muy baja, afligida porque no se le ocurría nada bastante afectuoso:

—Lo sé, lo sé...

Pero al fin dio con lo que buscaba, y como si lo que iba a decir sólo pudiese ser escuchado por los ángeles, miró inquieta a su alrededor. En el vagón todo parecía dormir aún más profundamente. Su padre seguía durmiendo con el mismo sueño inocente de niño grande. A pesar de aquel rudo balanceo, no se había movido ni un solo peregrino, ni un solo enfermo. La misma sor Jacinta, cediendo a su tremenda fatiga, acababa de cerrar los párpados, después de haber corrido a su vez la pantallita de la lámpara de su compartimiento. No había allí más que una sombra vaga, un montón de cuerpos inciertos entre objetos confusos, apariencias difusas que un soplo tempestuoso, una huida furiosa, arrastraban al fondo de las tinieblas. Desconfió también María de aquellos campos negros, que desfilaban ignotos por ambos costados del tren, sin que se pudiese saber qué bosques, qué ríos qué colinas se atravesaban. Hacía un instante que habían aparecido chispas



brillantes, tal vez de alguna fragua lejana, o de la triste lámpara de algún obrero o de algún enfermo; pero de nuevo empezó a fluir la noche profunda, el mar oscuro, infinito, innominado, en el que se estaba cada vez más lejos, estándose en todas partes y en ninguna.

Entonces María, acometida de púdica turbación, ruborizándose en medio de sus lágrimas, aplicó los labios al oído de Pedro:

—Escuche usted, amigo mío. Hay un gran secreto entre la Virgen y yo. Había jurado no decírselo a nadie. Pero es usted muy desgraciado; sufre usted demasiado, y ella me perdonará. Por eso voy a confiárselo.

Y añadió como si suspirara:

—Durante la noche de amor, ya sabe usted, durante aquella noche de éxtasis fervoroso que pasé delante de la gruta, me comprometí por medio de un voto: prometí a la Santa Virgen que le consagraría mi virginidad, si ella me curaba. Me ha curado, y jamás, óigalo bien, Pedro, jamás seré de ningún hombre.

¡Qué felicidad inesperada! ¡Pedro creyó que un rocío caía sobre su pobre corazón lacerado! Fue un encanto divino, un bálsamo delicioso. Porque si ella no se entregaba a otro, siempre le pertenecería un poco a él. ¡Qué bien había comprendido ella su mal, lo que era menester decir para hacerle todavía llevadera la existencia!

Quiso, a su vez, hallar palabras dulces, darle las gracias, prometerle que él tampoco sería de nadie más que de ella, que la amaría siempre, como la amaba desde su niñez, como a una querida criatura que con un solo beso, el que le dio en otro tiempo, tuvo bastante para perfumar toda su vida. Pero ella le hizo callar, inquieta ya, y temerosa de desvanecer el encanto de aquel minuto tan puro.

—No, amigo mío, no hablemos más. Sería peligroso, tal vez. Estoy muy fatigada, y ahora voy a dormir tranquila.

Y, apoyando la cabeza en su hombro, se durmió enseguida, como hermana confiada. Él siguió todavía un rato despierto, sumido aún en aquella dolorosa felicidad del renunciamiento que acababan de saborear juntos. Ahora todo había terminado: estaba consumado el sacrificio. Viviría solitario, al margen de la vida de los demás hombres. No conocería jamás una mujer, nunca brotaría de él otro ser vivo. No le quedaba sino el orgullo consolador de aquel suicidio voluntario, aceptado conscientemente, con toda la grandeza desolada de las vidas que transcurren al margen de la naturaleza.

Él también se sintió vencido por la fatiga; sus párpados se cerraron y se durmió a su vez. Luego su cabeza se deslizó, y su mejilla fue a rozar la

mejilla de su amiga, que dormía muy tranquilamente, con la frente apoyada en su hombro. Entonces se mezclaron los cabellos del uno y del otro. Los de ella, aquellos cabellos magníficos, estaban medio destrenzados; y él sumergió en ellos su rostro, y soñó con el aroma de aquellos cabellos. Sin duda, los dos se vieron visitados por el mismo ensueño de bienaventuranza, porque sus juveniles facciones tomaron la misma expresión de arrobamiento, como si estuvieran sonriendo a los ángeles. Era el abandono casto y apasionado, la inocencia de aquel sueño casual lo que los había echado así al uno en brazos del otro, lo que había juntado sus miembros, lo que había aproximado sus labios tibios, confundiendo sus respiraciones, como si fuesen dos niños desnudos, acostados en la misma cuna. Tal fue la noche de sus bodas, la consumación del matrimonio espiritual en que iban a vivir, un anonadamiento delicioso de laxitud, apenas un sueño fugitivo de posesión mística, en medio de aquel vagón de miseria y de dolor, que rodaba y rodaba dentro de la noche negra. Transcurrían horas y horas, golpeteaban las ruedas, columpiábanse los equipajes en las perchas; y los cuerpos hacinados, aplastados, exudaban una fatiga enorme, la gran depresión física del país de los milagros, al regresar de la agotadora actividad espiritual.

Por fin, a las cinco de la mañana, cuando asomaba el sol, hubo un despertar brusco, la entrada ensordecedora en una gran estación, gritos de empleados, portezuelas que se abrían, atropellamiento de gente. Habían llegado a Poitiers, y todo el vagón se puso de pie, entre voces, exclamaciones y risas.

Era que la pequeña Sofía Couteau descendía allí y todos se despedían de ella. Besó a las señoras y hasta se asomó por encima del tabique para decir adiós a sor Clara de los Ángeles, a quien nadie había visto desde la víspera porque se había perdido en un rincón, menudita y hermética, con sus ojos misteriosos. Tomó luego su pequeño paquete y se mostró sumamente afectuosa, especialmente con sor Jacinta y la señora de Jonquière.

—¡Hasta la vista, hermana! ¡Hasta la vista, señora! Y muchísimas gracias por todas sus atenciones.

—Tendrás que volver el año venidero, hija mía.

—Sí, hermana, no faltaré. Es mi deber.

—Condúctete bien, hijita, procura ser juiciosa en todo, para que la Santa Virgen pueda estar orgullosa de ti.

—No tenga usted cuidado, señora, porque ha sido muy buena conmigo, y es para mí una gran distracción el volver a verla.

Cuando descendió al andén, todos los peregrinos del vagón se asomaron a las ventanillas y la siguieron con miradas de complacencia, saludos y exclamaciones.

—¡Hasta el año que viene! ¡Hasta el año que viene!

—Sí, sí, muchas gracias. ¡Hasta el año próximo!

La plegaria de la mañana no debía rezarse sino en Châtellerault. Después de Poitiers, cuando el tren rodó de nuevo entre la fresca escalofriante del aura matutina, el señor Guersaint declaró alegremente que había dormido muy bien, a pesar de la dureza del asiento. También la señora de Jonquière se felicitaba por su parte de aquel descanso que tanto necesitaba, aunque un poco confusa por haber dejado que sor Jacinta cuidara sola a la Grivotte, que tiritaba ahora, sacudida por una fiebre intensa y acometida por una horrible tos.

Las demás peregrinas se aseaban un poco, y las diez mujeres del último compartimiento se anudaban las pañoletas con una especie de inquietud púdica, a pesar de su fealdad pobre y triste. Elisa Rouquet, ensimismada frente a su espejo, no acababa de examinar su nariz, su boca, sus mejillas, admirándose a sí misma, sorbiéndose; encontraba, decididamente, que se estaba poniendo cada vez más guapa.

Fue también entonces cuando María y Pedro se sintieron acometidos de pronto por una gran compasión contemplando a la señora de Vincent, a la que nada había podido arrancar de su abotargamiento: ni la tumultuosa parada en Poitiers, ni el vocerío que reinaba en el tren desde que había echado a andar otra vez. Anonadada en su banco, seguía sin abrir los ojos, dormitando, atormentada por atroces pesadillas. Mientras continuaban corriendo gruesas lágrimas de sus párpados cerrados, acababa de asir la almohada que le habían entregado, y la apretaba fuertemente contra su pecho, por obra de alguna pesadilla de su maternidad dolorida. Sus pobres brazos de madre, cargados durante tanto tiempo con la hijita moribunda, aquellos brazos ociosos, vacíos ya para siempre, habían tropezado, entre sueños, con aquella almohada, y se había enlazado a ella como a un fantasma, en un abrazo ciego.

El señor Sabathier tuvo, en cambio, un alegre despertar. Mientras su mujer le envolvía cuidadosamente en mantas las piernas sin vida, púsose a conversar, con la mirada brillante, como quien ha recuperado el don de la ilusión. Decía que había soñado con Lourdes, y que la Santa Virgen se había inclinado hacia él con una sonrisa de bondadosa promesa. Se regocijaba en presencia de la señora de Vincent, de aquella madre a cuya hija había dejado morir la Virgen, y en presencia de la Grivotte, la pobre mujer curada por ella

y que tan rudamente había sufrido una brusca recaída en su mortal enfermedad; y repetía al señor de Guersaint con aire de absoluta certeza:

—Sí, señor; vuelvo a mi casa muy tranquilo. El año próximo me curaré. Sí, sí. ¡Hasta el año que viene, como decía hace unos momentos esa simpática niñita! ¡Hasta el año que viene!

Era la ilusión indestructible, que triunfa hasta de la misma certidumbre; la eterna esperanza que no quiere morir, que retoña cada vez más lozana después de cada derrota, sobre las ruinas de todo.

Al llegar a Châtellerault, sor Jacinta hizo rezar las oraciones de la mañana; el padrenuestro, el avemaría y el credo y una invocación en la que se pedía a Dios un día feliz. ¡Oh, Dios mío! ¡Dadme fuerzas bastantes para evitar todo mal, para hacer todo el bien posible, para soportar todas las penalidades!

## V

**D**continuó el viaje. El tren rodaba y rodaba siempre. En Sainte Maure se rezaron las oraciones de la misa, y en Saint Pierre des Corps se cantó el credo. Pero los ejercicios piadosos no despertaban ya tanto gusto; el fervor empezaba a flaquear un poco, y se iba haciendo notar la fatiga creciente del regreso, tras una exaltación tan prolongada de las almas. Comprendió entonces sor Jacinta que una lectura sería un oportuno entretenimiento para todas aquellas pobres gentes abatidas, y prometió que daría permiso al señor abate para que les leyese el final de la vida de Bernadette, de la que ya en dos ocasiones les había contado tan maravillosos episodios. Se esperaba a llegar a Aubrais, porque desde allí a Etampes tenían cerca de dos horas, tiempo suficiente para terminar la historia sin ser molestados.

De nuevo fueron sucediéndose las estaciones, con la monótona reiteración de lo que se había hecho en el viaje de ida, a través de las mismas llanuras. En Amboise se volvió a empezar el rosario, rezándose el primero con los cinco misterios gozosos; y después de haber salmodiado en Blois el himno: «¡Bendice, oh tierna Madre!», recitaron en Beaugency el segundo rosario, los cinco misterios dolorosos.

Desde el amanecer el sol estaba velado por un fino cendal de nubes, y la campiña huía, muy suave y un poco triste, en un constante movimiento de abanico. Bajo la luz gris, a ambos lados de la vía, los árboles y las casas desaparecían con una vaga levedad de ensueño; mientras que, a lo lejos, las colinas, sumergidas en la bruma, se alejaban más lentamente, con calmoso balanceo de oleaje. Entre Beaugency y Aubrais pareció disminuir la velocidad el tren, que seguía rodando con tableteo rítmico, obstinado, al que ya no prestaban atención los peregrinos aturdidos.

Al salir de Aubrais empezó el almuerzo en el vagón. Eran las doce menos cuarto. Después de rezarse el *Ángelus*, con sus tres avemarías repetidas tres veces, Pedro sacó de la valija de María el librito de tapas azules, adornadas con una imagen sencilla de Nuestra Señora de Lourdes. Sor Jacinta había dado unas palmadas para que se guardase silencio. Entonces pudo el sacerdote comenzar la lectura, con su hermosa y penetrante voz, en medio de la expectativa y la curiosidad de aquellos niños grandes a los que apasionaba el cuento prodigioso. Venían ahora la estancia en Nevers, y luego la muerte

de Bernadette. Pero, como ya lo había hecho las dos anteriores veces, pronto dejó Pedro de atenerse al texto del librito, y entremezcló con el relato textual algunos episodios encantadores, todo lo que él sabía y todo lo que él intuía; y de este modo se evocaba, incluso para él, la verdadera historia, humana y lamentable, la que nadie había contado y que le conmovía el corazón.

Bernadette dejó Lourdes el 8 de julio de 1866. Salió de allí para enclaustrarse en el convento de Saint Gildard, de Nevers, casa matriz de las hermanas que atendían el hospicio donde ella había aprendido a leer y donde había vivido después ocho años. Tenía entonces veintidós y hacía ya ocho que la Santa Virgen se le había aparecido. Se despidió con lágrimas en los ojos de la gruta, de la basílica, de toda la ciudad, a la que ella quería tanto. Pero no podía vivir ya allí a causa de la continua persecución de la curiosidad pública, de las visitas, homenajes y actos de adoración. Su débil salud acabó por resentirse cruelmente con todo aquello. Su humildad sincera, su amor tímido por la penumbra y por el silencio acabaron por infundirle el deseo ardiente de desaparecer, de ir a ocultar en el fondo de ignotas tinieblas su resonante gloria de mujer elegida, a la que no quería el mundo dejar en paz; y no soñaba sino con prácticas sencillas del espíritu, con una vida tranquila, corriente, consagrada a la oración y a los pequeños menesteres cotidianos. Su partida fue, pues, un alivio para ella y para la gruta, a la cual empezaba ya a estorbar por su inocencia demasiado grande y sus excesivamente penosas enfermedades.

El claustro de Saint Gildard, en Nevers, debió haber sido para ella un paraíso. Había aire, sol, habitaciones espaciosas y un gran jardín con árboles magníficos. Sin embargo, tampoco allí pudo disfrutar de paz, ni le fue dado hacerse olvidar por completo del mundo en aquel lejano desierto. Veinte días apenas después de su llegada, tomó el santo hábito con el nombre de María Bernard, haciendo únicamente votos parciales. Pero el mundo, a pesar de todo, la siguió hasta allí, y se reanudó la persecución de la multitud.

La perseguían aún dentro del claustro, con el ansia inextinguible de obtener gracias por la intercesión de su santa persona. ¡Verla, tocarla, atraerse la suerte contemplándola, frotando, sin que ella lo advirtiese, alguna medalla en sus hábitos! Era la pasión fanática por el fetiche, y los fieles se precipitaban, acosando a aquella pobre criatura, que era para ellos un Dios, queriendo cada cual llevarse su parte de esperanza y de divina ilusión.

Bernadette lloraba de cansancio y de rebeldía impaciente, repitiendo a menudo: «¿Por qué me martirizan así? ¿Qué tengo yo que no tengan los demás?». A la larga, acabó por producirle un verdadero sufrimiento el verse

tratada como un «animal curioso», como ella misma se llamaba con una triste sonrisa de dolor. Ella se defendía lo mejor que podía, negándose a ver a nadie. Otras personas la defendían también y muy estrechamente por cierto en algunas ocasiones, no dejándola ver sino a las visitas autorizadas por el obispo.

Las puertas del convento permanecían cerradas, y los eclesiásticos eran casi los únicos que lograban forzar la consigna. Pero, aun así, aquello era demasiado para su deseo de soledad; hubo ocasiones en que llegó a encapricharse, negándose a recibir a algunos sacerdotes, fatigada de antemano ante la idea de tener que repetir siempre la misma historia, de soportar eternamente las mismas preguntas. Estaba indignada, y aquello le parecía que era una ofensa que inferían a la misma Santa Virgen. Pero no tenía más remedio que acceder, porque el propio señor obispo era el que acompañaba a los personajes, dignatarios y prelados; se mostraba entonces con aire grave, respondía con cortesía y lo más brevemente posible, y no se sentía a gusto sino cuando conseguía volver a su rincón solitario.

Nunca había sido la divinidad para nadie una carga tan enfadosa como para Bernadette. Un día que le preguntaron si no estaba orgullosa de las continuas visitas que le hacía su obispo, contestó con dulzura: «Monseñor no viene para verme, sino para mostrarme». Príncipes de la Iglesia, célebres católicos militantes hubo que quisieron verla, y que se enternecieron y estallaron en sollozos en su presencia; y ella, horrorizada de exhibirse como un espectáculo, fastidiada en su simplicidad de espíritu, los abandonaba sin comprender aquella alharaca, muy aburrida y muy entristecida.

Se había ido haciendo entretanto a la vida de Saint Gildard, donde llevaba una existencia monótona, adaptada a los hábitos rutinarios, que terminaron por serle gratos.

Como era muy endeble y enfermiza, la empleaban en la enfermería. Y fuera de sus obligaciones como tal, trabajaba de manera que acabó por ser una obrera bastante habilidosa. Hacía primorosos bordados en albas y paños de altar, pero con harta frecuencia le faltaban las fuerzas, y no podía dedicarse ni aun a los más ligeros trabajos. Cuando no estaba en cama, se pasaba días enteros en un sillón, sin más distracción que rezar el rosario o entregarse a lecturas piadosas.

Desde que aprendió a leer, le interesaban los libros, las bellas historias de conversiones, las leyendas de santos y de santas, y también los hermosos y espantables dramas en que el diablo aparecía chasqueado y sumergido de nuevo en los infiernos. Pero su gran cariño, su maravilla continua, era siempre

la Biblia, ese prodigioso Nuevo Testamento cuyos constantes milagros no se cansaba nunca de admirar. Se acordaba de la Biblia de Bartrès, de aquel viejo libro amarillento que llevaba un siglo en la familia; volvía a ver a su padre adoptivo, que todas las noches clavaba un alfiler entre las páginas, al azar, y que daba luego comienzo a la lectura por la cabecera de la página de la derecha. Ya entonces estaba tan familiarizada con aquellos admirables relatos que bastaba citarle una frase para que siguiese recitando el resto de memoria. Ahora los leía ella misma, produciéndole una sorpresa eterna, un encanto siempre nuevo. La conmovía sobre todo el relato de la Pasión, como si fuese un acontecimiento extraordinario y trágico acaecido la víspera. Sollozaba llena de compasión al leerlo, y todo su pobre cuerpo dolorido se estremecía durante horas enteras. Había quizá en el fondo de sus lágrimas el dolor inconsciente de su propia pasión, el Calvario desolado que también ella iba recorriendo desde su juventud.

Cuando no estaba enferma y podía ocuparse en la enfermería, Bernadette iba y venía, llenando la casa con su vivaz alegría de niña. Hasta la hora de su muerte, siguió siendo la mujer inocente e infantil que gustaba de reír, saltar y jugar. Era muy pequeña, la más pequeña de la comunidad, lo que hizo que todas sus compañeras la trataran en cierto modo como a una chiquilla. Su cara se iba alargando, se desencajaba, perdía el brillo de la juventud; pero los ojos conservaban su pura y divina claridad, magníficos ojos de vidente, por donde, como en un cielo límpido, revoloteaban los sueños.

Al ir envejeciendo, y a consecuencia de los dolores que padecía, se fue tornando algo áspera y violenta; su carácter se agriaba, se hacía inquieto, y era frecuentemente ruda; todas aquellas imperfecciones, una vez superadas las crisis, le dejaban mortales remordimientos. Se humillaba, creyéndose condenada, y pedía perdón a todos. Pero ¡qué ángel de Dios era casi siempre! Vivaracha, despierta, tenía salidas y reflexiones que provocaban a risa, y que ella decía con una gracia tan personal que todos la adoraban. A pesar de su gran devoción, y aun cuando pasaba días enteros rezando, su religiosidad no era agresiva, ni demostraba exceso de celo para con los demás, sino que era tolerante y compasiva. Era una santa doncella, en una palabra, pero con toda su femineidad esencial, con rasgos propios y una personalidad bien definida, encantadora dentro de su misma puerilidad.

Aquel don de la infancia, que conservaba; aquella inocencia sencilla de niña, que nunca había perdido, era lo que hacía que los niños la adoraran como a una compañera; todos corrían hacia ella, saltaban sobre sus rodillas, le rodeaban el cuello con sus bracitos, y entonces todo era en el jardín travesuras



bulliciosas, carreras y gritos, y no era ella la que menos corría, ni la que menos gritaba, sintiéndose feliz por volver a ser la muchachita pobre y desconocida de aquellos lejanos días pasados en Bartrès.

Tiempo después se dijo que una madre había llevado al convento a un hijo suyo que estaba paralítico, a fin de que la santa lo tocara y sanara. La madre lloró tan reciamente que la superiora acabó por consentir en aquella tentativa. Pero, como Bernadette se rebelaba y se indignaba cuando le pedían que hiciera algún milagro, no se la previno para nada, y se la llamó solamente para que llevara a la enfermería al pequeño. Bernadette transportó al niño, y cuando lo puso en el suelo, el niño caminó: estaba curado.

¡Cuántas veces, en las horas en que se ponía a soñar, fatigada de haber rezado por los pecadores, revivían en su imaginación Bartrès y su infancia libre, corriendo detrás de sus ovejas, y los años pasados en las colinas, entre la vegetación agreste y los bosques frondosos! Nadie penetró entonces en su alma, nadie puede decir si no hicieron sangrar su corazón dolorido nostalgias involuntarias.

Un día pronunció una frase que sus historiadores citan para hacer más conmovedor su martirio. Enclaustrada, lejos de sus montañas, clavada en el lecho del dolor, exclamó: «Me parece que nací para vivir, para actuar, para no estar quieto nunca, y, sin embargo, el Señor me obliga a permanecer inmóvil». ¡Frasas reveladoras que constituyen un testimonio terrible, que transparentan una tristeza inmensa! ¿Y por qué obligaba el Señor a permanecer inmóvil a aquella criatura llena de alegría y de gracia? ¿No le habría honrado de igual modo llevando la vida de libertad y de salud, para la cual había nacido? Y si en vez de rezar por los pecadores, su ocupación constante y vana, hubiese dado su parte de amor al marido que la esperaba, a los hijos que hubiesen nacido de su carne, ¿no habría hecho más por acrecentar la felicidad del mundo y la suya propia? Se cuenta que, algunas noches, ella, que era tan alegre, tan activa, caía como aplastada por una gran pesadumbre. Tornábase sombría, se replegaba sobre sí misma, como anonadada por el exceso de dolor. Sin duda, el cáliz era ya demasiado amargo para ella, y se sentía agonizar pensando en que toda su existencia era un constante renunciamiento a todo.

¿Pensaba a menudo Bernadette en Lourdes cuando estuvo en Saint Gildard? ¿Qué sabía ella del triunfo de la gruta y de las maravillas que estaban transformando día por día aquella tierra milagrosa? Es cuestión que nunca se resolvió con claridad. Les estaba prohibido a sus compañeras hablarle de esas cosas, y la rodeaban a este respecto, de un silencio continuo y

absoluto. A ella misma no le gustaba hablar de ello; guardaba hermético silencio sobre su pasado misterioso, y tampoco mostraba deseos de hablar del presente, por glorioso que fuese. Sin embargo, ¿no volaría su corazón en alas de la imaginación hacia aquel país encantado de su infancia, en el que vivían los suyos, donde habían quedado anudados todos los lazos de su vida, y en donde había dejado el sueño más extraordinario que criatura humana alguna haya tenido jamás? Seguramente que hizo con frecuencia en el pensamiento el hermoso viaje de sus recuerdos, y que, por lo menos a grandes líneas, tuvo noticias de los grandes acontecimientos de Lourdes.

Lo que le producía verdadero terror era el ir allí en persona, y a ello se negó siempre, porque sabía que no podría pasar inadvertida y porque le causaba espanto la adoración de las multitudes que seguramente le esperaban. ¡Qué éxito el suyo si hubiese sido una mujer dominadora, ambiciosa, enérgica! Habría vuelto al santo lugar de sus visiones, habría hecho allí milagros, habría sido sacerdotisa, papisa, con infalibilidad y autoridad de elegida y amiga de la Santa Virgen. Aunque dieron la orden formal de aislarla del mundo, por su propio bien, según decían, es lo cierto que los padres de la gruta jamás abrigaron seriamente semejante posibilidad. Estaban tranquilos, porque sabían que era una mujer dulce y humilde, que le inspiraba verdadero terror la idea de su divinización, que vivía ignorante de la colosal máquina que ella había puesto en marcha, y cuya explotación, de haberla conocido, la habría hecho retroceder horrorizada. ¡No, no! Ya no era suya aquella ciudad tumultuosa, de violencias y de negocios. Habría sufrido demasiado, aturdida, avergonzada. Y cuando los peregrinos que acudían allí le preguntaban: «¿Quiere usted venir con nosotros?, —la sacudía un ligero estremecimiento, y contestaba en el acto—: ¡No, no! Pero ¡con qué gusto me iría si fuese un pajarillo!».

Su único sueño fue ser avecilla viajera, de vuelo rápido y alas silenciosas, para hacer constantemente su peregrinación a la gruta. Ella, que no se había trasladado a Lourdes ni cuando la muerte de su padre, ni cuando la de su madre, iba seguramente allí todos los días con el pensamiento. Amaba, sin embargo, a los suyos, se preocupaba por encontrar trabajo a su familia, que seguía siendo pobre, y quiso recibir a su hermano mayor, llegado a Nevers para quejarse, y al que no querían dejar pasar. El hermano la halló abatida y resignada, y ni siquiera le preguntó Bernadette por el nuevo Lourdes, como si le tuviese miedo a aquella ciudad que crecía por instantes.

El año de la coronación de la Virgen, un sacerdote a quien Bernadette había encargado que rezase por ella delante de la gruta, volvió y le contó las

inolvidables maravillas de la ceremonia: los cien mil peregrinos congregados, los treinta y cinco obispos, vestidos todos con vestiduras de oro, reunidos en la basílica deslumbrante. Bernadette se estremecía oyéndole, como si corriese por su cuerpo un escalofrío de deseo y de inquietud. Y cuando el sacerdote exclamó: «¡Ah, si hubiese visto usted aquel esplendor!, —ella le contestó—: ¿Yo? Estaba mucho mejor aquí, en mi enfermería, en mi rinconcito». Le habían robado su gloria, le habían robado su obra, en la que resonaba un perpetuo hosanna, y Bernadette no hallaba felicidad sino en el fondo del olvido, en la penumbra del claustro, donde la olvidaban los opulentos explotadores de la gruta.

Las solemnidades estruendosas no eran ocasión propicia para aquellos viajes misteriosos; el pajarillo de su alma no volaba hasta Lourdes sino en los días de soledad, en las horas apacibles, cuando nadie podía turbar sus devociones. Ella se arrodillaba delante de la agreste gruta primitiva, entre los rosales silvestres, en la época en que el Gave no estaba aún aprisionado por el malecón monumental. Y al declinar el día, cuando la atmósfera estaba impregnada de la olorosa brisa de las montañas, ella se iba a visitar la ciudad antigua, la vieja iglesia pintada y dorada, en la que había hecho su primera comunión, y el viejo hospicio tibio rincón de sufrimiento, en el que se había habituado al retiro durante ocho años; en una palabra, visitaba toda aquella ciudad vieja, pobre e ingenua, donde cada piedra de las calles despertaba en el fondo de su memoria ternuras antiguas.

¿Y no llevaría aún más lejos Bernadette, hasta Bartrès, la peregrinación de sus sueños? Hay que creer que también Bartrès surgía ante su imaginación, alumbrando la noche de sus ojos en ciertas ocasiones, cuando no se podía mover de su sillón de enferma y se le caía de las manos cansadas algún libro piadoso, cerrando los párpados. Allí estaba la antigua iglesia romana, con su nave de color de cielo y sus retablos de color de sangre, rodeada por las tumbas del estrecho cementerio. Volvía a verse después en la casa de Lagues, en la espaciosa habitación de la izquierda, donde había fuego encendido y donde contaban en invierno hermosos cuentos, mientras el gran reloj daba pausadamente las horas. Luego se presentaba ante sus ojos la campiña, la pradera sin fin, los castaños gigantescos bajo los cuales uno desaparecía, las mesetas desiertas desde las que se descubrían las montañas lejanas: el pico de Midi, el pico de Viscos, tenues y rosados, como los sueños, lanzados a volar en pleno país de leyenda.

Y después... Después se acordaría de su juventud libre, de cuando corría por donde se le antojaba, en campo abierto; se acordaría de sus trece años

solitarios y soñadores, cuando paseaba por la vasta naturaleza su alegría de vivir. ¿No se vería entonces a sí misma, caminando por las orillas de los arroyos, atravesando por entre los bosques espesos de espinos, perdida entre las hierbas altas, bajo el cálido sol de junio? ¿No volvería a verse a sí misma, ya más crecida, con un galán de su misma edad, al que ella habría amado con toda la simplicidad y la ternura de su corazón? ¡Volver a ser joven, volver a ser libre, ignorada, feliz, y amar otra vez, amar de otro modo! Aquella visión pasaría confusa por su mente: un marido que la adoraba, hijos que crecían alegremente a su alrededor; hacer la vida que hace todo el mundo; conocer las alegrías y las tristezas que habían conocido sus padres, y que sus hijos conocerían a su vez. Todo se desvanecía poco a poco, y volvía a verse en su sillón de dolor, aprisionada entre cuatro frías paredes, sin más deseo que el de una muerte rápida, puesto que no había habido para ella el pequeño rincón de felicidad que hay para todos en la tierra.

Los achaques de Bernadette iban en aumento todos los años. Era, en fin, la pasión que comenzaba, la pasión de aquel nuevo Mesías niño, venido a este mundo para consuelo de los miserables, encargado de anunciar a los hombres la religión de la divina justicia, la igualdad ante los milagros, con escarnio de las leyes de la impasible naturaleza. No se levantaba ya de una silla sino, para sentarse en otra, y esto sólo durante algunos días; enseguida venía la recaída, y no tenía más remedio que volver otra vez al lecho.

Sus dolores se hacían espantosos. Su herencia nerviosa y su asma, agravada en el claustro, degeneraron en tuberculosis. Tosía horriblemente, tenía accesos que le desgarraban el pecho abrasado y que la dejaban medio muerta. Para colmo de miserias, se había declarado una caries en la rodilla derecha, una enfermedad roedora que le hacía gritar de dolor. Su pobre cuerpo, debido a las continuas curaciones a que se la sometía, era una llaga viva, llaga que se irritaba más aún por el calor del lecho, por su constante permanencia entre sábanas que, con su roce, acababan por desgarrarle la piel. Todos la compadecían; los testigos de su martirio afirmaban que no era posible sufrir más ni con más estoicismo. Probaba el agua de Lourdes, que no le producía alivio alguno. Señor Todopoderoso, ¿por qué se habían de curar los demás y no ella? ¿Era para salvar su alma? Pero, entonces, ¿no se salvaban las almas de aquellos que habían sido curados? ¡Inexplicable elección! ¿Qué necesidad absurda era esa de martirizar a aquella pobre criatura? ¿Qué era ella en la eterna evolución de los mundos?

Bernadette sollozaba y repetía para darse ánimo: «¡El cielo está al final, pero qué final tan largo de alcanzar!». Siempre la misma idea de que el dolor

es un crisol, de que hay que sufrir en este mundo para triunfar en el otro, que el dolor es necesario, envidiable y bendito. ¿No es esto una blasfemia, oh Señor? ¿No sois vos quien ha creado la juventud y la alegría? ¿Queréis, entonces, que vuestras criaturas no disfruten de vuestro sol ni de vuestra naturaleza, cuando todo es fiesta en ella, ni de las ternuras humanas que habéis hecho brotar de nuestra carne? Bernadette temía la rebelión que la extraviaba a veces, y hacía esfuerzos para mostrarse fuerte contra el mal que torturaba su cuerpo; ella misma se crucificaba con el pensamiento, extendiendo los brazos en cruz para unirse a Jesús, miembro contra miembro, boca contra boca, chorreando sangre como él, saciándose como él de amargura. Jesús había muerto en tres horas; pero la agonía de Bernadette era más larga, porque ella había venido a renovar la redención por el dolor, y se moría también para dar la vida a los demás.

Cuando sus huesos crujían de angustia, prorrumplía a menudo en quejas, pero enseguida se reprochaba a sí misma: «¡Oh, cómo sufro, cómo sufro; pero qué feliz soy sufriendo!». No puede haber palabras más espantosas, ni pesimismo más negro. ¡Feliz de sufrir, oh, Señor! ¿Y por qué? ¿Con qué fin imbécil e ignorado? ¿Para qué esa inútil crueldad, esa repugnante glorificación del dolor, cuando de la humanidad entera no sale sino un ansia ardiente de salud y de felicidad?

En medio de su atroz suplicio, el 22 de septiembre de 1878, sor María Bernard pronunció sus votos perpetuos. Hacía ya veinte años que se le había aparecido la Santa Virgen, visitándola como la había visitado el Ángel a Ella, eligiéndola como ella misma había sido elegida, entre las más humildes y las más cándidas, para ocultar el secreto del Rey Jesús. Era la explicación mística de que hubiese sido elegida para sufrir, la razón de ser de aquella criatura tan duramente separada del resto del mundo, abrumada de males, convertida en el lastimoso campo de todas las humanas aflicciones. Era ella el huerto cerrado que tanto place a las miradas del Esposo; éste la había elegido y sepultado luego en la oscuridad de su vida, como en un sepulcro. Por eso, cuando la infeliz tambaleaba bajo el peso de su cruz, sus compañeras le decían: «¿Olvidasteis que la Virgen os prometió haceros feliz, no en este mundo, sino en el otro?. —Y ella contestaba, reanimada, golpeándose la frente—: ¡Olvidarme, nunca; lo tengo aquí, aquí!».

Sólo hallaba fuerzas en aquella ilusión de un paraíso de gloria, en el que ella habría de entrar escoltada por serafines, para gozar de la bienaventuranza eterna. Los tres secretos que la Santa Virgen le había confiado para armarla contra el pecado serían seguramente promesas de belleza, felicidad e

inmortalidad en el cielo. ¡Pero qué monstruosa engañifa si no hubiese más allá de la tumba otra cosa que la noche de la tierra, si la Santa Virgen de sus ensueños no acudía a la cita que le había dado, entre todas las prodigiosas recompensas prometidas! Sobre esto Bernadette no abrigaba la menor duda, y aceptaba de buena gana todos los pequeños encargos que sus compañeras le daban, ingenuamente, para cuando llegase al cielo: «Sor María Bernard, acuérdesse de decir esto al buen Dios»; «Sor María Bernard, si se encuentra con mi hermano en el paraíso, dele un beso de mi parte»; «Sor María Bernard, guárdeme un lugarcito a su lado para cuando yo me muera. —Y ella contestaba a cada una, complacientemente—: ¡No tema usted; cumpliré su encargo!». ¡Oh fuerza todopoderosa de la ilusión, descanso delicioso, energía siempre renovada y consoladora!

Y vino la agonía, llegó la muerte. El viernes 28 de marzo de 1879 se creyó que no pasaría de aquella noche. Tenía un ansia desesperada de llegar a la tumba, para no sufrir más, para resucitar en el cielo. Por eso se resistió obstinadamente a recibir la extremaunción, diciendo que por dos veces ya la extremaunción la había curado. Quería que Dios la dejase por fin morir, porque era ya demasiado, y no habría obrado bien el Señor haciéndola sufrir más. Sin embargo, acabó consintiendo en que le administrasen los santos óleos, y su agonía se prolongó durante cerca de tres semanas. El sacerdote que la asistía le repetía con frecuencia: «Hija mía, hay que hacer el sacrificio de la vida».

Un día, con gran impaciencia ya, contestó vivamente: «Pero, padre, esto no es un sacrificio». Frase terrible también ésta, hastío de vivir, desprecio furioso de la existencia, ansia inmediata de suprimir la humanidad si ello pudiese llevarlo a cabo con su mano, de golpe. Es cierto que la pobre mujer no tenía nada que echar de menos: le habían obligado a ponerlo todo al margen de la vida: su salud, su alegría, su amor, para que la abandonase como se abandona una ropa hecha jirones, usada y sucia. Tenía razón ella condenando aquella su vida inútil, su vida cruel, con estas palabras: «Mi pasión no concluirá sino con mi muerte, y durará para mí hasta mi entrada en la eternidad».

Aquella idea de su pasión la perseguía, la ataba aún más estrechamente en la cruz de su Divino Maestro. Se hizo dar un gran crucifijo, que oprimía violentamente contra su triste pecho de virgen, diciendo a gritos que quería hundirlo en el pecho y guardarlo allí. En sus últimos momentos, las fuerzas la abandonaron, y ya no pudo sostenerlo en sus manos trémulas: «Que me lo aten, que lo aprieten fuertemente contra mí, para que yo lo sienta hasta mi

último suspiro». Era el único hombre que había conocido su virginidad, el único beso ensangrentado dado a su maternidad inútil, desviada y pervertida. Las religiosas tomaron unas cuerdas, las pasaron por debajo de su cintura dolorida, rodearon con ellas sus míseros flancos infecundos y ataron el crucifijo sobre su seno, con tanta fuerza que se incrustó en él.

La muerte tuvo por fin compasión. El lunes de Pascua fue acometida por un gran temblor. La asaltaron alucinaciones, que la conturbaban; castañeteaba de miedo, veía al demonio que vagaba, burlón, en torno suyo: «¡Vete de aquí, Satanás! ¡No me toques, no me llesves contigo!». Decía, después, en medio de su delirio, que el diablo había querido echársele encima, que había sentido que su boca le soplabá todas las llamas del infierno. ¿Por qué el demonio, ¡oh Señor!, en aquella vida tan pura, en aquella alma que no había cometido pecado alguno? ¿Y por qué, ¡oh Señor!, aquel nuevo golpe, aquel sufrimiento sin perdón, aquella exasperación hasta el último momento? ¿Por qué esta cruel pesadilla, esta muerte agitada por espantosas imágenes, al término de una vida toda candor e inocencia? ¿No podía dormirse serenamente, sumergida en la paz de su alma casta?

Sin duda, mientras tuviese aliento, era menester que sintiese odio y temor por la vida, que es el diablo. Era la vida lo que la amenazaba; lo que ella arrojaba lejos de sí era la vida, la misma vida que ella había negado al reservar al Esposo celeste su virginidad atormentada, clavada en la cruz. Aquel dogma de la Inmaculada Concepción, que sus visiones de niña enferma habían contribuido a consolidar, era una bofetada a la mujer, esposa y madre. Decretar que la mujer no es digna de culto sino a condición de que sea virgen, idear una imagen de mujer que siga siendo virgen después de ser madre, y que haya nacido también sin mácula, ¿no es una befa a la naturaleza, la vida condenada, la mujer negada, lanzada a la perversión, siendo así que la mujer sólo es grande cuando ha sido fecundada, cuando perpetúa la vida? «¡Huye de aquí, Satanás; déjame morir estéril!». Y con ello, Bernadette expulsaba el sol de la sala, el aire libre que penetraba por la ventana, el aire embalsamado por el aroma de las flores, cargado con las semillas errantes que arrastra el amor a través del ancho mundo.

El miércoles de Pascua, 16 de abril, empezó la última agonía. Se cuenta que en la mañana de aquel mismo día fue súbitamente curada, después de haber bebido un vaso de agua de Lourdes, una monja compañera de Bernadette, atacada de una enfermedad mortal, acostada en la enfermería, en una cama próxima a la suya. Pero ella, la elegida, había bebido el agua inútilmente. Y Dios le otorgó al fin la gracia insigne de que se colmasen sus

deseos, permitiéndole que durmiese el buen sueño de la tumba, donde ya no se sufre más.

Bernadette pidió perdón a todo el mundo. Se había consumado su pasión; ella también tenía, lo mismo que el Salvador, los clavos y la corona de espinas, los miembros flagelados y abierto el costado. Como el Salvador, también ella alzó los ojos al cielo y extendió los brazos en cruz, lanzando un fuerte grito: «¡Dios mío!. —Y, también como Él, hacia las tres de la tarde, exclamó—: Tengo sed». Humedeció sus labios en un vaso, inclinó la cabeza y murió.

Así expiró, muy gloriosamente, la vidente de Lourdes, Bernadette Soubirous, sor María Bernard, monja de las hermanas de la caridad de Nevers. Su cuerpo estuvo expuesto durante tres días; desfilaron ante él multitudes enormes; acudió el pueblo en masa; se formó una cola interminable de fieles, hambrientos de esperanza, que frotaban en el hábito de la muerta medallas, rosarios, imágenes, devocionarios, para obtener de ella alguna gracia, algún fetiche que diera suerte. Ni siquiera en la muerte se la pudo dejar en su sueño de soledad, porque los desgraciados de este mundo corrieron hacia ella en tropel para beber la ilusión en torno de su féretro. Notose que había conservado el ojo izquierdo obstinadamente abierto; era el ojo que durante las apariciones de la Santa Virgen quedaba del lado de Esta.

Un último milagro maravilló al convento: el cuerpo no se alteró, y cuando la enterraron al tercer día estaba flexible, tibio; tenía los labios rosados, la piel blanquísima, como si hubiese rejuvenecido y despediese un aroma agradable. Actualmente, Bernadette Soubirous, la gran desterrada de Lourdes, duerme oscuramente su último sueño en Saint Gildard, bajo las losas de una capillita, entre la sombra y el silencio de los añosos árboles del huerto.

Pedro dejó de hablar; el buen cuento maravilloso había terminado. Pero todos los que iban en el vagón seguían escuchando, profundamente sacudidos por aquel final trágico y tan conmovedor. Lágrimas de ternura corrían de los ojos de María, mientras las demás, Elisa Rouquet, la Grivotte misma, que se había calmado un poco, juntaban las manos, rezaban a la que estaba ahora en el seno de Dios, pidiendo que intercediese para que acabase de curarlas. El señor Sabathier hizo una enfática señal de la cruz, y luego se puso a comer el pastel que su mujer le había comprado en Poitiers. A la mitad de la historia, el señor de Guersaint, a quien molestaban las cosas tristes, se había quedado dormido. Sólo la señora de Vincent seguía con la cara hundida en la almohada, inmóvil, como sorda y ciega, no queriendo oír ni ver nada.



El tren rodaba y rodaba siempre. La señora de Jonquièrre, con la cabeza fuera de la ventanilla, anunció que llegaban ya a Etampes. Cuando salieron de la estación sor Jacinta dio la señal y recitaron el tercer rosario, los cinco misterios gloriosos: la Resurrección de Nuestro Señor, la Ascensión de Nuestro Señor, la Venida del Espíritu Santo, la Asunción de la Santísima Virgen y la Coronación de la Santísima Virgen. Y luego salmodiaron el himno: «En tu ayuda deposito mi confianza, oh Señora...».

Pedro cayó entonces en una profunda meditación. Sus miradas se dirigieron a los campos ahora bañados de sol, y cuya continua fuga parecía mecer sus pensamientos. El trepidar de las ruedas le aturdió, y acabó por no distinguir con claridad los horizontes familiares de aquel inmenso suburbio, que había conocido en otros tiempos. Todavía faltaba Bretigny, luego vendría Juvisy, y, por fin, París, dentro de hora y media escasa. ¡Llegaba a su término el gran viaje! ¡Estaba realizada ya aquella tan deseada investigación, aquel experimento llevado a cabo con tanto apasionamiento!

Había querido adquirir para sí una certidumbre, estudiar sobre el terreno el caso de Bernadette, comprobar si era posible que volviese a él la gracia divina, como una revelación súbita, devolviéndole la fe. Y ahora sabía ya a qué atenerse. Bernadette había soñado, bajo el continuo acicate de su carne torturada, y él mismo no creería ya nunca. Esto se imponía con la brutalidad de un hecho: la fe ingenua del niño que se arrodilla y reza, la fe primitiva de los pueblos jóvenes, doblegados por efecto del terror sagrado de su ignorancia, estaba muerta. Aunque los peregrinos acudiesen a Lourdes por millares todos los años, los pueblos no creerían ya; aquella tentativa de resucitar la fe total, la fe de los siglos muertos, sumisa y ciega, debía fracasar inevitablemente.

La historia no remonta su curso, la humanidad no puede retroceder a la infancia, los tiempos han cambiado demasiado; vientos nuevos han soplado, sembrando gérmenes de nuevas cosechas, y ya no es posible que los hombres de hoy se formen como los hombres del pasado. Aquello era decisivo. Lourdes no constituía sino un accidente explicable, una violenta reacción que era una prueba más de la agonía suprema en que se debatía la fe, bajo la antigua forma del catolicismo. Jamás la nación entera se prosternaría ya, como la nación creyente de otros tiempos en las catedrales del siglo XII, como rebaño dócil bajo el cayado del Señor. Obstinarsse ciegamente en ese propósito equivaldría a estrellarse contra lo imposible y correr hacia grandes catástrofes morales.

No conservaba de su viaje sino un sentimiento de inmensa piedad. Su corazón se desbordaba, su pobre corazón que volvía despedazado. Se acordaba de las palabras del buen abate Judaine, y había visto a todos aquellos millares de infelices rezar, sollozar, suplicar a Dios que tuviese misericordia de sus padecimientos, y él había sollozado con ellos, conservando, como una llaga viva, la fraternidad lamentable de todos los infortunios. De ahí que no pudiese pensar en todos aquellos desdichados sin sentir un ardiente deseo de aliviarlos. Si no bastaba ya con la fe ingenua, si pretender dar marcha atrás era correr el riesgo de extraviarse, ¿había que cerrar entonces la gruta, había que predicar otro evangelio de paciencia? Su piedad se rebelaba al pensar en ello. ¡No, no! Sería un crimen cerrar el ensueño de su cielo a aquellos seres que sufrían con el cuerpo y con el alma, y cuyo único consuelo consistía en arrodillarse, allá en Lourdes, entre el resplandor de los cirios encendidos, en la arrulladora obstinación de sus cánticos.

No había querido, por eso mismo, cometer el asesinato de abrir los ojos a María; había preferido inmolarse él para que ella conservase la alegría de su quimera, el divino apoyo de creerse curada por la Virgen. ¿Dónde estaba el hombre de corazón tan duro que hubiese tenido la crueldad de impedir a los humildes que creyesen, de matar en ellos el lenitivo de lo sobrenatural, la esperanza de que hay un Dios que se ocupa de ellos, reservándoles una vida mejor en su paraíso? La humanidad entera lloraba, desolada de angustia, como una enferma desesperada, desahuciada, sin más esperanza de salvación que el milagro. Pedro, que la sentía desgraciada, se estremecía con fraternal ternura ante aquel cristianismo lamentable, de humildad, de ignorancia y de pobreza harapienta, enfermo, con sus llagas y sus olores nauseabundos; en presencia de todo aquel pueblo de desgraciados que vivía en los hospitales, en los conventos y en las zahúrdas, entre chinches y piojos; ante la suciedad, la fealdad y las caras idiotas, todo lo cual hacía que estallase en su corazón una protesta contra la salud, contra la vida, contra la naturaleza misma, en nombre de la justicia, de la igualdad y de la bondad triunfantes. ¡No! Era menester que nadie se desesperase, había que tolerar a Lourdes como se tolera la mentira que ayuda a vivir. Y como lo había dicho ya él mismo cuando estaba en la habitación de Bernadette: ésta era una mártir que le revelaba la única religión de que estaba todavía lleno su corazón: la religión del sufrimiento humano. ¡Había que ser bueno, procurar sanar todos los males, aplacar el dolor mediante la ilusión, mentir incluso para que nadie sufra!

El tren atravesó a toda velocidad una aldea, y Pedro divisó confusamente una iglesia entre unos grandes manzanos. Todos los peregrinos del vagón se santiguaron, pero él sintió que le invadía la inquietud y que los escrúpulos tornaban angustiosos aquellos ensueños. ¿No sería una engañifa más aquella religión del dolor humano, aquella salvación por el dolor? ¿No se agravaría aún más el sufrimiento y la miseria? La superstición es, además de cobarde, peligrosa. Dejarla vivir, tolerarla, aceptarla, es volver a empezar eternamente los siglos desgraciados. La superstición debilita, embrutece; los estigmas de la religión que la herencia lega engendran generaciones apocadas y timoratas, pueblos degenerados y dóciles, que son una presa fácil para los poderosos de este mundo. Se explota, se roba y se esquilma a los pueblos que ponen todos los esfuerzos de su voluntad en la conquista de la otra vida.

Entonces, ¿no sería, quizá, mejor tener inmediatamente el atrevimiento necesario para llevar a cabo una intervención quirúrgica en la humanidad, cerrando las grutas milagrosas, a donde va a llorar, y devolviéndole de ese modo la energía que le hace falta para vivir la vida tal cual es en la realidad, aunque ello le costase lágrimas? Lo mismo se podía decir de la oración, de aquella oleada de rezos incesantes que se oían en Lourdes, rezos en que el mismo Pedro se había anegado hasta enternecerse. ¿Qué era todo aquello sino un arrullo pueril, un bastardeamiento de todas las energías? La voluntad se adormecía con todo aquello, el individuo se depauperaba a sí mismo, cobrando hastío a la vida y a la acción. ¿Para qué querer, para qué obrar, si bastaba con ponerse por completo en manos de un ser desconocido y omnipotente? Por otra parte, ¡qué extraña cosa resultaba el insensato deseo de prodigios, la necesidad de obligar a Dios a transgredir las leyes de la naturaleza establecidas por él mismo, en su sabiduría infinita! Había allí, evidentemente, un peligro y un desvarío. Era necesario desarrollar en el hombre, y sobre todo en el niño, el hábito del esfuerzo personal, el valor de la verdad, aun a riesgo de perder con ello la ilusión, la divina consoladora.

Entonces se hizo en su mente una gran claridad que lo dejó deslumbrado. Era la razón, que protestaba contra la glorificación de lo absurdo y contra la decadencia del sentido común. ¡La razón! Por ella sufría, sólo por ella era feliz. Ya se lo había dicho al doctor Chassaigne: su único deseo era someterse a ella cada vez más, aun a costa de su propia felicidad. Era ella, bien lo comprendía ahora; era la razón lo que en la gruta como en la basílica y en todo Lourdes le había impedido creer. No había podido matarla, humillarse y anonadarse, como lo había hecho su viejo amigo, aquel ilustre anciano vencido ya, caído en una senilidad dolorosa, vuelto a la niñez por efecto del

descalabro sufrido por su corazón. La razón era su dueña soberana, ella era la que le mantenía erguido, aun en medio de las oscuridades y fracasos de la ciencia.

Cuando él no se explicaba bien una cosa, ella era la que le decía al oído: «Existe seguramente una explicación natural que se me escapa en este momento». Se repetía muchas veces que no hay más que un ideal sano: avanzar hacia lo desconocido para conocerlo, ir hacia la victoria lenta de la razón, a través de las miserias del cuerpo y de la inteligencia. Él, como sacerdote, era capaz de arruinar su vida para cumplir su juramento, y en su interior chocaban dos tendencias hereditarias: la de su padre, que era todo cerebro, y la de su madre, que era toda fe. Había tenido la fuerza necesaria para dominar su carne renunciando a la mujer, pero comprendía perfectamente que su padre sería el que triunfase en definitiva, porque le era ya imposible consentir en el sacrificio de su razón: no renunciaría a su razón, no la abatiría. ¡No! Ni el mismo sufrimiento humano, ni el mismo dolor sagrado de los pobres, debía ser un obstáculo y hacer necesaria la ignorancia y la locura. La razón ante todo; no había salvación sino en ella. Si Pedro, bañado en lágrimas, ablandado por el espectáculo de tanto sufrimiento, había dicho en Lourdes que bastaba con llorar y amar, se había equivocado peligrosamente. La compasión no pasa de ser un cómodo expediente. Era menester vivir, era menester actuar, era menester que la razón combatiese el dolor, si no quería que el dolor fuese eterno.

De nuevo en aquella rápida huida de los campos apareció una iglesia recortada sobre el horizonte, sobre una colina. Alguna ermita, sin duda, coronada por una alta estatua de la Santa Virgen. Una vez más persignáronse todos los peregrinos, y otra vez tomaron rumbo distinto los pensamientos de Pedro, que volvió a sentirse angustiado por una nueva oleada de reflexiones. ¿Qué era aquella imperiosa necesidad del más allá que torturaba a la humanidad doliente? ¿De dónde procedía? ¿Por qué esa ansia de igualdad y de justicia cuando estas cosas parece que estuvieran ausentes de la naturaleza impasible? El hombre había colocado estas aspiraciones suyas en lo desconocido y misterioso, en lo sobrenatural de los paraísos religiosos, y de ese modo satisfacía su sed ardiente. La sed inextinguible de felicidad había abrasado siempre a la humanidad, y siempre la seguiría abrasando.

Si los padres de la gruta hacían grandes negocios, era porque vendían lo divino. Aquella sed de lo divino, que nada ha podido mitigar a través de los siglos, parecía renacer ahora con una violencia desconocida al finalizar este nuestro siglo, que es el de la ciencia. Lourdes era un ejemplo palpable,

irrecusable, de que tal vez el hombre nunca podría prescindir de su fe en un Dios soberano, encargado de restablecer la igualdad entre los hombres, rehaciendo la felicidad a golpes de milagros. Cuando el hombre ha tocado el fondo de la desgracia de vivir, se vuelve hacia la ilusión divina, y en eso consiste el origen de todas las religiones: el hombre se siente débil y desamparado y no tiene fuerzas para vivir su mísera vida terrenal sin la eterna mentira de un paraíso. Es una cosa probada ya; la ciencia sola no le basta, y no hay más remedio que dejarle abierta una puerta hacia el misterio.

En forma brusca la frase repercutió en el cerebro de Pedro, profundamente abstraído en sus meditaciones. ¡Una nueva religión! Esa puerta hacia el misterio que se necesita dejar abierta no era ni más ni menos que una nueva religión. El amputar brutalmente a la humanidad su ilusión, el arrebatarse por la fuerza lo sobrenatural, que le es tan necesario como el pan para vivir, sería matarla, tal vez. ¿Llegará alguna vez a tener el valor filosófico de aceptar la vida tal cual es, por sí misma, despojada de la idea futura de castigos y de recompensas? Es probable que transcurran aún muchos siglos antes de que surja una sociedad humana suficientemente juiciosa para vivir honradamente, sin necesidad de la policía moral de una religión cualquiera, sin el consuelo de una igualdad y de una justicia sobrenaturales.

¡Una religión nueva! Esta frase estallaba y resonaba en su pensamiento como si fuese el grito mismo de los pueblos, el anhelo ávido y desesperado del alma moderna. El consuelo y la esperanza que el catolicismo había traído al mundo parecían agotados al cabo de dieciocho siglos de historia, y después de tantas lágrimas, de tanta sangre, de tantas agitaciones estériles y bárbaras. Era una ilusión que se iba y lo menos que se podía hacer era sustituirla. Los hombres se habían lanzado en pos del paraíso cristiano, porque éste era en aquel tiempo como una joven esperanza. ¡Una religión nueva, una esperanza nueva, un paraíso nuevo! El mundo tenía sed de todo esto, acometido por el gran malestar en que se debate.

El padre Fourcade se daba perfecta cuenta de ello, y no era otra cosa lo que quería decir cuando se alarmaba y suplicaba que llevaran a Lourdes al pueblo de las grandes ciudades, la masa profunda del pueblo que constituye el cimiento de la nación. Llevar a Lourdes cien mil, doscientos mil peregrinos por año, era como llevar un granito de arena. Habría sido necesario que fuese el pueblo, el pueblo entero. Pero el pueblo ha desertado para siempre de las iglesias; ni siquiera pone ya su alma en las Santas Vírgenes que él mismo fabrica. Nada podría ya devolverle la fe perdida. Una democracia católica, eso sí que sería volver a comenzar la historia. ¿Era posible crear de ese modo una

nueva humanidad cristiana? ¿No habría sido necesaria la venida de otro nuevo Salvador, el hábito prodigioso de otro Mesías?

Aquello sonaba siempre y aumentaba como un repique de campanas en la mente de Pedro. ¡Una religión nueva! ¡Una religión nueva! Necesitaría, sin duda, estar más cerca de la vida, dar a la tierra su participación más amplia, aviniéndose con las verdades conquistadas, y sobre todo una religión que no fuese un apetito de la muerte. Bernadette viviendo sólo para morir, el doctor Chassaing aspirando a la tumba como única dicha, todo ese abandono espiritualista, era una continua desorganización de la voluntad de vivir. Al final, estaba el odio a la vida, el hastío y la parálisis de la acción. Toda religión, es cierto, no es sino una promesa de inmortalidad, una idealización del más allá, el jardín encantado que sigue a la muerte.

Ahora bien, ¿era posible que una nueva religión transformase este mundo en un paraíso de dicha eterna? ¿Dónde estaba la fórmula? ¿Dónde el dogma capaz de colmar la esperanza de la humanidad actual? ¿Qué fe había que sembrar para que diese una cosecha de energía y de paz? ¿Cómo había que fecundar la duda universal para que brotara una nueva fe? ¿Qué clase de ilusión, qué mentira divina podía germinar aún en la tierra contemporánea, assolada por sus cuatro costados, socavada por todo un siglo de ciencia?

En aquel momento, sin transición aparente, sobre el fondo turbio de sus pensamientos, Pedro vio alzarse la figura de su hermano Guillermo. No se sorprendió, sin embargo, porque existía un secreto vínculo que tenía que traerlo. ¡Cuánto se habían querido en otro tiempo, y qué bueno era aquel hermano mayor, tan recto y tan cariñoso! Pero la ruptura entre ambos era completa. Pedro no volvió a verlo desde que se había enclaustrado en su laboratorio de químico para dedicarse a sus investigaciones favoritas. Vivía como un salvaje en una pequeña casita de los arrabales, acompañado de su querida y de dos perrazos. Luego su meditación fue más lejos aún, al recordar el proceso durante el cual se habló de Guillermo, al que se acusaba de cultivar relaciones comprometedoras con los revolucionarios más violentos. Decíase que después de laborioso trabajo había logrado dar con la fórmula de un explosivo terrible, una libra del cual era bastante para volar una catedral.

Pedro pensaba ahora en aquellos anarquistas que quisieran renovar y salvar al mundo destruyéndolo. Todos ellos no eran sino unos soñadores, unos soñadores temibles, pero también eran soñadores aquellos inocentes peregrinos que él había visto arrodillados ante la gruta, como un rebaño en éxtasis. Si los anarquistas y los socialistas extremistas exigían violentamente la igualdad de la riqueza, la participación en común de los goces de este

mundo, los peregrinos, en cambio, reclamaban con lágrimas la igualdad en la salud, el reparto equitativo de la paz moral y física. Estos contaban con el milagro; los otros apelaban a la acción brutal. En el fondo, se trataba del mismo ideal exasperado de fraternidad y justicia, la eterna necesidad de ser feliz, de que no haya pobres ni enfermos, de que todos sean dichosos.

¿No fueron los primeros cristianos en la antigüedad unos terribles revolucionarios frente al mundo pagano, al que amenazaban y al que, en efecto, acabaron por destruir? Ellos, que fueron perseguidos y a quienes se trató de exterminar, son hoy inofensivos porque han venido a ser el pasado. El porvenir aterrador es siempre el hombre que sueña en una sociedad futura, el que se siente hoy acuciado por el ansia de renovación social y que alienta el sueño negro de purificarlo todo por medio de las llamas de los incendios. Esto es hoy una monstruosidad. Pero ¿quién podría negar que allí estuviese tal vez encerrado el mundo rejuvenecido del porvenir?

Indeciso, desconcertado, poseído por el horror de la violencia, Pedro hacía causa común con la vieja sociedad, que se defendía sin poder decir de qué lado vendría el Mesías de mansedumbre en cuyas manos hubiera querido dejar a la pobre humanidad enferma. ¡Una religión nueva! ¡Sí! ¡Una religión nueva! Pero no era fácil inventar una, y él no sabía qué poner entre la antigua fe, que estaba muerta, y la fe lozana del porvenir, que todavía no había nacido. Desolado, no estaba seguro sino de cumplir su juramento y de ser un sacerdote sin fe que, sin embargo, tenía que cuidar la fe de los demás, cumpliendo sus obligaciones casta y honestamente, con la tristeza altiva de no haber podido renunciar a su razón como había renunciado a su carne. Esperaría.

Rodaba el tren ahora por entre grandes parques. La locomotora dejó escapar un largo silbido, jubiloso como música de charanga, que arrancó a Pedro de sus reflexiones. En torno, la gente estaba emocionada y daba señales de gran agitación. Acababan de salir de Juvisy, y estarían por fin en París, dentro de media hora a lo más. Cada cual arreglaba sus cosas; los Sabathier rehacían sus pequeños paquetes, y Elisa Rouquet se daba una última mirada en el espejo. Hubo un momento en que la señora de Jonquière se alarmó por la Grivotte, y resolvió hacerla conducir directamente a un hospital, en vista del lamentable estado en que se encontraba.

María, entre tanto, procuraba sacar a la señora de Vincent del sopor en que se hallaba y del cual no parecía querer salir. Hubo que despertar al señor de Guersaint, que hacía su siestecita. Sor Jacinta dio unas palmadas, y todo el vagón salmodió el *Tedéum*, el cántico de acción de gracias: *Te Deum*

*laudamus, te Dominum confitemur...* Las voces se elevaban en alas de un postrer fervor; todas aquellas almas ardientes daban gracias a Dios por el viaje admirable, por los maravillosos favores de que las había colmado y de que seguiría colmándolas.

Otra vez las fortificaciones. El sol de la tarde empezaba a descender lentamente por un cielo limpio, de una serenidad caliginosa. Por encima del París inmenso flotaban en nubes tenues humaredas lejanas, humaredas rojizas, emanación difusa del coloso que estaba entregado a su faena. Era París en fragua; París con sus pasiones, sus luchas y sus sordos rumores de tempestad, su vida ardiente en perpetua gestación de la vida de mañana. El tren blanco, el tren lamentable de todas las miserias y de todos los dolores, penetraba en él a gran velocidad, lanzando con mayores bríos todavía la estridencia lacerante de sus silbidos. Los quinientos peregrinos y los trescientos enfermos iban a diseminarse en él, a caer de nuevo en el duro pavimento de su existencia, a salir del prodigioso sueño que acababan de hacer, hasta el día en que la consoladora necesidad de un nuevo sueño les impulsase a comenzar otra vez la eterna peregrinación del misterio y del olvido.

¡Oh tristes hombres, pobre humanidad enferma, hambrienta de ilusión, que en medio del cansancio de este fin de siglo, desconcertada y dolorida por haber asimilado glotonamente demasiada ciencia, se cree abandonada por los médicos del alma y del cuerpo, en peligro inminente de sucumbir de un mal incurable, y se vuelve atrás y pide el milagro de su curación a los místicos Lourdes de un pasado que ha muerto para siempre!

Allá, a lo lejos, Bernadette, el nuevo Mesías del dolor, vida conmovedora en su realidad humana, es la lección terrible, la ofrenda amputada del mundo, la víctima condenada al abandono, a la soledad y a la muerte, castigada con la desgracia de no haber sido mujer, ni esposa, ni madre, porque había visto a la Santa Virgen.

FIN





ÉMILE ZOLA (París 2 de abril de 1840- París 29 de septiembre de 1902) nació en una familia de origen veneciano. Después de unos años de bohemia literaria en París, Zola es jefe de publicidad de la librería Hachette y periodista literario. Escribe también sobre arte y alaba a los pintores de la Escuela de Batignolles (Edouard Manet), es decir, a los futuros impresionistas, lo que provoca un gran escándalo.

Para Zola, el novelista es como el naturalista y apuesta por una literatura de análisis inspirada por la ciencia. Toma partido contra el régimen monárquico y se deshace progresivamente de sus resabios románticos. Con el libro *Thértèe Raquin* (1867) nos da su primera novela naturalista. Influida por las investigaciones científicas sobre las leyes genéticas y las pasiones, inicia una gran obra cíclica (1871-1893) a lo largo de veinte volúmenes: *Los Rougon-Macquart, historia natural y social de una familia durante el 2.º Imperio*. Otras novelas naturalistas describen el París popular en *La taberna* (1876), el mundo de las cortesanas en *Nana* (1880), el poder destructor del capital en *El paraíso de las damas* (1883), la mina y los mineros en *Germinal* (1885), los campesinos en *La tierra* (1887) y otras historias de dramas íntimos: *Los cuatro evangelios* (1889-1903). Toma partido en el caso Dreyfus con su artículo «Yo acuso» (13 de enero de 1898) que le obliga a exiliarse en Inglaterra, convirtiéndose así en el primer intelectual comprometido de la

época contemporánea. De vuelta a Francia un año después, con su fama literaria aún intacta, desempeña un influyente papel como intelectual en la opinión pública. Muere accidentalmente en 1902.

# Notas

[1] Lo fue, de 1895 a 1899. (N. del T. y prologuista). <<

[2] Los manuscritos de «Lourdes», «Roma» y «París», así como las importantes notas de trabajo que los acompañan, han sido legados por *madame* Zola a la Biblioteca Méjanes de Aix, Provenza. <<

[3] «Gil Blas», ilustrado, 22 de abril de 1894. <<

[4] La Salette-Fallavaux, villorrio de Grenoble, donde se dice que la Virgen se apareció a unos pastorcillos. Es todavía un lugar de peregrinaciones, como Lourdes. (*N. del T.*). <<

[5] Esta respuesta al Consejo municipal de Bartrès se publicó en «Le Figaro» bajo el título «A propósito de Lourdes», y luego fue editada en un folleto, rarísimo de encontrar, por la Sociedad de Amigos del Libro de Lyon. <<



[6] El 24 de octubre de 1894 Zola es llamado a comparecer ante la novena Sala Correccional del Tribunal del Sena por el señor M. Bourgeois, contratista de obras públicas, quien se siente difamado por muchos pasajes de la novela relativos a la construcción de la Basílica de Lourdes. El novelista, sin nombrarlo, hacía alusión a las dificultades que éste tuvo antes con el abate Peyramale. A petición de Waldeck-Rousseau, el abogado de Zola, el proceso es sobreseído y termina por una componenda, después que el señor Bourgeois reconoce la buena fe del escritor. <<

[7] Basta conocer las notas de trabajo de Zola para darse cuenta del meticuloso cuidado con que preparó «Roma». No forman menos de cuatro tomos voluminosos, cuyo conjunto comprende alrededor de dos mil hojas manuscritas. La parte más curiosa de esas notas la constituye el relato del viaje a Roma; diariamente Zola anotaba sus impresiones. Este cuaderno fue redactado regularmente entre el 31 de octubre y el 5 de diciembre de 1894. La continuación del viaje por Italia está compendiada en una nota general que Zola debió de escribir a su regreso a París. El esbozo de «Roma» abarca 128 hojas. <<

[8] «Le Journal», 14 de mayo de 1896. <<